



LAS AVENTURAS  
DE TELEMACO



FENELÓN

# LAS AVENTURAS DE TELÉMACO

HIJO DE ULISES

Por ~~X~~ FENELÓN

NOVÍSIMA EDICIÓN, AUMENTADA CON LAS  
AVENTURAS DE ARISTONOO

ALGUNOS JUICIOS DE ESCRITORES NOTABLES ACERCA DEL TELÉMACO  
Y UN VOCABULARIO DE NOMBRES MITOLÓGICOS  
HISTÓRICOS Y GEOGRÁFICOS, Y REVISADA Y ANOTADA

POR

MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ

Licenciado en Filosofía y Letras.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6



1087120

## FENELÓN

Francisco de Salignac de Lamothe Fenelón nació el 6 de agosto de 1651 en el castillo de Fenelón, en el Bajo Perigord (1), de familia noble y antigua. Destinado desde muy temprano al estado eclesiástico, hizo sus primeros estudios en el seno de su familia, terminó las humanidades en la universidad de Cahors y pasó á estudiar filosofía en París en el colegio du Plessis.

Cuéntase de él que, encargado de pronunciar un sermón á la edad de quince á diez y seis años, hizo, como Bossuet, brillar en este ejercicio de escuela la elocuencia que debía un día hacerle famoso.

Después de estudiar teología en el seminario de San Sulpicio, recibió á los veinte y cuatro años (1675) las sagradas órdenes. En medio del ardor de su fe pensaba entonces consagrarse á las penosas funciones del misionero; pero lo débil de

(1) El castillo de Fenelón existe aún cerca de Carlux, distrito de Sarlat (Dordoña).

su constitución y los consejos de sus superiores le retuvieron en París.

El arzobispo le encargó la dirección de las *Nuevas católicas* (1) y permaneció diez años al frente de esta comunidad; durante este período escribió su primera obra, ó sea el *Tratado de la educación de las niñas*, pero no lo publicó hasta 1687.

También, por esta época, contrajo amistad con Bossuet, al que sometió su *Réfutation du système de Malebranche sur la nature et la grâce*.

Cuando la revocación del edicto de Nantes (1685), Luis XIV, por recomendación de Bossuet, e confió la dirección de una misión al Poitou y la Saintonge. Desdeñando el empleo de la fuerza, ógra, por medio de la dulzura y la elocuencia realizar gran número de conversiones. Durante esta misión fué cuando pronunció su famoso *Sermón de la Epifanía*. Á su regreso (1689) le llamó el rey, á petición del duque de Beauvillier y por consejo de M.<sup>ma</sup> de Maintenón, para encargarle la educación de su nieto el duque de Borgoña. El joven príncipe demostraba tener las peores disposiciones. Era altanero y arrebatado, y no podía tolerar la menor resistencia á sus caprichos.

Fenelón logró domar su humor rebelde, y supo inspirarle hacia su persona un cariño que nunca se desmintió.

Para la educación de este príncipe compuso sus

(1) Se daba este nombre á un convento donde estaban recogidas nobles doncellas protestantes convertidas al catolicismo.

*Fábulas, sus Diálogos de los muertos* (publicados en 1712) y por último el *Telémaco*.

Nombrado individuo de la Academia Francesa en 1693, abad de Saint-Valery en 1694, y promovido el año siguiente al arzobispado de Cambrai, continuó durante algún tiempo aún la educación que le estaba confiada.

Desgraciadamente Fenelón, que poseía un alma tierna y llena de un puro amor de Dios, acogió las ideas místicas de M.<sup>ma</sup> Guyón.

Bossuet, que hasta entonces había sido su amigo, le atacó vivamente en este punto, y la Santa Sede condenó (12 marzo de 1699) la *Explicación de las Máximas de los Santos*, que el arzobispo de Cambrai había publicado para justificarse.

Fenelón se sometió con humildad y abjuró públicamente sus errores.

Por la misma época apareció el *Telémaco*, ingeniosa ficción en la cual se enseñan los deberes de un rey.

Esta obra, que Fenelón no había querido dar á la publicidad, le había sido sustraída por un criado infiel. Luis XIV vió en ella una sátira de su reinado, y suspendió la impresión, privando de sus favores al autor.

Retirado á su diócesis, Fenelón se ocupó únicamente en labrar la felicidad de su grey. Tomó á cargo la instrucción del pueblo y de los niños y se hizo amar de todos por su gran caridad.

Durante el cruel invierno de 1709 se despojó

de cuanto tenía para alimentar al ejército francés acampado cerca del lugar de su residencia.

Murió el 7 de enero de 1713 después de haber tenido el dolor de ver expirar á su real discípulo.

À las obras de Fenelón que hemos citado, hay que agregar el *Traité du ministère des pasteurs* (1688), *Démonstration de l'existence de Dieu* (1713-1718); *Dialogues sur l'éloquence de la chaire*; *Lettre à M. Dacier sur les occupations de l'Académie Française* (1718); *Abrégé des vies des anciens philosophes* (1726); *Examen de la conscience d'un roi* (1734); *Sermons, Lettres spirituelles*, etc.

El duque de Saint-Simón ha trazado de la persona y carácter de Fenelón un retrato de mano maestra que copiamos á continuación.

« Este prelado era un hombre alto, flaco, bien formado y pálido; tenía una gran nariz, ojos llenos de fuego y de inteligencia, y una fisonomía tal, que no he visto ninguna semejante á ella, ni era posible olvidarla una vez vista. Todo se reunía en ella sin que se notase la menor contracción y violencia. Era grave y cortesana, seria y alegre al mismo tiempo. En ella se echaba de ver igualmente al doctor, al obispo y al gran señor; lo que más sobresalía en toda su persona eran la agudeza, el ingenio, la gracia, la decencia, y sobre todo la nobleza. Era preciso hacerse violencia para dejar de mirarle. Todos sus retratos están hablando, sin que no obstante hayan podido los

artistas sorprender la exactitud de la armonía que tanto sorprendía en el original, ni la delicadeza de cada uno de los caracteres que aquel rostro representaba. Sus modales correspondían á la fisonomía en la misma proporción, con un desembarazo que hacía tenerlo á los demás, y con ese aire y ese buen gusto que sólo se adquiere en la buena sociedad, y que se echaba de ver con la mayor espontaneidad en todas sus conversaciones. Además estaba dotado de una elocuencia natural, dulce y florida; de una cortesanía insinuante, pero noble y proporcionada; de una elocución fácil, castiza, y agradable, y de una claridad incomparable para hacerse comprender en las materias difíciles y abstrusas.

» Á esto se agrega que era hombre que no quería nunca demostrar más ingenio que aquellos con quienes hablaba; que, sin darlo á entender, se ponía siempre al alcance de todo el mundo, que inspiraba gran confianza á su interlocutor, y que le encantaba de tal suerte, que no sabía uno separarse de él, ni dejar de buscar su agradable trato.

» Este talento tan raro, que poseía en el mayor grado, es el que durante toda su vida mantuvo á sus amigos adictos á su persona, á pesar de su caída y desfavor, y el que, en medio de la general dispersión, los reunía para hablar de él, para echarle de menos, y desear su vuelta y para inspirarles hacia él el mismo entusiasmo que los ju-

díos sienten por Jerusalén, haciéndoles, sin cesar suspirar por su regreso y esperarlo siempre, no de otra suerte que esa nación desdichada espera aún y suspira por la venida del Mesías. » (*Memorias*, t. VII, cap. xxii.)

## JUICIOS ACERCA DEL TELÉMACO

« ... Hay en ese libro entretenimiento y una imitación de la *Odisea* que apruebo en alto grado. La avidez con que se lee hace comprender sobradamente que si se tradujese á Homero en lenguaje escogido, produciría el efecto que debe producir. Yo desearía que Mr. de Cambrai se hubiese mostrado en ese libro menos predicador, y que la moral se hallase difundida en sus páginas de un modo más imperceptible y con más arte. Homero es más instructivo que él, pero se muestra más parco en los preceptos; éstos resultan de la acción de la novela más bien que de los discursos que esmaltan la narración. Lo cierto es, sin embargo, que Mentor dice muy buenas cosas, aunque algo atrevidas, y que por último, Mr. de Cambrai me parece mucho mejor poeta que teólogo. De suerte que si, por su libro de las *Máximas*, me parece que no puede compararse con san Agustín, lo

encuentro en su novela digno de ser puesto en parangón con Heliodoro (1). »

(Carta de BOILEAU á Brossette, 10 de noviembre de 1699.)

## II

« El *Telémaco* es un libro singular que es al mismo tiempo novela y poema. Parece que el autor ha querido hacer con la novela lo que Bossuet ha hecho con la historia, dándole una dignidad y unos encantos desconocidos, y sobre todo, deduciendo de esas ficciones una moral útil al género humano, moral enteramente desdeñada en casi todas las invenciones fabulosas... Los críticos de gusto severo censuran en dicho libro la difusión, los detalles, el escaso encadenamiento de las aventuras, así como las descripciones demasiado repetidas y uniformes de la vida del campo. »

(VOLTAIRE, *Siglo de Luis XIV*, cap. xxx.)

Por otra parte, en su *Templo del gusto* el mismo Voltaire nos muestra « al amable autor del *Telémaco* descargando su novela moral de repeticiones y detalles inútiles, y borrando el título de poema épico que le dan algunos admiradores tan

(1) Obispo del siglo IV, autor de *Iedgenes y Cariclea*, obra bastante mediana, que no sabemos por qué causa la compara Boileau con el *Telémaco*.

celosos como indiscretos; porque confiesa sinceramente — añade Voltaire — que no hay poema en prosa ».

## III

« Amable genio que haces reinar la virtud por medio de la unción y la dulzura : ¿cómo es posible olvidar la nobleza y el encanto de tu palabra?... Nacido para cultivar la sabiduría y la humanidad en los reyes, tu voz ingenua hizo presentes al pie del trono las calamidades del género humano hollado por los tiranos y defendió contra toda clase de artificios la causa abandonada de los pueblos. ¡Qué bondad de corazón! ¡Qué sinceridad se echa de ver en tus escritos! ¡Qué belleza de palabras y de imágenes! ¿Quién sembró nunca tantas flores en un estilo tan natural, tan melodioso y tierno? ¿Quién ornó la razón, jamás, con tan espléndido tocado? ¡Ah! ¡qué abundancia de tesoros en medio de tu rica sencillez! »

(VAUVENARGUES, *Los Oradores.*)

## IV

« El autor del *Telémaco* sobresale en la descripción de las situaciones apacibles; su prosa melodiosa y tierna expresa bien el carácter de su alma, la dulzura y la igualdad; pero en los momentos en que la expresión exigiera movimientos bruscos

y rápidos, su estilo no se presta á ella en la medida suficiente. »

(MARMONTEL, *Elementos de literatura*,  
artículo *Armonía*.)

## V

« Hace largo tiempo que está dicho todo acerca de este libro y no repetiré lo que dije cuando tuve la dicha de rendir á la memoria de Fenelón un homenaje solemne.

» Únicamente me atreveré á afirmar que las críticas que se han hecho de esta obra maestra son, en su mayor parte, exageradas é injustas. .

» Algunos críticos hubieran deseado que mostrase más profundidad en sus ideas morales y políticas, sin tener en cuenta que el autor del *Telémaco* no debía escribir como el del *Espíritu de las leyes*. . . . .

» Cada género debe tener su carácter y su estilo apropiados al objeto...

» El deber y el propósito de Fenelón fueron inspirar á un joven príncipe nacido para reinar, y en este género de instrucción, el que hace que el discípulo se aficione á ella es sin contradicción el mejor. »

(LAHARPE, *Curso de literatura*, parte II,  
sección II, cap. III.)

VI

« Fenelón, enamorado de las bellezas de Virgilio y Homero, busca en ellos esos rasgos de una verdad cándida y apasionada, que hallaba especialmente en Homero y que él mismo llama *esa amable sencillez del mundo naciente*.

» Sin embargo, aunque toda la bella antigüedad ha sido puesta á contribución para componer el *Telémaco*, quédale al autor alguna gloria en la invención, sin contar lo que tiene de creador en la imitación de bellezas extranjeras inimitables antes y después de Fenelón. Nada hay más bello que la disposición del plan del *Telémaco*; y se halla tanta grandeza en la idea general, como buen gusto y destreza en la reunión y el contraste de los episodios. Como el *Telémaco* es un libro de moral política, lo que el autor pinta con más vivos colores, es la ambición, esa enfermedad de los reyes que causa la muerte de los pueblos...

» La invención de los personajes no es menos acertada que la del plan. El carácter más felizmente bosquejado en esta variedad de retratos, es el del joven *Telémaco*. Más desarrollado y más emprendedor que el *Telémaco* de la *Odisea*, reúne todo lo que puede sorprender, atraer é instruir; en la edad de las pasiones está bajo la salvaguardia de la sabiduría que le deja con frecuencia co-

meter faltas, porque éstas son las que forman la educación de los hombres; tiene el orgullo del trono, los arranques del heroísmo y el candor de la primera juventud... »

(VILLEMAIN, *Mélanges*, Noticia sobre Fenelón.)

## VII

« Esta alianza del pensamiento cristiano y de la inspiración antigua, tan visible para nosotros en el *Telémaco*, se escapó en un principio á los ojos de los contemporáneos del autor, deslumbrados por los colores homéricos difundidos con profusión en la novela del hijo de Ulises.

» Cuando en su libelo de la *Telemacomania* (1) el abate Faydit comparó el *Telémaco* á las tiendas de joyeros y escultores cristianos, que Tertuliano manda cerrar, porque estaban llenas de Júpiter, de Cupidos y de Venus, el citado abate se hizo intérprete de muchas almas piadosas, que se habían equivocado acerca del carácter moral del *Telémaco*, á causa de su perfección literaria. Fenelón, como Bossuet, era uno de esos raros espíritus bastante vastos para contener á un tiempo mucha ciencia y mucha fe, á ejemplo de los padres más ilustres de la Iglesia...

» Cristiano admirable, Fenelón era el depositario

(1) Este libelo apareció en 1713.

# LAS AVENTURAS DE TELÉMACO

## LIBRO PRIMERO (1)

Telémaco después de un naufragio arriba con Minerva, que le conducía disfrazada bajo la figura de Mentor, á la isla de Calipso, quien todavía estaba sintiendo la partida de Ulises. Acógele la diosa benignamente, se apasiona de él, le ofrece la inmortalidad, y le pide que le cuente sus aventuras. Hácelo Telémaco refiriéndole su viaje á Lacedemonia, su naufragio en la costa de Sicilia, el riesgo en que estuvo de ser sacrificado á los manes de Anquises, el socorro que en una incursión de bárbaros dieron Mentor y él á Acestes, y la generosidad con que este rey agradeció tan importante servicio dándoles un navío fenicio para que se volviesen á su patria.

Inconsolable estaba Calipso (2) desde que la dejó Ulises (3) : tal era su desconsuelo, que se tenía por desgraciada en ser inmortal. Ya no resonaba en su gruta el dulce eco de su voz, ni aun se atrevían á hablarle las ninfas que la servían. Acostumbraba pasearse sola por el florido prado, cuyo inmarchitable verdor perpetuaba en la isla la más agradable primavera; pero

(1) Tanto este sumario como el de los libros siguientes, no estaban en el manuscrito de Fenelón.

(2) En el vocabulario final se encontrará cuanto se relaciona con éste y con los demás nombres propios.

(3) Para comprender bien la relación de Fenelón, es preciso leer la *Odisea* de Homero, ó por lo menos el canto IV de esta poema. Por eso apareció por primera vez el *Telémaco* con este título : *Suite du quatrième livre de l'Odyssee d'Homère.*

lejos de hallar en la hermosa variedad de aquellos sitios el alivio que á su dolor buscaba, sólo veía un triste y continuo recuerdo de aquel Ulises que tantas veces la había en ellos acompañado. Solía quedarse inmóvil en la playa del mar, regándola con sus lágrimas; pero fija siempre la vista en el camino por donde el navío de Ulises había desaparecido á sus ojos surcando las ondas.

Así se hallaba, cuando de repente alcanzó á ver los restos de una nave que acababa de naufragar: por una parte se veían hechos pedazos bancos de remeros; por otra se descubrían remos esparcidos por la arena, y un mástil, un timón y jarcias que flotaban junto á la quilla. Poco después divisó á lo lejos dos hombres, uno de los cuales le pareció anciano, y el otro, si bien joven, muy semejante á Ulises en la afabilidad de su ademán, en la estatura, y hasta en la gravedad de sus pasos. Al instante conoció Calipso que éste era Telémaco, hijo de aquel héroe; pero no pudo descubrir quién fuese el anciano venerable que le acompañaba, porque aunque la sabiduría de los dioses es infinitamente mayor que la de los hombres todos, sin embargo á las deidades inferiores no les es dado penetrar los arcanos de los dioses supremos; y Minerva, que bajo la figura de Mentor acompañaba á Telémaco, no quería que Calipso la conociese.

No obstante, se alegraba esta diosa de un naufragio que le proporcionaba tener en su isla al hijo de Ulises, tan parecido á su padre. Y dirigiéndose hacia él, le dijo como si no le conociese: ¿Cómo así te atreves, joven temerario, á entrar en mi isla? Sábetelo, oh extranjero, que nadie entra impunemente en ella. Así procuraba Calipso, bajo estas palabras de amenaza, ocultar la alegría en que rebosaba su corazón, y que á pesar suyo se descubría en su semblante.

Telémaco le respondió: Quienquiera que seáis,



¿ Cómo así te atreves, joven temerario, á entrar en mi isla ? (Pág. 2).



mortal ó diosa, aunque al veros es preciso teneros por divina, ¿podréis ser insensible á la desgracia de un hijo que, entregado á la discreción de los vientos y de las olas por hallar á su padre, ha visto estrellarse su navío contra las rocas de vuestra isla? ¿Quién es, pues, tu padre? le preguntó la diosa. Ulises, respondió Telémaco: uno de los reyes que después de un sitio de diez años asolaron la famosa Troya. Por su valor en la guerra, y aun más por la prudencia de sus consejos, se ha hecho su nombre célebre en toda la Grecia y en el Asia toda. Mas ahora errante por los anchurosos mares, anda sin duda recorriendo los más terribles escollos por volver á su patria, que parece huye de su vista; de modo que su esposa Penélope y yo hemos perdido ya la esperanza de volver á verle. Expuesto á los mismos peligros que él, ando yo por saber de su paradero. ¡Mas ay de mí! acaso se hallará á estas horas sepultado en los profundos abismos del mar! Compadeceos, oh diosa, de nuestras desgracias; y si sabéis lo que han decretado los hados en favor ó en contra de Ulises, dignaos comunicárselo á su hijo Telémaco.

Tan sorprendida y enamorada quedó Calipso de la discreción y cordura del mancebo, que ni sabía qué responderle, ni se hartaba de mirarle. Por fin, rompiendo el silencio, le dijo: Yo te instruiré de cuanto á tu padre le ha acontecido; pero es muy larga la historia, y ahora más es tiempo de que te repongas de tus trabajos. Ven á mi morada, y en ella te recibiré como á hijo: ven, tú serás mi consuelo en esta soledad, y yo te haré feliz, si sabes apreciar la dicha que te preparo.

Seguía Telémaco á la diosa, cuya hermosa cabeza sobresalía entre la multitud de jóvenes ninfas que la acompañaban, así como en las selvas descuella la frondosa copa de un alta encina sobre los arbustos que la rodean. Admiraba Telémaco su singular hermosura,

la rica púrpura de su undoso manto, el rubio cabello prendido con gracioso descuido, el fuego que despedían sus ojos, y la amabilidad con que templaba tanta viveza. Mentor le seguía con los ojos bajos, y guardando un modesto silencio.

Llegaron á la entrada de la gruta de Calipso, donde Telémaco quedó sorprendido al ver, bajo la apariencia de una rústica simplicidad, todo lo que puede servir de encanto á los ojos. Allí no había oro ni plata, mármoles ni columnas, cuadros ni estatuas : en la roca misma estaba labrada la gruta, y sus bóvedas guarnecidas de conchas y rocalla, estaban entapizadas por una vid tierna, cuyos flexibles vástagos se extendían, con igualdad por todas partes. Los suaves céfiros, más poderosos que los ardientes rayos del sol, conservaban en ella una gratà frescura : aquí corrían con sonoro murmullo variedad de fuentes por aquellos prados cubiertos de amarantos y violetas, haciendo de trecho en trecho varios remansos tan puros y claros como un cristal : allí mil florecillas desenrollando sus hojas matizaban la verde alfombra de que estaba rodeada la gruta : allá se detenía la vista en un espeso bosque de esos frondosos árboles que dan por fruto doradas pommas, y cuya flor, que se renueva en todas las estaciones, despide la más suave fragancia. Este bosque, en cuya espesura reinaba una perenne noche, impenetrable aun á los rayos del sol, coronaba aquellos hermosos prados. Jamás se oía en él más que el canto de los pájaros, ó el ruido de un arroyo, que precipitándose de lo alto de una roca en espumosos borbotones huía después al través de la pradera.

Estaba la gruta de la Diosa en la falda de una colina, desde donde se descubría el mar, unos días claro y terso como un espejo, y otros en que locamente irritado con las rocas, se estrellaba en ellas con horrisonos gemidos, levantando olas como montañas. A otro lado

se veía un río que formaba varias islas coronadas de floridos tilos, y de altos álamos que escondían en las nubes sus soberbias copas. Los diversos canales que estas islas formaban, andaban como retozando por la campiña : unos arrastraban con rapidez sus cristalinas aguas ; otros las adornían en su lecho, y otros, después de largos rodeos, retrocedían en su curso como para volverse á su origen, cual si no acertasen á dejar el encanto de aquellas riberas. Véanse á lo lejos varias colinas y montañas, cuyas cimas se ocultaban en las nubes, y cuya extraña vista formaba el horizonte más á propósito para recreo de la vista. Los montes inmediatos estaban cubiertos de pámpanos verdes, cuyas hojas no bastaban á cubrir el sazonado fruto que agobiaba las vides con su peso : la higuera, la oliva, el granado, y todos los demás árboles amenizaban la campiña, y hacían de ella un espacioso jardín.

Luego que Calipso hubo enseñado á Telémaco todos estos prodigios de la naturaleza, le dijo : Ven, Telémaco, ven á descansar, que tu ropa está mojada, y es ya tiempo de que te pongas otra : después nos volveremos á ver, y te contaré cosas que enternezcan tu corazón. Al mismo tiempo que así le hablaba, iba conduciendo á sus huéspedes á lo más recóndito de una gruta contigua á la suya, en la cual habían cuidado las ninfas de encender una gran lumbre de leña de cedro, cuyo suave olor se esparcía por todas partes ; y no se olvidaron de dejar vestidos para los nuevos huéspedes.

Viendo, pues, Telémaco que se le había destinado una túnica de lana fina, cuya blancura excedía á la de la nieve misma, y un rico manto de púrpura bordado de oro, al contemplar tanta magnificencia, sintió el placer que es natural en un joven.

Pero Mentor, á quien no se ocultaba lo que en su corazón pasaba, le dijo en tono grave : ¿ Son esos pensamientos, oh Telémaco, dignos del hijo de Ulises ?

Mejor te fuera pensar en hacerte digno de la reputación de tu padre, y resistir á la suerte que te persigue. El joven que gusta de engalanarse livianamente como una mujer, es indigno de la sabiduría y de la gloria, sólo debidas al que tolera los trabajos, y desprecia los placeres.

¡Antes me quiten los dioses la vida, le respondió Telémaco, dando un suspiro, que permitan que de mi corazón se apoderen la molicie y la voluptuosidad! Eso no : jamás el hijo de Ulises se rendirá á los hechizos de una vida pusilánime y afeminada. Pero, ¿no debemos dar gracias al cielo, porque después de nuestro naufragio nos ha deparado esta diosa ó mortal que nos colma de bienes?

Teme, le replicó Mentor, que no te colme de males : teme sus engañosos halagos aun más que los escollos en que se estrelló tu nave ; sí, témelos más, pues el naufragio y aun la muerte misma son menos temibles que los placeres que asaltan la virtud. Guárdate de creer nada de lo que la diosa te cuente ; está sobre ti ; mira que la juventud es presuntuosa ; todo se lo promete de sí, y aunque frágil, cree que lo puede todo, y que nada tiene que temer. Guárdate de dar oídos á sus lisonjeras insinuaciones, que se deslizarán como serpiente entre flores ; teme esta oculta ponzoña, desconfía de ti mismo, y aguarda siempre mis consejos.

Luego volvieron al lado de Calipso, que ya los esperaba ; las ninfas, trenzado el cabello, y vestidas de blanco, sirvieron inmediatamente una comida sencilla, pero exquisita por el gusto y por el aseo ; en ella no se veían más viandas que las aves cogidas en sus redes, ó los animales que habían cazado con sus flechas : el vino, que de unas grandes vasijas de plata (1) corría

(1) Generalmente eran los grandes vasos llamados *cráteres*, que servían para escanciar el vino, los que estaban coronados de flores.

en tazas de oro coronadas de flores, era más dulce que el néctar; y por fin les presentaron en canastillos cuantas frutas promete la primavera y regala el otoño. Al mismo tiempo cantaron cuatro de ellas: primero la guerra de los dioses con los gigantes; después los amores de Júpiter y de Semele, el nacimiento de Baco, y su educación por el viejo Sileno; la carrera de Atalanta y de Hipómenes, que la venció por medio de las manzanas de oro, cogidas en el jardín de las Hespérides; y por último cantaron también la guerra de Troya, ensalzando hasta el cielo los triunfos y la prudencia de Ulises. La ninfa principal, llamada Leucotea, acompañaba con la lira las dulces voces de las otras.

Al oír Telémaco el nombre de su padre, no pudo contener las lágrimas, que corriendo por sus mejillas daban nuevo realce á su hermosura. Echólo de ver Calipso, y conociendo que el dolor le quitaba el apetito, hizo una señal á las ninfas, que al instante cantaron el combate de los Centauros y los Lapitas, y la bajada de Orfeo á los infiernos para sacar de ellos á Eurídice.

Acabada la comida, se apartó la diosa con Telémaco, y le habló de esta manera: Tú sabes, hijo del grande Ulises, la bondad con que te he acogido: sabe, pues, también que yo soy inmortal, y que ninguno que no lo sea puede entrar en esta isla sin que al punto sea castigado su atrevimiento; ni aun tu naufragio te disculparía: nada fuera bastante á librarte de mi enojo, si yo de antemano no te amase. La misma fortuna tuvo también tu padre; ¡pero ah! ¡qué poco supo aprovecharse de ella! ¡largo tiempo le retuve en esta isla! En su mano estuvo vivir conmigo una vida inmortal, pero pudo más con él la ciega pasión de volver á su miserable patria: todo lo despreció por su Ítaca, que no ha logrado volver á ver. Se obstinó en dejarme, me dejó; pero me vengó la tempestad que sepultó su nave entre las olas después de haberla hecho servir mucho

tiempo de juguete á los vientos: escarmienta en tan funesto ejemplo. Y pues su naufragio no te deja ni la más remota esperanza de volver á verle, ni de reinar en Ítaca, consuélate de su pérdida con hallar en mí una deidad dispuesta á hacerte feliz, y un reino que ella misma te ofrece.

Á esto añadió largos discursos, pintando con la mayor delicadeza las dichas que disfrutó Ulises en su compañía. Contóle las aventuras que le sucedieron en la caverna del ciclope Polifemo, y con Antífates, rey de los Lestrigones, así como lo que le sucedió en la isla de Circe, hija del Sol, y el riesgo que corrió entre Escila y Caribdis. Le hizo una pintura de la última tempestad que movió Neptuno contra él cuando la dejó, y para hacerle creer que había perecido en ella le ocultó su arribo á la isla de los Feacios (1).

Telémaco, que desde luego se había entregado con demasiada ligereza al placer de verse tan bien tratado de Calipso, conoció al fin sus artificios, y la prudencia de los consejos que Mentor acababa de darle; y así le respondió en pocas palabras: Disculpad, oh diosa, mi sentimiento: es tan intenso mi dolor, que sólo me permite llorar y sentir; acaso en lo sucesivo me hallaré más capaz de disfrutar la dicha que me ofrecéis; por ahora dejadme que lllore á mi padre pues sabéis mejor que yo cuán digno es de ser llorado.

No se atrevió entonces la diosa á instar á Telémaco; antes fingió tomar parte en su pena, y contristarse por Ulises. Pero para mejor conocer los medios de que debía valerse para ganarle el corazón, le preguntó cómo había naufragado, y por qué aventuras había venido á dar en sus costas. La historia de mis infortunios, le respondió Telémaco, se os haría demasiado pesada. De ningún modo, le replicó la diosa: ya estoy

(1) Todas estas aventuras de Ulises forman el asunto de los libros IX, X y XII de la *Odisea*.

deseando saberla, no dilates referírmela. Por fin le instó tanto que no pudiendo resistirse, empezó á hablar en estos términos :

Yo salí de Ítaca para preguntar por mi padre á los otros reyes que habían vuelto del sitio de Troya. Á los amantes (1) de mi madre Penélope les sorprendió la noticia de mi partida : ocultésela yo cuidadosamente, porque conocía su perfidia. Llegué á Pilos, hablé á Néstor : pasé á Lacedemonia, donde fuí cariñosamente recibido de Menelao ; pero ni uno ni otro supieron decirme si mi padre era vivo ó muerto. Cansado ya de dudas, me resolví á pasar á Sicilia, adonde tenía entendido que le había arrojado una borrasca ; pero el sabio Mentor, que está presente, se opuso á tan temerario designio, representándome por una parte la crueldad de los Cíclopes, gigantes monstruosos que devoran á los hombres ; y por otra la armada de Eneas y de los Troyanos que navegaban por aquellas costas. Los Troyanos, me decía, aborrecen mortalmente á los Griegos ; pero en especial ninguna sangre derramarían con más gusto que la del hijo de Ulises. Créeme, vuélvete á Ítaca, donde acaso tu padre, á quien aman los dioses, llegará al mismo tiempo que tú ; y si han decretado su ruina, ó que no vuelva á ver su patria, á lo menos ve tú á vengarle : ve á librar á tu madre ; haz que toda las naciones admiren tu sabiduría y que la Grecia toda vea en ti un rey tan digno de serlo como el mismo Ulises.

Por desgracia yo no tenía la prudencia y docilidad que se necesitaba para conocer y seguir tan saludables consejos : sólo oía el grito de mis pasiones. Sin embargo, el sabio Mentor me ama tanto, que no dudó

(1) Es decir, á los pretendientes de Penélope, que eran los principales personajes de Ítaca é islas cercanas, y que persuadidos de la muerte de Ulises, querían apoderarse de sus dominios.

acompañarme en un viaje tan temerario, y emprendido contra su dictamen; y los dioses me permitieron caer en esta falta, sin duda porque con ella aprendiese á corregir en lo sucesivo mi presunción.

Mientras Telémaco hablaba, estaba Calipso como asombrada mirando á Mentor, en quien creía descubrir algo de divino; pero no pudiendo aclarar sus confusas ideas acerca de quién fuese aquel desconocido, permanecía en su presencia llena de temor y desconfianza; y recelando que su turbación llegase á traslucirse, le dijo á Telémaco que continuase su historia, y éste lo hizo así:

Largo tiempo tuvimos un viento favorable para Sicilia; pero levantándose de pronto una negra tempestad ocultó el cielo á nuestra vista, y quedamos envueltos en una profunda noche. Á la luz de los relámpagos divisamos otras naves que corrían el mismo riesgo, y no tardamos en conocer que eran las de Eneas, no menos temibles para nosotros que las mismas rocas. Entonces conocí, aunque tarde, lo que el ardor de una juventud imprudente me había impedido reflexionar con madurez. Pero Mentor se mostró en este peligro, no sólo firme é intrépido, sino aun más alegre de lo que acostumbra. Él era el que me animaba, y yo sentía el valor invencible que me infundía; y cuando hasta el mismo piloto estaba aturdido, él con la mayor serenidad lo ordenaba todo. Entonces le dije: ¡Mi amado Mentor, por qué rehusé seguir vuestros consejos! ¡cuánta es mi desgracia por no haber consultado más que mi voluntad en una edad en que ni se tiene previsión de lo futuro, ni experiencia de lo pasado, ni moderación para conducirse en lo presente! ¡Mas ah! si logramos escapar de este peligro, desconfiaré de mí mismo como de mi más temible enemigo. Sólo á vos, Mentor, escucharé, sólo vuestros consejos seguiré siempre.

Mentor me respondió sonriéndose : No trato de reprehender la falta que has cometido ; basta que la conozcas, y ojalá que por ella aprendas á moderar tus deseos ; pero después que el peligro pase, tornará quizá la presunción. Mas ahora lo que importa es mantenerse con valor. Antes de arrojarse al peligro se debe precaverle, y temerle ; pero ya en él, no queda más arbitrio que despreciarle. Muéstrate pues digno hijo de Ulises : muestra un corazón superior á los riesgos que te amenazan.

Admirado me dejaron la afabilidad y valor del sabio Mentor ; pero lo que me sorprendió aun mucho más fué la industria con que nos libró de los Troyanos. En el momento en que el cielo empezaba á despejarse, y en que hubiera sido preciso que los Troyanos, viéndonos de cerca, nos conocieran, echó de ver que una de sus naves, separada de las otras por la tormenta, era casi semejante á la nuestra, y que su popa estaba coronada de ciertas flores ; al instante dispuso que se guardase la nuestra con guirnaldas de flores semejantes, y él mismo las ató con lazos del propio color que los de los Troyanos ; mandó á nuestros remeros que se ocultasen cuanto pudiesen, tendiéndose á lo largo de los bancos para no ser conocidos de los enemigos, y así pasamos por medio de su armatza. Luego que nos vieron, empezaron á manifestar á gritos su alegría, creyendo que volvían á ver á los compañeros que tenían por perdidos. Obligónos el mar, bien á pesar nuestro, á navegar con ellos largo trecho ; mas en fin pudimos quedarnos algo detrás ; y mientras la impetuosidad de los vientos los arrojaba á ellos hacia el África, hicimos nosotros los últimos esfuerzos para llegar á fuerza de remo á la vecina costa de Sicilia.

Llegamos con efecto ; pero lo que en ella hallamos no nos fué menos funesto que la escuadra de que huíamos. Encontrámonos con otros Troyanos igual-

mente enemigos de los Griegos, vasallos del anciano Acestes, originario de Troya, que reinaba en aquella isla. Apenas llegamos á la playa, cuando los habitantes nos tomaron por otros pueblos de la isla que iban armados para sorprenderlos, ó por extranjeros que iban á apoderarse de sus tierras. Al primer ímpetu de su furor nos incendiaron la nave, y pasaron á cuchillo á todos nuestros compañeros, sin reservar más que á Mentor y á mí para presentarnos á Acestes, á fin de que pudiese saber por nosotros mismos cuáles eran nuestros designios y de dónde veníamos. Lleváronnos á la ciudad atadas atrás las manos, y si nuestra muerte se difería, era sólo para que sirviésemos de agradable espectáculo á un pueblo cruel, luego que supiese que éramos griegos.

Inmediatamente fuimos presentados á Acestes, que con el cetro de oro en la mano estaba juzgando á sus pueblos, y preparándose para un gran sacrificio. Preguntónos con severidad de qué tierra éramos, y el objeto de nuestro viaje; y Mentor se adelantó á responderle : Nosotros venimos de las costas de la grande Hesperia, y nuestra patria no dista mucho de ellas. Así evitó decir que éramos griegos. Pero Acestes, poco satisfecho con esta respuesta, y sin darle lugar para más, nos mandó llevar á un bosque inmediato, para que, á las órdenes de los que guardaban sus ganados, sirviésemos allí en calidad de esclavos.

Horrorizóme esta indigna condición; y no pudiendo contenerme, exclamé como enajenado : ¡ Oh rey ! dadnos la muerte antes que tratarnos con tanta ignominia. Sabed que yo soy Telémaco, hijo del sabio Ulises, rey de los Itacenses, y que le ando buscando por todos los mares ; pero si no he de tener la dicha de hallarle, ni la de volver á mi patria, ni me ha de ser posible evitar la esclavitud con que me amenazáis, quitadme una vida que me será insoportable.

No bien hube pronunciado estas palabras, cuando todo el pueblo exclamó alborozado : Perezca el hijo de aquel cruel, cuyos artificios destruyeron la ciudad de Troya. El mismo Acestes me dijo : Telémaco, yo no puedo negar tu sangre á los manes de tantos Troyanos como ha precipitado tu padre á las riberas del negro Cocito : morirás, pues, tú y el que te conduce. Al mismo tiempo un anciano, que entre la turba se hallaba, propuso al rey que fuésemos inmolados sobre el sepulcro de Anquises. Su sangre, decía, será grata á la sombra de aquel héroe (1). ¡Y cuánta no será la gratitud y reconocimiento de Eneas, cuando sepa que tanto amáis lo que él más apreciaba en el mundo!

Todo el pueblo aplaudió la proposición, y ya no se trataba más que de sacrificarnos. Ya nos conducían al sepulcro de Anquises, junto al que se habían erigido dos altares, sobre los cuales ardía el sacro fuego. La espada del sacrificio estaba presente á nuestra vista. Habíannos coronado de flores, y no había compasión que nos salvara la vida ; nuestra suerte estaba decidida, cuando he aquí que Mentor, con la mayor tranquilidad, pide permiso para hablar al rey, y le dice :

¡ Acestes ! ya que la desgracia del joven Telémaco, que jamás ha tomado las armas contra los Troyanos, no os mueve á compasión, muévaos siquiera vuestro propio interés. Por la ciencia que alcanzo de los presagios y de la voluntad de los dioses, estoy previendo que antes de tres días os acometerán unos pueblos bárbaros, que á manera de torrente se precipitarán desde lo alto de las montañas, inundarán vuestra ciudad, y talarán todo el país. Disponeos, pues, á sorprenderlos, armad vuestros pueblos, y no perdáis mo-

(1) Esta satisfacción póstuma formaba parte esencial del culto de los muertos entre los antiguos. El no hacer este sacrificio hubiera atraído sobre Acestes y su pueblo la cólera de los dioses manes.

mento en poner á cubierto de vuestros muros los numerosos rebaños que tenéis en los campos. Si mi predicción saliere fallida, en vuestra mano está sacrificarnos al cabo de los tres días; pero si por el contrario saliere cierta, reflexionad cuán injusto fuera quitar la vida á los mismos de quien se ha recibido.

Admirado quedó Acestes de lo que Mentor le decía con aquel género de confianza que jamás había observado en ningún otro hombre. Y así le respondió: Bien veo, extranjero, que los dioses á quien debes tan escasa fortuna, te han dado en recompensa una sabiduría mucho más apreciable que todos los tesoros. Dicho esto, suspendió el sacrificio, y se apercibió con presteza contra la invasión que según Mentor le amenazaba. Á doquiera que se volvía la vista, se hallaban mujeres trémulas, viejos encorvados y niños llorosos que venían á refugiarse en la ciudad. Los mansos bueyes y las tímidas ovejas dejaban los abundosos pastos y se venían á bandadas, sin que hubiese establos que bastasen á guarecerlos. Por todas partes se oía el confuso rumor de las gentes que se atropellaban sin entenderse. Aquí uno buscando á su amigo se abraza con un desconocido, y allí corren otros sin saber dónde: todo era confusión y asombro. No así los magnates de la ciudad, que teniéndose por más cuerdos, creían que Mentor era un impostor, y que había hecho aquella falsa predicción sólo por salvar la vida.

Antes de concluirse el tercer día, y cuando ellos estaban más satisfechos de su opinión, se vió que descendía por la ladera de los montes inmediatos una multitud infinita de bárbaros armados, compuesta de los feroces Himerios, y de las naciones que habitan los montes Nebrudes, y la cima del Agragas, donde reina un invierno que jamás han templado los céfiros. Todos los que despreciaron la predicción de Mentor, perdieron sus esclavos y ganados. El rey, por el con-

trario, viéndola cumplida le dijo : Yo me olvido, de que sois griegos : nuestros enemigos vienen á ser hoy nuestros más fieles amigos. Los dioses os han enviado para salvarnos : y así no espero menos de vuestro valor que de la sabiduría de vuestros consejos : apresuraos pues, á socorrernos.

El denuedo que Mentor manifestaba en sus ojos llenaba de admiración á los más bravos combatientes. Armase de escudo, yelmo, espada y lanza, ordena las tropas de Acestes, y poniéndose al frente de ellas, avanza en buen orden hacia el enemigo. Acestes, aunque lleno de valor, no podía por su vejez seguirle sino de lejos. Seguiale yo más de cerca, pero muy distante en el valor. Parecía su coraza en el combate la inmortal égida (1). La muerte discurría de fila en fila, y allí se hallaba donde sus golpes caían. Parecía un león de Numidia, que acosado por el hambre se entra en un rebaño de mansas ovejas, y allí despedaza y degüella hasta nadar en sangre; y los amedrentados pastores, lejos de socorrer el ganado, huyen despavoridos por librarse de su furor. Hasta los vasallos de Acestes, animados con el ejemplo y las palabras de Mentor, tuvieron aquel día un valor de que ellos mismos se tenían por incapaces.

Así fué que los bárbaros, que creían sorprender la ciudad, fueron sorprendidos y desbaratados. Yo derribé con mi lanza al hijo del rey de aquel pueblo enemigo. Era de mi edad, pero de mucha más estatura, porque aquel pueblo trae su origen de una casta de gigantes descendientes de los Cíclopes. Despreciábame por débil, pero sin arredrarme su prodigiosa fuerza, ni por su aspecto salvaje y brutal, le atravesé con mi lanza, haciéndole vomitar la vida envuelta en torrentes

(1) La égida era un manto hecho con la piel de la cabra Amaltea. Minerva lo llevaba en sus hombros y formaba parte de su armadura.

de negra sangre. No faltó mucho para que me abrumase en su caída. Tal era su peso y el de su armadura, que el ruido que hicieron sus armas al caer resonó, hasta en las montañas. Tomé sus despojos, y me incorporé con Acestes. Luego que Mentor desordenó á los enemigos, los destrozó, abuyentando á los fugitivos hasta las selvas.

Un éxito tan feliz como inesperado hizo que se le mirase como á un hombre querido é inspirado de los dioses, y Acestes, penetrado de agradecimiento, nos advirtió el riesgo que corríamos si las naves de Eneas volvían á Sicilia. Para evitarle, nos dió una en que pudiésemos restituírnos á nuestra patria, nos colmó de presentes, y nos instó á que sin dilación partiésemos. No quiso darnos piloto alguno ni remeros de su nación, porque sin duda hubiera sido exponerlos demasiado, llegado que hubieran á las costas de Grecia. Diónos sí unos comerciantes fenicios, los cuales, como trafican con todas las naciones del mundo, nada tenían que temer; y al mismo tiempo iban encargados de devolver el navío á Acestes luego que nos hubiesen dejado en Ítaca.

Pero los dioses, que se burlan de los designios de los mortales, nos reservaban para nuevos peligros.

---

## LIBRO II

Refiere Telémaco que fué cogido por la armada de Sesostris en el navío fenicio, y llevado cautivo á Egipto; pinta la hermosura de aquel país, y la sabiduría con que su rey le gobernaba. Refiere que Mentor fué hecho esclavo también, y enviado á Etiopía, y que él mismo se vió reducido á guardar un rebaño en los desiertos de Oasís; que Termósiris, sacerdote de Apolo, le consoló enseñándole á que imitase á este dios cuando fué pastor del rey Admeto. Cuenta también que sabidas por Sesostris las maravillas que entre los pastores obraba, le hizo llamar; y persuadido de su inocencia, le prometió restituírle á Ítaca; pero que la muerte del rey le volvió á sumergir en nuevas desgracias; que se le puso preso en una torre inmediata al mar, desde donde vió morir al nuevo rey Bocoris en el combate que tuvo con sus vasallos rebeldes, auxiliados por los Fenicios.

Irritada tenía la altivez de los Tirios al gran Sesostris, rey de Egipto y conquistador de tantos otros reinos. Con las riquezas que por medio del comercio adquirían, y con la seguridad que les ofrecía la inconquistable Tiro, situada en el mar, se habían engraido hasta negarle el tributo que les impuso á la vuelta de sus conquistas, y hasta el extremo de proveer de tropas á su hermano (1) que á su regreso intentó asesinarle entre los regocijos de un festín.

Para abatir su orgullo, dispuso Sesostris interceptarles el comercio en todos los mares, á cuyo fin cruzaban sus escuadras por todas partes en busca de los Fenicios; y así fué que no bien empezamos nosotros á perder de vista los montes de Sicilia, y á figurarnos que el puerto y tierra huían detrás de nosotros

(1) En los fragmentos de Manetón, este hermano es llamado Armais y asimilado á Dario.

á esconderse en las nubes, cuando vimos acercarse una escuadra egipcia, que más parecía una ciudad flotante. Conociéronla los Fenicios, y quisieron alejarse; pero ya no era tiempo, porque sus naves eran más veleras, las favorecía el viento y estaban mejor tripuladas de remos: por último nos abordaron, nos apresaron, y nos llevaron prisioneros á Egipto.

En vano les hice presente que no éramos fenicios; pues apenas se dignaron oírme, teniéndonos desde luego por esclavos, con que los Fenicios comerciaban; y así sólo pensaban en aprovecharse de la presa. Ya alcanzamos á ver las aguas del mar, blancas (1) con la mezcla de las del Nilo, y vimos también la costa de Egipto casi tan baja como el mismo mar. Después llegamos á la isla de Faros, inmediata á la ciudad de No, y desde allí subimos por el Nilo hasta Menfis.

Si el dolor de vernos cautivos no nos hubiese hecho insensibles á todo placer, seguramente hubiéramos sentido el mayor regocijo al ver la tierra de Egipto tan fértil y bien cultivada como el más hermoso jardín, regado por un sinnúmero de canales. Por cualquiera de las dos riberas que tendíamos la vista, se nos presentaban ciudades opulentas, casas de campo bellamente situadas, tierras que todos los años se cubren de doradas espigas, sin estar jamás de barbecho, praderas pobladas de ganados, labradores enriquecidos con las abundantes cosechas que les daba la fecundidad del suelo, y pastores que á todos los ecos de aquellos contornos hacían repetir los acordes sonidos de las flautas y zampoñas.

¡Feliz, decía Mentor, feliz el pueblo gobernado por un rey sabio! vive en la abundancia, en medio de la dicha, y ama al autor de su felicidad. Así es, me dijo,

(1) No es muy exacto que las aguas del Nilo blanqueen las del mar. Esto sólo puede admitirse como licencia poética. — (V. Maspero, *Hist. anc.*, p. 2-4.)

como debes reinar y causar la alegría de tus vasallos, si es que algún día quieren los dioses que llegues á poseer el reino de tu padre. Ámalos como á tus propios hijos, complácete en ser amado de ellos, y haz de modo que cuando gocen de los preciosos dones de la paz y de la alegría, se acuerden de que los deben á un buen rey. Los reyes que sólo piensan en hacerse temibles y obtener por la opresión la obediencia, son el azote del género humano : logran sí, ser temidos como desean, pero también son aborrecidos y detestados ; y es mucho más lo que tienen que temer de sus vasallos, que lo que sus vasallos tienen que temer de ellos.

No es ahora tiempo, le respondí á Mentor, de pensar en las máximas de bien reinar. ¡ Ya no hay Ítaca para mí ! ¡ Cuándo volveremos á ver nuestra patria, ni á mi madre Penélope ! ¡ todo se acabó para nosotros ! Aun cuando Ulises volviese lleno de gloria á su reino, ni él tendría la satisfacción de verme, ni yo la de obedecerle para aprender á mandar. Muramos, mi querido Mentor, que es lo único en que debemos pensar ; muramos, pues que los dioses no se apiadan de nosotros.

Diciendo esto, los suspiros no daban lugar á las palabras. Pero Mentor, que sólo temía los males antes que llegasen, y ya en ellos desconocía el miedo me dijo : ¡ Indigno hijo del sabio Ulises ! ¿ qué es estó ? ¿ así sucumbes á la desgracia ? Sabe que llegará el día en que vuelvas á ver á Ítaca y á Penélope : sabe que también llegará el momento en que veas cubierto de su primitiva gloria al que hasta ahora no has conocido : sí, el invencible Ulises, que superior á todas las desgracias, te enseña en sus infortunios, harto mayores que los tuyos, á que jamás te abatas. ¡ Cuál fuera su desconsuelo, si allá en las lejanas tierras adonde le ha arrojado la borrasca, supiese que su hijo no imitaba su paciencia ni su valor ! Esta nueva, después de cubrirle de vergüenza, había de serle más sen-

sible que todas las desgracias que tanto tiempo hace está sufriendo.

Después me iba haciendo notar la alegría y la abundancia que rebosaban por toda la campiña de Egipto, en que se cuentan hasta veintidós mil ciudades (1); admiraba su buena policía, la justicia que en ellas se ejercía en favor del pobre contra el rico, la buena educación de los jóvenes, á los cuales se les acostumbraba á la obediencia, al trabajo, á la sobriedad, y al amor de las artes ó de las letras; la exactitud en todas las ceremonias de la religión, el desinterés, el deseo de la honra, la fidelidad para con los hombres, y el temor de los dioses que cada padre inspira á sus hijos. No se cansaba de admirar un orden tan excelente. ¡Feliz, me decía á cada instante, feliz el pueblo que es así gobernado por un rey sabio; y mucho más feliz todavía el rey que proporciona la felicidad á tantos pueblos, y que sólo funda la suya en su virtud propia! Éste sí que será tanto más dueño de la voluntad de sus vasallos, cuanto son más indisolubles los vínculos del amor que los del temor. Éste sí que conseguirá no sólo que le obedezcan, sino que gusten de obedecerle; porque como reina en los corazones, nada les sería más doloroso que la idea de perderle, y así lejos de desearlo, todos darían por él la vida.

Iba yo reflexionando cuanto me decía Mentor, y sentí que al paso que me hablaba, mi valor renacía.

Inmediatamente que llegamos á Menfis, opulenta y rica ciudad, mandó el gobernador que fuésemos á Tebas, para que nos presentasen al rey Sesostris, que quería examinar las cosas por sí mismo, y que estaba muy resentido de los Tirios. Proseguimos pues nuestro viaje subiendo por el Nilo hasta la famosa Tebas de cien puertas, corte de aquel gran rey. Esta ciudad nos pare-

(1) Según Heródoto, en el reinado de Amasis había en Egipto hasta 20,000 ciudades muy pobladas.

ció de una inmensa extensión, y más poblada que las más florecientes de Grecia. Es admirable su policía (1), así por el asco de las calles, el curso de las aguas, y la comodidad de los baños, como por la cultura de las artes, y la seguridad pública. Las plazas están adornadas de fuentes y obeliscos, los templos son de mármol, y su arquitectura sencilla, pero majestuosa. El palacio del príncipe es por sí solo como una gran ciudad : en él no se ven sino columnas de mármol, pirámides y obeliscos, estatuas colosales, y muebles de plata y oro macizo.

Los que nos hicieron prisioneros dijeron al rey que nos habían hallado en un navío fenicio. Tenía señaladas ciertas horas diarias para oír á cualquiera de sus vasallos que tuviese alguna queja ó aviso que darle : á ninguno despreciaba ni desechaba, porque estaba bien persuadido de que sólo era rey para hacer bien á todos sus vasallos, á los cuales amaba como á sus propios hijos. Recibía á los extranjeros con agrado, y gustaba de verlos, no dudando que siempre se aprende algo útil de las costumbres y máximas de los pueblos lejanos.

Esta curiosidad del rey fué causa de que nos presentasen á él. Estaba sentado sobre un trono de marfil, con un cetro de oro en la mano. Era ya anciano, pero de un carácter agradable. Oía diariamente á sus pueblos con una paciencia y una sabiduría que todo el mundo admiraba con lisonja. Después de emplear las mañanas en el arreglo de los negocios, y en la más exacta administración de justicia, se divertía por las tardes en oír á los sabios, ó en conversar con los hombres más virtuosos, que sabía muy bien elegir para admitirlos á su trato. Lo único de que se le podía motejar en todo el discurso de su vida era de haber triunfado

(1) Esta policía, en el siglo XVIII, era sinónimo de gobierno y administración.

con demasiado fausto de los reyes que había vencido, y de haberse confiado á uno de sus súbditos, cuyo carácter os describiré bien pronto. Luego que el rey me vió, se compadeció de mis pocos años, preguntóme mi nombre y patria, y vimos con admiración que la misma sabiduría hablaba por su boca.

Ya sabéis, gran rey, le respondí, que el sitio de Troya duró diez años, y la mucha sangre que su ruina costó á la Grecia entera. Ulises, mi padre, fué uno de los reyes que más particularmente contribuyeron á la destrucción de aquella ciudad; mas ahora anda errante por los mares, sin hallar la isla de Ítaca, que es su reino. Yo le ando buscando; pero por una desgracia semejante á la suya, he sido hecho prisionero. Restitúidme á mi padre y á mi patria; así los dioses os conserven para bien de vuestros hijos, y les hagan apreciar dignamente la dicha de vivir bajo la dirección de tan buen padre.

Continuó Sesostris mirándome con ojos compasivos; pero queriendo averiguar si era verdad lo que yo le había dicho, nos envió á uno de sus ministros, encargándole que se informase de los que apresaron nuestra nave, si efectivamente éramos griegos ó fenicios. Si son fenicios, decía, merecen doble castigo, porque además de ser nuestros enemigos, intentan engañarnos con una vil mentira; pero si por el contrario son griegos, quiero que se les trate benignamente, y que en una de mis naves se les vuelva á su patria. Soy afecto á la Grecia, porque han sido muchos los Egipcios que han dado leyes en ella (1). Además tengo noticias del valor de Hércules: la gloria de Aquiles se ha extendido hasta nosotros, y admiro cuanto me han contado

(1) Alude á la leyenda de Cécrope, egipcio, del que se suponían descendientes los reyes de Atenas; á la de Cadmo, fundador de la ciudadela de Tebas, en Beocia, y á la de Danao

de la sabiduría del desgraciado Ulises; y sobre todo por el placer que tengo en socorrer á la virtud desgraciada.

El ministro á quien el rey cometi6 el examen, se llamaba Metofis, y tenia un alma tan corrompida y artificiosa, como sencilla y generosa era la de Sesostris. Hízonos varias preguntas procurando sorprendernos; pero como viese que Mentor respondia con más prudencia que yo, le miraba con aversión y desconfianza, porque es propio de los malvados irritarse contra los buenos. Por último nos separó, y desde aquel momento no supe más de Mentor.

Esta separacion fué para mí un golpe mortal. Esperaba Metofis hallarnos en contradicción, preguntándonos separadamente, y sobre todo creía deslumbrarme con sus lisonjeras promesas, y hacerme confesar lo que Mentor le hubiese ocultado. En fin, no buscaba de buena fe la verdad; lo que quería era hallar algún pretexto con que decir al rey que éramos fenicios para hacernos sus esclavos. Con efecto, á pesar de nuestra inocencia y de la sabiduría del rey, halló medio de engañarle.

¡Pero á qué no están expuestos los reyes! Aun los más sabios son muchas veces sorprendidos: vense rodeados de hombres artificiosos é interesados; los buenos se retiran, porque ni son entremetidos ni lisonjeros; esperan que los busquen, y los príncipes no saben buscarlos. Por el contrario, los malvados son atrevidos y engañosos, solícitos para insinuarse y agradar, diestros en disimular, y prontos á hacer cuanto se quiera, aunque sea contra el honor y la conciencia, por satisfacer las pasiones del que reina. ¡Oh, cuán desgraciada es la condición de los reyes siempre expuestos á los artificios de los perversos! ¡Y cuánto arriesgan, si no desechan la lisonja, y si no aman á los que tienen valor para decirles la verdad! Éstas

eran las reflexiones que yo hacía en mi desgracia, acordándome al mismo tiempo de cuanto Mentor me había dicho.

Lo cierto fué que Metofis me envió con sus esclavos hacia los montes del desierto de Oasis á guardar con ellos sus numerosos rebaños.

Aquí llegaba Telémaco, cuando le interrumpió Calipso para preguntarle : ¡Cómo! tú, que en Sicilia preferiste la muerte á la esclavitud, ¿qué hiciste en esta ocasión?

Mi desgracia iba siempre en aumento, le respondió Telémaco. Ya no tenía ni aun el triste consuelo de escoger entre la esclavitud y la muerte ; era forzoso ser esclavo, y apurar, por decirlo así, todos los rigores de la fortuna : ya no me quedaba ninguna esperanza ; ni aun una palabra podía decir en mi defensa. Después me ha dicho Mentor que le vendieron á unos Etiopes, los cuales se le llevaron á su tierra.

En cuanto á mí, llegué á unos desiertos horrorosos en cuyas llanuras sólo hay tórridos arenales. Las cimas de los montes están cubiertas de una perenne nieve que perpetúa en ellas el más áspero invierno. Los valles son allí tan profundos que apenas consigue el sol hacer lucir en ellos sus rayos. De modo que sólo entre las rocas, al comedio de las faldas de aquellas escarpadas montañas, se halla pasto para la manutención del ganado.

En este país no se ven más hombres que pastores, tan montaraces como el país mismo. Yo pasaba las noches llorando mi desventura, y los días cuidando de un rebaño, por evitar el brutal furor del esclavo principal, llamado Butis, que, con la esperanza de alcanzar su libertad, aparentaba el mayor celo por los intereses de su dueño, siendo un continuo acusador de todos los demás. En tal situación era preciso rendirme á la desgracia ; y así fué que un día, oprimido de dolor,

me olvidé de mi rebaño, y me tendí sobre la hierba junto á una caverna, esperando allí la muerte por serme ya insoportables mis penas.

En el mismo instante noté que todo el monte se estremecía : las encinas y los pinos parecían desgajarse de la cumbre. Los vientos estaban suspensos, cuando oí que de la caverna salió una voz á manera de bramido, que me dijo estas palabras : ¡Hijo del sabio Ulises ! aspira como él al heroísmo por medio de la constancia. Los príncipes que han sido siempre felices son bien poco dignos de serlo : la molicie los corrompe, y el orgullo los embriaga. ¡ Dichoso tú, si te sobrepones á tus desgracias, y las tienes siempre presentes ! Volverás á ver á Ítaca, y tu gloria subirá hasta los astros. Cuando gobiernes á otros hombres, acuérdate de que has sido débil, pobre y paciente como ellos : complácete en aliviarlos, ama á tu pueblo, detesta la lisonja, y sabe que sólo serás grande en cuanto seas moderado, y poderoso para vencer tus pasiones.

Estas divinas palabras penetraron hasta lo íntimo de mi corazón, é hicieron renacer en él la alegría y el esfuerzo. Yo no sentí aquel pavor que eriza los cabellos y hiela la sangre en las venas cuando los dioses se comunican á los mortales (1). Levantéme tranquilo ; y puesto de rodillas, alzadas las manos al cielo, adoré á Minerva, á quien creí deber este oráculo. Inmediatamente me hallé trasformado en un nuevo hombre, mi entendimiento se vió iluminado por la sabiduría, y mi espíritu fortalecido para reprimir mis pasiones, y para contener los ímpetus de mi juventud. Granjeéme el amor de todos los pastores del desierto ; y mi afabilidad, mi paciencia y mi exactitud llegaron por fin á ablandar al cruel Butis, que al principio se había empeñado en mortificarme.

(1) Es decir, se ponen en comunicación con ellos, presentándose á su vista ó haciéndoles oír su voz.

Para mejor soportar lo enojoso del cautiverio y de la soledad, y divertir la tristeza que me oprimía, busqué algunos libros (1), que con su instrucción me sostuviesen y animasen. ¡Felices, decía yo, aquellos á quienes disgustan los placeres violentos, y que saben contentarse con las dulzuras de una vida inocente! ¡Felices los que se divierten instruyéndose, y se complacen en cultivar su talento en las ciencias! Adonde quiera que la fortuna enemiga los arroje, llevan siempre consigo en que ocuparse; y el fastidio que devora á los demás hombres aun en medio de sus placeres, es desconocido de los que se emplean en la lectura. ¡Felices mil veces los que gustan de ella, y no se ven, como yo, privados de ejercitarla!

Con estos pensamientos me interné en un bosque sombrío, donde repentinamente vi un anciano que tenía en la mano un libro. Era su frente espaciosa, y estaba algo arrugada; su blanca barba le llegaba hasta la cintura; su estatura era alta y majestuosa; la tez se conservaba aún fresca y encarnada; tenía ojos vivos y perspicaces, voz suave, palabras sencillas y amorosas; en fin, jamás había yo visto un anciano tan venerable. Llamábase Termósiris y era sacerdote de Apolo, á quien servía en un templo de mármol que los reyes de Egipto le habían consagrado en aquel bosque. El libro era una colección de himnos en loor de los dioses.

Acercóse á mí cariñosamente, y entramos en conversación. Contaba tan bien las cosas pasadas, que parecía que se estaban viendo, y con tal concisión que nunca me cansé de oírle. El profundo conocimiento que tenía de los hombres y de los designios de que son capaces, le hacía prever lo porvenir, y en medio de su mucha gravedad era jovial y placentero, tanto

(1) Esto es un anacronismo, porque en tiempo de Telémaco debían andar los libros bastante escasos.

que la más festiva juventud no tiene la gracia que la ancianidad de aquel hombre singular.

En breve me tomó inclinación, y me dió libros que me consolasen: llamábame hijo, y yo le correspondía llamándole padre, y diciéndole muchas veces: Los dioses que me quitaron á Mentor, se han apiadado de mí dándome en vos otro apoyo. Este hombre, semejante á Orfeo ó á Lino, estaba sin duda inspirado de los dioses. Recitábame los versos que había compuesto, y me daba los de muchos excelentes poetas favorecidos de las musas. Cuando se revestía de su largo manto, que era de una resplandeciente blancura, y tomaba en la mano su lira de marfil, los tigres, los leones, y los osos venían á halagarle y lamerle los pies; los sátiros salían de las selvas para bailar en torno de él; hasta los árboles parece que se conmovían, y se hubiera creído que las rocas enternecidas iban á bajar de su cumbre, atraídas por el encanto de tan dulces acentos. El único objeto de sus cánticos era la grandeza de los dioses, la virtud de los héroes, y la sabiduría de los hombres, que prefieren la gloria á los placeres.

Decíame muchas veces que yo debía animarme, y tener confianza en que los dioses no abandonarían ni á Ulises ni á su hijo. Por último me persuadió á que, á ejemplo de Apolo, enseñase á los pastores á cultivar las musas. Apolo, decía, indignado (1) de que Júpiter turbase con sus rayos el cielo en los días más serenos, determinó vengarse de él en los Cielopes que se los forjaban, y así fué que los atravesó con sus flechas, é inmediatamente cesó el Etna de vomitar torrentes de llamas. Ya no se oía el golpeo de los terribles martillos que descargando sobre el yunque hacían estremecer las profundas cavernas de la tierra y los

(1) Apolo se indignaba en su cualidad de dios de la luz.

abismos del mar. El hierro y el bronce, como ya no eran pulidos por los Cíclopes, comenzaban á tomarse de orín. Furioso Vulcano, salió de su fragua, y aunque cojo, subió con ligereza al Olimpo; llegó bañado de sudor y cubierto de polvo á la asamblea de los dioses, y en ella expuso sus amargas quejas. Irritado Júpiter contra Apolo, le arrojó del cielo, y le precipitó á la tierra, y su carro andaba por sí solo su ordinaria carrera para dar al mundo los días y las noches, y la regular alternativa de las estaciones.

Despojado Apolo de todos sus rayos, se vió en la precisión de ponerse á guardar los rebaños del rey Admeto (1). Divertíase en tañer la flauta, y los demás pastores venían á oír sus canciones á la sombra de los olmos, junto á una cristalina fuente. Hasta entonces habían hecho una vida salvaje y brutal, y no sabían más que guiar las ovejas, esquilas, ordeñarlas y hacer queso; en una palabra, toda la campiña era un horroroso desierto.

Pero bien pronto les enseñó Apolo las artes que hacen agradable la vida. Cantaba las flores con que la primavera se corona, los aromas que exhala, y el verdor que nace bajo sus pies. Después cantaba las alegres noches del estío, en que los céfiros recrean con su frescura, y el rocío templá la tierra. También mezclaba en sus canciones los dorados frutos con que el otoño recompensa los trabajos del labrador, y el ocio del invierno, durante el cual la alegre juventud baila al rededor del fuego. Pintaba en fin las selvas sombrías que cubren los montes, y los hondos valles en que los ríos con sus giros variados parece que juguetean en las risueñas praderas. Asimismo les dió á conocer cuántos son los atractivos de la vida cam-

(1) Para la explicación de la servidumbre de Apolo en casa de Admeto, véase Decharme, *Mytologie de la Grèce antique*.

pestre cuando se sabe disfrutar lo que la sencilla naturaleza tiene de agradable.

Muy luego se consideraron los pastores más felices con sus zampoñas que los mismos reyes. Sus cabañas atraían una multitud de placeres inocentes que huyen de los palacios dorados. Los juegos, las risas y las gracias acompañaban á los inocentes pastores : todos los días eran para ellos festivos. Allí ya no se oía más que el gorjeo de las aves, el dulce soplar de los céfiros que se mecían en las ramas, el murmullo del agua cristalina que caía de alguna roca, ó las canciones que inspiraban las musas á los pastores que seguían á Apolo. Enseñábales éste á ganar el premio de la carrera, y á herir con las flechas los gamos y los ciervos ; y les instruyó tanto, que los mismos dioses llegaron á envidiar su vida, pareciéndoles más apreciable que toda su gloria, y volvieron á llamar á Apolo al Olimpo.

Esta historia, hijo mío, te debe servir de instrucción, pues que te hallas en el mismo estado en que él se halló : desbasta esta tierra salvaje ; haz como él que florezca el desierto (1) ; enseña á los pastores el encanto de la armonía ; suaviza la ferocidad de sus corazones ; hazles que conozcan la santa virtud, y que sientan cuán dulce es gozar en la soledad los inocentes placeres de que nada es capaz de privar á los pastores. Día llegará, hijo mío, llegará día, en que las penas y crueles cuidados que rodean á los reves, hagan que en el trono te acuerdes de la vida pastoril.

Después de decirme esto, me dió una flauta tan dulce, que los ecos de aquellos montes hicieron que resonase en todas partes, y bien pronto atrajeron al rededor de mí á todos los pastores vecinos : mi voz

(1) Es decir, haz que nazcan la prosperidad, la abundancia y la alegría en estos desiertos lugares.

Ésta es una imagen tomada de la Biblia.

tenía una armonía divina, y yo me sentí conmovido, y como enajenado para cantar las gracias con que la naturaleza adorna el campo. Así pasábamos los días enteros y parte de las noches cantando juntos. Olvidados los pastores de sus cabañas y rebaños, estaban suspensos é inmóviles al rededor de mí mientras les daba lección : en una palabra, la agreste rusticidad de aquellos desiertos parecía haber enteramente desaparecido. Todo era ya en ellos agradable y risueño; de modo que la civilización y cultura de los habitantes parecía que se comunicaba al terreno mismo.

Juntábamonos á menudo á ofrecer sacrificios en el templo de Apolo. Iban los pastores coronados de laurel en honor del dios(1), y las pastoras danzando y coronadas de flores, llevaban en la cabeza los canastillos en que iban los dones sagrados. Después del sacrificio teníamos un banquete campestre, en el cual los más exquisitos manjares eran la leche de las cabras y ovejas, y las frutas recién cogidas por nuestra mano, los dátiles, los higos y las uvas. El césped nos servía de asiento, y los árboles frondosos nos cubrían con su sombra más apreciable que la de los dorados techos de los palacios reales.

Pero lo que acabó de hacerme famoso, fué que un día se arrojó sobre mi rebaño un león hambriento (2). Ya empezaba á hacer en él una horrible carnicería, cuando yo, sin tener á mano más que mi cayado, me tiré á él denodadamente. Eriza el bruto su melena, me enseña dientes y garras, abre su voraz y encendida boca, lanza fuego por los ojos, y con la larga cola se bate sin cesar los ijares. No obstante, logré aterrarle, gra-

(1) El laurel estaba especialmente consagrado á Apolo.

(2) Hoy no hay leones en Egipto, pero sí los hubo en la antigüedad, como lo prueba la historia de los anacoretas de la Tebaida.

cias á la pequeña cota de malla de que iba revestido según el uso de los pastores egipcios, que seguramente me libertó de ser hecho pedazos. Tres veces le derribé, y otras tres veces se volvió á levantar, dando tan terribles rugidos, que en todos los bosques resonaron. Por fin le ahogué entre mis brazos; y los pastores, testigos de mi victoria, me hicieron vestir la piel de aquel feroz animal.

La fama de esta acción, y la feliz mudanza de los pastores se extendió por todos los ámbitos del Egipto, y llegó hasta el mismo Sesostris, con la noticia de que uno de los dos cautivos tenidos por fenicios era el que había hecho renacer el siglo de oro en aquellos desiertos casi inhabitables. Como el rey tenía pasión por las musas, y por todo cuanto podía servir de instrucción, quiso verme, me vió, y me oyó con gusto; y luego que descubrió que Metofis por su avaricia le había engañado, le condenó á prisión perpetua, quitándole todas las riquezas que injustamente poseía. ¡ Ah! decía, ¡ qué desgraciado es el hombre que se ve elevado sobre los demás! Apenas le es posible ver por sí la verdad; los mismos que le rodean impiden que nadie se le acerque: todos tienen interés en engañarle, y todos, bajo la apariencia de celo, ocultan su ambición. Se aparenta amar al rey, pero lo que se le ama es tan poco, que por alcanzar sus favores se le adula y se le vende: lo que se ama, son las riquezas que da.

Desde entonces me distinguió Sesostris con su cariño, y resolvió enviarme á Ítaca con naves y tropas para librar á Penélope de sus amantes. Ya estaba pronta la escuadra, y ya sólo pensábamos en embarcarnos. ¿Quién no había de admirar estas mudanzas de la fortuna, que sabe elevar de un golpe á los que más abatidos tiene? Esta reflexión me hizo concebir la esperanza de que muy bien podría suceder que

Ulises volviese á su reino después de algún largo contratiempo, y también discurría entre mí que aun podría volver á ver á Mentor, aunque le hubiesen llevado á los países más incógnitos de la Etiopía.

Pero en el corto tiempo que retardé mi partida, por ver si podía adquirir de él algunas noticias, murió de repente el anciano Sesostris, y su muerte volvió á sumergirme en nuevas desgracias.

Todo el Egipto se mostró inconsolable por esta pérdida. Cada familia creía haber perdido su mejor amigo, su protector, su padre. ¡Jamás, exclamaban los ancianos, alzadas las manos al cielo, jamás tuvo el Egipto un rey tan bueno, ni volverá jamás á tenerle! ¡Oh dioses! ¡cuánto mejor fuera, ó no habersele mostrado nunca á los hombres, ó no quitársele jamás! ¿Por qué hemos de sobrevivir al gran Sesostris? Ya, decían los jóvenes, ya se han desvanecido las esperanzas de Egipto. ¡Qué felicidad la de nuestros padres en haber pasado su vida bajo el gobierno de tan buen rey! pero nosotros, nosotros sólo le hemos conocido para llorar su pérdida. Sus domésticos (1) le lloraban noche y día, los habitantes de los pueblos más lejanos acudieron en tropas por espacio de cuarenta días que duraron los funerales. Cada cual quería ver por la última vez el cuerpo de Sesostris, y conservar su imagen, y muchos hubieran querido ser con él sepultados (2).

Pero lo que aumentaba más el sentimiento de su pérdida, era que su hijo Bocoris ni tenía humanidad con los extranjeros, ni afición á las ciencias, ni amor á la gloria, ni estimaba á los virtuosos. La misma gran-

(1) Antiguamente se llamaba *domésticos* á todos los individuos que dependían de una gran casa, aunque ejerciesen cargos importantes.

(2) Estos sacrificios voluntarios ó forzosos eran muy comunes en la antigüedad, y se han conservado en la India hasta nuestros días.

deza de su padre había contribuido á hacerle tan indigno de reinar. Criado en la molicie, y en una especie de fiereza brutal, no tenía en nada á los hombres, pareciéndole que sólo habían nacido para él, que se creía de una naturaleza superior. Sólo pensaba en satisfacer sus pasiones, y disipar los inmensos tesoros que con tanto cuidado había ahorrado Sesostris, en afligir á los pueblos, desangrar á los infelices, y por fin, en seguir los lisonjeros consejos de los jóvenes insensatos que le rodeaban, al paso que alejaba de sí con menosprecio á los sabios ancianos que habían merecido la confianza de su padre. En una palabra, era un monstruo, no un rey. Todo el Egipto gemía; y aunque el nombre de Sesostris, tan caro á los Egipcios, les hizo sufrir la cruel y pérfida conducta de su hijo, éste corría por sí mismo á su perdición, y era imposible que un príncipe tan indigno del trono le ocupase mucho tiempo.

Para complemento de mis desgracias, halló Metofis medio de salir de la prisión, y de restablecerse en la gracia del nuevo rey; y así le fué fácil vengarse de la desgracia que yo le había ocasionado, haciéndome encerrar en una torre á la orilla del mar; cerca de Pelusa, donde debíamos de habernos embarcado si Sesostris no hubiese muerto. Ya no me quedaba ni aun la más remota esperanza de volver á Ítaca. Todo cuanto me predijo Termósiris, y yo había oído en la caverna me parecía un sueño. Allí pasaba los días y las noches en la más profunda tristeza, en el más amargo dolor. Veía las olas del mar que venían á estrellarse al pie de la torre, y muchas veces me ocupaba en ver los navíos, que agitados por las borrascas, estaban expuestos á estrellarse contra las rocas que servían de cimientto á la torre; pero lejos de compadecer á tantos infelices amenazados de naufragio, envidiaba su suerte; porque á lo menos, decía, tendrán pronto fin sus des-

gracias, ó llegarán á su patria : ¡ mas ay de mí ! que no puedo esperar ni lo uno ni lo otro.

Mientras que así me consumía en inútiles reflexiones, alcancé á ver tantos mástiles de navío, que se me figuró un bosque : debajo de las velas henchidas por el viento desaparecía el mar (1) espumoso con el incessante golpeo de los innumerables remos, y por todas partes se oía la confusa gritería del pueblo. De los Egipcios que había en la playa, unos corrían asustados á las armas y otros parecía que salían á recibir la armada que llegaba. Inmediatamente reconocí que de aquellas naves extranjeras, unas eran de Fenicia, y otras de la isla de Chipre : ya empezaban mis infortunios á darme algunos conocimientos respectivos á la marina. Parecióme que los Egipcios estaban divididos entre sí, y no tuve dificultad en creer que el insensato Bocoris hubiese con sus violencias causado alguna rebelión, y encendido la guerra civil. Con efecto, desde lo alto de la torre fuí espectador de un sangriento combate.

Porque los Égipcios, que habían llamado en su socorro á los extranjeros, después de proteger su desembarco, atacaron á los otros Egipcios mandados por el rey en persona, que semejante al dios Marte animaba á los suyos con su ejemplo. Á su rededor corrían arroyos de sangre : las ruedas de su carro nadaban en ella, y apenas podían pasar por en cima de los montones de cadáveres destrozados. Este joven rey, bien formado, vigoroso, y de una fisonomía altiva y feroz, tenía en sus ojos retratado el furor y la desesperación, y á manera de un hermoso alazán corría desbocado y sin

(1) Esta figura fué empleada por fray Luis de León en su magnífica *Profecía del Tajo* :

Debajo de las velas desapareco  
El mar, la voz al cielo  
Confusa y varia crece, etc.

elección hacia donde le llevaba su ardimiento. No dirigía la prudencia su valor, ni sabía reparar sus faltas, ni dar órdenes oportunas: no prevenía los males que le amenazaban, ni sabía contemporizar con aquellas personas que tanto había menester; y no por falta de talento, que sus luces eran iguales á su valor, sino que como nunca había aprendido en la adversidad, les fué fácil á sus maestros pervertir con la lisonja su buen natural. Y así fué, que poseído de su poder y de su fortuna, creía que todo debía ceder á sus fogosos deseos; la menor resistencia exaltaba su cólera, y ya entonces ni raciocinaba, ni estaba en sí: su orgullo desenfrenado le transformaba en fiera. Su bondad natural, y la recta razón le abandonaban al instante. Hasta sus más fieles criados se veían precisados á huir de él. Sólo los que adulaban sus pasiones, merecían su cariño: así tomaba siempre partidos extremados y opuestos á sus verdaderos intereses, y obligaba á todos los hombres de bien á que detestasen su loca conducta.

Largo rato le sostuvo su valor contra la muchedumbre; mas al fin acabaron con él. Yo le vi morir. Atravesóle el pecho el dardo de un fenicio; fuéronsele las riendas de la mano, y cayó del carro á los pies de los caballos. Un soldado chipriota le cortó la cabeza, y cogiéndola por los cabellos, la mostró como en triunfo á todo el ejército victorioso.

Toda mi vida me acordaré de haber visto aquella cabeza nadando en sangre, cerrados y amortecidos los ojos, pálido y desfigurado el rostro: aquella boca entreabierta, como queriendo acabar de pronunciar palabras empezadas, y aquel gesto altivo y amenazador, que ni aun la muerte había podido borrar. Toda mi vida le tendré presente. Y si los dioses me concediesen el reinar algún día, me servirá tan funesto ejemplo para recordar de continuo que un rey no es digno de serlo,

ni su poder le hace feliz, sino en cuanto le somete á la razón. Porque, ¡qué mayor desgracia para un hombre destinado á ser el autor de la felicidad pública, que ejercer el poder que tiene sobre tantos hombres para tabrarles su desventura!

### LIBRO III

Refiere Telémaco que el sucesor de Boccoris devolvió todos los prisioneros tirios: que él mismo fué conducido á Tiro en el navío de Narbal, comandante de la armada tiria, y la pintura que éste le hizo de Pigmalión, su rey, temible por su avaricia. Refiere también que Narbal le instruyó en los reglamentos del comercio de Tiro, y que ya iba á embarcarse en un navío de Chipre para ir por esta isla á la de Itaca, cuando descubrió Pigmalión que era extranjero, y quiso ponerle preso: que estuvo entonces á pique de perecer; pero que Astarbé, dama del tirano, le libtó, haciendo morir en su lugar á un joven que la tenía irritada porqué habia despreciado su amor.

Admirada estaba Calipso oyendo tan bien razonados discursos; y lo que más le agradaba era la ingenuidad con que Telémaco refería los defectos en que habia incurrido por su ligereza, y por falta de docilidad á los consejos del sabio Mentor. Hallaba la diosa una generosidad y grandeza de alma extraordinaria en un joven, que no se perdonaba á sí mismo, y que tan bien habia reflexionado sobre sus mismas imprudencias, que por ellas habia aprendido á ser sabio, prudente y moderado. Continúa, le dijo, mi querido Telémaco, que deseo con impaciencia saber cómo saliste de Egipto, y dónde encontraste al sabio Mentor, cuya pérdida tan justamente sentías.

Telémaco continuó así su historia : Como los Egipcios que seguían el partido del rey, eran, aunque los más virtuosos y leales, los menos poderosos, y por otra parte le veían ya muerto, se hallaron reducidos á ceder. Eligióse otro rey llamado Termutis (1), y hecha alianza entre él y los Fenicios, se retiraron éstos con las tropas de Chipre, y todos los prisioneros de su nación, que el nuevo rey les había devuelto ; y á mí, como si lo fuese, se me incluyó en el número de ellos, me sacaron de la torre, me embarqué con los demás, y volvió á renacer en mi pecho la esperanza. Ya henchía nuestras velas un viento favorable ; los remeros hendían las ondas espumosas ; el anchuroso mar estaba cubierto de naves ; los marineros daban gritos de alegría ; las riberas de Egipto se alejaban de nosotros ; las colinas y los montes se iban poco á poco aplanando ; y ya empezábamos á no ver más que cielo y agua, cuando el nuevo sol, despidiendo del centro del mar sus fuegos resplandecientes, doraba con sus luminosos rayos la cima de los montes, que aun divisábamos algún tanto, y el cielo todo vestido de azul obscuro nos prometía una feliz navegación.

Aunque yo fui devuelto como fenicio, ninguno de los que iban conmigo me conocía. Narbal, comandante del navío á que se me destinó, quiso saber mi nombre y patria. ¿ De qué ciudad sois de la Fenicia ? me preguntó. Y no soy fenicio, le respondí ; pero los Egipcios me apresaron en una nave que lo era, y como fenicio he permanecido cautivo en Egipto ; en concepto de tal he padecido largo tiempo, y en el mismo concepto he sido libertado. ¿ Pues de qué país sois ? volvió Narbal á preguntarme ; y le contesté en estos términos : Yo soy Telémaco, hijo de Ulises, rey de Ítaca en Grecia. Mi padre se hizo famoso entre todos los reyes

(1) Este nombre no se encuentra en el manuscrito original. En su lugar hay puntos suspensivos.

que sitiaron á la ciudad de Troya; mas los dioses no le han concedido que vuelva á ver su patria. Le he buscado por muchos países, pero la fortuna me persigue como á él: ved aquí un desgraciado, que sólo anhela la felicidad de volverse á ver entre los suyos, y de hallar á su padre.

Mirábame Narbal con admiración, y le pareció descubrir en mí no sé qué don del cielo, que no se halla en el común de los hombres. Y como naturalmente era sincero y generoso, se compadeció de mi desgracia, y me habló con una confianza inspirada sin duda por los dioses, para salvarme de un gran peligro.

No dudo, me dijo, ni acertaría á dudar de lo que me decís, porque el dolor y la virtud retratados en vuestro semblante no me permiten tal desconfianza. Además presiento que los dioses, á quienes siempre he servido, os aman, y quieren que yo también os ame como si fuerais mi hijo. Voy á daros un consejo saludable, y en recompensa sólo exijo el secreto. No temáis, le dije, que me sea violento callar lo que queráis confiarme: pues aunque joven, he envejecido ya en la costumbre de no fiar jamás mi secreto, y mucho más en la de no revelar el de otro por ningún pretexto. ¿Pues cómo habéis podido, me replicó, acostumbraros, siendo tan joven, á guardar secreto? mucho me alegraré saber por qué medios habéis adquirido esta cualidad, que es la base de la más sabia conducta, y sin la cual son inútiles todos los talentos.

Al partir Ulises para el sitio de Troya, le respondí, me puso sobre sus rodillas, y me estrechó entre sus brazos: así es como me lo han referido. Después de haberme besado tiernamente, me dijo estas palabras, aunque yo todavía no podía entenderlas: Hijo mío, no permitan los dioses que te vuelva á ver, antes la guadaña de la parca corte el hilo apenas formado de tus días, así como el segador corta con la hoz la tierna

flor que empieza á desplegarse ; antes mis enemigos te despedacen á mi vista y la de tu madre, si ha de llegar día en que tu corazón se corrompa, y abandone la virtud. Amigos míos, continuó, abí os dejo este hijo que tanto amo, cudad de su infancia ; y si es que me amáis, alejad de él la perniciosa lisonja ; enseñadle á que á sí mismo se venza. Sea en vuestras manos como un tierno arbolillo que se le doblega para enderezarle ; y sobre todo no omitáis nada para hacerle justo, benéfico, sincero, y fiel en guardar secreto : que el que es capaz de mentir, es indigno de que se le cuente en el número de los hombres ; y el que no sabe callar, es indigno de gobernar.

Os refiero así sus palabras, porque habiendo cuidado de repetírmelas mucho, han llegado á grabarse en lo íntimo de mi corazón ; y me las repito á cada paso.

Los amigos de mi padre procuraron con efecto ejercitarme con tiempo en guardar secreto. Aun estaba yo en la más tierna infancia, cuando ya me confiaban los disgustos que padecían en ver á mi madre expuesta a la muchedumbre de temerarios que la solicitaban para esposa ; y desde entonces me trataban como á un hombre de razón y confianza. Hablábanme en secreto de los más importantes negocios, y me comunicaban lo que resolvían para desviar á los pretendientes (1). Ufano con que de mí se hiciese esta confianza, me tenía ya por un hombre. Jamás abusé de ella, ni se me escapó jamás palabra que pudiese dar el menor indicio de lo que callaba. Muchas veces los pretendientes de mi madre me estimulaban á que hablase, persuadidos de que un niño que podía haber visto ú oído alguna cosa de importancia, no sería capaz de reservarla ; pero yo sabía muy bien responderles sin mentir, ni manifestarles lo que no debía decirles.

(1) Es decir, de pretendientes á su mano y al trono de Haca.

Luego que Narbal me oyó, me dijo : Ya veis, Telémaco, el poder de los Fenicios, formidables por sus innumerables escuadras para todas las naciones vecinas. El comercio que hacen hasta las columnas de Hércules, les produce tantas riquezas, que exceden á las de los pueblos más florecientes. El gran Sesostris, que jamás hubiera podido vencerlos por mar, trabajó no poco para rendirlos por tierra con unos ejércitos que habían conquistado todo el Oriente : impúsonos un tributo, que no pagamos mucho tiempo, porque eran demasiados el poder y riquezas de los Fenicios para soportar con paciencia el yugo y la esclavitud ; y así fué que muy pronto recobramos la libertad. No le dió tiempo la muerte para que acabase la guerra contra nosotros. Y si bien es verdad que debíamos temerlo todo de su sabiduría aun mucho más que de su poder, habiendo pasado éste á manos de su hijo enteramente falto de prudencia, dedujimos que ya nada teníamos que recelar. En efecto, lejos de volver los Egipcios á entrar con las armas en nuestra tierra para subyugar-nos de nuevo, se han visto precisados á llamarnos en su socorro para que los libremos de un rey tan impío y furioso. Nosotros hemos sido sus libertadores : ; qué gloria agregada á la libertad y a la opulencia de los Fenicios !

Mas al paso que damos la libertad á los demás, somos nosotros esclavos. Temed, Telémaco, caer en las manos de Pigmalión nuestro rey : en aquellas crueles manos bañadas en la sangre de Siqueo, esposo de su hermana Dido (1); la cual, poseída del deseo de venganza, se salvó huyendo de Tiro con muchas naves, y con la mayor parte de los que aman la virtud y la libertad, que la siguieron hasta la costa de África, en que ha fundado una soberbia ciudad llamada Cartago.

(1) Aquí sigue Fenelón la narración de la *Encida* de Virgilio

Atormentado Pigmalión de una insaciable sed de riquezas, se hace cada vez más despreciable y odioso á sus vasallos. Es un crimen en Tiro poseer muchos bienes : la avaricia le hace desconfiado, sospechoso y cruel : persigue á los ricos, y teme á los pobres.

Aun es mayor crimen ser virtuoso, porque supone que los buenos no podrán sufrir sus injusticias é infamias : la virtud le condena, y así es que se irrita y enfurece contra ella. Todo le agita, todo le inquieta, todo le atormenta : de su misma sombra tiene miedo. No duerme de día ni de noche ; y los dioses para confundirle, le abruman con tesoros, de que no se atreve á gozar. Lo que busca para ser dichoso es precisamente lo que le impide que lo sea. Le pesa de lo que da, siempre teme perder y se fatiga por ganar.

Casi nunca se le ve : solo, triste y abatido vive en el centro de su palacio. Sus mismos amigos no se atreven á llegarse á él, porque temen hacerse sospechosos. Una guardia formidable, con espadas desnudas y picas levantadas, rodea su palacio. Treinta cámaras que se comunican unas con otras, y cada una de las cuales tiene su puerta de hierro con seis gruesos cerrojos, son la estancia en que se encierra : jamás se sabe en cuál de ellas duerme ; pero se asegura que nunca para dos noches seguidas en una misma, por miedo de ser en ella degollado. Los inocentes placeres y la amistad, que aun es más dulce, le son desconocidos. Si se le dice que procure alegrarse, siente que la alegría huye lejos de él, y que rehusa entrar en su corazón. Sus ojos sumidos y vagorosos despiden un fuego voraz y feroz ; al menor ruido aplica el oído, y se conmueve. Está pálido y extenuado ; y en su rostro, siempre torvo y arrugado, lleva pintados los pesares que le atormentan. Calla, suspira, y arranca del pecho los más profundos gemidos, no siéndole posible ocultar los remordimientos que despedazan sus entrañas.

Disgústale los manjares más exquisitos. Sus hijos, que debían ser el apoyo de su esperanza, son el motivo de su terror, y hace de ellos sus más temibles enemigos. En toda su vida ha tenido un momento de seguridad; y sólo se conserva á fuerza de verter la sangre de todos los que le causan algún temor. ¡Que insensato, no ve que la misma crueldad en que tanto confía, será la que le conduzca á su ruina! Cualquiera de sus domésticos, que sea tan desconfiado como él, se apresurará á librar al mundo de este monstruo.

Por mí, temo á los dioses, y á toda costa seré fiel al rey que ellos me han dado; y antes sufriría que me diese la muerte, que quitarle yo la vida, y aun que dejar de defenderlo. Pero vos, Telémaco, guardaos de decirle quién sois; porque con la esperanza de que vuelto Ulises á Ítaca le daría una gran suma por vuestro rescate, os tendrá hasta entonces preso.

Cuando llegamos á Tiro, seguí los consejos de Nabal, y reconocí la verdad de cuanto me había dicho. Yo no podía comprender que un hombre pudiera hacerse tan despreciable como me lo pareció Pigmalión.

Horrorizado de un ejemplo tan terrible, y para mí tan nuevo, me decía á mí mismo: He aquí un hombre que anhelando ser feliz, ha equivocado los medios. Creyó conseguirlo teniendo un cúmulo de riquezas y una autoridad absoluta: posee con efecto todo lo que puede desear, y sin embargo, esas mismas riquezas y esa misma autoridad causan su desgracia. Si fuera pastor, como no ha mucho tiempo que yo lo fui, sería tan feliz como yo lo era: gozaría de los inocentes placeres del campo, y los gozaría sin remordimientos; no temería el hierro ni el veneno; amaría á los hombres y sería de ellos amado. Es verdad que no tendría esas grandes riquezas que en realidad le son tan inútiles como si fuesen de cieno, pues que no se atreve á tocarlas; pero gozaría libremente de los frutos de la

tierra, y no padecería ninguna necesidad verdadera. Parece que este hombre hace cuanto quiere; pero no es así, ni mucho menos: lo que hace es todo cuanto quieren sus pasiones feroces, impelido siempre de la avaricia, del temor, y de las sospechas. Parece dueño de los demás hombres, y ni aun de sí mismo lo es, pues son tantos sus dueños y verdugos, cuantos sus deseos violentos.

Así discurría yo acerca de Pigmalión, sin verle, porque nunca se dejaba ver: sólo se veían, y no sin miedo, las altas torres, noche y día rodeadas de guardias, donde él mismo, encerrado con sus tesoros, se mantenía como en prisión. Comparaba yo este rey invisible con el gran Sesostris, tan humano, tan accesible, tan afable, tan amigo de ver á los extranjeros, tan atento para oír á todo el mundo, y sacar del corazón de los hombres la verdad que se oculta á los reyes. Sesostris, decía yo, nada temía, ni tenía que temer nada. Presentábase á sus vasallos como á sus propios hijos; pero este rey malvado todo lo teme, y todo lo tiene que temer. Siempre está expuesto á una muerte desastrada, aun en su palacio inaccesible, rodeado de guardias: al contrario del buen Sesostris, que entre la multitud de sus pueblos estaba tan seguro, como un buen padre lo está en su casa rodeado de su familia.

Dió orden Pigmalión de que se volviesen á su isla las tropas chipriotas sus aliadas, y Narbal se valió de esta ocasión para ponerme en libertad, haciéndome pasar revista entre los soldados de Chipre, porque el rey hasta de las cosas más mínimas recelaba.

El defecto común á todos los príncipes fáciles y desapplicados es entregarse con una ciega confianza á favoritos artificiosos y corrompidos: el de éste, por el contrario, era desconfiar de los más virtuosos. No sabía discernir los hombres rectos y sencillos que

obran sin disfraz, ni los había visto nunca, porque éstos no van á buscar á un rey tan corrompido. Por otra parte, desde que ocupaba el trono, había visto tanta simulación y tanta perfidia en cuantos le servían, y tan horrorosos vicios, disfrazados con apariencias de virtud, que á todos los hombres, sin excepción, los miraba como falsos. Suponía que no había sobre la tierra virtud alguna sincera, y por eso los miraba á todos como iguales con corta diferencia. Cuando hallaba uno falso y corrompido, no se tomaba el trabajo de buscar otro, suponiendo que éste no sería mejor que aquél. Los buenos le parecían peores que los malvados más rematados, porque los tenía por tan infames, y por más engañosos.

Pero, volviendo á mí, fui con efecto confundido entre los soldados chipriotas, y así escapé á la perspicaz desconfianza del rey. Temblaba Narbal de que fuese descubierto, porque á ambos nos hubiera costado la vida; y por eso era increíble la impaciencia con que deseaba vernos partir; pero los vientos contrarios nos detuvieron mucho tiempo en Tiro.

Yo me aproveché de esta detención para instruirme en las costumbres de los Fenicios, tan célebres entre todas las naciones conocidas. Admiraba la ventajosa posición en que se hallaba aquella ciudad, situada en una isla que está en medio del mar. La costa vecina es sumamente deliciosa por su fertilidad, por los exquisitos frutos que produce, por el gran número de ciudades y aldeas que casi se juntan, y en fin por la benignidad de su clima, pues los montes ponen la costa al abrigo de los ardientes vientos del mediodía, y la refrescan los del norte que soplan del lado del mar. Este país está al pie del Líbano, cuya cima hiende las nubes, y va á tocar con los astros. Un perenne hielo ciñe su frente, y de la punta de los peñascos que le coronan se desprenden en torrentes arroyos llenos de



*Paul. Sc.*

*Francais. del*

Admiraba la ventajosa posición en que se hallaba aquella ciudad (Pág. 44).



nieve. Debajo se ve un espacioso bosque de cedros (1) antiguos, cuyas espesas ramas llegan á las nubes, y parecen tan viejos como la tierra que los sustenta. Al pie de este bosque, en la misma ladera del monte, se encuentran abundantes pastos, donde se ven andar errantes los toros dando bramidos, y las ovejas balando con sus tiernos corderillos que retozan por la hierba. Mil arroyuelos de agua cristalina corren por todas partes, y en fin por debajo de estos pastos está la falda de la montaña, semejante á un jardín, en el que la primavera y el otoño reinan juntos para reunir las flores y los frutos. Jamás el pestilente viento de mediodía, que todo lo seca y abrasa, ni el riguroso aquilón, han osado marchitar los vivos colores que adornan este jardín (2).

Junto á esta hermosa costa es donde se levanta en el mar la isla en que está fundada la gran ciudad de Tiro; de modo que parece andar nadando sobre las aguas, y que es la reina del mar. Frecuentanla comerciantes de todo el mundo, y son sus mismos habitantes los más célebres del universo. Al entrar en ella no parece ciudad perteneciente á un pueblo particular, sino común á todas las naciones, y el centro de su comercio. Tiene dos grandes muelles, semejantes á dos brazos, que se internan en el mar, ceñindo un anchuroso puerto, é impidiendo la entrada á los vientos. Vense en este puerto innumerables mástiles de navío que figuran un bosque tan espeso, que apenas se ve el agua que lo sostiene. Todos los ciudadanos se aplican al comercio; y no por sus grandes riquezas se desdennan de trabajar incesantemente para aumentarlas. Allí se ve por todas partes el suave lino de Egipto, y la púr-

(1) Los famosos cedros del Líbano hace tiempo que desaparecieron, cediendo el puesto á los castaños.

(2) Esta descripción, aunque algo embellecida, es verdadera según se desprende de lo que dice Maspero de dicha comarca

pura de Tiro, dos veces teñida (1), de un maravilloso brillo : este doble tinte es tan vivo y permanente, que ni el tiempo basta á deslucirle ; empléase en las lanas finas que bordadas de oro y plata adquieren un nuevo realce. Los Fenicios comercian con todos los pueblos hasta el estrecho de Gades, y se han internado en el vasto océano que rodea toda la tierra. También han hecho largas navegaciones en el Mar Rojo, y por él es por donde van á buscar á islas desconocidas el oro, los aromas, y varios animales que no se encuentran en otros países.

No se saciaban mis ojos de ver el magnífico espectáculo de esta gran ciudad, en que todo está en movimiento. Allí no se veían, como en las ciudades de la Grecia, hombres ociosos y noveleros, de los que van á buscar noticias á la plaza pública, ó á ver los extranjeros que llegan al puerto. Los hombres se ocupaban en descargar las naves, trasportar ó vender las mercancías, arreglar sus almacenes, y en llevar cuentas exactas de lo que les debían los negociantes extranjeros ; y las mujeres en hilar las lanas, hacer dibujos para bordar, ó en plegar las telas preciosas.

¿De qué proviene, le pregunté á Narbal, que los Fenicios se hayan hechos dueños del comercio de todo el mundo, y que se enriquezcan por este medio á expensas de todos los demás pueblos? Ya lo veis, me respondió ; la situación de Tiro es ventajosa para el comercio. Nuestra patria tiene la gloria de haber inventado la navegación. Si hemos de creer la tradición de la más remota antigüedad, los Tirios fueron los primeros que domaron las olas mucho antes que Tifis y los Argonautas, tan ponderados en la Grecia ; quiero decir, que osaron exponerse en una débil embarcación al arbitrio

(1) Esta púrpura dos veces teñida (*dibapha*), era la más estimada. Según Plinio, la libra de esta púrpura costaba 1,000 dineros, ó sea unos 870 francos.

de las olas y de las tempestades : los primeros que sondearon los abismos del mar, que observaron los astros lejos de la tierra, según la ciencia de los Egipcios y Babilonios : los primeros, en fin, que reunieron tantos pueblos que el mar tenía separados. Los Tirios son industriosos, pacientes, laboriosos, capaces, sobrios y económicos ; tienen una exacta policía, viven perfectamente unidos entre sí, y jamás se ha conocido un pueblo más constante y sincero, fiel y seguro, ni más cómodo para los extranjeros (1).

Ved aquí, sin ir á buscar otra cosa, lo que les da el imperio del mar, y hace que florezca en su puerto un comercio tan útil. Pero si se introdujesen entre ellos la división y los celos ; si se empezasen á afeminar con los deleites y la ociosidad ; si los próceres de la nación despreciasen el trabajo y economía ; si se dejasen de honrar las artes ; si faltaran á la buena fe con los extranjeros ; si alterasen en lo más mínimo las reglas de un comercio libre ; si descuidasen sus manufacturas y dejasen de hacer los cuantiosos gastos que se necesitan para que éstas tengan cada uno en su clase la posible perfección, bien pronto veríais caer este colosal poder que admiráis.

Mas explicadme, le dije, los verdaderos medios de establecer algún día en Ítaca un comercio semejante. Haced, me respondió, lo que aquí se hace. Recibid bien y fácilmente á todos los extranjeros ; haced que encuentren en vuestros puertos seguridad, comodidad y entera libertad, y no os dejéis arrastrar de la avaricia ni del orgullo. El verdadero medio de ganar mucho, es no querer ganar demasiado, y saber perder á tiempo. Hacedos amar de los extranjeros, y, si es menester, toleradles alguna cosa. Temed excitar sus celos con vues-

(1) No era ésta la opinión de los antiguos, según atestiguan Virgilio (*Encida*, I) y Lucano (*Farsalia*, III).

tra altanería. Estableced unas reglas de comercio, que sean constantes, sencillas y fáciles; acostumbrad á vuestros pueblos á observarlas inviolablemente, y castigad con rigor el fraude, y aun la negligencia, ó el fausto de los mercaderes que arruina el comercio, arruinando á los que lo hacen (1).

Sobre todo absteneos de ponerle trabas para inclinarle según vuestras miras. El príncipe no se ha de mezclar en él, si no quiere entorpecerle. Todo el provecho debe dejarle á sus vasallos, que son los que tienen el trabajo; lo contrario sería desanimarlos: bastantes utilidades le producirán las muchas riquezas que entren en sus Estados. Es el comercio como ciertas fuentes, que si se las quiere mudar de curso, se secan. Para atraer á los extranjeros, proporcionadles provecho y comodidad. Si les hacéis el comercio menos cómodo y útil, se retirarán insensiblemente, y no volverán jamás, porque otros pueblos, aprovechándose de vuestra imprudencia, los atraerán á sus puertos, y los acostumbrarán á no echaros de menos. Es necesario confesaros que de algún tiempo á esta parte se ha obscurecido no poco la gloria de Tiro. ¡Oh, cuánto más os hubiera admirado, si hubierais visto esta ciudad antes del reinado de Pigmalión! ¡Pero, ya no han quedado más que los tristes restos de una grandeza que amenaza ruina! ¡Ah infortunada Tiro! ¡en qué manos has caído! ¡Ya pasó el tiempo en que la mar te traía el tributo de todos los pueblos del mundo!

Pigmalión todo lo teme, así de los extranjeros, como de sus vasallos; y en vez de abrir sus puertos, según nuestra antigua costumbre, á las naciones más lejanas con una absoluta franqueza, quiere saber el número de naves que arriban, de dónde son, el nombre de los que en ellas vienen, su género de comercio, las clases

(1) Es muy notable este pasaje, que demuestra los altos pensamientos de Fenelón en materia de economía política.

y precios de sus mercancías y el tiempo que deben de permanecer aquí. Aun hace otra cosa peor : hostiga á los que le parecen más opulentos, y bajo diversos pretextos impone nuevas gabelas. Quiere también comerciar; pero todo el mundo huye de mezclarse en nada con él. Así decae el comercio : los extranjeros olvidan poco á poco el camino de Tiro, que en otro tiempo les era tan grato; y si Pigmalión no muda de conducta, no tardarán mucho en pasar nuestra gloria y nuestro poder á otro pueblo mejor gobernado que el nuestro.

Seguí preguntando á Narbal cómo se habían hecho los Tirios tan poderosos en el mar, pues no quería ignorar nada de todo cuanto conduce al gobierno de un reino. Nosotros, me respondió, tenemos los montes del Líbano que nos proveen de maderas para navíos; y para sólo este uso las reservamos tan cuidadosamente, que nunca se cortan sino para las necesidades públicas. Para la construcción de las naves logramos la ventaja de tener artífices hábiles.

¿Cómo, le dije, habéis podido hallarlos?

En el país mismo se han ido poco á poco formando, me respondió Narbal. Cuando se recompensa bien á los que sobresalen en las artes, hay seguridad de tener bien pronto quien las lleve á su última perfección, porque los hombres más sabios y de mayor talento se dedican gustosos á aquellas á que están anejas las brillantes recompensas. Aquí se trata con honor á todos los que sobresalen en las artes y en las ciencias útiles á la navegación. Se tiene en consideración á un buen geómetra, se estima mucho á un hábil astrónomo, se colma de bienes al piloto que sobrepuja á los otros en su ejercicio, y no se desprecia á un buen carpintero, antes por el contrario, se le paga y trata bien. Hasta los buenos remeros tienen recompensas seguras y proporcionadas á sus servicios : se los mantiene bien, se los cuida en sus enfermedades, y en su ausencia se tiene

cuidado de sus mujeres y de sus hijos. Si perecen en algún naufragio, se indemniza á su familia; y después de servir cierto tiempo, se les da licencia para que se vuelvan á sus casas. Así es como tenemos cuantos marinos queremos, porque el padre cría con gusto á su hijo para tan buen oficio, y se apresura á instruirle desde su más tierna edad en el manejo del remo y de los cables, y á despreciar las borrascas. Así es como se conduce á los hombres sin violencia por medio de las recompensas y del buen orden, lo que no conseguiría la autoridad por sí sola, pues no se adelanta mucho con una sumisión forzada: es necesario ganar los corazones, y hacer que los hombres encuentren ventajas en aquellas mismas cosas en que se les quiere hacer servir con su industria (1).

Después de estos discursos me llevó Narbal á ver los almacenes, los arsenales, y todos los oficios que se emplean en la construcción de navíos. Procuré informarme al pormenor de las cosas más mínimas, y todo cuanto aprendí, lo puse por escrito, para que no se me olvidase ninguna circunstancia útil.

Entre tanto, como Narbal me quería, y conocía á Pigmalión, esperaba con impaciencia mi partida, temeroso de que me descubriesen las espías del rey, que andaban día y noche por la ciudad; pero aun no lo permitían los vientos. Estando un día examinando con curiosidad el puerto, y preguntando á varios comerciantes, vimos que se dirigía á nosotros un oficial de Pigmalión, que le dijo á Narbal: El rey acaba de saber por uno de los capitanes de navío, que con vos han vuelto de Egipto, que habéis traído un extranjero que pasa por chipriota; quiere que se le arreste, y que se sepa con certeza de qué país es; vos responderéis de él con vuestra cabeza. Me había yo á la sazón apar-

(1) Industria, aquí quiere decir aptitud y actividad aplicadas á cualquier especie de trabajo.

tado un poco á observar más de cerca las proporciones de un navío casi nuevo que, según decían, era el más velero que jamás se había visto en el puerto, y lo atribuían á la exacta proporción que guardaba en todas sus partes; acerca de lo cual le estaba yo haciendo varias preguntas al que le había hecho.

Sorprendido y asustado Narbal, respondió al oficial: Voy á buscar á ese extranjero, que es de la isla de Chipre. Mas luego que le perdió de vista, se vino corriendo hacia mí para avisarme del riesgo en que me hallaba. ¡Demasiado previsto lo tenía yo, mi querido Telémaco, me dijo: perdidos somos! El rey, atormentado de día y de noche por sus desconfianzas, ha llegado á sospechar que no sois chipriota: manda que se os prenda, y me amenaza con la muerte si no os pongo en sus manos. ¿Qué haremos? ¡Oh dioses! dadnos acierto para salir de este peligro. Será preciso que yo os lleve á palacio, Telémaco, y que sostengáis que sois chipriota, de la ciudad de Amatunta, hijo de un estatuario de Venus; que yo declare haber conocido tiempo hace á vuestro padre. Acaso el rey, satisfecho con esto, os dejará partir. Yo no hallo otro medio de salvar vuestra vida y la mía.

Dejad, le respondí á Narbal, dejad perecer á un desgraciado que el destino quiere que perezca. Yo sabré morir, Narbal; y es mucho lo que os debo para envolveros en mi desgracia. Pero no puedo resolverme á mentir; y no siendo chipriota, no podré decir que lo soy. Los dioses ven mi sinceridad: si quieren conservar mi vida, á ellos les toca, ellos lo pueden; pero yo no quiero salvarla por medio de una mentira.

Esta mentira, repuso Narbal, nada tiene que no sea inocente: ni los mismos dioses pueden reprobarla, porque á nadie perjudica; salva la vida de dos inocentes, y si engaña al rey, es sólo para evitar que

cometa un gran crimen. Muy al extremo lleváis, Telémaco, el amor de la virtud, y el temor de violar la religión.

Basta, le dije, que la mentira sea mentira para ser indigna de un hombre que habla en presencia de los dioses, y que todo lo debe á la verdad. El que á ella falta, ofende á los dioses, y se perjudica á sí mismo, porque habla contra su conciencia. Dejad, Narbal, de proponerme lo que es indigno de vos y de mí. Si los dioses se apiadan de nosotros, sabrán los medios de librarnos, y si quieren que perezcamos, seremos muriendo víctimas de la verdad, y dejaremos á los hombres el ejemplo de preferir la virtud sin tacha á una larga vida : la mía lo es ya demasiado siendo tan desgraciada. Por vos solo es por quien mi corazón se entenece, mi querido Narbal. ¡Quién creyera que vuestra amistad por un infeliz éxtranjero os había de ser tan funesta!

Largo rato estuvimos en esta especie de contienda, cuando al fin vimos llegar un hombre que corría desalentado, y era otro oficial del rey que venía de parte de Astarbé.

Esta mujer, hermosa como una deidad, unía á los hechizos del cuerpo todos los del espíritu. Era festiva, lisonjera é insinuante. Con tantos atractivos seductores tenía, como las sirenas, un corazón cruel y maligno, y la más refinada astucia para ocultar sus infames sentimientos con un profundo artificio. Su extremada hermosura, su talento, su dulce voz, y la armonía de su lira de tal modo tenían ganado el corazón del rey, que ciego de amor por ella había abandonado á la reina Tofa, su esposa, y sólo pensaba en satisfacer las pasiones de Astarbé, cuyo amor no le era menos funesto que su infame avaricia. Pero aunque el rey la amaba con tanta pasión, ella le despreciaba íntimamente; aunque cuidando siempre de ocultarlo, bajo la apariéncia

de no querer vivir sino para él, siendo así que no le podía sufrir.

Había en Tiro un jó en lidio, llamado Malacón, de una extraordinaria belleza, pero muelle, afeminado, y encenagado en los deleites. Sólo pensaba en conservar la delicadeza de su tez, en peinar el rubio cabello, que ondeaba sobre su espalda, en perfumarse, y dar un aire gracioso á los pliegues de su ropa, y en fin, en cantar sus amores á la lira. Vióle Astarbé, y le amó con tal extremo, que degeneró en furor; pero él la despreció, porque estaba apasionado de otra, y porque además temía exponerse á los crueles celos del rey. Viéndose Astarbé despreciada, se abandonó á su resentimiento, y en los raptos de su desesperación concibió el proyecto de hacer pasar á Malacón por el extranjero que el rey mandaba buscar, y que se decía haber venido con Narbal. Con efecto, así se lo persuadió á Pigmalión, y sobornó á todos los que hubieran podido desengañarle. Como el rey no amaba á los virtuosos, ni sabía distinguirlos, sólo le rodeaban gentes interesadas, artificiosas, y dispuestas á ejecutar sus órdenes injustas y sanguinarias. Estas gentes temían la autoridad de Astarbé, y la ayudaban á engañar al rey, por no desagradar á una mujer tan altanera que poseía toda su confianza. Así Malacón, aunque conocido por lidio en toda la ciudad, pasó por el joven extranjero que Narbal había traído de Egipto, y fué puesto en prisión.

Pero temiendo Astarbé que fuese Narbal á hablar al rey, y que descubriese su impostura, le envió á toda prisa aquel oficial para que le dijese: Astarbé os prohíbe que descubráis al rey quién es vuestro extranjero; sólo os pide el silencio, quedando á su cuidado hacer que el rey quede de vos satisfecho. Sin embargo, haced que ese joven que habéis traído de Egipto se embarque prontamente con los Chipriotas, para que no se le

vuelva á ver en la ciudad. Gozoso Narbal de poder salvar así su vida y la mía, ofreció guardar secreto, y el oficial, satisfecho del buen éxito de su comisión, se volvió á dar cuenta de ella á Astarbé, mientras nosotros admirábamos la bondad de los dioses, que así recompensaban nuestra sinceridad, y que tan particularmente cuidan de los que todo lo arriesgan por la virtud.

Mirábamos con horror á un rey entregado á la avaricia y á la voluptuosidad. El que con tanto exceso teme ser engañado, decíamos, merece serlo, y casi siempre lo es groseramente : desconfía de los buenos, y se entrega á los malvados ; y de aquí nace que sólo él ignora lo que á nadie importa tanto saber. Ved á Pigmalión hecho juguete de una mujer liviana ; pero admiraremos la sabiduría con que los dioses se valen de la mentira de los malvados para salvar á los buenos, que prefieren la verdad á la vida.

Advertimos mudanza en los vientos favorable á las naves de Chipre. Los dioses se declaran, exclamó Narbal, y quieren ponerlos en salvo : huíd de esta tierra cruel y maldita. ¡ Quién pudiera seguiros, aunque fuese á las más incógnitas riberas ! ¡ qué felicidad la de poder vivir y morir con vos ! Pero un riguroso destino me liga á esta desgraciada patria, y es necesario sufrir con ella, y acaso lo será el ser sepultado en sus ruinas ; pero no importa, con tal que mi lengua sirva constantemente de instrumento á la verdad, y mi corazón de templo á la justicia.

En cuanto á vos, mi amado Telémaco, ruego á los dioses, que os conducen como por la mano, que os otorguen hasta la muerte el más precioso de todos los dones, que es la virtud pura y sin tacha. Vivid, volved á Ítaca, consolad á Penélope, libradla de sus temerarios amantes. Vean vuestros ojos, y estrechen vuestros brazos al sabio Ulises ; halle éste en vos un hijo que le

iguale en prudencia; mas en medio de vuestra prosperidad acordaos del desgraciado Narbal, y nunca dejéis de amarme.

Acabó estas palabras, y yo le inundé con mis lágrimas sin poderle responder, porque me lo impedían los sollozos. Abrazámonos sin hablarnos, me condujo hasta el navío, quedóse en la playa, y desde que la nave se hizo á la vela, no dejamos de mirarnos mientras nos pudimos ver.

## LIBRO IV

**I**nterrumpe Calipso á Telémaco para que descanse. Repréndele Mentor á solas, porque había hecho tan exacta narración de sus aventuras, y le aconseja que las acabe de contar, pues que ya las había empezado. Telémaco refiere que durante su navegación desde Tiro hasta Chipre tuvo un sueño en que vió á Venus y Cupido, contra quienes le protegía Minerva: que después le pareció haber visto también á Mentor que le exhortaba á que huyese de aquella isla: que al despertar, halló que se había levantado una borrasca, en que sin duda hubiera naufragado el navío, si él mismo no hubiera tomado el timón; porque los Chipriotas se habían embriagado de modo que no estaban en estado de dirigirle: que á su arribo á la isla vió con horror los ejemplos más contagiosos; pero que hallándose también en ella el sirio Hazael, de quien Mentor había venido á ser esclavo, le devolvió á éste su sabio director, y los embarcó en su navío para llevarlos á Creta, en cuya travesía vieron el hermoso espectáculo de Anfitrite en su carro de caballos marinos.

Enajenada Calipso de placer al oír contar así á Telémaco sus aventuras, se había estado inmóvil hasta este momento, en que le interrumpió para hacerle tomar algún descanso. Ya es hora, le dijo, de que después de tantos trabajos vayas á gozar de las dulzu-

ras del sueño; ¡aquí nada tienes que temer, todo te es favorable; abandónate, pues, á la alegría, goza de la paz y los demás dones de que te colman los dioses, que mañana, cuando la Aurora entreabra con sus rosados dedos las puertas doradas del oriente, y los caballos del Sol, saliendo de las ondas saladas, esparzan las luces del día para ahuyentar las estrellas del cielo, proseguiremos, mi querido Telémaco, la historia de tus infortunios. Jamás tu padre te fué igual en prudencia ni en valor; ni Aquiles, vencedor de Héctor, ni Teseo, á su vuelta de los infiernos, ni aun el grande Alcides, que purgó la tierra de tantos monstruos, han manifestado tanto heroísmo y tanta virtud como tú. Te deseo un profundo sueño que te haga la noche corta. ¡Mas ah! ¡qué larga será para mí! ¡qué tarde se me hará el volver á verte y oírte, el hacerte repetir lo que ya sé, y preguntarte lo que no sé todavía! Ve, mi querido Telémaco, ve con el sabio Mentor, que los dioses te han devuelto; entra en esa gruta retirada, donde todo está dispuesto para vuestro descanso. Ruega á Morfeo que derrame sus más dulces encantos sobre vuestros cargados ojos; que haga discurrir un vapor divino por vuestros cansados miembros; y que os envíe sueños ligeros, que girando en torno vuestro, halaguen vuestros sentidos con las más risueñas imágenes, y alejen de vosotros todo lo que pueda despertaros demasiado temprano.

Condujo la diosa por sí misma á Telémaco á una gruta separada de la suya, que no era menos rústica ni menos agradable. De un ángulo de ella brotaba una fuente, cuyo suave murmullo convidaba al sueño; tenían preparados las ninfas dos lechos de blanda hierba, y en ellos habían tendido dos grandes pieles, la una de león para Telémaco, y de oso la otra para Mentor.

Pero antes de entregarse al sueño, habló Mentor a

Telémaco de este modo : ¡Cómo te has dejado arrastrar del placer de contar tus aventuras! Encantada dejas á la diosa con la pintura que le has hecho de los peligros de que tu valor y tu industria te han sacado ; y lo que has adelantado con eso ha sido inflamar más y más su corazón, y prepararte un cautiverio más peligroso : porque, ¿ cómo quieres ahora que te deje salir de su isla después de haberla embelesado con la narración de tus sucesos ? El amor de una gloria vana te ha hecho hablar sin prudencia. Calipso se había ofrecido á contarte varias historias, y decirte cuál ha sido el destino de Ulises ; pero ella ha sabido hallar el medio de hablar mucho tiempo sin decir nada, y el de empeñarte en que le expliques todo cuanto desea saber : tal es el arte de las mujeres lisonjeras y apasionadas. ¡ Á cuándo esperas á tener la prudencia necesaria para no hablar por vanidad, y saber callar lo que te ensalce, cuando no te sea útil decirlo ! Los demás admiran tu prudencia en una edad en que es disimulable no tenerla ; pero yo no te puedo disimular nada, porque soy el único que te conoce y el único que te ama lo bastante para advertirte todos tus defectos. ¡ Cuánto te falta todavía para llegar á la prudencia de tu padre !

¿ Pues qué, respondió Telémaco, podía yo negarme á contar á Calipso mis desgracias ? No, replicó Mentor, fuerza era contárselas ; pero debiste hacerlo sólo en aquella parte que hubiera podido moverla á compasión. Hubiérasle dicho que anduviste tan pronto errante como cautivo, antes en Sicilia, después en Egipto, y esto bastaba ; lo demás sólo ha servido para aumentar el incendio que ya abrasaba su corazón. ¡ Plegue á los dioses que el tuyo se preserve !

¿ Qué he de hacer pues ? preguntó Telémaco con moderación y docilidad. Ya no es tiempo, le respondió Mentor, de ocultarle lo que falta de tus aventuras :

sabe ya de ellas lo bastante para no poder ser engañada acerca de lo que todavía no sabe, y esta reserva sólo serviría para irritarla. Acaba, pues, mañana de contarle lo que los dioses han obrado en tu favor; y aprende para otra vez á hablar con más moderación de cuanto pueda atraerte alguna alabanza.

Recibió Telemaco amistosamente tan saludable consejo, y se echaron á descansar.

No bien había empezado Febo á esparcir por el mundo sus primeros rayos, cuando oyó Mentor que la diosa andaba por el bosque llamando á las ninfas; al instante despertó á Telémaco, y le dijo: Ya es hora de sacudir el sueño, y de que volvamos á ver á Calipso: pero desconfía de sus halagüeñas palabras, no le descubras jamás tu pecho, teme el veneno de sus lisonjeras alabanzas. Ya viste que ayer te ensalzó sobre tu sabio padre, sobre el invencible Aquiles, sobre el famoso Teseo, y aun sobre el inmortal Hércules. ¿No conoces cuán excesiva es esta alabanza? ¿Pudiste creer lo que te dijo? Pues sabe que ni ella misma lo cree. Si te alaba así es porque te juzga harto débil y vano, capaz de dejarte engañar con elogios desproporcionados á tus acciones.

Dicho esto, fueron adonde la diosa los esperaba. Sonrióse al verlos, y ocultó bajo la apariencia del contento el temor y la inquietud que turbaban su corazón; pues preveía que dirigido Telémaco por Mentor, se le escaparía como Ulises. No dilates, le dijo, mi querido Telémaco, satisfacer mi curiosidad: toda la noche he estado creyendo verte partir de Fenicia, y buscar nuevas aventuras en Chipre: cuéntanos, pues, tu viaje, y no perdamos un momento. Sentáronse en la hierba entremezclada de violetas, á la sombra de un espeso bosque.

Poco dueña Calipso de sus acciones, le era casi imposible contener las tiernas y afectuosas miradas que

incesantemente dirigía á Telémaco, á pesar de la indignación con que veía que Mentor observaba hasta el menor movimiento de sus ojos. Entre tanto las ninfas, guardando el mayor silencio, inclinaban la cabeza para aplicar el oído, y formaban una especie de semicírculo para oír y ver mejor. Y todas sin pestañear tenían fijos los ojos en el joven Telémaco, el cual, bajando los suyos, y sonrojándose con mucha gracia, continuó así su historia :

Apenas el dulce soplo de un viento favorable empezó á henchir nuestras velas, cuando desapareció de nuestra vista la tierra de Fenicia. Como me hallaba entre Chipriotas, cuyas costumbres ignoraba, resolví callar, notarlo todo, y observar aquellas reglas que dicta la prudencia para granjearme su estimacion. En este estado se apoderó de mí tan dulce irresistible sueño, que mis sentidos quedaron sin acción, embargados y suspensos, y mi corazón rebosando de alegría en una calma profunda, cuando de repente me pareció ver á la diosa Venus hendiendo las nubes en su carro volante tirado de palomas. Conservábanse en ella aquella singular hermosura, aquella tierna juventud, aquellas delicadas gracias con que salió de la espuma del océano, aquellas mismas con que deslumbró al propio Jove. Descendió, pues, en un rápido vuelo hasta cerca de mí, púsome sonriéndose la mano sobre el hombro, y nombrándome, me dijo : Joven griego, tú vas á entrar en mi imperio (1) : muy pronto llegarás á esa isla venturosa en que los placeres, las risas y los regocijos nacen bajo mis pies. En los altares que en ella tengo quemarás olorosos perfumes, y yo en premio te ofrezco un mar de delicias, en que vivas anegado. Abre tu corazón á las más lisonjeras esperanzas, y guárdate de

(1) *Mi imperio*, es decir, la isla de Chipre, especialmente consagrada á Venus.

ponerte á la más poderosa entre todas las diosas, que quiere hacerte feliz.

Al mismo tiempo divisé al niño Cupido que, batiendo sus pequeñas alas, volaba al rededor de su madre. Aunque en su rostro tenía la ternura, las gracias y la alegría de la infancia, se descubría un no sé qué en sus penetrantes ojos que me causaba miedo. Reíase al mirarme; pero su risa era maligna, burlesca y cruel. Sacó de su aljaba de oro la más aguda de sus flechas, templó su arco, y se dispuso á atravesarme. cuando he aquí que repentinamente se interpuso Minerva para cubrirme con su égida. El rostro de esta diosa no tenía aquella belleza afeminada, ni aquella afectuosa languidez que había notado en el de Venus y en sus actitudes: antes por el contrario, era ésta una hermosura sencilla, descuidada y modesta; todo en ella era grave, vigoroso, noble, lleno de fuerza y de majestad. No pudo la flecha penetrar la égida, y cayó en tierra. Y Cupido indignado suspiró amargamente, y se avergonzó de verse vencido. Lejos de aquí, exclamó Minerva, lejos de aquí, temerario rapaz: jamás alcanzarás victoria sino de las almas viles, de aquellas que prefieren tus vergonzosos placeres á la sabiduría, á la virtud y á la gloria.

Á estas palabras huyó de un vuelo el Amor irritado, y Venus subió al Olimpo. Largo rato estuve viendo el carro con las palomas en una nube de oro y azul, y luego desapareció. Bajé los ojos, y ya no encontré á Minerva.

Parecióme que me hallaba trasportado á un jardín delicioso, cual pintan los Campos Eliseos, y que en él reconocí á Mentor, que me dijo: Huye de esta tierra cruel, de esta isla corrompida, en que sólo se respira deleite. La virtud más animosa debe temblar en ella; y sólo huyendo, podrá salvarse. Luego que le vi, quise echarme á su cuello para abrazarle, pero ni pude mo-

ver los pies ; las rodillas me flaqueaban, y esforzándome para asirle, sólo encontraba una sombra vana que se me escapaba de entre las manos. Haciendo estos esfuerzos desperté y conocí que este sueño misterioso era un aviso celestial. Sentíme con él lleno de valor para resistir los placeres, y de desconfianza de mí mismo para detestar la vida muelle de los Chipriotas. Pero lo que me atrevesó el corazón fué que creí que Mentor había salido de esta vida, y que pasadas las aguas de la Estigia, descansaba ya en la venturosa mansión de las almas justas.

Esta idea me hizo derramar un torrente de lágrimas. Preguntáronme la causa, y yo les respondí : Á nadie mejor convienen las lágrimas que á un infeliz extranjero que anda errante, sin esperanza de volver á su patria. Entre tanto, todos los Chipriotas que iban en el navío se abandonaron á una loca alegría. Los remeros, enemigos del trabajo, se durmieron sobre los remos. El piloto, coronado de flores, y dejado el timón, tenía en la mano una gran copa de vino que había ya casi apurado ; y él y todos los demás agitados del furor de Baco, cantaban en loor de Venus y Cupido tales versos, que debían horrorizar á cuantos amasen la virtud.

Mientras que así se olvidaban de los riesgos de la navegación, una repentina tempestad (1) obscureció el cielo, y alborotó el mar : las negras oleadas batían los costados del navío, que crujía con sus golpes. Tan pronto nos veíamos levantados por las olas hasta el cielo, como parecía que el mar se sumergía, é iba á precipitarnos en los abismos. Cerca de nosotros divisamos unas rocas, contra las que se estrellaban con horrible estruendo las olas irritadas. En esta ocasión me confirmó la experiencia lo que tantas veces había oído

(1) Las tempestades abundan en el *Telémaco*. Fenelón toma generalmente para describirlas rasgos de Homero, Virgilio y Ovidio.

á Mentor; esto es, que los hombres muelles y entregados á los placeres son los más cobardes en los peligros. Así es que abatidos los Chipriotas, lloraban como mujeres. Yo no oía más que gritos lamentables, señales de sentimiento por dejar la vida, y vanas promesas á los dioses de hacerles sacrificios, si lograban arribar al puerto. Ninguno tenía la presencia de ánimo que se necesitaba para mandar las maniobras, ni para hacerlas. En esta situación me creí obligado á salvar mi vida y las suyas; y para conseguirlo me puse al timón, porque el piloto, turbado con el vino como una bacante, no se hallaba en estado de conocer el riesgo de la nave; animé á los marineros consternados, hícelos amainar velas, y remaron briosamente; pasamos al través de los escollos, y vimos de cerca todos los horrores de la muerte.

Esta aventura pareció un sueño á todos los que me debían su salvación. Arribamos por fin á la isla de Chipre en el mes de la primavera que está consagrado á Venus. Ésta es, decían los Chipriotas, la estación que mas conviene a la diosa; pues ella parece que es la que reanima toda la naturaleza, y hace nacer los placeres así como las flores.

Al llegar á la ista sentí un aire suave que al mismo tiempo que relaja y enerva los cuerpos, inspira un humor alegre y liviano. Noté que la campiña, naturalmente fértil y agradable, estaba casi inculta: tan enemigos del trabajo son sus habitantes. Por todas partes veía mujeres y jóvenes delicados, livianamente engalanados, que cantando los loores de Venus, iban á consagrarse á ella en su templo. La hermosura, las gracias, la alegría, los placeres, todo á porfía brillaba en sus rostros; pero eran éstas unas gracias afectadas, en que se echaba de menos aquella noble sencillez, aquel amable pudor, que es el mayor atractivo de la hermosura. Su aire muelle, la artificiosa compostura

de sus rostros, sus vanos atavíos, su andar lánguido, sus miradas que parecían buscar las de los hombres, sus mutuos celos por encender grandes pasiones, en una palabra, todo cuanto veía en estas mujeres me parecía vil y despreciable : cuánto más se esmeraban en agradar tanto más me disgustaban.

Condujéronme á uno de los muchos templos que allí tiene la diosa : venérasela particularmente en Citeres, en Idalia, y en Pafos, y me llevaron al de Citeres, que es todo de mármol, y forma un perfecto peristilo (1); el grueso y la altura de las columnas hacen majestuosísimo el edificio : sobre el arquitrabe y el friso hay en cada fachada unos grandes frontones, en que se ven esculpidas en bajorelieve las más agradables aventuras de la diosa. Á la puerta del templo hay continuamente una multitud de gente que va á presentar sus ofrendas.

En el recinto de aquel sagrado lugar jamás se degüella ninguna víctima, ni se quema como en otros templos la grosura de las terneras ni de los toros, ni se derrama su sangre : sólo se presentan ante el altar las víctimas que se ofrecen, que precisamenté han de ser nuevas, blancas y sin defecto ni mancha; cúbre-selas con bandas de púrpura, bordadas de oro, se les doran las astas, y se les adorna con guirnaldas de flores olorosas; después se envían á un lugar apartado, en que son degolladas para los banquetes de los sacerdotes de la diosa.

También se ofrece toda especie de aguas olorosas, y un vino más dulce que el néctar. Los sacerdotes

(1) Propriamente hablando, *templo peristilo* era entre los Griegos un templo adornado interiormente de una hilera de columnas paralelas á las paredes. Se dice también *patio peristilo*, pero se confunde con frecuencia *peristilo* con *peripterio*. *Edificio peripterio* es el que está rodeado exteriormente de columnas aisladas.

están revestidos de largas túnicas blancas, bordadas de oro, y con cinturones de lo mismo. En los altares arden noche y día los más exquisitos aromas del Oriente, cuyo humo forma una especie de nube que se eleva hacia el cielo. Todas las columnas del templo están adornadas de festones. Los vasos que sirven para el sacrificio son de oro. Un bosque sagrado de mirtos rodea por todos lados el edificio. Allí sólo los jóvenes de ambos sexos, y de extraordinaria belleza, pueden presentar las víctimas á los sacerdotes, y atreverse á encender el fuego de los altares. Pero la impudicia y la disolución deshonoran un templo tan magnífico.

Al principio me horrorizaba cuanto veía ; pero insensiblemente me hizo la costumbre ir perdiendo este horror. Ya no me espantaba el vicio : todas las compañías me inspiraban no sé qué inclinación al descender. Burlábanse de mi inocencia, y mi encogimiento y mi pudor servían de ludibrio á aquellos pueblos disolutos. Nada omitieron para excitar mis pasiones, ponerme lazos, y despertar en mí el gusto al deleite. Cada día me sentía más débil, la buena educación que había recibido me sostenía bien poco, todas mis buenos propósitos se desvanecían. Sentíame ya sin fuerza para resistir al mal que por todas partes me estrechaba, y hasta me avergonzaba de ser virtuoso, semejante al que nada en la rápida corriente de un profundo río, que al principio hiende las aguas, y sube contra la corriente ; pero si la orilla es escarpada, y no puede descansar en ella, se cansa al fin poco á poco, sus fuerzas le abandonan, sus miembros fatigados se entorpecen, y el curso del agua le arrebatá.

Así es que mis ojos empezaban á obscurecerse, mi corazón desfallecía, y ya no era posible llamar en mi socorro á mi propia razón, ni á la memoria de las virtudes de mi padre, y lo que más acababa de desanimarme, era el sueño en que creía haber visto que el

sabio Mentor había descendido á los Campos Elíseos. Una oculta y suave languidez se apoderaba de mí. Ya amaba la engañosa ponzoña, que discurriendo de vena en vena, penetraba hasta la médula de mis huesos. Mas no por eso dejaba de dar profundos suspiros, derramaba amargas lágrimas, y rugía furioso como un león... ¡Oh desgraciada juventud! decía. ¡Oh dioses! ¡qué cruelmente os burláis de los hombres! ¿por qué los hacéis pasar por esta edad, edad de locura, de ardiente fiebre y de frenesí? ¡Ah! ¡quién estuviera ya cubierto de canas, encorvado, y cerca del sepulcro, como mi abuelo Laertes! La muerte me sería más dulce que la vergonzosa languidez en que me veo.

Apenas hube dicho esto, cuando se templó mi dolor; mi corazón, embriagado de una loca pasión, sacudía casi enteramente el pudor, y me volví á quedar sumergido en un abismo de remordimientos. Durante esta agitación corría incierto por nno y otro lado del bosque sagrado, semejante á una cierva herida, que corriendo atraviesa montes y selvas por aliviar su dolor; pero como la flecha que le ha herido el costado va siempre con ella, y á cualquiera parte que vaya, lleva consigo el tiro mortal, así yo corría en vano por olvidarme de mí mismo: nada aplacaba la llaga de mi corazón.

En aquel momento percibí, bastante lejos de mí, en lo sombrío del bosque, la figura del sabio Mentor: me pareció su rostro tan pálido, tan triste y tan austero, que no sentí contento alguno en verle. ¿Sois vos, exclamé, mi caro amigo, mi única esperanza? ¿sois con efecto vos mismo? ¿ó es acaso alguna engañosa imagen que viene á engañar mis ojos? ¿sois vos, Mentor? ¿ó es vuestra sombra todavía sensible á mis males? ¿Es verdad que aun no estáis entre el número de las almas venturosas que gozan el premio de su virtud, y á quienes colman los dioses de placeres pu-

ros, y de eterna paz para disfrutarlos en los Campos Eliseos? Hablad, Mentor: ¿vivís todavía? ¿soy tan dichoso que merezca poseeros, ó no es esto más que una sombra de mi amigo? Hablando así, corría desalentado hacia él, que me esperó tranquilamente, y sin dar un paso hacia mí. ¡Oh dioses! vos sabéis cuál fué mi alegría cuando le palparon mis manos. No, no es una vana sombra: asido le tengo y abrazado. ¡Mentor mío! Así exclamaba yo, regando su rostro con un torrente de lágrimas, y así me quedé asido de su cuello sin poder articular palabra. Mentor me miraba tristemente con ojos de la más tierna compasión.

En fin, rompiendo el silencio, le dije: ¡Ay de mí! ¿de dónde venís? ¡á qué peligros no me habéis dejado expuesto durante vuestra ausencia! Y ahora mismo, ¿qué fuera de mí sin vos? Pero Mentor, sin responder á lo que le preguntaba: Huye, me dijo, con voz terrible; huye, apresúrate á huir. Aquí la tierra no lleva otro fruto que ponzoña; el aire que en ella se respira está corrompido; los hombres contagiados no se hablan sino para comunicarse un veneno mortífero; la voluptuosidad vil é infame, que es el más horrible de cuantos males han salido de la caja de Pandora, debilita los corazones, y no tolera aquí virtud alguna. Huye, pues: ¿qué te detiene? Ni aun mires atrás en tu fuga: borra el más mínimo recuerdo de esta isla execrable.

Dijo, y al instante sentí como una espesa nube que se disipaba de encima de mis ojos, y me dejaba ver pura la luz; una alegría dulce y vigorosa renació en mi corazón; no era ésta como aquella otra afeminada y loca, que al principio había emponzoñado mis sentidos: la una es alegría de embriaguez y turbación, interrumpida por pasiones furiosas y por crueles remordimientos, y la otra una alegría racional, alegría que tiene parte de bienaventuranza celestial, que siem-

pre es pura, igual é inagotable; que cuanto más se entrega uno á ella, es tanto más dulce: una alegría por fin que enajena el alma sin perturbarla. Entonces derramé lágrimas de contento, y conocí que nada hay tan dulce como este llanto. ¡ Dichosos los hombres, decía yo, á quienes se manifiesta la virtud en toda su belleza! ¡ Es posible verla sin amarla! ¡ y se la podrá amar sin ser feliz!

Mentor me dijo: Me es preciso dejarte; en este momento tengo que marcharme y no se me permite detenerme más. ¿Pues adónde vais? le repliqué. ¿Á qué tierra iréis, por inhabitable que sea, que yo no os siga? Nos creáis iros sin mí, antes moriré siguiendo vuestros pasos. Decíale yo esto teniéndole abrazado con todas mis fuerzas. En vano, me dijo, esperas detenerme. El cruel Metofis me vendió á unos Etiopes ó Arabes, y como éstos iban á hacer su comercio á Damasco en Siria, dispusieron deshacerse de mí, creyendo sacar una gran suma á un tal Hazael, que buscaba un esclavo griego para instruírse de las costumbres y ciencias de la Grecia. En efecto, me compró Hazael á buen precio; y lo que le he dicho acerca de nuestras costumbres le ha movido la curiosidad de pasar á la isla de Creta á estudiar las sabias leyes de Minos; pero el temporal nos ha obligado á tocar en esta de Chipre, y mientras se levanta un viento favorable, ha venido á hacer sus ofrendas al templo. Vele allí salir de él: ve también como ya el viento nos llama, hinchando nuestras velas; adiós, mi amado Telémaco, que un esclavo que teme á los dioses debe seguir fielmente á su señor. Los dioses no me permiten ser mío; si lo fuera, ellos saben que sólo fuera tuyo. Adiós: acuérdate de los trabajos de Ulises, y de las lágrimas de Penélope: acuérdate de los justos dioses. ¡ Oh dioses, protectores de la inocencia, en qué tierra me veo precisado á dejar á Telémaco!

No así, le dije yo, mi querido Mentor; no depende de vos dejarme aquí; antes moriré que veros partir sin mí. ¿Es algún monstruo ese sirio vuestro dueño? ¿ha mamado de alguna tigre? ¿querrá arrancaros de entre mis brazos? Eso no: ó me ha de dar la muerte, ó permitir que os siga. Vos mismo me exhortáis á que huya, ¡y no queréis que huya siguiendo vuestros pasos! Voy á hablar á Hazael; quizá se compadecerá de mi juventud y de mis lágrimas; sí, que pues es tan amante de la sabiduría, que va tan lejos á buscarla, no es posible que tenga un corazón feroz é insensible. Me arrojaré á sus pies, abrazaré sus rodillas, y no le dejaré hasta que me permita seguiros. Mi amado Mentor, me haré su esclavo con vos: voy á ofrecérselo; y si ni aun en tal concepto me recibe, ya está decidida mi suerte; me quitaré la vida.

Á este tiempo llamó Hazael á Mentor, y yo me arrojé á sus pies. Quedó sorprendido al ver á un desconocido en tal postura. ¿Qué queréis? me dijo. La vida, le respondí, pues no puedo vivir, si no me permitís que siga á vuestro Mentor. Yo soy el hijo del grande Ulises, el más sabio entre los reyes de Grecia, que arruinaron la soberbia Troya, famosa en toda el Asia. No os digo esto por jactarme de mi nacimiento, sino por inspiraros alguna compasión de mis desgracias. En vano he recorrido todos los mares buscando á mi padre en compañía de este hombre virtuoso, que ha sido para mí un segundo padre; también me lo robó la fortuna para colmo de mis males; y pues le ha hecho vuestro esclavo, permitidme que yo también lo sea. Y si es cierto que amáis la justicia, y que vais á Creta á aprender las leyes del buen rey Minos, no endurezcáis vuestro corazón á mis lágrimas. Ved al hijo de un rey reducido á solicitar la servidumbre como su único recurso; acuérdome que en Sicilia preferí la muerte á la esclavitud; pero mis primeras desgracias

no eran más que unos ligeros ensayos de los ultrajes que la fortuna me preparaba; así es que ahora temo no poder conseguir que me recibáis entre vuestros siervos. ¡Oh dioses, ved mis males! Y vos, Hazael, acordaos de Minos, cuya sabiduría admiráis, y de que llegará día en que todos seamos juzgados por él en el reino de Plutón.

Oyóme Hazael còmpasivo, y mirándome con semblante afable y benéfico, me alargó la mano, me levantó del suelo, y me dijo: No ignoro la sabiduría y la virtud de Ulises; porque además de que Mentor me ha contado muchas veces la gloria que ha adquirido entre los Griegos, no hay pueblo en todo el Oriente donde la voladora fama no haya hecho resonar su nombre. Así que seguidme, hijo de Ulises: en mí tendréis otro padre hasta que halléis al que os ha dado el ser; y sabed que aun cuando á ello no me moviese su fama, sus desgracias y las vuestras, la amistad que profeso á Mentor sobra para empeñarme en protegeros, porque aunque es cierto que le compré como esclavo, le conservo como á fiel amigo. El dinero que me costó me ha proporcionado el más apreciable y digno amigo que existe sobre la tierra; en él he hallado la sabiduría, y á él debo todo el amor que profeso á la virtud. Ya es libre desde este momento, y vos con él; sólo exijo el amor de ambos.

En un instante pasé del más amargo dolor á la mayor alegría de que son capaces los mortales: veíame libre de un inminente peligro; me acercaba á mi patria, hallaba un auxilio para volver á ella, y tenía el consuelo de estar al lado de un hombre que ya me amaba por el amor que profesaba á la virtud en sí misma; en una palabra, todo lo hallaba hallando á Mentor para no dejarle más.

Dirígese Hazael á la orilla del mar, y nosotros le seguimos. Entramos en la nave, hienden los remos

las sosegadas ondas, un blando céfiro juguetea con las velas, anima todo el navío, dándole un suave movimiento; y la isla de Chipre desaparece bien pronto. Hazael, que deseaba con impaciencia saber mi modo de pensar, me preguntó qué me parecía de las costumbres de aquella isla. Yo le confesé ingenuamente los peligros á que mi juventud había estado expuesta, y el combate que en mi interior había sostenido. Quedó prendado de mi horror al vicio, y exclamó: ¡Oh Venus! reconozco tu poder y el de tu hijo: en tus altares he quemado incienso; permíteme sin embargo que deteste la infame molicie de los habitantes de tu isla, y la brutal impudicia con que celebran tus fiestas.

Después se puso á hablar con Mentor acerca de la primera causa que creó los cielos y la tierra; de la luz infinita é inmutable que á todos se comunica sin dividirse: de aquella verdad soberana y universal que ilumina los espíritus, así como el sol los cuerpos. El que jamás ha visto, decía, esta luz pura, es tan ciego como el que lo es de nacimiento; pasa su vida en una profunda noche como los pueblos á quienes no alumbraba el sol en muchos meses del año; cree ser sabio, y es insensato: cree verlo todo, y no ve nada; y muere por fin sin haber visto jamás cosa alguna. Cuando más, ha llegado á entrever obscuridades, falsas luces, vanas sombras y fantasmas, que nada tienen de realidad. Así son todos los hombres que se dejan arrastrar del placer de los sentidos, y del embeleso de la imaginación.

No hay más hombres verdaderamente tales sobre la tierra que los que consultan, aman y siguen esta razón eterna; ella es la que nos inspira los buenos pensamientos, y la que nos retrae de los malos; de ella recibimos igualmente la razón, y la vida es como un gran océano de luz, y nuestros entendi-

mientos como pequeños arroyos que de él salen, y á él vuelven á confundirse.

Aunque yo no me hallaba todavía en estado de comprender perfectamente la profunda sabiduría que en estos discursos se encerraba, no por eso dejaba de percibir en ellos un no sé qué de puro y sublime que inflamaba mi corazón : la verdad misma parecía que brillaba en todas sus palabras. Prosiguieron hablando del origen de los dioses; trataron de los héroes, de los poetas, de la edad de oro, del diluvio, de las primeras historias del género humano, del río del Olvido (1) en que se sumergen las almas de los muertos; de las penas eternas preparadas á los impíos en el negro abismo del Tártaro, y de la venturosa paz que gozan los justos en los Campos Elíseos sin temor de perderla.

Mientras hablaban Hazael y Mentor, descubrimos delfines cubiertos de unas escamas, que parecían de oro y azul, los cuales con sus retozos levantaban espumosas ondas. En su seguimiento venían tritones tocando sus encorvadas caracolas al rededor del carro de Anfítrite, tirado por caballos marinos más blancos que la nieve, los cuales, hendiendo las saladas ondas, dejaban tras de sí un largo surco en el mar : sus ojos estaban encendidos, y por la boca arrojaban humo. Era el carro una concha de maravillosa figura; su blancura más resplandeciente que la del marfil; las ruedas eran de oro, y tal su ligereza, que parecía que volaba por la superficie de las sosegadas aguas. Una multitud de ninfas coronadas de flores iban en tropel nadando detrás del carro : sus hermosos cabellos, tendidos por la espalda, ondeaban al arbitrio del viento.

La diosa llevaba en una mano el cetro de oro con que manda las olas, y con la otra sostenía sobre sus rodillas, y asido al pecho, á su pequeño hijo el dios

(1) El Leteo.

Palemón (1) : con la serenidad de su semblante, y la afable majestad que en él resplandecía, ahuyentaba los sediciosos vientos y las negras tempestades. Los tritones dirigían los caballos, llevando en la mano las doradas riendas. Por cima del carro desplegaba el viento un gran velo de púrpura, que una multitud de cefirillos se esforzaban en mantener con sus soplos en continuo movimiento. En medio de los aires se veía á Éolo presuroso, inquieto, y lleno de furor; su rostro arrugado y melancólico, su voz amenazadora, las cejas espesas y largas, los ojos llenos de un fuego opaco y macilento, tenían en calma á los fieros aquilones, y alejaban las nubes. Las enormes ballenas, y los demás monstruos marinos, causando con sus narices un vistoso flujo y reflujo, se apresuraban á dejar sus profundas grutas por ver á la diosa.

## LIBRO V

Refiere Telémaco que al llegar á Creta supo que Idomeneo, rey de aquella isla, había sacrificado á su hijo por cumplir un voto indiscreto; que los Cretenses, queriendo vengar la muerte del hijo, habían obligado al padre á que dejase el país; y que después de largas deliberaciones se hallaban á la sazón congregados para elegir otro rey. Asimismo refiere que los Cretenses le recibieron en aquella asamblea; que ganó el premio en diferentes juegos; que resolvió los problemas que Minos dejó escritos en el libro de sus leyes, y que vista su sabiduría por los ancianos, jueces de la isla, y el pueblo, le quisieron hacer rey.

Después de haber visto con admiración este espectáculo, empezamos á divisar las montañas de Creta, que apenas podíamos distinguir de las nubes del cielo

(1) Fenelón, inducido tal vez en error por un pasaje de Pausanias, supone que Palemón era hijo de Anfitrite.

y de las olas del mar. Muy luego vimos la cima de monte Ida, que sobresale de los demás de la isla, así como un ciervo viejo levanta en un bosque su ramosa cabeza sobre las de los otros cervatillos que le siguen. Poco á poco fuimos divisando más claramente las costas de la isla que se ofrecían á nuestra vista como un anfiteatro. Tan descuidado é inculto como nos había parecido el terreno de Chipre, tan fértil y adornado de todos los frutos estaba el de Creta gracias al trabajo de sus habitantes.

Por todas partes veíamos aldeas bien construídas, villas que competían con las ciudades, y ciudades suntuosas : no veíamos campo alguno en que no estuviese impresa la mano del activo labrador, ni donde el corvo arado no hubiese hecho hondos surcos; los abrojos, las espinas, y las demás hierbas, que inútilmente ocupan la tierra, son allí desconocidas. Diver-tíanos la vista de los hondos valles, en que vacadas inmensas disfrutaban abundosos pastos á la orilla de los arroyos; los rebaños pacían en el declive de una colina; los espaciosos campos estaban cubiertos de doradas espigas, preciosos dones de la fecunda Ceres; y en fin los montes, adornados de pámpanos y racimos, prometían á los vendimiadores los gratos dones de Baco para alivio de los hombres.

Díjonos Mentor, que ya otra vez había estado en Creta, y nos refirió lo que de ella sabía. Esta isla, decía, admirada de todos los extranjeros, y famosa por sus cien ciudades, mantiene cómodamente á todos los habitantes, sin embargo de que son innumerables; esto consiste en que la tierra no se cansa jamás de derramar sus frutos entre los que la cultivan. Es inagotable la fecundidad de su seno; cuantos más son los habitantes de un país, siempre que sean laboriosos, tanto mayor es la abundancia de que gozan sin verse jamás necesitados de envidiarse nada los unos á los otros; porque

la tierra, esta benéfica madre, multiplica sus dones según el número de hijos que se hacen acreedores á sus frutos por medio del trabajo. La ambición y la avaricia son el único origen de sus males; todo lo quieren, y el ansia con que desean lo que no necesitan, los hace infelices. Si se contentaran con tener una vida sencilla, y con satisfacer sus verdaderas necesidades, se verían por todas partes rebosar la abundancia, la alegría, la paz y la unión.

Así lo juzgó Minos, el más sabio y el mejor de todos los reyes. Lo más maravilloso que veáis en esta isla, es fruto de sus leyes. La educación de los niños, establecida por ellas, los cría sanos y robustos; acostúmbrales desde luego á una vida simple, frugal y laboriosa; y porque se supone que toda voluptuosidad enerva el cuerpo y el espíritu, jamás se les proponen otros placeres que el de hacerse invencibles por la virtud, y el de adquirir mucha gloria. Aquí no se hace consistir el valor en sólo despreciar la muerte en los peligros de la guerra, sino principalmente en despreciar también las grandes riquezas y los deleites vergonzosos. Aquí se castigan tres vicios, que en otros pueblos quedan impunes: la ingratitude (1), la simulación y la avaricia.

Por lo que hace al fausto y á la molicie, no hay necesidad de contenerlos, porque se desconocen en Creta. Aquí todos trabajan, y nadie aspira á enriquecerse. Cada uno se cree suficientemente pagado de su trabajo con una vida tranquila y arreglada, en la cual goza en paz y con abundancia de todo lo realmente necesario. Aquí no se permiten muebles preciosos, ni trajes magníficos, deliciosos festines, ni palacios dorados. Los vestidos son de lana fina de hermosos colores, pero lisos y sin bordados. En las comidas hay la mayor

(1) También se castigaba la ingratitude entre los Persas.

sobriedad y b ebese poco vino; el buen pan, las frutas que los árboles ofrecen como por sí mismos, y la leche de los ganados, son los principales manjares. Cuando más, se come un poco de carne, pero sin aliños ni salsas, teniendo siempre el mayor cuidado de reservar para la agricultura las mejores reses de las grandes vacadas, á fin de que siempre est  floreciente. Las casas est n aseadas, son cómodas y alegres, pero sin adornos. No se ignora la sublime arquitectura; pero está reservada   los templos, y no se atreverían los hombres á tener casas semejantes á las de los dioses. Los grandes bienes de los Cretenses consisten en la salud, la fuerza, el valor, la paz y la unión de las familias, la libertad de los ciudadanos, la abundancia de todo lo necesario, el menosprecio de lo superfluo, el hábito al trabajo, el horror   la ociosidad, la emulación por la virtud, la sumisión   las leyes, y el temor de los justos dioses.

Yo le pregunt  en qué consistía la autoridad del rey, y me respondió : En que todo lo puede sobre los pueblos; mas las leyes lo pueden todo sobre él. Su poder es absoluto para hacer bien; pero tiene las manos atadas cuando quiere hacer mal. Las leyes le confian el gobierno de los pueblos como el más sagrado de todos los depósitos, pero con la condición de que sea el padre de sus vasallos. Quieren que un solo hombre sirva con su sabiduría y con su moderación   la felicidad de tantos otros, y no que tantos hombres sirvan con su miseria   infame esclavitud para lisonjear el orgullo y la molicie de uno solo. Un rey no debe tener más que sus vasallos, sino aquello que le sea absolutamente preciso para alivio de sus penosas funciones,   para inspirar   los pueblos el respeto que deben al que es el apoyo de las leyes. Por lo demás, debe ser más sobrio, más enemigo de la molicie, y estar más exento de fausto y altanería que ningún otro. No debe tener más riquezas ni más placeres, pero sí más sabi-

duría, más virtud, y más gloria que los demás. Fuera de sus Estados debe ser el defensor de la patria, mandando los ejércitos; y dentro el juez de sus pueblos, que los haga buenos, sabios y felices. No le hacen los dioses rey para sí propio, ni lo es más que para ser el numen tutelar de sus pueblos; á ellos debe todo su tiempo, todos sus cuidados y todo su afecto, y en tante será digno del trono, en cuanto se olvide de sí mismo por sacrificarse al bien público.

Minos, que amaba más á su pueblo que á su propia familia, no quiso que le sucediesen sus hijos sino con la condición de que reinarian según sus máximas, por medio de las cuales elevó el poder y la felicidad de Creta á tan alto grado, así como eclipsó con su moderación la gloria de los conquistadores que fundan la suya en hacer que los pueblos sirvan á su propia grandeza, esto es, á su vanidad; y en fin, así fué como por su rectitud mereció que en los infiernos se le hiciese supremo juez de los muertos.

Mientras que Mentor decía esto, arribamos á la isla. Vimos el famoso laberinto, obra del ingenioso Dédalo, el cual era una imitación del gran laberinto que habíamos visto en Egipto (1). Estando contemplando este curioso edificio, notamos que el pueblo cubría la playa, y que corría en tropel á un paraje bastante inmediato á la orilla del mar. Preguntamos la causa, y he aquí lo que nos refirió un cretense, llamado Nausicrates.

Idomeneo, hijo de Deucalión, y nieto de Minos, fué como los demás reyes de la Grecia al sitio de Troya. Después de la ruina de aquella ciudad se hizo á la vela para volver á Creta; pero fué tan violenta la tempestad que sobrevino, que el piloto de su nave y los demás expertos en la navegación creyeron inevitable el naufragio. Todos veían la muerte ante sus ojos, y abiertos

(1) Bossuet describe dicho laberinto de Egipto en su *Discurso sobre la historia universal*.

los abismos para tragarlos, y todos lloraban su desgracia, no esperando ni aun el triste reposo que alcanzan los manes de los que logran ser sepultados para pasar la Estigia (1). En esta situación levanta Idomeo los ojos y las manos al cielo, y exclama invocando á Neptuno : ¡ Oh poderoso dios ! tú, que tienes el imperio de las ondas, dignate oír á un desgraciado. Si me concedes que vuelva á ver la isla de Creta, á pesar del furor de los vientos, te ofrezco en sacrificio la primera cabeza que se presente á mi vista.

Entre tanto su hijo, impaciente por verle, se apresura á salir á recibirle para abrazarle : ¡ infeliz ! no sabía que esto era correr á su perdición. Fuera Idomeo del peligro, arriba al deseado puerto ; da gracias á Neptuno porque oyó sus plegarias ; pero bien pronto conoció cuán funestas le eran. Un presentimiento de su desgracia le causaba el más íntimo arrepentimiento de su voto indiscreto ; temía llegar al seno de su familia, y ver lo que más amaba en el mundo ; pero la cruel Némesis, diosa implacable, siempre atenta á castigar á los hombres, y particularmente á los reyes orgullosos, impelía á Idomeo con mano fatal é invisible. Llega, y apenas se atreve á levantar la vista, ve á su hijó, y retrocede horrorizado ; en vano buscan sus ojos alguna otra cabeza menos querida que pueda servir de víctima.

No obstante el hijo se arroja á sus brazos, y queda sorprendido de que su padre corresponda tan mal á su ternura ; vele anegado en lágrimas, y le dice : Padre mío, ¿ de qué proviene esta tristeza ? ¿ será posible que después de tan larga ausencia sintáis el volveros á ver en vuestro reino, y causar la alegría de vuestro hijo ?

(1) Según la creencia de los antiguos, los que morían sin sepultura andaban errantes cien años á las orillas de la laguna Estigia. De aquí la costumbre de elevar un cenotafio ó tumba vacía á los desgraciados cuyo cuerpo había desaparecido en un naufragio.

¿ en qué he podido ofenderos ? ¿ tanto horror os causa mi presencia que volvéis los ojos por no verme ? Oprimido de dolor el padre no le responde. Por fin, después de exhalar profundos suspiros : ¡ Ah Neptuno ! exclamó, ¿ qué es lo que te he prometido ? ¡ Á cuánta costa me has librado del naufragio ! Vuélveme á las olas, que estrellándome contra las rocas debían acabar con mi vida ; pero conserva la de mi hijo. ¡ Oh dios cruel ! recibe, aquí tienes mi sangre, no se derrame la suya. Dicho esto, sacó la espada para traspasarse ; pero se lo impidieron los que allí estaban. El anciano Sofrónimo, intérprete de la voluntad de los dioses, le aseguró que podía aplacar á Neptuno sin dar la muerte á su hijo. Vuestra promesa, le dijo, ha sido imprudente ; á los dioses no se les honra, se les ofende con crueldades ; guardaos de añadir á la imprudencia del voto la temeridad de cumplirle contra las leyes de la naturaleza. Ofreced á Neptuno cien toros blancos (1) como la nieve ; haced que corra su sangre al rededor de su altar adornado de flores ; y quemad en su honor olorosos inciensos.

Oíalo Idomeneo con la cabeza baja, y sin responder palabra ; sus ojos estaban encendidos de furor, y su rostro pálido y desfigurado mudaba de color á cada instante ; un temblor continuo se había apoderado de sus miembros. Viéndole su hijo en este estado, le dijo : Aquí me tenéis, padre mío, dispuesto á morir por aplacar á Neptuno ; no os expongáis á ser víctima de su enojo ; yo moriré contento por salvar vuestra vida. Herid, padre mío ; no temáis hallar en mí un hijo indigno de vos : la muerte no me intimida.

En el momento en que acabó de hablar, Idomeneo, fuera de sí, y como agitado por las furias infernales,

(1) Éste era el sacrificio solemne á que los Griegos llamaban *hecatombe*. Se usaba también entre los Romanos.

sorprende á los que le observan de cerca, y traspasa con la espada el corazón de su hijo; retírala humeando y ensangrentada para atravesarse con ella las entrañas; pero le volvieron á contener los que le asistían.

Cae el hijo en tierra bañado en su sangre; las sombras de la muerte cubren sus ojos; entreábrellos buscando la luz, y no bien la halla, cuando la pierde para siempre. Cual lirio en medio del campo, arrancado de raíz por el arado (1), que macilento desfallece sin poderse sostener, y que si bien no ha perdido aquella hermosa blancura que tanto agrada á la vista, queda no obstante sin vida, porque ya la tierra no le sustenta: así al hijo de Idomeneo, semejante á una delicada y tierna flor, le arrancaron la suya en la primavera de sus años.

El padre queda insensible en fuerza de su dolor; ni sabe dónde está, ni lo que ha hecho, ni lo que debe hacer: marcha trémulo á la ciudad, y pregunta por su hijo.

Pero el pueblo, compadecido de éste y horrorizado de la bárbara acción del padre, grita que los justos dioses le habían abandonado á las furias. El furor les provee de armas; toman palos y piedras, y la discordia derrama en los corazones el mortífero veneno de la venganza. Y en este momento los Cretenses, los sabios Cretenses, se olvidan de la sabiduría que los caracteriza, y desconocen al nieto del sabio rey Minos: los amigos de Idomeneo no hallan otro medio de salvarle que volverle á las naves; embárcanse con él,

(1) Esto es imitación del pasaje en que Virgilio refiere el encuentro de Venus con el cadáver de Adonis. Hurtado de Mendoza traduce delicadamente el mismo pasaje:

Tal le halló cual flor de primavera  
Que poco antes honraba el verde prado,  
Fresca, alta y en orden la primera,  
Mas fué después tocada del arado, etc.

y huyen adonde el viento quiera llevarlos. Vuelto en sí Idomeneo, les agradeció que le hubiesen sacado de una tierra regada con la sangre de su hijo, y en la que le hubiera sido imposible permanecer. El viento los conduce hacia la Hesperia, y van á fundar un nuevo reino en el país de los Salentinos.

Viéndose los Cretenses sin rey que los gobierne, han acordado elegir uno que mantenga en todo su vigor las leyes establecidas; y ved aquí los medios de que se valen para la elección. Ya están juntos todos los principales ciudadanos de las cien ciudades, y se ha dado principio á las sesiones por los sacrificios; convócase á los sabios más famosos de los países vecinos, para que juzguen de la sabiduría de aquellos que parezcan dignos del mando. Dispónense juegos públicos en que los concurrentes puedan dar muestras de su valor, porque el cetro que se ofrece por premio, se ha de adjudicar al que más se aventaje en los dotes del alma y del cuerpo. Los Cretenses quieren un rey ágil y robusto, sabio y virtuoso, sin que el ser extranjero sirva de obstáculo, pues á todos se llama.

Después que Nausicrates nos refirió está maravillosa historia; Apresuraos, nos dijo, á venir á nuestra asamblea, combatiréis con los demás; y si los dioses destinan la victoria para alguno de vosotros, será rey de esta isla. Seguámosle, no con deseo de vencer, sino movidos de la curiosidad de ver una cosa tan extraordinaria.

Llegamos, pues, á una especie de circo muy capaz, situado en el centro de un espeso bosque; y en medio del circo estaba el palenque para los combatientes, y á su rededor levantado un grande anfiteatro de verde césped, en el cual estaba sentado por su orden innumerable pueblo. Cuando llegamos, fuimos honóricamente recibidos de los Cretenses, los cuales ejercen la hospitalidad más noble y religiosamente que nin-

gún otro pueblo del mundo. Hiciéronnos sentar, y nos convidaron á combatir. Mentor halló excusa en su edad, y Hazael en su quebrantada salud.

Pero á mi juventud y vigor ninguna excusa les quedaba : sin embargo miré á Mentor por si descubría su dictamen ; y luego que le conocí acepté la oferta, y me despojé de mis ropas ; derramaron con abundancia aceite suave y lustroso por todos mis miembros, y me incorporé con los demás combatientes. Por todas partes oí que se decía : Éste es el hijo de Ulises que aspira á ganar el premio. Conociéronme muchos cretenses, que durante mi niñez habían estado en Ítaca.

El primer combate fué el de la lucha. Un rodio, como de treinta y cinco años de edad, venció á cuantos osaron ponersele delante. Conservaba todavía el vigor de la juventud : eran sus brazos nerviosos y robustos ; al menor movimiento se le descubrían todos los músculos, y su agilidad era igual á su fuerza. Yo no le parecí digno de ser vencido, y así fué que, compadeciéndose de mis pocos años, quiso retirarse ; mas yo me adelanté á él, y entonces nos asimos, y nos estrechamos tanto, que ni aun podíamos respirar. Oprimíamos nuestros pechos el uno con el del otro, y cada uno afirmaba sus pies en los de su adversario. Teníamos los nervios en toda su rigidez, y con los brazos entrelazados como serpientes hacíamos mutuamente el último esfuerzo para hacernos perder tierra. Tan pronto intentaba el rodio sorprenderme, impeliéndome hacia un lado, como se esforzaba por doblegarme hacia otro. Pero mientras que así me tanteaba, me ceñí tan estrechamente á su cintura, que logré, quebrantándosela, dar con él de espaldas en la arena, y en su caída me llevó tras sí. En vano anhelaba ponerse encima, ni aun moverse le dejé hasta que el pueblo exclamó : ¡Victoria por el hijo de Ulises! Entonces ayudé á levantarse al avergonzado rodio.

Más peligroso fué el combate del cesto (1). Habíase adquirido en él la más alta reputación el hijo de un rico ciudadano de Samos, y todos le cedieron la victoria, menos yo que esperaba alcanzarla. Dióme al principio dos golpes, uno en la cabeza, y otro en el pecho, que me hicieron vomitar sangre, y me perturbaron la vista. Ya empecé á vacilar viéndome estrechado por todas partes, y que me iba faltando hasta el aliento; pero me reanimó una voz de Mentor, en que me dijo : Hijo de Ulises, ¿serás tú acaso el vencido? La ira me suministró nuevas fuerzas ; evité muchos golpes que me hubieran abrumado ; tiróme uno con tanta violencia, que dando por mi fortuna en vago, quedó con el brazo tendido, y el cuerpo inclinado; sorprendíle en esta actitud, y ya empezaba á retroceder, cuando alcé mi cesto para caer sobre él con más fuerza ; quiso evitarlo; pero perdiendo el equilibrio, me ofreció el medio de aterrarle ; cayó con efecto, y al instante le alargué la mano para levantarle; mas hizolo él por sí solo, aunque cubierto de polvo y de sangre, no menos que de vergüenza, sin atreverse á renovar el combate.

Inmediatamente se dió principio á la carrera de los carros, los cuales se repartieron por suerte. El que á mí me tocó fué el más inferior, así en la ligereza de las ruedas, como en el brío de los caballos. Partimos, pues, y muy luego se levantó una nube de polvo que ocultó el cielo. Al principio les dejé á todos pasar delante, pero un joven lacedemonio, llamado Crantor, á todos iba dejando atrás : el que le seguía más de cerca era un cretense llamado Policeto. Hipomaco, pariente de Idomeneo, y que aspiraba á sucederle, dando rienda á sus caballos, cubiertos de humo de su propio sudor, iba completamente inclinado sobre sus flotantes crines,

(1) El *cesto* era una especie de guantelete formado por correas de cuero entrelazadas y á veces guarnecidas de plomo.

y era tan rápido, que no se veía el movimiento de las ruedas de su carro, así como no se ve el de las alas del águila cuando hienden los aires. Animáronse mis caballos, fueron poco á poco cobrando aliento, y dejando atrás á casi todos los que habían partido con tanto ardor. El exceso con que el pariente de Idome-neo, Hipomaco, hería sus caballos, fué causa de que tropezase el más valiente, y con su caída quitase á su dueño la esperanza de reinar.

No fué más dichoso Policeto, que por inclinarse demasiado sobre los suyos, no se pudo sostener en un tropezón que dió su carro; cayó, fuéronsele las riendas, y no tuvo poca fortuna en salvar la vida. Viendo Crantor con la mayor indignación que yo le iba muy á los alcances, redobla su coraje, y ya invoca á los dioses prometiéndoles ricas ofrendas, ya grita á sus caballos para reanimarlos. Temía, y con razón, que yo pasase entre él y la meta; porque mis caballos, menos fatigados que los suyos, estaban en estado de ponerse delante, sin que le quedase otro arbitrio para evitarlo que el de cerrarme el paso. Y así fué, que por conseguirlo, se expuso á estrellarse contra la meta, y con efecto se le rompió en ella una rueda. Yo entonces, aprovechándome del favor que la suerte me ofrecía, tomé prontamente la vuelta, para que el desorden de mi adversario no me impidiese llegar al fin de la carrera, donde con efecto me vió un momento después. Y el pueblo exclamó otra vez: ¡Victoria por el hijo de Ulises! él es el rey que los dioses nos destinan.

Acabado esto, fuimos conducidos por los más ilustres y sabios cretenses á un bosque sagrado apartado de la vista de los hombres profanos: en él nos reunieron los ancianos que Minos había instituido jueces del pueblo y guardas de las leyes, y no admitieron sino á los que habíamos combatido en los juegos. Abrieron los sabios el libro en que estaban recopiladas

todas las leyes de Minos. Sentíme lleno de respeto y de confusión al acercarme á aquellos ancianos, á quienes hacía venerables la edad, sin enervarles el vigor del espíritu. Estaban sentados por su orden, é inmóviles en sus asientos. Su cabello había encanecido con los años, y muchos de ellos le tenían ya casi todo caído. Veíase resplandecer en sus semblantes la circunspección, el agrado y la tranquilidad, compañeros inseparables de la verdadera sabiduría; ni se apresuraban por hablar, ni cuando hablaban, decían más que lo que llevaban resuelto. Si discordaban en los dictámenes, era tal la moderación con que cada uno sostenía el suyo, que cualquiera hubiera creído que eran todos de una misma opinión. La larga experiencia de lo pasado, y el hábito al trabajo, les daban grandes conocimientos sobre cualquiera materia; y lo que más rectificaba su razón era la tranquilidad del ánimo, exento ya de las locas pasiones, y de los caprichos de la fogosa juventud. La prudencia era el único móvil de sus acciones, y el fruto de su constante virtud tener tan sujetos á la razón sus deseos, que ya gozaban, sin trabajo, del noble placer de seguirla en todas sus operaciones. La admiración que me causaron hizo nacer en mí el deseo de que se me acertase la vida por llegar cuanto antes á una tan apreciable vejez. Parecíame desgraciada la juventud, por ser tan impetuosa, y estar tan distante de aquella virtud consumada, de aquella tranquilidad que nacen de la experiencia.

El principal de los ancianos abrió el libro, que era un gran volumen, y se custodiaba de ordinario en una caja de oro, envuelto en aromas. Todos los ancianos le besaron con respeto, porque decían, que después de los dioses, de quienes emanan las buenas leyes, nada debe ser tan sagrado para los hombres como aquellas que se dirigen á hacerlos justos, sabios y fe-

lices. Los que tienen á su cargo el juzgar por ellas á los pueblos, deben ser los primeros en respetarlas y obedecerlas; porque no ha de ser el hombre el que reine, sino la ley. Éste era su dictamen. Después propuso el que presidía tres cuestiones, que debían resolverse según las máximas de Minos.

Era la primera saber cuál fuese el más libre de todos los hombres. Unos respondieron, que era un rey que tuviese un imperio absoluto sobre sus pueblos, y que al mismo tiempo fuese vencedor de todos sus enemigos. Otros sostuvieron, que el que tuviese las riquezas necesarias para satisfacer sus deseos. Otros, que era el más libre el que nunca se casaba, y empleaba toda la vida en viajar por diferentes países, sin estar sujeto á las leyes de ninguno. Otros, que lo era el salvaje, que, manteniéndose de la caza, vivía en los bosques independiente de toda necesidad y policía. Creyeron otros, que era el recién liberto, que pasando de los rigores de la esclavitud á las dulzuras de la libertad, sabría disfrutarlas mejor que otro ninguno. En fin, otros opinaron que un moribundo era el más libre, porque la muerte de todo le libraba, y después todos los hombres juntos no tenían sobre él poder alguno.

Cuando me tocó hablar, no me costó trabajo responder, porque tenía presente lo que tantas veces me había dicho Mentor. El más libre de todos, respondí, es el que sabe serlo en la esclavitud misma. En cualquier país, en todos los estados, es libre el hombre que teme á los dioses, y á nadie teme sino á ellos. En una palabra, el hombre verdaderamente libre es aquel que nada teme, ni desea nada, y que sólo se somete á los dioses y á la razón. Miráronse los ancianos unos á otros, sonriéndose, y se maravillaron de que mi respuesta fuese precisamente la de Minos.

Propúsose después la segunda cuestión en estos términos: ¿Quién es el más infeliz de todos los hom-

bres? Cada uno dijo lo que le ocurrió; uno, que el más infeliz era el que no tenía bienes, salud ni honra; otro, que lo era el que no tenía ningún amigo; otro, que el que tenía hijos ingratos é indignos de él. Un sabio de la isla de Lesbos (1) dijo: El más infeliz de todos los hombres es el que cree serlo, porque la infelicidad depende menos de lo que el hombre padece, que de la impaciencia con que aumenta su desdicha.

Al oír este dictamen, toda la asamblea prorrumpió en aplausos: cada cual creyó que este sabio ganaría el premio de esta cuestión. Sin embargo, me preguntaron cuál era mi parecer, y siguiendo las máximas de Mentor, respondí: El más infeliz de todos los hombres es un rey que cree que su felicidad consiste en hacer miserables á los demás hombres. Su ceguedad duplica su desgracia; porque como no conoce el mal que padece, no sólo le es imposible curársele, sino que teme conocerle. La verdad no puede penetrar hasta él por entre tanta turba de aduladores como le rodea. Tiranízale sus pasiones, no conoce las obligaciones que tiene; jamás ha sentido el placer que resulta de hacer bien, ni el que inspira la santa virtud á los que la profesan. Éste sí que es infeliz, y merece serlo; su desdicha va siempre en aumento; corre á su perdición, y los dioses se preparan á confundirle con un castigo eterno. Oído mi parecer, toda la asamblea tuvo por vencido al sabio lesbio, y los ancianos declararon que yo había con efecto acertado con el dictamen de Minos.

Por tercera cuestión se propuso: ¿Cuál era preferible, un rey conquistador é invencible en la guerra ó el que sin experiencia de ella fuese á propósito para gobernar sus pueblos, y civilizarlos en la paz? Los más estuvieron por el primero: porque ¿de qué sirve, de-

(1) Pitaco, uno de los siete sabios de Grecia, era natural de la isla de Lesbos.

cían, que un rey gobierne bien en paz, si en tiempo de guerra no sabe defender sus Estados? en este caso él quedará vencido, y su pueblo esclavizado. Otros, por el contrario, sostenían que el rey pacífico sería mejor, porque, temiendo la guerra, procuraría evitarla. A otros les parecía que el rey conquistador, al paso que exaltase su gloria, acrecentaría la felicidad de sus vasallos, haciéndolos dueños de otras naciones, en vez de que el rey pacífico los tendría en una vergonzosa ociosidad. Quisieron saber mi parecer, y le expuse de esta suerte :

Un rey que no sabe gobernar sino en la paz, ó en la guerra, y que no es capaz de hacerlo en ambos estados, no es más que rey á medias. Pero comparado el que no sabe más que el arte de la guerra con un rey sabio, que sin entender de ella sea capaz de sostenerla por medio de sus generales, hallo que éste es preferible á aquél. Un rey enteramente decidido por la guerra querrá estar siempre en ella para extender sus dominios, y acrecentar su gloria; y de este modo arruinará á su pueblo. ¿Qué interés tiene éste en que su rey subyugue á otras naciones, si él vive infeliz bajo su dominación? Además de que las largas guerras traen siempre consigo muchos desórdenes; los mismos vencedores incurren en ellos durante este tiempo de confusión. ¿Cuánto no ha costado á la Grecia el haber triunfado de Troya? ¿cuánto no ha padecido en los años que se ha visto privada de sus reyes? Cuando la guerra todo lo contamina, ni lo más sagrado está á cubierto de sus lastimosos efectos: las leyes desfallecen, las artes se descuidan, y la agricultura se arruina. En la guerra aun los mejores príncipes se ven precisados á hacer el mayor de todos los males, cual es tolerar la licencia, y servirse de los perversos. ¡Cuántos malvados hay á quienes se castigaría en tiempo de paz, y que mientras duran los desórdenes de la guerra se hace preciso, no

sólo disimular, sino aun premiar su audacia! Jamás ha existido un pueblo que teniendo un rey conquistador, no haya sufrido infinito por su ambición. Un conquistador, embriagado de su propia gloria, arruina casi tanto á su nación victoriosa, como á las naciones vencidas. Un príncipe que no tenga las cualidades necesarias para la paz, mal podrá disponer á sus vasallos á que gocen los frutos de una guerra felizmente concluída. Seria semejante á uno que defendiese su heredad contra las invasiones de su vecino, y á éste le usurpase la suya, pero que no supiese cultivarla ni sembrarla para coger fruto alguno. De un hombre semejante diríamos con razón, que más parecía haber nacido para destruir, asolar y trastornar el mundo, que para hacer feliz un pueblo por medio de un sabio gobierno.

Vengamos ahora al rey pacífico. Es cierto que no es á propósito para grandes conquistas; esto es, no ha nacido para turbar la tranquilidad de su pueblo, queriendo subyugar á las naciones que la justicia ha negado á su dominio; pero si es verdaderamente apto para gobernar en paz, tiene cuanto necesita para defender su reino de sus enemigos. Ved aquí cómo siendo justo, moderado y tratable con sus vecinos, no es posible que emprenda contra ellos cosa alguna que pueda alterar la paz; siendo fiel en sus alianzas, será amado, no temido de sus aliados, y tendrán en él una plena confianza; si tuviese algún vecino inquieto, altivo y ambicioso, todos los reyes vecinos, que necesariamente estarán alarmados contra él, se unirán al rey pacífico, que no les da celos para impedir que aquél le oprima. La probidad, la buena fe y la moderación le harán árbitro entre los Estados (1) que rodeen el suyo. Y mientras que el rey emprendedor es odioso á los de-

(1) Fenelón en estos párrafos parece hacer un paralelo entre la política de Luis IX y la de Luis XIV.

más, y está siempre expuesto á sus ligas, el pacífico tiene la gloria de ser como un padre y tutor de los otros reyes.

Éstas son las ventajas que goza fuera de su reino. Pero aun son más sólidas las que logra dentro. Suponiéndole apto para gobernar en paz, es consiguiente que lo haga por medio de las más sabias leyes; y como éstas condenan el fausto, la molicie y todas las artes que no sirven más que para lisonjear los vicios, es preciso que ponga sus conatos en que florezcan las que son útiles y realmente necesarias á la vida, particularmente la agricultura, por cuyo medio proporcionará á sus vasallos la abundancia de todo lo necesario. Un pueblo laborioso, de costumbres sencillas, y enseñado á vivir con poco, como que cultivando la tierra adquiere fácilmente lo que necesita, se multiplica hasta lo infinito; y ved ahí cómo se puebla prodigiosamente un Estado de ciudadanos vigorosos y robustos, no afebinados con los deleites, sino endurecidos en ejercicio de la virtud; no apegados á las delicias de una vida muelle y regalada, sino dispuestos á despreciar la muerte, y que más bien querrían perder la vida que la libertad que gozan bajo el gobierno de un rey sabio, que sólo desea reinar para que reine la razón. Si un conquistador invade este pueblo, acaso no le hallará bastante instruído en acamparse, ponerse en orden de batalla ni en el manejo de las máquinas de sitio; pero le hallará invencible por su muchedumbre, y por su valor; por su paciencia en las fatigas, y por la costumbre de sufrir la pobreza; por su intrepidez en los combates, y lo que es más, por una virtud que jamás sucumbirá á la adversidad de los sucesos. Además, si este rey no tiene toda la experiencia necesaria para mandar por sí los ejércitos, sabrá á lo menos elegir sujetos capaces y servirse de ellos sin perder nada de su autoridad. Sus aliados le darán auxilios; sus vasallos

antes querrán morir que pasar al dominio de otro rey violento é injusto; los mismos dioses combatirán por él. ¡Ved qué recursos no tendrá aun en medio de los mayores peligros!

De todo concluyo que el rey pacífico, que ignora el arte de la guerra, es un rey muy imperfecto, pues no sabe desempeñar una de sus más principales obligaciones, cual es la de vencer á sus enemigos; pero añadido, que sin embargo es infinitamente superior al rey conquistador, que carece de las cualidades necesarias para gobernar en tiempo de paz, y que sólo las tiene para mandar en la guerra.

Advertí que á muchos de la asamblea no satisfizo mi dictamen, porque la mayor parte de los hombres, deslumbrados con el esplendor de las cosas brillantes, como las victorias y las conquistas, prefieren esto á lo que de suyo es sencillo, tranquilo y sólido, como la paz y la buena policía (1) de los pueblos; más todos los ancianos declararon que mi parecer era conforme al de Minos.

El principal de ellos exclamó: Ya veo cumplido el oráculo de Apolo, sabido por toda nuestra isla. Había consultado Minos á este dios para saber cuánto tiempo reinaría su estirpe, según las leyes que acababa de establecer, y le fué respondido: Los tuyos dejarán de reinar cuando un extranjero entre en tu isla para hacer reinar en ella tus leyes. Nosotros temíamos que algún extranjero viniese á conquistar á Creta, mas la desgracia de Idomeneo, y la sabiduría del hijo de Ulises, que es entre los mortales el que mejor entiende las leyes de Minos, nos aclaran el sentido del oráculo. ¿En qué nos detenemos pues, que no coronamos al rey que nos da el destino?

(1) Es decir, administracion y gobierno.

## LIBRO VI

Refiere Telémaco que rehusó la corona de Creta por volver á Ítaca; que también la rehusó Mentor, á quien con este motivo instó la asamblea á que en nombre de la nación nombrase el que le pareciese más digno; que á este fin expuso lo que acababa de saber de las virtudes de Aristodemo, el cual con efecto fué al instante proclamado rey; y que finalmente se embarcaron para Ítaca, pero que Neptuno, por complacer á Venus irritada, les hizo padecer naufragio, de cuyas resultas acababa de recibirlos Calipso en su isla.

Inmediatamente salieron los ancianos del recinto del bosque, y tomándome el principal por la mano, anunció al pueblo impaciente por saber le decisión, que yo había ganado el premio. Apenas acabó de hablar, cuando se oyó entre el concurso un confuso murmullo que terminó en gritos de alegría, haciendo resonar en toda la ribera y en los montes vecinos esta aclamación : ¡Sea rey de los Cretenses el hijo de Ulises, semejante á Minos!

Yo esperaba un momento de silencio, y hacía señal con la mano suplicando que me oyesen. Entre tanto me decía Mentor al oído : ¡Qué! ¿serás capaz de renunciar á tu patria? ¿podrá más contigo la ambición de reinar que las lágrimas de Penélope, que funda en tu regreso su única esperanza? ¿podrá más que los votos del grande Ulises, que los dioses han decretado volverte? Estas palabras penetraron mi corazón, y me sostuvieron contra el vano deseo de reinar.

Por fin, un profundo silencio de todos me dió lugar á que les hablase de esta manera : Ilustres Cretenses yo no soy digno de mandaros. Es cierto que el oráculo que se acaba de referir no deja duda en que la estirpe

de Minos cesaría de reinar cuando un extranjero entrase en esta isla, é hiciese que en ella reinasen las leyes de aquel sabio rey, pero no por eso dice que reinará el mismo extranjero. Yo quiero convenir en que soy el predicho por el oráculo, porque en mí se ha cumplido la predicción de venir á esta isla, y descubrir el verdadero sentido de las leyes, ¡y ojalá que mi explicación sirva para que reinen en ella con el hombre que elijáis! Pero por lo que á mí hace, prefiero mi patria, la pobre y pequeña isla de Ítaca, la prefiero á las cien ciudades de Creta, y á la gloria y opulencia de este hermoso reino. Permitidme que siga lo que me tienen indicado los hados; y creed que si he combatido en vuestros juegos, no ha sido con el deseo de reinar, sino por merecer vuestro afecto y compasión, y porque me facilitéis los medios de volver cuanto antes á mi nativo suelo, que más quiero vivir bajo la obediencia de mi padre Ulises, y servir de consuelo á mi madre Penélope, que ser rey de todas las naciones del mundo. Ya veis, Cretenses, cuán justos son mis deseos, y que me es preciso dejaros; pero sólo la muerte pondrá término á mi reconocimiento. No lo dudéis : Telémaco amará á los Cretenses hasta el último instante de su vida, y no se interesará menos en la gloria de ellos, que en la suya propia.

Apenas hube dicho esto, se levantó un sordo ruido, semejante al de las olas del mar cuando se entrechocan en una tempestad. Unos decían : ¿Será éste alguna deidad bajo la figura humana? Otros sostenían que me habían visto en otros países, y que me conocían; y no faltó quien exclamase que se me debía obligar á aceptar el cetro. En fin, volví á tomar la palabra, y cada cual procuró guardar silencio, dudando si mi nuevo discurso se dirigía á aceptar lo que rehusé al principio.

Permitid, les dije, oh Cretenses, que os diga lo que

de vosotros pienso. No hay duda que componéis la nación más sabia del mundo, pero la sabiduría exige, á mi parecer, una precaución que no se os ocurre. Debéis elegir, no al que mejor discurra acerca de las leyes, sino al que tenga la virtud de observarlas con más constancia. Yo ya veis que soy un joven, por consiguiente sin experiencia, expuesto á la violencia de las pasiones, y más en estado de aprender á mandar obedeciendo, que de mandar por ahora. No deis la preferencia al que venza á los demás en ingenio y robustez, sino al que á sí mismo haya sabido vencerse. Buscad, pues, quien tenga grabadas vuestras leyes en lo íntimo del corazón, y cuyas costumbres sean un ejemplo vivo del modo de observarlas; y sean sus acciones, más bien que sus palabras, las que os determinen á la elección.

Admirados los ancianos de este discurso, y viendo que cada vez crecían más los aplausos de la asamblea, me dijeron : Pues los dioses nos quitan la esperanza de que seáis nuestro rey, á lo menos ayudadnos á encontrar uno que empeñe principalmente su autoridad en que reinen nuestras leyes. ¿Le conocéis por ventura? Sí, les respondí inmediatamente. Le conozco tanto, como que es á el á quien debo cuanto en mí habéis admirado : su sabiduría, no la mía, es la que ha hablado por mi boca ; él es el que me ha inspirado cuantas respuestas me habéis oído.

Al instante fijaron todos en Mentor los ojos, al cual designaba yo teniéndole cogida la mano. Referí lo mucho que había cuidado de mi infancia, los peligros de que me habían librado sus consejos, y los males que me habían sobrevenido si alguna vez no los había seguido.

Al principio nadie había reparado en él, porqu su traje sencillo y descuidado, su modesto continente, su silencio casi continuo, y su semblante tranquilo y re-

servado llamaban poco la atención. Pero luego que más detenidamente le miraron, descubrieron en su rostro no sé qué de firme y elevado : notaron la vivacidad de sus ojos, y el aire brioso que daba á la más mínima de sus acciones. Hiciéronle varias preguntas, y admiró á todos con sus respuestas. Resuelven hacerle rey, lo agradece con moderación, y se excusa con serenidad. Dijoles que prefería el sosiego de la vida privada al esplendor de la majestad ; que los mejores reyes son infelices en cuanto nunca hacen el bien que quisieran, y por lo común hacen el mal que no querrian, porque se lo disfrazan los aduladores que los rodean. Y añadió : que si la esclavitud es miserable, no lo era menos la soberanía, verdadera esclavitud, aunque disfrazada. Un rey, decía, depende de todos aquellos de quienes necesita para hacerse obedecer. ¡ Feliz mil veces el que no se ve obligado á mandar ! Sola nuestra patria, ella sola es acreedora, si nos confía la autoridad suprema, á que en su beneficio sacrifiquemos nuestra libertad.

Apenas los Cretenses pudieron volver en sí del asombro que tales razones les causaron ; y preguntando á quién debían escoger : Á quien mejor os conozca, les respondió, y pues para gobernaros es preciso conoceros, escoged á quien conociéndoos tema gobernaros. El que desea el cetro, no le conoce ; ¿ y cómo desempeñará sus obligaciones no conociéndolas ? Este tal le buscará para sí, y vosotros necesitáis quien por sólo vuestro amor le acepte.

En gran manera maravillados quedaron los Cretenses al ver á dos extranjeros rehusar la diadema de tantos codiciada. Quisieron saber con quién habíamos ido á Creta, y Nausierates, que nos condujo desde el puerto al circo, les mostró á Hazael, con quien Mentor y yo habíamos ido á la isla de Chipre. Pero su admiración fué mucho mayor cuando supieron que

Mentor había sido esclavo de Hazael, el cual, prendado de su sabiduría y de su virtud, de su esclavo le había hecho su consejero, y tenía en él su mejor amigo; que este mismo esclavo recién liberto era el que acababa de resistirse á aceptar un reino; y que Hazael había ido desde Damasco de Siria á instruirse en las leyes de Minos, arrastrado del amor que profesaba á la sabiduría.

Los ancianos le dijeron á Hazael : No nos atrevemos á suplicaros que nos gobernéis, porque os creemos con las mismas ideas que á Mentor; despreciáis demasiado á los hombres para encargaros de dirigirlos. Además miráis con harto despego las riquezas y el esplendor del trono, para que queráis adquirirlas á costa de las fatigas anejas al gobierno. No creáis, Cretenses, respondió Hazael, que desprecio á los hombres; nada de eso. Yo sé muy bien cuán glorioso es emplearse en hecerlos buenos y felices; mas este empleo trae consigo infinitos disgustos y peligros, y el esplendor que le rodea es falso, incapaz de deslumbrar á quien no sea un presuntuoso desvanecido. La vida es corta : las grandezas irritan más que satisfacen las pasiones. Para aprender á no hacer caso de esos aparentes bienes he venido de tan lejos, no por adquirirlas. Saben los dioses que mis deseos se reducen á volver á mi patria para pasar en ella una vida pacífica y retirada, en la cual la sabiduría alimente mi espíritu, y las esperanzas que da la virtud de gozar otra mejor vida me consuelen de los disgustos de la vejez. Si yo tuviera algo que desear, no sería el trono : fuera sí, el no separarme jamás de estos dos hombres que veis conmigo.

En fin, los Cretenses, dirigiéndose á Mentor, exclamaron : ¡ Oh tú, el más sabio y grande de los mortales ! dinos, pues, á quién podremos elegir. No penséis partir sin habernos dicho en quién debemos fijar nuestra elección. Mentor les respondió : Estando entre la

multitud de los espectadores, me llamó la atención la tranquilidad de un anciano, en quien, á pesar de los años, se descubría mucho vigor. Pregunté quién era, y me respondieron que se llamaba Aristodemo. Después oí que le dijeron que sus dos hijos eran del número de los combatientes; mas no por esto dió señas de alegrarse; dijo sí que al uno no le deseaba los riesgos del trono, y que amaba mucho á su patria para desear que reinase el otro. De esto inferí que este padre amaba con un amor racional á uno de sus hijos que era virtuoso, y que no disimulaba los extravíos del otro. Aumentóse mi curiosidad, y pregunté qué género de vida era la de aquel anciano; y uno de vuestros ciudadanos me respondió que había militado muchos años, y tenía el cuerpo cubierto de cicatrices; pero que por su virtud sincera y enemiga de la adulación había venido á ser molesto á Idomeneo, que por esto no se sirvió de él para el sitio de Troya. Temió á un hombre, cuyos consejos no podía resolverse á seguir, y además tuvo envidia de la gloria que no hubiera tardado en adquirir. Ello fué que olvidando todos sus servicios, se le dejó aquí pobre y despreciado de los hombres groseros é infames, que sólo dan estimación á las riquezas. Mas él vive alegremente contento con su pobreza en un paraje retirado de la isla, donde por sí mismo cultiva una tierra propia suya. Ayúdale un hijo; se aman con la mayor ternura, y son felices. Por su frugalidad y su trabajo se han adquirido la abundancia de lo necesario á una vida sencilla. El sabio anciano reparte entre los pobres enfermos de su vecindad lo que le sobra; persuade á los jóvenes á que trabajen, los exhorta y los instruye. Es el juez de las diferencias que ocurren en el vecindario, y el padre de todas las familias. La desgracia de la suya es tener un hijo segundo, que no ha querido seguir sus consejos. El padre, harto de tolerarlo mucho tiempo por si pudiera corregirle, ha tenido

al fin que echarle de su casa, fuera de la cual vive abandonado á una loca ambición y á todos los placeres.

Esto es lo que me han referido : á vosotros toca saber si es verdad. Mas si este hombre es como le pintan, ¿ á qué celebrar juegos ni juntar tantos desconocidos ? Entre vosotros tenéis uno que os conoce, y que os es conocido , instruído en la guerra , que ha dado pruebas de su valor, no sólo contra las flechas y los dardos, sino contra la horrible pobreza ; que ha despreciado las riquezas que se adquieren con la lisonja ; que ama el trabajo, y sabe cuán útil es al Estado la agricultura ; que detesta el lujo ; que no se deja llevar de un ciego amor por sus hijos ; que ama la virtud del uno y condena el vicio en el otro, en una palabra, un hombre que es ya padre del pueblo. En él tenéis vuestro rey, si de veras deseáis que reinen las leyes del sabio Minos.

Es cierto, exclamó todo el pueblo, que Aristodemo es cual vos decís : él es quien merece reinar. Hicieronle llamar los ancianos, búscanle entre la turba, y en ella le hallan confundido con los de la última plebe. Preséntase tranquilo, hácesele saber que es el elegido rey, y responde de esta suerte : No admitiré la elección sino con tres condiciones. La primera, que dentro de dos años dejaré el cetro, si en ellos no logro haceros mejores que lo que sois, ó si os oponéis á las leyes. La segunda, que he de ser dueño de continuar haciendo una vida sencilla y frugal ; y la tercera, que mis hijos, por serlo, no tendrán distinción alguna, y que después de mi muerte serán tratados según lo hubieren merecido, esto es, como los demás ciudadanos.

Al concluir estas palabras resonaron por el aire mil gritos de alegría. El principal de los ancianos, guardas de las leyes, ciñó con la diadema las sienes de Aristodemo ; y por fin se hicieron solemnes sacrificios á Júpiter.

piter y á los otros dioses supremos. Aristodemo no hizo varios presentes, no con la magnificencia ordinaria á los reyes, sino con una noble sencillez. Dióle á Hazael las leyes de Minos escritas de propio puño de aquel sabio rey y un compendio de toda la historia de Creta desde el tiempo de Saturno (1) y la edad de oro; hizo poner en su nave de todas las especies de excelentes frutas que hay en Creta, y no se conocen en Siria, y le ofreció cuanto pudiese necesitar.

Como nosotros apresurásemos nuestra partida, dispuso que se nos equipara un navío bien tripulado de remeros y tropas, y nos proveyó de ropas y bastimentos. Levantóse al instante un viento favorable para Ítaca, pero contrario á Hazael, por lo que tuvo que detenerse. Viónos partir, y nos abrazó como amigos, á quienes jamás volvería á ver. Los dioses son justos, decía; bien ven una amistad que sólo se funda en la virtud; algún día nos reunirán, y esos campos fortunados, en donde se dice que los justos gozan después de la muerte de una paz eterna, verán juntarse nuestras almas para no separarse jamás. ¡Ojalá pudiesen también ser mis cenizas recogidas con las vuestras! decía esto deshecho en lágrimas y suspiros. No lloramos menos nosotros, y así nos condujo al navío.

Por lo que respecta á Aristodemo, nos dijo: Vosotros sois los que acabáis de hacerme rey: acordaos de los riesgos en que me habéis puesto. Rogad á los dioses que me inspiren la verdadera sabiduría, y que exceda tanto en moderación á los demás hombres, cuanto los excedo en autoridad. Yo por mí les rogaré que os conduzcan con felicidad á vuestra patria, que confundan la insolencia de vuestros enemigos, y que os concedan ver en ella á Ulises reinando en paz con su

(1) Esto, como lo de las leyes de Minos, es un anacronismo, pues en aquella época la historia se componía de tradiciones y leyendas que se trasmitían oralmente.

amada Penélope. El navío que os doy va bien tripulado de remeros y de tropas, de las que os podéis servir contra esos hombres injustos que persiguen á vuestra madre. En cuanto á vos, Mentor, como vuestra sabiduría de nada necesita, nada me deja que desearos. Andad, vivid juntos y felices, acordaos de Aristodemo, y si en algún tiempo los de Ítaca necesitasen de los Cretenses, contad conmigo hasta mi postrimer aliento. Abrazónos, y al querer nosotros manifestarle nuestro agradecimiento, no pudimos contener las lágrimas.

Entre tanto el viento que hinchaba nuestras velas nos prometía una feliz navegación. Ya el monte Ida no era á nuestra vista más que una colina; las riberas desaparecían, y las costas del Peloponeso parecía como que venían por el mar acercándose á nosotros, cuando de repente una negra tempestad oculta el cielo, é irrita las olas; el día se nos convierte en noche, y la muerte se nos presenta. ¡Oh Neptuno! tú fuiste el que con el soberbio tridente alborotaste las aguas de tu imperio. Por vengarse Venus del desprecio que de ella hicimos hasta en su templo de Citeres, fué á buscar á este dios: háblale enternecida, dando, con las lágrimas que corrían de sus hermosos ojos, mayor realce á su belleza, y energía á sus razones. Por los menos así me lo ha asegurado Mentor, que conoce las cosas divinas. ¿Consentiréis, oh Neptuno, le dice, que estos impíos se burlen impunemente de mi poder? Los mismos dioses le reconocen, y estos temerarios mortales se han atrevido á vituperar todo cuanto en mi obsequio se hace en mi isla. Se jactan de una consumada sabiduría, y tratan al amor de locura. ¿Os habéis olvidado de que he nacido en vuestro imperio (1)? ¿por qué, pues, os detenéis en sepultar en vuestros profundos

(1) La Fábula enseñaba que Venus Afrodita había nacido de la espuma del mar.

abismos á esos dos hombres que me són insufribles?

Apenas lo hubo dicho, cuando Neptuno levantó las olas hasta el cielo, y Venus se alegró, creyendo inevitable nuestro naufragio. Turbado el piloto, exclama que ya no puede resistir al ímpetu de los vientos, que con tanta violencia nos impelían hacia las rocas. Una ráfaga rompió el mástil, y poco después advertimos que las puntas de los peñascos habían roto el casco. Entra el agua por todas partes, húndese el navío, y los remeros dirigen al cielo lamentables gritos. Abrázome á Mentor, y le digo : He aquí la muerte : recibámosla con valor. Los dioses nos han sacado de tantos peligros para que hoy perezcamos. Muramos, pues, Mentor, muramos ; á mí me sirve de consuelo morir con vos ; nuestros esfuerzos para salvar nuestra vida serán inútiles.

El verdadero valor, me respondió Mentor, siempre encuentra algún arbitrio. No basta estar dispuesto á recibir con tranquilidad la muerte ; es necesario hacer, sin temerla, todos los esfuerzos para rechazarla. Tomemos nosotros uno de esos bancos de los remeros, y mientras que esa multitud de hombres tímidos y perturbados suspira por la vida sin buscar los medios de conservarla, no perdamos un momento en salvar la nuestra. Inmediatamente tomó un hacha, y acabó de cortar el mástil roto, cuyo peso casi volcaba el navío : échale fuera, y se arroja sobre él á las furiosas olas. Llámame por mi nombre, y me anima á que le siga. Así como un grande árbol, contra quien se han conjurado los vientos, permanece inmóvil asegurado en sus profundas raíces, de suerte que la mayor tempestad no hace más que agitar sus hojas, así Mentor, no sólo firme y valeroso, sino afable y tranquilo, parecía que mandaba á los vientos y á las olas. Yo le seguí, y ¿quién animado por él no le hubiera seguido?

Procuramos asegurarnos sobre aquel mástil flotante, que nos fué de un gran socorro, porque podíamos sentarnos en él, pues si hubiéramos tenido que nadar de continuo, bien pronto nos hubieran faltado las fuerzas. Pero la cruel borrasca volteaba muchas veces este gran madero, y con sus vueltas nos sumergía en el mar, haciéndonos tragar el agua salada, que arrojábamos después por boca, oídos y narices, y poniéndonos en la precisión de disputar á las olas la posesión del mástil. Á veces vino también alguna ola tan alta como una montaña, y pasó por encima de nosotros; entonces redoblábamos nuestros esfuerzos para evitar que con los vaivenes del violento choque se nos escapase el mástil, que era nuestra única esperanza.

Estando en esta terrible situación, me decía Mentor con la misma serenidad con que está ahora sobre este césped: ¿Crees por ventura que tu vida está abandonada á los vientos y á las olas? ¿y que las olas y los vientos pueden algo contra ti sin orden de los dioses? De ningún modo. Á ellos toca decidir de todo. Temamos, pues, á los dioses, y no al mar. Aunque estuvieses en lo profundo de los abismos, la mano de Júpiter podría sacarte de ellos: así como, aunque estuvieras en el Olimpo, viendo á tus pies los astros, podría sepultarte en los más profundo de los abismos, ó precipitarte á las llamas del negro Tártaro. Escuchaba yo, y admiraba este discurso, que no dejaba de consolarme algún tanto, pero me faltaba serenidad para responder. Ni Mentor me veía, ni yo podía verle. Pasamos toda la noche yertos de frío y medio muertos, sin saber todavía dónde nos arrojaría la borrasca. Por fin empezó á calmar el viento, y el mar, aunque bramando, parecía semejante á quien después de haber estado mucho tiempo irritado, no le queda, de puro cansado, más que algún resto de turbación é inquietud; bramaba sordamente, y sus olas no eran ya con corta dife-

rencia más que como los surcos que en un espacioso campo deja el arado impresos.

Entre tanto vino la Aurora á abrir al Sol las puertas del cielo, y nos anunció un hermoso día. Estaba todo el oriente encendido; y las estrellas, que por tanto tiempo habían estado ocultas, volvieron á parecer, y se retiraron á la llegada de Febo. Divisamos la tierra á lo lejos, el viento nos iba acercando á ella, y con esto sentí renacer la esperanza en mi corazón; mas no percibimos ninguno de nuestros compañeros; y según las apariencias perdieron el valor, y quedaron sumergidos con la nave. Cuando estábamos ya cerca de tierra, nos impelía el mar contra las rocas, donde sin duda nos estrelláramos, si no habiéramos tenido la advertencia de presentarles la punta de nuestro mástil, del cual hacía Mentor lo que un diestro piloto hace del mejor timón. Así nos libramos de aquellas terribles rocas, y hallamos por fin una playa suave y llana, por la cual, nadando sin trabajo, llegamos á la arena. Allí fué, oh gran diosa, donde nos visteis, y donde os dignasteis recibirnos.



Así nos libramos de aquellas terribles rocas. (Pág. 102).



## LIBRO VII

Admira Calipso á Telémaco en sus aventuras, y no perdona medio para retenerle en su isla, y empeñarle en su amor. Sostienele Mentor contra sus artificios y contra Cupido, que Venus llevó consigo para socorrerla. Sin embargo Telémaco y la ninfa Éucaris conciben una mutua pasión, que al principio excita los celos de Calipso, y después su enojo contra ambos. Jura por la Estigia que Telémaco saldrá de la isla. Va Cupido á consolarla, y obliga á sus ninfas á que mientras Mentor se llevaba á Telémaco para embarcarse, quemasen el navío que á este fin había hecho. Alégrase interiormente Telémaco de verle arder, y conociéndolo Mentor, le precipita consigo al mar para, ganar á nado otro navío que veía cerca de la costa.

Acabó Telémaco su discurso, y admiradas las ninfas se miraban unas á otras, y se decían : ¿Quiénes serán estos hombres tan favorecidos de los dioses? ¿Cuándo se ha oído hablar de tan maravillosas aventuras? ¡Sin duda que el hijo de Ulises ya se aventaja á su mismo padre en elocuencia, en sabiduría y en valor! ¿No veis qué semblante, qué hermosura, qué afabilidad y qué modestia? ¿y no veis también qué heroísmo y qué grandeza? Si no supiéramos que era hijo de un mortal, era fácil que le tuviésemos por un dios : le tendríamos por Baco ó Mercurio, ó acaso por el mismo Apolo. ¿Pero quién será este Mentor, que á primera vista parece un hombre sencillo, obscuro y de una mediana condición, y mirado detenidamente se descubre en él no sé qué de superior al hombre?

No podía Calipso disimular la turbación que estos discursos le causaban. Sus ojos vagarosos iban de Mentor á Telémaco sin hallar descanso, ni poderse fijar en ninguno. Tan pronto quería que éste volviese

á empezar la historia de sus largas aventuras, como mudaba de dictamen. En fin, levántándose precipitadamente, se apartó con él á un bosque de arrayanes, á fin de saber si Mentor era alguna divinidad oculta bajo la figura humana. Pero Telémaco no podía satisfacerla, porque, aunque con efecto era Minerva la que bajo la figura de Mentor le acompañaba, era para él un misterio que no le había revelado la diosa, pareciéndole todavía de pocos años (1). Además que quería probar su sufrimiento exponiéndole á los mayores riesgos, y si Telémaco hubiera sabido que llevaba consigo á Minerva, no reparara en despreciar los mayores peligros fiado en su protección. Así es que lo ignoraba, y de consiguiente fueron inútiles los artificios de Calipso.

Mientras tanto las ninfas, juntas al rededor de Mentor, se divertían en hacerle preguntas. Ésta quería saber las circunstaucias de su viaje á Etiopía; aquélla lo que había visto en Damasco; esotra le preguntaba si había conocido á Ulises antes de partir para Troya. Á todas satisfizo con afabilidad, y en términos, aunque sencillos, agradables.

No dió lugar Calipso á que esta conversación durase mucho. Volvió, y mientras las ninfas cogían flores, y cantaban para divertir á Telémaco, se apartó con Mentor para estimularle á que hablase. No es más agradable el sueño á un hombre rendido por el trabajo, ni discurre por sus fatigados miembros con más suavidad, que la que ponía Calipso en sus palabras para insinuarse en el corazón de Mentor; mas veía que sus esfuerzos se encontraban siempre con un no sé qué que los hacía inútiles, y que se burlaba de todos sus atractivos. Semejante Mentor á una roca escarpada, que esconde su cima en las nubes, y que se burla del

(1) En la *Iliada* y la *Odisea*, Minerva no se disfraza para manifestar á Ulises su protección.

furor de los vientos, permanecía constante en sus sabios designios, y permitía que le estrechase Calipso. Alguna vez le hizo creer que se hallaba ya tan embarazado con la fuerza de sus discursos, que estaba muy cerca de descubrir los secretos que en su pecho escondía. Pero en aquel momento en que creía satisfacer su curiosidad, en aquel mismo quedaban desvanecidas sus esperanzas; todo lo que pensaba haber adelantado, se deshacía como el humo con una breve respuesta de Mentor, que volvía á sumergirla en sus primeras dudas.

Así pasaba los días, ya adulando á Telémaco, ya discurriendo en los medios de separarle de Mentor, de quien no esperaba sacar partido. Valiase de las ninfas más bellas, para que encendiesen la llama de amor en el corazón de aquel joven; y para que mejor lo consiguiese, vino en su socorro otra deidad más poderosa.

Implacable Venus contra Mentor y Telémaco, por el desprecio que hicieron del culto que se le daba en Chipre, no podía ver sin dolor que estos dos hombres temerarios hubiesen resistido al furor de los vientos y del mar en la tempestad que á sus ruegos excitó Neptuno contra ellos. Quéjase al mismo Júpiter; sonriese el padre de los dioses, y sin revelarle que era Minerva la que bajo la figura de Mentor había salvado al hijo de Ulises, deja á su arbitrio los medios de vengarse de ambos.

Desciende Venus del alto Olimpo, y olvida los suaves perfumes que se quemaban en sus altares de Pafos, Citeres é Idalia; vuela en su carro tirado de palomas, llama á su hijo, y cobrando con el dolor nuevas gracias su hermosura, le dice así :

¿ No ves, hijo mío, esos dos hombres que desprecian tu poder y el mío? ¿quién de hoy más querrá darnos adoración? ven, no te detengas, atraviesa

con tus flechas sus insensibles corazones; descende conmigo á esa isla, que yo te ofrezco hablar á Calipso. Dijo, y hendiendo los aires en una dorada nube, descende á vista de ella, que se hallaba sola á la orilla de una fuente, bastante lejos de su gruta.

¡ Desgraciada diosa! le dijo: el ingrato Ulises te ha despreciado, y su hijo, que aun es más cruel, te prepara iguales desprecios; mas el Amor mismo viene á vengarte; ahí te le dejo: él vivirá entre tus ninfas, como en otro tiempo el niño Baco entre las de la isla de Naxo que le educaron (1). Le verá Telémaco de modo que le parezca un niño cualquiera, para que no se recele de él; mas yo te ofrezco que bien pronto reconocerá su poder. Dijo, y volviéndose á la dorada nube de que había salido, dejó el ambiente embalsamado de tan olorosa ambrosía (2), que se esparció su fragancia por todos aquellos bosques.

Quedóse el Amor entre los brazos de Calipso, que si bien era una diosa, no tardó en sentir la llama que ya empezaba á incendiar su pecho, y tanto, que para templarla tuvo que entregárselo al instante á la ninfa que halló más cerca, y era la llamada Éucaris: ¡ mas ah, cuántas veces le pesó después! Al principio nada parecía más inocente ni más jovial, más sencillo ni más gracioso que este niño. Al verle tan divertido y complaciente, y siempre risueño, era imposible sospechar que pudiese producir más que placeres; pero el que se fie en sus caricias, pronto percibirá en ellas cierto veneno que perturbe su espíritu; porque este maligno y engañoso rapaz atrae con halagos á los que luego vende; y si se ríe, es de los crueles males que ha causado, ó de los que intenta causar.

(1) Telémaco hubiera debido admirarse de la presencia de aquel rapazuelo en la isla.

(2) La *ambrosía* era á la vez el alimento de los dioses, y un perfume divino que éstos esparcían en torno suyo.

No se atrevía á llegarse á Mentor, cuya severidad le arredraba; bien conocía que era invulnerable, y que estaba fuera del alcance de sus flechas. Mas las ninfas sintieron muy luego los efectos del fuego que este niño enciende; no obstante procuraban ocultar la profunda llaga que les corroía el corazón.

Entre tanto estaba Telémaco admirado de la amabilidad y hermosura de este niño que se entretenía con las ninfas; aficiónase á él, y tomándole en brazos, ya le sienta en las rodillas, ya le abraza para estrecharle más contra su pecho. Siéntese agitado de una inquietud interior, sin poder atinar con la causa. Cuanto más procura divertirse en aquellos juegos, al parecer inocentes, tanto más se aumentaba su inquietud, y decae su valor. ¿No veis, Mentor, estas ninfas? le decía: ¡cuán diferentes son de aquellas mujeres de la isla de Chipre que con su poca modestia hacían tan chocante su belleza! Cierto que estas hermosuras inmortales manifiestan una inocencia, una honestidad y una sencillez que encanta. Hablaba, y se llenaba de rubor, sin saber por qué. No podía callar, y apenas empezaba á hablar, cuando no acertaba á proseguir. Unas veces dejaba á medio decir las palabras, otras quedaban entrecorridas y obscuras, y otras carecían de sentido.

Viéndole en tal estado, le dijo Mentor: ¡Ah, Telémaco! los peligros de la isla de Chipre eran nulos comparados á los que ahora te cercan y contra los que no te precaves. El vicio grosero horroriza; la impudicia brutal indigna; en donde está el peligro es en la hermosura modesta, porque se cree que al amarla sólo se ama la virtud, y así se presta el corazón fácilmente á los engañosos atractivos de una pasión, que no se echa de ver hasta que ya casi no es posible sofocarla. Huye, pues, mi querido Telémaco; huye de esas ninfas, que sólo por engañarte mejor se te presen-

tan tan discretas ; reconoce los peligros á que tu edad te expone, y huye de ellos ; pero huye particularmente de ese rapaz que no conoces. Ese es el Amor mismo, traído por su madre Venus para vengarse del desprecio que hiciste del culto que se le daba en Citeres. Ya ha herido con sus flechas el corazón de Calipso, que está de ti apasionada ; él ha incendiado el de todas las ninfas que le rodean, y tú mismo, desgraciado joven, tú mismo ardes casi sin saberlo.

Interrumpía Telémaco muchas veces á Mentor, diciéndole : ¿ Pero por qué no hemos de establecernos en esta isla ? Ulises ya no vive : ¡ cuánto tiempo hace que debe de estar sepultado en los abismos del mar ! Penélope, viendo que ni él ni yo hemos vuelto, no habrá podido resistir á tantos pretendientes ; su padre Ícaro (1) la habrá precisado á aceptar un nuevo esposo. Y en este caso, ¿ á qué hemos de volver á Ítaca ? ¿ á verla en brazos de otro, faltando á la fe que prometió á mi padre ? Los Itacenses han olvidado á Ulises, y si nosotros vamos, será sólo para hallar una muerte cierta, porque los amantes de Penélope tienen ocupadas las avenidas del puerto para asegurar mejor nuestra ruina en caso de que volvamos.

En ti se ven ahora, le respondió Mentor, los efectos de una ciega pasión ; ejercitase el ingenio en hallar todas las razones que la favorecen, mientras el juicio permanece ocioso, temiendo encontrar las que la condenan. Para nada es uno más sagaz que para engañarse á sí mismo, y sofocar sus remordimientos. ¿ Por desgracia te has olvidado de cuanto han hecho los dioses por restituírte á tu patria ? ¿ ya no te acuerdas cómo saliste de Sicilia ? ¿ las desgracias que padeciste en Egipto no se trocaron repentinamente en prosperidades ? ¿ qué mano invisible te sacó de los peligros que en

(1) Este Ícaro no es el famoso hijo de Dédalo que dió su nombre al mar de Icaria.

Tiro amenazaban tu cabeza? ¿y después de tantas maravillas ignoras aún lo que te tienen reservado los dioses? Pero ¿qué es lo que digo? tú eres indigno de su cuidado. Por mi parte, voy á partir en este momento: yo sabré hallar los medios de salir de la isla. Y tú, indigno hijo de un padre tan sabio y generoso, quédate aquí entre mujeres; quédate á pasar con ellas una vida muelle y sin honor; haz, á pesar de los dioses, lo que tu padre tuvo por indigno de sí (1).

Estas palabras de desprecio le llegaron al corazón; amaba á Mentor, sentía su disgusto, y se avergonzaba de habérsele causado; temía el enojo y la ausencia de un sabio á quien tanto debía; pero una pasión, que empezaba á desarrollarse en su corazón, le tenía tan trastornado, sin que él lo conociese, que ya no era el mismo hombre. ¿Pues qué, decía á Mentor bañados los ojos en lágrimas, en nada tenéis la inmortalidad que la diosa me ofrece? Yo tengo en nada, le respondió, todo lo que se opone á la virtud y á los decretos de los dioses. La virtud te está llamando á tu patria para que veas á Ulises y á Penélope. La santa virtud te prohíbe que te abandones á una loca pasión. Los dioses que te han sacado de tantos peligros, y que te tienen reservada igual gloria que á tu padre, te ordenan que salgas de esta isla. Sólo el Amor, ese vergonzoso tirano, puede retenerte en ella. ¿De qué te aprovechará una vida inmortal sin libertad, sin virtud y sin gloria? Semejante vida sería tanto más desgraciada, cuanto que no tendría término.

Telémaco sólo respondía con suspiros; algunas veces se alegraba de que á su pesar le sacase de la isla; otras le parecía que tardaba en marcharse de ella, y en verse libre de un amigo tan severo, que con

(1) Es decir, aceptar la inmortalidad que le ofrecía Calipso, á cambio de que se quedase á su lado, olvidando á Ítaca y Penélope.

sólo su presencia vituperaba su flaqueza. Alternaban en su corazón estos contrarios deseos, y en ninguno permanecía constante, semejante á la mar que sirve de juguete á vientos contrarios. Unas veces se quedaba inmóvil tendido en la playa del mar, y otras se encerraba en lo interior de los bosques, y allí lloraba amargamente, y daba gritos semejantes á los rugidos de un león. Había enflaquecido tanto, tenía tan hundidos los ojos, y se descubría en ellos tal ferocidad, que al verle así tan pálido, abatido y desfigurado, con dificultad se hubiera creído que era Telémaco. Cada vez iba perdiendo más de su hermosura, de su natural agrado, y de su heroico valor. Como una flor que por la mañana sale de su capullo, llena el campo de fragancia, y á proporción que se avecina á la tarde, se va poco á poco amortiguando, y marchitándose sus vivos colores, hasta que por fin desfallecida inclina la cabeza, perece y se seca, así el hijo de Ulises se hallaba á los umbrales de la muerte.

Conociendo Mentor que Telémaco no podía resistir á la fuerza de su pasión, concibió, para librarle de tan eminente peligro el más acertado proyecto. Conocía que Calipso le amaba extremadamente, y que él no amaba menos á la ninfa Éucaris, disposiciones todas del cruel Amor, que para mayor tormento de los hombres hace que uno desdeñe el cariño de quien más le ama. Resuelve, pues, excitar los celos, y sabiendo que Éucaris tenía dispuesta una cacería con Telémaco, dijo á la diosa: He notado en este joven una pasión por la caza que me parece nueva. Esta diversión empieza á hacerle mirar con disgusto todas las demás; sólo en los bosques y en los montes vive contento: ¿sois vos, oh diosa, por ventura la que le inspira esta pasión?

No pudo Calipso disimular el enojo que le causó esta queja, y así le respondió: Yo no sé qué juicio hacer del tal Telémaco, que habiendo despreciado los pla-

ceres que ofrece la isla de Chipre, no puede resistirse ahora al encanto de la mediana hermosura de una de mis ninfas. Ni sé cómo se atreve á lisonjearse en mi presencia de tantas acciones heroicas un hombre cuyo corazón se entrega tan vilmente á la voluptuosidad, y que sólo parece haber nacido para llevar una vida obscura entre mujeres. Notando Mentor cuánto la inquietaban los celos, no se atrevió á añadir ni una palabra, temiendo hacerla desconfiar, y se contentó con dar á entender su tristeza en el abatimiento del semblante. La diosa le manifestó las quejas que tenía de cuanto á su vista pasaba, prorrumpiendo á cada instante en nuevas amenazas, furiosa ya con la noticia que de tal caza acababa Mentor de darle; después supo que el principal cuidado de Telémaco había sido ocultarse de las otras ninfas para hablar á solas á Éucarís. Supo también que se proyectaba una segunda cacería, en la que no dudaba que observaría Telémaco la misma conducta que en la primera, y para desconcertar sus ideas, declaró abiertamente que quería asistir á ella. Pero en el mismo instante, y sin poder disimular por más tiempo su resentimiento, le habló de esta manera:

¿ Á qué has venido, joven temerario (1), á qué has venido á esta isla? ¿ No viniste buscando un auxilio contra el justo naufragio que te prevenía Neptuno, y donde sustraerte á la venganza de los dioses? ¿ ó has venido á mi isla, inaccesible á todo mortal, á despreciar mi poder y el amor que te he manifestado? ¡ Divinidades del Olimpo y de la Estigia, oíd los votos de una desgraciada diosa! ¡ Confundid á este pérfido, á este hombre ingrato, á este impío! Y pues es más cruel y más injusto que su padre, sean mayores y más crueles sus trabajos. No permitáis, justos dioses, que vuelva á ver su patria, esa isla miserable que este impío

(1) Es la primera vez que Calipso tutea á Telémaco.

ha tenido la audacia de preferir á la inmortalidad ; ó más bien, perezca estándola viendo desde el medio del mar , y que su cuerpo, hecho el juguete de las olas, sea arrojado sin esperanza de sepultura á las arenas de esta playa. Véanle mis ojos servir de pasto á las fieras y á los buítres , y véalo también la misma á quien tanto ama ; véalo, y sienta despedazarse su corazón de dolor : sírvame de consuelo su desesperación.

Así hablaba Calipso, teniendo encendidos de furor los ojos, vaga la vista, sin fijarla en nada, con un aire sombrío y feroz que causaba espanto. Temblábanle las mejillas, y mudaba de color á cada instante. Alguna vez le cubría el rostro una mortal palidez ; sus lágrimas no corrían como otras veces con libertad y abundancia, sino con escasez y opresión : habíanlas agotado la rabia y la desesperación. La voz salía ronca, trémula y entrecortada.

Mentor lo observaba todo, y si no hablaba con Telémaco, era porque le trataba ya como á un enfermo, que por no dar esperanzas, se le abandona. Sin embargo no dejaba de echarle algunas miradas de compasión.

Bien conocía Telémaco su culpa, y cuán indigno era de la amistad de Mentor ; y así fué que no se atrevía á levantar los ojos para mirarle, temiendo encontrarse con los de su amigo, que hasta con el silencio reprendía su debilidad. No le faltaban impulsos para arrojarse á sus brazos, y manifestarle su arrepentimiento ; pero le contenía una reprehensible cortedad, y por otra parte temía dar lugar con esta demostración á que le sacase antes que quisiera del peligro en que se hallaba, porque lejos de temerle, le amaba ; y si bien le conocía, le faltaba valor para resolverse á abandonar su loca pasión.

Congregados los dioses y diosas del Olimpo, tenían fijos los ojos en la isla de Calipso, esperando ver por

quién quedaba la victoria entre Minerva y el Amor. Este dios todo lo había incendiado con sus fuegos, y Minerva, bajo la figura de Mentor, se servía de los celos, inseparables del amor, contra el Amor mismo. Júpiter había resuelto ser un espectador neutral de este combate.

Entre tanto, temiendo Éucaris que se le escapase Telémaco, se valía de mil artificios para retenerle en sus redes. Estaba ya para salir con él á la segunda cacería, y su traje era semejante al de Diana ; Venus y Cupido habían cuidado de derramar sobre ella nuevas gracias, de modo que aquel día eclipsaba su hermosura á la de la misma Calipso, que viéndola de lejos, y mirándose al mismo tiempo en la más cristalina de sus fuentes, se avergonzó de verse, y tomó el partido de ocultarse en lo interior de su gruta, donde, soltando la rienda á su dolor prorrumpió á solas en estos términos :

¡Qué mal he conseguido desconcertar las ideas de los dos amantes, declarando que quería concurrir á la cacería ! ¿Sin embargo deberé ir ? ¿pero á qué ? ¿á contribuir á su triunfo, haciendo que sirva mi hermosura para realzar la de Éucaris ? ¿á que viéndome Telémaco, se encienda más en su amor ? ¡Oh desgraciada Calipso ! ¿qué has hecho ? No, no iré, pero ni ellos tampoco : yo sabré impedirlo. Á buscar voy á Mentor para decirle que saque de aquí á Telémaco, y le conduzca á Ítaca. ¡Mas ah ! ¿qué será de mí sin él ? ¿Dónde estoy ? ¿qué haré ? ¡Oh cruel Venus, cómo me engañaste ! ¡qué presente tan funesto me hiciste ! ¡Pernicioso rapaz, pérfido Amor, yo te entregué mi corazón con la esperanza de ser feliz viviendo con Telémaco, pero tú abusaste de mi credulidad dándome, en cambio de la dicha que me ofreciste, inquietud y desesperación ! Mis ninfas se han rebelado contra mí ; mi divinidad sólo me sirve para hacer eterno

mi mal. ¡Ojalá pudiera darte la muerte, y poner con ella fin á mi tormento! Pero... que yo no puedo, morirás tú, Telémaco: sí, preciso es que mueras. Me vengaré de tu ingratitud; tu ninfa lo verá y á su vista te daré muerte. ¡Pero qué es lo que digo! ¿Tú deliras, infortunada Calipso? ¿qué es lo que quieres hacer? ¡que perezca un inocente que tú misma has sumergido en un abismo de desgracias! ¿no eres tú la que encendiste la llama fatal (1) en el casto pecho de Telémaco? ¡Qué inocencia la suya! ¡qué virtud, y qué horror al vicio! ¡qué oposición á los vergonzosos placeres! ¿Á qué, pues, haber emponzoñado su corazón? Es verdad que me hubiera dejado; ¿pero ahora es preciso que me deje, ó que yo, siendo el objeto de su desprecio, le vea vivir sólo para mi rival? En verdad que no padezco cosa que no merezca. Parte, Telémaco: aléjate de mí, sirva el mar de barrera á mi amor, deja á Calipso sin consuelo, sin poder soportar la vida, ni darse la muerte; déjala inconsolable, cubierta de oprobio, desesperada; déjala para mayor tormento en compañía de tu orgullosa Éucaris.

Así razonaba á solas en su gruta; mas de improviso sale impetuosamente, llamando á voces á Mentor. ¿Dónde estáis, Mentor? ¿Así sostenéis á Telémaco contra el vicio que le rinde? ¿así os dormís mientras vela contra vos el Amor? Ya no puedo tolerar por más tiempo la cobarde indiferencia con que le miráis. ¿Tendréis valor para ver con tranquilidad cómo el hijo de Ulises deshonra á su padre, y cómo se hace indigno del alto destino que le está reservado? ¿es á vos ó á mí, á quién sus padres han confiado su conducta? ¿os parece justo que yo busque los medios de curar su mal, y estaros vos mientras tanto en esta reprensible inac-

(1) La llama *fatal*, porque debe causar la pérdida de Telémaco y la desgracia eterna de Calipso.

ción? En lo más espeso de ese bosque se crían gruesos árboles á propósito para la construcción de navíos; de ellos hizo Ulises el que le sirvió para salir de esta isla; allí mismo hallaréis una profunda caverna, y en ella todo lo necesario para cortar y unir las piezas de que debe componerse.

No bien lo hubo dicho, cuando se arrepintió. Pero Mentor, sin perder momento, fué, halló la cueva, encontró los instrumentos, cortó los árboles, y en solo un día puso una nave en estado de navegar, porque el poder y la industria de Minerva no necesitan mucho tiempo para realizar las más grandes empresas (1).

Calipso, mientras tanto, se hallaba en el más terrible compromiso. Por una parte quería ver si Mentor adelantaba su obra, y por otra no podía resolverse á dejar á Éucaris en plena libertad con Telémaco. Los celos no le permitían que los perdiese de vista ni un instante. Para atender á ambas cosas, procuraba que la caza se hiciese por aquel lado en que sabía que estaba Mentor trabajando. Así, pues, oía el hacha y el martillo, aplicaba el oído, y cada golpe la estremecía; mas en el mismo instante recelaba si Telémaco se había aprovechado de esta distracción para hacer alguna seña, ó echar alguna mirada á la ninfa.

Con efecto, Éucaris se valió de estos y otros intervalos para decirle en tono de mofa: ¿No teméis que después os riña Mentor porque habéis venido sin él á caza? ¡Oh, cuánta lástima me causa veros vivir bajo la dirección de tan severo maestro! Nada basta á templar su austeridad; afecta ser enemigo de los placeres, y no permite que disfrutéis de ninguno, por más inocente que sea, y os reprende como si fuese un crimen. Está bien que os dirigiese, mientras no estuvis-

(1) Ulises, haciendo un prodigio, construye su barco en cuatro días. Verdad es que Mentor era una diosa.

teis en estado de hacerlo por vos solo, pero después de haber dado tantas pruebas de prudencia, no debéis permitir que os trate como á un niño.

De este modo logró Éucaris inspirarle cierta aversión á Mentor, y fomentar el deseo que tenía de sacudir su yugo. Si embargo temía volverle á ver, y por lo mismo no se atrevió á responder á la ninfa, tanta era la irresolución en que se hallaba. Por fin, retirándose al anochecer, después de haber estado unos y otros, más que divirtiéndose, violentándose continuamente, vinieron á dar á un lado del bosque cerca de donde Mentor había estado todo el día trabajando, y desde allí alcanzó á ver Calipso acabado el navío. Al instante se le cubrieron los ojos de una densa niebla, semejante á las sombras de la muerte; las rodillas, de temblor, no la podían sostener; un sudor frío le corría por todos los miembros; vióse precisada á apoyarse en las ninfas que la asistían, y alargando Éucaris la mano para sostenerla, la repelió con desprecio, mirándola con indignación.

Cuando vió Telémaco el navío, y no á Mentor, que se retiró luego que le hubo acabado, preguntó á la diosa que de quién era, y qué destino tenía. Apenas acertaba Calipso á responderle; mas, recobrada un poco, le dijo: Le he mandado construir para que Mentor se retire, con lo cual quedarás libre de la severidad de un amigo que se opone á tu felicidad, y que precisamente te miraría con envidia, si te viese revestido de la inmortalidad.

¡Mentor me abandona! ¿pues qué será de mí? exclamó Telémaco. Éucaris, si me deja Mentor, ya no me queda más que vos. Escapáronsele estas palabras en el arrebató de su pasión; conoció lo mal que había hecho en decirlas; pero no lo previó, ni estuvo en su mano reprimirse. Quedáronse todos admirados, sin que nadie se atreviese á hablar. Avergonzada Éucaris,

y no osando levantar los ojos del suelo, ni presentarse á las otras, se quedó detrás de todas; mas aunque su rostro daba señas de rubor, ella se alegraba interiormente. Telémaco no sabía lo que le pasaba ni cómo pudo estar tan indiscreto. Lo que había hecho le parecía un sueño, pero un sueño que le dejaba confuso y turbado.

Más furiosa Calipso que una leona á quien han robado sus cachorros, corre al través del bosque sin seguir ningún camino, ni saber dónde va. Hállase por fin á la entrada de su gruta, donde Mentor la estaba esperando. Salid, le dijo, de mi isla, á la que parece que habéis venido sólo para alterar mi reposo. Alejad de mí ese insensato joven, si vos, imprudente viejo, no queréis exponeros á ser víctima del enojo de una diosa irritada. Yo no quiero volver á verle; no quiero que le hable, ni le mire ninguna de mis niñas. Así juro por las ondas de la Estigia, juramento que hace temblar á los mismos dioses. Mas sabe, Telémaco, sabe que no se han acabado tus trabajos. No, ingrato, no saldrás de mi isla sino para padecer nuevas desgracias. Yo me veré vengada, y tú echarás de menos á Calipso, pero en vano. Irritado todavía Neptuno contra tu padre por las ofensas que le hizo en Sicilia (1) é instigado por Venus, á quien tú despreciaste en Chipre, te prepara nuevas borrascas. Verás á tu padre, que aun vive, sí; pero le verás sin conocerle. Te unirás á él en Ítaca, pero será después de haber experimentado la más contraria fortuna. Vete, sal de aquí; pero yo invoco en mi venganza todo el poder de los dioses inmortales. ¡Ojalá te viese en medio de los mares, pendiente de la más alta roca, herido de un rayo, invocando en vano el nombre de Calipso, de suerte que tu suplicio causara mi alegría!

(1) Saltando el único ojo que tenía al ciclope Polifemo, hijo de Neptuno.

No bien acabadas estas execraciones, ya estaba dispuesta á resoluciones contrarias. El amor renovó en su corazón el deseo de retener á Telémaco. Viva, pues, decía en su interior, y permanezca en mi isla ; acaso llegará á conocer cuánto he hecho por él, y que Éucaris no podrá, como yo, darle la inmortalidad. ¡ Mas ah, que mi ceguedad me ha precipitado ! el juramento que he hecho por las ondas de la Estigia me quita toda esperanza. Aunque nadie oía estos discursos, veíanse no obstante pintadas en su rostro las furias (1), y todo el pestífero veneno del negro Cocito parecía que se exhalaba de su corazón.

Estaba Telémaco sobrecogido de horror, y no se le ocultaba á Calispo, porque, ¡ qué no descubre el amor celoso ! y este mismo asombro de Telémaco redobló el furor de la diosa, que como una bacante, que con sus alaridos hiere el aire, y hace estremecer los altos montes de la Tracia, así corría al través de los hosques con un dardo en la mano, llamando á todas las ninfas, y amenazando traspasar á las que no la siguiesen. Acuden todas temiendo la amenaza, y hasta la misma Éucaris la sigue bañados los ojos en llanto, y mirando de lejos á Telémaco, pero sin atreverse á hablarle. Estremecióse la diosa al verla cerca de si, y en lugar de aplacarse con la sumisión de la ninfa, concibe nuevo furor al ver que la aflicción acrecentaba su hermosura.

Telémaco, viéndose á solas con Mentor, se echa á sus pies, no atreviéndose á arrojarle á sus brazos, ni aun á mirarle, y hecho un mar de lágrimas quiere hablar, y le falta la voz ; no encuentra palabras, no sabe lo que debe hacer, ni lo que hace, ni aun sabe lo que quiere. Por fin prorrumpe en esta exclamación : ¡ Padre mío ! ¡ mi verdadero padre ! ¡ mi Mentor ! libradme de tantos

(1) Es decir, la expresión del furor y el encono.

peligros. Yo no puedo dejaros, ni seguiros. Libradme de tantos riesgos, libradme de mí mismo, dadme la muerte.

Abrázale Mentor, le consuela, le anima, le enseña á sufrirse á sí mismo, sin lisonjear sus pasiones, y le dice : Hijo del sabio Ulises, que tan amado has sido, y aun eres, de los dioses, sabe que por un efecto de su amor padeces tan crueles tormentos. El que no ha conocido su propia debilidad y la violencia de sus pasiones, no es todavía sabio, porque ni puede conocerse, ni tener desconfianza de sí. Los dioses te han conducido como por la mano hasta la horrorosa boca del abismo, para que veas su espantosa profundidad, no para precipitarte á ella. Aprovechate, pues, ahora de lo que sin el auxilio de la experiencia nunca hubieras aprendido. En vano se te hablaría del Amor y de sus traiciones, de ese Amor corruptor, que halaga para matar, y que bajo la apariencia del contento oculta la más cruel amargura. Acuérdate de cómo vino ese rapaz lleno de alegría, inspirando risas, convidando con juegos, y adornado de todas las gracias. Le viste, te robó el corazón, y tú sentiste un placer en que te le robase. Después buscabas pretextos para no resentirte de la herida que te hizo, procurando engañarme, y triunfar del engaño. Nada temías. ¿Y cuál ha sido el fruto de semejante demencia? tú pides la muerte como la única esperanza que te queda; Calipso parece agitada por una furia infernal; Éucaris se abrasa en el fuego más voraz, y padece dolores más crueles que los de la misma muerte : en una palabra, todas las ninfas rabiosas con los celos están para despedazarse entre sí propias. Éste es, éste es el fruto ; esto lo que hace, y esto lo que desea hacer el traidor Cupido, que al principio se presenta tan afable y lisonjero. Recobra pues, Telémaco, recobra el perdido aliento. Reconoce cuánto debes á los dioses, y cuánto te aman, pues te

abren tan seguro camino para que huyas del Amor, y vuelvas á tu patria. Ya Calipso se ve precisada á echarte de la isla ; el navío está pronto, ¿ qué es, pues, lo que nos detiene? huyamos de una isla en que no puede habitar la virtud.

Dicho esto, le tomó de la mano, y se le llevaba hacia la playa; Telémaco le seguía como por fuerza, mirando siempre atrás. Veía á su Éucaris que se alejaba de él, y ya que no podía verle bien el rostro, contemplaba sus hermosos cabellos, su túnica flotante, y su noble modo de andar ; quisiera en aquel momento poder estampar los labios donde ella ponía los pies ; ya no la veía, y aun aplicaba el oído, creyendo oír su voz. Aunque ausente, la estaba viendo ; representábasela su imaginación y parecíale que hablaba con ella, no sabiendo dónde se hallaba, ni oyendo lo que Mentor le decía.

En fin, volviendo en sí como de un profundo sueño, dijo á Mentor : Estoy resuelto á seguiros, pero aun no me he despedido de Éucaris, y ya que es preciso que la abandone, no quisiera hacerlo con tanta ingratitud. Permitidme que la vea por última vez, y que le dé un eterno adiós, ó que pueda á lo menos decirle : Ninfa, los dioses crueles, los dioses envidiosos de mi dicha me precisan á que te deje ; mas antes me arrancarán la vida que tu nombre de mi memoria. Padre mío, ó dadme este último consuelo que es tan justo, ó la muerte. No creáis que quiero permanecer aquí, ni abandonarme al amor : nada menos que eso. Mi corazón le desconoce, es amistad y reconocimiento lo que á Éucaris profeso. Bástame decirle adiós, y al momento partimos.

¡ Cuánto te compadezco ! le respondió Mentor. Es tan furiosa tu pasión, que no la conoces. Ya lo ves, tú te crees tranquilo, y deseas la muerte ; te atreves á lisonjarte de que no conoces al amor, y no tienes valor

para dejar á esa ninfa que amas; sólo á ella ves, á ella oyes, y para todo lo demás estás sordo y ciego. El enfermo que delira en fuerza de la calentura, dice que no está enfermo. ¡Ah, ciego Telémaco, estabas dispuesto á renunciar á Penélope que te espera, á no ver ni conocer á Ulises, á olvidar á Ítaca tu patria, en que has de reinar; dispuesto estabas á renunciar á la gloria, y al alto destino que los dioses te han prometido por medio de tantas maravillas obradas en tu favor; todo lo renunciabas por vivir sin honor con Eucaris; ¡y dices sin embargo que no es amor el que á ella te aficiona! Si esto no, ¿qué es, pues, lo que te inquieta? ¿por qué apeteces la muerte? ¿qué te estimuló á prorumpir de aquel modo en presencia de la diosa? No te acuso de mala fe, compadezco tu ceguedad. Huye, Telémaco, huye: en la fuga está la victoria. Contra semejante enemigo el verdadero valor consiste en temer y huír; y no así como quiera, sino en huír sin pararse á deliberar, ni aun á mirar atrás. No creo que hayas olvidado los desvelos que me has costado desde tu infancia, y los peligros de que mis consejos te han sacado. Así que no hay otro medio: ó creerme también ahora, ó permitirme que te abandone. ¡Si tú supieras cuán doloroso me es verte correr á tu precipicio! ¡y cuánto he sufrido en todo el tiempo que no me he atrevido á hablarte! no le costó tanto darte á luz á la madre que te dió el ser. Yo he callado, he disimulado mi pena, hasta los suspiros he sofocado, á ver si te resolvías por tí mismo á buscarme. ¡Ay, hijo mío! consueta mi corazón, vuélveme lo que más amo, restitúyeme á Telémaco; sí, restitúyete á tí mismo. Si puede más contigo la sabiduría que el amor, viviré, y viviré feliz; pero si te arrastra el amor á despecho de la sabiduría, ya no hay vida para Mentor (1).

(1) Esto patético discurso recuerda el de Fénix á Aquiles, en la *Iliada*

Mientras que así le hablaba, le iba conduciendo hacia el mar, y aunque Telémaco no tenía el valor necesario para seguirle por propio impulso, tenía ya el que bastaba para dejarse llevar sin resistencia. Minerva, siempre oculta bajo la figura de Mentor, invisiblemente cubría con su égida á Telémaco, y le comunicó un rayo de luz divina, y con él cierto valor, que no había sentido desde que entró en la isla. Por último llegaron á la ribera, y queriendo ver si el navío que Mentor había hecho estaba en el mismo lugar en que le dejó, subieron á una montaña escarpada, ó más bien á una eminente roca, batida siempre del mar, desde donde vieron el más triste espectáculo.

Resentido vivamente el Amor, no sólo de que un viejo desconocido fuese insensible á sus flechas, sino aun mucho más de que sustrajese á Telémaco de su dominio, lloraba de despecho, y se fué á ver con Calipso, que andaba vagando por lo más intrincado de las selvas. No pudo la diosa verle sin gemir; á su vista se renovaron las heridas que le había hecho. ¡Es posible que siendo vos una diosa, le dijo el Amor, os dejéis vencer por un débil mortal, que es además vuestro prisionero! ¿por qué le dejáis salir? Oh pérfido Amor, le respondió Calipso, ya estoy escarmentada de tus perniciosos consejos. Tú me sacaste del seno de la paz en que descansaba para precipitarme en un abismo de males. Ya está resuelto. Jurado tengo por las aguas de la Estigia dejar partir á Telémaco. El mismo Júpiter, el padre de los dioses, con todo su poder no se atreviera á violar tan solemne juramento. Salga, pues, Telémaco de mi isla, y tú, infame rapaz, sal también; mayores males me has hecho tú que él.

Enjugándose el Amor las lágrimas, le dijo con una maligna sonrisa: En verdad, Calipso, que es grande ese obstáculo; sin embargo dejadla a mi cuidado, cumplid vuestro juramento, no os opongais á que Te-

lémaco parta ; pero ni vuestras ninfas ni yo hemos jurado por las aguas de la Éstigia dejarle salir. Yo les inspiraré el designio de quemar el navío tan velozmente construido por Mentor, y si entonces os sorprendió tanto su diligencia, yo os ofrezco que no quedará él menos sorprendido de la prontitud con que yo la inutilizaré, sin que después le reste ningún arbitrio para llevarse á Telémaco.

Estas lisonjeras palabras hicieron renacer en Calipso la esperanza y la alegría. Como un blando céfiro á la margen de un arroyo recrea con su frescura el lánguido rebaño, que con los ardores del estío está ya desmayado y abatido, así este discurso del Amor vivificó las esperanzas de la diosa. Serenósele el rostro, los ojos recobraron su alegría, y los crueles cuidados que la devoraban se alejaron de ella por aquel momento. Sonrióse é hizo mil caricias á aquel festivo niño, pero estas mismas caricias le preparaban nuevos disgustos.

Satisfecho el Amor con haber persuadido á la diosa, partió á persuadir también á las ninfas, que andaban errantes y dispersas por aquellos montes como anda un rebaño que la furia de los hambrientos lobos ha hecho huír lejos de su pastor. Congrégalas Cupido, y les dice : Aun está Telémaco en vuestro poder. No perdáis momento en poner fuego á esa nave que el temerario Mentor ha hecho para llevarsele. Inflamadas las ninfas encienden con presteza antorchas, corren furiosas á la playa dando terribles alaridos, y entregan al aire el cabello como unas bacantes. Ya suben al cielo las llamas que consumen la nave hecha de maderas secas y embreadas, y ya los remolinos de humo oscurecen la luz, formando una densa nube.

Desde la roca en que estaban Telémaco y Mentor veían el incendio, y oían la algazara de la ninfas. No le faltó mucho á Telémaco para alegrarse también,

porque su mal aun no estaba curado, y á Mentor no se le ocultaba que su pasión era como un fuego mal apagado que de cuando en cuando se deja ver entre sus cenizas. ¡Vedme, dijo Telémaco, otra vez preso las mismas redes! Ya no nos queda esperanza alguna de salir de esta isla.

Conoció Mentor su espíritu, y lo expuesto que estaba á reincidir si perdía un momento en evitarlo. Y alcanzanlo á ver á lo lejos en medio del mar un navío parado, que no se atrevía á acercarse á la isla, porque sabían todos los pilotos que era inaccesible á los hombres, impele á Telémaco, que se hallaba sentado en el borde de la roca, le precipita al mar, y se arroja tras él. Quedó Telémaco tan aturdido de esta violenta caída, que bebió agua salada, y vino á ser el juguete de las ondas. Pero vuelto en sí, y viendo que Mentor le alargaba la mano para ayudarle á nadar, ya no pensó más que en alejarse de la isla fatal.

Cuando las ninfas creían tenerlos más seguros, y vieron que ya les era imposible impedir su fuga, gritaban furiosas. Calipso inconsolable, se volvió á su gruta, llenando todos los ámbitos de ella con espantosos alaridos, y el Amor, viendo su triunfo trocado en vergonzoso vencimiento, se remontó en los aires, batiendo las alas, y huyó al frondoso bosque de Idalia, donde le esperaba su cruel madre; el hijo, aun más cruel, no tuvo consuelo, sino riéndose con ella de todos los males que había causado.

Á medida que Telémaco se apartaba de la isla, sentía con placer que iba recobrando el esfuerzo y su antiguo amor á la virtud. Ahora conozco, le decía á Mentor, la justicia de vuestros consejos, que mi inexperiencia no me dejaba conocer entonces: ahora conozco que no se vence el vicio sino huyendo. Ahora reconozco también cuánto me aman los dioses, pues me dan en vos tantos auxilios, cuando tan justament



... le precipita al mar y se arroja tras él. (Pág. 124)



merecía que me privasen de ellos, y me abandonasen á mí mismo. Pero ya no temo al mar, ni á los vientos, ni á las tempestades ; á nada temo ya sino á mis pasiones ; el amor por sí solo es más temible que todos los naufragios.

## LIBRO VIII

El navío que desde la roca alcanzó á ver Mentor era tirio, y su capitán un hermano de Narbal, llamado Adoam, el cual los recibió favorablemente, y reconociendo á Telémaco, le refirió la muerte trágica de Pigmalión y de Astarbé, y la elevación de Baleazar, que á causa de ella estaba en desgracia de su padre. Mientras da Adoam un refresco á Telémaco y Mentor, se llegan al rededor del navío los tritones, las nereidas, y las demás divinidades del mar atraídas del dulce cántico de Aquitoas ; toma Mentor una lira, y le vence con gran ventaja. Después refiere Adoam las maravillas de la Bética : describe la suave temperatura del aire, y las demás circunstancias recomendables de aquel país, la vida tranquila de sus habitantes, y la simplicidad de sus costumbres.

El navío que estaba parado, y hacia el que se dirigían, era fenicio y navegaba con rumbo á Epiro. Los Fenicios que en él iban habían visto á Telémaco en su viaje á Egipto ; pero no era fácil que entonces le conociesen, viéndole en medio del mar. Luego que Mentor se acercó á distancia de poder ser oído, levantó la cabeza sobre las aguas, y exclamó : Fenicios, protectores de todas las naciones, no neguéis la vida á dos hombres que esperan obtenerla de vuestra humanidad. Si teméis á los dioses, recibidnos en vuestra nave ; que nosotros os seguiremos adonde quiera que vayáis. El comandante del navío respondió compadecido : Nos-

otros tenemos la mayor satisfacción en recibiros; sabemos respetar la desgracia aun en los que no conocemos. Y con efecto así lo hizo.

Pero apenas entraron, cuando faltos de fuerzas, y aun de respiración, se quedaron casi exánimes de resultas de lo mucho que habían nadado, y de los reiterados esfuerzos con que resistieron á las olas. Fuéronse recobrando poco á poco; les dieron vestidos para que se quitasen los que traían empapados de agua que corría por todas partes; y cuando estuvieron en estado de hablar, vieron al rededor de sí á toda la tripulación impaciente por saber sus aventuras. Preguntóles el comandante cómo habían podido entrar en aquella isla, en la cual era fama reinaba una diosa cruel que jamás permitía que nadie se acercase. Por otra parte son tan escarpadas las rocas que la ciñen, que se burlan de la locura con que el mar las combate, y no es posible acercarse á ellas sin naufragar.

Por un naufragio fuimos con efecto arrojados, les respondió Mentor; nosotros somos griegos, naturales de Ítaca, isla inmediata á Epiro, adonde acaso dirigís vuestro rumbo; pero aun cuando no queráis tocar en ella, que se encuentra al paso, contentaríamos con que nos condujeseis á Epiro, donde hallaremos amigos que nos proporcionen hacer tan corta travesía, y os seremos deudores de la dicha de volver á ver lo que más estimamos en el mundo.

Así se explicó Mentor, y entre tanto guardaba Telémaco silencio, sin atreverse á hablar una palabra, porque las flaquezas en que había incurrido en la isla de Calipso le hacían más prudente. Desconfiaba de sí, y conocía la necesidad de seguir en todo los sabios consejos de Mentor; y cuando no podía pedirselos de palabra, procuraba, consultando sus ojos, adivinarle los pensamientos.

Mirando más despacio á Telémaco el capitán feni-

cio, quería como hacer memoria de haberle visto antes; pero tan confusamente, que no le era posible asegurarse. Permittedme, le dijo, que os pregunte si os acordáis de haberme visto alguna otra vez, así como yo quiero hacer memoria de haberos visto antes de ahora : vuestras facciones no me son desconocidas, y así fué que al instante me llamaron la atención; sin embargo yo no sé dónde os he visto ; recorred, si gustáis, vuestra memoria, que acaso ayudará á la mía.

Respondióle Telémaco con una admiración envuelta en alegría : Á mí me ha sucedido al veros puntualmente lo mismo : yo os he visto, y os he hablado; pero no puedo asegurar si en Egipto ó en Tiro. Con esto el Fenicio, semejante al que al despertar temprano se le desvanece un grato sueño, y va acordándose poco á poco, y como trayéndole de lejos, exclamó alborozado : Vos sois Telémaco, con quien Narbal trabó amistad á nuestra vuelta de Egipto. Yo soy su hermano, de quien probablemente os hablaría muchas veces ; aun me acuerdo que os dejé con él, cuando después de la expedición de Egipto tuve que ir á la famosa Bética, del otro lado de los mares, cerca de las columnas de Hércules; y esto fué la causa de que os viese tan poco, que no es extraño que ahora haya estado tan tarde en reconoceros.

Yo también me aseguro ahora, respondió Telémaco, de que sois Adoam : ya os acordaréis de que entonces apenas os vi, pero os conocí bastante por las noticias que me dió Narbal. ¡Qué satisfacción para mí la de saber por vos de tan digno amigo ! ¿Permanece en Tiro? ¿ó ha sido acaso víctima de las sospechas del cruel Pigmabón? Interrumpióle Adoam, para que no siguiese, diciéndole : Sabed, Telémaco, que no sé cuál de los dos debemos más á la fortuna : si vos en veros entré quienes no habrá peligro á que no se expongan por restituirnos á vuestra patria, ó yo en poderos pro-

porcionar esta dicha; no lo dudéis, antes de ir á Egipto os dejaré en Ítaca, y creed que en el hermano de Narbal tendréis otro amigo que no hará menos por vos que Narbal mismo.

Á este tiempo notó que apuntaba el viento que esperaban, hizo levar el áncora, desplegar velas, y surcar el mar á fuerza de remo; y apartándose con Mentor y Telémaco, le dijo á éste :

Ahora satisfaceré vuestra curiosidad. Pigmalión ya no existe : los justos dioses libraron de él al mundo. Como desconfiaba de todos, nadie se fiaba de él. Los buenos se contentaban con gemir y librarse de sus crueldades sin intentar hacerle ningún mal; pero los malos no creían tener segura la vida sino quitándole la suya; unos y otros vivían siempre expuestos á ser objeto de sus sospechas, y más que todos, sus guardias, porque como tenían la vida del tirano en sus manos, los temía más que al resto de los hombres, y á la más mínima sospecha los sacrificaba á su seguridad. ¿Mas cómo era posible que la hallase quien así la buscaba? Su desconfianza tenía en un continuo peligro á los depositarios de su existencia; y éstos no tenían otro medio de salir de tan horrible situación, que prevenir con la muerte del tirano sus crueles sospechas.

Ya oiríais hablar de la infame Astarbé; pues ella misma fué la que dió el primer paso para la ruina del rey. Amaba con extremo á un tirio, joven muy rico, llamado Joazar, y proyectaba elevarle al trono. Para mejor conseguirlo, persuadió al rey que el mayor de sus dos hijos, llamado Fadael, impaciente por sucederle, conspiraba contra él; y no le faltaron testigos que apoyasen la calumnia. Creyólo el desgraciado rey, é hizo matar á su hijo inocente. Al segundo, llamado Baleazar, le envió á Samos con el pretexto de que aprendiese las costumbres y las ciencias de Grecia; pero en realidad porque Astarbé le sugirió que con-

venía alejarle para que no entrase en tratos con los descontentos. Partió con efecto para aquella isla; pero los que le conducían, corrompidos por esta indigna mujer, dispusieron por la noche un aparente naufragio de que todos se salvaron á nado en unas barcas extranjeras que á este fin los esperaban, y al joven principe le precipitaron al mar.

Entre tanto nadie sino Pigmalión ignoraba los amores de Astarbé; tenía la por incapaz de amar á otro, y sólo de este modo se puede concebir cómo un principe, que de nadie se fiaba, vivía tan satisfecho de esta infame mujer; sólo el amor pudo cegarle hasta este extremo. Al mismo tiempo buscaba su codicia pretextos para dar muerte á Joazar, de quien Astarbé estaba tan apasionada, y apoderarse de sus riquezas.

Pero mientras Pigmalión estaba poseído de la desconfianza, del amor y de la avaricia, se ocupaba Astarbé en los medios de quitarle prontamente la vida, porque recelaba si tendría alguna noticia de sus infames amores. Por otra parte sabía que no necesitaba su favorito más delitos que sus riquezas para que la avaricia del rey ejerciese en él crueldades, y de todo dedujo que era necesario aprovechar los momentos para evitarlo, anticipándose. Ella veía á los principales oficiales de palacio dispuestos á manchar sus manos con la sangre del rey; oía todos los días tratarse de nuevas conjuraciones; pero no se atrevía á fiarse de nadie por no ser descubierta, y por último le pareció más seguro servirse de un veneno.

Regularmente comían solos ambos lo que él mismo aderezaba, porque no se fiaba más que de sus manos; encerrábase en lo interior de palacio para ocultar mejor su desconfianza, y porque nadie le pudiese acechar cuando preparaba la comida; privábase de todos los placeres de la mesa, y de todo cuanto no sabía preparar; de modo que no sólo las viandas aliñadas por los

cocineros, pero ni aun el vino, el pan, la sal, el aceite, la leche, ni los demás alimentos ordinarios no eran de su uso. En una palabra, sólo comía las frutas que cogía en su jardín, ó las legumbres sembradas y cocidas por sí mismo, ni bebía más agua que la de una fuente, que tenía cerrada, y cuya llave llevaba siempre consigo. Aunque parecía tan satisfecho de Astarbe, no por eso dejaba de tomar contra ella ciertas precauciones, pues le hacía que bebiese y comiese antes de todo lo que él había de comer y beber para que dado caso muriesen ambos envenenados, y para quitarle toda esperanza de sobrevivirle; pero ella supo inutilizar su diligencia con un antídoto (1) que le suministró una vieja aun más infame que ella, y que era la confidenta de sus amores; y con este preparativo ya no dudó en envenenar al rey. Ahora veréis cómo lo consiguió.

Al ponerse ambos á comer, se oyó un ruido hacia una puerta. El rey, temeroso siempre de que le fuesen á matar, se sobresaltó, y fué hacia ella por ver si estaba bien cerrada. Retiróse la vieja que lo había hecho, y era la misma de quien acabo de hablaros. Permanece el rey indeciso sin saber á qué atribuir lo que había oído, ni atreverse á abrir la puerta para averiguarlo. Procura Astarbé sosegarle, le acaricia y le insta á que coma; pero ya le había envenenado la copa mientras fué á examinar la puerta; y aunque siguiendo su costumbre le hizo beber primero, ella lo hizo sin recelo, fiada en el antídoto. Bebió también Pigmalión, y á poco tiempo le dió un desmayo.

Astarbé, que conocía que la menor sospecha bastaba para matarla, empezó á rasgar sus vestidos, arrancarse el cabello, y dar lastimosos gritos; abraza al moribundo

(1) Antes se creía posible precaverse contra los efectos del veneno por medio de un antídoto, tomado de antemano. El celebre Mitridates pasaba por haborse hecho, de esta suerte, invulnerable á toda clase de veneno.

rey, le estrecha entre sus brazos, y derrama sobre él un torrente de lágrimas, sin que le costase ninguna violencia usar de semejantes artificios: tal era su simulación. Por último, cuando conoció que ya estaba sin fuerzas, y casi agonizando, pasó de las caricias y de las más tiernas demostraciones de amistad á la crueldad más horrorosa; arrójase á él y le ahoga; arráncale del dedo el anillo real, róbase la diadema, manda entrar á Joazar, y le entrega uno y otro con la esperanza de verle proclamado rey; pero los que le habían sido más adictos, y en quienes ella tenía toda su confianza, como que eran unas almas bajas y mercenarias, incapaces por lo mismo de una sincera amistad, le faltaron en la ocasión; faltábales á ellos el valor, y temían á los enemigos que Astarbé se había granjeado; y más que todo temían la altanería, la simulación y la crueldad de tan impía mujer, y cada uno por su propia seguridad deseaba que pereciese.

Entre tanto todo palacio era una confusión, un horroroso tumulto; por todas partes se oyen gritos de que el rey ha muerto: unos se asombran, otros corren á las armas, y el temor de las consecuencias anda en todos mezclado con la alegría de la noticia; hácela correr la fama de boca en boca por toda la gran ciudad de Tiro, y en toda ella no se encontró ninguno que se doliese de la desgracia del rey; en su muerte estaba la seguridad y el consuelo de todo el reino.

Sorprendióle á Narbal un accidente tan horroroso; sintió como hombre de bien la desventura de Pigmalión, que se vendió á sí mismo, entregándose á aquella infame, y que había querido más ser un monstruoso tirano que el padre de sus vasallos, á lo que como rey estaba obligado.

Pero no pudiendo mirar con indiferencia la felicidad de su patria, reúne á los hombres de bien para oponerse á la orgullosa Astarbé, en cuyas manos hubiera

sido aun más duro el cetro que en las del mismo Pigmalión.

Sabía Narbal que Baleazar vivía ; pues aunque á Astarbé le aseguraron su muerte, y así lo creyeron los que con este fin le precipitaron en el mar, lo cierto fué que el príncipe á favor de la noche pudo, sin ser de ellos sentido, llegar á nado adonde unos comerciantes cretenses, movidos de compasión, le recibieron en su barco ; y no se atrevió á volver á Tiro, sospechando que se había concertado su muerte en aquel fingido naufragio, y porque temía tanto las desconfianzas de su padre, como los artificios de Astarbé. Detúvose mucho tiempo disfrazado en las riberas del mar de Siria, en donde le dejaron los comerciantes cretenses, hasta que por fin se vió reducido á adquirir el sustento guardando un rebaño ; mas luego que encontró medio, comunicó á Narbal el estado en que se hallaba, no dudando descubrir el secreto, y poner la vida en manos de un hombre de tan acrisolada virtud ; y con efecto, aunque mi hermano estaba agraviado del padre, no por eso dejó de amar al hijo, y de cuidar de sus intereses, pero sin más fin que el de contenerle para que no entrase en otros empeños, faltando á lo que á su padre debía ; y así lo consiguió esforzándole á sufrir en la adversidad.

Hábale prevenido Baleazar que, cuando creyese oportuno su regreso á Tiro, le enviase un anillo de oro (1), y con él se daría por avisado. No tuvo Narbal por conducente su vuelta mientras Pigmalión viviese ; arriesgara inútilmente la vida del príncipe y la suya propia : tan difícil era precaverse contra las rigurosas pesquisas del rey. Pero en el momento en que se verificó su desastrosa muerte, digna por cierto de sus crímenes, le envió

(1) Como se ve, entre otras cosas, el anillo era para los antiguos un símbolo convenido entre dos personas y un medio de reconocimiento.

el anillo, se puso Baleazar en marcha, y llegó á las puertas de Tiro á tiempo que toda la ciudad estaba en movimiento deseando saber quién sucedería á Pigmalión. Dejóse ver su hijo, y fué reconocido sin dificultad por sus magnates y por el pueblo. Amábanle todos, no por su padre, á quien mortalmente aborrecían, sino porque con su afabilidad y moderación se lo había granjeado, y porque sus mismas desgracias daban nuevo realce á sus prendas, y les disponían en su favor.

Congregó Narbal á los magistrados, los ancianos que componían el consejo, y los sacerdotes de la gran diosa de Fenicia (1). Púsoles delante á Baleazar, y todos á porfía le saludaron como á un rey; por tal le proclamaron los reyes de armas, y el pueblo correspondió con mil aclamaciones de contento. Oíalo Astarbé desde lo interior de palacio, donde permanecía encerrada con su vil é infame Joazar; abandonáronla todos aquellos pérfidos de quienes se había servido en vida de Pigmalión, porque los malvados recíprocamente se temen, desconfían unos de otros, y no quisieran ver el poder en manos de ninguno de ellos, pues conocen cuán indignamente usarían de él, y hasta qué extremo llevarían sus violencias. Mas quieren verle en los buenos, de quienes lo menos que esperan es moderación é indulgencia. Por esta razón la abandonaron todos, menos aquellos cómplices de sus más horrorosos crímenes, que no esperaban otro premio que un suplicio.

No costó mucho forzar las puertas de palacio, porque aquella vil y afeminada gente más pensaba en la fuga que en la resistencia. También quiso huír Astarbé disfrazada de esclava; pero conocióla un soldado, la detuvo, y no fué poco librarla del populacho, que furioso quería despedazarla. Ya habían empezado á

(1) Esta diosa era la Astarté de los Fenicios, cuyo santuario más antiguo estaba en Ascalón.

arrastrarla, cuando Narbal la sacó de entre sus manos. Pide audiencia al nuevo rey, esperando deslumbrarle con sus hechizos, y disponerle en su favor, prometiéndole descubrir secretos importantísimos. Concédesele Baleazar, y ella se le presenta tan bien adornada de modestia su hermosura, que bastaba su presencia á desarmar los más irritados corazones. Da principio á su defensa por las alabanzas del príncipe; pero insinuando con tanta delicadeza los elogios, que no pudiese darse por ofendida su modestia : tanta era su astucia. Hízole presente cuánto la había amado su padre; invocó sus cenizas para moverle á que se apiadase; invocó á los dioses como si los hubiera sinceramente adorado; hecha un mar de lágrimas, se arrojó á sus pies, pidió, rogó, clamó; y por fin no perdonó medio de interesarle en su favor, ni tampoco de hacerle sospechosos y aborrecibles todos los que le eran más afectos, y le habían mejor servido. Acusó á Narbal de haber tenido parte en una conjuración tramada contra el rey difunto, y de haber procurado sobornar los pueblos para usurparle á él el trono; y aun añadió que había tratado de envenenarle. Por fin no hubo tirio virtuoso á quien no comprendiese la calumnia; sin duda porque creía hallar en este príncipe la misma disposición á desconfiar de todos, que había encontrado en su padre. Pero no pudiendo Baleazar soportar más la malignidad de tan infame mujer, la interrumpió, llamó á la guardia y confió el examen de su conducta á la prudencia de los más sabios ancianos.

No tardaron éstos en descubrir que ella misma había envenenado y ahogado al infeliz Pigmalión, que todo el discurso de su vida había sido un encadenamiento de los más monstruosos crímenes. Íbasela á condenar al fuego lento con que en Fenicia se castigan los delitos atroces; mas luego que conoció que no le quedaba ninguna esperanza, hecha una furia abortada del in-

fierno, tomó el veneno que á prevención traía siempre consigo por si se la quería precisar á padecer largos tormentos. Notaron los que la guardaban las ansias que padecía, y quisieron socorrerla; pero ella ni quiso hablarles, ni admitir su socorro, dándoles á entender por señas que no buscaba ningún alivio. Habláronle de los justos dioses, que tan ofendidos tenía; pero lejos de manifestar la sumisión y el arrepentimiento que sus culpas exigían, miró al cielo con desprecio y arrogancia, como insultando á los dioses.

La rabia y la impiedad estaban pintadas en sus semblante; ningún resto le quedó de aquella hermosura que fué el precipicio de tantos hombres: todas sus gracias desaparecieron; sus ojos moribundos giraban en horroroso desconcierto al rededor de sus órbitas; un movimiento convulsivo agitaba sus labios; tenía tan abierta la boca que causaba espanto; el rostro todo contraído y arrugado hacía los más horribles movimientos; una lívida palidez y un frío mortal se apoderaron de sus miembros. Alguna vez parecía que se reanimaba; pero no era más que para horrorizar con alaridos, hasta que por fin expiró entre las convulsiones de la desesperación, dejando sobrecogidos y atemorizados á cuantos la estuvieron viendo. Sus impíos manes (1) descenderían sin duda á aquellas tristes estancias en donde las alevosas Danaides pagan en inútiles afanes é interminables fatigas su perfidia; en donde el obscuro Ixión atado á la incansable rueda girará con ella por toda la duración de los siglos; en donde el impío Tántalo vivirá, con los labios en el agua, rabiando de eterna sed; en donde hace rodar Sísifo inútilmente una roca que sin cesar vuelve á despeñarse; y en donde Ticio sentirá eternamente de-

(1) Es decir, su sombra, su alma, la parte del ser humano que según las creencias bastante confusas de la antigüedad, bajaba á la mansión de los muertos, á los infiernos.

voradas por el más insaciable buitres sus siempre renacientes entrañas.

Desembarazado Baleazar de tan abominable monstruo, dedicó todo su cuidado á dar gracias á los dioses, y á desagraviarlos con innumerables sacrificios. Desde luego empezó á dar muestras de una conducta diametralmente opuesta á la de su padre, aplicándose á restablecer el comercio que por instantes iba decayendo. Se aconseja de Narbal en los asuntos de mayor importancia; mas no por eso se deja gobernar de él, pues todo lo ve, y lo examina todo por sí mismo; oye los consejos que le dan, y se declara por el que mejor le parece; ámanle los pueblos, y en su amor posee más copiosos tesoros que los que amontonó la cruel avaricia de su padre; no habrá ni una sola familia que, si le viera necesitado, no le diera cuanto tuviese, de modo que es más dueño de lo que les deja, que si se lo quitara. No necesita tomar precauciones para la seguridad de su persona, porque vela por ella el amor de los vasallos, que le custodia mejor que la más segura guardia. Á todos contrista la idea de perderle, y no habrá vasallo suyo que no arriesgue la vida por conservar la de un rey tan digno de serlo. Es feliz, y sus pueblos con él; teme exigirles mucho, y ellos sienten no ofrecerle la mayor parte de lo que tienen; los deja en la abundancia, y no por eso son indóciles ni insolentes, antes al contrario más laboriosos, adictos al comercio, y constantes en conservar la pureza de sus antiguas leyes. De este modo ha vuelto la Fenicia á subir al más alto punto de grandeza y de gloria, y toda esta prosperidad se la debe á su joven rey.

Narbal es su lugarteniente. ¡Ah! ¡cuánta fuera su alegría si ahora os viera para colmaros de presentes! ¡Con qué gusto, Telémaco, con cuánta satisfacción dispondría restituirlos con decoro á vuestra patria! ¡Qué

felicidad la mía en hacer lo que él haría si pudiese! ¡Qué dicha la de ir á Ítaca á poner en el trono de Uli- ses á su hijo Telémaco, desde donde pueda, como Ba- leazar en Tiro, dictar sabias leyes á sus pueblos.

Satisfecho Telémaco de la puntualidad con que Adoam acababa de referir tan singulares sucesos, y mucho más por las apreciables demostraciones de ca- riño con que en medio de sus infortunios alentaba su esperanza, le abrazó tiernamente. Después le preguntó Adoam por qué acaso había entrado en la isla de Ca- lipso, y Telémaco le correspondió, dándole cuenta de todos sus acontecimientos desde que salió de Tiro : su paso por la isla de Chipre, cómo volvió á hallar á Mentor, su viaje á Creta, los juegos públicos que en aquella isla se hicieron para la elección del nuevo rey después de la fuga de Idomeneo, la venganza de Ve- nus, su naufragio, la buena acogida que les hizo Ca- lipso, los celos que concibió esta diosa de una de sus ninfas, y la acción de Mentor, que le arrojó al mar luego que vió el navío fenicio.

Acabados estos discursos, dispuso Adoam en prueba de su extraordinario contento dar á sus amigos un espléndido refresco, y proporcionarles en él todos los placeres que la situación permitía ; hizole servir por jóvenes fenicios vestidos de blanco, y coronados de flores ; quemáronse aromas de los más exquisitos del Oriente. Ocupaban los bancos de los remeros diestros tocadores de flauta, á quienes de cuando en cuando in- terrumpía Aquitoas con los dulces acentos de su voz y de su lira, dignas por cierto de ser oídas en la mesa de los dioses, y capaces de arrebatár al mismo Apolo. Los tritones, las nereidas, las divinidades todas que reco- nocen el imperio de Neptuno, hasta los monstruos ma- rinos, atraídos por la melodía, dejaban sus húmedas y profundas grutas, y se atropellaban por llegar al re- dedor del navío. Un coro de mancebos fenicios, de

gentil disposición, vestidos de finísimo lienzo más blanco que la nieve, danzaron largo rato al uso de su país, al de Egipto, y por último al de la Grecia. De cuando en cuando se oía repetido el eco de las trompas, llevado por las olas hasta las más distantes riberas. El silencio de la noche, la calma del mar, la trémula luz de la luna, que reverberaba en la superficie de las aguas, el obscuro azul del cielo matizado de brillantes estrellas, todo contribuía á hacer el festín más agradable.

Telémaco, dotado de un natural vivo y sensible, gustaba de esta diversión, pero no se atrevía á soltar la rienda á la alegría, porque desde que con tanta vergüenza suya experimentó en la isla de Calipso cuán dispuesta se halla la juventud á inflamarse, los más inocentes placeres alarmaban su cuidado; todo le era sospechoso. Miraba á Mentor, y examinábale el rostro y los ojos para inferir el juicio que debía formar de estos placeres.

Alegrábase Mentor de verle en esta incertidumbre y hacía como que no lo notaba, hasta que movido por fin de la moderación de Telémaco, le dijo sonriéndose: Bien conozco tu temor, y lo digno de alabanza que por él eres; pero no se ha de llevar al extremo. Nadie en el mundo se interesa más que yo en que disfrutes de los placeres, pero de unos placeres que no te exciten pasiones violentas, ni enerven tu valor. Estos son los que te convienen, porque son los únicos capaces de divertir sin enajenar; placeres sencillos y moderados que no te priven de la razón, ni te trasformen en fiera. Ahora es justamente cuando, para alivio de tus penas, y en obsequio de Adoam, debes disfrutar de estos con que su generosidad te convida. Sí, Telémaco, alégrate, regocíjate, que la sabiduría nada tiene de austera ni de afectada, antes por el contrario ella es la que ofrece los verdaderos placeres.

ella la que los sazona, y los hace puros y duraderos; ella la que sabe mezclar los juegos y las risas con las ocupaciones graves y serias, preparar el placer por medio del trabajo, y aliviar el trabajo con el placer. La sabiduría no se avergüenza de presentarse festiva cuando es necesario.

En prueba de ello tomó Mentor una lira y la tocó con tal arte, que envidioso Aquitoas, arrojó la suya de despecho, encendiéronsele los ojos, mudósele el color, y todos hubieran advertido su resentimiento y su vergüenza, si la lira de Mentor no los tuviera tan suspensos y enajenados, que ni á respirar se atrevían por no interrumpir el silencio, y por no perder el más mínimo acento de aquella voz celestial: á cada instante temían que lo iba á dejar. No tenía su voz ninguna dulzura afeminada; era sí flexible, pero llena, y capaz de mover y hacer sensibles las más mínimas cosas.

Al principio cantó los loores de Júpiter, padre y rey de los dioses y los hombres, que con un movimiento de su cabeza hace estremecer el universo; representó á Minerva, nacida de la cabeza de Jove, esto es, á la sabiduría engendrada en sí mismo, de él emanada para instruir á los hombres dóciles. Cantó Mentor estas verdades en un tono tan sublime y religioso, que todos se creyeron transportados á lo más alto del Olimpo en presencia de Júpiter, cuyas miradas son más penetrantes que sus truenos. Después cantó la desgracia del joven Narciso (1), que neciamente enamorado de su misma hermosura, pasaba su vida en admirarla en una cristalina fuente, hasta que, consumido de tristeza, fué convertido en la flor que tiene su nombre. Por último cantó también la funesta muerte que un jabalí

(1) Ovidio refiere esta fábula en el libro III de sus *Metamorfosis*.

dió al bello Adonis (1), á quien Venus no pudo restituir la vida por más que le amaba, y por más amargas quejas que por ello dirigió al cielo.

Nadie pudo contener las lágrimas, y todos sentían cierto placer en el llanto. Cuando acabó de cantar, admirados los Fenicios se miraban unos á otros, y se decían, unos que era Orfeo, porque así es, decían, cómo con la lira amansaba las fieras, y arrastraba tras sí los montes y las rocas; así cómo encantó al Cerbero, y cómo suspendió los tormentos de Ixión y de las Danaides; y así finalmente cómo movió al inexorable Plutón á que le dejase sacar de los infiernos á la hermosa Eurídice. Otros decían que era Lino, hijo de Apolo, y otros le tuvieron por Apolo mismo. No estaba Telémaco menos admirado que los demás, porque ignoraba que Mentor supiese con tanta perfección cantar y tocar la lira.

Mas Aquitoas, como tuvo todo el tiempo necesario para ocultar sus celos, empezó á aplaudir á Mentor; pero estaba tan cortado, que no podía acabar el elogio; no dió lugar Mentor á que se conociese su turbación, porque tomando la palabra, como si le hubiera interrumpido, procuró consolarle, dándole las justas alabanzas que merecía; pero no por eso se consoló Aquitoas, sintiendo más de que Mentor se le aventajase en modestia, que en los encantos de la voz.

Entre tanto le dijo Telémaco á Adoam: Acuérdomé que me habíais insinuado que hiciste no sé qué viaje á la Bética después que salimos de Egipto, y como de ella se cuentan tantas maravillas que apenas son creíbles, me alegraría saber de vos si es verdad todo la que se dice. De muy buena gana, respondió Adoam, os

(1) La relación de la muerte de Adonis se encuentra en el primer idilio de Bión, en el decimoquinto de Teócrito y en el libro X de las *Metamorfosis*.

haré una exacta descripción de aquella venturosa tierra, digna de vuestra curiosidad, y que excede á todos los encarecimientos de la fama.

Atraviesa el río Betis este fértil país bajo un cielo siempre apacible, sereno siempre, y el país mismo ha tomado el nombre del río que desemboca en el Océano cerca de las columnas de Hércules, y de aquella parte en donde rompiendo sus diques el furioso mar separó en otro tiempo la tierra de Tarsis de la grande África. En la Bética, pues, parecen haberse conservado las delicias del siglo de oro. Los inviernos son allí templados, y los rigurosos aquilones desconocidos. Los ardores del estío se mitigan con los frescos céfiros, que en lo más caloroso del día vienen á suavizar el aire, de modo que todo el año se compone de solas dos estaciones, que al parecer se están dando la mano, esto es, la primavera y el otoño. Las vegas y los valles producen cada año duplicada la cosecha. Los caminos son unas verdaderas calles de jazmines, laureles, granados, y otros árboles siempre verdes, siempre floridos. Las montañas están cubiertas de rebaños, cuyas finísimas lanas son tan codiciadas de todas las naciones conocidas. Abunda este país en minas de oro y plata; pero los habitantes sencillos, y felices en su sencillez, no se dignan de incluir la plata ni el oro en el número de sus riquezas; sólo aprecian lo que verdaderamente sirve á las necesidades de la vida.

Cuando empezamos á comerciar con ellos, vimos, no sin admiración (1), que hacían el mismo uso del oro y de la plata que del hierro; empleábanle hasta en las rejas de los arados. Como no hacían ningún comercio exterior, no necesitaban de moneda alguna;

(1) Esta descripción tiene muchos puntos de contacto con la que del mismo país hace Strabón (lib. III, cap. III).

casi todos son pastores ó labradores, y muy pocos artesanos, porque no permiten más artes que las que son realmente necesarias: además de que aunque la mayor parte de los hombres se dedican á la agricultura, ó la cría de granados, no dejan por eso de ejercer las artes de que necesita su vida sencilla y frugal.

Las mujeres hilan aquella bellísima lana y hacen de ella paños finos de extraordinaria blancura; amasan el pan, y componen la comida; pero esto les es fácil, porque allí más se vive de frutas y de leche que de carne. Sirvense de las pieles de los carneros para calzarse á sí, á sus maridos y á sus hijos: empléanse además en hacer tiendas de pieles enceradas y de cortezas de árboles; en hacer y lavar la ropa de la familia, y tener las casas en orden, y limpieza. Sus vestidos son fáciles de hacer, porque en un país tan templado basta para la decencia una tela fina y ligera, que acomodan á su talle en largos pliegues, dándole cada uno el aire que más le agrada.

Las artes que allí se conocen para los hombres, si se exceptúa la agricultura y la pastoría, quedan reducidas á labrar la madera y el hierro; y aun de éste apenas se sirven más que para hacer los instrumentos indispensables á la agricultura. Todas las artes que tienen por objeto la arquitectura les son inútiles, porque nunca construyen casa alguna: según ellos es demasiado apegarse á la tierra hacer una habitación que dure más que su dueño; y por eso se contentan con la que baste á defenderlos de las intemperies. Las otras artes, que tan estimadas son de los Griegos, de los Egipcios, y de las demás naciones cultas, las detestan como invenciones de la vanidad y de la molicie.

Cuando se les habla de las naciones que poseen el arte de construir soberbios palacios, muebles de oro y plata, telas guarnecidas de bordados y de preciosas pederías, de olorosos perfumes, delicados manjares, y

de instrumentos que encantan con su armonía, responden compadecidos : ¡Harto infelices son en haber empleado tanto trabajo é industria en corromperse! Lo superfluo afemina, enerva y atormenta á los que lo tienen : provoca á los que de ello carecen á que lo adquieran, aunque sea con violencia, y con detrimento de la justicia. ¿Y podrá darse el nombre de bienes á una superfluidad que sólo produce males? ¿Los habitantes de esos países son por ventura más sanos y robustos que nosotros? ¿viven más largo tiempo? ¿están más unidos entre sí? ¿tienen una vida más libre, más tranquila, ni más agradable? antes por el contrario, deben estar celosos los unos de los otros, corroídos de una vil y negra envidia, siempre agitados de la ambición, del miedo y de la avaricia, incapaces de gozar de los placeres puros é inocentes, viles esclavos de tantas falsas necesidades de que hacen depender su felicidad.

Éstos son, continuó Adoam, los sentimientos de aquellos hombres, á quienes ha hecho tan sabios sólo el estudio de la sencilla naturaleza; nuestra civilidad (1) es mirada por ellos con horror; y es preciso convenir en que es muy grande la suya en su amable sencillez. Todos viven juntos sin repartir las tierras; y cada familia está gobernada por su jefe, que es en ella el verdadero rey. El padre de familia tiene derecho de castigar los delitos de sus hijos y nietos; mas antes de imponer el castigo, toma el dictamen del resto de la familia. Es verdad que allí son muy raros los delitos, porque la inocencia de costumbres, la buena fe, la obediencia y el horror al vicio habitan en aquella afortunada tierra. No parece sino que Astrea (2), que dicen

(1) Es decir, nuestra civilización.

(2) Según Ovidio (*Metamórfosis* I, v. 150), fué la última divinidad que abandonó la mansión de los mortales para subir al cielo.

se retiró al cielo, sin duda porque en ninguna parte se la halla, vive oculta entre aquellos hombres. Ellos no necesitan jueces, porque su propia conciencia los juzga. Todos los bienes son comunes; y las frutas, las legumbres y la leche son riquezas tan abundantes, que unos pueblos tan sobrios y moderados no necesitan dividirlas. Cuando una familia ha consumido los frutos y los pastos del paraje en que se ha establecido, se muda con sus tiendas á otro : así es como, no teniendo interés que sostener unos con otros, se aman con un amor puro, fraternal, inalterable; y esta paz, esta unión, y esta libertad se deben á la privación de las vanas riquezas, y de los engañosos placeres.

Todos son libres, iguales todos. Toda distinción es desconocida á no ser la que procede de la experiencia de los sabios ancianos, ó de la extraordinaria sabiduría de algunos jóvenes que se igualan á los ancianos más consumados en la virtud. En una tierra tan favorecida de los dioses, jamás se oye la mortífera y pestilente voz del fraude, la violencia, el perjurio, los procesos, ni las guerras : jamás se vió teñida de sangre humana, y muy pocas veces de la de los animales. Cuando se les habla de las sangrientas batallas, de las rápidas conquistas, de las ruinas de los Estados que se ven en otras naciones, apenas saben cómo explicar su admiración. ¡Qué, dicen absortos, no son por naturaleza bastante perecederos los hombres, sin que los unos anticipen la muerte á los otros! ¡les parece demasiado larga una vida tan corta, ó viven sólo para despedazarse mutuamente, y mutuamente hacerse infelices!

Tampoco comprenden por qué se admira tanto á los conquistadores que subyugan los grandes imperios. ¡Qué locura! ¡Hacer consistir su felicidad en gobernar á otros hombres, cuyo gobierno, si ha de ser según las leyes de la razón y de la justicia, cuesta tantos cuidados y fatigas! Mas, ¿quién gusta de gobernarlos

á su pesar, cuando es el mayor esfuerzo de la sabiduría y de la virtud de un hombre sujetarse á gobernar un pueblo dócil, ó porque los dioses le ponen á su cuidado, ó porque el mismo pueblo le elige, y le ruega que le sirva de padre y de pastor (1)? Gobernar un Estado contra su voluntad, es hacerse miserable por gozar la aparente gloria de tenerle esclavo : ¡ gloria digna de un conquistador ! de esos hombres de quienes se sirven los dioses, cuando, irritados contra el género humano, quieren afligirle, destruyendo reinos, difundiendo por todas partes el espanto, la miseria y la desesperación, y haciendo tantos esclavos como hay hombres libres. El que busca la gloria, ¿ no encuentra la más sólida en gobernar dignamente el pueblo que los dioses han puesto á su cuidado ? ¿ ó cree no ser digno de elogio sino haciéndose violento, injusto, altivo, usurpador y tirano de sus vecinos ? Nunca es lícita la guerra sino en defensa de la libertad. ¡ Dichoso aquel que, no siendo esclavo de nadie, no tiene la necia ambición de hacer á nadie su esclavo ! Esos grandes conquistadores, que tan gloriosos nos representan, son semejantes á los ríos que salen de madre, y parecen tan majestuosos, pero que inundan, arrollan y destruyen las fértiles campiñas que debían sólo rogar.

Encantado Telémaco de las costumbres de la Bética, que tan bien acababa de describir Adoam, le hizo varias preguntas curiosas. Fué la primera si bebían vino sus habitantes.

Ni lo beben, ni lo han bebido nunca, le respondió Adoam : no porque les falten uvas, que en ninguna parte se crían más dulces, sino porque se las comen como las demás frutas, temiendo al vino como á un

(1) Homero, en la *Iliada* y en la *Odisea*, dice que los reyes son los *pastores* de los pueblos. Esta expresión trae á la memoria <sup>la</sup> vida patriarcal.

corruptor. Éste, dicen, es un veneno que pone á hombre furioso, y si bien no le mata le trasforma en bestia. Sin su uso pueden conservarse la salud y las fuerzas; y usando de él, se está muy á pique de arruinar la salud y las buenas costumbres.

Yo quisiera saber, siguió Telémaco preguntando, qué leyes regulan sus matrimonios. Á nadie, le respondió Adoam, se le permite más de una mujer, que se obliga á conservar mientras le dure la vida. Allí tanto depende el honor de los hombres de su fidelidad respecto de las mujeres, como en otras naciones depende el honor de las mujeres de ser fieles á sus maridos. Jamás hubo pueblo tan honesto ni tan celoso de la pureza. Las mujeres son hermosas y agradables; pero sencillas, modestas y laboriosas. Los consortes son pacíficos, fecundos y sin defectos: un alma sola parece que anima ambos cuerpos: reparten entre sí los cuidados domésticos: encárgase el marido de los de fuera, y la mujer de los de la casa: alivia á su marido, y parece que sólo ha nacido para agradarle (1): merece su confianza, la cual se la ha procurado menos con su hermosura que con su virtud, haciendo que dure tanto el contento de su unión como la vida, que siempre es allí larga, gracias á la sobriedad, la moderación, y las costumbres puras, que los preservan de enfermedades. Vense ancianos de ciento, y de ciento y veinte años, que todavía respiran alegría y valor.

Réstame aún saber, añadió Telémaco, de qué modo evitan la guerra con sus vecinos.

La naturaleza, le respondió Adoam, les ha separado de los otros pueblos por una parte con el mar, y por el norte con altas montañas. Además las otras naciones

(1) Muchos de estos rasgos, sobre todo los que se refieren á la familia, se conservan todavía en muchas comarcas de España.

respetan su virtud. Muchas veces, cuando ellas no se convienen en sus diferencias, los eligen por árbitros, y les confían las tierras y las ciudades cuya posesión disputan : y como jamás han hecho violencia á nadie, nadie desconfía de ellos. Riense cuando se les habla de aquellos reyes que no pueden arreglar entre sí los límites de sus Estados. ¿ Temen por ventura, dicen, que falte tierra á los hombres? siempre tendrán de sobra más de la que puedan cultivar. Mientras hubiese en el mundo tierras libres é incultas, no defenderíamos nosotros las nuestras contra cualquiera que viniese a ocuparlas. No tiene la Bética orgullo, altanería, mala fe, ni codicia en extender su dominio; y por consiguiente, como ni sus vecinos tienen que temer de ella, ni ellos tienen para que hacerse temer, la dejan vivir en paz y tranquilidad. Es éste un pueblo que abandonaría su país, y se entregaría á la muerte antes que rendirse á la esclavitud : tan difícil es subyugarle, como que él piense en subyugar; y este sistema es el que constituye una paz inalterable entre él y sus vecinos.

Concluyó Adoam refiriendo el modo con que hacían los Fenicios su comercio en la Bética. Admiráronse, dijo, estos pueblos al vernos ir de tan lejos atravesando mares : dejáronnos fundar una ciudad en la isla de Gades : nos recibieron con la mayor benevolencia, y aun nos dieron generosamente parte de cuanto tenían. Ofreciéronnos además todas las lanas que les sobrasen; y con efecto nos hicieron de ella un rico presente, porque es mucho el placer que tienen en dar á los extranjeros lo que les sobra.

Sus minas nos las abandonaron sin dificultad, porque á ellos les eran inútiles. Parecíales poca prudencia la de unos hombres que á través de tantos trabajos iban de tan lejos á buscar en las entrañas de la tierra lo que ni puede hacerlos felices, ni satisfacer ninguna

de sus verdaderas necesidades. No cavéis, nos decían, tan profundamente la tierra : contentaos con labrarla, y ella os dará verdaderos bienes que os alimenten : de ella sacaréis frutos, que valen más que el oro y plata ; pues que el hombre no busca estos metales más que para comprar con ellos los alimentos que sustentan la vida.

Muchas veces quisimos enseñarles el arte de la navegación, y llevar algunos jóvenes á Fenicia ; pero jamás permitieron que sus hijos aprendiesen á vivir como nosotros. De esta suerte, nos decían, ellos se enseñarían á tener por precisas esas cosas que ya se os han hecho necesarias : querrían adquirirlas, y si no hubiera otro medio de obtenerlas, á despecho de la virtud, se valdrían de la violencia. Vendrían á ser como el que teniendo buenas las piernas, por no andar, ha perdido el uso de ellas, y tiene en fin que acostumbrarse á la necesidad de que otro le lleve como á un enfermo. Miran la navegación como un arte admirable por su industria (1) ; sin embargo le miran como pernicioso. Si estas gentes, dicen, tienen en su tierra con abundancia lo que es necesario para la vida, ¿qué es lo que van á buscar en las extrañas ? ¿Acaso lo que basta á satisfacer las verdaderas necesidades no les es á ellos suficiente ? En verdad que merecen mil naufragios los que así exponen la vida al rigor de las borrascas por saciar la codicia de los comerciantes, y lisonjear las pasiones de los demás hombres.

Fuera de sí Telémaco del regocijo que le causó la noticia de que aun hubiese en el mundo una nación que, gobernada por las leyes de la sencilla naturaleza, fuese á un mismo tiempo tan sabia y tan dichosa, exclamó : ¡Oh, cuánto difieren sus costumbres de las

(1) *Por su industria*, es decir, por la invención é ingenio que exige dicho arte.

de los pueblos que tenemos por los más sabios! Estamos tan viciados, que apenas podemos persuadirnos que subsista una sencillez tan natural : nosotros miramos las costumbres de ese pueblo como una ingeniosa fábula (1), y él debe mirar las nuestras como un sueño monstruoso.

## LIBRO IX

Siempre indignada Venus contra Telémaco, pide á Júpiter que le destruya; pero no permitiéndolo los hados, concierta con Neptuno que á lo menos le aleje de Ítaca, adonde Adoam le conducía. Válese para ello de una engañosa divinidad, que haga al piloto Acamas entrar á toda vela en el puerto de Salento, creyendo arribar á la isla de Ítaca. Entran con efecto, y el rey Idomeneo recibe en su nueva ciudad á Telémaco á tiempo que estaba preparando un sacrificio á Júpiter por el suceso de la guerra que tenía con los Mandurienses. Consultando el sacerdote las entrañas de las víctimas, da al rey las mayores esperanzas, y le persuade que á los dos nuevos huéspedes les será deudor de su felicidad.

Mientras que Telémaco y Adoam se entretenían en estos discursos, olvidados del sueño, y sin echar de ver que iba ya pasada la mitad de la noche, una deidad enemiga y engañosa los alejaba de Ítaca, cuya isla buscaba en vano el piloto Acamas; porque si bien Neptuno protegía á los Fenicios, no podía tolerar por más tiempo ver á Telémaco libre del naufragio que le arrojó á las rocas de la isla de Calipso. Pero aun estaba más resen-

(1) Es decir, como una ficción, ó relato imaginario, en que no hay nada de verdad, pero en que todo está representado con los más bellos colores.

tida Venus de ver que aquel joven triunfase á su despecho del Amor y de todos sus encantos, y en un arrebato de su enojó deja á Citeres, deja á Pafos é Idalia, y los honores con que se la honra en Chipre; le eran ya insoportables unos sitios que le recordaban el desprecio que en ellos había hecho Telémaco de su imperio. Sube al resplandeciente Olimpo, donde se habían juntado los dioses cerca del trono de Júpiter, y desde donde ven á sus pies girar en torno á los astros: el globo de la tierra no les parece mayor que un montoncito de lodo, y los inmensos mares no parecen sino unas gotas de agua que le humedecen; á sus ojos no son los grandes imperios más que un poco de arena que cubre la superficie de aquella porcioncita de lodo; los pueblos numerosos, y los mayores ejércitos, hormigas que se disputan una arista de paja. Riense de los negocios más serios en que se agitan los hombres, y les parecen juegos de niños; y lo que los hombres llaman grandeza, poder y profunda política, no les parece á aquellas supremas divinidades sino miseria y flaqueza.

En mansión tan encumbrada sobre la tierra colocó Júpiter su inmutable trono: sus ojos penetran hasta el abismo, y ven los más ocultos secretos de los corazones; todo le está presente; sus miradas apacibles y serenas difunden por el orbe entero la calma y la alegría; por el contrario, cuando mueve ceñudo su cabellera, se estremecen los cielos y la tierra; los mismos dioses, deslumbrados con los rayos de gloria que de él emanan, tiemblan al acercársele.

En el momento, pues, en que llegó Venus asistían al rededor de su trono todas las deidades celestes: preséntase la diosa con todos los hechizos que nacen en su seno; su airoso ropaje brillaba más aún que todos los colores de que se viste Iris entre la opacidad de las nubes cuando viene á prometer á los amedrentados mortales el fin de la tempestad, y á anunciarles



¿ Es posible, padre de los dioses y de los hombres,  
le respondió Venus..? (Pág. 151).



la serenidad; llevábale ceñido con aquel famoso cinturón en que se veían retratadas las Gracias (1), y el cabello atado con gracioso descuido con un cordón de oro. Á todos los dioses sorprendió su hermosura, como si nunca la hubiesen visto; y no les deslumbró menos que Febo á los hombres, cuando después de una larga noche les da en los ojos con sus rayos. Mirábanse unos á otros con admiración, y las miradas de todos terminaban siempre en la diosa. Repararon que llevaba arrasados los ojos en lágrimas, y pintado en el rostro un profundo dolor.

Íbase acercando la diosa al trono de Júpiter con sereno y ligero paso, semejante al ave que con rápido vuelo hiende el inmenso espacio de los aires. Miróla Jove con agrado: sonrióse, se levantó, y la recibió con los brazos. Querida hija mía, le dijo, ¿qué te aflige? Al ver tus lágrimas se contrista mi corazón; no dudes en descubrirme el tuyo, pues no dudas de mi cariño.

¿Es posible, padre de los dioses y de los hombres, le respondió Venus con voz dulce, aunque entrecortada por los suspiros, que á vos, que todo os está presente, se os oculte la causa de mi dolor? No contenta Minerva con haber destruído hasta los cimientos la opulenta ciudad de Troya, que yo protegía, y de haberse vengado de Paris, porque prefirió mi hermosura á la suya, conduce por sí misma á todas partes y por todas tierras y mares al hijo de Ulises, del cruel destructor de Troya: ella es la que acompaña á Telémaco, y ésta la causa de que hoy no asista aquí, en el lugar que le corresponde entre las demás divinidades; y ella la que para mi ultraje condujo á ese temerario joven á la isla de Chipre; él se ha burlado de mi poder, no dignándose ni aun quemar incienso en mis aras; él ha

(1) Alude á la descripción del cinturón de Venus hecha por Homero en la *Iliada* (XVI).

manifestado el mayor horror á las fiestas que en mi honor se celebran, y él por fin se ha negado á todos los placeres que mi divinidad consagra. En vano Neptuno, para castigarle, á mi instancia sublevó contra él los vientos y las olas : arrojóle en un naufragio á la isla de Calipso, y en ella triunfó del Amor mismo que yo envié para que se apoderase de su corazón. Ni su juventud, ni las gracias de la diosa y de sus ninfas, ni lo que es más, las encendidas flechas del Amor, pudieron contrarrestar los artificios de Minerva; arrancóle de la isla, y así logró dejarme confundida y afrentada. Ved á un niño triunfar de la diosa Venus.

Júpiter, para consolarla, le dijo : Verdad es, hija mía, que Minerva defiende á ese joven de las flechas de tu hijo (1), y que le prepara una gloria que jamás ha merecido joven alguno. Yo siento que despreciase tus altares; pero no puedo someterle á tu poder. Lo único que me es posible hacer, y haré por tu amor, será traerle todavía vagando por mares y tierras, hacerle vivir lejos de su patria y expuesto á toda suerte de trabajos y peligros; pero que perezca, ni que su virtud sucumba á los placeres con que halagas los hombres, no lo permiten los hados. Consuélate, pues, hija mía; conténtate con tener bajo tu imperio tantos otros héroes, y tantos inmortales.

Diciéndole esto, la miró, sonriéndose con la mayor gracia y majestad, y despidió de sus ojos un rayo de luz más luminoso que el más encendido relámpago. Dió á Venus un tierno ósculo, y difundió un olor de ambrosía, que embalsamó el Olimpo. No pudo la diosa ser insensible á semejante demostración de cariño del más grande de los dioses; á pesar de sus lágrimas y de su dolor se vió sobresalir en su rostro la alegría, y se echó el velo para ocultar el rubor que le encendía

(1) Es decir, de todos los ataques y artificios de Cupido.

las mejillas, y la confusión en que se hallaba. Toda la asamblea de los dioses aplaudió la determinación de Júpiter; y Venus, sin perder momento, fué á concertar con Neptuno los medios de vengarse de Telémaco.

Contóle lo que Júpiter le había dicho, y Neptuno le respondió : Ya sabía yo la orden inmutable de los hados; mas ya que no podemos hundir á Telémaco en los abismos del mar, empleemos todos los medios de hacerle infeliz, y de retardar su regreso á Ítaca. No consentiré que perezca el navío fenicio en que va embarcado, eso no; amo á los Fenicios; la Fenicia es mi pueblo, y ella es la nación que más frecuenta mi imperio; á ella se debe que por medio del mar se asocien todas las naciones del mundo; ella honra mis altares, haciéndome continuos sacrificios; los Fenicios son justos, sabios y laboriosos en el comercio, y por medio de él llevan á todas partes la comodidad y la abundancia. Por ningún motivo daré lugar á que naufrague ninguna de sus naves: lo que sí haré, será ofuscar al piloto de tal modo, que en lugar de arribar á Ítaca se aleje de ella.

Contenta Venus con esta oferta desplegó una risa maligna, y se volvió en su carro volante á los floridos prados de Idalia, en donde las Gracias, los Juegos y las Risas dieron pruebas de la alegría que su vista les causaba, danzando al rededor de la diosa sobre las flores, que llenan de fragancia aquella deliciosa mansión.

Inmediatamente envió Neptuno una divinidad engañosa, que así como los sueños engañan al dormido, engañase á Acamas despierto. Llegó, pues, la deidad malhechora con una multitud de aladas ficciones que volaban á su rededor, y derramó un suave y encantado licor en los ojos del piloto, el cual examinaba atentamente la claridad de la luna, el curso de las estrellas,

y la playa de Ítaca, cuyas escarpadas rocas veía ya bastante cerca.

Desde aquel momento todo fué fingido : nada verdadero le representaban los ojos; fingido era el cielo, y fingida la tierra que miraba : las estrellas se le representaban como si hubiesen mudado y retrocedido en su curso ; el movimiento del Olimpo parecía seguir nuevas leyes : hasta la tierra estaba cambiada; tenía presente el piloto una supuesta Ítaca que le engañaba mientras se alejaba de la verdadera. Cuanto más se adelantaba hacia la engañosa playa, tanto más se retiraba ella; huía delante de él, y no sabía á qué atribuir la fuga; alguna vez llegó á creer que ya oía aquel murmullo que comunmente hay en los puertos; y se disponía, según la orden que se le había dado, á ir secretamente á desembarcar en una pequeña isla, inmediata á la grande, con el fin de ocultar á los amantes de Penélope, conjurados contra Telémaco, el regreso de este príncipe. Otras temía los escollos que rodean aquella costa, y le parecía oír el espantoso bramido de las olas que contra ellos se estrellan; luego notaba repentinamente que la tierra aun estaba muy distante, y á esta distancia no eran las montañas mayores á sus ojos que la pequeñas nubecillas que al ponerse el sol suelen obscurecer el horizonte. Atónito se hallaba Acamas; y era tal la impresión que le causaba la engañosa deidad, que llegó á sentirse sobrecogido de un cierto modo, desconocido de él hasta entonces. Tentado estuvo á creer que no estaba despierto, y que todo aquello se le representaba en la fantasía por las ilusiones del sueño.

Entre tanto mandó Neptuno al viento de Oriente (1) que soplase hacia las costas de Hesperia; y el viento obedeció con tanta violencia, que tardó bien poco en

(1) En efecto, el viento de Oriente debía alejar el barco de las costas de Ítaca y empujarle hacia la Magna Grecia.

poner el navío en la playa que Neptuno le había mandado. Ya la aurora anunciaba el día, y las estrellas, temerosas de los rayos que envidian al sol, iban á ocultar en el océano su escasa brillantez, cuando gritó el piloto: ¡Ya en fin no me queda duda de que estamos casi tocando en la isla de Ítaca! Alegraos, Telémaco, que dentro de una hora podréis ver á Penélope, y acaso hallaréis á Ulises restituído en su trono.

Á esta lisonjera voz despierta Telémaco, que descansaba en brazos del sueño; se levanta, salta al timón, abraza al piloto, y fija los ojos apenas abiertos en la vecina costa; y como no reconoce en ella las de su patria, exclama, dando un suspiro: ¡Ay de mí! ¿dónde estamos? ¿ésta no es mi patria querida! Os habéis engañado, Acamas: mal conocéis esta costa tan apartada de vuestro país. No me engaño, le respondió Acamas, ni es posible engañarme, cuando estoy reconociendo la isla por la ribera. ¡Cuántas veces he entrado en vuestro puerto! conozco hasta sus rocas más pequeñas, tanto que no me son más familiares las de Tiro; y en prueba de ello, ¿no veis esta montaña que se acerca, y aquel peñasco que parece una torre? ¿no oís las olas que se rompen en estas rocas, y parecen que en su caída amenazan al mar? ¿no veis allí el templo de Minerva, cuya altura se pierde en las nubes? Ved á ese otro lado la fortaleza y el palacio de Ulises vuestro padre.

Os engañáis, Acamas, le respondió Telémaco: yo veo por el contrario una costa elevada, pero llana; veo muy bien una ciudad, pero que no es la de Ítaca. ¡Oh dioses, de este modo os burláis de los hombres!

Mientras Telémaco así se lamentaba, se verificó en los ojos de Acamas una mutación repentina; rompióse el velo, y deshizose el engaño, y entonces vió la playa tal cual verdaderamente era, y reconoció su error. Yo lo confieso, Telémaco, dijo, algún dios enemigo

ofuscaba mi vista ; creía estar viendo á Itaca, y tener delante su imagen ; pero en este instante desaparece como un sueño, y ya estoy viendo otra ciudad, que sin duda es la de Salento, la cual acaba de fundar en la Hesperia Idomeneo fugitivo de Creta. Veo los muros que aun le faltan por concluir, y veo el puerto que aun no está enteramente fortificado.

Mientras que Acamas notaba las diferentes obras nuevamente hechas en aquella ciudad, y Telémaco lloraba su desgracia, el viento que Neptuno hacía soplar los metió á toda vela en una rada, donde se hallaron al abrigo, y muy inmediatos al puerto.

Mentor que no ignoraba ni la venganza de Neptuno, ni el cruel artificio de Venus, no había hecho más que reírse del error de Acamas ; y cuando se hallaron en la rada, le dijo á Telémaco : Júpiter te prueba, pero no quiere tu ruina ; antes por el contrario, quiere probándote abrirte camino para la gloria. Acuérdate de los trabajos de Hércules : ten presentes los de tu padre, y no te olvides de que la falta de sufrimiento prueba la falta de magnanimidad. Con la paciencia y el valor debes cansar la cruel fortuna, que se complace en perseguirte. Mas quiero verte ser el objeto de la venganza de Neptuno, que satisfecho con las lisonjeras caricias de la diosa que en su isla te retenía : ¿ qué nos detiene ? entremos en el puerto, y hallaremos un pueblo amigo, un pueblo griego. Idomeneo, tan perseguido de la fortuna, necesariamente se compadecerá de los desgraciados. Inmediatamente entraron en el puerto, donde no hubo dificultad en recibirlos, porque los Fenicios están en paz y hacen el comercio con todas las naciones del mundo.

Miraba Telémaco con admiración esta naciente ciudad semejante á una nueva planta (1), que refrigerada

(1) La comparación entre la ciudad y una planta novel es graciosa, pero no exacta.

con el rocío de la noche presente desde la mañana los rayos del sol que se acercan á embellecerla, crece con ellos, abre sus tiernos capullos, extiende sus verdes hojas, presenta sus olorosas flores esmaltadas con infinita variedad de colores, y cada vez que se la mira, se le encuentra un nuevo adorno; así florecía en la playa la nueva ciudad de Idomeneo: por instantes crecía su magnificencia, y en los nuevos ornatos de arquitectura (1) que se elevaban hasta el cielo daba bien que mirar á los navegantes que la veían de lejos. En toda la costa resonaba el murmullo y el martillo de los trabajadores; veíanse piedras enormes suspendidas en el aire, pendientes de gruesas maromas, por medio de las máquinas (2): los principales de la ciudad animaban al pueblo á trabajar desde que salía la aurora, y el mismo rey Idomeneo, distribuyendo por todas partes sus órdenes hacía adelantar la obra con una increíble rapidez.

Luego que arribó el navío fenicio, dieron los Cretenses á Telémaco y á Mentor todas las muestras de una sincera amistad, y fueron al instante á dar al rey noticia de la llegada del hijo de Ulises. ¡El hijo de Ulises! exclamó Idomeneo, ¡de Ulises, aquel caro amigo, aquel sabio héroe, por cuya virtud conseguimos arruinar á Troya! Conducídmeme aquí para darle pruebas de lo que amé á su padre. Inmediatamente le presentaron á Telémaco, quien, diciéndole su nombre, le pidió la hospitalidad.

Idomeneo le respondió con semblante afable y risueño: Aun cuando no me hubieran dicho quién erais, creo que os hubiera conocido; porque sois tan semejante á vuestro padre, que en vos estoy viendo sus ojos llenos de fuego, y cuyas miradas eran tan penetrantes.

(1) Es decir, en los nuevos monumentos arquitectónicos.

(2) Este pasaje está imitado de la *Eneida* de Virgilio. (I, v. 504.)

tes y su aire á primera vista frío y reservado, pero que ocultaba tanta vivacidad y gracia ; veo también en vos aquella fina sonrisa, la dulzura de sus palabras sencillas y significativas que persuadían sin dejar tiempo para desconfiar. Con efecto, vos sois el hijo de Ulises, y también lo seréis mío. Sí, Telémaco : vos seréis mi hijo querido. ¿ Pero qué casualidad os conduce á estas riberas ? ¿ venís acaso buscando á vuestro padre ? ; Mas ah ! que yo no tengo de él ninguna noticia. Ambos hemos sido perseguidos de la fortuna, él en no poder restituírse á su patria, y yo en haber hallado en la mía irritados contra mí á los dioses. Mientras que Idomeneo decía esto, miraba fijamente á Mentor como queriendo conocerle, pero no acordándose de su nombre.

Telémaco le respondió bañados en lágrimas los ojos : ¡ Oh rey ! perdonad si no puedo disimular el dolor que me aflige, cuando sólo debiera manifestar con la alegría el reconocimiento que debo á vuestras bondades. Por el sentimiento que hacéis de la pérdida de Ulises, me enseñáis vos mismo á sentir la desgracia de no hallarle. Ya hace mucho tiempo que le ando buscando por todos los mares ; pero irritados los dioses no permiten que le halle, ni que sepa si ha naufragado ; se oponen á que yo vuelva á Ítaca, donde Penélope se consume en deseos de verse libre de sus amantes (1). Yo creí hallaros en la isla de Creta, y en ella supe vuestro cruel destino ; jamás pensé llegar á ver el nuevo reino que habéis fundado en la Hesperia, pero la fortuna, que se burla de los hombres, y que me trae vagando por el mundo, y tan lejos de mi patria, me ha arrojado á vuestras costas ; y entre todos los males que me ha causado, me es éste el más tolerable, porque si me aleja de mi patria, también me da á conocer el más generoso de los reyes.

(1) Es decir, de sus pretendientes, como ya hemos observado en otras ocasiones.

Idomeneo le respondió con un estrecho abrazo, y conduciéndole á su palacio, le preguntó : ¿Quién es ese venerable anciano que os acompaña? Á mí me parece haberle visto antes de ahora muchas veces. Es Mentor, le respondió Telémaco, digno amigo de Ulises, á quien dejó confiada mi educación, y á quien soy deudor de más de lo que es posible decir.

Inmediatamente se le acercó Idomeneo, le alargó la mano, y le dijo : Nosotros nos hemos visto antes de ahora. ¿Os acordáis del viaje que hicisteis á Creta, y de los buenos consejos que me disteis? Mas entonces me arrastraba el ardor de la juventud y la propensión que tiene á los deleites, y se oponían á que los siguiese. Ha sido necesario que aprenda en mis infortunios lo que en la prosperidad me hubiera sido imposible ; ¡pluguiese á los dioses que os hubiera creído! Mas estoy reparando, no sin admiración, cuán poco se ha alterado vuestro semblante, á pesar de tantos años como desde entonces han transcurrido; conserváis la misma frescura, el mismo vigor, la misma agilidad : sólo advierto que vuestros cabellos han encanecido un poco.

Gran rey, le respondió Mentor, si yo fuese adulator, os diría también que conservabais aquellas gracias de la juventud, que resplandecían en vuestro rostro antes del sitio de Troya; pero aun más quiero desagradaros que ofender á la verdad; además de que, por lo que acabo de oiros, conozco que huís de la lisonja, y que nada se aventura en hablaros con sinceridad. Vos habéis decaído tanto, que con dificultad os hubiera conocido. Bien claramente se deja inferir ser la causa los trabajos que habéis padecido, pero no habéis ganado poco en tolerarlos, pues os han enseñado á ser prudente. El hombre debe consolarse fácilmente de que las arrugas afeen su rostro, mientras el ánimo se acostumbra y fortifica en la virtud. Además de que

los reyes se consumen más que los otros hombres, porque la adversidad, la aflicción del espíritu y los trabajos del cuerpo los envejecen antes de tiempo; y en la prosperidad los aniquilan más las delicias de una vida afeminada, que los trabajos de la guerra. Nada hay tan malsano como el deleite en que el hombre no puede contenerse. De aquí procede que los reyes, sea en paz ó en guerra, tienen siempre disgustos y complacencias que les aceleran la vejez antes que deba ésta venir naturalmente. Una vida sobria, moderada, sencilla, exenta de inquietudes y pasiones, arreglada y laboriosa, conserva en los miembros del sabio la frescura de la juventud, que sin estas precauciones está siempre dispuesta á huír en alas del tiempo.

Oíale Idomeneo con la mayor complacencia, y no hubiera querido que cesase, si no le hubiesen advertido los suyos que era la hora de hacer el sacrificio que á Júpiter tenía ofrecido. Siguiéronle Telémaco y Mentor entre una multitud del pueblo que atrajo la curiosidad á ver aquellos dos extranjeros; mirábanlos detenidamente y con reflexión, y se decían unos á otros: Ved aquí dos hombres bien diferentes. El joven tiene cierta viveza y amabilidad en el semblante, y en todo su aspecto y su persona brillan las gracias de la hermosura y de la juventud, sin que se descubra nada de flojo ni afeminado; y sin embargo de sus pocos años, parece robusto, esforzado y endurecido para el trabajo. El otro, aunque de mucha más edad, no ha perdido nada de su vigor; á primera vista parece menos alto y airoso; pero mirado despacio, da en su sencillez indicios ciertos de sabiduría y de virtud, y de una grandeza que admira. Cuando los dioses han descendido á la tierra á comunicar con los mortales, no tiene duda que han tomado semejantes figuras de extranjeros y viajeros.

Llegaron por fin al templo de Júpiter, que Idome-

neo, su descendiente (1), había adornado con extraordinaria magnificencia. Estaba rodeado de dos órdenes de columnas de mármol jaspeado; eran de plata los capiteles, y todo él incrustado de mármol con bajos-relieves, que representaban á Júpiter trasformado en toro, llevándose robada á Europa por en medio de las ondas, que le respetaban, á pesar de la extraña forma que había tomado. Véase después el nacimiento y la juventud de Minos; y en edad más avanzada dar leyes á su isla para perpetuar en ella la felicidad y la abundancia. Notó también Telémaco los principales sucesos del sitio de Troya, en que adquirió Idomeneo la reputación de gran capitán. Entre los combates representados buscó cuidadosamente á su padre, y le halló con efecto cogiendo los caballos de Reso (2), á quien Diómedes acababa de matar, y en otra acción disputando con Ayax las armas de Aquiles en presencia de todos los oficiales del ejército griego. Vióle en fin salir del fatal caballo á derramar tanta sangre troyana (3).

Inmediatamente le conoció Telémaco por aquellas proezas de que muchas veces había oído hablar, y que Mentor mismo le había referido. Á su vista corrieron sus lágrimas, mudó de color, y en el rostro mostró su turbación. Advirtiéndolo Idomeneo, por más que hizo Telémaco por ocultarlo, y le dijo: No os avergoncéis de parecer sensible á la gloria y á los infortunios de vuestro padre.

Entre tanto se iba juntando el pueblo en los vastos pórticos que formaban los dos órdenes de columnas que rodeaban el templo, en el cual había dos coros de

(1) Idomeneo era nieto de Minos, que era á su vez hijo de Júpiter.

(2) La expedición de Diómedes y Ulises al campamento de Reso ocupa la mayor parte del canto X de la *Iliada*.

(3) Del caballo de madera. (Véase el segundo libro de la *Eneida*, especialmente desde

jóvenes de ambos sexos, que entonaban himnos en loor del dios que tiene en la mano los rayos. Estos niños, escogidos al intento de rostro muy agradable, estaban vestidos de blanco, con el cabello suelto por la espalda, y coronados de rosas. Hacía Idomeneo al dios Júpiter este sacrificio de cien toros para que le fuera propicio en la guerra que contra sus vecinos había emprendido. Veíase humear por todas partes la sangre de las víctimas, y correr en las grandes copas de oro y plata destinadas á este fin.

El anciano Teófanés, amigo de los dioses, y sacerdote del templo, tenía durante el sacrificio cubierta la cabeza con una extremidad de su vestidura de púrpura (1); pasa á examinar las entrañas aun palpitantes de las víctimas, y sentándose después en el sagrado trípode (2), exclama : ¡ Oh dioses ! ¿ quiénes son estos dos extranjeros que el cielo nos envía ? ¡ qué funesta nos hubiera sido sin ellos la guerra ! Salento sería arruinada antes que concluída. Yo veo un héroe joven, á quien la sabiduría conduce por la mano... pero no le es dado á un mortal decir más.

Al llegar á pronunciar estas palabras, miraba con fiereza, le centelleaban los ojos, y parecía ver otros objetos que los que tenía presentes : encendiósele el rostro, estaba conmovido, y como fuera de sí ; se le erizó el cabello, y tenía alzados é inmóviles los brazos, alterada la voz, y más fuerte que la humana ; faltábale el aliento, y no pudiendo contener en el pecho el espíritu divino que le agitaba, voivió á exclamar :

¡ Oh feliz Idomeneo ! ¡ qué es lo que estoy viendo !  
¡ cuántas desgracias evitadas ! ¡ qué dulce paz en lo interior ! ¡ y cuántos combates y victorias por defuera !

(1) Los antiguos tenían la costumbre de cubrirse la cabeza con un extremo del manto, cuando ofrecían un sacrificio, tal vez para no distraerse.

(2) Esta escena está imitada del oráculo de la Sibila

¡Oh Telémaco! tus trabajos exceden á los de tu padre; el fiero enemigo gime abatido bajo los golpes de tu espada; las puertas de hierro y las inaccesibles murallas caen á tus pies. ¡Oh gran diosa, á quien su padre... ¡oh joven! tú en fin volverás á ver... Al decir esto expiran las palabras entre los labios, y queda á pesar suyo como en un respetuoso silencio.

Todo el pueblo estaba sobrecogido de temor: Idomeneo asombrado no se atreve á pedirle que acabe; hasta el mismo Telémaco sorprendido apenas comprende, ni cree las sublimes predicciones que oye. Sólo Mentor es el que no se admira del espíritu divino. Ya sabéis, le dijo á Idomeneo, los decretos de los dioses. Con cualquiera nación que tengáis que combatir, en vuestras manos tendréis la victoria, y al hijo de vuestro amigo seréis deudor de la prosperidad de vuestras armas. No le envidiéis esta dicha: contentaos con lo que los dioses os otorgan por él.

No habiéndose aún recobrado Idomeneo de su asombro, buscaba en vano palabras con que responder: tanto se le había enteporcido la lengua; pero, más pronto Telémaco dijo á Mentor: Nada me interesa toda esa gloria que se me promete: ¿mas á quién harán relación aquellas últimas palabras: tú volverás á ver... será á mi padre, ó sólo á Ítaca? ¡Ay de mí! ¡qué no las acabase! En mayor incertidumbre he quedado que estaba. ¡Oh Ulises, padre mío! ¿seréis vos á quien he de volver á ver? ¿será esto verdad? pero el deseo me engaña. ¡Cruel oráculo, tú te complaces en burlarte de un desdichado! Con una palabra más me hubieras hecho el más afortunado de los hombres.

Respetá, le dijo Mentor, lo que los dioses revelan, y no intentes descubrir lo que quieren ocultar. Una temeraria curiosidad merece ser castigada. Los dioses, por un efecto de su infinita sabiduría y bondad, ocul-

tan á los débiles mortales su destino en una obscuridad impenetrable. Está bien que el hombre procure saber lo que de él depende para desempeñarlo con religiosa exactitud; pero no que se atreva á investigar lo que no está á su cuidado, ni lo que de él quieren hacer los dioses.

Penetrado de estas verdades se aquietó Telémaco, aunque no sin violentarse.

Mas Idomeneo, recobrado de su asombro, empezó por su parte á dar á Júpiter alabanzas, porque le enviaba al joven Telémaco y al sabio Mentor para que triunfase de sus enemigos. Después de un abundante convite, que sucedió al sacrificio (1), se volvió á sus huéspedes, y les dijo :

Yo confieso que no conocía aún bastante el arte de reinar, cuando después del sitio de Troya volví á Creta. Ya sabéis, amigos míos, los azares que me privaron de reinar en aquella gran isla, pues habéis estado en ella después de mi partida. ¡Pero feliz yo si los reveses de la más adversa fortuna han contribuído á enseñarme, y hacerme más moderado! Como un fugitivo, perseguido de la venganza de los dioses y de los hombres, he atravesado los mares : toda mi grandeza pasada sólo me servía para hacerme más vergonzosa y menos tolerable mi caída. Llegué por fin á poner en salvo mis dioses penates en esta costa desierta, en que no hallé más que terrenos incultos, cubiertos de zarzas y espinas, bosques tan antiguos como la tierra que los sustenta, y rocas casi inaccesibles, abrigo de fieras bravas. Vime reducido á alegrarme de poseer con el corto número de soldados y compañeros que quisieron seguirme en la desgracia esta tierra salvaje, y hacer de ella mi patria, pues que ya no me era posible volver á

(1) Era costumbre hacer un gran banquete con los restos de la víctima ó víctimas, cuando no habia habido *holocausto*, es decir, cuando no habia sido quemada toda entera.

aquella fortunada isla en que me hizo el cielo nacer para reinar. ¡ Ah, decía entre mí, qué mudanza! ¡ de qué ejemplo tan terrible debo servir á los reyes! ¡ cuánto convendría que todos los que en el mundo reinan me viesan, para que en mí escarmentasen! Ellos creen que su elevación sobre el resto de los hombres nada les deja que temer, siendo su misma elevación la que más temor les debe inspirar. Yo era temido de mis enemigos, y amado de mis vasallos; mandaba en una nación poderosa y aguerrida; la fama había hecho resonar mi nombre por todos los ángulos del mundo; reinaba en una isla fértil y deliciosa; cien ciudades me pagaban anualmente un tributo de sus riquezas, y me reconocían por descendiente de Júpiter, nacido en su país; me amaban como al nieto del sabio Minos, á cuyas leyes debían su poder y su prosperidad. ¿Qué me faltaba para ser feliz más que saber gozar con moderación de tanta fortuna? Pero mi orgullo, y la lisonja á que dí oídos, derribaron mi trono. Así caerán también los reyes que se gobiernen por sus pasiones, y por los consejos de los adaladores.

Mientras duraba el día procuraba con semblante alegre y lleno de esperanza alentar á los que me habían seguido. Fundemos, les decía, una nueva ciudad que nos consuele de todas nuestras pérdidas. Rodeados estamos de pueblos que con su ejemplo nos animan á emprenderlo. Bien cerca de nosotros tenemos á Taranto, fundada por Falanto con sus Lacedemonios. Filoctetes da el nombre de Petilia á la gran ciudad que ha fundado en la misma costa. Metaponto es también otra colonia. ¿ Y haremos por ventura menos que todos esos extranjeros, errantes como nosotros? ¡ Animo, pues la fortuna no se nos muestra á nosotros más adversa!

Así procuraba suavizar los trabajos de mis compañe-

ros, al paso que mi corazón padecía mortales aflicciones. Era para mí un consuelo que se alejase la luz del día y se apresurasen las tinieblas á envolverme en sus sombras para llorar con libertad mi desventura; mis ojos, hechos fuentes de lágrimas desconocían el sueño; y cuando ya volvía la luz del nuevo día á dissipar la obscuridad de la fugitiva noche, volvía yo también con nuevo fervor á mis acostumbradas tareas. Ésta es, Mentor, la causa de que me veáis tan envejecido.

Acabó Idomeneo de referir sus trabajos, y pidió á Telémaco y á Mentor que le ayudasen en la guerra en que se hallaba comprometido. Fenecida que sea, les dijo, os restituiré á Ítaca. Entre tanto recorrerán mis naves las costas más lejanas para adquirir noticias del paradero de Ulises; y os ofrezco sacarle de cualquier parte del mundo conocido á que le haya arrojado cualquiera borrasca, ó la cólera de los dioses. ¡Ojalá que aun esté vivo! Á vos os enviaré en las mejores que se hayan construído en Creta de las maderas del monte Ida en que nació Júpiter, las cuales no pueden naufragar; los vientos y la rocas las temen y respetan; el mismo Neptuno en su mayor cólera no se atrevería á conmover las olas contra ellas. Estad cierto que volveréis felizmente y sin dificultad á Ítaca, y que no habrá ninguna enemiga deidad que pueda haceros andar errantes por más tiempo: la travesía es corta y fácil; despedid el navío fenicio que aquí os ha conducido, y por ahora no penséis más que en adquirir la gloria de establecer el nuevo reino de Idomeneo, para reparar por este medio sus pasadas desgracias. Éste es, hijo de Ulises, el medio de que seáis tenido por digno de vuestro padre; y aun cuando los rigurosos hados le hubiesen hecho descender al tenebroso reino de Plutón, toda la Grecia se regocijaría creyendo verle en vos.

Aquí llegaba Idomeneo, cuando le interrumpió Telé-

maco : Despidamos, dijo, el navío fenicio. ¿Qué nos impide correr á las armas y atacar á vuestros enemigos? ya io son nuestros. Si vencimos en Sicilia peleando por Acestes, siendo troyano y enemigo de los Griegos, ¿ con cuánto más ardor combatiremos ahora favorecidos de los dioses por uno de los héroes griegos que destruyeron la ciudad de Príamo? El oráculo que acabo de oír no nos permite dudarlo.

## LIBRO X

Informa Idomeneo á Mentor del motivo de la guerra. Cuéntale como los Mandurios le cedieron desde luego la costa en que fundó la ciudad, y ellos se retiraron á los montes vecinos; y que habiendo sido maltratados algunos por los suyos, le diputaron dos ancianos, con quienes arregló los tratados de la paz que hicieron; que después de una infracción de estos tratados llevada á cabo por ciertos vasallos suyos que los ignoraban, se disponían á hacerle la guerra. Estándolo refiriendo Idomeneo se presentaron los Mandurios á las puertas de Salento, trayendo en su ejército á Néstor, Filoctetes y Falanto á quienes Idomeneo creía neutrales. Sale Mentor de la ciudad, y solo va á proponer á los enemigos condiciones de paz.

Conociendo Mentor el noble ardor de que ya estaba inflamado Telémaco, le miró con afabilidad, y le habló en estos términos : Alégrome, hijo de Ulises, de verte tan deseoso de gloria; mas acuérdate que no alcanzó tu padre en el sitio de Troya una reputación como la que tiene entre los Griegos, sino mostrándose el más sabio y moderado de todos ellos. Aunque invencible Aquiles é invulnerable (1), y aunque seguro de llevar

(1) Excepto, sin embargo, en el talón, donde le hirió la flecha mortal de Paris. Cuando su madre Tetis lo metió en las aguas de la Estigia para hacerle invulnerable, le cogió del talón, que por esto no recibió divinidad.

el terror y la muerte adonde quiera que combatiese, no pudo sin embargo tomar á Troya; antes por el contrario le vió aquella ciudad muerto al pie de sus muros, y logró triunfar al fin del vencedor de Héctor. Pero Ulises, en quien la prudencia ordenaba el valor, condujo el fuego y el hierro hasta en medio de sus plazas, y á él se le debió la caída de aquellas altas y soberbias torres, que por espacio de diez años amenazaron á toda la Grecia conjurada. Tan superior es Minerva á Marte, como el valor dirigido por la prudencia y la precaución lo es á un esfuerzo impetuoso y feroz. Empecemos, pues, oh Idomeneo, por saber las causas que motivan esta guerra; no porque yo rehuse entrar en ningún peligro, pero creo que debéis instruirnos previamente de la justicia con que la hacéis, contra quién, y de las fuerzas con que contáis para esperar un feliz suceso.

Cuando llegamos á esta costa, le respondió Idomeneo hallamos en ella un pueblo salvaje, que habitaba las selvas, y vivía de la caza y de la fruta que espontáneamente producen los árboles. Estos pueblos, llamados Mandurios, asombrados de ver nuestras naves y nuestras armas, se retiraron á los montes; pero movidos nuestros soldados de la curiosidad de ver el país, se encontraron, persiguiendo unos ciervos, con estos salvajes fugitivos, cuyo jefe les dijo: Nosotros hemos abandonado y os hemos cedido las apacibles costas del mar, sin que nos queden más que estas montañas casi inaccesibles, y parece justo que nos dejéis vivir en ellas en paz y en libertad. Ahora os hallamos errantes, dispersos, y tan inferiores en fuerzas á nosotros, que está en nuestra mano no sólo quitaros la vida, sino impedir que llegue á vuestros compañeros la noticia de vuestra desgracia; pero no queremos manchar nuestras manos con la sangre de nuestros semejantes. **Id en paz** : acordaos que debéis la vida á nuestros senti-

mientos de humanidad, y nunca os olvidéis que es de un pueblo, que vosotros llamáis grosero y salvaje de quien recibís esta lección de moderación y generosidad.

Vueltos al campo los nuestros, contaron lo que les había acaecido; irritáronse los soldados, y tuvieron á menos que unos cretenses fuesen deudores de la vida á una caterva de fugitivos, que más les parecían osos que hombres. Vuelven á caza en mayor número, prevenidos de todo género de armas, y á muy poco se encontraron, y dieron sobre los salvajes. El combate fué cruel. Volaban los dardos de una y otra parte como en una tempestad cae granizo en un campo. Viéronse por fin precisados aquéllos á refugiarse en sus fragosas montañas, donde no se atrevieron á empeñarse los nuestros.

Á poco tiempo me enviaron á pedir la paz por dos de sus más sabios ancianos; trajéronme en presente pieles de las fieras que cazan, y frutas del país, y después de ofrecérmelo, hablaron de este modo.

Ya ves, oh rey, que en una mano tenemos la espada, y un rama de oliva en la otra (teníanla en efecto): he aquí la paz y la guerra, escoge. Nosotros más queremos la paz: por conservarla no hemos tenido á menos cederte esta hermosa ribera que fertiliza el sol, y le hace producir tan delicados frutos, porque nos son más apreciables los que la paz produce; por ella nos hemos retirado á esas escarpadas montañas, siempre cubiertas de hielos y nieve, y donde nunca se ven las flores de la primavera, ni los sazoados frutos del otoño. Á nosotros nos horroriza esa brutalidad, que disfrazada con los bellos nombres de ambición y de gloria, anima á esas fieras humanas á devastar las provincias, y regarlas con sangre de los que son sus hermanos. Si te inflama esa gloria, no te la envidiamos; te compadeceremos y rogaremos á los dioses que nos preserven

de semejante furor. Si las ciencias que aprenden los Griegos con tanta aplicación, y la cultura de que hacen tanto alarde, no les inspiran más que esa detestable injusticia, nosotros nos creemos muy felices en carecer de esas ventajas, y nos gloriaremos de ser ignorantes y bárbaros, pero justos, humanos, fieles, desinteresados, acostumbrados á contentarnos con poco, y á despreciar la liviana delicadeza que hace se necesite de mucho. Lo que estimamos es la salud, la frugalidad, la libertad, la robustez del cuerpo y el vigor del espíritu, el amor de la virtud, el temor de los dioses, el afecto á nuestros parientes, la inclinación á los amigos, la fidelidad con todos, la moderación en la prosperidad, la constancia en la adversidad, y la firmeza para decir siempre osadamente la verdad, y detestar la lisonja. Tales son los pueblos que te ofrecemos por vecinos y aliados. Si los dioses, irritados contra ti, te ciegan hasta el extremo de que desprecies su amistad, aprenderás, aunque tarde, que los que por moderación buscan la paz, son los más terribles en la guerra.

Mientras que así me hablaron, estúvelos yo mirando atentamente, y no me hartaba de verlos. Tenían larga y descuidada la barba, corto y encanecido el cabello, pobladas las cejas, ojos vivos, un mirar y un aspecto tenonado, el modo de hablar grave y lleno de autoridad, y sus eran modales sencillos é ingenuos. Estaban vestidos de pieles anudadas á la espalda, que les dejaban descubiertos los brazos, más nerviosos y robustos que los de nuestros atletas. Yo les respondí que deseaba la paz, y en consecuencia procedimos de buena fe al arreglo de muchos artículos y condiciones; y ajustadas que fueron, tomamos á los dioses por testigos, y se volvieron contentos y regalados.

Pero los dioses, que me arrojaron del trono de mis mayores, aun no estaban cansados de perseguirme

Nuestros cazadores, que todavía no podían tener noticia de la paz ajustada, encontraron en el mismo día una multitud de estos bárbaros que iban acompañando á sus enviados á su vuelta de nuestro campo; los atacaron vivamente, mataron una parte de ellos, y persiguieron la otra hasta los bosques; y ved aquí nuevamente encendida la guerra, creyendo que ni pueden fiarse de nuestras promesas, ni aun de nuestros juramentos.

Para sernos más temibles han llamado, y vienen con efecto en su socorro los Locrenses, Apulleses, Lucanienses, Brucios y los pueblos de Crotón, Nerita, Mesapia y Brindis. Los Lucanienses traen carros armados de cortantes hoces; de los Apulleses cada uno viste la piel de la fiera que mata, y se arma de una nublada maza, guarnecida de puntas de hierro; su estatura es casi agigantada, y sus cuerpos tan robustos con los penosos trabajos en que se ejercitan, que con sólo la vista espantan. Los Locrenses, originarios de la Grecia, aun se resienten de su origen, siendo más humanos que los otros; pero á la exacta disciplina de las tropas griegas juntan el vigor de los bárbaros, y el ejercicio de una vida dura, lo cual los hace invencibles; armanse de ligeros escudos, tejidos de mimbres y cubiertos de pieles, y de largas espadas. Los Brucios son tan ligeros en la carrera como los ciervos y los gamos: apenas dejan en la arena señal de sus pasos, y es tal la prontitud con que cargan y se retiran, que todo parece hecho á un tiempo. Los Crotoneses (1) son tan diestros arqueros, que no tenderá un griego mejor al arco que le tienden ellos; y si se dedicaran á nuestros juegos, no habría premio que no ganasen; tiñen sus flechas con el jugo de ciertas hierbas venenosas que vienen, según dicen, de las márgenes del Averno, y su veneno

(1) Acerca de todos estos pueblos, puede consultarse la Geografía de Strabón.

es mortífero. Por lo que respecta á los de Nerita, de Mesapia y de Brindis, aunque fuertes y animosos, carecen de disciplina; al avistar al enemigo lanzan hasta el cielo espantosos gritos. Sirvense tan bien de la honda, que sus descargas parecen tempestades de piedra que obscurecen la luz; pero pelean sin orden.

Ya sabéis, Mentor, lo que deseabais; sabéis el origen que ha tenido la guerra, y sabéis cuáles son los enemigos contra quienes hemos de sustentarla.

Hecha esta declaración, le pareció á Telémaco, impaciente ya por hallarse en ella, que sólo faltaba tomar las armas; pero Mentor volvió á contenerle, y habló así Idomeneo :

¿ En qué consiste que los Locrenses, originarios de Grecia, se unan á los bárbaros contra los Griegos? ¿ en qué consiste que florezcan en esta costa tantas colonias griegas, sin que nadie las incomode? ¡ Ay, Idomeneo ! Os quejáis de que los dioses no se han cansado aún de perseguiros, y yo me lastimo de que no hayan acabado aún de enseñaros. Tantos trabajos como habéis padecido aun no han bastado á instruíros de cuánto es bien que se haga por evitar la guerra. Lo que vos mismo decís de la buena fe de esos bárbaros, prueba lo fácil que os hubiera sido vivir con ellos en paz; pero la altivez y la soberbia producen y agitan aquel temible azote. Hubierais podido muy bien darles y recibir rehenes; enviar con sus embajadores algunos de vuestros capitanes que los condujesen con seguridad; y aun después de renovada la guerra pudisteis y debisteis aplacarlos, dándoles satisfacción de aquel inopinado é involuntario incidente; debisteis ofrecerles cuantas seguridades hubiesen querido, é imponer las más rigurosas penas contra cualquiera de vuestros vasallos que violara la leyes de la alianza. Mas decidme, ¿ qué sucesos ha habido desde que se empezaron las hostilidades?

Yo creí, respondió Idomeneo, que era indecoroso dar satisfacción á esos bárbaros, de los cuales se armaron inmediatamente todos los que se hallaban en estado, é imploraron el socorro de los pueblos vecinos, haciéndonos á ellos sospechosos y aborrecibles. Y en este estado me pareció lo más seguro ocupar prontamente en las montañas ciertos pasos mal guardados; conseguimoslo sin dificultad, y nos pusimos en estado de exterminar á nuestros enemigos. En las mismas montañas hice levantar unas torres, desde donde no sólo pueden nuestros soldados oprimir con dardos á cuantos se aventuren á descender por ellas á nuestro país, sino asegurar la entrada de los nuestros en el suyo, y saquear cuando quieran sus principales habitaciones. Así es como, aunque con fuerzas tan desiguales, podemos resistir á esa multitud que nos rodea. Por último nuestra reconciliación viene á ser ya muy difícil, porque nosotros no podemos abandonarles aquellas torres sin exponernos á sus incursiones, y ellos las miran en nuestro poder como amenazas de su libertad.

Instruido Mentor como deseaba del origen, progresos y estado de la guerra, dirigió á Idomeneo este discurso: Vos sois un rey sabio, y como tal queréis que se os diga la verdad como ella es en sí; no sois como esos hombres débiles que temen verla, porque les falta valor para reconocerse, y sólo le tienen para emplear su autoridad en sostener sus desaciertos. Así que no dudaré en deciros que ese pueblo bárbaro os dió una admirable lección cuando vino á pedir os la paz. ¿Os la pidió acaso por flaqueza, ó por falta de valor y de medios con que hacer os la guerra? Ya veis por el contrario cuán aguerrido se halla, y cómo le sostienen tantos y tan formidables vecinos. ¡Ojalá hubierais imitado su moderación! pero una dañosa vergüenza y una presunción detestable os atraieron esta desgracia;

temisteis engrerle con vuestra moderación, y no recelasteis hacerle con vuestra injusta altivez tan poderoso y formidable en vuestro daño. ¿De qué sirven esas torres de que tanto blasonáis, sino de ponerlos en la alternativa de morir ó mataros para preservarse de una inminente servidumbre? Esas torres levantadas para vuestra seguridad son las que os tienen en el peligro en que os veis.

La más segura defensa de un Estado es la justicia, la moderación, la buena fe, y la seguridad que debe inspirar á los comarcanos de que es incapaz de usurparles sus tierras. Las más fuertes murallas se arruinan por mil accidentes imprevistos; la fortuna es caprichosa é inconstante en la guerra, pero ganando con la moderación é integridad el amor y la confianza de las naciones inmediatas, asegúrase un príncipe de que jamás será vencido de otro, ni casi nunca atacado; pues aun cuando hubiese alguno tan injusto que lo intentase, saldrían inmediatamente á la defensa todos los otros, interesados en la conservación de su digno aliado. Un apoyo como el de tantos pueblos, que encontrasen sus verdaderos intereses en sostener los vuestros, os hubiera hecho mucho más poderoso que esas torres que hacen irremediables vuestros males. Si desde el principio hubierais cuidado de no hacerlos sospechoso, hubiera crecido vuestra ciudad á la sombra de una dichosa paz, y seriais el árbitro de todas las naciones de la Hesperia.

Por esto debemos ahora circunscribirnos á examinar los medios de reparar en lo venidero los perjuicios de lo pasado.

Empezasteis á decirme que hay en estas costas algunas colonias griegas, y yo creo que deberán estar dispuestas á socorreros, así porque no habrán olvidado el gran nombre de Minos, hijo de Júpiter, como por el que vos mismo os adquiristeis, distinguiéndoos tantas

veces entre los príncipes griegos, con quienes concurrísteis por la causa común de Grecia al sitio de la formidable Trova. ¿Por qué, pues, no procuráis atraerlas á vuestro partido?

Porque todas, respondió Idomeneo, han resuelto permanecer neutrales; no porque les falte inclinación á socorrerme, sino porque la gran magnificencia con que se empezó, y se continúa esta ciudad, las asombra, y hace recelar no menos que á los otros que concibamos designios contra su libertad. Temen que después de subyugar á los bárbaros de las montañas, llevemos adelante la ambición. En una palabra, todo está contra nosotros, pues los que no nos hacen una guerra abierta, desean cuando menos vernos abatidos; y el miedo de todos impide que nadie nos ayude.

¡Raro extremo! replicó Mentor, por querer parecer muy poderoso destruí vuestro poder; y mientras que sois en lo exterior y para vuestros vecinos un objeto de temor y de odio, os estáis interiormente aniquilando y consumiendo en los esfuerzos que necesitáis hacer para sostener esta guerra. ¡Oh una y mil veces desgraciado Idomeneo, á quien la misma desgracia no ha podido instruir más que á medias! ¿Necesitáis acaso una segunda caída para prever los riesgos que amenazan aun á los mayores reyes de la tierra? Dejadlo no obstante á mi cuidado, y decidme circunstanciadamente cuáles son esas ciudades griegas que rehusan vuestra alianza.

La principal, le respondió Idomeneo, es Tarento, fundada tres años hace por Falanto con un gran número de jóvenes que juntó en Laconia nacidos de las mujeres que olvidaron á sus maridos ausentes en el sitio de Troya (1), las cuales se los facilitaron para po-

(1) Estos sucesos sólo tuvieron lugar en la época de las guerras de Mesenia.

der mejor ocultar su delito, y aplacar á sus maridos. Como que esta multitud de jóvenes nacidos fuera de matrimonio no reconocía padre ni madre, vivía con el mayor desenfreno; pero contúvolos la severidad de las leyes, y reunidos que fueron á Falanto, capitán atrevido, intrépido, ambicioso, y diestro en ganar voluntades, los atrajo á esta costa, donde con ellos ha hecho de Tarento una segunda Lacedemonia. También Filoctetes que ganó en el sitio de Troya tanta reputación con las flechas de Hércules, ha levantado no lejos de aquí los nauros de Petilia menos poderosa, pero mejor gobernada que Tarento. Finalmente tenemos á poca distancia la ciudad de Metaponto fundada por Néstor con sus Pilenses.

¡Cómo! replicó Mentor, ¡tenéis á Néstor en la Hesperia, y no habéis sabido interesarle en vuestra defensa! ¡Al gran Néstor, que tantas veces ha sido testigo de vuestras hazañas en el sitio de Troya, y que con vos tenía tan estrecha amistad! Yo la he perdido, respondió Idomeneo, por el artificio de esos pueblos, que no tienen de bárbaros más que el nombre: tan sagaces son que han logrado persuadirle que yo proyectaba tiranizar la Hesperia. Nosotros le desengañaremos, dijo Mentor. Telémaco le vió en Pilos antes que viniese á fundar esta colonia, y antes que nosotros emprendiésemos nuestros largos viajes en busca de Ulises, y no creo que haya olvidado la memoria de este héroe, ni las demostraciones de cariño que hizo á su hijo; mas lo que importa es desvanecer sus sospechas, y pues las que habéis hecho concebir á todos han encendido la guerra, disipándolas podremos apagarla. Vuelvo á deciros que lo dejéis á mi cuidado.

Fuera de sí de contento abrazó á Mentor Idomeneo con tanta ternura, que apenas pudo decirle: ¡Oh sabio anciano, enviado de los dioses para enmendar mis desaciertos! confieso que me hubiera irritado contra

cualquier otro que me hablara con tanta libertad, y también confieso que sólo vos pudierais reducirme á pedir la paz. Resuelto estaba á morir ó vencer; pero la razón exige que prefiera vuestros sabios consejos á mis apasionados dictámenes. ¡Feliz vos, Telémaco, que no podréis con semejante guía desviaros como yo de la senda de la justicia! Vos sois, Mentor, el árbitro; en vos se contiene toda la sabiduría de los dioses; la misma Minerva no daría más saludables consejos. Id, prometed, concluíd, conceded todo lo que de mí depende, que Idomeneo os ofrece aprobar todo lo que vieris que es conveniente que se haga.

Hablando estaban, cuando de improviso oyeron el confuso crujir de los carros, el relinchar de los caballos, la espantosa gritería de los soldados, y el ronco son de las trompas que ocupaban el aire con marcial estruendo. Todos sorprendidos gritan á una: ¡Ya están aquí los enemigos que por medio de un rodeo han evitado el paso de los desfiladeros tan cuidadosamente guardados! Ya sitian á Salento. Consternados los ancianos y las mujeres exclamaban: ¡Infelices de nosotros, que dejamos nuestra cara patria, la fértil Creta, y seguimos á un desgraciado rey atravesando los mares para fundar una ciudad, que como otra Troya se convertirá en cenizas! Desde las murallas nuevamente construídas se veían en la vasta campiña los cascos, las corazas y broqueles de los enemigos que brillaban al sol tanto que deslumbraban. Veíanse también las picas levantadas en tanto número que cubrían la tierra, así como en el estío la cubre una abundante cosecha con que en los campos de Enna en Sicilia recompensa Ceres las fatigas del labrador. Por último se descubrían los carros armados de cortantes hoces, y se distinguían fácilmente las tropas que cada nación enviaba.

Para conocerlas mejor sube Mentor á una alta torre,

y le siguen Idomeneo y Telémaco; y apenas llega, cuando descubre á un lado á Filoctetes, y á otro á Néstor, fácil de conocer por su venerable ancianidad, con su hijo Pisístrato. ¡Qué es lo que veo! exclamó Mentor: vos, Idomeneo, habíais creído que Filoctetes y Néstor se contentaban con no ayudaros, mas vedlos allí que han tomado contra vos las armas, y si no me engaño, esas otras tropas, que marchan tan despacio y en tan buen orden, son lacedemonias, mandadas por Falanto (1). Todos están contra vos: no hay ningún pueblo en toda la costa de quien sin querer no os hayáis hecho un enemigo.

Diciendo esto, descendié presurosamente, y se dirige á la puerta de la ciudad, hacia donde avanzaba el enemigo; hácesela abrir, y queda tan absorto Idomeneo de la majestad con que lo manda, que ni aun se atreve á preguntarle el fin que en ello se propone. Hace Mentor seña de que nadie se atreva á seguirle; acércase á los enemigos, asombrados ya de la resolución de un hombre solo que se les presenta; enséñales desde lejos un ramo de oliva en señal de paz, y cuando llegó á distancia de que pudiesen oírle, les pide que se junten todos los jefes del ejército; júntanse, y les habla en estos términos:

Generosos varones, caudillos de tantas naciones como florecen en la rica Hesperia, yo sé muy bien que sólo os ha movido á reuniros el interés común de la libertad; alabo tan digno celo, mas permitidme que os haga presente un medio fácil de conservarla con gloria de vuestros pueblos sin derramar la sangre humana. Néstor, sabio Néstor, á quien veo en esta asamblea, no ignoráis cuán funesta es la guerra á los mismos que la emprenden con justicia, y bajo la pro-

(1) La disciplina de los ejércitos lacedemonios era célebre entre los antiguos. Marchaban y atacaban al son de las flautas. Los Atenienses se burlaban de su lentitud.

tección de los dioses ; ella es el mayor mal con que afligen á los hombres. Jamás podréis olvidar lo que por espacio de diez años sufrieron los Griegos ante la infeliz Troya. ¡ Qué divisiones entre los capitanes ! ¡ qué caprichos de la fortuna ! ¡ qué estragos hizo en ellos Héctor por su mano ! ¡ qué desgracias no causó en las ciudades más opulentas la larga ausencia de sus reyes ! Á su vuelta naufragaron unos en el promontorio de Cafarea, y otros encontraron una lastimosa muerte en el seno de sus mismas esposas. ¡ Oh dioses ! ¡ preciso es que vuestro enojo armase á los Griegos para esta famosa expedición ! Dignaos no conceder jamás á los pueblos de la Hesperia tan funestas victorias. Yace Troya en cenizas, verdad es ; pero mejor les fuera á los que á tanta costa la incendiaron que se conservase con todo su esplendor, y que el afeminado Paris gozase con Elena de sus infames amores. ¡ Díganlo los pueblos de la Laconia en lo que padecieron por faltarles sus príncipes, capitanes y soldados ! Y vos, Filoctetes, por tanto tiempo infeliz y abandonado en la isla de Lemnos, ¿ no teméis que en una tan semejante guerra os sucedan desgracias semejantes ? Y todos vosotros, Griegos, que habéis venido á fundar en la Hesperia, ¿ qué otra causa os ha precisado á hacerlo sino una consecuencia de las desgracias que produjo aquella misma guerra ?

Después de haber discurrido así, se dirigió hacia los de Pilos, y Néstor, que ya le había conocido, se vino para él á saludarle, y le dijo :

¡ Con cuánto gusto vuelvo á veros, sabio Mentor ! Muchos años hace que os vi por primera vez en la Fócida, cuando sólo teníais quince años, desde entonces preví que llegaríais á ser tan sabio como lo ha acreditado la experiencia. Pero ¿ por qué casualidad os hallamos aquí, y cuáles son los medios que tenéis de terminar esta guerra ? Idomeneo nos ha precisado a

que se la hagamos, á pesar de que todos la huimos, y del interés con que solicitábamos la paz, pero con él no podemos tener ninguna seguridad; ha violado cuantas promesas ha hecho á sus más inmediatos vecinos, y debemos recelar que ahora sólo desee la paz para desunir y desarmar la liga que es nuestra única defensa contra el designio ambicioso que manifiesta de subyugar á todos los pueblos; en una palabra, no nos ha dejado otro medio de conservar la libertad que destruir su nuevo reino; su mala fe nos ha puesto en el compromiso de aniquilarle, ó sufrir el yugo de la esclavitud con que nos amenaza. Si encontráis algún expediente que nos ponga á cubierto de sus intenciones, y nos asegure de la solidez de la paz que con él se haga, todos los pueblos que aquí veis dejarán gustosos las armas, y todos confesaremos con júbilo las ventajas que vuestra sabiduría nos hace.

Mentor le respondió: Ya sabéis que Ulises fió de mi cuidado la educación de su hijo Telémaco, y que impaciente este joven por averiguar la suerte de su padre, pasó á veros á Pilos, donde le recibisteis con toda la consideración que podía esperar de un fiel amigo de su padre, dándole á vuestro propio hijo para que le acompañase á Esparta. Desde entonces ha hecho largos viajes por mar; ha estado en Sicilia, en Egipto, en la isla de Chipre y en la de Creta; y ahora que creía volver á su patria, le han arrojado los vientos, ó por decirlo mejor los dioses, á esta costa; pero tan á buen tiempo que espero evitar con nuestra llegada los horrores de una guerra cruel. Ya no es, pues, Idomeneo, sino el hijo del prudente Ulises, yo mismo soy el que os responde de la seguridad de lo que se concertare.

Estaban Idomeneo y Telémaco con el ejército cretense viendo desde los muros de Salento cómo Mentor en medio de las tropas confederadas hablaba con el

venerable Néstor, y desde allí procuraban percibir á lo menos de qué modo eran recibidas las ofertas de su mediador, ya que no podían, como deseaban, oír los discursos de dos tan sabios ancianos, porque Néstor fué siempre tenido por el más experimentado y elocuente de los reyes de Grecia. Él era el que en el sitio de Troya templaba la fogosa saña de Aquiles, el orgullo de Agamenón, la fiereza de Ajax, y el impetuoso valor de Diómedes. Sus labios destilaban la dulce miel de la persuasión; sola su voz era oída; solo él merecía que cuando hablaba guardasen los demás silencio, y él por fin era el único que sabía ahuyentar del campo la feroz discordia. Y sin embargo de que ya empezaba á sentir las injurias de los años, todavía tenían sus razones la misma dulzura y energía; contaba las cosas pasadas para instruir con sus experiencias, á los jóvenes, y aunque con alguna lentitud, lo hacía con suma gracia.

Pero este mismo anciano, tan justamente admirado de la Grecia entera, todo parecía haberlo perdido al lado de Mentor; su ancianidad era lánguida y abatida comparada con la de éste, en quien los años respetaban la fuerza y el vigor del temperamento; las palabras del uno, aunque graves y sencillas, tenían un vigor y autoridad que empezaba á echarse de menos en las del otro. Sus discursos eran breves, precisos y nerviosos. Nunca repetía lo que una vez había dicho, ni se distraía del punto principal que se trataba; y si alguna vez para persuadir una cosa tenía que inculcarla, hacía lo siempre con cierta novedad, valiéndose de comparaciones sensibles; y al mismo tiempo tenía un no sé qué de complaciente y festivo con que se acomodaba á los alcances de todos para hacerles perceptibles las verdades que les enseñaba.

Tales eran los dos hombres venerables que sirvieron de agradable espectáculo a todos aquellos pueblos re-

unidos que se impelían é incomodaban unos á otros por verlos más de cerca, y oír si podían sus sabios discursos, mientras que Idomeneo y los suyos ansiaban ver para interpretar el aire y semblante de sus enemigos.

## LIBRO XI

Viendo Telémaco á Mentor en el campo de los aliados vase á juntar con él, y su presencia contribuye á que se acepten las condiciones de paz que aquél les había propuesto en nombre de Idomeneo. Entran los reyes como amigos en Salento : ratificanse los tratados, se dan recíprocos rehenes, y hacen un sacrificio entre la ciudad y el campo en confirmación de la alianza.

No menos impaciente Telémaco que los demás por saber lo que en el campo se deliberaba, corre sin ser sentido de la multitud que le rodea hacia la puerta por donde Mentor había salido, y revistiéndose de autoridad, hace que se la abran. Idomeneo, que creía tenerle cerca de sí, se quedó admirado viéndole fuera de la ciudad dirigirse al campo enemigo, y qué ya llegaba cerca de Néstor, el cual, conociéndole, se adelanta á recibirle, acelerando lo posible sus tardos y lentos pasos. Arrójase Telémaco á sus brazos, y le estrecha en los suyos, sin hablarle, hasta que por fin exclama enternecido : ¡Padre mío! no dudo apellidaros así, porque la desgracia de no hallar al que verdaderamente lo es, y la bondad de que me habéis dado tantas pruebas, me autorizan en cierto modo á servirme de tan cariñoso nombre. ¡Pero es verdad que vuelvo á veros! ¡así lo fuera que volviera á ver á Ulises! Mas yo os protesto que si en el mundo hubiera

alguna cosa capaz de consolarme de pérdida tan irreparable, lo sería tener en vos otro Ulises, otro padre.

No pudo Néstor dejar de enternecerse y de sentir una secreta alegría viendo las mejillas de Telémaco regadas con sus lágrimas. La hermosura, la afabilidad y la noble confianza de este desconocido joven que atravesaba sin más precaución por el campo de tantas tropas enemigas, las puso en admiración á todas. ¿Será, decían, el hijo de este anciano que ha venido á hablar á Néstor? Lo cierto es que ambos manifiestan la misma sabiduría en las dos más opuestas edades de la vida; en el uno sólo florece ahora, y en el otro produce con abundancia los más sazonados frutos.

Mentor que veía con gusto el cariño con que Telémaco era recibido de Néstor, se aprovechó de tan feliz disposición para decirle: Ved ahí el hijo de Ulises, tan querido de toda la Grecia, y tan amado de vos mismo. Yo os le entrego como la prenda más segura que se os puede dar de la fidelidad de las promesas de Idomeneo. Bien conocéis que por el mundo entero no querría yo que á la pérdida del padre se siguiese la del hijo, ni que la desgraciada Penélope reconviniere justamente á Mentor de haber sacrificado su hijo á la ambición del nuevo rey de Salento. Con tan digno fiador, que por sí mismo se os ha venido á ofrecer, y que os envían los dioses amantes de la paz, empiezo, oh pueblos de tantas naciones reunidos, á proponeros los medios de establecer una sólida y permanente.

Al nombre de paz se oyó un confuso rumor de disgusto que se propagó de fila en fila por todo el ejército, compuesto de aquellas varias naciones que ardían en ira, y tenían por perdido el tiempo que se difería el combate, sospechando que estas pláticas no tenían otro objeto que aplacar su furor y quitarles la presa que ya creían entre sus manos; particularmente los Mandurios se irritaban más y más de que con aquel

pretexto esperase Idomeneo volver á engañarlos, y para evitarlo, emprendieron más de una vez interrumpir á Mentor, temiendo que con la sabiduría de sus discursos persuadiese á aquellas naciones á que se separasen de su alianza. Ya empezaban á desconfiar de todos los griegos que en ella había, cuando conociéndolo Mentor, procuró avivar esta desconfianza, é introducir en todos el espíritu de división.

Confieso, decía, que los Mandurios tienen motivos para quejarse, y para pedir satisfacción de los daños que se les han causado; pero no por eso es justo que los Griegos que han venido á establecer aquí sus colonias sean sospechosos y aborrecidos de las antiguas naciones del país; antes por el contrario deben, uniéndose, hacerse respetar de ellas; basta que sean moderados, y que se abstengan de usurpar las tierras de sus vecinos. Yo sé que Idomeneo ha tenido la desgracia de hacérseos sospechoso; pero como que no ha sido ése su ánimo, es muy fácil satisfacer vuestra desconfianza. Aquí nos tenéis á Telémaco y á mí, que en prueba de su buena fe nos ofrecemos á permanecer en vuestro poder, ínterin se cumpla fielmente cuanto en su nombre se os prometa. Yo bien sé, oh Mandurios, les dijo, esforzando más la voz, sé muy bien que lo que más os incomoda es que las tropas cretenses hayan ocupado por sorpresa los desfiladeros de vuestras montañas, hallándose por este medio en estado de invadir, á vuestro pesar, cuantas veces quieran el país á que os retirasteis por dejarles las llanuras de la costa. Respondedme, ¿no son estos desfiladeros fortificados con altas torres, guarnecidas de tropas, motivo de la guerra? ¿tenéis además algún otro?

Acercóse á contestarle el jefe de aquel pueblo, y lo hizo, diciendo: ¡Cuánto no hemos hecho por evitarla! Los dioses nos son testigos de que no hemos renunciado á la paz sino cuando la habemos visto escapár-

senos de entre las manos, quitándonos hasta la esperanza de recobrarla la desordenada ambición de los Cretenses, y cuando no nos es posible fiarnos ni de sus juramentos. ¡Nación insensata, que nos has reducido, á pesar nuestro, á la horrorosa necesidad de tomar contra ti un partido tan desesperado, como lo es el de no hallar seguridad sino en tu destrucción! Mientras que ella sea dueña del paso de las montañas, viviremos con la desconfianza de que aspira á usurpar nuestras tierras, y reducirnos á esclavitud. Si no desea más que vivir en paz con sus vecinos, ¿por qué no se contenta con lo que voluntariamente le cedimos? ¿por qué tanto empeño en mantener las entradas de un país, si contra él no tiene ningún designio ambicioso? Pero ¡oh sabio anciano! vos no la conocéis; ¡y ojalá que tampoco nosotros la conociéramos! No os empeñéis en retardar una guerra justa y necesaria, único medio de asegurar en la Hesperia una paz constante. Y tú, nación ingrata, falsa y cruel, enviada aquí por los dioses irritados para alterar la paz que disfrutábamos, y castigar nuestras culpas, teme su enojo; y que después de nuestro castigo nos venguen con el vuestro, porque no es posible que sean menos justos con nosotros que con nuestros enemigos.

Á toda la asamblea conmovió este discurso; no parecía sino que Marte y Belona iban excitando de fila en fila el furor bélico que Mentor trataba de aplacar, por lo que les habló de nuevo en estos términos:

Si las promesas que yo os hago consistiesen únicamente en palabras, estaba bien que desconfiaseis de ellas; pero lo que os ofrezco son cosas reales y presentes. Si no os basta tenernos á Telémaco y á mí en rehenes, yo haré que se os entreguen doce de los más nobles Cretenses; pero la razón exige que vosotros por vuestra parte deis también á Idomeneo las correspondientes seguridades; porque, aunque es cierto que desea

sinceramente la paz, la desea sin miedo y sin bajeza, así como vosotros decís que la habéis buscado por prudencia y moderación, y no por el deseo de una vida muelle, ni porque os desaliente la vista de los peligros con que amenaza la guerra. Idomeneo está dispuesto á morir ó vencer; pero antepone la paz á la más completa victoria. Se avergonzaría de temer ser vencido, pero teme ser injusto, y no se avergüenza de reconocer y procurar reparar sus defectos. Ofréceos la paz con las armas en la mano; no trata de imponeros gravosas condiciones, porque hace poca cuenta de una paz forzada; quiérela sí de modo que á todos satisfaga, que ponga fin á los recelos, destierre todo resentimiento, y quite todo motivo de desconfianza: en una palabra, los sentimientos de Idomeneo son cual vosotros mismos querriais que fuesen; lo que resta es, que os persuadáis de que son tales; y me parece fácil, si me oís con ánimo tranquilo y libre de toda provención.

¡Díme, pues, naciones valerosas, y vosotros, caudillos tan sabios, y estrechamente unidos, oíd lo que en nombre de Idomeneo os ofrezco. No es justo que él pueda entrar en territorio de sus vecinos, así como no lo es que éstos puedan entrar en el suyo. Para evitarlo, desde luego consiente que los desfiladeros, fortificados con las altas torres que han dado motivo á esta guerra, sean guarnecidos con tropas neutrales. Vosotros, Néstor y Filoctetes, aunque griegos de origen, no podéis ser sospechosos de inclinados á Idomeneo, cuando declarándoos contra él habéis dado la mayor prueba de que sólo os mueve el interés común de la paz y de la libertad de la Hesperia. Sed vosotros los depositarios, pues que no tenéis menos interés en evitar que las antiguas naciones de la Hesperia destruyan á Salento, que en impedir á Idomeneo que usurpe los Estados de sus vecinos. Mantened el equilibrio entre unos y otros, y en lugar de llevar á fuego y sangre una nación á la que

debéis amar, reservaos la gloria de ser jueces y medianeros. Acaso diréis que es tan justo lo que os ofrezco, que dudáis que Idomeneo lo cumpla de buena fe; voy á satisfaceros sobre este punto.

Sirvan de recíproca seguridad los rehenes, hasta que los desfiladeros se tomen y guarnezcan por vuestras tropas; y teniendo así en vuestras manos la felicidad de toda la Hesperia, la de Salento, y aun la del mismo Idomeneo, se satisfarán vuestros recelos, porque, ¿de quién podréis entonces desconfiar, si de vosotros mismos no desconfiáis? No os atrevéis á fiaros de Idomeneo, y es Idomeneo tan incapaz de engañaros, que no duda fiarse de vosotros. Ningún reparo tiene en confiaros la tranquilidad, la vida y la libertad de todo su pueblo, y aun la suya propia. Ahora bien, si es cierto que sólo os mueve el deseo de una paz justa, ya se os ofrece, y tal, que no os deja pretexto para arrepentiros, ni desestimarla. Y vuelvo á repetirlo, que no la creáis efecto del miedo que habéis podido inspirarle, sino de la prudencia y de la justicia, cuidando poco de si atribuiréis, ó no, á flaqueza lo que realmente es virtud. Conoce que en los principios tuvo algunas faltas, y ahora funda su gloria en reconocerlas, anticipándose á haceros unas ofertas como las que os hace; porque está bien convencido de que el querer ocultar y sostener con ridículo tesón y orgullo los errores que se cometen, es la mayor debilidad, la vanidad mayor, y la más grosera ignorancia de sus propios intereses. El que confiesa sus faltas á su enemigo, y le ofrece repararlas, en eso mismo prueba que es incapaz de incurrir en otras. Y si el enemigo rehusa la paz con que le convida, tiene mucho que temer de quien manifiesta una conducta tan sabia y virtuosa. Guardaos de dar lugar á que os ponga con su reconocimiento en el mismo peligro en que vosotros le pusisteis con vuestra moderación, porque si rehusáis admitir la paz que con la justicia vie-

nen á buscaros, la justicia y la paz tomarán venganza; y el que debía temer hallar irritados contra sí á los dioses, los pondrá de su parte, y militarán contra vosotros. Telémaco y yo defenderemos la causa de la razón, y pongo por testigos á los dioses del cielo y de los infiernos de las justas proposiciones que acabo de hacer.

Dijo : y levantó los brazos en alto para que todos viesen el ramo de oliva que en señal de paz tenía en la mano. Los jefes que le miraban de cerca quedaron absortos y deslumbrados del fuego divino que brillaba en sus ojos. Parecióles revestido de una dignidad y grandeza superior á la de los más dignos héroes. La persuasión que envolvían sus discursos sencillos y enérgicos atraía los corazones ; eran sus palabras semejantes á las de los mágicos, que en el más profundo silencio de la noche suspenden repentinamente en medio del Olimpo el curso de la luna y de las estrellas, calman el mar irritado, amansan los vientos y las olas, y detienen la corriente de los más rápidos ríos.

Estaba Mentor en medio de aquellos enfurecidos pueblos, como Baco rodeado de tigres (1), que depuesta su voracidad, venían al encanto de su dulce voz á lamerle los pies, sometiéndosele con halagos. Todo el ejército guardaba el mayor silencio, y sus jefes se miraban unos á otros, sin tener qué oponer á este hombre prodigioso, ni poder penetrar quién fuese ; inmóviles las tropas, tenían fijos en él los ojos. Nadie se atrevía á hablar, temiendo impedir que se le oyese si aun tenía algo que decir ; y aunque todos conocían que nada podía añadir, se hubieran alegrado de que hablara por más tiempo. Todo lo que dijo quedó grabado en los corazones ; cuando hablaba, se atraía el amor y el asenso de los que le oían ; y todos estaban deseosos y como

(1) Horacio atribuye á Cerbero lo que Fenelón dice aquí de los tigres.

suspensos para no perder ni aun la más mínima palabra que saliese de su boca.

Por último, después de un largo silencio, se oyó un sordo murmullo muy distinto del rumor confuso que procede del enojo de los pueblos enfurecidos; era éste por el contrario aquel blando susurro con que suele anunciar la aprobación. Descubriase en los semblantes cierta serenidad y templanza : hasta los irritados Mandurios sentían caérseles las armas de las manos. El ferroz Falanto y sus Lacedemonios se admiraron al sentir su corazón conmovido, y los demás empezaron á suspirar por una paz como la que Mentor les ofrecía. Filoctetes, más sensible que ningún otro por la experiencia de sus pasadas desgracias, no pudo contener las lágrimas, y Néstor, no siéndole posible hablar por la conmoción de afectos que le causó el discurso de Mentor, dió á entender sus sentimientos abrazándole tiernamente, con lo cual todas las naciones á una voz, como si esto les hubiese servido de seña, exclamaron alborozadas : ¡ Oh sabio anciano ! vuestra virtud nos desarma. ¡ La paz ! ¡ la paz !

Un momento después quiso Néstor empezar un discurso, pero impacientes las tropas, y temerosas de que quisiese oponer alguna dificultad, volvieron á exclamar : ¡ la paz ! ¡ la paz ! Y no pudieron imponerles silencio los jefes del ejército sino gritando con ellos : ¡ la paz ! ¡ la paz !

Viendo pues Néstor que no le era posible hacer un discurso seguido, se contentó con decir : Ya veis, oh Mentor, cuánto poder tiene la palabra de un varón justo. No hay pasión que no se humille á la voz de la sabiduría y de la virtud. Ya veis trocados nuestros justos resentimientos en amistad, y en deseos de que se realice una paz tan sólida como la que nos ofrecéis, y nosotros aceptamos. Al mismo tiempo tendieron la mano todos los jefes del ejército en señal de aprobación.

Así convenidos, corre Mentor hacia la puerta da Salento para mandar que la dejen abierta, y persuadir á Idomeneo que salga de la ciudad sin precaución. Entre tanto abraza Néstor á Telémaco, y le dice : ¡ Oh amable hijo del más sabio de todos los Griegos ! ¡ plegue á los dioses que seáis tan sabio, como él, pero más feliz ! ¿ No habéis descubierto nada acerca de su destino ? La memoria de vuestro padre, á quien tanto os asemejáis, ha bastado á desarmar nuestra indignación.

Aunque el violento y feroz Falanto no había visto jamás á Ulises, no pudo ser insensible á sus desgracias, ni á las de su hijo, el cual iba á satisfacer las instancias de todos refiriéndoles sus aventuras, cuando volvió Mentor con Idomeneo, á quien seguía toda la juventud cretense.

Al verle se volvió á encender el enojo de los aliados, pero las palabras de Mentor extinguieron este fuego, pronto ya á extender sus voraces llamas. ¿ En qué nos detenemos, les dijo, que no concluimos y ratificamos esta santa alianza, de la cual serán los dioses testigos y defensores ? Roguémosles que la venguen de cualquier impío que se atreva á violarla, y que los horribles males inseparables de la guerra, lejos de oprimir á los inocentes que respeten los sagrados derechos de esta unión, caigan sobre el perjuro y execrable ambicioso que los menosprecie (1) : ¡ que sea abominado de los dioses y los hombres, y que no goce jamás del fruto de su perfidia : que las furias infernales (2), bajo las más horrendas figuras, exciten su rabia y su desesperación ; que muera sin esperanza alguna de sepultura ; sirva su cadáver de presa á las fieras y á las aves ; y que ba-

(1) Estas fórmulas de imprecación, estas invocaciones á las divinidades infernales eran de rigor al celebrarse un tratado.

(2) Las leyes fundamentales de la sociedad estaban bajo la salvaguardia de las Erinnias ó Furias. Nadie podia ser perjuro sin incurrir en su cól ra.

jando por fin á los infiernos, sea sepultado en los más profundos abismos del Tártaro, donde viva toda una eternidad atormentado más cruelmente que Tántalo, Ixión y las Danaides ! Antes bien permitan que esta paz sea inalterable como las rocas de Atlas que sustentan el cielo ; que todos los pueblos la respeten, y gocen sus frutos de generación en generación ; que los nombres de los que la juren sean oídos con amor y veneración de nuestra última descendencia ; que esta paz establecida según las leyes de la justicia y de la buena fe, sirva de modelo á todas las naciones del mundo, y que las que quieran hacerse felices reuniéndose, imiten á los pueblos de la Hesperia.

Hecha esta deprecación, prestaron su juramento Idomeneo y los otros reyes. Diéronse mutuamente doce rehenes, y Telémaco quiso ser del número de los que dió Idomeneo ; pero no permitieron los aliados que lo fuese también Mentor, porque más bien le querían cerca de Idomeneo para estar más seguros de su conducta y de la de sus consejeros. Inmoláronse entre la ciudad y el ejército cien terneras blancas como la nieve, y cien toros del mismo color, con las astas doradas y guarnecidas de flores. Oíase resonar en los montes vecinos el horrísono mugido de las víctimas que caían al golpe del sagrado cuchillo ; por todas partes humeaba la sangre, y para las libaciones corría en abundancia el más exquisito vino (1). Consultaban los arúspices (2) las entrañas aun palpitantes, mientras los sacrificadores quemaban en las aras inciensos, cuyo humo formaba una densa nube, y esparcía su fragancia por toda la campiña.

(1) Para hacer las libaciones, el sacerdote tomaba un vaso lleno de vino, que gustaba y hacía gustar á los asistentes, derramando el resto sobre la cabeza de la víctima.

(2) Los *arúspices* sólo eran conocidos con este nombre en la liturgia romana ; por consiguiente, aquí no vienen á cuento.

Mientras tanto, no mirándose ya los soldados como enemigos, empezaron á contarse sus aventuras, descansando así de sus trabajos, y disfrutando de antemano de las satisfacciones que nacen de la paz. Muchos de los que acompañaron á Idomeneo al sitio de Troya reconocieron á los que con Néstor sirvieron en la misma guerra; abrazáronse tiernamente, y se contaron lo que les había sucedido después que arruinaron aquella opulenta ciudad, que era el ornamento de toda el Asia. Ya se tendían en la blanda hierba, se coronaban de flores, y bebían juntos el vino que en abundancia se les traía de Salento para que celebrasen tan feliz jornada.

De pronto, volviéndose Mentor á los reyes y capitanes de la liga les dijo: De hoy en adelante no compondréis más que un solo pueblo bajo diversos nombres y caudillos. Así es cómo los justos dioses, amantes de sus criaturas, se complacen en estrecharlas con el eterno lazo de la perfecta concordia. Todo el género humano no es más que una sola familia dispersa sobre la faz de la tierra, y los pueblos hermanos (1), y como tales deben amarse. ¡Ay de los impíos que buscan la cruel gloria de derramar la sangre de sus hermanos!

Es cierto que la guerra es algunas veces necesaria; ¡pero qué vergüenza para el género humano que haya ocasiones en que lo sea! Reyes de la tierra, no os sirve de pretexto el deseo de adquirir reputación; la verdadera gloria es incompatible con la inhumanidad. El rey que por su reputación atropella por los sentimientos de humanidad es un monstruo de orgullo, no un hombre; ni llegará á conseguir más que una falsa gloria, porque la verdadera está reservada á la mode-

(1) Hasta en labios de la misma Minerva, que se había mostrado implacable con los Troyanos, son un anacronismo estas ideas de fraternidad universal.

ración y la beneficencia. Bien podrá ser que por satisfacer su loca vanidad le adulen; pero no que aun los mismos que lo hagan dejen de tenerle por tan indigno de la gloria, cuanto es injusta la pasión con que la busca. Se hace acreedor al desprecio de sus vasallos y de todos los hombres, pues los tiene en tan poco, que no repara en prodigar su sangre por una brutal vanidad. ¡Dichoso el rey que ama á su pueblo, y es de él amado; que se fía de sus vecinos, y merece su confianza; que lejos de hacerles la guerra, impide que la tengan entre sí, y hace que las naciones extranjeras envidien á sus vasallos la felicidad de tenerle por rey!

Cuidad vosotros, caudillos de las poderosas naciones de la Hesperia, cuidad de reuniros, celebrando de tres en tres años una asamblea general (1) á que concurran los reyes que están aquí presentes, para renovar con nuevo juramento esta alianza, confirmar la amistad prometida, y deliberar sobre los intereses comunes. Mientras viváis así unidos habitarán con vosotros en este hermoso país la paz, la gloria y la abundancia, y fuera de él seréis respetados é invencibles. Sólo la discordia, abortada del infierno para tormento de los insensatos, podrá turbar la felicidad que los dioses os preparan.

Por la facilidad y prontitud con que admitimos la paz, le respondió Néstor, conoceréis lo distante que estamos de querer hacer la guerra por esa falsa gloria, ni por lá injusta codicia de engrandecernos á expensas de nuestros vecinos. ¿Pero qué partido le queda á una nación que confina con un príncipe violento, que no conoce más ley que la del interés propio, ni pierde ocasión de invadir los Estados ajenos? No creáis que hablo de Idomeneo, á quien ya tengo en bien dis-

(1) Entre las generosas utopías de Fenelón, estaba la de un proyecto de asamblea general de todas las naciones de Europa para dirimir amistosamente toda contienda y diferencia.

tinto concepto. De Adrasto, rey de los Daunios, es de quien todo-lo debemos temer ; de ese impío que desprecia los dioses, y cree que todo el género humano ha sido criado sólo para que con su esclavitud sostenga su soberbia. No quiere súbditos para ser rey y padre de ellos ; quiere esclavos para exigirles adoraciones como un dios. La ciega fortuna ha favorecido hasta ahora sus más injustas empresas. Nuestra celeridad en venir á atacar á Salento era por deshacernos como de paso del más débil de nuestros enemigos, para volver enteras nuestras fuerzas contra el otro más temible por más poderoso, que ya ocupa muchas ciudades de nuestros aliados, y ha ganado dos batallas á los de Crotona. Válese de todos los medios de satisfacer su ambición ; igualmente se sirve del engaño que de la fuerza ; en nada repara, todo se lo permite, siempre que consiga oprimir á sus enemigos. Sus tesoros son inmensos ; sus tropas están bien disciplinadas y aguerridas, sus capitanes son experimentados, y él, bien servido, vela continuamente sobre los que ejecutan sus órdenes, castiga severamente las más leves faltas y recompensa con liberalidad. Con su valor sostiene y anima el de sus tropas. Sería un perfecto rey, si la justicia y la buena fe regularan su conducta ; pero ni teme á los dioses, ni los remordimientos de su conciencia ; tiene en poco la reputación, y la mira como un fantasma incapaz de contener más que á las almas débiles. Sólo aprecia como bienes sólidos y reales las grandes riquezas, el ser temido, abatir y despreciar al género humano. No tardará en parecer con su ejército en nuestras tierras, y si la unión de tantos pueblos no nos pone en estado de resistirle, ninguna esperanza nos queda de conservar la libertad. Así que tanto interesa á Idomeneo como á nosotros en oponerse á este tirano, á quien es insufrible la libertad de sus vecinos ; porque si nosotros somos vencidos, la misma suerte

amenaza á Salento. Apresurémonos, pues, y anticipémonos todos juntos á acometerle.

Mientras Néstor así discurría, se iba encaminando á la ciudad con los demás reyes y jefes principales del ejército, á quienes Idomeneo había pedido entrasen á pasar en ella la noche.

## LIBRO XII

Néstor pide á Idomeneo que ayude á los aliados contra los Daunios, pero Mentor, que quiere establecer buena policía en la ciudad, y emplear al pueblo en la agricultura, hace que se contenten con cien nobles cretenses capitaneados por Telémaco. Parten con efecto, y empieza Mentor á realizar su proyecto por una exacta revista de la ciudad y del puerto; infórmase de todo, hace que Idomeneo establezca nuevas reglas de comercio y de policía, que divida el pueblo en siete clases, cuya jerarquía y nacimiento se distinga por la diversidad de los trajes, y hácele por último que modere el lujo y las artes inútiles para que los artesanos se dediquen más bien á la agricultura.

Quedóse el ejército aliado levantando sus tiendas, que eran en tanto número, que cubrían la campiña, y la hermoseaba la infinita variedad de colores de los ricos pabellones, bajo de los cuales esperaba el sueño la fatigada tropa. Los reyes y su comitiva entraron en la ciudad, pero ¡cuál fué su asombro al ver tantos y tan magníficos edificios construídos en tan poco tiempo, sin que una guerra tan considerable hubiese impedido á esta recién nacida ciudad crecer y adornarse á un mismo tiempo!

Admiraron la sabiduría y vigilancia de Idomeneo, que había sabido fundar un reino tan hermoso, y todos concluyeron que hecha la paz con él se acrecen

taría mucho el poder de los aliados, si á ellos se uniese contra los Daunios. Propusiéronselo, y no pudiendo excusarse de tan justa solicitud, ofreció dar tropas. Pero como Mentor sabía cuánto se necesitaba para hacer un Estado floreciente, y que las fuerzas de Idomeneo no podrían ser tan grandes como lo parecían, le habló á solas en estos términos :

Ya veis que no os son inútiles nuestras diligencias, pues por ellas se ha libertado Salento de las desgracias que la amenazaban. Ya no tenéis quien os impida elevar su felicidad al más alto grado, y que en el gobierno de vuestros pueblos os adquiráis tanta gloria como Minos vuestro abuelo. Yo continúo hablándoos con libertad, porque supongo que lo queréis así, y que detestáis toda lisonja. Partiendo de este principio debo confesaros, que mientras estos reyes apenas acertaban á encarecer vuestra magnificencia, estaba yo en mi interior calificando de temeraria vuestra conducta.

Al oír Idomeneo el nombre de temeridad mudó de semblante, saliéronsele los colores al rostro, y no le faltó mucho para interrumpirle y darle á entender su resentimiento. Conociéndolo Mentor, le dijo en un tono modesto y respetuoso, aunque siempre firme y denodado : Bien veo que os choca este nombre de temeridad, y que otro que yo hubiera hecho mal en servirse de él, porque se debe respetar á los reyes, y acomodarse á su delicadeza (1), aun cuando se los reprehenda; bastante los ofende por sí sola la verdad, sin añadir al modo la dureza; pero yo creí que me permitiríais que os hablase sin disfraz, para que pudieseis conocer mejor vuestros defectos. Mi intención era acostumbraros á que oyeseis llamar las cosas por sus nombres, y á que creyeseis que cuando los demás os hablen en orden á vuestra conducta no se atreverán nunca á

(1) Es decir, á su susceptibilidad.

nacerlo, ni á deciros con franqueza su dictamen ; y si no queréis engañaros sobre punto tan interesante, debéis entender mucho más de lo que os digan acerca de aquello que menos favor os haga. Á mí me es fácil, y estoy pronto á suavizar los términos según vuestra susceptibilidad ; pero os importa mucho que un hombre desinteresado, y que por sus circunstancias no debe daros ningún recelo, se sirva para hablaros en secreto de un lenguaje duro, en la inteligencia de que ningún otro se atreverá jamás á usar con vos de él ; no veréis la verdad más que á medias, y eso bajo los más bellos adornos.

Estas reflexiones templaron en Idomeneo aquel primer ímpetu de su enojo, tanto que avergonzado de su delicadeza : Ved aquí, le dijo, los efectos de la costumbre de ser adulado. Á pesar de ella confieso que os debo la salud de mi nuevo reino, y os protesto que no hay verdad, sea de la clase que quiera, que yo no me tenga por dichoso en oírla de vuestra boca ; compadeceos, pues, de un rey alimentado con el veneno de la lisonja, y que ni aun en sus adversidades ha encontrado quien tenga la generosidad de decirle la verdad. En efecto, jamás tuve quien me amase todo lo que era menester para desagradarme, representándomela cual ella es en sí.

Decía esto teniendo los ojos arrasados en lágrimas ; abrazó tiernamente á Mentor, y este sabio anciano le dijo : No me es poco sensible tener que deciros algunas cosas que os serán desagradables ; sin embargo, ¿ cómo os había de hacer la traición de ocultaros la verdad ? Poneos en mi lugar. No dudéis que si hasta aquí habéis sido engañado, es porque habéis querido serlo, porque habéis temido tener consejeros que os hablen con sinceridad. Y si no, ¿ decidme qué diligencias habéis hecho para serviros de hombres desinteresados, y que tengan para contradeciros toda la firmeza

que procede del amor á la verdad? ¿habéis cuidado de allegaros los menos solícitos en complaceros, aunque los más diligentes en serviros con amor y desinterés, y los más capaces de condenar vuestras pasiones y vuestros injustos deseos? Cuando habéis encontrado algún adulator, ¿qué habéis hecho? ¿le habéis alejado de vuestra persona? ¿le habéis siquiera mirado con desconfianza? Nada de eso. ¿En qué, pues, habéis manifestado vuestro amor á la verdad, ni qué méritos habéis hecho para conocerla? Veamos ahora si tenéis valor para humillaros á la razón que condena vuestras acciones.

Decíaos, que por lo que se os hacen tantos elogios, no merecís sino vituperios. Mientras que por defuera teníais tantos enemigos que amenazaban vuestro reino, aun no bien establecido, sólo cuidabais de levantar magníficos edificios en lo interior de la ciudad. En estos cuidados pasasteis tan malas noches como vos mismo me habéis dicho, y en esto habéis consumido vuestras riquezas, descuidando enteramente el aumento de población, y el cultivo de las fértiles tierras de esta costa. ¿No conocéis cuánto mejor hubiera sido atender á estos dos puntos, mirándolos como el fundamento esencial de vuestro poder? En estos principios era necesaria una larga paz para que se multiplicase vuestro pueblo. Sólo debisteis pensar en la agricultura y en el establecimiento de las más sabias leyes. Pero una vana ambición os ha arrastrado hasta las márgenes del precipicio. Por querer parecer grande, os habéis expuesto á arruinar vuestra verdadera grandeza. Reparad con presteza estos defectos, suspended esas grandes obras, renunciad ese fausto, que destruirá por los cimientos vuestra nueva ciudad; dejad á vuestros pueblos respirar en paz; dedicaos á hacer que abunden de cuanto les sea necesario, y con esto facilitaréis sus matrimonios; y sabed que no sois rey

sino en cuanto tenéis pueblos que gobernar, y que debéis medir vuestro poder, no por la extensión de tierra que ocupéis, sino por el número de hombres que la habiten, y estén dispuestos á obedeceros. Poseéis un buen terreno, aunque sea de mediana extensión; pobladle hasta lo infinito de hombres laboriosos é instruídos, y haced que os amen; entonces seréis más poderoso y feliz, y os adquiriréis más gloria que todos los conquistadores, que fundan la suya en aniquilar sus Estados por destruir los ajenos.

¿Qué es, pues, lo que he de hacer, respecto de lo que á estos reyes he ofrecido? preguntó Idomeneo. ¿Les confesaré mi debilidad? Es cierto que he descuidado la agricultura, y aun el comercio, que tan fácil me era fomentar en esta costa, y que sólo he pensado en edificar con magnificencia una ciudad. ¿Pero no habrá otro arbitrio para salir de este empeño que el de desacreditarme entre tantos reyes, descubriéndoles mi imprudencia? Si no hubiere otro, no dudaré adoptar éste, por más repugnante que me sea, pues estoy convencido de que, como me habéis enseñado, un verdadero rey que ha nacido para su pueblo, y que por él se debe dar á sí propio, debe preferir la salud de su reino á su propia reputación.

Ése es un sentimiento digno de un padre de sus vasallos, le respondió Mentor; en esa bondad, y no en la vana magnificencia de vuestra ciudad, reconozco en vos el corazón de un verdadero rey; no obstante también se interesa el Estado en vuestra reputación, y por lo mismo conviene que la mantengáis; mas esto dejadlo á mi cuidado, que yo haré creer á estos reyes que os halláis comprometido en restablecer á Ulises, si es vivo, y si no, á su hijo, en el trono de Ítaca, y echar de ella por fuerza á los amantes de Penélope. Fácilmente comprenderán que esta empresa exige gran número de tropas, y de aquí el que se contenten

con el pequeño socorro que ahora les deis contra los Daunios.

Al oír Idomeneo este arbitrio, se quedó como uno á quien se le alivia de un peso que le oprime. Vos sabéis, mi caro amigo, le dijo á Mentor, lo que á mi honor conviene, y á la reputación de esta nueva ciudad, cuya falta de fuerzas se trata de ocultar; ¿pero no parecerá inverosímil que yo quiera enviar tropas á Ítaca para restablecer en ella á Ulises, ó en su defecto á Telémaco, estando éste mismo comprometido á ir á la guerra contra los Daunios?

Dejadlo también á mi cuidado, le respondió Mentor; yo no propondré nada que no sea cierto. Los navíos que destinéis para establecer aquí el comercio irán á las costas de Epiro con dos objetos: el primero, atraer á vuestras costas los comerciantes extranjeros, á quienes ahuyentan de ellas los excesivos impuestos, y el segundo, adquirir noticias de Ulises. Si vive, no puede estar muy distante de estos mares que dividen la Grecia de la Italia (1); y aun hay quien asegura haberle visto en la Feacia. Pero aun cuando no nos den ninguna esperanza de hallarle, será importante el servicio que esta expedición haga á su hijo, difundiendo en Ítaca y en todos los países comarcanos el terror de su nombre, á quien tienen por muerto como su padre. Temblarán los amantes de Penélope con la noticia de que se dispone á caer sobre ellos con la ayuda de su poderoso aliado. Los Itacenses no se atreverán á sacudir el yugo; consolaráse Penélope, y rehusará con más firmeza la elección de nuevo esposo. De este modo favorecéis á Telémaco, mientras que él hace vuestras veces con los demás aliados en la guerra contra los Daunios.

Satisfecho Idomeneo, no pudo menos de exclamar: ¡Dichoso el rey que así halla quien le sostenga con sus consejos! Más le vale un sabio y fiel amigo, que

(1) Estos mares son el Adriático y el Jonio.

ejércitos victoriosos. ¡ Pero mucho más dichoso si conoce la felicidad que en ello tiene, y sabe aprovecharse de ella haciendo buen uso de sus sabios consejos! porque sucede muchas veces que los reyes alejan de sí á los sabios y virtuosos, temiendo su virtud, y hacen dueños de su confianza á lisonjeros y aduladores sin temer su perfidia. Yo mismo he incurrido en ese defecto. En ocasión más oportuna os contaré los daños que me produjo un falso amigo que lisonjeaba mis pasiones con la esperanza de que yo lisonjeara también las suyas.

Fuéle fácil á Mentor dar á entender á los reyes aliados que Idomeneo había tomado á su cargo los intereses de Telémaco, mientras éste los acompañaba, y ellos se dieron por contentos de llevar en su ejército al hijo de Ulises con cien jóvenes cretenses, que eran la flor de la nobleza que Idomeneo trajo de Creta consigo. Aconsejóle Mentor que los enviase, porque si bien en tiempo de paz se debe facilitar que la población se multiplique, para que no se afemine la nación ni se ignore en ella el arte militar, era de suma importancia enviar jóvenes nobles que le aprendiesen prácticamente en las guerras extranjeras. Esto basta para inspirar en el Estado cierta emulación de gloria, el amor á las armas, el desprecio de las fatigas, y aun de la muerte misma.

Llegó por fin el caso de que los reyes partiesen de Salento satisfechos de Idomeneo, y encantados de la sabiduría de Mentor; iban sobremanera contentos, porque llevaban consigo á Telémaco; pero éste no pudo disimular su sentimiento cuando hubo de separarse de su amigo. Mientras los reyes se despedían de Idomeneo, y le juraban una eterna alianza, estrechaba Mentor entre sus brazos á Telémaco, el cual le regaba con sus lágrimas, y deshecho en llanto, le decía: Ninguna alegría siente mi corazón por la gloria que voy á

buscar : sólo soy sensible al dolor que nuestra separación me causa. Paréceme estar viendo todavía aquel tiempo infeliz en que los Egipcios me arrancaron de vuestros brazos, y me alejaron de vos sin ninguna esperanza de volver á veros.

Para consolarle Mentor le respondió con la mayor amabilidad : He aquí una separación bien diferente ; como que es voluntaria, será corta, y durante ella vas en busca de la victoria. Yo quisiera, hijo mío, que me amases con menos ternura y con más valor ; acostúmbrate á estar lejos de mí, pues que no siempre me has de tener contigo. Sean la sabiduría y la virtud más bien que la presencia de Mentor las que regulen tu conducta.

Decíale esto la diosa cubriéndole con su égida, é infundiéndole el espíritu de sabiduría y prudencia, la intrepidez y la moderación, que tan raro es hallar juntas.

Andad, continuó diciéndole, corred á los mayores peligros cuantas veces sea conveniente ; que un príncipe más se deshonra huyendo el riesgo de los combates, que no yendo jamás á la guerra. El valor del que manda no debe andar en opiniones, pues si un pueblo tiene necesidad de conservar su jefe ó su rey, aun le es más necesario que no se dude de su valor. Acuérdate de que el que manda debe servir de modelo á los que obedecen, y animar con su ejemplo á todo un ejército. No temas, pues, ningún peligro ; prefiere morir combatiendo, antes que dejar en duda tu valor. Los lisonjeros que más se empeñen en disuadirte serán los primeros en vituperarte de cobarde, si sienten que con facilidad huyes de los riesgos cuando es útil arrostrarlos.

Pero tampoco los debes buscar no siguiéndose utilidad de superarlos. El valor no es virtud sino en cuanto le ordena la prudencia, sin la cual es más bien un insensato desprecio de la vida y un ardor bratal. De un

precipitado valor nada se puede esperar con seguridad. El que en los peligros no es dueño de sí, más bien es arrebatado que valiente; necesita estar fuera de sí para ser superior al temor, que no puede su corazón vencer hallándose en el estado que le es natural; y si en este estado no huye, á lo menos se aturde, pierde el libre uso de la razón, que le sería necesaria para dar órdenes con acierto, aprovecharse de las circunstancias, derrotar al enemigo, y servir á su patria. Si tiene todo el ímpetu de soldado, le falta el discernimiento de capitán. Pero ni aun tiene el valor que conviene al simple soldado, pues éste debe conservar en la batalla la presencia de ánimo y la moderación necesaria para obedecer. El que temerariamente se arroja, altera el orden de la disciplina, da un ejemplo de temeridad, y expone muchas veces todo un ejército. Los que prefieren su loca ambición á la seguridad de la causa común, merecen castigo, y no premio.

Guárdate, hijo mío, de buscar la gloria con impaciencia: el único modo de hallarla es esperar tranquilamente la ocasión favorable de adquirirla. La virtud tanto más se hace respetar, cuanto se manifiesta más sencilla, más modesta, y más enemiga de todo fausto. Á proporción que crece la necesidad de exponerse, necesita la prudencia dictar nuevos arbitrios con que el valor vaya en aumento. Acuérdate por último de que no conviene atraerse la envidia de nadie, y por tu parte abstente de envidiar la felicidad ajena, alaba lo digno de alabanza, pero con discernimiento, refiriendo con gusto lo laudable, y ocultando lo que no lo sea, sin acordarte de ello sino para sentirlo.

No decidas de nada en presencia de esos antiguos capitanes que tienen la experiencia que á ti te falta; óyelos con deferencia, consúltalos, suplica á los más hábiles que te instruyan, y no te avergüences de atribuir á sus lecciones tus aciertos. En fin, no te prestes

á oír los discursos que se dirijan á excitar tu desconfianza ó tu envidia contra ellos. Háblales con ingenuidad y confianza, y si crees que te han faltado en algo, manifiéstales con lisura la razón de tu queja; que si son capaces de apreciar la nobleza de este proceder, te atraerás con él toda su estimación, y obtendrás las satisfacciones que apetezcas; y si por el contrario están tan apegados á su dictamen que rehusan ó desprecian el tuyo, en eso mismo conocerás lo que de ellos tienes que sufrir para no exponerte en lo sucesivo á obrar de manera que tengas de que arrepentirte. Pero sobre todo guárdate de confiar á ningún lisonjero, de los que comunmente abundan en los ejércitos, y son los que en ellos introducen la discordia; guárdate de confiarles los motivos de disgusto ó queja que tengas de los jefes del ejército en que sirvas.

Yo me quedaré con Idomeneo, prosiguió Mentor, para ayudarle con mis consejos á proporcionar la felicidad de sus vasallos que tanto lo necesitan, y para acabar de hacerle conocer y reparar las faltas que los malos consejos y la lisonja le han hecho cometer en el establecimiento de su nuevo reino.

No pudo menos Telémaco de dar á entender á Mentor la admiración que le causaba, y el desprecio que le merecía la conducta de Idomeneo. Pero Mentor le reprendió con severidad diciéndole: Sabe, Telémaco, que si aun en los hombres más estimables se descubren ciertas flaquezas, más son dignos por ellas de nuestra indulgencia que de nuestra censura; los hombres, no son más que hombres y es muy frágil su naturaleza. Y si esto exige la prudencia respecto de todos, mucho más disimulo nos exige la justicia con aquellos que se ven siempre rodeados de los infinitos obstáculos y asechanzas que son inseparables del trono. Idomeneo ha sido por su desgracia educado

con fausto y magnificencia : ¿ qué filósofo (1) en iguales circunstancias se hubiera resistido á la lisonja ? Es cierto que Idomeneo se ha entregado más que debiera á los que han tenido su confianza ; pero ¿ cuántos engaños no han padecido en esto los más sabios reyes, á pesar de las precauciones con que han procurado evitarlo ? Á un rey le son necesarios ministros que le ayuden, y en quien deposite la confianza, pues que no le es posible hacerlo por sí todo. Por otra parte, los reyes conocen mucho menos que los particulares á los sujetos que le rodean ; en su presencia todos aparentan ser como deben, y no hay astucia que no se emplee para engañarlos. ¡ Ah, Telémaco, tiempo vendrá en que por ti mismo lo experimentes ! No se halla en los hombres ni la virtud ni el talento que en ellos se busca. Por más que se los estudie para conocerlos, son infinitos los errores que se cometen en juzgarlos. Además de que ni aun de los mejores se puede conseguir que sean como el bien público necesita. Todos tienen sus preocupaciones, sus caprichos, sus inconsecuencias, y aun sus envidias, y á éstos ni se los persuade, ni se los corrige.

Cuanto más son los pueblos que hay que gobernar, tantos más ministros se necesitan para hacer por medio de ellos lo que no es posible hacer por sí mismo ; y de cuantos más hombres sea necesario servirse y depositar en ellos la autoridad, tanto más expuesto se está á equivocarse en la elección. Alguien critica hoy cruelmente á los reyes, que si gobernara mañana, no sólo lo hiciera menos bien que ellos, sino que á sus defectos añadiría otros infinitamente mayores. En un sujeto particular, si tiene un poco de talento para hablar bien, no se perciben los defectos ; se gradúa su talento del modo más extraordinario, y se le juzga

(1) La palabra *filósofo* es un anacronismo, pues en la época en que hablaba Mentor, no existía la filosofía como escuela.

digno de todos los cargos que no tiene. La autoridad es la piedra de toque en que se prueban los talentos, y se descubren los grandes defectos. Son las dignidades como ciertos vidrios que aumentan los objetos (1). En los grandes destinos se hacen más visibles los defectos; las cosas más mínimas producen grandes consecuencias, y de las más leves faltas nacen los más terribles contratiempos. El mundo entero se ocupa á todas horas en observar un solo hombre, y en juzgarle con el mayor rigor; y aunque sin experiencia del estado en que se halla, ni conocimiento de las dificultades que le cercan, no quieren que sea hombre: tantas son las perfecciones que de él exigen. Por bueno y sabio que un rey sea, aun es hombre. Su entendimiento y su virtud tienen límites. Le son naturales genio, costumbres y pasiones de que no siempre es dueño; los que le rodean son interesados y artificiosos, no halla los socorros que busca; y en estas circunstancias es preciso que á cada paso incurra en un defecto, ya por sus pasiones propias, ya por las de sus ministros. No bien repara una falta, cuando cae en otra, y tal es la condición de los reyes más esclarecidos y virtuosos.

El más largo y mejor reinado es muy corto é imperfecto para enmendar al fin lo que sin querer se erró en los principios. Todas estas miserias son inseparables del trono. La flaqueza humana sucumbe bajo tan enorme peso. ¿Quién más acreedor que los reyes á nuestra compasión é indulgencia? ¿Qué estado más lamentable que el de tener que gobernar tantos hombres, cuyas necesidades son infinitas, y que tantos afanes cuestan á los que anhelan gobernarlos bien? Y hablando con franqueza, harto dignos de compasión son los hombres en verse dirigidos por un rey que no

(1) El descubrimiento de los cristales de aumento era relativamente reciente en la época de Fenelón.

es más que otro hombre semejante á ellos, cuando necesitaban dioses, que los encaminasen. Pero no son menos de compadecer los reyes, que sin ser más que hombres, esto es, débiles é imperfectos, tienen que gobernar una multitud innumerable de hombres corrompidos y engañosos.

Es verdad, respondió con vivacidad Telémaco; pero Idomeneo no sólo ha perdido por su culpa el reino de sus mayores en Creta, sino que sin vuestros consejos hubiera perdido otro en Salento.

Confieso, dijo Mentor, que ha incurrido en graves defectos; pero busca en la Grecia y en las otras naciones más cultas del mundo un rey que no los haya tenido inexcusables. Aun los más grandes hombres tienen en su constitución física y moral defectos que los arrastran; y como es tan difícil tener la virtud que para resistirles se necesita, llamámoslos héroes y grandes, á proporción que se esfuerzan en conocerse y corregirse. ¿Piensas tú que Ulises, el grande Ulises, tu padre, que es el modelo de los reyes de la Grecia, no tiene sus flaquezas y defectos? ¿cuántas veces no se hubiera rendido á los peligros y obstáculos en que se ha visto hecho juguete de la fortuna, si Minerva no le hubiese conducido como por la mano? ¿cuántas veces ha tenido que animarle y sostenerle para conducirlo al templo de la gloria por el camino de la virtud? Pues sin embargo de esto, cuando con toda su fama le veas reinar en Ítaca, no esperes hallarle sin defectos; tú los advertirás, y sin embargo la Grecia, el Asia y las islas todas le han admirado justamente por mil cualidades maravillosas que hacen olvidar aquellos pequeños lunares. ¡Cuánta será tu felicidad en admirarle también, y estudiar incesantemente en su conducta para hacerte de ella un modelo!

Acostúmbrate, pues, Telémaco, acostúmbrate á no esperar de los más grandes hombres lo que no es pro-

pio de la naturaleza humana. La inexperta juventud se arroja á criticar con demasiada presunción ; según ella sólo merecen su desprecio los modelos que necesita seguir, y de aquí el incurable estado de indocilidad á que su orgullo los precipita. No solamente á tu padre debes amar, respetar é imitar, sino hacer un alta estimación de Idomeneo, sin embargo de todos los defectos que en él he reprendido. Es naturalmente sincero, recto, equitativo, liberal y benéfico ; su valor no tiene tacha ; detesta el fraude cuando le conoce, y sigue libremente su inclinación natural ; todas sus cualidades exteriores son dignas del lugar que ocupa. La sencillez con que confiesa sus defectos, su afabilidad, la paciencia con que sufre que yo le diga las cosas más duras, el valor con que emprende humillar su amor propio, corrigiendo por sí mismo públicamente sus defectos, haciéndose superior á la censura de los hombres, manifiestan un alma verdaderamente grande. La fortuna ó los consejos de otro podrán preservar de ciertas faltas á un hombre de mediana condición, pero empeñarse un rey, por tanto tiempo seducido por la lisonja, en enmendar sus desaciertos, es obra de una virtud extraordinaria. Más glorioso es levantarse así que el no haber jamás caído.

Idomeneo ha incurrido en lo que casi todos los reyes incurren, pero casi ninguno hace por corregirse, lo que él acaba de hacer. Yo por mí te aseguro que no podía menos de admirarle en el mismo momento en que me permitía contradecirle. Admirale tú también, mi querido Telémaco, y cree que para darte este consejo, menos tengo en cuenta su reputación que tu utilidad.

Por este discurso hizo conocer Mentor á Telémaco cuán arriesgado é injusto es dejarse arrastrar del furor de criticar con rigor á los demás, y particularmente á los que tienen que luchar con los obstáculos

y dificultades anejos al gobierno. Después le dijo : Ya llega la hora de que partas ; ¡adiós ! Yo te esperaré aquí, mi querido Telémaco. Acuérdate que el que teme á los dioses, nada tiene que temer de los hombres. Tú te hallarás en los más inminentes peligros, mas sabe que no te abandonará en ellos Minerva.

Al oír Telémaco estas palabras, le pareció ver á esta diosa, y aun hubiera conocido que era ella misma la que le hablaba para llenarle de confianza, si no le hubiera la misma diosa recordado la idea de Mentor, diciéndole : No olvides, hijo mío, los cuidados que durante tu infancia he tenido por que llegues á ser tan sabio y valeroso como tu padre. No hagas nada que no sea digno de los heroicos ejemplos que te he dado, y de las máximas de virtud que he procurado inspirarte.

Ya se iba el sol descubriendo, y dorando con sus rayos la cima de los montes, cuando los reyes salieron de Salento, y se fueron á incorporar con sus tropas, acampadas al rededor de la ciudad. Pónense en marcha ; vese por todas partes brillar el acero de las picas enarboladas : deslumbra el resplandor de los escudos, y se levanta una polvorosa nube que obscurece la luz. Idomeneo, acompañado de Mentor, conduce á los reyes hasta que ya lejos de los muros de la ciudad se despiden finalmente, dándose de una y otra parte pruebas de verdadera amistad, sin dudar los aliados de la estabilidad de la paz, luego que conocieron el bondadoso corazón de Idomeneo, que habían supuesto bien diferente, juzgándole no por sus sentimientos naturales, sino por los efectos de los consejos lisonjeros é injustos á que se había entregado.

Después que partió el ejército, condujo Idomeneo á Mentor por todos los barrios de la ciudad : Sepamos le decía éste, á cuánto asciende la población de la ciudad y del campo ; sepamos cuántos son los que

están dedicados á la agricultura, y cuánto trigo, vino, aceite, y demás cosas útiles producen vuestras tierras en los años medianos (1). Por este medio averiguaremos si la tierra da lo necesario á la manutención de sus habitantes, y si aun produce para hacer con el extranjero un comercio útil de lo que sobre. Sepamos también cuántas naves y marineros tenéis, para formar juicio de vuestro poder. Fué á reconocer el puerto, entró en las naves, se informó del país en que cada una hacía su comercio, de las mercaderías que llevaba y de las que traería de retorno; se informó de los gastos que con la nave se harían en el viaje, de los préstamos que los comerciantes se hacían, de las compañías que formaban, para saber si estaban fundadas sobre principios equitativos, y si éstos se observaban fielmente; en fin, se informó de los riesgos de la navegación, del naufragio y las otras desgracias á que está expuesto el comercio, para evitar la ruina de los que lo hacen, los cuales emprenden muchas veces por codicia lo que es superior á sus fuerzas.

Dispuso que se castigase severamente á los que hiciesen quiebra, porque aun los que están exentos de mala fe, casi nunca lo están de temeridad; al mismo tiempo dispuso medios fáciles de evitarlas, estableciendo magistrados, á quienes los comerciantes diesen cuenta de sus efectos y ganancias, de sus gastos y empresas. Nunca les era permitido arriesgar los caudales ajenos, ni más que la mitad de los propios, y así emprendían entre muchos lo que no le era posible á uno solo; y las leyes de las compañías eran inviolables por el rigor de las penas con que se castigaba á los transgresores. Por lo demás gozaba el comercio de una absoluta libertad; lejos de gravarle con impuestos, se re-

(1) Según se desprende de las ideas que atribuye á Mentor, Fenelón era librecambista. Lo mismo se deduce de otros pasajes.

compensaba al que traía á Salento el comercio de cualquiera nación.

Por este medio acudieron muy luego á su puerto comerciantes de todas partes. El comercio que en él se hacía era semejante al flujo y reflujo del mar ; como las ondas nacen y se suceden unas de otras, así á manera de oleadas entraban en la ciudad las riquezas. Todo en ella entraba y salía libremente ; lo que entraba era útil, y lo que salía dejaba en su lugar otras riquezas. La recta justicia presidía en el puerto á tantas naciones como le frecuentaban. La franqueza, la buena fe y el candor parecía que desde lo alto de aquellas soberbias torres llamaban á los comerciantes de las más lejanas tierras. Y ya viniesen de las costas orientales donde el sol sale todos los días del centro de las ondas, ó del otro lado de este gran mar (1), en que se sumerge cansado de su curso para apagar sus fuegos ; tan quietos y seguros vivían en Salento como en su patria.

Visitó Mentor los almacenes que había en lo interior de la ciudad, los talleres de los artesanos, y las plazas públicas. Prohibió todas las mercancías extranjeras que podían inspirar lujo y molicie ; reguló los trajes, las comidas, los muebles, la extensión y el ornato de las casas, según las clases en que los ciudadanos se dividían ; desterró todo adorno de oro y plata, y dijo á Idomeneo : Yo no conozco más que un medio de que vuestro pueblo se contenga en sus gastos, y es el que vos mismo le deis el ejemplo ; es cierto que necesitáis de cierta majestad en lo exterior, pero en las guardias y en los personajes que os acompañen se descubrirá bastante vuestra autoridad. Contentaos con vestir de finísima lana teñida de púrpura ; que los principales del Estado después de vos vistan lo mismo,

(1) Del océano Atlántico. Esto no podía tener lugar en aquella época ; es una simple figura retórica.

sin más diferencia que en el color y en una ligera bordadura de oro que llevará vuestro vestido en la orla. La diferencia de colores servirá para distinguir las clases, sin necesidad de oro, plata ni pedrerías.

Arreglad las condiciones por el nacimiento. Dad el primer lugar á los de más antigua y más esclarecida nobleza. Los hombres constituídos en dignidad por su mérito se contentarán con un lugar inmediato á las antiguas familias que se hallan en tan larga posesión de obtener los primeros honores. Los que no tengan la misma nobleza cederán á éstos sin dificultad, si no los acostumbráis á que una repentina y elevada fortuna les haga que se desconozcan, y si alabáis la moderación de los que la tengan en la prosperidad. La distinción menos expuesta á la envidia es la que procede de una larga sucesión de abuelos.

Respecto de la virtud no temáis que falte quien se apresure á seguirla sirviendo al Estado, si concedéis coronas y erigís estatuas (1) á las acciones que lo merezcan, y si estas acciones se miran como un principio de nobleza en los hijos de los que las hayan hecho.

Las personas del primer rango después de vos vestirán de blanco, con una franja de oro á los extremos; llevarán al dedo un anillo, y al cuello una medalla del mismo metal con vuestro retrato. Las del segundo vestirán de azul, la franja será de plata, y llevarán el mismo anillo, pero no la medalla. Las del tercero de verde, sin anillo ni franja, pero sí una medalla de plata; las del cuarto de color de oro claro; las del quinto de encarnado ó color de rosa; las del sexto de gris, y las del sétimo, que serán las últimas de la plebe, de un color entre amarillo y blanco.

Ved aquí arreglados los trajes de las siete clases de hombres libres. El vestido de los esclavos será de un

(1) Este género de recompensas era muy usado en la antigüedad.

color ceniciento obscuro; de este modo, sin gastos, tendrá cada uno la distinción que corresponda á su clase, y se desterrarán de Salento las artes perniciosas, que no sirven más que para mantener el fausto. Los artesanos que las ejerzan se dedicarán á las otras artes necesarias, que son en corto número, ó también al comercio ó á la agricultura. No se permitirá jamás que se altere la calidad ni la forma de los trajes, por ser indigno de hombres destinados á una vida seria y noble el que se distraigan en inventar afectados aliños, y el que den lugar á que sus mujeres, en quienes sería menos vergonzoso, incurran en tales excesos (1).

Semejante Mentor á un diestro jardinero que corta de los árboles frutales las ramas inútiles, así procuraba cortar el fausto inútil, corruptor de las costumbres, y reducirlo todo á una noble y frugal sencillez. También arregló la manutención de los ciudadanos y de los esclavos. ¡Qué vergüenza, decía, que los hombres más principales hagan consistir su grandeza en la variedad de manjares con que debilitan y embrutece el espíritu, y arruinan insensiblemente la salud, cuando debieran hacer consistir su felicidad en la moderación, en el poder de hacer bien, y en la reputación que con sus buenas obras se granjeasen! La sobriedad sazona agradablemente los más simples alimentos. Ella es la que además de una robusta salud produce los más puros y constantes placeres. Conviene, pues, que limitéis vuestra comida á las mejores viandas, pero sazonadas sin pebres ni salsas. ¿Qué arte más nocivo, ni más opuesto á la salud de los hombres que el de excitarles el apetito más de lo que verdaderamente necesitan?

Bien conozió Idomeneo cuán injusto había sido en dar lugar á que se corrompiesen las buenas costumbres

(1) Muchas de estas reglas y distinciones son pueriles.

de los habitantes de su nueva ciudad por la falta de observancia de las leyes establecidas por Minos acerca de la sobriedad; pero el sabio Mentor le hizo conocer que nada aprovecharía renovar esas mismas leyes, si con su ejemplo no les daba una autoridad que no les podía venir de ningún otro. Inmediatamente arregló Idomeneo su mesa, en la que sólo se admitió en lo sucesivo un excelente pan, una pequeña cantidad de vino del país, que es muy agradable, con algunas otras viandas sencillas, como las que con los demás griegos comía en el sitio de Troya. Nadie se atrevió á quejarse de una ley que el mismo rey se imponía, y todo el mundo corrigió la profusión y la delicadeza de la mesa, vicios que empezaban á hacerse demasiado comunes.

Después prohibió la música muelle y afeminada, que sólo sirve para corromper la juventud, y no condenó con menos severidad la música báquica (1), que no embriaga menos que el vino, y provoca las pasiones y la desenvoltura. Redujo toda la música á las festividades de los templos para cantar en ellos himnos á los dioses, y alabanzas á los héroes que han dado ejemplo de las más sublimes virtudes. Tampoco permitió más que en los templos los grandes ornamentos de arquitectura, como son las columnas, los frontispicios y los pórticos; dió algunos modelos de arquitectura sencilla y vistosa para que en un regular espacio se pudiese hacer una casa alegre y cómoda para una familia numerosa, de modo que estuviese sanamente situada, y los cuartos separados unos de otros, para que el orden y la limpieza se conservasen fácilmente, y el mantenerla fuese de poco coste.

Quiso que toda casa de alguna consideración tuviese

(1) Es decir, la que acompañaba las canciones y los bailes afeminados que tenían lugar en los banquetes.

un salón y un pequeño peristilo (1) con los cuartos necesarios para las personas libres; pero prohibió severamente la multitud superflua y la magnificencia de las habitaciones. Con las casas hechas por estos diversos modelos, proporcionadas á las familias que las habían de ocupar, se hermoseó á poca costa, y se dió regularidad á una parte de la ciudad, al paso que la otra acabada ya según el fausto y el capricho de los particulares, tenía á pesar de su magnificencia una disposición menos agradable y menos cómoda. En poquísimos tiempos se halló concluída la ciudad, porque la costa vecina de la Grecia surtió de buenos arquitectos, y del Epiro y otras partes se trajeron gran número de albañiles, con la condición de que se establecerían después en las cercanías de Salento, se les darían tierras que cultivar, y servirían para poblar la campiña.

La pintura y la escultura le parecieron á Mentor unas artes, que si bien no debían abandonarse, tampoco se debía permitir en Salento que se dedicasen muchos hombres á ellas. Á este fin estableció una escuela presidida por maestros de un gusto delicado que examinasen á los alumnos jóvenes, porque en estas artes, decía, que no son absolutamente necesarias, es insufrible la medianía (2), y de consiguiente sólo se deben admitir á ellas aquellos jóvenes cuyo genio y talento den bien fundadas esperanzas de acercarse á la perfección. Los otros más aptos para las artes mecánicas serán destinados más útilmente á las necesidades ordinarias de la república. Á los pintores y escultores no se les debe emplear más que en obras que inmortalicen á los grandes hombres y sus heroicas acciones, y en los edificios públicos, ó en los sepulcros, es donde se debe conservar la representación de todo lo que con

(1) *Peristilo* se llamaba un patio que tenía al rededor una galería cubierta sostenida por columnas.

(2) Horacio dice lo mismo de los poetas.

una virtud extraordinaria ha sido llevado á cabo en servicio de la patria.

Por último, la moderación y la frugalidad de Mentor no impidieron que autorizase los grandes circoS destinados á la carrera de los caballos y carros, al combate de la lucha y del cesto, y á todos los otros ejercicios en que se cultivan las fuerzas, y se adquiere vigor y ligereza.

Mandó cerrar un sinnúmero de tiendas en que se vendían telas extranjeras con adornos, bordados costosísimos, vasos de oro y plata con varias figuras de dioses, hombres y animales, y también licores y perfumes. Quiso asimismo que los muebles de las casas fuesen sencillos y de mucha duración, de modo que los Salentinos, que se quejaban amargamente de su pobreza, empezaron á conocer cuántas riquezas superfluas tenían; mas éstas eran engañosas riquezas que los empobrecían, pues se iban haciendo efectivamente ricos á proporción que se animaban á desprenderse de ellas. Ellos mismos decían que era enriquecerse el despreciar unas riquezas que agotaban el Estado, y el disminuir sus necesidades, reduciéndolas á lo que realmente exige la naturaleza.

Con la misma diligencia visitó Mentor los arsenales y almacenes, para ver si estaban en buen estado las armas y demás cosas necesarias para la guerra, porque decía que siempre se debía estar dispuesto á hacerla para no hallarse nunca reducido á sufrirla. Halló que eran muchas las cosas de que por todas partes se carecía, y al instante dispuso reunir oficiales que trabajasen el hierro, el acero y el cobre. Empezáronse á construir fraguas, de donde se veían salir torbellinos de humo y llamas semejantes al fuego subterráneo que vomita el Etna. Hasta en los montes vecinos y en las playas inmediatas se oía el martillo, que con sus redoblados golpes hacía gemir los yunques, de modo que parecía

Salento aquella isla en que Vulcano (1), animando á los Cíclopes, forjaba los rayos á Júpiter. Así por una sabia providencia se veían en medio de la más tranquila paz todos los preparativos de la guerra.

Después salió de la ciudad con Idomeneo, y halló una gran porción de tierra fértil inculta, y otra mal cultivada por la negligencia y pobreza de los labradores, que faltos de auxilios, carecían también de vigor para perfeccionar las labores. Viendo Mentor este abandono, dijo al rey : Aquí la tierra está convidando con sus riquezas á los hombres, pero le faltan hombres que la pueblen. Hagamos, pues, que todos esos artesanos de la ciudad, cuyos oficios no pueden servir más que para pervertir las costumbres, vengan á cultivarla. La desgracia está en que acostumbrados á la vida sedentaria que sus oficios necesitan, no se hallan acostumbrados al trabajo ; pero el medio de remediar este inconveniente será distribuir entre ellos las tierras yermas, y convidar á los pueblos inmediatos á que vengan á ayudarlos al más penoso trabajo, que sin duda vendrán, si de los mismos frutos que hagan producir á la tierra se les ofrecen al principio suficientes recompensas, y después la propiedad de cierta porción, por cuyo medio se incorporarán á vuestro pueblo, que no es tan numeroso como debiera ; y supuesto que son laboriosos y dóciles á las leyes, no tendréis vasallos mejores, y con ellos se aumentará considerablemente vuestro poder. Trasplantados los artesanos á la campiña, enseñarán á trabajar á sus hijos, y á que gusten de la vida rural. Además los albañiles extranjeros empleados en la construcción de la ciudad están comprometidos á roturar una parte de vuestras tierras, y hacerse labradores ; incorporadlos á vuestro pueblo luego que acaben en la ciudad. Ellos se darán por contentos con pasar su vida bajo un

(1) Una de las islas de Lípari, al norte de Sicilia, en el mar Tirreno. La antigüedad las llamó islas de Vulcano.

gobierno que ya desde ahora es tan dulce ; y como que son unos hombres robustos y laboriosos, servirá su ejemplo para excitar al trabajo á los artesanos traídos de la ciudad, y con los cuales han de vivir juntos, y á poco tiempo veréis todo el país poblado de familias vigorosas y agricultoras.

Y en cuanto á la multiplicación del pueblo, no tengáis cuidado. Bien pronto se hará innumerable siempre que facilitéis el matrimonio, á que es tan naturalmente inclinado el hombre, y del que sólo la miseria le retrae. Si no los cargáis de impuestos, les será fácil y gustoso vivir con sus mujeres é hijos, porque la tierra jamás es ingrata, siempre mantiene á los que cuidadosamente la cultivan ; sólo rehusa sus beneficios á los que se desdeñan de ofrecerle sus fatigas. Cuantos más hijos tenga un labrador, tanto más rico será, si el príncipe no le empobrece, porque desde la más tierna infancia empiezan los hijos á aliviar al padre ; á los más pequeños los destina á apacentar los corderos ; á los que son mayores á que cuiden de los rebaños, y á los más capaces á que le acompañen á cultivar la tierra ; entre tanto la madre y toda la familia preparan una comida sencilla á su esposo y queridos hijos cansados del trabajo de todo el día ; cuida de ordeñar las vacas y ovejas, que dan en abundancia la más dulce leche ; enciende una gran lumbre, á cuyo alrededor se divierte la inocente y tranquila familia en cantar hasta que llega el sueño ; tiéneles preparado queso, castañas y otras frutas conservadas tan frescas como si se acabaran de coger (1).

Viene el pastor tocando la flauta, y cantando á la

(1) Este cuadro está imitado de Horacio. Nuestro Argensola raza uno tal vez inspirado en el mismo modelo, en el lindo soneto que empieza :

Tras importunas lluvias amanece, *etc.*

familia las nuevas canciones que ha aprendido en las cabañas vecinas ; entra el labrador con el arado, y los cansados bueyes, domada la cerviz, buscan el establo con tardos y lentos pasos, á pesar del aguijón que los aqueja. Todos los afanes del trabajo se acaban con el día. Las adormideras que el Sueño esparce por disposición divina sobre la tierra, disipan con sus hechizos los más enojosos cuidados, y tienen toda la naturaleza en un dulce encanto ; todos se entregan al sueño sin acordarse de la tarea de mañana (1).

¡ Felices hombres sin ambición, sin desconfianzas y sin artificios ! ¡ felices, si los dioses les dan un buen rey que no altere su alegría inocente ! ¡ Mas qué horrible inhumanidad la de arrancarles por ambición, y por ostentar un fausto destructor, los frutos que sólo deben á la liberal naturaleza, y á sus continuos sudores ! La pródiga naturaleza, que arrojaría de su fecundo seno todo lo necesario para la manutención de una infinidad de hombres moderados y laboriosos, aun no basta á saciar la codicia, la molicie y el orgullo de un corto número que reduce á todos los demás á una horrorosa pobreza.

¿ Y que haré, preguntó Idomeneo, si estos pueblos que han de poblar la campiña descuidan su cultivo ?

Haced, le respondió Mentor, todo lo contrario de lo que comunmente se hace ; los príncipes avaros y sin reflexión cuidan sólo de gravar con imposiciones la clase más activa y laboriosa de sus vasallos, porque esperan ser de ellos pagados más fácilmente, y al mismo tiempo alivian los que la pereza hace más miserables. Trocad este mal orden que oprime á los buenos, recompensa el vicio, é introduce cierta negligencia no menos funesta al mismo rey que á todo el Estado. Imponed contribuciones, multas, y si fuere necesario, otras pe-

(1) Morfeo, dios del Sueño, lo representaban los antiguos coronado de adormideras.

nas más rigurosas contra les que descuiden sus tierras, así como castigaríais á los soldados que en campaña abandonasen sus puestos; y por el contrario, conceded gracias y exenciones á las familias, que á proporción que se multipliquen, aumenten el cultivo. Éste es el medio de que la población se aumente, que todos se animen al trabajo y aun de que el trabajo llegue á ser honroso; dejará de estar abatida y despreciada la profesión del labrador, porque cesarán los males y miserias que le oprimen. Se dará estimación al arado conducido por manos victoriosas que habrán defendido la patria, y no será menos glorioso cultivar la heredad de sus mayores en tiempo de una dichosa paz, que haberla defendido generosamente durante las tubulencias de la guerra. Florecerá toda la campiña. Ceres se coronará de doradas espigas; Baco, exprimiendo con sus pies los sazonados racimos, hará que por la falda de los montes corran arroyos de vino más dulce que el néctar; los profundos valles repetirán los conciertos de los pastores que á lo largo de los arroyos cantarán al son de las zampoñas, mientras sus ganados retocen y pasten entre flores sin temor á los lobos.

¿No os tendréis por sumamente dichoso en ser la causa de tantos bienes, y en que tanta multitud de gentes vivan á la sombra de vuestro nombre en una envidiable tranquilidad? ¿no será más apreciable esta gloria que la de talar la tierra y de causar así en sus propios Estados, aun en medio de las victorias, como en los de los enemigos vencidos, los estragos, el espanto, el horror la consternación, el hambre cruel y la desesperación?

Feliz el rey á quien amen tanto los dioses, que le concedan el espíritu que se necesita para emprender la grande obra de ser las delicias de los pueblos, y de ofrecer en su reinado el más agradable espectáculo á los venideros siglos! El mundo entero, lejos de resis-

tirse á su poder, peleando, vendría á postrarse á sus pies implorando su dominación.

Pero cuando los pueblos, dijo Idomeneo, disfruten así de la paz y la abundancia, los corromperán las delicias, y volverán contra mí las fuerzas que yo les haya dado.

No temáis ese inconveniente, le respondió Mentor; ése es el pretexto con que comunmente se adula á los príncipes pródigos que quieren oprimir con exacciones á sus vasallos. Es muy fácil el remedio. Las leyes agrarias que acabamos de establecer, los harán llevar una vida laboriosa, y en su abundancia no tendrán más que lo necesario, pues que desterramos como nocivas las artes que producen lo superfluo. Además, esta misma abundancia se disminuirá por la facilidad de los casamientos, y por lo mucho que se multiplicarán las familias. Siendo todas numerosas, y teniendo poca tierra, necesariamente habrán de emplear un trabajo asiduo en cultivarla. La molicie y la ociosidad son las que hacen insolentes y rebeldes á los pueblos. Los vuestros es cierto que tendrán pan, y con abundancia; pero no tendrán más que pan, y los frutos de su propia tierra, adquiridos con el sudor de su rostro.

Para mantenerlos en esta moderación se necesita regular desde ahora la extensión de terreno que podrá poseer cada familia (1). Ya sabéis la clasificación que hemos hecho de vuestros vasallos arreglada á sus diferentes condiciones. En no permitiendo que ninguna familia en su clase posea más tierras que las absolutamente necesarias para la manutención de sus individuos, y haciendo que sea inviolable esta regla, no podrán los nobles comprar á los pobres las suyas; éstos

(1) Esto es ni más ni menos que la teoría del socialismo de Estado, tan contraria á la libertad humana. Además, tiene la feísima nota de la división de la sociedad en castas, enteramente opuesta al espíritu cristiano.

habrán de conservarlas, y siendo pequeñas las porciones de todos, tendrán que cultivarlas bien, pues que sólo de ellas han de sacar lo que á proporción necesitan. Y si en el discurso de algunos años faltasen aquí tierras, se establecerán colonias que aumenten la grandeza del Estado.

También creo que debéis cuidar de que no se haga demasiado común el uso del vino. Si fuese excesivo el plantío de viñas, es necesario arrancarlas (1), porque el vino es el origen de los mayores males que padecen los pueblos; es causa de enfermedades, querellas y sediciones; de él proceden la ociosidad, el horror al trabajo, y el desorden de las familias. Resérvese, pues, como un remedio ó como un licor raro, que sólo se emplee en los sacrificios, ó en las fiestas extraordinarias. Pero no esperéis que se observe una regla tan importante, si vos mismo no dais el ejemplo.

Es necesario además hacer que se guarden inviolablemente las leyes de Minos en la educación de la juventud. Establézcanse escuelas públicas en que se enseñe el temor á los dioses, el amor á la patria, el respeto á las leyes, la preferencia del honor á los placeres, y aun á la vida misma.

Necesítanse magistrados que velen sobre las familias y sobre las costumbres de los particulares. Velad vos mismo, que no sois rey, esto es, pastor del pueblo, sino para velar noche y día sobre vuestro rebaño, y por este medio evitaréis infinitos desórdenes y crímenes, y los que no podáis evitar, castigadlos al principio severamente. Es clemencia hacer ejemplares que contengan el curso de la iniquidad. Un poco de sangre derramada á tiempo, evita que se derrame mucha sin

(1) En esto imita Fenelón el ejemplo de Domiciano, que prohibió plantar viñas nuevas en Italia, y mandó destruir la mitad de las antiguas. Hasta se dice que hizo arrancar todas de la Galia. (Suet.)

fruto, y le pone al príncipe en estado de ser temido sin usar con frecuencia del rigor.

¡ Pero qué máxima tan detestable la de no creerse seguro sino con la opresión de los vasallos ! El no instruirlos, ni encaminarlos á la virtud, no hacerse amar de ellos, y precipitarlos con el terror hasta la desesperación ; ponerlos en el horroroso compromiso de no respirar jamás con libertad, ó sacudir el yugo de un tiránico dominio, ¿ os parece el verdadero medio de reinar sin sobresaltos ? ¿ es éste el camino que conduce á la gloria ?

Acordaos de que los Estados en que los soberanos son más absolutos, son aquellos en que los mismos soberanos son menos poderosos. De todo se apoderan, todo lo arruinan, y ellos solos son los dueños de todo el Estado ; pero también el Estado desfallece, las tierras están baldías, las ciudades se despueblan, y perece el comercio.

El rey (que no puede serlo sin vasallos, ni poderoso sin que ellos lo sean) se arruina poco á poco á sí mismo, aniquilando insensiblemente á los pueblos de que saca sus riquezas y su poder. Ve su Estado exhausto de dinero, y aun de hombres, que es la pérdida mayor y más irreparable. Su poder absoluto hace tantos esclavos como vasallos tiene. Adúlante, fingen adorarle, y tiemblan á la más mínima de sus miradas. Pero á la más leve revolución que ocurre, es imposible que subsista tan monstruoso poder, llevado á un extremo tan violento. No espere hallar recurso en el amor de los pueblos ; irritadas y oprimidas tiene todas las clases del Estado, y á todas ha precisado á que anhelan y deseen que su suerte se mude. Al primer golpe veréis arruinado, destruído, y hollado á este ídolo. El desprecio, el odio, el temor, el resentimiento, la desconfianza, las pasiones todas se sublevan contra tan odiosa autoridad. El rey, que en su vana prosperidad

no encontrase ni un solo hombre que se atreviese á decirle la verdad, tampoco en su infortunio hallará ninguno que se digne disculparle, ni defenderle de sus enemigos.

Persuadido Idomeneo por este discurso, distribuyó prontamente las tierras vacantes entre los artesanos inútiles y puso en ejecución todo lo demás que se había resuelto, reservando solamente las destinadas á los albañiles que habían de cultivarlas, concluidas que fuesen las obras de la ciudad.

### LIBRO XIII

Refiere Idomeneo á Mentor la confianza que depositó en Protesilao, y los artificios con que este favorito, de concierto con Timócrates, conspiró contra Filocles. Le confiesa que engañado por ellos dió comisión á Timócrates para que le matase; pero que habiendo éste errado el golpe en la ejecución, le perdonó aquél, dejó el mando que tenía en la armada, y se retiró á la isla de Samos; que sin embargo de que posteriormente descubrió Idomeneo la traición de Protesilao, no había tenido valor para castigar ni alejar de sí á tan pérfido valido.

Atraídos de la fama que por todas partes corría de la dulzura y moderación con que gobernaba Idomeneo, venían infinitos pueblos á incorporarse al suyo, y disfrutar la dicha de vivir bajo tan amable gobierno. Aquellas campiñas, por tanto tiempo cubiertas de abrojos y espinas, ya prometían ricas cosechas y frutos hasta entonces desconocidos. Ante la reja del arado abre la tierra sus entrañas, y en ellas halla el constante labrador la esperanza con que desde luego empieza á recompensarle de sus fatigas. Vense los valles

y los montes cubiertos de numerosos rebaños y vacadas, cuyos mugidos resuenan hasta en las más altas montañas, y toda esta rica abundancia era efecto de la sabiduría de Mentor, que aconsejó á Idomeneo diese á los Peucetos, pueblos vecinos, por los ganados que les sobraban, mil cosas superfluas que en Salento había, y cuyo uso estaba ya prohibido.

Al mismo tiempo en la ciudad y las aldeas se consumía en el ocio una numerosa juventud, que por no aumentar su miseria, no se atrevía á casarse. Pero luego que vieron en Idomeneo tales sentimientos de humanidad, y que sus acciones le aclamaban por padre de sus pueblos, ya no temieron el hambre ni las otras calamidades con que el cielo aflige á la tierra. Á la antigua tristeza que nace de la indigencia sucedió como repentinamente la alegría que produce la abundancia; todo era ya regocijo, todo fiestas y canciones de los ganaderos y labradores que celebraban sus himeneos. No parecía sino que había fijado allí su asiento el dios Pan, con una multitud de sátiros, faunos y ninfas, que á la sombra de los bosques bailaban al son de la flauta; tal era el concierto y alegría que reinaban. Sin embargo, era aquélla una alegría moderada; y como tales placeres no tenían más objeto que el de aliviar con ellos las penalidades del trabajo, eran por lo mismo más vivos y más puros.

Admirados los ancianos de ver en sus días lo que les hubiera parecido temeridad esperar en muchos años, lloraban de alegría, levantaban las manos al cielo, y rogando al padre de los dioses: Bendecid, oh gran Júpiter, le decían, bendecid á un rey que os es tan semejante, y en el cual hemos recibido el mayor de vuestros dones. Él ha nacido para nuestra felicidad, concededle pues tantas mercedes como beneficios de él recibimos. Nuestros descendientes, fruto de los matrimonios que facilita, le serán deudores hasta de su

existencia, y él vendrá á ser verdaderamente el padre de sus vasallos. Los recién casados manifestaban su contento en cánticos de alabanza á aquel á quien debían las dulzuras que disfrutaban. Todos tenían en la boca, y aun más en el corazón, á su benéfico rey; todo lo ocupaba su nombre; teníanse por felices en verle, y temían su pérdida, como la más irreparable, como la desolación de todas las familias.

Entonces fué cuando confesó Idomeneo que en su vida había sentido un placer comparable al de verse amado, y hacer felices á tantos hombres. Jamás, decía, lo hubiera creído: siempre juzgué que toda la grandeza de los príncipes consistía en ser temidos, y que sólo para contribuir á ella había nacido el resto de los hombres; cuanto había oído de los reyes, que con sus desvelos se granjearon el amor, y llegaron á ser las delicias de sus pueblos (1), lo tuve por una fábula; mas ahora me desengaña la experiencia. Y para que sepáis, mi amado Mentor, cómo desde mi niñez me hicieron concebir tan soberbias ideas, acerca de la autoridad de los reyes, y cuál ha sido la causa de todas mis desgracias, voy á referiros lo siguiente:

Protesilao, que es de alguna más edad que yo, fué siempre al que en mi infancia prefirió mi cariño. Agradábame su natural vivo y osado; se interesaba en mis placeres, y lisonjeaba mis pasiones; hízome sospechar de otro joven, á quien yo amaba también, llamado Filocles, el cual era temeroso de los dioses, tenía un alma grande y moderada, y hacía consistir la grandeza, no en elevarse, sino en vencerse, y en no cometer ninguna bajeza. Hablábame francamente de mis defectos, y cuando no se atrevía á hacerlo, en su silencio y tristeza me daba sobrado á entender lo que quería reprehenderme.

(1) Como Tito, que fué llamado por sus contemporáneos *delicias del género humano*.

Al principio me agradaba esta sinceridad, y muchas veces le protesté que toda mi vida le oiría con la misma confianza para preservarme de aduladores. Enseñábame los medios de seguir en un todo las huellas de mi abuelo Minos, y hacer mi reino feliz; y aunque es verdad, mi amado Mentor, que su sabiduría no era tan profunda como la vuestra, ahora reconozco cuán buenas eran sus máximas. Sin embargo los artificios de Protesilao, tan desconfiado como ambicioso, me hicieron que poco á poco me fuese disgustando Filocles, que como era poco cortesano, dejaba triunfar al otro, contentándose con decirme la verdad siempre que yo quería oírle; en una palabra, era mi bien, no su fortuna, lo que buscaba.

Á pesar de todo, insensiblemente me llegó á persuadir Protesilao que era aquél un carácter austero y soberbio, que era un censor de todas mis acciones, que nada me pedía por no tener que deberme nada, y por este medio aspiraba á la gloria de hombre superior á todos los honores, añadiendo que con la misma libertad que hablaba de mis defectos, hablaba de ellos á los demás; que daba bien á entender la poca estimación en que me tenía, y que disminuyendo así mi reputación, y dando á la suya el realce de una virtud austera, quería abrirse un camino al trono.

Al principio no pude creer que en Filocles cupiese esta perfidia, porque hay en la verdadera virtud un candor y una ingenuidad que no es posible fingirse, ni puede equivocarla quien con reflexión lo examine. Mas la firmeza con que se oponía á mis debilidades empezaba á molestarme, y la asiduidad de Protesilao, y su ingenio inagotable en inventar medios de complacerme, contribuían no poco á que me fuese más intolerable la austeridad del otro.

Bien lo conoció el astuto Protesilao, pero mal satisfecho de que no le creyese ciegamente en todo

cuanto de su enemigo me decía, se valió del medio de no volverme á hablar más de él para persuadirme por otro más eficaz que todos los discursos. Ved, pues, cómo acabó de engañarme. Aconsejóme que encargase á Filocles el mando de la armada que debía atacar á la de Carpacia, y para que me determinase, me dijo : Yo creo que no tendréis por sospechosos los elogios que de él hago; que tampoco podréis dudar de su valor, ni de sus talentos para la guerra, y menos de que os servirá mejor que ningún otro. Yo prefiero vuestro servicio á mis resentimientos.

Extremadamente complacido de la rectitud é integridad del sujeto á quien tenía confiada la administración de mis más importantes asuntos, le abracé transportado de alegría, y me creí feliz en haber acertado á depositar mi confianza en quien tan bien lo merecía, y en quien tanta superioridad tenía sobre sus pasiones y particulares intereses. ¡ Mas ay! ¡ cuán dignos de compasión son los reyes! Este hombre me conocía aun mejor que yo mismo, y sabía que los soberanos son regularmente desconfiados y negligentes; desconfiados por las reiteradas experiencias que tienen de los artificios de los que los rodean, y desaplicados, porque los placeres los arrastran, y por la costumbre que tienen de valerse de quien piense por ellos (1), pues aun esto les parece trabajo, y le encargan. Conoció, pues, cuán fácil le sería hacerme sospechoso un hombre, cuyas acciones habían de ser necesariamente grandes; y más cuando su ausencia le facilitaría los medios de ponerle mil asechanzas.

Bien lo previó Filocles, y así me dijo al partir : Acordaos de que yo no podré defenderme, de que sólo veréis á mi enemigo, y de que arriesgando mi vida por serviros, me expongo también á no tener otra recom-

(1) Expresión notable que retrata con gran energía la indolencia y debilidad de ciertos reyes y príncipes.

pensa que vuestra indignación. Os engañáis, le dije : no habla de vos Protesilao como vos habláis de él ; os alaba, os estima, y os cree digno de los más importantes empleos, y en el momento que así no juzgase de vos, perdería mi confianza. Nada temáis, id, y no penséis más que en mi mejor servicio. Partió con efecto, y me dejó en una extraordinaria situación.

Es preciso confesároslo, mi amado Mentor : yo veía claramente cuán necesario me era oír el dictamen de muchos, y que nada podría ser más perjudicial á mi reputación, y al buen éxito de los asuntos, que entregarme á uno solo. Además sabía por experiencia, que los sabios consejos de Filocles me habían librado de muchos peligros en que me hubiera precipitado la altanería de Protesilao ; conocía el fondo de probidad que en el uno había, y lo equitativo de sus máximas ; y aunque nada de esto notaba en el otro, era tal el ascendiente que le había dejado tomar, que ya casi no le podía resistir. Cansado, pues, de hallarme siempre entre dos hombres que no podía conciliar, no halló mi debilidad otro medio que el de arriesgar algo por respirar con alguna libertad. Mas aunque no me atrevía á reflexionar lo vergonzoso del motivo, no por eso dejaba de obrar en mi interior sus efectos, y de ser la verdadera causa de que adoptase aquel medio.

Sorprendió Filocles á los enemigos, alcanzó una completa victoria, y apresuraba su vuelta para prevenir los malos oficios que de su enemigo recelaba, pero éste, que aun no había tenido tiempo para engañarme, le escribió que para coger el fruto de la victoria, deseaba yo que hiciese un desembarco en la isla de Carpacia, cuya conquista me había representado con efecto Protesilao que sería fácil ; mas lo dispuso de modo que careciese de los auxilios indispensables, prescribiéndole ciertas órdenes que le causaron en la ejecución diversos contratiempos.

Entre tanto se valió de un indigno doméstico mio (1), que por su destino podía observar para comunicarle hasta lo más mínimo, como con efecto lo hacía, aunque nunca se los veía juntos, y en todo parecían discordes.

Este doméstico, llamado Timócrates, me dijo un día, encareciéndome la importancia del secreto, que había llegado á descubrir que se trataba de un negocio, que podría serme harto perjudicial. Filocles, me dijo, se quiere servir de vuestra armada para erigirse rey de la isla de Carpacia ; los capitanes le son afectos, á los soldados los tiene ganados con sus liberalidades, y aun más con la perniciosa licencia en que se les permite vivir ; sin duda se ha desvanecido con su victoria. Ved aquí en esta carta, escrita por él á uno de sus amigos, una prueba que no deja duda de su proyecto.

Vi la carta, y me pareció escrita por Filocles, tan perfectamente le habían contrahecho la letra entre Protesilao y Timócrates. La leí, y me sorprendió, volvía á leer una y mil veces, y aun teniéndola por suya, no podía persuadirme que lo fuese, tantas y tan sensibles eran las pruebas que me había dado de su desinterés y de su buena fe, y entonces se me ofrecían á la memoria. Sin embargo, ¿qué podía yo hacer, ni cómo había de negar mi asenso á una carta que no dudaba ser de su propio puño ?

Cuando conoció Timócrates el buen efecto que en mí hacía su artificio, le llevó más adelante. ¿Me permitiréis, me dijo como con temor, que os haga notar particularmente una palabra de la carta ? Dice Filocles en ella á su amigo que puede hablar francamente á Protesilao acerca de una cosa que no designa sino con una cifra (2). Para mí, señor, no tiene duda que éste

(1) Es decir, de un oficial de la casa del rey.

(2) Es decir, con ayuda de una *clave*, que permite á dos personas entenderse sin que nadie se entere.

ha entrado también en el proyecto, y que ambos se han reconciliado á expensas vuestras. Reflexionad cuántas instancias os hizo para que le enviaseis, y que de algún tiempo á esta parte ya no os habla contra él, antes os le alaba y le disculpa. Acordaos de que ya se veían sin horror, y se trataban con bastante confianza. Yo no dudo que están conformes en dividir entre sí la conquista de aquella isla. Porque si así no fuese, ¿ cómo permitiría Protesilao que se intentase contra todas las reglas, y que Filocles expusiera vuestra armada por satisfacer sólo su ambición? ¿ creéis vos que tan fácilmente lo disimulara, si no procediesen de acuerdo? De ningún modo. Lo que no se puede ya dudar es que ambos obran de concierto para elevarse á una gran autoridad, y acaso para destruir el trono que ocupáis. Yo bien sé que de hablaros con esta sinceridad me expongo á sus resentimientos, si á pesar de lo que mi celo os comunica dejáis vuestra autoridad en sus manos; pero todo importa menos que el serviros.

Estas últimas palabras me hicieron la mayor impresión. Ya no dudé de la traición de Filocles, y desconfié de Protesilao como de su amigo. Además Timócrates no dejaba de decirme : Si dais lugar á que la conquista se verifique, no os queda después tiempo de oponeros á sus designios; oponeos ahora, pues está en vuestra mano. Entonces manifesté más que nunca el horror que me causaba hallar tan profunda simulación en los hombres, que no sabía de quién fiarme. Estaba convencido de la traición de Filocles, y no veía sobre la tierra uno de cuya virtud no dudase. Me resolví á no dilatar su castigo, pero temía á Protesilao, y no sabía qué partido tomar con él ; temía hallarle culpado, y también temía mantenerle en mi confianza.

En esta incertidumbre no pude menos de manifestarle que Filocles se me había hecho sospechoso. Pare-

ció sorprenderle mi recelo, y como para desvanecerle, me representó su integridad y moderación, me exageró sus servicios, y finalmente hizo todo lo que se necesitaba para que no me quedase duda de su reconciliación. Por otra parte no perdía Timócrates ocasión de hacérmelo notar, y de instarme á que ordenase mientras podía la ruina de Filocles. ¡Ved, mi querido Mentor, si son poco desgraciados los reyes, y si están expuestos á ser el juguete de los demás hombres, al tiempo mismo en que los demás hombres se presentan temblando á los pies de los reyes!

Yo creí dar un golpe de la más profunda política, y desconcertar á Protesilao, enviando secretamente á Timócrates para que matase á Filocles. Protesilao llevó su disimulo hasta el extremo, y me engañó tanto mejor, cuanto más naturalmente pareció que se dejaba engañar. Partió con efecto Timócrates, y halló á Filocles bastante embarazado en su desembarco; de todo estaba falto, porque no sabiendo Protesilao si la carta supuesta bastaría á la ruina de su enemigo, quería tener otro arbitrio en el mal suceso de la empresa, de la cual me había hecho concebir tales esperanzas, que frustradas, creía consiguiente que me irritase contra Filocles. Éste sostenía una guerra tan difícil con su valor y su ingenio, y por el amor que le tenían las tropas, porque aunque todos conocían que era temeraria, y les había de ser funesta, procuraba sin embargo cada uno que se verificase el desembarco, y con tanto ahinco, como si su vida pendiese del suceso. No había uno que no la arriesgase con gusto bajo la dirección de un jefe tan sabio y tan amable.

Ardua empresa era la de matarle Timócrates en medio de un ejército que con tanta pasión le amaba, pero es ciega la ambición. Nada hallaba difícil por complacer á mi valido, y satisfacer el deseo de gobernarle con él absolutamente, muerto que fuese Filo-

cies. Érale insufrible á Protesilao un hombre, cuya presencia era un íntimo convencimiento de sus crímenes, y que podía, desengañándome, destruir sus proyectos.

Asegurado, pues, Timócrates de dos capitanes que de continuo acompañaban á su general, y á los cuales había ofrecido de mi parte grandes recompensas, se presentó á él, y le dijo tenía que comunicarle de mi orden varios asuntos reservados en presencia de sólo aquellos dos capitanes. Encerróse con ellos Filocles, y entonces le dió Timócrates una puñalada, que por fortuna encarnó poco. No se sobrecogió Filocles; le arrancó el puñal, y se sirvió de él contra todos tres. Dió voces, acudieron, echaron las puertas abajo, y le libraron de aquellos miserables, tan turbados, que ni herirle pudieron. Se los aseguró, y fué tanta la indignación del ejército, que inmediatamente los hubiera despedazado, si no le contuviera Filocles. Después cogió á solas á Timócrates, y le preguntó con afabilidad la causa que le había movido á cometer una acción tan vil. Timócrates, que temía que le quitasen la vida, al instante manifestó la orden que yo le había dado por escrito para que le matase; y como los traidores son siempre cobardes, cuidó de salvar su vida, descubriéndole toda la traición de Protesilao.

Horrorizado Filocles de ver tanta malicia en los hombres, tomó un partido propio de su moderación; declaró á todo el ejército que Timócrates estaba inocente, le puso en salvo, le envió á Creta, y transfirió el mando del ejército á Polimenes, que era el que en la orden mandaba yo que le sucediese. En fin, exhortó las tropas á que me guardasen la fidelidad que me debían, y por la noche se pasó en un ligero barco á Samos, donde en medio de la pobreza y de la soledad vive tranquilo, ganando su vida en hacer estatuas, sin querer ni aun oír hablar de los hombres, y mucho

menos de los reyes, que cree son los más desgraciados y los más ciegos de todos.

Al llegar aquí, le detuvo Mentor para preguntarle : ¿Y tardasteis mucho en descubrir la verdad? No, le respondió Idomeneo : poco á poco fui comprendiendo los artificios de Protesilao y Timócrates ; ellos mismos se desavinieron, porque á los indignos les es casi imposible vivir unidos. Su división acabó de darme á conocer el abismo á que me habían arrojado. ¿Pues cómo, replicó Mentor, no os deshicisteis prontamente de uno y otro ? ¡Ay de mí ! exclamó Idomeneo : ¿ ignoráis por ventura, mi querido Mentor, la flaqueza é inaptitud de los príncipes? Una vez entregados á estos hombres osados y corrompidos que tienen además la habilidad de hacerse necesarios, no esperen después tener jamás libertad. Aquellos á quienes más aborrecen son á los que tratan mejor, y á los que colman de beneficios. Á mí me horrorizaba Protesilao, y sin embargo dejaba en sus manos mi autoridad. ¡Extraña ilusión! Satisfecho con conocerle, me faltaba resolución para recobrarla. Por otra parte me era sumamente cómodo su carácter complaciente, industrioso en lisonjear mis pasiones, y activo en pro de mis intereses. Por último, yo hallaba una razón para excusarme interiormente de mi debilidad, esto es, no conocer á ninguno verdaderamente virtuoso. Por no haberlos sabido buscar, llegué á creer que no subsistía uno sobre la tierra, y que la probidad no era más que una bella ficción. ¿Qué adelanto, me decía, con derribar á éste estrepitosamente para salir de sus manos, si he de venir á dar en las de otro no menos interesado y artificioso ?

Por fin volvió á Creta el ejército comandado por Polimenes, y yo no volví á acordarme de la conquista de Carpacia ; pero Protesilao no pudo disimular tan bien, que yo no conociese lo mucho que le pe-

saba de que Filocles viviera con seguridad en Samos.

Volvió Mentor á interrumpir á Idomeneo para preguntarle si, sabida tan infame traición, había mantenido á Protesilao en su privanza.

Yo aborrecía, le respondió, los negocios, y era mucha mi desaplicación para resolverme á arrancarlos de sus manos ; lo cual me hubiera obligado cuando menos á alterar el orden establecido para mi comodidad, y á instruir al que le hubiera de suceder, y jamás tuve valor para emprenderlo ; mas quise cerrar los ojos por no ver sus artificios, consolándome sólo con dar á entender á ciertas personas de mi confianza que no ignoraba su mala fe. De este modo me persuadía que sólo era engañado á medias, pues conocía el engaño. Alguna vez también le hacía que conociese la impaciencia con que soportaba su yugo, y me complacía en contradecirle, en vituperar públicamente algunas de sus disposiciones, y en decidir contra su dictamen ; pero como conocía mi orgullo y mi pereza, le daba poco cuidado de mis enojos ; insistía ya con obstinación, ya suponiendo urgencias, ya aparentando docilidad, ó ya sólo insinuándose ; y si me tenía descontento, entonces particularmente era cuando se esmeraba en facilitarme nuevas diversiones para distraerme, ó en empeñarme en algún asunto que le proporcionase la ocasión de hacerse necesario, y acreditarse de celoso de mi reputación.

Aunque yo desconfiaba de él, con este modo de adular mis pasiones me arrastraba donde quería. Sabía mis secretos, resolvía mis dudas, me aliviaba en mis fatigas, y con mi autoridad hacía temblar el mundo. Por último jamás pude resolverme á castigarle. Pero no es esto lo peor, sino que en el hecho de conservarle en su valimiento hice imposible á los hombres de bien el hacerme observaciones sobre mi verdaderos intereses. Desde entonces se ahuyentó de mis consejos hasta la libertad de pensar, alejóse de mí la verdad, y el

error que prepara la caída de los reyes me castigó, porque sacrificué á Filocles á la cruel ambición de Protesilao. Aun aquellos que tenían más celo por el bien del Estado y de mi persona, se creyeron dispensados de desengañarme después de un ejemplo tan terrible. Yo mismo, mi querido Mentor, yo mismo temía que la verdad disipase la nube y que, á pesar de la lisonja, me iluminase, porque no teniendo valor para seguirla, su luz me sería importuna. Conocía que sin sacarme de tan funesto compromiso me hubiera causado los más crueles remordimientos. Mi molicie, y el ascendiente que sin sentir había tomado sobre mí Protesilao, me hacían caer en una especie de desesperación de no recobrar jamás mi libertad. No quería ver el vergonzoso estado en que me hallaba, ni que los demás le viesen. Vos sabéis, mi caro Mentor, la vana altanería y la falsa estima de sí en que son educados los reyes. Nunca quieren haber errado, y por cubrir un yerro cometen ciento. Antes que confesar un engaño, y tomarse el trabajo de corregirle, se reducirán á dejarse engañar toda la vida. Ved aquí el estado de los príncipes débiles y desaplicados, y éste era puntualmente el mío cuando tuve que partir al sitio de Troya.

Á mi partida le dejé á Protesilao el gobierno absoluto de mis Estados, que desempeñó con arrogancia é inhumanidad; bajo su tiranía gemía todo el reino de Creta, pero, ¿quién se había de atrever á comunicármelo, sabiendo que yo temía saber la verdad, y que abandonaba á la crueldad de Protesilao á cuantos se aventuraban á hablarme contra él? Pero cuanto menos se atrevían á quejarse, tanto más violentos eran los males que se padecían. Preciséme á que desechara al valiente Merión, que con tanta gloria me había acompañado en el sitio de Troya (1). Entró en celos de él así

(1) Merión era el conductor del carro de guerra de Idomeneo.

como de todos los que yo estimaba y daban muestras de alguna virtud.

Conviene que sepáis, mi querido Mentor, que de esto provienen todas mis desgracias. No fué tanto la muerte de mi hijo la que causó la rebelión de los Cretenses como la venganza de los dioses irritados de mis flaquezas, y el aborrecimiento universal que me tenían mis vasallos por la larga esclavitud en que los tuve bajo el tiránico gobierno de Protesilao; esto tenía ya apurado su sufrimiento, y el horror de aquella última acción los animó á reunirse, y hacer juntos en público lo que en secreto deseaba cada uno, y el miedo escondía en lo interior de los corazones.

Timócrates me siguió al sitio de Troya, y desde allí daba cuenta á Protesilao de todo cuanto podía descubrir. Bien conocía yo mi esclavitud, pero procuraba no pensar en ella, pues no esperaba redimirla. Cuando á mi arribo se rebelaron los Cretenses, ellos fueron los primeros que huyeron, y sin duda me abandonarían, si no me hubiera visto reducido á huír casi detrás de ellos. Creed, mi querido Mentor, que los más insolentes en la prosperidad son en la adversidad los más débiles y cobardes; doblan la cerviz en faltándoles la autoridad, y se los ve tan abatidos como se los conoció soberbios; en un momento pasan de un extremo á otro.

¿Pero en qué consiste, preguntó Mentor, que conociendo tan intrínsecamente á estos dos inicuos, los permitáis todavía á vuestro lado? Yo no extraño que os hayan seguido, pues que tanto les iba en ello. También veo una acción generosa en darles un asilo en vuestro nuevo establecimiento, pero no alcanzo por qué os volvéis á meter en sus manos después de tan terribles experiencias.

Vos no sabéis, respondió Idomeneo, cuán inútiles son las experiencias á los príncipes débiles y desaplicados que viven sin reflexión. Todo los descontenta,

de todo se cansan, y no tienen valor para corregir nada. La costumbre de vivir con estos dos hombres era una cadena que me asía á ellos, y además me veía continuamente acechado por ambos. Á mi llegada aquí, me indujeron á que hiciese los excesivos gastos que habéis visto ; extenuaron este aun no bien nacido Estado, y me empeñaron en la guerra, que sin vuestra mediación me hubiera arruinado, y creo muy bien que no tardaría en experimentar en Salento las mismas desgracias que en Creta ; pero vos me habéis por fin abierto los ojos, é inspirado el valor que me faltaba para salir de esclavitud. Yo no sé lo que en mí habéis hecho, lo cierto es que desde que aquí estáis me desconozco, no soy el mismo.

Preguntóle Mentor qué pensaba Protesilao del nuevo plan de gobierno. Nada más artificioso, le respondió Idomeneo, que su conducta desde que llegasteis á esta isla. Al principio no perdonó medio de inspirarme indirectamente alguna desconfianza. Por sí nada decía contra vos, pero eran muchos los que venían á representarme que los dos extranjeros eran muy de temer. El uno es, decían, el hijo del engañoso Ulises, y el otro un hombre reservado y de un saber extraordinario. ¿Quién sabe si unos hombres acostumbrados á vagar de uno en otro reino, habrán formado contra éste algún designio ? Ellos mismos refieren las grandes alteraciones que han causado en los países que han corrido. Este nuestro es un Estado que ahora nace, y aun no ha adquirido consistencia ; la menor alteración puede destruirle.

Protesilao callaba, pero hacía por que tuviese por peligrosas estas reformas, solicitando ganarme por mi propio interés. Si dais lugar á que los pueblos vivan en la abundancia, no trabajarán, se harán altivos, indóciles, y estarán siempre prontos á la rebelión ; la flaqueza y la miseria son las que los hacen dóciles y

obedientes. Muchas veces ha intentado recobrar su antigua autoridad, encubriendo la ambición de dominarme con el pretexto de celo por servirme. Á proporción, me decía, que aliviéis los pueblos, debilitaréis la potestad real, y en eso perjudicáis irreparablemente al mismo pueblo que necesita estar oprimido para vivir tranquilo.

Yo le contestaba, que aunque le aliviase, le mantendría obediente sin detrimento de mi autoridad, granjeándome el amor de los vasallos, castigando con rectitud á todo culpable, y proporcionando á la juventud una buena educación, y á la nación entera una exacta disciplina que la contuviese en una vida sencilla, sobria, y laboriosa. ¿Pues qué, le decía, no es posible gobernar un Estado sin hacerle perecer de hambre? ¡Qué inhumanidad! ¡qué brutal política! ¡cuántas naciones vemos gobernadas con equidad, y sumamente fieles á sus príncipes! Lo que causa las revoluciones es la ambición y la inquietud de los grandes, cuando es excesiva la licencia que se les da, ó no se ha puesto límite á sus pasiones; cáusalas también la multitud de grandes y pequeños que viven en la molicie, en el lujo y en la ociosidad; la multitud de hombres que hacen oficio de la guerra, y que han descuidado toda ocupación útil en tiempo de paz, y por último la desesperación de los pueblos maltratados, la dureza, la altanería de los reyes, y la flojedad que los hace incapaces de velar sobre los miembros del Estado para prevenir los tumultos. Esto es lo que las causa, y no el pan que se deja comer en paz al labrador, después que le ha ganado con el sudor de su rostro.

Viendo Protesilao la constancia con que yo mantenía estos principios, ha tomado un partido opuesto á su conducta pasada y ha comenzado á adoptar lo que no ha podido resistir; finge aprobar mis máximas, estar convencido de su utilidad, y serme deudor de las luces

que sobre esto le he comunicado. Hace mucho más de lo que yo puedo desear en alivio de los pobres ; es el primero en representarme sus necesidades, y en clamar contra los gastos excesivos. Vos sabéis que os elogia, que os da muestras de confianza, y que nada omite por complaceros. Timócrates empieza á separarse de él, y piensa hacerse independiente, y de aquí los celos de Protesilao y las disensiones entre ambos, á las que debo en parte el conocimiento de su perversidad.

Mentor le dijo sonriéndose : ¡ Cómo ! ¿ es posible que haya llegado vuestra flojedad hasta el extremo de dejaros tiranizar tantos años por dos traidores, cuya perfidia conocíais ? ¡ Ah ! no sabéis, le respondió Idomeneo, el poder que tienen los artificiosos sobre un rey débil, que por su desaplicación les ha entregado el manejo de los negocios. Y por otra parte os he dicho que Protesilao adopta ahora todas vuestras disposiciones que se dirigen al bien público.

Mentor continuó diciendo en tono grave : Demasiado bien veo cómo los indignos prevalecen sobre los buenos cerca de los reyes. Vos sois de esto un lastimoso ejemplo. Decís que yo os he abierto los ojos respecto de Protesilao, y aun los cerráis para dejar el gobierno en manos de un hombre indigno aun de la vida. Sabed que no son los malvados incapaces de obrar el bien ; hácenle con igual indiferencia que el mal cuando puede servir á su ambición. Ningún trabajo les cuesta hacer mal, porque no los contiene ningún sentimiento de bondad, ni principio alguno de virtud, pero tampoco les es violento hacer bien, porque su perversión los incita á que parezcan buenos para engañar al resto de los hombres. Hablando con propiedad, no son capaces de virtud, aunque parezca que la practican, pero lo son sí de añadir á sus vicios el más detestable de todos, que es la hipocresía. En tanto

que absolutamente queráis proceder con justificación, os ayudará Protesilao, mas será por conservar su autoridad; pero por pocas disposiciones que en vos note de tibieza, no habrá ardid que no emplee para que volváis á caer en vuestros extravíos, y por recobrar libremente su natural engañoso y feroz.

¿Podéis vivir con honor y tranquilidad, viéndoos á todas horas sitiado por un hombre semejante, mientras que el sabio y fiel Filocles sabéis que vive pobre y abatido en la isla de Samos?

Vos conocéis muy bien que los simulados y atrevidos cerca de los príncipes débiles los arrastran donde quieren, pero debéis añadir que los reyes aun tienen otra desgracia no menor, cual es la de olvidar fácilmente la virtud ó los servicios de los ausentes. La multitud que los rodea es causa de que ninguno les haga una profunda impresión; sólo les llama la atención lo presente, y lo que los adula; lo que no, se olvida pronto. Sobre todo la virtud les interesa poco, porque lejos de adularlos, los contradice, y condena sus flaquezas. ¡Qué extraño es que no sean amados no siendo amables, y que no amen otra cosa que su grandeza y sus placeres!

## LIBRO XIV

Persuade Mentor a Idomeneo á que destierre á Protesilao y Timócrates á la isla de Samos, y restituya en sus honores y traiga á su lado á Filocles. Comisionase para ello á Hegesipo, que gustoso lo pone en ejecución. Llega con ambos á Samos, donde vuelve á ver á su amigo Filocles, tan contento en la pobreza y soledad, que resiste volver con los suyos; mas después que reconoce que ésta era la voluntad de los dioses, se embarca con Hegesipo, y arriba á Salento, donde Idomeneo le recibe amistosamente.

Después de haber hablado así, le persuadió Mentor cuán justo y necesario era echar de sí á Protesilao y Timócrates, y restablecer á Filocles, cuya severidad era lo único que á Idomeneo detenía. Confieso, decía, que aunque le amo, temo algún tanto su vuelta, porque acostumbrado desde mi niñez á ser de todos y por todo alabado y complacido, necesariamente habré de sentir no serlo también de Filocles. Acuérdome que si lo que yo hacía no era de su aprobación, en aquel mismo instante me lo daba á entender con su tristeza. Si me bablaba en particular, es cierto que lo hacía de un modo respetuoso y moderado, pero seco y desabrido.

¿ No veis, le replicó Mentor, que los príncipes alimentados con la lisonja encuentran seco y austero lo que es libre é ingenuo? Llegan hasta imaginarse que no se tiene celo por su servicio, ni respeto á su autoridad, si con un alma servil no se alaba aun el más tiránico abuso de su poder. No hay palabra libre y generosa que no se tenga por atrevida, satírica y sediciosa. Vienen á hacerse tan delicados, que todo lo que no es lisonja los ofende y los irrita. Pero llevémoslo más al extremo, y supongamos que con efecto es Filocles seco y austero : ¿ no os será más útil su

austeridad que la perniciosa adulación de vuestros consejeros? ¿Dónde hallaréis un hombre sin defectos? Y el deciros con franqueza la verdad, ¿no es por ventura lo que menos debéis temer? Pero ¿qué digo? ¿no es precisamente un defecto necesario para corregir los vuestros, y vencer el disgusto con que la adulación os hace oír la verdad? Vos, Idomeneo, necesitáis un nombre que sólo la ame á ella y á vos, y que os ame con más cordura que aquella con que vos mismo os amáis; que os hable á pesar vuestro con resolución, que venza vuestra repugnancia, y este hombre es cabalmente Filocles. Acordaos de que es imponderable la felicidad de un príncipe, en cuyo reino nace un solo hombre con tan generoso carácter, que es el más precioso tesoro de un Estado, y que el mayor castigo que de los dioses puede temer, es perderle, hacerse indigno de poseerle, y no saber emplearle.

Está bien que conozcáis los defectos de los hombres honrados, mas no por eso dejéis de servirlos de ellos. Procurad si corregirlos, no os entreguéis ciegameute á su celo indiscreto, pero oídeles favorablemente, honrad su virtud, manifestad en público que sabéis distinguirla, y sobre todo guardaos de permanecer más tiempo como hasta aquí. Los príncipes, aun después de desengañados, se contentan como vos con despreciar á los inicuos, pero sin dejar por eso de emplearlos, de honrarlos con su confianza, y aun de colmarles de beneficios; préciense de conocer también á los virtuosos, pero sin darles más que vanos elogios, no atreviéndose á emplearlos, ni á admitirlos á su trato familiar, ni á derramar sobre ellos sus beneficios.

Confesó Idomeneo que se avergonzaba de haber tardado tanto en vindicar la inocencia oprimida, y castigar á los que le engañaron, y no le costó mucho á Mentor determinarle á que lo hiciese, porque una

vez que se le hace sospechoso é incómodo su valido, á nada está más dispuesto un príncipe cansado ya de sufrirle que á derribarle. Su amistad se desvanece, olvidanse sus servicios, y mira con indiferencia su caída, con tal que no vuelva á ponérsele delante.

Ordenó inmediatamente el rey á Hegesipo, uno de los principales oficiales de palacio, que prendiese á Protesilao y Timócrates, los condujese con seguridad á la isla de Samos, los dejase en ella, y trajese á Filocles de aquel lugar de destierro. Sorprendióle á Hegesipo tanto la novedad de esta comisión, que no pudo menos de llorar de alegría. Ahora sí, le dijo al rey, que llenáis de gozo á vuestros vasallos. Esos dos hombres son el origen de todas vuestras desgracias y las de vuestros pueblos. Veinte años hace que gimen bajo su yugo todos los hombres de bien, y que apenas se determinan á gemir: tan cruel es su tiranía. Y aunque se quisiera recurrir á vos por otra vía que la suya, ¡cuánto no han oprimido á los infelices que lo han intentado!

Continuó Hegesipo descubriendo al rey un gran número de maldades cometidas por ellos, de las cuales no tenía ninguna noticia, porque nadie se atrevía á acusarlos. Dijole también lo que había descubierto de cierta conjuración tramada secretamente para que Mentor pereciese, y el rey quedó horrorizado de cuanto le dijo.

Apresuróse Hegesipo á prender á Protesilao en su casa, la cual, si bien no era tan grande como la del rey, era más cómoda, más alegre, de mejor gusto la arquitectura, y la tenía magníficamente adornada á expensas de los sudores de tantos miserables. Hallábase cuando llegó en un salon de mármol cerca de sus baños, tendido con languidez en un rico lecho de púrpura recamado de oro, como cansado y consumido de sus trabajos. En los ojos y sobrecejo se manifestaba

un no sé qué de agitado, sombrío y feroz. Le estaban haciendo la corte los principales grandes del Estado, los cuales cuidaban de acomodar el rostro á los movimientos que en el suyo notaban, observando para ello hasta la menor mirada. Apenas abría la boca, cuando todos se disponían á admirar lo que iba á decir. Uno de los principales de la corte le refería con ridículas exageraciones lo que había hecho en servicio del rey; otro le aseguraba, que engañada su madre por Júpiter (1), le había dado el ser, y que de consiguiente era hijo del padre de los dioses; un poeta acababa de cantar ciertos versos en que le decía, que instruído por las musas, había igualado á Apolo en las obras de ingenio; otro, aun más vil y bajo, le llamaba en sus versos el inventor de las bellas artes, el padre de los pueblos, que por su medio vivían felices, y le pintaba con el cuerno de la abundancia (2) en la mano.

Oía Protesilao estas alabanzas con aquel aire seco, distraído y desdeñoso de quien sabe que es mucho más lo que merece, y que es demasiado premio del elogio el dignarse permitirle. Hubo un adulador que se tomó la confianza de decirle al oído cierta agudeza contra la policía que Mentor trataba de establecer; sonrióse Protesilao, y toda la asamblea se echó inmediatamente á reír, sin embargo de que la mayor parte no podía saber de qué. Pero recobrando al instante Protesilao su aire severo y altivo, todos volvieron al temor y al silencio. Muchos nobles anhelaban el momento de que Protesilao se dignase echar sobre ellos una mirada y oírlos; mostrábanse confusos y embarazados, porque tenían gracias que pedirle; sus actitudes suplicantes intercedían por ellos; presentábanse tan

(1) Como sucedió á Alcmena, mujer de Anfitríon, que tuvo de Júpiter á Hércules.

(2) Respecto al sentido mitico de este simbolo, véase DECHARME, *Mytologie de la Grèce*, etc.

sumisos como una madre al pie de los altares, cuando pide á los dioses la salud de su hijo único. Todos parecían contentos, aficionados, y en extremo admirados de Protesilao, aunque todos tuviesen contra él oculta en el corazón una rabia implacable.

Entra Hegesipo en este momento, se apodera de la espada, intima la orden que tenía del rey para conducirle á la isla de Samos. Al oírlo, cayó toda su arrogancia como se desgaja una roca de la cima de una inaccesible montaña. Arrójase trémulo y turbado á los pies de Hegesipo, llora, duda, tiembla, y abraza las rodillas de aquel á quien una hora antes no se hubiera dignado de honrar con una mirada. Viéndole perdido y sin remedio, aquellos mismos que acababan de adularle, convirtieron las lisonjas en despiadados insultos.

No le dió tiempo Hegesipo para que se despidiese de su familia, ni tomase ciertos papeles secretos. Todo le fué cogido y llevado al rey. Timócrates fué preso al mismo tiempo, y se sorprendió extraordinariamente, porque creía que enemistado con Protesilao, no sería comprendido en su ruina. Parten, pues, en un navío, llegan á Samos, déjalos Hegesipo en aquella isla, y para colmo de su desventura los deja juntos. ¡Qué improperios! ¡con qué furor, con cuánta rabia se vituperan! Atribuye el uno al otro los males que ambos han causado, y á los que deben el motivo de su fatal caída. Vense sin esperanza de volver á Salento, condenados á vivir lejos de sus mujeres y de sus hijos, no digo de sus amigos porque jamás tuvieron ninguno. Déjanlos en un país desconocido, en que no tienen otro medio para vivir que el de trabajar, cuando habían pasado tantos años en las delicias y en el fausto, y ahora, semejantes á dos fieras, están mutuamente dispuestos á despedazarse.

Abandonados á su propio furor los dejó Hegesipo, el cual averiguó que Filocles habitaba lejos de la ciudad

en una montaña, donde había una gruta que le servía de albergue. Todos le hablaban con admiración de aquel extranjero. Desde que está en la isla, decían, á nadie ha ofendido. Todos admiran su paciencia, su amor al trabajo, y su tranquilidad; nada tiene, y está siempre contento. Aunque sin intervención en los negocios, sin bienes, ni autoridad alguna, no por eso deja de favorecer á los que lo merecen, y de hallar mil medios de complacer á sus vecinos.

Con estas noticias se dirige Hegesipo á la gruta, y la halla desocupada y abierta, pues la pobreza y simplicidad de costumbres de Filocles le dispensaban de cerrarla cuando salía. Una estera de junco le servía de cama; rara vez encendía lumbre, porque no comía nada cocido; en el estío se mantenía con frutas del tiempo, y en el invierno con dátiles é higos secos. Una fuente cristalina, que al caer de una roca formaba una cascada, le refrigeraba, y apagaba la sed. No había en la gruta más que los instrumentos necesarios á la escultura, y algunos libros que leía á ciertas horas, no por adornar su entendimiento, ni por curiosidad, sino por instruirse, al paso que descansaba del trabajo, y por aprender á purificar más sus costumbres. Si se dedicaba á la escultura, era por ejercitar las fuerzas, huír la ociosidad, y ganar la vida, sin necesitar, ni ser gravoso á nadie.

Al entrar Hegesipo en la gruta, quedó admirado á la vista de ciertas estatuas que tenía empezadas. Reparó en un Júpiter, cuya serenidad de rostro, y plenitud de majestad era tal, que fácilmente se le reconocía por el padre de los hombres y los dioses. Á otro lado estaba Marte, en quien se descubría una fiereza ruda y amenazadora. Pero lo más notable era una Minerva animando las artes; su rostro era noble y afable, y alta y desembarazada su estatura. Estaba en actitud tan viva que no parecía sino que iba á echar á andar.

Después de haberse detenido en la gustosa contemplación de estas estatuas, se salió de la gruta, y vió á lo lejos á Filocles leyendo á la sombra de un frondoso árbol; diríjese hacia él, vele Filocles, y no sabe qué creer. ¿No es éste, decía en su interior, aquel Hege-sipo, con quien tanto tiempo he vivido en Creta? Pero ¿cómo es creíble que haya venido á una isla tan apartada? ¿no es más verosímil que sea su sombra venida de las márgenes de la Estigia?

Mientras estaba en esta duda se acercó tanto Hege-sipo que no pudo menos de reconocerle y abrazarle. ¿Sois vos, decía, mi caro y antiguo amigo? ¿qué casualidad, qué tormenta os ha arrojado á esta costa? ¿Por qué habéis abandonado la isla de Creta? ¿es acaso alguna desgracia semejante á la mía la que os arranca á nuestra patria

No por cierto, le respondió Hege-sipo. No una desgracia, sino el favor de los dioses es el que aquí me conduce. Inmediatamente le contó la larga tiranía de Protesilao, sus intrigas con Timócrates, las desgracias en que habían precipitado á Idomeneo, la caída de este príncipe, su fuga á las costas de la Hesperia, la fundación de Salento, la llegada de Mentor y Telémaco, las sabias máximas con que había Mentor fortificado el espíritu del rey, y la justa caída de los dos traidores, añadiendo que los había llevado á aquella isla para que en ella padeciesen el destierro que á él le habían hecho sufrir, y concluyó comunicándole la orden que tenía de conducirle á Salento, donde el rey, satisfecho de su inocencia, quería honrarle con sus confianzas y colmarle de beneficios.

¿Veis, le respondió Filocles, esa gruta, que más parece albergue de fieras que habitación de hombres? pues ya hace muchos años que disfruto en ella más satisfacciones y tranquilidad que en los palacios dorados de la isla de Creta. Ya no me engañan los hom-

bres, porque como no trato con ellos, estoy libre de la ponzoñosa lisonja que derraman en sus discursos ; ni lo necesito, porque mis manos encallecidas con el trabajo me dan fácilmente el simple sustento que me es necesario, y ya veis cuán corta porción de paño basta á cubrirme. Si aquí no padezco necesidades, gozo de una paz inalterable, y de una dulce libertad, de la cual, en mis libros, aprendo á hacer buen uso ; ¿ qué tengo yo que ir á buscar entre los hombres envidiosos, falaces é inconstantes? No, mi querido Hege-sipo, no os pese de mi felicidad. Protesilao fué traidor á sí mismo, queriendo serlo al rey y matarme. Pero ningún mal me hizo, antes bien el mayor de los bienes, pues me libró del tumulto y de la servidumbre á que reduce el desempeño de los negocios ; yo le debo mi amable soledad, y todos los inocentes placeres que en ella gozo.

Volved, oh Hegesipo, volved al rey ; ayudadle á soportar las miserias anejas á la grandeza, y haced á su lado lo que quisierais que yo hiciese. Y pues sus ojos, por tanto tiempo cerrados á la verdad, han sido en fin abiertos por ese sabio á quien llamáis Mentor, que le retenga cerca de sí, que á mí, después de mi naufragio, no me conviene dejar el puerto, á que felizmente me arrojó la tormenta, para volverme á exponer á la inestabilidad de los vientos. ¡ Oh cuán de compadecer son los reyes ! ¡ y cuán dignos de compasión los que les sirven ! Si son inicuos, ¡ cuánto hacen sufrir á los hombres, y qué tormentos les aguardan en el negro Tártaro ! Y si son buenos, ¡ qué dificultades no tienen que vencer, qué lazos que evitar, y qué males que sufrir ! Vuelvo á repetíroslo, Hegesipo, dejadme disfrutar de mi dichosa pobreza.

Mientras Filocles empleaba la mayor vehemencia en persuadir á Hegesipo, estaba éste admirado de verle, acordándose de que cuando en Creta tenía á su cargo

los asuntos más graves del reino, estaba flaco y extenuado, porque su natural activo y austero le consumía ; no podía ver sin indignación el vicio impune ; quería una exactitud en los negocios, que jamás se halla, y de aquí la decadencia de su delicada salud ; pero en Samos le veía robusto y vigoroso ; á pesar de los años se había renovado la juventud en su rostro, tanto se había mejorado su temperamento con la vida sobria, tranquila y laboriosa que disfrutaba.

Bien conozco que os admira, le dijo Filocles sonriéndose, la mudanza que en mi constitución notáis : la soledad me ha rejuvenecido, y á ella debo la perfecta salud que disfruto, gracias á mis enemigos, que me han dado lo que no hubiera conseguido en la más próspera fortuna. ¿Cómo, pues, queréis que deje los verdaderos por los falsos bienes, y que vuelva á sumergirme en mis pasadas miserias? No seáis mas cruel que Protesilao, á lo menos no me envidiéis la fortuna que le debo.

Hegesipo le hizo presente, aunque por entonces inútilmente, todo lo que creyó propio para persuadirle. ¿Seréis por ventura, le dijo, insensible al placer de volver á ver á vuestros parientes y amigos, que tan deseada tienen vuestra vuelta, y á quienes sólo la esperanza de abrazaros colma ya de alegría? Pero, ¿cómo es posible que quien como vos teme á los dioses y desea cumplir sus deberes, mire con indiferencia el servir á su rey, ayudarle á hacer todo el bien á que está dispuesto, y el ser el instrumento de la felicidad de sus pueblos? ¿es acaso lícito abandonarse á una filosofía salvaje, preferirse al resto del género humano, y la tranquilidad y reposo propio al bienestar de todos sus conciudadanos? Si así lo hicierais, daríais lugar á que se creyera que por un efecto de resentimiento no queríais ver más al rey, que si en algún tiempo os hizo mal, fué no conociendoos ; jamás pensó

hacer perecer al veraz, al bueno, al justo Filocles ; diferente era el hombre á quien quería castigar. Pero ahora que os conoce, y que os tiene por quien realmente sois, siente revivir en su corazón toda la amistad que antes os profesaba. Esperándoos está, y ya le veo abrir los brazos para estrecharos en ellos, tan impaciente porque se verifique, que cuenta los días y las horas que se dilata. ¿Y habíais de tener un corazón tan duro, ó ser tan inexorable, que os resistieseis á los deseos del rey, y os negaseis á los de todos vuestros amantes amigos?

Filocles, que al reconocer á Hegesipo manifestó la alegría que su vista le causaba, luego que le oyó, volvió á recobrar su aire austero. Semejante á una roca, contra la cual combaten inútilmente los vientos y las olas, así, constante en sus designios, no había ruegos que le moviesen, ni razones que le determinasen. Pero en el momento en que empezaba Hegesipo á desconfiar de convencerle, se redujó Filocles á seguirle, resignándose con la voluntad de los dioses, que así se lo ordenaban en el vuelo de las aves, en las entrañas de las víctimas, y en otros diversos presagios que consultó.

Dispónese á partir, mas no sin sentimiento de dejar un desierto en que había pasado tantos años. ¡ Cuán sensible me es dejarte, amable gruta mía, donde el tranquilo sueño venía todas las noches á buscarme, descansando en sus brazos de los trabajos del día ! Aquí las parcas, en medio de mi pobreza, me hilaban días de oro y de seda. Prosternóse bañado en llanto á adorar la náyade, que por tanto tiempo le había refrigerado con sus cristalinas corrientes, y á las ninfas que habitaban en todos aquellos montes. Oyó Eco sus lamentos, y los repitió en triste acento á todas las divinidades campestres.

Fuéronse ambos á la ciudad á disponer su embarco,

y creyendo Filocles que el infeliz Protesilao avergonzado y resentido no querría verle, se ocultaba modestamente por no aumentar su desgracia con la presencia de un enemigo, cuya prosperidad se iba á elevar sobre su ruina, pero se engañaba, porque los hombres corrompidos, como que no tienen ningún pudor, no hay bajeza á que no estén dispuestos; y así fué que Protesilao no perdonó diligencia hasta encontrarle para moverle á compasión, y empeñarle á que le alcanzase del rey permiso para volver á Salento. Era Filocles demasiado sincero para ofrecerle semejantes oficios que no estaba dispuesto á emplear, porque conocía mejor que nadie cuán perniciosa hubiera sido su vuelta, pero le trató con la mayor indulgencia y mansedumbre, le dió muestras de compasión, hizo por consolarle, y le exhortó á que aplacase á los dioses con pureza de costumbres y paciencia en los trabajos. Y como supiese que el rey le había privado de todos sus bienes injustamente adquiridos, le ofreció dos cosas, que cumplió fielmente: fué la una cuidar de su mujer é hijos que permanecían en Salento en la más extrema pobreza, expuestos á la indignación pública, y la otra enviarle algún socorro que le hiciese más soportable su miseria.

Entre tanto empieza á soplar un viento favorable, y Hegesipo, que le esperaba con impaciencia, se aprovecha de esta ocasión para hacer que se embarque Filocles. Velos partir Protesilao, fija los ojos en la ribera, y sigue con ellos el navío, que surcando las ondas va poco á poco desapareciendo á impulsos del viento; ya no le ve, y todavía se le representa en su imaginación, hasta que por fin, conturbado, furioso, y abandonándose á su desesperación, se arranca el cabello, se revuelca en la arena, acusa de crueles á los dioses, y llama en su socorro á la muerte, que, sorda á sus ruegos, le tiene por indigno de sus auxilios, y á

él le falta valor para forzarla á que le libre de los males que padece.

Favorecido el navío por Neptuno y los vientos, tardó poco en llegar á Salento; fuéronle á decir al rey que ya entraba en el puerto, y sale inmediatamente con Mentor á recibir á Filocles, le abraza tiernamente, y le manifiesta lo sensible que le era haberle perseguido tan injustamente. Esta confesión, lejos de parecer debilidad, no hubo salentino que no la mirase como el esfuerzo de un alma grande que, superior á sus propios defectos, los reconoce para repararlos. Todos lloraban de alegría al ver aquel hombre que con sus virtudes se había granjeado el amor de los pueblos, y al oír hablar al rey con tanta sabiduría y tanta bondad.

Recibía Filocles los agasajos del rey con semblante respetuoso y modesto, y le siguió hasta palacio, impaciente ya por sustraerse á las aclamaciones del pueblo. Muy luego se trataron Mentor y él con la misma confianza que si toda su vida hubieran vivido juntos, y esto consiste en que los dioses, que han negado á los inicuos ojos para conocer á los buenos, se los han dado muy perspicaces á los que lo son para conocerse mutuamente. Los que profesan la virtud no pueden estar juntos sin vivir unidos con los vínculos de la virtud que aman.

Inmediatamente suplicó Filocles al rey que le permitiese retirarse á un lugar solitario cerca de Salento, donde poder continuar viviendo pobremente como en Samos. Concedióselo el rey, que acompañado de Mentor iba casi todos los días á verle á su desierto. Allí examinaban los medios de consolidar las leyes, y de dar al gobierno una forma constante para mantener la pública felicidad.

Los dos puntos principales que examinaron fueron la educación de la juventud, y los ejercicios que se habían de establecer en tiempo de paz. Los niños, de-

cía Mentor, pertenecen menos á sus padres que á la república. Ellos son hijos del pueblo, su esperanza y su defensa, y no es tiempo de corregirlos después de pervertidos. Importa poco excluírlos de los empleos cuando se han hecho indignos de ellos; más vale prevenir el mal, que hallarse en la precisión de castigarle. El rey que es el padre de su pueblo, lo es más particularmente de la juventud, flor de la nación, pues así como en la flor se necesita preparar los frutos, así el rey debe velar y hacer que se vigile sobre la educación de los jóvenes; sostener con firmeza la observancia de las leyes de Minos, que mandan imprimir en los niños el desprecio del dolor y de la muerte; hacer consistir el honor en huír las delicias y las riquezas, y que la injusticia, el fingimiento, la ingratitud y la molicie se tengan por vicios infames; que se les enseñe desde su tierna infancia á cantar las alabanzas de los héroes amados de los dioses, que han realizado acciones generosas por su patria, y dado á conocer su valor en los combates, aficionándolos á la música (1), que con sus encantos dulcifique sus costumbres; que se les enseñe á ser tiernos con sus amigos, fieles á sus aliados, y equitativos con todos, aun con sus más irreconciliables enemigos; y que teman menos la muerte y los tormentos, que el menor remordimiento de la conciencia. Si con tiempo se imbuye á los niños en estas máximas, haciendo que sirva el canto para grabárselas en el corazón, pocos habrá que no se inflamen en el amor de la gloria y de la virtud.

Mas decía Mentor, que era de suma importancia el establecimiento de escuelas públicas (2), en que se acos-

(1) Los Griegos daban á la música un papel importante en la educación de la juventud, y le atribuían gran influencia sobre las costumbres.

(2) Fenelón en este pasaje parece que entiende por escuelas *gimnasios* ó *palestras*. En su manuscrito se leían entre líneas estas mismas palabras.

tumbrase la juventud á los más trabajosos ejercicios del cuerpo para evitar la molicie y la ociosidad. Quería que hubiese una gran variedad de juegos y de espectáculos que animasen al pueblo, y que particularmente sirviesen para ejercitar los cuerpos, y hacerles rectos, ligeros y vigorosos, señalando premios para excitar una noble emulación. Pero lo que más deseaba para que las buenas costumbres se mantuviesen, era que los jóvenes se casasen á su tiempo, y que los padres, pospuesto todo interés, les dejasen elegir mujer, cuyas dotes de alma y cuerpo fuesen más capaces de aficionarlos, como más conformes á su gusto.

Tratando así de los medios de conservar la juventud pura, inocente, laboriosa, dócil y amante de la gloria, Filocles, apasionado por la guerra, le decía á Mentor : En vano ocuparéis á los jóvenes en esos ejercicios, si los dejáis desfallecer en una paz continuada, en que no tendrán ninguna experiencia de la guerra, ni necesidad alguna de dar muestras de su valor. Por este medio se debilitará insensiblemente la nación, se afeminarán los espíritus, las delicias corromperán las costumbres, á los pueblos belicosos les será fácil vencerlos, y por querer evitar los males anejos á la guerra, se vendrá á caer en una horrorosa esclavitud.

Son los males de la guerra, le respondió Mentor, mayores de lo que pensáis, Filocles : además de agotar de todo á un Estado, le ponen en el mayor riesgo de perecer, y esto aun cuando se consigan las más completas victorias. Empiécese la guerra con todas las ventajas que se quiera, jamás se está seguro de acabarla sin exponerse á las más trágicas inconstancias de la fortuna. Con cualquier superioridad de fuerzas que se entre en una batalla, cualquier error, por pequeño que sea, un terror pánico (1), una nada

(1) Es decir, un terror súbito y sin fundamento. Los antiguos lo atribuían á la aparición del dios Pan.

arranca la victoria de la mano que creía tenerla segura, y la coloca en las del enemigo. Mas aun cuando se la tuviese encadenada, no impide que uno se destruya á sí mismo, destruyendo á los vencidos ; queda el país despoblado, las tierras incultas, se entorpece el comercio, y lo que aun es más de sentir, las mejores leyes se debilitan, y las costumbres se pervierten ; la juventud abandona las letras ; la urgente necesidad hace que se relaje la disciplina militar, y se toleren licencias que le son perniciosas ; la justicia, la policía, y todos los ramos de buen gobierno se resienten de este desorden. El rey que por adquirir un poco de gloria ó extensión de dominios derrama la sangre de tantos hombres, y causa tantas desgracias, es indigno de la gloria que busca, y merece perder lo que posee, por haber querido usurpar lo que no le pertenece.

Mas he aquí el medio de tener en ejercicio en tiempo de paz el valor de una nación. Ya os constan los ejercicios propuestos, los premios que han de excitar la emulación, las máximas de gloria y de virtud que deben inflamar las almas de los niños casi desde la cuna, por medio del canto de las grandes acciones de los héroes ; añadid á estos auxilios el de una vida sobria y laboriosa ; pues aun hay más : inmediatamente que una nación aliada á la vuestra se halle en guerra, debe enviarse á ella la flor de vuestros jóvenes, particularmente aquellos en quienes se note genio marcial y más disposición para que aprovechen las experiencias. Por este medio conservaréis entre vuestros aliados una alta reputación ; vuestra alianza será tan apreciable como sensible el perderla ; y sin estar en guerra, ni sustentarla á vuestras expensas, tendréis siempre una juventud aguerrida é intrépida. Aunque en vuestros Estados se disfrute de la paz, no por eso dejaréis de premiar con grandes honores á los inteligentes en la guerra, upes el verdadero medio de alejar ésta, y conservar

aquella, es cultivar la disciplina y ejercicio de las armas, honrar á los que sobresalen en esta profesión, tener quien la haya ejercido en los países extranjeros, que conozcan las fuerzas, la disciplina y táctica de los pueblos vecinos, y estar tan lejos de intentar la guerra por ambición, como de temerla por debilidad. Y hallándose dispuestos á hacerla siempre que la necesidad lo exija, se consigue no hallarse casi nunca en semejante necesidad.

Respecto de vuestros aliados, cuando los veáis en disposición de romper entre sí, á vos os toca servir de mediador, con lo cual adquiriréis una gloria más sólida y segura que la de los conquistadores; os granjearéis el amor y la estimación de los extranjeros, que necesitando de vos, reinaréis sobre ellos por la confianza, como reináis sobre vuestros vasallos por la autoridad. Vendréis á ser el depositario de los secretos, el árbitro de los tratados, el dueño de los corazones, vuestra reputación se extenderá hasta los países más remotos, y será vuestro nombre como una suave fragancia que se extienda de uno en otro país hasta las más remotas naciones. En este estado, aun cuando un pueblo vecino os ataque contra las reglas de la justicia, os hallará aguerrido y preparado, y aun lo que es mucho más, amado y socorrido, porque todos vuestros vecinos se apresurarán á auxiliáros, bien persuadidos de que de vuestra conservación depende la seguridad pública. Éste sí que es un apoyo que ofrece más seguridad que todas las murallas y las plazas más bien fortificadas, y ésta sí que es verdadera gloria. ¡Mas ay! ¡qué pocos son los reyes que saben buscarla, y que no se apartan de ella! Corren tras una sombra engañosa, y se dejan el verdadero honor á las espaldas por no conocerle.

Después que Mentor se explicó en estos términos, le miraba Filocles asombrado, y se complacía del ansia

con que Idomeneo depositaba en el fondo de su corazón todas las palabras que como un río de sabiduría salían de la boca de aquel extranjero.

Así Minerva, bajo la figura de Mentor, establecía en Salento las mejores leyes y las más útiles máximas de gobierno, no tanto para que floreciese el reino de Idomeneo, como para dar á Telémaco cuando volviese un ejemplo sensible de lo que un sabio gobierno puede hacer para que los pueblos sean felices, y para que un buen rey adquiriera una gloria inmortal.

## LIBRO XV

Granjéase Telémaco la inclinación de Filoctetes á pesar de la aversión que éste tenía á su padre. Cuéntale Filoctetes sus aventuras, en que por incidencia refiere las particularidades de la muerte de Hércules, procedida de haberse vestido la túnica emponzoñada que el centauro Neso dió á Deyanira. Cuéntale también cómo obtuvo las fatales flechas de aquel héroe, sin las cuales no se hubiera tomado la ciudad de Troya; que por haber revelado un secreto, fué castigado con los crueles males que sufrió en la isla de Lemnos, y le cuenta por fin cómo Ulises se valió de Neoptolemo para atraerle al sitio de Troya, donde los hijos de Esculapio le curaron su herida.

Mientras se hacían en Salento tan útiles reformas, daba Telémaco pruebas de su valor en los peligros de la guerra. Luego que partió de la ciudad, dedicó todo su cuidado á ganarse la estimación de aquellos capitanes, cuyas heroicas acciones los habían hecho dignos de la reputación que disfrutaban. Néstor, como que ya le conocía, y era tan afecto á su padre, le trataba como á hijo propio, y le daba instrucciones, que

apoyaba con diferentes ejemplos; contábale los sucesos de su juventud, y las más notables acciones que había visto en los héroes de la antigüedad. Era la memoria de este sabio (ya tan anciano, que llevaba vividas tres edades) como una historia de los tiempos pasados, grabada en el mármol y en el bronce.

No tuvo al principio Filoctetes la misma inclinación á Telémaco, porque la aversión que por tanto tiempo había abrigado en su pecho contra Ulises, le hacía aborrecer también á su hijo, causándole no poco sentimiento que le fuesen los dioses tan propicios, que ya desde entonces se traslucía que le preparaban igual gloria que á los héroes que destruyeron á Troya. Pero la moderación de Telémaco venció en fin los resentimientos de Filoctetes, que no pudo menos de amar la sencilla y modesta virtud de aquel joven. Apartábase con él muchas veces, y le decía : Hijo mío (pues ya no dudo llamarte así), te confieso que tu padre y yo fuimos largo tiempo enemigos declarados; también te confieso que aun después de asolada la soberbia Troya, todavía no estaba mi corazón aplacado, y que aun ahora me cuesta trabajo amar la virtud en su hijo; yo mismo me lo he afeado, pero en fin, todo cede á una virtud afable, sencilla, ingenua y modesta. Después se fué insensiblemente empeñando en referirle lo que tanto había encendido su corazón en ira contra Ulises.

Necesito, le dijo, tomar desde muy arriba mi historia. Yo acompañaba á todas partes al grande Hércules, cuyo valor consiguió exterminar tantos monstruos como afligían la tierra, y con quien comparados los otros héroes, no eran más que como débiles cañas al lado de una robusta encina, ó como delicados pajarillos en presencia del águila. Pero el amor, esta irresistible pasión, origen de tantos males, lo fué también de los suyos, y de ellos nacieron los míos. Hércules, aquel

vencedor de tantos monstruos, fué vencido de esta vergonzosa pasión, y el juguete del cruel Cupido. Él mismo se llenaba de rubor al acordarse de que hubo un tiempo en que se olvidó tanto de su gloria, que como el más vil y afeminado de los hombres, hilaba al lado de la reina Onfalia; tan esclavo fué de un amor desordenado y ciego (1).

Mil veces me confesó que esta parte de su vida había amancillado su virtud, y casi eclipsado la gloria de sus trabajos. Mas, ¡oh dioses! ¡tal es la flaqueza y la inconstancia de los hombres! todo se lo prometen de sí, y no son capaces de resistir nada. Dígalo el grande Hércules, que á pesar de su heroísmo volvió á caer en las redes que tanto había detestado; amó á Deyanira, y hubiera sido feliz si á lo menos hubiera sido constante en amar á una mujer que vino á ser su esposa. Mas ¡ay! que luego se dejó rendir de la hermosura de la joven Iole, en cuyo rostro estaban pintadas las gracias. Celosa Deyanira se acordó de aquella fatal túnica que al morir le dejó el centauro Neso, como medio seguro de inflamar en su amor á Hércules siempre que por otra la desdeñase. Esta túnica, empapada en la corrompida sangre del pérfido centauro, contenía el mortífero veneno de las flechas con que Hércules le mató, y ya sabéis que estas flechas habían sido teñidas en la sangre de la hidra de Lerna, quedando con ella tan emponzoñadas, que eran incurables las heridas que hacían.

Inmediatamente que Hércules se vistió esta túnica, sintió la voracidad del fuego, que le penetraba hasta la médula de los huesos. A los horribles gritos que daba se estremecía el monte Eta, y resonaban los profundos valles; hasta el mar parecía conmoverse. Ni los más

(1) Esta tradición de la antigüedad que presentaba á Hércules vestido de mujer é hilando lana á los pies de Onfalia, parece haber sido ignorada de los Griegos. Se encuentra en Ovidio.

embravecidos toros hubieran causado con los bramidos que dan en sus combates un ruido tan espantoso. En un arrebató de su dolor agarró al miserable Licas, que se había atrevido á acercársele, y que era el mismo que de parte de Deyanira le había llevado la túnica, y le arrojó con la misma violencia que sale la piedra de la honda de un esforzado tirador. Así fué, que despedido de lo alto del monte por el fuerte brazo de Alcides, fué á caer en las olas del mar, donde trasformado repentinamente en roca, aun conserva la figura humana, y desde entonces, batido continuamente por las olas irritadas, amedrenta á los más experimentados pilotos.

Después de la desgracia de Licas, ni aun yo me tuve por seguro, y así procuré ocultarme en las más profundas cavernas. Veíale arrancar sin trabajo con una mano los altos pinos y las arraigadas encinas, que por siglos enteros se habían burlado de los vientos y las tempestades, mientras con la otra hacía por desasir de sus espaldas la túnica fatal que ya se le había identificado con el cutis, y como incorporado á sus miembros. Á proporción que la rasgaba, rompía también su carne, y regaba la tierra con su sangre, hasta que por fin, superando su virtud los dolores, exclamó : Ya ves, mi querido Filoctetes, los males que me hacen padecer los dioses, ellos son justos, y yo el que los he ofendido violando el amor conyugal. Después de haber vencido tantos enemigos, me he dejado vencer vilmente del amor de una extranjera beldad. Yo perezco, y perezco gustoso por aplacar á los dioses. Mas, ¡ay de mí! ¿por qué huyes, caro amigo? Es verdad que arrebatado de mis excesivos dolores he cometido contra el miserable Licas una crueldad, que ahora me pesa, porque no sabiendo él que la túnica envolvese tal ponzoña, el menor castigo hubiera sido injusto; así lo conozco, y sin embargo, ¿cómo puedes tú persuadirte que yo soy capaz

de olvidar la amistad que te debo, ni menos de quitarte la vida? No lo creas, Filoctetes, no. Mi amigo recibirá en su pecho mi espíritu, pronto á exhalarse del mío : él será el que recoja mis cenizas. Pero, ¿ dónde estás, Filoctetes? mi caro amigo, mi única esperanza en la tierra, ¿ dónde estás?

Al oírle, no pude contenerme, corro hacia él, tiende los brazos para abrazarme, pero temiendo comunicar á mi pecho el fuego voraz que abrasaba el suyo, se contuvo, y dijo : ¡ Ay de mí ! ¡ que ni aun me es dado este consuelo ! Inmediatamente juntó todos los árboles que acababa de arrancar, y haciendo de ellos una pira en la cumbre del monte, sube tranquilamente á ella, tiende la piel del león de Nemea con que cubría sus hombros cuando andaba del uno al otro extremo del mundo destrozando monstruos, y dando libertad á los opresos, se apoya en su clava, y me manda aplicar fuego á la pira.

Aunque temblando y sobrecogido de horror, no pude negarle este cruel obsequio, pues la vida no le era ya una dádiva del cielo, sino la carga más funesta é insoportable. Llegué á recelar si la vehemencia de los dolores le haría cometer alguna acción indigna de aquella virtud que había admirado el universo. Mas luego que vió que empezaba á prender la llama exclamó : Ahora sí, mi querido Filoctetes, que recojo el fruto de tu verdadera amistad, ahora que veo que te interesa más mi honor que mi vida. Los dioses te lo recompensen. Yo no puedo hacerlo de otro modo que dejándote esas flechas teñidas con la sangre de la hidra de Lerna, que es lo más precioso que poseo sobre la tierra. Ya sabes que son incurables sus heridas ; por ellas serás como yo invencible, y no habrá quien se atreva á declararse tu enemigo. Acuérdate de que muero fiel á nuestra amistad, y el alto aprecio que de ella hice siempre. Y pues tan sensible te muestras á mis males, dame, como

puedes, el último consuelo; ofréceme que jamás revelarás á nadie mi muerte, ni el lugar donde ocultes mis cenizas. Yo se lo prometí, ¡ ay de mí ! y aun se lo juré regando la pira con mis lágrimas, y al momento noté que empezó á brillar en sus ojos un rayo de alegría; y aunque repentinamente fué arrebatado y envuelto en un torbellino de llamas, que casi le ocultó á los míos, veíale no obstante al través de ellas conservar en su semblante la misma serenidad que, si coronado de flores y cubierto de perfumes, estuviera en los regocijos de un festín acompañado de sus amigos.

No tardó el fuego en consumir cuanto en él había de terreno y mortal, despojándole de todo lo que al nacer recibió de su madre Alemena; pero conservó aquella sutil é inmortal naturaleza, aquel fuego celestial que es el principio de la vida, y que había recibido del padre de los dioses, á cuya compañía fué llamado para que en eterna binaventuranza bebiese del néctar, y morase bajo las doradas bóvedas del resplandeciente Olimpo: diéronle los dioses por esposa á la amable Hebe, diosa de la juventud, la cual servía á Jove la copa antes que Ganimedes obtuviese este honor.

Yo me quedé con las flechas, que si bien me las dejó su amistad para que por ellas fuese superior á todos los héroes, fueron para mí el origen de los más crueles tormentos. Sucedió, pues, á poco tiempo que emprendieron los reyes coligados vengar á Menelao del infame Paris que le robó su esposa, y asolar el imperio de Príamo. Pero por el oráculo de Apolo supieron que no darían dichoso fin á aquella guerra mientras no tuviesen las flechas de Hércules.

Ulises, tu padre, cuyos consejos eran siempre los más acertados, se encargó de persuadirme que lo acompañase al sitio de Troya, y que las llevase, pues él nunca dudó que yo las tenía. Contribuía no poco á esta sospecha el mucho tiempo que hacía se ignoraba

el paradero de Hércules; no se hablaba de ninguna nueva expedición que hubiese hecho, y sí de que volvían á parecer impunemente monstruos y malvados que afligían al mundo. En esta incertidumbre lo atribuían unos á su muerte, y otros decían que había ido hasta el helado setentrion á domar los Escitas, pero Ulises sostuvo lo primero, y se propuso hacérmelo confesar. Para conseguirlo fué á buscarme, y me halló, pero tan extremadamente afligido por la pérdida de tan grande amigo, que huía de todo consuelo y de los hombres, temiendo que me sedujesen á dejar los desiertos del monte Eta, donde para siempre le vi desaparecer á mis ojos, y en donde gustosamente ocupado en llorar su pérdida, no había sitio que no me representase su imagen. Pero de tal modo poseía tu padre el arte de persuadir, que logró que le oyese; y tan bien supo darme á entender que se interesaba en mi sentimiento, que lloraba conmigo, y parecía no menos afligido que yo; así me fué ganando insensiblemente el corazón y la confianza, y así fué poco á poco excitando mi compasión para con los reyes de Grecia, cuyas armas, á pesar de la justa causa que iban á defender, no podían tener feliz suceso sin el auxilio de las mías. Mas no por eso pudo arrancarme el secreto de si Hércules había ó no muerto, por más que él así lo creía, y por más que me instaba á que le descubriese el lugar en que conservaba sus cenizas.

¡Desdichado de mí! Me horrorizaba la idea de cometer un perjurio, descubriéndole lo que había prometido á los dioses no revelar jamás: pero tuve la flaqueza de eludir el juramento que no me atreví á violar (harto me lo han castigado los dioses): di con el pie (1) en el sitio en que tenía sepultadas las cenizas de aquel héroe, y después fuí á reunirme con los otros reyes,

(1) Esta tradición ha sido conservada por Servio, el comentador de Virgilio.

que me recibieron con la misma alegría que si fuese Hércules mismo. Al paso por la isla de Lemnos quise dar á los Griegos una prueba del poder de mis flechas, y disponiéndome á herir á un gamo que se iba á refugiarse en un bosque, tuve el descuido de dejarme caer en un pie la flecha que puse en el arco (1), la cual me hizo tal herida, que aun me resiento de ella. Inmediatamente empecé á sentir los mismos dolores que había padecido Hércules ; en toda la isla resonaban mis incessantes alaridos ; brotada de la llaga una sangre tan negra y corrompida, que su hedor infectaba el aire, y contaminaba los reales, de tal modo que bastaba á sofocar á los hombres más vigorosos. Á todo el ejército causaba horror el verme en aquel extremo, y todos deducían que era el suplicio á que me habían condenado los justos dioses.

Ulises, que me empeñó en aquella guerra, fué el primero en abandonarme ; después he conocido la razón con que prefirió el interés común de la Grecia á todos los respetos de amistad y de conveniencia particular. Llegó el caso de no poderse celebrar los sacrificios en el campo : tan conmovido tenía al ejército el horror de mi llaga, su infección, y la violencia de mis gritos. Mas en aquel momento en que á persuasión de Ulises me vi abandonado de los Griegos, me parecía esta política la más cruel é inhumana, como nacida de la más pérfida traición. Tal fué entonces el dictamen de mi pasión, que no me dejaba conocer cuán justo era que se declarasen contra mí los más sabios, imitando á los dioses que tan irritados tenía.

Por fin estuve en aquella isla, casi todo el tiempo

(1) Según otra tradición adoptada por Sófocles, el amigo de Hércules no se hirió á sí mismo ni fué castigado por perjurio. Al dirigirse á Troya con los Griegos, bajó en la isla de Crisa, cerca de Lemnos, y fué mordido durante su sueño por una serpiente.

que duró el sitio de Troya, solo, sin auxilio ni esperanza, padeciendo los más acerbos dolores, en aquella isla desierta y salvaje donde no se oía otro ruido que el de las olas del mar cuando se rompían en las peñas. En este abandono encontré una caverna al pie de una roca, que dirigía hacia el cielo dos puntas semejantes á dos cabezas, de cuya roca manaba una cristalina fuente. Era la caverna el albergue de las fieras, al furor de las cuales estaba expuesto noche y día. Servíame de lecho una porción de hojas que pude recoger, porque los únicos bienes que me restaban consistían en un vaso de madera groseramente trabajado, y en algunas ropas destrozadas, que me servían para contener la sangre, y limpiar la llaga. Allí, abandonado de los hombres, y hecho el objeto de la cólera de los dioses, pasaba el tiempo en disparar las flechas á las patomas y demás aves que volaban al rededor de la roca; y cuando mataba alguna, tenía que ir arrastrando á recogerla para alimentarme.

Es verdad que al partir los Griegos me dejaron algunas provisiones; pero duraron poco. Valíme de los pedernales para encender fuego, y te aseguro, que por más horrorosa que esta vida fuese, me hubiera parecido dulce lejos de los hombres ingratos y engañosos, si no me hubieran oprimido tanto los dolores, y si en mi memoria no tuviera un enemigo que incesantemente me recordara la causa de mi desventura. ¡Qué! decía yo: ¡arrancar á un hombre de su patria como el único capaz de vengar la Grecia, y abandonarle después dejándole dormido en una isla desierta! pues mientras estaba yo durmiendo partieron los Griegos. Juzga cuál sería mi sorpresa, y cuántas lágrimas derramaría cuando al despertar vi ya los navíos sureand las endas. ¡Ay de mí! Reconozco por todas partes aquella inculta y horrorosa isla, y no hallo en toda ella más que dolor y aflicción.

No tiene puerto ni comercio, hospitalidad, ni aun más hombres que los arrojados á ella por las borrascas, ni más esperanza de sociedad que la de los infelices náufragos; y si por casualidad se hacía algún desembarco en ella, nadie se atrevía á llevarme consigo, temiendo provocar la cólera de los dioses y de los Griegos. Ya hacía diez años que sufría el oprobio, el dolor y el hambre; que alimentaba una llaga que me consumía, y que hasta la esperanza de mejorar mi suerte había huído de mi corazón, cuando volviendo de buscar algunas plantas medicinales, vi de improviso en mi gruta un joven hermoso y bizarro, de una heroica estatura. Figuróseme que era Aquiles, tanto se le semejaba en el aire, en el mirar, y en el aspecto: sólo por la edad inferí que no podía ser. Al mismo tiempo noté en su semblante cierta perplejidad y sentimiento; compadecióse del trabajo y lentitud con que me arrastraba más que andaba, y mis agudos y dolorosos gritos, que resonaban por toda la playa, le enterrecieron.

¡Oh extranjero! le dije desde bastante lejos; ¿qué desgracia te conduce á esta isla desierta? ¡Bien conozco que es griego ese traje, de mí tan querido, y espero con impaciencia oír tu voz, y en ella el idioma que aprendí en mi niñez, y que tanto tiempo hace no he tenido con quien hablarle en esta soledad! No te espante ver á un hombre tanto más acreedor á tu compasión, cuanto más desgraciado.

Apenas Neoptolemo me dijo que era griego, cuando exclamé: ¡Oh dulces palabras, no oídas de mí en tantos años de silencio y de aflicción! hijo mío, ¿qué infortunio, qué borrasca, ó más bien, qué viento favorable te ha conducido aquí para dar fin á mis trabajos? Á lo que me respondió: Soy de la isla de Esciro, y á ella vuelvo; dicen que soy hijo de Aquiles, y con esto lo sabéis todo.

No satisfecha mi curiosidad con tan breves razones, le dije : ¡Hijo de un padre de mí tan amado! ¡precioso renuevo de Licomedes! ¿por qué, y de dónde vienes á esta isla? Respondióme que del sitio de Troya. Díjele : Pero tú no fuiste de los de la primera expedición. ¿Lo fuisteis vos? me preguntó. Entonces le dije : Bien veo que te son desconocidos hasta el nombre y las desgracias de Filoctetes. ¡Ay de mí! ¡cuán infeliz soy! Mis perseguidores me insultan en mi miseria ; la Grecia ignora lo que yo padezco ; mi dolor se acrecienta ; los Atridas me han puesto en este estado ; los dioses se lo recompensen.

Después le conté de qué modo los Griegos me abandonaron ; y luego que oyó mis quejas, me dió parte de las suyas, diciéndome : Muerto Aquiles... Interrumpíle al instante, preguntándole : ¡Cómo! pues qué, ¿es ya muerto aquel héroe? Perdona, hijo mío, que corte el hilo de tu discurso para dar lugar á las lágrimas que debo á tu padre. Vos, me respondió, me consoláis interrumpiéndome. ¡Cuán agradable me es ver á Filoctetes llorar á Aquiles!

Volvió Neoptolemo á empezar así : Después de la muerte de Aquiles vinieron á buscarme Ulises y Fénix, asegurándome que era imposible sin mi asistencia arruinar á Troya. No les costó mucho persuadirme, pues el sentimiento por la muerte de mi padre, y el deseo de heredar parte de su gloria en tan célebre expedición, eran para mí sobrados estímulos. Llegué á Sigea ; júntase el ejército al rededor de mí, y todos protestan que soy el mismo Aquiles : ¡más ay! que Aquiles ya no existía. Joven, y sin experiencia, todo me lo prometí de los que tanto me elogiaban. Luego pedí á los Atridas las armas de mi padre, y me respondieron con la mayor fiereza : Todo cuanto le pertenecía te se dará, menos sus armas destinadas ya á Ulises.

Perturbóme esta respuesta, lloré, me enfurecí, pero Ulises me dijo sin alterarse : Las armas de Aquiles sólo son dignas de los que por tanto tiempo como nosotros han estado expuestos á los continuos peligros de este asedio : ¿qué has hecho tú en él para merecerlas? Hablas con demasiado orgullo, y jamás las obtendrás. Resentido de un despojo tan injusto, resolví volverme á Esciro, menos indignado contra Ulises que contra los Atridas : ¡quieran los dioses mostrarse propicios á sus enemigos! Ya, oh Filoctetes, lo sabéis todo, nada me resta que decir.

Preguntéle cómo Ajax, hijo de Telamón, no se había opuesto á esta injusticia. Es ya muerto, me respondió. ¡Muerto, exclamé, y Ulises vive, y con reputación en el ejército! Seguíle preguntando por Antíloco, hijo del sabio Néstor, y por Patroclo, que tan amado era de Aquiles. También han muerto, me respondió, y yo repentinamente volví á exclamar : ¡Cómo! ¡muertos! ¡ay de mí! ¡qué es lo que oigo! ¡así la guerra cruel acaba con los buenos, y perdona á los inicuos! ¡Ulises vive! pues sin duda que vive también Tersites. Así obran los dioses, ¡y todavía los alabaremos!

Mientras que así me arrebatava el furor contra tu padre, continuó Neoptolemo la ficción, añadiendo estas tristes palabras : Lejos del ejército griego, en donde el mal prevalece sobre el bien, me vuelvo á la rústica isla de Esciro, donde viviré contento. Adiós, voy á partir; ruego á los dioses que os sanen vuestra herida.

Hijo mío, le dije, por los manes de tu padre, por tu madre, por todo lo que más estimas en el mundo, te ruego no me dejes solo en la triste situación en que me ves. Bien conozco lo gravoso que te será llevarme, pero considera cuán vergonzoso te deberá ser abandonarme. Échame en la proa, en la popa, aunque sea en la sentina; por fin sácame de aquí, llévame donde

menos te incomode. Sólo las grandes almas saben lo glorioso que es ejercitarse en la virtud. No me dejes en un desierto, en donde ni vestigios de hombres se hallan. Condúceme á tu patria, ó á la Eubea, que no dista mucho del monte Eta y de Traquino, ni de las agradables riberas del río Esperquio. Vuélveme á mi padre. ¡Mas ay! ¡que temo si habrá ya muerto! Yo le he avisado para que me enviase una nave, y, ó ya no existe, ó los que me ofrecieron decirle mi infeliz estado, no lo han cumplido. Á ti pues recurro, hijo mío : acuérdate de la inestabilidad de las cosas humanas. El que vive en prosperidad debe temer abusar de ella faltando al socorro de los menesterosos.

Así hablaba á impulsos de mi dolor, y dije tanto, que Neoptolemo me ofreció llevarme consigo. Entonces volví á exclamar : ¡Oh feliz día! ¡oh amable Neoptolemo, digno de la gloria de tu padre! Caros compañeros de mi viaje, permitid que me despida de esta triste morada. Vedla, é inferiréis lo que he padecido ; ningún otro hubiera podido tolerarlo, pero había aprendido en la necesidad, que es el mejor maestro de los hombres, y la que les enseña lo que no es posible que sepan por otro medio. Los que nunca han padecido, nada saben, no conocen el bien ni el mal, no conocen á los hombres, ni á sí mismos se conocen.

Dicho esto, tomé el arco y las flechas, y Neoptolemo me rogó le permitiese besar unas armas tan célebres, y consagradas por el invencible Hércules. Todo, le dije, está á tu disposición, hijo mío ; tú en este día me vuelves la luz, la patria, á mi padre consumido de vejez, á mis amigos, y á mí mismo : tú eres muy dueño de tocar esas armas, y puedes lisonjarte de ser el único entre los Griegos que ha merecido tocarlas. Entró pues Neoptolemo en mi gruta para admirarlas.

Mientras tanto me asalta un dolor tan cruel, que me trastorna, y deja sin sentido ; pido un cuchillo para

cortarme el pie, y exclamo : ¡Oh muerte tan deseada! ¿por qué no llegas? Y tú, generoso joven, muévete á piedad ; pon fin á mi tormento, abrasándome ahora mismo, como yo lo hice con el hijo de Júpiter. ¡Oh tierra, tierra! recibe un moribundo que no está ya en estado de restablecerse. De este arrebató de dolor caí repentinamente, como solía sucederme, en un profundo letargo; cubrióme un sudor copioso, empecé á aliviarme con él, y á brotar de la herida una sangre negra y corrompida. Mientras el dolor me tuvo enajenado, le hubiera sido fácil á Neoptolemo tomar y llevarse mis armas; pero era hijo de Aquiles, y se le resistía el engaño.

Al volver en mí, reconocí su turbación; véole suspirar, y confuso como hombre que busca y no acierta con el disimulo : en una palabra, le vi tan turbado, como quien obra contra sus sentimientos. ¿Tratas, le dije, de sorprenderme, ó qué es lo que te agita? Es necesario, me respondió, que me sigáis al sitio de Troya. ¿Qué es lo que has dicho, hijo mío? le repliqué al instante. ¡Al sitio de Troya! Vuelve, vuélveme ese arco : ¡ay de mí, yo soy engañado! no me arranques la vida. ¡Mas ay! que nada me responde, me mira tranquilo, y nada basta á moverle. ¡Oh playas y promontorios de esta isla! ¡fieras y rocas escarpadas! á vosotros me quejo, pues que no tengo á quien quejarme, acostumbradas estáis á mis lamentos. ¡Quién creyera que el hijo de Aquiles había de engañarme! Él me roba el arco sagrado de Hércules, quiere arrastrarme al campo griego para triunfar de mí sin reparar en que sería triunfar de un cadáver, de una sombra, de una imagen vana. ¡Ah! si en otro tiempo, en tiempo de mi robustez, lo hubiera intentado... Pero ni aun ahora lo lograra sino por sorpresa. ¿Qué haré? Vuélveme, hijo mío, vuélveme mi arco. Sé semejante á tu padre, semejante á ti mismo. ¿Qué respondes? Ya

veo que nada. Á ti, oh inculta roca, á tu asilo vuelvo, desnudo, miserable, y sin arbitrio para mantenerme. En esta gruta moriré solo y abandonado, sin arco para matar las fieras, las fieras me devorarán á mí: sea lo que quiera. Pero, hijo mío, ¿qué te mueve á cometer esta perfidia? Tu aspecto desmiente tus acciones. No, tú no eres un indigno. Vuélveme, pues, mis armas, vete en paz.

Viéndome Neoptolemo en este estado, se le arrasaban los ojos en lágrimas, y decía en voz baja: ¡Pluguiera á los dioses que jamás hubiera salido de Esciro! En esto vuelvo á exclamar: ¡Ay! ¿qué es lo que veo? ¿no es éste Ulises? Cuando oigo que me responde: Sí, soy. Aunque se entreabriese el obscuro reino de Plutón, y en él hubiera visto el negro Tártaro, cuya vista temen aun los dioses, confieso que no me horrorizara tanto. Yo volví á exclamar: ¡Tierra de Lemnos, séme testigo! y tú, sol, que lo ves, ¿cómo lo sufres! Ulises me respondió sin alterarse: Júpiter lo ordena, y yo lo ejecuto. ¿Cómo, le dije, te atreves á nombrar á Júpiter? ¿no ves cuánto padece este joven al ejecutar lo que tú le obligas á hacer? Padece, porque se le resiste lo mismo que hace, porque detesta el engaño. No á engañaros ni haceros daño hemos venido, dijo Ulises, sino á redimiros, á curaros, y daros la gloria de que seáis el destructor de Troya, y restituíros á vuestra patria. Vos sois, y no Ulises, el enemigo de Filoctetes.

Entonces dije á tu padre todo lo que el furor pudo sugerirme. Pues que tú me abandonaste en esta ribera, le dije, ¿por qué en ella no me dejas en paz? Busca la gloria de las armas, busca los placeres, goza de tu dicha en compañía de los Atridas, y déjame á mí mi miseria y mi dolor. ¡Á qué llevarme al campo, cuando ya nada soy, cuando ya estoy muerto! ¿No crees ahora, como en otro tiempo creíste, que no estoy para salir de esta isla, ni temes que mis lamentos, ni

la corrupción de mi herida impidan los sacrificios? ¡Ah! Ulises, autor de mis desgracias, los dioses te... Mas los dioses no me oyen, antes por el contrario se declaran por mi enemigo. ¡Oh patria mía, que yo no volveré á ver jamás! ¡oh dioses! si es que aun hay alguno tan justo que de mí se apiade, castigad, castigad á Ulises, y entonces me tendré por sano.

Así le llenaba de improperios, mientras él, tranquilo, me miraba con aquel aire de compasión con que un hombre, lejos de irritarse, tolera y aun excusa á un desgraciado perseguido de la fortuna. Parecíame semejante á una roca que sobre la cima de una montaña se burla del furor de los vientos, y les deja apurar su rabia, mientras ella permanece inmóvil. Así tu padre, guardando silencio, esperaba que desfogase mi ira, como quien sabía que el tiempo de corregir y atacar las pasiones de los hombres para reducirles á la razón, es cuando las mismas pasiones empiezan á flaquear por una especie de cansancio. ¡Oh Filoctetes! me dijo en fin : ¡qué se ha hecho de vuestra prudencia y de vuestro valor! He aquí el momento en que podéis aprovecharos de uno y otro. Si rehusáis seguirnos, oponiéndoos á los altos designios de Júpiter, quedaos, vos sois indigno de ser el libertador de la Grecia, y el destructor de Troya. Quedaos en Lemnos, que estas armas, que me llevo, me darán la gloria que os estaba reservada. Partamos, Neoptolemo, es inútil hablarle, por compadecernos de un hombre, no hemos de abandonar la salud de toda la Grecia.

Al oír esto, me quedé sumergido en el más profundo dolor y resentimiento, semejante á una leona á quien han robado sus cachorillos, que llena de rugidos las selvas. ¡Oh caverna, decía, no habré de dejarte nunca, has de ser tú mi sepulcro! ¡Triste estancia de mi dolor! Ya se me acabó el mantenimiento, ya se huyeron mis esperanzas. ¡Quién me diera con que

atravesarme! ; Oh! ; si á lo menos las aves de rapiña hicieran de mí su presa!... ; Ya no tienen que temer mis flechas. ; Oh arco precioso, arco consagrado por las manos del hijo de Júpiter! Mi querido Hércules, si aun te resta algún sentimiento, ¿ cómo no te indignas contra este cruel engañador? Ya tu arco no le posee tu fiel amigo; profánale con sus manos impuras el engañador Ulises. Aves de rapiña, fieras sangrientas, no huyáis de esta caverna, que ya me han despojado de las flechas con que pudiera heriros. Venid, que ya no puedo dañaros, venid, devoradme : ó más bien despidá un rayo el inexorable Júpiter, y con él me aniquile.

Después de haber empleado inútilmente tu padre todos los medios que le parecieron propios á persuadirme, juzgó en fin que el mejor era volverme mis armas ; hizo seña á Neoptolemo, que al instante me las volvió, y yo le dije : Digno hijo de Aquiles, bien das á entender que lo eres, mas déjame que atraviese á mi enemigo. Púseme en disposición de disparar una saeta á tu padre; pero me detuvo Neoptolemo, diciéndome : La cólera os ciega, y no os deja conocer cuán indigna fuera semejante acción.

Ulises tan inalterable estaba contra mis flechas, como contra mis injurias; no pudo menos de hacerme impresión su intrepidez y su paciencia. Avergoncéme de haberme dejado arrebatar hasta el extremo de querer servirme de mis armas para matar al que me las había hecho restituír; pero como mi resentimiento aun no estaba satisfecho, sentía en extremo debérselas á quien tanto aborrecía. Entre tanto me dijo Neoptolemo : Sabed que habiendo salido de Troya por inspiración del cielo el divino Heleno, hijo de Príamo, nos ha profetizado lo por venir : caerá, dijo, la famosa Troya, mas no sin ser atacada por el que tiene las flechas de Hércules, ni él sanará de su herida hasta que

se halle á vista de sus muros, donde se la curarán los hijos de Esculapio.

Al momento que lo oí, me hallé indeciso; no dudaba de la candidez de Neoptolemo, ni de la buena fe con que me volvió mi arco; pero dudaba entre la vida, y ceder en nada á Ulises, y este reprehensible pundonor no me dejaba resolver. ¿Daré yo lugar á que nadie vuelva á verme entre Ullises y los Atridas? ¿qué se dirá de mí? Así discurría en mi interior, cuando repentinamente oigo una voz más que humana, y veo á Hércules en una resplandeciente nube, rodeado de rayos de gloria. Fuéme fácil conocerle por su aire varonil, sur robustez y simplicidad, pero venía revestido de una grandiosa majestad, mayor que la que se advertía en él cuando rendía los monstruos con su valor.

Á Hércules, me dijo, ves y oyes. He dejado el alto Olimpo para anunciarte las órdenes de Júpiter. Tú sabes por medio de qué trabajos he adquirido la inmortalidad. Si has de seguir mis huellas en el camino de la gloria, debes acompañar al hijo de Aquiles. Sanarás; con mis flechas atravesarás á Paris, autor de tantos males. Después de tomada Troya, enviarás á Peán tu padre ricos despojos al monte Eta, los cuales serán puestos sobre mi sepulcro como un monumento de la victoria debida á mis armas. Y tú, hijo de Aquiles, sabe que no serás victorioso sin Filoctetes, ni Filoctetes lo será sin ti. Id, pues, como dos leones que juntos buscan su presa. Y os enviaré á Esculapio á Troya para que cure á Filoctetes. Sobre todo, Griegos, amad y observad la religión, todo lo demás perece, ella es la que siempre subsiste (1).

Oídas estas palabras, exclamé : ¡Día venturoso! ¡apacible día, que al fin amaneces después de tantos años! ¡grande Hércules! yo te obedezco; al instante

(1) Esta aparición de Hércules produce el desenlace en la tragedia de Sófocles.

parto, adiós, gruta querida; adiós, ninfas de estos húmedos prados, ya no oiré más el sordo ruido de las ondas; adiós, ribera, en dondē tantas veces he sufrido la injuria de los vientos; adiós, promontorios donde Eco repitió tantas veces mis lamentos; adiós, dulces fuentes que tan amargas me habéis sido; adiós, tierra de Lemnos, déjame partir felizmente adonde me llama la voluntad de los dioses y de mis amigos.

Partimos, pues; llegamos al campo, y en él Macaón y Podaliro con la divina ciencia de su padre Esculapio me curaron, ó á lo menos me pusieron en el estado en que me veis. Los dolores han huído; he recobrado toda mi robustez, y sólo he quedado un poco cojo. Cayó Paris al tiro de la flecha como á la del certero cazador cae el amedrentado cervatillo. Muy luego fué reducida Ilión á cenizas, y ya sabéis lo demás. Pero todavía conservaba yo cierta aversión al sabio Ulises, procedida del recuerdo de mis trabajos, sin ser parte toda su virtud para aplacar mi resentimiento. Mas á la vista de un hijo que le es tan semejante, y que es imposible dejar de amar, mi corazón se enternece aun por el mismo padre.

## LIBRO XVI

ene Telémaco ciertas diferencias con Falanto sobre la pertenencia de unos prisioneros; acomete y vence á Hípías, porque despreciando sus pocos años se apodera orgulosamente de los prisioneros en nombre de su hermano Falanto, pero mal contento de su victoria, reprobaba interiormente la temeridad con que se habia expuesto, y quisiera reparar esta falta si le fuera posible. Al mismo tiempo informado Adrasto de que los reyes aliados sólo entendian en ajustar estas diferencias, los ataca de improviso; les gana por sorpresa cien navios, en que trasporta sus tropas al campo; póncele fuego, y empieza el ataque por el cuartel de Falanto, mata á su hermano Hípías, y á él le deja mal herido.

Mientras Filoctetes contó sus aventuras, le estuvo Telémaco mirando suspenso é inmóvil. Cuantas pasiones habían agitado á Hércules, Filoctetes, Ulises y Neoptolemo, otras tantas se iban manifestando en el cándido semblante de aquel joven, según se iba refiriendo. Unas veces exclamaba é interrumpía involuntariamente á Filoctetes, y otras se quedaba suspenso, como quien medita profundamente las consecuencias de algún grave negocio. Cuando pintaba Filoctetes el embarazo en que se vió Neoptolemo, y su poco disimulo, no parecía sino que Telémaco se hallaba en el mismo compromiso : cualquiera en aquel instante le hubiera tenido por Neoptolemo.

Marchaba en buen orden el ejército aliado contra Adrasto, rey de los Daunios, impío con los dioses, y pérfido engañador de los hombres. Ofreciéronsele á Telémaco grandes dificultades en haberse bien con tantos reyes, recelosos unos de otros, sin hacerse sospechoso á ninguno, y sí bien quisto con todos. Era de buena índole y sincero, pero poco cariñoso, y no muy complaciente; no tenía pasión por las riquezas, pero no sabía dar, de modo que siendo de un corazón no-

ble y bien inclinado, parecía grosero, insensible á la amistad, desagradecido á los cuidados que de él se tenían, poco liberal y menos atento á distinguir el mérito ajeno; en todo hacía su gusto sin reflexión. Á pesar de Mentor, le había educado su madre Penélope con un orgullo y altivez que deslucían sus más apreciables prendas. Teníase por de otra naturaleza que los demás hombres, pareciéndole que sólo los habían criado los dioses para agradarle, servirle, adivinarle los pensamientos, y para que todas sus acciones las refiriesen á él como á una deidad. La dicha de servirle era, según él, una gran recompensa de los servicios que le hacían. Nada había de ser imposible cuando se trataba de servirle, la menor detención le irritaba.

Visto así, se le juzgara incapaz de amar nada, y sólo sensible á su gloria y á su gusto, pero tanto esta indiferencia para con los otros, como el continuo cuidado de sí mismo, no procedían más que de la enajenación y continuo arrebató en que le ponía la violencia de sus pasiones. Engreído por su madre desde la cuna, era un vivo ejemplo de los que tienen la desgracia de nacer en la opulencia: ni los rigores con que le trataba la fortuna desde su más tierna edad, ni el verse desprovisto de todo, abandonado y expuesto á tantos trabajos, habían sido parte para moderar sus ímpetus ni su orgullo, ni para templar su altanería, que siempre sacaba la cabeza, como la levanta por sí misma la palma, por más esfuerzos que se hagan para humillarla.

Cuando Telémaco estaba con Mentor, no se le notaban estos defectos; es más, día en día iban disminuyendo; así como á un fogoso caballo suelto en el campo no le detienen las escarpadas rocas, los precipicios, ni los torrentes, ni reconoce más que la voz y la mano de un solo hombre, así á Telémaco, lleno de

un noble ardor, nada bastaba á contenerle sino la presencia de Mentor; pero también una sola mirada suya era capaz de reprimirle repentinamente aun en el mayor arrebató; al momento entendía lo que aquella mirada significaba, y revivían en su corazón todos los sentimientos de virtud que las pasiones tenían amortecidos; en un instante la sabiduría de Mentor serenaba su semblante, y no se disipa más pronto una borrasca, cuando Neptuno levanta su tridente, y amenaza las rebeldes olas.

Luego que Telémaco se halló solo, todas sus pasiones, hasta entonces refrenadas, como un torrente contenido por un fuerte dique, recobraron su curso. Érale insufrible la arrogancia de los Lacedemonios y de su caudillo. Esta colonia, que había fundado á Tarento, se componía de jóvenes sin educación, nacidos durante el sitio de Troya, y la ilegitimidad de su nacimiento, sus desordenadas costumbres, y la licencia en que se habían criado, les daba cierto aire de ferocidad y barbarie; en una palabra, más parecían una cuadrilla de bandidos, que una colonia griega.

No perdonaba Falanto ocasión de contradecir á Telémaco, interrumpiéndole á menudo en las asambleas, despreciando sus consejos como de un joven sin experiencia, burlándose de él, tratándole de pusilánime y afeminado, haciendo notar á los jefes del ejército sus más mínimos defectos, y procurando, en fin, hacerle á todos sospechoso, y odiosa la noble arrogancia de su carácter.

Sucedió pues un día, que habiendo hecho Telémaco ciertos prisioneros á los Daunios, pretendía Falanto apropiárselos, porque, según decía, él fué quien al frente de sus lacedemonios deshizo aquella tropa enemiga, que hallada por Telémaco vencida y puesta en fuga, no tuvo otro trabajo que el de darle vida y conducirla al campo. Telémaco sostenía por el contrario,

que Falanto le debía el no haber sido vencido, y que era dueño de la victoria. Pusieron la causa en la asamblea de los reyes aliados, fueron ambos á defender la suya, y Telémaco se dejó arrebatarse hasta amenazar á Falanto, y en aquel mismo instante echaran mano á las armas, si no se los contuviera,

Tenía Falanto un hermano llamado Hípías, célebre en todo el ejército por su valor, por su fuerza y por su destreza. Pólux, decían los Tarentinos, no combatía mejor con el cesto, ni Cástor le hubiera excedido en el manejo de un caballo. Tenía casi la talla y las fuerzas de Hércules; todo el ejército le temía, porque aun era más díscolo y brutal, que esforzado y valeroso.

Vista por Hípías la arrogancia con que Telémaco había amenazado á su hermano, se apodera prontamente de los prisioneros para conducirlos á Tarento, sin esperar la decisión de la asamblea. Dijéronselo en secreto á Telémaco, que así como un jabalí sangriento busca al cazador que le ha herido, así corría por el campo buscando con los ojos á su enemigo, y blandiendo el dardo con que pensaba atravesarle; le encuentra y al verle se redobra su furor. No era éste aquel Telémaco instruido por Minerva, bajo la figura de Mentor, sino un frenético, ó un león furioso.

Detente, le dice, ¡oh el más vil de todos los hombres! detente, ahora veremos cómo me robas esos vencidos, despojos de mi valor; no los llevarás tú á Tarento, antes descenderás á las sombrías márgenes de la Estigia. Dijo, y lanzó el dardo, pero con tanto furor, que erró el gope, y no le tocó á Hípías. Pone inmediatamente mano á la espada, que con guardas de oro le dió Laertes en prueba de su cariño al partir de Ítaca, y de la cual se había servido en su juventud con mucha gloria, tiñéndola con la sangre de muchos famosos capitanes epirotas en una guerra en que Laertes quedó victorioso.

Apenas tiró de ella, cuando aprovechándose Hippias de las ventajas que le daban sus fuerzas, se arrojó sobre él para arrancársela de la manos; rómpese entre las de ambos, se agarran y cierran el uno con el otro, como dos fieras que anhelan despedazarse; centellean fuego sus ojos, y ya se encogen, ya se alargan, se abajan y se levantan, y sedientos de sangre se acometen: tanto se aferran, que sus dos cuerpos parecen uno solo. Pero Hippias, como de edad más madura, parece que debía acabar con Telémaco, cuyos pocos años no podían oponer tanta resistencia. Con efecto, falto de aliento, le empezaban á flaquear las rodillas; vele Hippias vacilar, y redobla sus esfuerzos; ya no había remedio para el hijo de Ulises, ya iba á coger el fruto de su temeridad y de sus arrebatos, si Minerva, que, aunque lejos, velaba sobre él, y sólo le dejaba en tan inminente peligro por instruirle, no determinase la victoria en su favor.

No dejó el palacio de Salento, pero envió á Iris, veloz mensajera de los dioses, que atravesando el inmenso espacio de los aires, y dejando tras sí señalado el camino en una nube arrebolada con mil diversos colores, llegó de un vuelo á la playa en que estaba acampado el innumerable ejército de la liga; ve desde lejos el empeño, el ardor y los esfuerzos de ambos combatientes, y se estremece á vista del peligro en que Telémaco estaba: acércase, y le envuelve en una trasparente nube, formada de sutiles vapores. En aquel mismo instante en que Hippias sintiéndose con todas sus fuerzas se tenía por victorioso, cubrió Iris al tierno hijuelo de Minerva con la égida que la sabia diosa le había confiado. Empieza Telémaco á reanimarse, y á proporción que se recobra, Hippias se turba, sintiendo que cierta cosa celestial le asombra y le oprime. Acósale Telémaco, y le embiste ya en una posición, ya en otra, hasta que desconcertándole, y

no dándole lugar para reponerse, le arroja en tierra y se echa sobre él. No causa tanto estrépito la caída de una robusta encina cuando cae del monte Ida al tenaz empeño del hacha, cuyos golpes han resonado por todo el bosque : se estremeció la tierra, y se conmovió todo el contorno.

Ya la sabiduría había vuelto con el valor á ilustrar y fortalecer á Telémaco. Luego que vió á Hippias bajo de sí, conoció lo mal que había hecho en acometer de aquel modo al hermano de uno de los reyes aliados, que él iba á auxiliar; trajo á la memoria, no sin confusión, los sabios consejos de Mentor, y se avergonzó de su victoria, conociendo cuán bien merecía haber quedado vencido. Á este tiempo iba Falanto arrebatado de furor á socorrer á su hermano, y atravesara á Telémaco con el dardo que llevaba, si no temiera atravesar también á Hippias que estaba debajo. Fácil le hubiera sido al hijo de Ulises quitar la vida á su enemigo, pero ya se había templado su enojo, y no pensaba más que en reparar su falta, mostrando la mayor moderación en la victoria, y así se levantó diciéndole : Bástame, oh Hippias, haberte enseñado á no despreciar jamás mis pocos años. Vive, pues ; yo admiro tu fuerza y tu valor ; los dioses me han protegido, cede á su poder, y no pensemos en lo sucesivo más que en pelear juntos contra los Daunios.

Mientras Telémaco le decía esto, se levantaba Hippias cubierto de polvo y sangre, y lleno de vergüenza y de rabia. Falanto, sin atreverse á quitar la vida á quien tan generosamente acababa de dársela á su hermano, estaba suspenso y fuera de sí. Acuden todos los reyes confederados, y se llevan por una parte á Telémaco, y por otra á Falanto é Hippias, que depuesta su fiereza no osaba alzar los ojos del suelo. Apenas comprendía el ejército cómo Telémaco en una tan corta edad hubiese podido aterrar á Hippias, semejante en fuerzas y

estatura á aquellos gigantes, nacidos de la Tierra (1), que en otro tiempo intentaron echar del Olimpo á los inmortales.

Mas el hijo de Ulises estaba bien distante de celebrar su triunfo. Mientras los demás no podían menos de admirarle, él, avergonzado, se retiró á su tienda, y no pudiendo soportarse á sí mismo, se lamentaba, porque conocía cuán injusto é irracional era en sus arrebatos, y hallaba un no sé qué de vano, débil y bajo en aquella su extremada altivez. Conocía que no consiste la verdadera grandeza sino en la moderación, la justicia, la modestia y la humanidad; bien lo conocía, pero después de tantas recaídas le faltaba hasta la esperanza de corregirse, y en esta batalla interior se consumía é irritaba tanto, que se le oía rugir como un león furioso.

Dos días se mantuvo, por castigo, encerrado en su tienda, sin atreverse á presentarse en ninguna parte. ¡Ay de mí! decía, ¿cómo me atreveré á ponerme delante de Mentor? ¿soy yo el hijo de aquel Ulises, del más sabio y sufrido de los hombres? ¿he venido yo á traer la división y el desorden al ejército? ¿es acaso la sangre de sus jefes la que yo he venido á derramar, ó la de los Daunios sus enemigos? ¡Á qué extremo ha llegado mi temeridad! Yo no supe lanzar mi dardo; me arrojé con fuerzas desiguales á combatir con Hippias, no debiendo esperar más que la muerte con vergüenza de ser vencido. Mas ¿qué importaría? Ya no sería aquel temerario Telémaco, aquel insensato joven, á quien no aprovechan consejos, no; la vergüenza de mis defectos hubiera acabado con mi vida. ¡Mas ay! ¡feliz yo si á lo menos pudiera prometerme no volver á hacer lo que tan arrepentido estoy de haber hecho! sí, ¡feliz mil veces! ¡pero acaso

(1) Los Titanes, hijos del Cielo y de la Tierra, que lucharon contra los dioses.

antes que el día pase, incurriré, ó querré incurrir en los mismos defectos que ahora me avergüenzan tanto y á los que tanto horror tengo ! ¡ Funesta victoria ! ¡ injustas alabanzas ! que me son insufribles, porque á los ojos de la razón se convierten en crueles reprensiones de mi necedad.

Estando, pues, solo é inconsolable, fueron á verle Néstor y Filoctetes, aquél con ánimo de decirle lo mal que había procedido ; mas conociendo al instante el sabio anciano la desolación en que Telémaco se hallaba, trocó las graves amonestaciones en amorosas palabras que pudiesen templar su despecho.

Detenidos por esta causa los príncipes aliados, no se atrevían á marchar al enemigo sin reconciliar á Telémaco con los dos hermanos. A cada instante temían que las tropas de Tarento atacasen á los cien jóvenes cretenses que mandaba Telémaco ; todo estaba en desorden por su culpa ; los males que ya se padecían, y los peligros que amenazaban eran fruto de su imprudencia, y como él lo conocía, se abandonaba al más amargo dolor. Todos los jefes se hallaban en el mayor embarazo, sin atreverse á ordenar la marcha, porque en ella no se batiesen los Cretenses y Tarentinos, que no costaba poco retener en su cuartel á pesar de la vigilancia de los centinelas que los guardaban. Néstor y Filoctetes iban y venían sin cesar de la tienda de Telémaco á la del implacable Falanto, que sólo respiraba venganza, sin que la dulce elocuencia del uno, ni la autoridad del otro fuesen parte á templar aquel feroz corazón, continuamente irritado por los apasionados discursos de su hermano Hippias. Mucho más flexible estaba Telémaco, pero inconsolable y sumergido en el más profundo sentimiento.

Consternado estaba el ejército viendo la agitación de sus jefes : parecían los reales una casa desolada por la reciente pérdida del padre de familia, apoyo

de los parientes, y dulce esperanza de sus tiernos hijos.

En medio de este desorden se oye repentinamente un ruido estrepitoso de carros y de armas, de relinchos de caballos, y gritos de hombres, unos vencedores y encarnizados en la mantanza, otros fugitivos, moribundos ó heridos; cubre el cielo y oculta los reales una nube de polvo, y no tarda en juntársele otra de denso humo que embaraza al aire y la respiración. Óyese un sordo ruido semejante al de los torbellinos que de sus entrañas vomita el Etna, cuando Vulcano y los Cíclopes forjan en él los rayos para el padre de los dioses, y sobrecógense todos de terror.

El vigilante é infatigable Adrasto supo sorprender á los aliados, ocultándoles su marcha, al paso que él sabía la suya. En las dos noches anteriores había con increíble diligencia rodeado una montaña casi inaccesible, y la mayor parte de cuyos pasos tenían tomados los aliados, con tanta confianza en ellos, que no sólo se creían seguros, sino en disposición de dejarse caer sobre el enemigo, luego que se les juntasen ciertas tropas que esperaban. Mas Adrasto, que prodigaba el oro por saber los secretos de los aliados, no ignoraba su resolución, porque aunque Néstor y Filoctetes eran por otra parte tan sabios y experimentados capitanes, no guardaban toda la reserva ni sigilo que sus empresas necesitaban. Néstor; en aquel declinar de su edad, se complacía en referir lo que podía atraerle alguna alabanza. Filoctetes naturalmente hablaba menos, pero era pronto, y con poco que se excitase su vivacidad, se le hacía decir lo que había resuelto callar; y en esta flaqueza hallaron los pérfidos la llave con que registrar y sacar de su pecho los más importantes secretos; bastaba irritarle un poco, para que iracundo, y fuera de sí, prorrumiese en amenazas, jactándose de tener medios seguros de conseguir lo que quería, y a

la más mínima duda que se indicase sobre la seguridad de los medios, no se detenía en explicarlos inconsideradamente, semejante á un vaso precioso, pero que hendido no puede retener los más deliciosos licores.

Los traidores, corrompidos con el oro de Adrasto, se burlaban de la flaqueza de ambos. Lisonjeaban continuamente á Néstor con vanas alabanzas, recordándole sus victorias pasadas, admirando su previsión, sin cansarse jamás de aplaudirle, y á Filoctetes, como que conocían su carácter impaciente y fogoso, sólo le hablaban de dificultades, de contratiempos, de peligros, de inconvenientes y de errores ya irreparables; y tan luego como conseguían inflamarle, que se necesitaba bien poco, al instante le abandonaba la prudencia, y ya no parecía el mismo hombre.

No así Telémaco, sin embargo de sus defectos. Enseñado por sus infortunios, y por la necesidad en que se había visto desde su infancia de vivir con reserva, respecto de los amantes de Penélope, sabía guardar un secreto sin necesidad de valerse para nada de la mentira, ni aun de aquel aire reservado y misterioso que regularmente tienen los que callan; al contrario de los que cuando tienen que reservar algo, andan inquietos, y como oprimidos del peso del secreto, le era natural á Telémaco presentarse igualmente libre, abierto, ingenuo, como quien tiene el corazón en los labios; pero luego que decía lo que no podía tener trascendencia, sabía contenerse precisamente y sin afectación para no dar el más mínimo indicio, ni aun de que sabía el secreto de que estaba encargado; por eso era su corazón tan inaccesible é impenetrable. Ni sus mayores amigos sabían más que lo que creía útil decirles para oír sus dictámenes y sabios consejos: sólo con Mentor era con quién no tenía ninguna reserva. Y si bien se fiaba de otros amigos, era con dis-

cernimiento, y á proporción de la amistad y prudencia que en ellos experimentaba.

Notó muchas veces que las resoluciones del consejo se difundían por el ejército más de lo que fuera justo. Advirtióselo á Néstor y á Filoctetes, pero no estimaron como debían tan saludables avisos. Es la vejez inflexible, tiénela como encadenada la larga costumbre, y se halla sin poder contra sus defectos. Semejantes á los árboles, cuyo tronco nudoso y rudo se ha endurecido con los años, y ya no es posible enderezarlos; así los hombres á cierta edad les es como imposible enmendar ciertos defectos que han envejecido con ellos. Llegan muchas veces á conocerlos, pero es ya tarde, y se lamentan en vano. Sólo la juventud es la edad en que el hombre todo lo puede sobre sí para corregirse.

Había en el ejército un dolope, llamado Eurimaco, astuto lisonjero, que sabía insinuarse, acomodarse al gusto y á las inclinaciones de los príncipes, é inventar medios de agradarlos. Oyéndole, nada había difícil, y si se le pedía dictamen, al instante encontraba el más agradable. Era divertido, satírico contra los débiles, complaciente con los que temía, y componía un elogio con tal delicadeza que fuese bien recibido del hombre más modesto. Era grave con los graves, y festivo con los festivos, sin que le costase el menor trabajo acomodarse á todos los genios; al contrario que los hombres sinceros y virtuosos, que siempre los mismos, y dirigidos siempre por las reglas de la virtud, no es posible que sean tan agradables á los príncipes como los que lisonjean sus pasiones dominantes. Sabía Eurimaco el arte de la guerra, y era apto para los negocios: habíase agregado á Néstor en clase de aventurero, supo ganarle la confianza, y por este medio le arrancaba de lo íntimo de su corazón, un poco vano y sensible á los elogios, todo la que quería saber.

Y si bien Filoctetes no le comunicaba sus designios, la cólera y la impaciencia causaban en él los mismos efectos que la confianza en Néstor. Conque Eurimaco provocase su impaciencia irritándole y contradiciéndole, todo lo descubriría. Este aventurero había recibido grandes sumas de Adrasto, porque le comunicase los designios de los aliados, á cuyo fin tenía cierto número de tráfugas en el ejército para que sucesivamente se los fuese enviando con las noticias que pudiesen convenirle, sin que fuese fácil descubrir el engaño, aun cuando los sorprendiesen, porque nunca llevaban cartas, ni otra cosa que pudiese hacer sospechoso á Eurimaco.

Por este medio prevenía Adrasto todos los designios de los aliados, porque apenas resolvían algo, cuando tomaba puntualmente las medidas más á propósito para impedir el efecto. No se cansaba Telémaco de investigar la causa, y aunque procuró excitar la desconfianza de Néstor y de Filoctetes, fué en vano: estaban ciegos.

Habíase resuelto en el consejo que saliesen de noche cien navíos para trasportar más prontamente al campo las numerosas tropas que esperaban, y debían arribar á una costa muy abrupta. Entre tanto se creían los aliados estar seguros, porque tenían tomados los desfiladeros de la montaña inmediata, que era una cordillera del Apenino, poco menos que inaccesible. Estaba acampado el ejército á las márgenes del Galeso, inmediato al mar, cuya playa es deliciosísima y abundante en pastos y en los demás frutos necesarios para la manutención de un ejército. Teníase por cierto que por estar Adrasto del otro lado de la montaña, le era imposible el paso, mas luego que supo las pocas tropas que tenían los confederados, que estaba para llegarles un gran refuerzo, que los navíos habían ido á esperarle para conducirle, y que el ejército estaba dividido

por la desavenencia de Telémaco con Falanto, dió con la mayor presteza un gran rodeo, caminando con diligencia de día y de noche por la ribera del mar, abriéndose camino por donde se creía imposible. Así el esfuerzo y el trabajo obstinado superan los mayores obstáculos; así no hay casi nada imposible á los que se determinan con prudencia y sufren con valor, y por el contrario los que descuidan, teniendo lo difícil por imposible, dan lugar, que se los sorprenda y oprima, y aun lo merecen.

Al amanecer sorprendió Adrasto los cien navíos que la sobrada confianza tenía mal guardados; los tomó sin resistencia, y se sirvió de ellos para trasportar sus tropas con increíble celeridad á la embocadura del Galeso, por el cual subió después costearo con no menos diligencia. Los que guardaban los puestos avanzados al rededor del campo cerca del río, creyeron que aquellas naves les traían las tropas que esperaban, y empezaron á dar gritos de alegría. Desembarca Adrasto con las suyas antes que las enemigas pudiesen conocerlas; cae sobre ellas, que en nada menos pensaban, y las hallan en un campo abierto, sin orden, sin jefe y sin armas.

El lado por donde acometió desde luego fué por el cuartel de los Tarentinos; entraron en él los Daunios con tal ímpetu, que sorprendidos aquellos jóvenes lacedemonios, no hicieron resistencia alguna. Mientras los unos embarazaban á los otros buscando las armas, hizo Adrasto poner fuego al campo; inmediatamente se levantó tan alta la llama de los pabellones, que llegaba á mezclarse con las nubes; era el ruido que producía el fuego semejante al de un torrente que inunda una campiña, y con la rapidez de su curso arranca de raíz las más robustas encinas, las mieses, los graneros, los establos y los ganados. Llevaba el viento impetuosamente la llama de uno en otro pabe-

lón, y bien pronto pareció todo el campo un bosque seco abrasado por una pequeña chispa.

Ve Falanto el peligro más de cerca que ningún otro, y no halla remedio; conoce que si prontamente no se abandona el campo, están expuestas á perecer en el fuego las tropas; pero también conoce cuán de temer es el desorden de una retirada á la vista de un enemigo victorioso. Resuelve en fin que salgan sus lacedemonios aun medio desarmados, pero Adrasto no les deja respirar: acomételos por un flanco una compañía de diestros arqueros que los inundaban con sus flechas, y por otro los cargaban tanto los honderos, que hacían caer sobre ellos una como granizada de piedras. El mismo Adrasto marcha espada en mano al frente de una tropa escogida, y persigue á la luz del fuego á los fugitivos tarentinos, matando con su acero los que perdonó la voracidad del fuego; nada en sangre, y no hay estrago que le sacie, ni furor que se iguale al suyo; no es tan grande el de los leones y los tigres cuando puestos en medio de un rebaño despedazan pastores y ganado. Sucumben las tropas de Falanto, faltas ya de valor para resistir. La pálida Muerte, conducida por aquella furia infernal que tiene serpientes por cabellos en la cabeza, les hiela la sangre en las venas, entorpece los miembros, y vacilantes las rodillas, les quita hasta la esperanza de la fuga.

Aun se sostenía Falanto por aquella especie de valor que suele prestar la vergüenza y la desesperación: levanta ojos y manos al cielo, y ve que cae á sus pies su hermano bajo los golpes de la fulminante espada de Adrasto. Revuélcase Hipias por el suelo; sátele del costado un río de negra sangre: cierra los ojos en sempiterna noche, y vuela su alma furibunda, dejando sin espíritus el cuerpo. El mismo Falanto, cubierto de la sangre de su hermano, sin poderle socorrer, se ve rodeado de una multitud de enemigos

vivamente empeñados en rendirle : tenía por mil partes atravesado el escudo, y cubierto de heridas el cuerpo, sin serle ya posible rehacer sus tropas, y los dioses le estaban viendo, sin mostrarse por él nada compasivos.

## LIBRO XVII

Revestido Telémaco de sus armas divinas corre al socorro de Falanto, derriba á Ificles, hijo de Adrasto, rechaza al enemigo victorioso, y habría alcanzado más completa victoria, si una tempestad no hubiese puesto fin á la batalla. Manda recoger los heridos, cuida de ellos, y particularmente de Falanto. Hace honrosas exequias á su hermano Hipias, y le presenta sus cenizas en una urna de oro.

Miraba Júpiter, rodeado de todos los dioses celestes, desde el alto Olimpo el estrago de los aliados, y al mismo tiempo, consultando los inmutables destinos, veía los hilos de que pendían las vidas de los jefes que en aquel día había de cortar la tijera de la parca. Cada uno de los dioses estaba atento á descubrir en el semblante de Júpiter su voluntad. Mas el padre de los dioses y de los hombres les dijo en voz dulce y majestuosa : Ya veis el extremo á que están reducidos los aliados ; veis también cómo destruye Adrasto á sus enemigos ; mas sin embargo son muy engañosas esas apariencias, porque la gloria y la prosperidad de los malvados es siempre corta. Adrasto, impío y odioso por su mala fe, no alcanzará una completa victoria. Y si los aliados experimentan este contratiempo, sólo es para enseñarles á corregirse, teniendo más

cuenta con el secreto en sus empresas. Aquí prepara la sabia Minerva una nueva gloria á su joven Telémaco, en quien cifra sus delicias. Dejó de hablar, y volvieron los dioses á mirar el combate (1).

Advirtióseles á Néstor y Filoctetes que parte del campo estaba ya abrasada, que el fuego impelido por el viento se aumentaba, que sus tropas estaban desordenadas, y que Falanto no podía ya resistir á los esfuerzos de los enemigos. Apenas oyen tan funesta noticia, corren á las armas, juntan los capitanes, y mandan que todos salgan de los alojamientos para librarse del incendio.

Telémaco, que se hallaba abatido é inconsolable, olvida su pesar, y toma las armas, don preciso que la sabia Minerva, disfrazada de Mentor, le hizo, fingiendo haberlas recibido de un famoso armero de Salento, pero que en realidad se las había hecho Vulcano en las humeantes cavernas del Etna.

Eran estas armas tersas como un espejo, y brillantes como los rayos del sol. Veíanse en ellas á Neptuno y Pallas disputarse la gloria de dar su nombre á una nueva ciudad. Hiriendo Neptuno la tierra con el poderoso tridente, se veía salir de sus entrañas un ardoroso caballo, que arrojando fuego por los ojos, y despidiendo espuma por la boca, ondeaba sus crines á discreción de los vientos, mientras que vigoroso y ligero doblaba y redoblaba en un momento los flexibles y nerviosos brazos. No caminaba con lentitud, sino que apoyando el cuerpo sobre las robustas ancas, saltaba tan veloz, que pisaba en el polvo sin hollarle : en fin, parecía que se oían sus relinchos.

Al otro lado estaba Minerva dando á los habitantes de su nueva ciudad la aceituna, fruto del árbol que había plantado ; el ramo de que pendía el fruto repre-

(1) Fenelón imita á Homero y Virgilio, que presentan con frecuencia á los dioses reunidos bajo la dirección de Júpiter.

sentaba la dulce paz y la abundancia, preferibles á las inquietudes de la guerra, significada en aquel caballo, y que por lo mismo decidían la victoria en favor de la diosa, y que la soberbia Atenas tomase su nombre (1).

Veíasela también juntar al rededor de sí las bellas artes, representadas en tiernos y alados niños, que asustados de los brutales furores de Marte, que todo lo aniquila, se refugiaban á su lado como los inocentes corderillos se refugian al rededor de sus madres á vista de un lobo hambriento, que con fauces voraces é inflamadas se abalanza á ellos para devorarlos. Notábase que á otro lado estaba con semblante desdeñoso é irritado, confundiendo con la excelencia de sus obras la loca temeridad de Aracnea, que se atrevió á desafiarla á bordar una tapicería, y á esta infeliz se la veía irse extenuando y desfigurándose hasta trasformarse en araña.

En otro lugar volvía á presentarse Minerva sirviendo de consejera al mismo Júpiter en la guerra con los gigantes, y sosteniendo con su sabiduría á todos los dioses admirados. También estaba representada con lanza y égida á las márgenes del Xanto y del Simois, conduciendo por la mano á Ulises, reanimando las tropas fugitivas de los Griegos, resistiendo los esfuerzos de los más valientes capitanes troyanos, hasta del formidable Héctor, introduciendo en fin á Ulises en aquella máquina fatal que en una sola noche había de destruir el imperio de Príamo.

Al otro lado del escudo estaba representada Ceres en las fértiles campiñas de Enna en el centro de la Sicilia. Veíasela reunir los pueblos, que dispersos buscaban su sustento en la caza ó en la fruta silvestre

(1) El nombre griego de Minerva es *Athena*. Á éste se agregaba generalmente el de *Palas*. *Minerva* era el nombre de una divinidad etrusca ó sabina que los romanos identificaron posteriormente con *Athena Palas*, ó *Palas Atenea*.

que se caía de los árboles, y enseñar á estos hombres groseros el arte de cultivar la tierra, y sacar de su profundo seno los alimentos necesarios. Presentábales un arado, hacía que le unciesen los bueyes, y se veía abrirse en surcos la tierra; después se notaban las doradas espigas que cubrían aquellas fértiles campiñas, y al labrador segándolas, y recogiendo en ellas la justa recompensa de sus fatigas. El hierro, destinado en otras partes á destruirlo todo, sólo se empleaba allí en preparar la abundancia, y producir mil placentas.

Las ninfas coronadas de flores danzaban juntas en una pradería á la orilla de un río, inmediato á un pequeño bosque. Tocaba Pan la flauta, y á otro lado retozaban los bulliciosos faunos y los sátiros. También se le veía á Baco coronado de hiedra, apoyado con una mano en su tirso (1), teniendo en la otra una vid adornada de pámpanos y racimos. Era de una belleza afeminada, y aunque con cierto aire noble, desmayado y lánguido; tal como se apareció á la desgraciada Ariadna cuando la halló en aquella desconocida playa, sola, abandonada y sumergida en el más profundo dolor.

Veíase, en fin, por todas partes un numeroso gentío, los ancianos llevando á los templos las primicias de sus frutos, los jóvenes volviendo á sus hogares cansados del trabajo de todo el día, las esposas saliendo á recibirlos y acariciando á los pequeños hijuelos que llevaban de la mano. Veíanse también pastores que parecían cantar, y otros que bailaban al son de la zampoña. Todo representaba la paz, la abundancia y las delicias, todo parecía risueño y feliz. Al mismo tiempo se veían retozar los lobos en medio de los rebaños, y el león y el tigre, depuesta su ferocidad, pas-

(1) Lanza rodeada de hojas de parra y hiedra que servía de atributo á *Dionisios* (Baco)

tar con los tiernos corderos bajo la dirección de un pastorcillo, que á todos guiaba con su cayado. Esta delicada pintura traía á la memoria todas las delicias del siglo de oro.

Revestido, pues, Telémaco de estas divinas armas, toma aquella terrible égida, formidable aun á los mismos dioses, la cual de orden de Minerva le dejó Iris en lugar de su escudo ordinario: échase fuera del campo para librarse del incendio, da una fuerte voz llamando á los jefes del ejército atemorizado y recogido, y al oírla se reaniman todos. Un fuego divino centellea en los ojos del jóven guerrero, preséntase afable, libre y tranquilo, y aplicado siempre á dar las órdenes necesarias, como haría un sabio anciano para arreglar su familia é instruir á sus hijos, pero pronto y activo en la ejecución, á manera de un río impetuoso, que no sólo lleva con rapidez sus espumosas ondas, sino que arrastra en su curso los pesados bajeles que sobre sí tiene.

Filoctetes, Néstor, los jefes de los Mandurios y de las demás naciones reconocen en el hijo de Ulises cierta superioridad, á la cual era preciso que todo cediese; fátales la experiencia propia de los ancianos, y á todos los comandantes el consejo y la sabiduría. Hasta la envidia, tan natural al hombre, huyó por entonces de sus pechos: todos callan, todos admiran á Telémaco, y se disponen todos con docilidad á obedecerle, como si á ello estuviesen acostumbrados. Sube ligeramente á un collado, observa la disposición del enemigo, y al momento resuelve que prontamente se le sorprenda en el desorden en que se halla quemando los alojamientos. Da Telémaco con presteza un gran rodeo, seguido de los más experimentado capitanes, y ataca á los Daunios por la espalda, á tiempo que ellos le creían á él y á todo el ejército envuelto entre las llamas y el fuego. Sorprendidos con ataque tan no

esperado, se desconciertan y caen á sus golpes, como en los últimos días de otoño caen hojas en un bosque cuando un fiero aquilón, trayendo de nuevo el invierno, hace gemir los troncos más viejos, y furioso sacude sus ramas ; del mismo modo derriba, postra, hiende y deja Telémaco cubierto el suelo de cadáveres... Atraviesa con el dardo á Ificles, hijo menor de Adrasto, el cual se atrevió á oponérsele por salvar la vida de su padre, que creyó sorprendido por Telémaco; eran ambos galanes, esforzados, diestros y animosos, de una misma estatura y afabilidad, de una edad misma, y ambos queridos de sus padres ; mas era Ificles semejante á una hermosa flor que se desarrolla en medio del campo, y que está destinada á ser victima de la cortante hoz del segador. Derriba después á Euforión, el más célebre entre los Lidios que pasaron á la Etruria (1). Atraviesa en fin con la espada á Cleomenes, el cual estaba recién casado y había ofrecido á su esposa (que no volvería á ver jamás) llevarle ricos despojos de los enemigos.

Temblaba Adrasto de rabia al ver muerto á su caro hijo y tantos otros capitanes, y que la victoria se le escapaba de entre las manos. Estaba Falanto casi abatido á sus pies como una víctima á medio degollar que se libra del sagrado cuchillo, y huye después lejos del altar. Un momento le hubiera bastado á Adrasto para acabar con el lacedemonio, que inundado en su propia sangre y la de los que á su lado peleaban, oye la voz de Telémaco, el cual vuela en su socorro, y al oírla recobra la vida, y se disipa la negra nube que cubría ya sus ojos. Sienten los Daunios el imprevisto ataque, y abandonan á Falanto para oponerse á otro más poderoso enemigo. Estaba Adrasto como un tigre,

(1) Herodoto habla de esta colonia de Lidios establecidos en Etruria. Virgilio, muy al corriente de su historia nacional, da Tíber el epíteto de *lidio*.

á quien los pastores reunidos quitan la presa que iba á devorar. Búscale Telémaco en la pelea, resuelto á acabar de un golpe la guerra, librando á los aliados de tan implacable enemigo; pero no quiso Júpiter concederle una victoria tan pronta y fácil; hasta la misma Minerva quería que tuviera más que sufrir, para que mejor aprendiese á gobernar. El padre de los dioses guardaba á Adrasto para que Telémaco tuviese tiempo de adquirirse más gloria y más virtud; á cuyo fin formó en los aires una nube, á la cual se siguió un tan espantoso trueno para manifestar la voluntad de los dioses, que parecía que las eternas bóvedas del alto Olimpo se desgajaban sobre las cabezas de los débiles mortales; los encendidos relámpagos rasgaban la esfera del uno al otro polo, y en el momento en que con lo penetrante de su luz quitaban la vista de los ojos, volvían á suceder las horrorosas tinieblas; y una repentina y abundante lluvia contribuyó á que los ejércitos se separasen.

Aprovechóse Adrasto de este favor de los dioses, pero sin reconocerle, con cuya ingratitud se hizo acreedor á más cruel y ejemplar venganza. Apresuróse á pasar con sus tropas por entre el campo á medio quemar y un pantano que se extendía hasta el río, y lo consiguió con tanto tino y celeridad, que mostró bien cuántos recursos y presencia de ánimo tenía. Animados por Telémaco los aliados, querían perseguirle; pero á favor de la tempestad se les escapó, como con rápido vuelo huye el pájaro del lazo que el cazador le tenía armado.

Vuélvense al campo con ánimo de repararle. Entran y ven lo más horrible que produce la guerra; los enfermos y heridos, á quienes faltó fuerza para echarse fuera de las tiendas, no pudieron librarse del fuego; algunos á medio quemar dirigían al cielo en voz lastimera y moribunda los más dolorosos gritos. Enterne-

cióse tanto Telémaco, que no pudo contener las lágrimas, y tenía muchas veces que apartar la vista de aquellos míseros objetos de horror y de compasión. No podía mirar sin erizársele el cabello aquellos cuerpos, aun vivos, destinados á una prolija y dolorosa muerte, semejantes ya á la carne de las víctimas, quemada sobre los altares, cuyos olor por todas partes se difunde.

¡Ay de mí! exclamó Telémaco : ¡qué males tan temibles trae consigo la guerra! ¡de qué frenético furor se dejan arrebatarse los hombres! si son tan breves y miserables los días de la vida, ¿á qué apresurar una muerte de suyo tan cercana? ¿á qué añadir tan horrosas calamidades á las miserias de que está sembrada tan corta vida? ¿Es posible que siendo todos los hombres hermanos se despedacen unos á otros? menos crueles son las fieras. Los leones no hacen la guerra á los leones, ni los tigres á los tigres, ni acometen más que á los animales de otra especie : sólo el hombre, á pesar de su razón, hace lo que los irracionales no hicieron jamás. Además de que, ¿cuál es el motivo de estas guerras? ¿No tiene el universo más tierra que la que pueden cultivar los hombres todos? ¿Cuántas comarcas no hay desiertas é incultas! No basta el género humano á ocuparlas. ¡Sólo una falsa gloria, un vano título de conquistador es el que enciende la guerra en tan inmensos países! Así es como un solo hombre, enviado al mundo por la ira de los dioses, sacrifica brutalmente tantos otros á su vanidad. Perezca todo, corran ríos de sangre, devórelo todo el fuego, y que lo que se libra del hierro y de las llamas perezca á los rigores del hambre, aun más cruel, con tal que un solo hombre, que se burla de la naturaleza humana, encuentre en esta destrucción general su placer y su gloria. ¡Qué gloria tan monstruosa! ¡podrán ser nunca tan aborrecidos como merecen los que así se olvidan

de la humanidad! No es posible. Lejos de ser semi-dioses, no son ni aun hombres, y en lugar de ser admirados de la posteridad, merecen ser execrados mientras subsistan hombres sobre la tierra. ¡Oh! ¡cuán circunspectos deben ser los reyes en emprender una guerra! Aun no basta que sea justa, debe ser necesaria al bien público; porque la sangre de un pueblo no debe derramarse sino para salvar al mismo pueblo de las más extremas necesidades. Pero por desgracia los consejos lisonjeros que se dan á los príncipes, las falsas ideas de gloria, sus vanos recelos, la injusta avaricia disfrazada con bellos pretextos, y en fin, los empeños que insensiblemente contraen, son por lo común las causas que los determinan á emprenderlas: de ellas les provienen mil males, en ellas lo arriesgan todo, y por ellas causan tantos daños á sus vasallos como á sus enemigos.

Así discurría Telémaco. Mas no se limitaba á tener una compasión estéril de los males, sino que procuraba aliviarlos. Veíasele andar de tienda en tienda á socorrer por sí mismo á los enfermos y moribundos; proveíalos de dinero no menos que de remedios; animábalos y los consolaba con amorosas palabras, y enviaba quien visitase á los que él no podía.

En los cretenses que le seguían había dos ancianos llamados el uno Traumafilo, y el otro Nosofugo.

Aquél fué con Idomeneo al sitio de Troya, y aprendió de los hijos de Esculapio el arte divino de curar las llagas. En las más profundas y enconadas derramaba un licor odorífero que consumía las carnes muertas y corrompidas, sin necesidad de cortarlas, y regeneraba otras nuevas más sanas y bellas que las primeras.

Nosofugo, aunque no conoció á los hijos de Esculapio (1), había adquirido, por medio de Merión, un

(1) Éstos eran Macaón y Podalira.

libro sagrado y misterioso que Esculapio había dado á sus hijos. Era además amigo de los dioses; había compuesto varios himnos en honor de los hijos de Latona y ofrecía diariamente un cordero blanco y sin tacha á Apolo, que frecuentemente le inspiraba. Apenas veía un enfermo, cuando en los ojos, en el color, en su modo de estar, y en la respiración conocía la causa de su dolencia. Unas veces se valía de los sudoríficos, manifestando por las curas lo que la traspiración suprimida ó facilitada contribuye á desconcertar ó restablecer toda la máquina; otras administraba en los casos de laxitud ciertas bebidas que poco á poco fortificasen las partes nobles (1), y dulcificando la sangre rejuveneciesen á los hombres. Pero aseguraba que la falta de virtud y de valor era la causa de que se necesita acudir tantas veces á la medicina. Es una vergüenza, decia, que los hombres padezcan tantas enfermedades, cuando de las buenas costumbres nace la salud. La destemplanza trueca en mortal veneno los alimentos destinados á conservar la vida; y los immoderados placeres la acortan más que pueden alargarla todos los medicamentos. No son tan frecuentes las enfermedades en los pobres que carecen de alimentos, como en los ricos que toman demasiados. Los manjares que excitan demasiado el apetito, y que son causa de que se coma más de lo necesario, en vez de alimentar, matan. Los mismos remedios son verdaderos males que extenúan la naturaleza, y de los cuales debemos servirnos sólo en necesidades urgentes. El gran remedio, siempre inocente, y siempre útil, es la sobriedad, la tamplanza en los placeres, la tranquilidad de espíritu, y el ejercicio del cuerpo, por cuyos medios se consigue tener una sangre dulce y templada, y que se disipen los humores superfluos. De modo que el sabio Noso-

(1) Es decir, el corazón, el pulmón y el cerebro.

fugo era menos admirable por sus remedios que por el régimen que establecía para evitar las enfermedades, y no necesitar de medicamentos.

Á estos dos comisionó Telémaco para que visitasen á todos los enfermos; y si bien curaron muchos con sus remedios, aun sanaron muchos más por la oportunidad con que cuidaron de que se los administrasen, esmerándose en tenerlos limpios, para impedir con el aseo la corrupción del aire, y prescribiéndoles un exacto régimen de sobriedad en la convalecencia.

Agradecidos los soldados, daban gracias á los dioses de que hubiesen enviado á Telémaco al ejército. Éste no es un hombre, decían, sino en figura humana alguna divinidad benéfica; y si acaso es hombre, menos se parece á todos los demás que á los dioses; él no vive sino para hacer bien, y es aún más amable por su dulzura y afabilidad que por su valor. ¡Quién pudiera tenerle por rey! Pero los dioses le tienen reservado para algún pueblo más feliz y que más aman, y en el cual quieren renovar el siglo de oro.

Oía Telémaco estas alabanzas cuando iba de noche á visitar los cuarteles para prevenir las astucias de Adrasto, alabanzas que no eran sospechosas de lisonja, como suelen serlo las que los aduladores dan en su cara á los príncipes, suponiéndolos faltos de modestia y delicadeza, y que para alcanzar su favor no hay más que alabarlos desmesuradamente. Al hijo de Ulises no podía agradar más que la verdad, y le fueran insufribles otras alabanzas que las que le diesen en su corazón insensible á estos elogios, antes por el contrario sentía aquella pura y dulce complacencia que los dioses han hecho inherente á la virtud, que por no haberla gustado nunca los malos, ni la pueden concebir ni creer. Mas no por eso se abandonaba á este placer; al punto se le ponían delante todos sus defectos, sin olvidar su orgullo natural, ni su indiferencia para con

los demás ; avergonzabase interiormente de ser en realidad tan insensible y parecer tan humano, y refería á la sabia Minerva toda la gloria que á él se le daba, y no creía merecer.

Vos sois, decía, oh gran diosa, la que me habéis dado á Mentor para que me instruya y corrija mis malas inclinaciones ; de vos recibo la prudencia con que me aprovecho de mis propias faltas para desconfiar de mí mismo ; vos contenéis el ímpetu de mis pasiones, y á vos debo el consuelo que siento en aliviar á los necesitados. Sin vos yo fuera aborrecido, y digno de serlo cometiera yerros irreparables, y fuera como un niño, que no conociendo su debilidad, deja á su madre y cae al primer paso.

Admirados estaban Néstor y Filoctetes de ver á Telémaco vuelto tan afable y atento, tan servicial y caritativo, y tan ingenioso en prevenir los riesgos, y no sabían á qué atribuirlo, pareciéndoles absolutamente otro hombre. Pero lo que más los admiró fué el cuidado que tuvo de los funerales de Hipias ; él fué por sí mismo á sacar de debajo de un montón de cadáveres su cuerpo sangriento y desfigurado ; derramó sobre él piadosas lágrimas, y exclamó : ¡ Oh alma grande ! ahora sabrás cuánto estimé tu valor. Es verdad que me irritó tu fiereza, pero tus defectos nacían de los arrebatos de la juventud. Yo sé muy bien cuánta indulgencia necesita esta edad. En lo sucesivo hubiéramos vivido sinceramente unidos. Confieso que procedí con ligereza ; ¿ mas por qué, justos dioses, me le quitasteis antes de que le hubiese obligado á que me amara ?

Hizo Telémaco lavar el cuerpo con diferentes aguas olorosas, y ordenó que se preparase una pira. Al filo de las cortantes hachas caían los altos pinos, y bajaban rodando de la cima de los montes. Las encinas, antiguas producciones de la tierra, que parecía amenazaban al cielo, los altos álamos, los olmos con sus

verdes y pobladas copas, las hayas, que son el honor de las selvas, todo vino á caer á las márgenes del Galleso, para erigir en ellas una pira, que en sus proporciones parecía un edificio. Empieza á cebarse el fuego, y un torbellino de humo sube hasta el cielo.

Avanzan los Lacedomonios á paso lento y lúgubre, bajas las picas y los ojos, derramando un torrente de lágrimas, llevando pintado el más amargo dolor en aquellos fieros semblantes. Segúialos el anciano Ferécides, menos abatido por los muchos años que por el sentimiento de sobrevivir á Hipias, á quien había educado desde la infancia. Alzaba al cielo las manos y los ojos anegados en lágrimas. Desde la muerte de Hipias rehusaba todo alimento; el dulce sueño no había podido dar descanso á sus llorosos ojos, ni mitigar un instante su acerbo dolor; iba, pues, detrás de todos sin saber adonde, y sin proferir la más mínima palabra; tan oprimido estaba su corazón, y tal era la desesperación y abatimiento de que provenía aquel silencio. Pero al ver encendida la pira, de tal modo se conmueve, que frenético y desesperado exclama: ¡Oh Hipias, Hipias! ¡ya no te volveré á ver! ¡mas cómo es que yo vivo habiendo tú muerto, mi querido Hipias! Yo, yo soy el cruel, yo soy el inhumano que te enseñó á despreciar la muerte. Yo esperaba que tus manos cerrarían mis ojos, y que tú recogerías mi último aliento. Pero los dioses crueles prolongan mi vida para que vea tu muerte, Hijo mío, ¡cuántos cuidados me has costado! ¡ya no te volveré á ver! ¡pero sí veré á tu madre muerta de tristeza, que me culpará de tu desgracia! ¡veré también á tu joven esposa golpearse el pecho y mesarse el cabello, y yo, desdichado, yo seré la causa de ello! Llamadme, pues, queridos manes, llamadme á las riberas de la Estigia, pues ya me es odiosa la luz; y tu vista, mi querido Hipias, sólo tu vista es el único objeto de mis

deseos, y si vivo aún, es por dar á tus cenizas los últimos honores.

Véase el cadáver tendido en el féretro en que le llevaban, y que estaba adornado de púrpura, oro y plata. La muerte, que extinguió la lumbre de sus ojos, no pudo borrar del todo su belleza; aun se veían en su pálido semblante como en bosquejo las gracias. Ondéabale al rededor del blanco cuello su largo y negro cabello, más hermoso que el de Atis ó Ganimedes, y que iba en breve á ser reducido á pavesas; y en el costado se le veía la ancha puerta por donde se le huyó el alma para descender al obscuro reino de Plutón.

Telémaco, triste y abatido, seguía de cerca al cadáver, y le iba cubriendo de flores; pero cuando llegaron á la pira, no pudo ver sin nuevas lágrimas apoderarse las llamas de las telas en que el cadáver iba envuelto. ¡Adiós, le dijo, Hippias magnánimo, pues no me atrevo á llamarte amigo! ¡aplácate, oh espíritu generoso, que tanta gloria has merecido! Si yo no te amara, envidiaría tu dicha. Ya estás libre de las miserias que á nosotros por todas partes nos cercan; ya saliste de ellas, y por el camino más glorioso. ¡Ay de mí! ¡cuán feliz fuera yo si tuviera igual fin! Aguas de la Estigia, no detengáis su grande alma; entre triunfante en los Campos Elíseos. Conserve tu nombre la fama por la duración de los siglos, y descansen en paz tus cenizas.

Apenas hizo esta deprecación mezclada de sollozos, cuando todo el ejército dió un grito; todos se enternecían por Hippias, refiriendo sus grandes acciones; el sentimiento de su pérdida recordaba sus buenas cualidades, y ponía en olvido los defectos en que le habían hecho incurrir la fogosa juventud y una mala educación. Pero aun les llamaban más la atención las afectuosas demostraciones de Telémaco. ¿Es éste por ventura, decían, aquel joven tan feroz y altivo, tan desdeñoso é intratable? Vedle aquí ya afable, humano y

compasivo. Sin duda Minerva, que tanto ama á su padre, le ama también á él, y le ha infundido el don más precioso que pueden dar los dioses á los hombres, dándole con la sabiduría un corazón sensible á la amistad.

Ya había el fuego consumido el cuerpo, y después de rociar Telémaco por sí mismo las cenizas con aguas olorosas, las colocó en una urna de oro coronada de flores, y se la llevó á Falanto, que tendido en el lecho y atravesado de una multitud de heridas, se hallaba en la más extrema debilidad, cercano á las sombrías puertas de los infiernos.

Ya Traumafilo y Nosofugo, enviados por el hijo de Ulises, le habían suministrado todos los socorros del arte, y con ellos iban atrayendo aquella alma pronta á abandonar el cuerpo, que insensiblemente iba recobrando nuevos espíritus ; un nuevo vigor, un bálsamo vital discurría lentamente de vena en vena hasta lo íntimo del corazón, y un calor agradable le iba sacando de las heladas manos de la muerte. Mas en este momento cesó el desmayo, y sucedió la aflicción ; empezó, pues, á llorar por su hermano, cuya pérdida no se había hallado hasta entonces en estado de sentir. ¡Ay de mí ! decía, ¿por qué se ponen tantos cuidados en que yo viva ? ¿no fuera mejor que yo siguiese á mi hermano ? ¡yo le vi morir á mi lado ! ¡Oh Hippias, Hippias, alegría de mi vida, hermano mío, mi caro hermano, ya no existes ! ¡ya se acabó el tiempo de verte y oírte, y de poder abrazarte ! ¡ya no tengo á quien contar mis penas, ni tendré jamás la satisfacción de consolarte en las tuyas ! ¡Oh dioses, enemigos de los hombres ! ¡ya no hay Hippias para mí ! ¡Pero cómo ! ¿no es esto un sueño ? ¡Mas ay ! que no es sino realidad ; yo te he perdido para siempre ; yo mismo te vi morir ; forzoso es pues que yo viva el tiempo necesario para vengarte ; yo inmolaré á tus manes al cruel Adrasto, manchado con tu sangre.

Mientras que así se quejaba Falanto, procuraban consolarle aquellos dos hombres divinos, temiendo que con la pena cobrase fuerzas el mal, y se inutilizaran los remedios, cuando de repente se le presenta Telémaco. Al principio le causó su vista dos contrarios afectos ; conservaba cierto resentimiento de lo que había pasado entre Telémaco é Hippias, y la pesadumbre por la muerte de éste avivaba aquel resentimiento ; por otra parte no podía ignorar que le debía la conservación de su vida, pues le sacó ensangrentado y casi muerto de entre las manos de Adrasto. Pero cuando vió la urna de oro en que se contenían las cenizas de su caro hermano, derramó un torrente de lágrimas, abrazó inmediatamente á Telémaco, sin poder hablarle, hasta que por fin le dijo en voz lánguida é interrumpida con sollozos :

¡ Digno hijo de Ulises, vuestra virtud me obliga á amaros ; deudor os soy de la poca vida que me anima, y que tan pronta está á extinguirse, pero aun os debo otra cosa que me es todavía más interesante ; el cuerpo de mi hermano sin vos hubiera servido de pasto á carniceras aves ; sin vos, privado de sepultura, hubiera andado su espíritu errante por las riberas de la Estigia, rechazado siempre por el implacable Carón (1). ¿ Es posible, dioses inmortales, que tan obligado me halle á quien tanto he aborrecido ? Recompensadle vosotros, justos dioses, recompensádselo ; y á mí desposeedme de una vida tan infeliz. Y vos, Telémaco, cuidad de darme como á mi hermano los últimos honores, para que nada falte á vuestra gloria.

Al decir esto le sobrecogió un desmayo, procedido del más acerbo dolor. Telémaco se estuvo al lado sin atreverse á hablarle hasta que se recobrase. Con efecto,

(1) Los honores de la sepultura abrían á las sombras el paso á la barca de Carón.

volvió en sí brevemente, y tomando de mano de Telémaco la urna, la besó muchas veces, la regó con sus lágrimas, y exclamó : ¡Oh caras y preciosas cenizas ! ¿cuándo contendrá esta misma urna también las mías ? Ya te sigo, oh grande alma ; á ti me uniré en los infiernos, y Telémaco nos vengará á ambos.

Entre tanto iba cediendo de día en día el mal de Falanto á beneficio de los cuidados que por su salud se tomaban aquellos dos dignos discípulos de Esculapio. Acompañábalos continuamente Telémaco á la cura de los enfermos, para estimularlos con su presencia á que adelantasen en ella lo posible, y todos admiraban aun más la bondad con que socorría á su mayor contrario, que el valor y la prudencia con que en la batalla había salvado al ejército entero.

Era al mismo tiempo incansable en las más penosas fatigas de la guerra ; dormía poco, y muchas veces le interrumpían el sueño ó los avisos que á todas horas le daban, así de día como de noche, ó las rondas de los cuarteles que nunca las hacía á una misma hora para sorprender más fácilmente á los que no estuviesen con la vigilancia necesaria. Le era muy común volver á su tienda cubierto de polvo y sudor ; sus alimentos eran sencillos, y vivía como los simples soldados, para darles ejemplo de sobriedad y paciencia ; empezó á sentir la escasez de víveres en aquel campamento, y juzgó necesario contener la murmuración de los soldados, sufriendo él voluntariamente las mismas incomodidades que ellos ; y lejos de enflaquecerle ni debilitarle una vida tan laboriosa, le hacía más vigoroso y robusto ; es verdad que empezaban á desaparecer aquellas tiernas gracias que son como la flor de la juventud, y que así el color como la delicada tez visiblemente se alteraban ; pero también sus miembros, antes afeminados en el ocio, se hacían fuertes, robustos y nerviosos en el trabajo.

## LIBRO XVIII

Persuadido Telémaco por varios sueños de que su padre había salido de esta vida, concibe y ejecuta el proyecto de irle á buscar á los infiernos, y para ello tomó consigo dos cretenses, que le acompañaron hasta un templo, inmediato á la famosa cueva de Aqueroncia. Entra en ella, llega á las márgenes de la Estigia y le recibe Carón en su barca. Preséntase á Plutón, el cual le permite que busque á su padre. Atraviesa el Tártaro, donde ve los tormentos que padecen los ingratos, los perjuros, los hipócritas, y particularmente los malos reyes.

Conocida por Adrasto la mucha pérdida de su gente, se retiró detrás de la montaña de Aulón para esperar refuerzos y ocasión de volver á sorprender á sus enemigos, semejante al león hambriento, que rechazado por el pastor, se retira á las selvas, entra en su cueva, aguza dientes y garras, y espera un momento favorable para caer sobre el ganado y despedazarle.

Establecida por Telémaco una exacta disciplina en el campo, volvió todo su cuidado á la ejecución de un proyecto de que á nadie había querido dar parte. Hacía muchas mañanas que antes de que la aurora viniese á ahuyentar del cielo con sus nuevas luces las inconstantes estrellas, y de la tierra los dulces y ligeros sueños, se le representaba en ellos su padre, ya desnudo á la margen del río de una isla fortunada, en medio de una pradera adornada de flores, rodeado de ninfas que le ofrecían ropas para que se cubriese, ó ya oyéndole hablar en un suntuoso palacio, en donde por todas partes resplandecía el oro y el marfil, y cuyos dichosos habitantes coronados de flores le oían con placer y admiración. Muchas veces se le aparecía repentinamente en ciertos festines en que brillaba la alegría

entre las delicias, y donde se oían acordes los trinos de una delicada voz con una lira más dulce que la de Apolo, y que la voz de todas las musas (1).

Al despertar Telémaco se entristecía con el recuerdo de tan agradables representaciones. ¡ Ah, padre mío! exclamaba: ¡ cuánto más lisonjeros me fueran los sueños más espantosos que esas imágenes de felicidad! Por ellas os veo ya en la dichosa morada de las almas justas, cuya virtud recompensan los dioses con un eterno descanso. Así es, yo creo ver en ellas que los Campos Elíseos son ya los eternos depositarios del objeto de mis ardientes deseos. Ya me falta hasta la esperanza; ¿ pero es posible, padre mío, que nunca he de veros! ¡ que nunca he de abrazar á aquel que tanto me amaba, y que busco en medio de tantos trabajos! ¡ que no he de oír nunca hablar aquella boca en donde se albergaba la sabiduría, ni besar aquellas manos, aquellas manos de mí tan queridas, manos siempre victoriosas, y que han rendido tantos enemigos! ¡ No, no serán ellas las que venguen á Penélope de la turba de sus insensatos amantes (2), ni las que eviten la ruina de la desgraciada Ítaca! ¡ Oh dioses enemigos de Ulises! de vosotros me vienen estos funestos sueños para arrancarme toda esperanza; menos crueles serían si me arrancaran la vida. Mas no, ya no es posible, yo no puedo vivir en esta incertidumbre. ¿ Pero qué es lo que digo, infeliz? Demasiado cierto estoy de que mi padre ya no existe. Voy, pues, hasta los infiernos á buscarle. Si á ellos descendió tan felizmente Teseo, aquel impío despreciador de los dioses infernales, ¿ por qué no iré yo conducido por la piedad? También descendió Hércules, y si bien no soy Alcides, ¡ cuán glorioso

(1) Estos sueños concuerdan con la relación de las aventuras de Ulises, contenidas en los libros VI, VII y VIII de la *Odisea*.

(2) Pretendientes.

deberá serme el osar imitarle! Y si Orfeo consiguió con la exposición de sus desgracias mover el corazón de aquel dios que nos pintan inexorable, y logró que á sus ruegos volviese Eurídice al mundo, ¿no soy yo tanto más digno de compasión, cuanto mayor es mi pérdida? Porque, ¿quién se atreverá á comparar una doncella, en nada diferente de otras muchas, con el sabio Ulises admirado de toda la Grecia? Vamos, pues, muramos, si es preciso. ¿Por qué se ha de temer la muerte, cuando tanto se padece en la vida? Á vosotros me entrego, Plutón y Proserpina, pronto sabré si sois tan despiadados como se dice. ¡Y vos, padre mío, después de haberos buscado inútilmente por tantas tierras y mares, voy á ver si os hallo en la obscura morada de los muertos! que si no me conceden los dioses que os posea en la tierra á la luz del sol, acaso me permitirán que á lo menos vea vuestro espíritu en el tenebroso reino de la noche.

Así se lamentaba Telémaco, regando al mismo tiempo con lágrimas su lecho (1); levantábase inmediatamente á buscar en la luz alivio á la pena cruel que aquellos sueños le causaban, pero ésta era una flecha que había atravesado su corazón, y la llevaba siempre consigo.

Resolvió, pues, bajar á los infiernos por un sitio que no distaba mucho de los reales, llamado Aqueroncia, célebre, porque la caverna que en él había llegaba hasta las márgenes del Aqueronte (2), por el que temían jurar hasta los mismos dioses. Estaba situada la ciudad en la cima de una roca, semejante á un nido en la copa de un árbol, y al pie de la roca estaba la

(1) Esta frase no es ni más ni menos que el *lacrymis meis stratum meum rigabo* del Salmista. Fenelón mezcla á cada paso la erudición clásica con la bíblica.

(2) Los dioses temían jurar por la laguna es:igia y no por dicho río.

caverna, á la cual, no se atrevían á llegar los tímidos mortales, y los pastores tenían el mayor cuidado en alejar de ella los ganados. Los vapores azufrados que continuamente se exhalaban por ella de la laguna Estigia infestaban el aire. Á su rededor no crecían hierbas ni flores, ni se percibían jamás los suaves céfiros, las gracias con que nace risueña la primavera y los ricos dones de otoño son allí desconocidos, la tierra yace árida y flaca, y sólo se halla tal cual arbusto desnudo, y algún funesto ciprés (1). Por todo aquel circuito, aun á mucha distancia de la caverna, niega Ceres al labrador sus doradas mieses, y Baco parece que ofrece en vano sus dulces frutos, porque, lejos de madurar, se secan los racimos. Las náyades tristes no hacen correr por aquel ingrato suelo sus transparentes cristales, sino turbias y amargas aguas, ni los pintados pajarillos se acercan jamás á una tierra cubierta de zarzas y espinos, y donde no encuentran siquiera un bosque que les sirva de retiro, y se van á cantar sus amores bajo otro cielo más sereno y apacible; sólo se oye el graznido de los cuervos, y el lúgubre canto de los buhos; hasta la hierba es amarga, y los ganados que la pastan no sienten aquella alegría que les hace retozar; huye el toro de la hembra, y el pastor triste y abatido se olvida de la gaita y la zampona (2).

Solía salir de la caverna un humo tan negro y espeso que obscurece la luz, y forma una especie de noche en medio del día. Amedrentados los pueblos comarcanos redoblaban entonces los sacrificios; pero sucedía que muchas veces sólo los jóvenes en lo más florido de sus años eran las víctimas agradables á aquellas divinidades crueles, que con un funesto contagio las inmo-

(1) El ciprés es el árbol de las tumbas. Por eso se le llama también *fúnebre* ó *funerario*.

(2) Petronio, en su poema la *Guerra civil*, describe en términos parecidos el valle de la Solfatara, en Nápoles.

laban. Tal era el sitio por donde Telémaco había resuelto buscar el camino de la obscura morada de Plutón. Minerva, que continuamente velaba por él, y que le cubría con su égida, le había facilitado el favor de Plutón. El mismo Júpiter, á ruegos de Minerva, había dado orden á Mercurio (que baja diariamente á los infiernos á entregar á Carón cierto número de muertos) para que dijese al príncipe de las tinieblas que dejase entrar en su imperio al hijo de Ulises.

Sale, pues, una noche, sin ser sentido, del campo, empieza á caminar á la luz de la luna, é invoca esta poderosa divinidad, que siendo en el cielo el brillante astro de la noche, y en la tierra la casta Diana, es en los infiernos la formidable Hécate. Oyó favorablemente sus votos, porque nacían de un corazón puro, y conducido por el piadoso amor que un hijo debe á su padre. Apenas se halló cerca de la entrada de la caverna, cuando oyó bramar el subterráneo imperio; se estremecía la tierra, y se armó el cielo de rayos y relámpagos, que parece llovían sobre ella; sintióse conmovido Telémaco, y cubierto de un sudor frío, mas, armado de valor, levantó ojos y manos al cielo, y exclamó : Acepto, oh grandes dioses, estos presagios, que tengo por favorables : acabad vuestra obra. Dijo y apresurando el paso, prosiguió con denuedo.

Disipóse inmediatamente aquella espesa humareda, que tan funesta era á todo viviente que se acercaba á la entrada de la caverna, y se suspendió algún tanto el pestilente hedor que arrojaba. Entró Telémaco solo, porque, ¿quién se había de atrever á acompañarle? Los dos cretenses que sacó del campo, y á los cuales había descubierto su designio, se quedaron temblando en un templo bastante lejos de la caverna, haciendo votos por Telémaco, á quien no esperaban volver á ver.

No obstante entró el hijo de Ulises con espada en

mano en aquellas hórridas tinieblas, y á poco tiempo descubrió una débil y opaca luz, semejante á la que de noche alumbra á los míseros mortales. Advierte que unas ligeras sombras revolotean en torno suyo, y las ahuyenta con la espada; ve después las tristes márgenes del pantanoso río, cuyas cenagosas y muertas aguas dan mil y mil vueltas y rodeos siempre sobre su mismo lecho; descubre en la ribera una multitud innumerable de muertos privados de sepultura, que se presentan en vano al despiadado Carón. Este dios, cuya vejez eterna es siempre triste y melancólica, aunque vigorosa, los amenaza, los desecha, y recibe sin tardanza en su barca al joven griego. Entra con efecto en ella, y oye los gemidos de un alma inconsolable.

Pregúntale cuál era su desgracia, y quién había sido en el mundo. Yo fuí, le respondió, Nabofarzán, rey de la soberbia Babilonia; al oír mi nombre temblaban todas las naciones de Oriente; hacíame adorar de los Babilonios en un templo de mármol en que estaba representado por una estatua de oro, ante la cual se quemaban día y noche los más preciosos aromas de la Etiopía; jamás se atrevió ninguno á contradecirme, sin que fuese por ello inmediatamente castigado; inventábanse cada día nuevos placeres que me hiciesen más deliciosa la vida: era todavía joven y robusto; ¡ah! ¡cuántas prosperidades me faltaban aún que disfrutar en el trono! Mas una ingrata mujer, correspondiendo mal al amor que le tenía, me ha hecho conocer que no era un dios; me emponzoñó, y ya no soy nada. Ayer colocaron mis cenizas con gran pompa en una urna de oro (1); no faltaron llantos, gemidos, ni quien mesase su cabello, y aun quien mostrase que-

(1) Como los Griegos hicieron con las de Patroclo, y Telémaco con las del hermano de Falanto.

rerse arrojar á la pira para morir conmigo; aun hoy van á gemir al pie del soberbio panteón en que se hallan depositadas; pero en medio de esas demostraciones no hay ni siquiera uno á quien le pese de mi muerte; mi memoria es aborrecida de mi misma familia, y aun aquí soy ya tratado del modo más cruel.

Movido Telémaco á compasión, le preguntó: ¿Fuis- teis verdaderamente feliz en vuestro reinado? ¿sentisteis aquella dulce paz, sin la cual está el corazón humano siempre oprimido, y descontento siempre aun en medio de los placeres? No, le respondió el babilonio, ni aun sé lo que queréis decir. Los sabios exageran esa paz como el único bien, pero yo jamás la he disfrutado; mi corazón estaba siempre combatido de nuevos deseos, ya del temor, ya de la esperanza. Yo procuraba aturdirme á mí mismo con el desarreglo de mis pasiones, cuidando de fomentar esta embriaguez para que fuese perpetua; el menor intervalo en que obrara la recta razón me hubiera causado el mayor tormento. Ésta fué la paz que gocé, y cualquiera otra me parece una fábula ó un sueño, y éstos son los bienes que tanto siento haber perdido.

Así se explicaba, llorando como un hombre vil y estragado con las prosperidades, y no acostumbrado á sufrir en la adversidad. Cerca de sí tenía algunos esclavos muertos para honrar sus funerales; habíalos entregado Mercurio á Carón (1), dándoles un poder absoluto sobre aquel rey, que tan ignominiosamente se había dejado servir de ellos en el mundo. Así era que depuesto ya todo respeto, ningún miedo le tenían. Habíanle amarrado á una cadena, y le trataban con la más cruel indignidad. Uno le decía: ¿Por ventura no éramos nosotros hombres como tú? ¿pues cómo fuiste

(1) Una de las funciones de Mercurio (*Hermes*) era conducir as sombras de los muertos hacia al terrible río.

tan insensato que te tuviste por un dios? ¿no debiste acordarte que eres de la misma especie que los demás hombres? Otro le decía insultándole: Razón tuviste para no permitir que se te tuviese por hombre, pues que fuiste un monstruo inhumano. Vamos, le decía otro; ¿qué se ha hecho de tus aduladores? Ya, desdichado, nada tienes que dar, ni puedes hacer mal ninguno: hete aquí hecho esclavo de tus mismos esclavos; los dioses proceden con lentitud en hacer justicia, pero al fin la hacen.

Al oír razones tan severas, se arrojaba Nabofarzán de cara contra el suelo, y se arrancaba el cabello, arrebatado de rabia y de despecho. Pero Carón decía á los esclavos: Tiradle de la cadena, levantadle á pesa suyo, no tenga el consuelo de ocultar su afrenta; véanle todas las sombras de la Estigia, y sean todos testigos de su oprobio, para justificar á los dioses, que por tanto tiempo sufrieron que este impío reinase en el mundo. Esto no es, oh babilonio, más que un ligero ensayo de tus tormentos; disponte á ser juzgado por el inflexible Minos, juez de los infiernos.

Mientras que así hablaba al terrible Carón, llegó la barca á tocar las márgenes del imperio de Plutón. Acuden las sombras á ver el hombre vivo que entre tantos muertos venía en ella; pero en el instante en que Telémaco puso el pie en tierra huyeron, así como las sombras de la noche se disipan con la menor claridad. Entonces Carón, mostrándose al joven griego menos ceñudo y feroz que de costumbre, le dijo: Hombre amado de los dioses, pues que te es dado entrar en el reino de la noche, inaccesible á los vivos, no te detengas en llegar adonde los destinos te llaman; ve, pues, por ese obscuro camino, llegarás al palacio de Plutón, á quien hallarás en su trono, y te permitirá que entres en aquellos lugares á inquirir lo que á mí me está prohibido revelarte.

Inmediatamente empezó Telémaco á caminar á buen paso; por todas partes veía revolotear sombras en mucho mayor número que las arenas que cubren la playa del mar, y la agitación de aquella multitud infinita, y el profundo silencio de aquellas vastas regiones, le inspiraron un miedo religioso. Erízasele el cabello al acercarse á la negra estancia del inexorable Plutón, siente que le flaquean las rodillas, y que le falta la voz. Estaba tan conmovido, que apenas pudo pronunciar estas palabras: Aquí tenéis, oh terrible divinidad, al hijo del desgraciado Ulises, que viene á preguntaros si su padre ha descendido á vuestro imperio, ó si todavía anda errante por el mundo.

Estaba Plutón sentado en un trono de ébano, con rostro pálido y severo, ojos hundidos y llenos de fuego, y la frente ceñuda y amenazadora. Érale odiosa la vista de un hombre vivo, así como lo es la luz á los ojos de los animales que sólo de noche salen de sus cuevas. Á su lado estaba Proserpina, único objeto de sus miradas, y cuyo amor parece como que templaba algún tanto la ferocidad de su corazón; gozaba esta diosa de una inalterable hermosura; no obstante habíase unido á sus divinas gracias algo de la crueldad y ferocidad de su esposo.

Al pie del trono estaba la Muerte pálida y destructora, incesantemente ocupada en afilar su cortante guadaña. En torno de ella volaban los melancólicos Cuidados, las crueles Desconfianzas, las Venganzas destilando sangre y cubiertas de heridas, los Odios injustos, la Avaricia devorándose á sí misma, la Desesperación destrozándose por sus propias manos, la frenética Ambición que todo lo destruye, la Traición que quiere alimentarse de sangre, y no puede gozar de los males que ha causado, la Envidia que derrama en torno suyo su mortífero veneno, y que viéndose sin poder para dañar, se convierte en rabia; la Impiedad

que se labra un abismo sin suelo, en que se precipita sin esperanza; los deformes espectros, las fantasmas que representan los muertos para atemorizar á los vivos, los sueños espantosos, y los desvelos no menos crueles que los más tristes sueños: tales eran las funestas imágenes que hacían la corte al fiero Plutón, y que ocupaban su palacio (1).

Respondióle, pues, á Telémaco en ronca voz que hizo estremecer el Erebo: Pues que los hados te permiten violar este sagrado asilo de las sombras, sigue donde te conduce tu superior destino; yo no te diré dónde se halla tu padre, pues está en tu arbitrio saberlo. Y pues ha sido rey en el mundo, examina á un lado el abismo del negro Tártaro en que son castigados los malos reyes, y al otro los Campos Elíseos en que se recompensa á los buenos, pero no podrás llegar á ellos sin pasar por el Tártaro: procura ir y volver con brevedad, y salir cuanto antes de mi imperio.

Con este permiso, parte Telémaco con tal celeridad que parecía volaba por aquellos inmensos espacios vacíos; tal era el ansia con que deseaba saber el paradero de su padre, y huír de la horrible presencia de aquel tirano, que no amedrenta menos á los vivos que á los muertos. Bien pronto se halló cerca del negro Tártaro, del cual salía un humo espeso, cuyo pestilente hedor bastaría á causar la muerte, si se esparciera por la mansión de los vivos; cubría este humo un río de fuego, de donde salían torbellinos de llamas, cuyo ruido, semejante al de los más impetuosos torrentes cuando de lo alto de las rocas se precipitan á los abismos, impedía que ninguna otra cosa pudiera oírse distintamente en aquellos tristes lugares.

Animado interiormente Telémaco por Minerva, entra sin miedo en aquella sima, donde al instante descubre

(1) Todo esto está copiado de Virgilio (*Eneida*, VI, v. 273-281).

un gran número de hombres que habían sido en el mundo de la más ínfima condición; se los castigaba allí porque anhelaron ser ricos por medio del fraude, de la traición y de la crueldad. Reparó después en una multitud de hipócritas, que fingiendo amar la religión, se habían servido de ella como del mejor pretexto para satisfacer su ambición, y burlarse de los hombres crédulos. Estos impíos, que habían abusado hasta de la religión misma, que es el mayor don de los dioses, eran allí castigados como los más malvados de todos los hombres. El hijo que había degollado á sus padres, las mujeres que habían empapado sus manos en la sangre de sus esposos, los traidores que habían vendido su patria después de violar los más solemnes juramentos, padecían harto menores penas que los desventurados hipócritas. Así lo habían ordenado los tres supremos jueces de los infiernos (1), fundados en que los hipócritas no se contentan con ser infames como los demás impíos, sino que quieren ser tenidos por buenos, siendo causa con su aparente virtud de que se desconfe aun de la verdadera; y por eso los dioses, de quienes tanto se han burlado, y á quienes han hecho despreciables para con los demás hombres, se complacen en emplear todo su poder para vengarse de sus insultos.

Cerca de éstos estaban otros que el vulgo no tiene por muy culpables, y que la venganza divina persigue sin compasión: tales son los ingratos y los embusteros, los aduladores que han alabado el vicio, y los malignos críticos que han procurado mancillar la virtud más pura; en fin, aquellos que han juzgado temerariamente de las cosas sin conocerlas á fondo, y que por este

(1) Estos tres jueces eran *Minos*, rey de Creta é hijo de Júpiter, *Eaco*, abuelo de Aquiles, hijo de Júpiter y Egina, y *Ramanto*, hijo de Júpiter y Europa y hermano de Minos.

medio han perjudicado la reputación de los inocentes.

Pero la que entre todas las ingratitudes se castiga como la más abominable, es la ingratitud con los dioses. Ahora bien, decía Minos, se tiene por monstruosa la falta de agradecimiento al padre ó al amigo, de quien se ha recibido algún beneficio ; ¿ y se jactará el hombre de ser ingrato á los dioses que le han dado la vida, y todos los bienes que ella comprende ? ¿ no les son más deudores del ser, que á sus mismos padres ? Cuanto más impunes quedan estos crímenes en el mundo, tanto más son en el infierno objeto de una eterna é implacable venganza á que nada puede sustraerse.

Viendo Telémaco que sentados los tres jueces condenaban á un hombre, se atrevió á preguntarles cuáles eran sus culpas. Inmediatamente tomó el condenado la palabra, y exclamó : Jamás hice ningún mal, mi mayor gusto era hacer bien. Yo he sido espléndido, liberal, justo, complaciente : ¿ qué es, pues, lo que se me puede reprender ? Nada respecto de los hombres, le respondió al instante Minos, pero, ¿ no les debes á ellos menos que á los dioses ? Tú no faltaste á ninguna obligación respecto de tus semejantes, qué no son nada ; fuiste virtuoso, es verdad, pero referiste á ti mismo esa virtud como si de ti naciera, y no á los dioses que te la dieron (1) ; quisiste gozar con absoluta independencia del fruto de ella como si fuera tuya propia, encerrándote dentro de ti mismo : fuiste tu dios. Pero los sempiternos hacedores de todo lo criado, que nada han hecho sino para sí, no pueden renunciar á sus derechos. Tú te olvidaste de ellos ; ellos se olvidarán de ti y te entregarán á ti mismo, ya que quisiste ser tuyo, y no de ellos. Consuélate ahora contigo, busca en tu corazón alivio á tu pena. Hete aquí separado para

(1) Fenelón hace hablar á Minos como un teólogo escolástico muy versado en las cuestiones de la gracia y del libre albedrío.

siempre de los hombres á quienes procurabas complacer ; te ves solo contigo mismo que eras tu ídolo ; sabe, pues, que no hay verdadera virtud sin amar y respetar á los dioses á quienes todo les es debido. Ya llegó el día de que se vea confundida la falsa virtud, con que por tanto tiempo deslumbraste á los fáciles de engañar. Los hombres que no juzgan de los vicios y las virtudes sino por lo que les incomoda, ó les agrada, son ciegos incapaces de distinguir el bien del mal ; pero aquí una luz divina trastorna todos los juicios superficiales, y condena muchas veces lo que ellos admiran, y justifica lo que condenan.

Herido como un rayo por la fuerza de estas razones, no podía aquel filósofo sufrirse á sí mismo. La complacencia que en otro tiempo había tenido en contemplar su moderación, su valor y la generosidad de sus inclinaciones, se convierte en desesperación, y en suplicio la vista de su corazón enemigo de los dioses ; se ve, y no puede dejar de verse ; ve la vanidad de los juicios de los hombres á quienes quiso agradar en todas sus acciones ; hácese en su interior una general revolución, como si le trastornasen las entrañas ; conoce que no es el que fué ; en todo se halla diferente ; en su espíritu no halla apoyo, y el testimonio de su conciencia, que le había sido tan lisonjero, se rebela ahora contra él, y le reprénde amargamente el desorden y la ilusión de unas virtudes que no se propusieron el culto de la divinidad por principio ni por fin ; y se halla turbado, consternado, cubierto de vergüenza, devorado por los remordimientos, y desesperado. No le atormentan las furias, contentándose con abandonarle á sí mismo, bien seguras de que su propio corazón vengará dignamente á los dioses que despreció en otro tiempo. Busca donde ocultarse á la vista de los otros muertos, ya que no puede esconderse á la suya ; busca las tinieblas, y no las halla, porque una luz importuna le sigue á todas

partes, y á todas se comunican los penetrantes rayos de la verdad para vengarse de aquel que no ha procurado seguirla. Todo lo que antes amó ahora se le hace odioso, como origen de unos males que jamás tendrán fin. ¡ Insensato de mí ! decía en su interior : ¡ yo no he conocido á los dioses, á los hombres, ni á mí mismo ! Nada he conocido, pues que nunca he amado el verdadero bien, el único digno de amor ; todos mis pasos han sido extravíos, locura mi sabiduría (1), y mi virtud, una tan impía y ciega soberbia, que yo mismo llegué á divinizarme ; sí, de mí hice mi ídolo.

Llegó en fin Telémaco donde estaban los reyes condenados, porque abusaron de su poder. Á un lado estaba una furia vengadora, poniéndoles delante un espejo en que viesen representada toda la deformidad de sus vicios ; allí veían, á su despecho, su grosera vanidad codiciando las más ridículas alabanzas ; veían su crueldad con los hombres, á quienes debieran haber hecho felices, el desprecio que hicieron de la virtud, el temor de oír la verdad, su inclinación á hombres viles y aduladores, su desaplicación, su molicie, su indolencia, las injustas desconfianzas, el fausto y excesiva magnificencia fundada en la ruina de los pueblos, la ambición por un poco de gloria comprada con la sangre de sus ciudadanos, en fin, la crueldad con que diariamente buscaban nuevos deleites entre las lágrimas y la desesperación de tantos infelices. Veíanse de continuo en aquel espejo, y se hallaban más horribles y monstruosos que la Quimera vencida por Belefonte, más que la hidra de Lerna muerta á manos de Alcides, y más aún que el mismo Cerbero vomitando por sus gargantas aquella negra y venenosa sangre,

(1) Esto viene á ser una paráfrasis de las palabras que aplicaba san Pablo en sus epístolas á los filósofos paganos: *Evanuerant in cogitationibus suis... et dicentes se esse sapientes stulti facti sunt.*

capaz de infestar á cuantos vivientes sustenta la tierra.

Á otro lado y al mismo tiempo estaba otra furia insultándolos con la repetición de las alabanzas que les habían dado los aduladores, y les presentaba otro espejo en que se veían tales cuales la lisonja los había pintado; y la contraposición de dos tan contrarios retratos era el mayor suplicio de su vanidad. Advertíase que los más malvados entre aquellos reyes eran aquellos de quienes se habían hecho los más magníficos elogios, porque los malos son más temidos que los buenos, y exigen sin vergüenza las viles alabanzas de los poetas y oradores de su tiempo (1).

Óyeseles gemir en aquellas profundas tinieblas, donde ni ven ni pueden ver más que los insultos y escarnios que tienen que sufrir; cuanto los rodea, les reprende, contradice y confunde. Así como en el mundo se burlaban de la vida de los hombres, creyendo que el universo no tenía otro objeto que servirles, así en el Tártaro se los abandona al capricho de ciertos esclavos que les hacen padecer la más dura servidumbre: obedecen á su pesar, y sin la más remota esperanza de suavizar en ningún tiempo su cautiverio. Hállanse bajo los golpes de estos esclavos, sus inclementes tiranos, como yunques bajo los martillos de los Cíclopes, cuando Vulcano los obliga á trabajar en las encendidas oficinas del Etna.

Entre ellos percibió Telémaco ciertos rostros pálidos, horribles y consternados, atormentados por una negra tristeza que les roía las entrañas. Horrorízanse á sí mismos, y no pueden evitar este horror, así como no les es posible desnudarse de su propia naturaleza. Sus mismos delitos son su castigo, porque los están

(1) Al ver como trata Fenelón á cierta clase de reyes, y la insistencia con que saca á colación sus vicios, se comprende que Luis XIV, á quien los cortesanos llamaban rey Sol, no le tuviera muy buena voluntad.

continuamente viendo en toda su deformidad, y se les representan como espectros horribles. Buscan por huír de ellos una muerte más poderosa que la que los separó del cuerpo, una muerte que los reduzca al no ser, ó los haga impasibles. Piden á los abismos que los traguen y los escondan en sus senos donde no puedan penetrar los vengadores rayos de la verdad que los persiguen; pero están reservados al torrente de la divina venganza, que gota á gota estará cayendo sobre sus cabezas por toda la duración de los siglos. La continua presencia de la verdad que antes temieron ver les causa ahora el mayor tormento. La ven, pero sólo para levantarse contra ellos; su vista los atraviesa, los despedaza y los saca de sí mismos, á la manera del rayo que sin causar destrozos por defuera, penetra hasta lo último de las entrañas. Su alma semejante á un metal en una ardiente fragua se ve como fundida por este fuego vengador, que arrebatando toda consistencia nada consume; que disuelve hasta los primeros principios vitales, y sin embargo no hace morir. No tienen ni un solo instante de reposo; sólo viven para desahogar la rabia que contra sí se tienen, y para sentir la pérdida de toda esperanza.

Entre aquellos objetos que hicieron que á Telémaco se le erizase el cabello, vió á muchos de los antiguos reyes de Lidia castigados por haber preferido las delicias de una vida regalada al trabajo, que es inseparable del cetro para alivio de los pueblos. Reprendíanse mutuamente su ceguedad. Decíale uno á otro que había sido su hijo: ¿No te encargué muchas veces en mi vejez y antes de mi muerte que reparases los males que había causado mi negligencia? Y el hijo le respondía: ¡Ah, desventurado padre! ¡vos me perdisteis! ¡vuestro ejemplo me inspiró el fausto, el orgullo, la voluptuosidad y la crueldad para con los hombres! ¿Y quién, viéndoos reinar con tanta molicie y rodeado

siempre de viles aduladores, no se había de acostumar á la lisonja y los placeres? Creí que los demás hombres eran respecto de los reyes lo que el caballo y las otras bestias respecto de los hombres, esto es, animales, de quienes no se hace caso sino en cuanto sirven y ofrecen alguna comodidad. Así lo creí, porque vos me lo hicisteis creer, y sin embargo padezco tanto por haberos imitado. Á esto añadían las más horribles maldiciones, y parecía que la rabia los animaba á que se despedazasen.

Además volaban en torno de estos reyes, así como en la opacidad de la noche vuelan los buhos, las crueles sospechas é infundados recelos, las desconfianzas que vengan á los pueblos de la dureza con que sus reyes los tratan, la insaciable sed de las riquezas, la falsa gloria siempre tiránica, y la vil molicie que multiplica los males, sin poder jamás producir sólidos placeres.

Veíase á muchos de ellos castigados severamente, no por los males que causaron, sino por los bienes, que, debiendo, no hicieron. Todos los crímenes de los pueblos que proceden de la negligencia con que se observan las leyes, son atribuídos á los soberanos, que no lo son sino para hacer que aquéllas reinen. Impútanseles también todos los desórdenes que provienen del fausto, del lujo, y de todos los otros excesos que ponen á los hombres en un estado violento, y los inducen á quebrantar las leyes por adquirir riquezas. Eran especialmente tratados con el mayor rigor los reyes que, en lugar de ser buenos y vigilantes pastores de sus pueblos, fueron carniceros lobos que se los tragaron.

Pero lo que más consternó á Telémaco fué ver en aquel abismo de tinieblas y tormentos un gran número de reyes que, habiendo sido tenidos aquí por buenos, estaban condenados á las penas del Tártaro

por haberse dejado gobernar de malvados y artificiosos; castigábaseñs por los males que éstos hicieron con la autoridad que les habían dado. La mayor parte de estos reyes no fueron ni buenos ni malos, tanta fué su debilidad. Nada hicieron por conocer la verdad; jamás gustaron de ejercer la virtud, ni cifraron su gloria en hacer bien á los hombres.

## LIBRO XIX

Entra Telémaco en los Campos Eliseos; conócele su bisabuelo Arcesio, el cual le asegura que Ulises vive, que le volverá á ver en Ítaca, y que le sucederá en el trono de aquella isla. Describele la felicidad de que gozan los justos, particularmente los reyes que sirvieron á los dioses, y procuraron la felicidad de sus vasallos. Hácele notar que los héroes que sólo sobresalieron en el arte de la guerra, están en un lugar separado, y son mucho menos felices. Dale excelentes instrucciones, y se retira Telémaco para volver con presteza al campo de los aliados.

Cuando salió Telémaco de aquellas pavorosas estancias, se sintió tan aliviado como si le quitaran un monte de encima : y de aquí dedujo cuánta era la desventura de aquellos infelices allí encerrados, sin esperanza de salir jamás (1). Habíale atemorizado el ver que los reyes fuesen más rigurosamente atormentados que los demás. ¡Qué! decía; ¡tantas obligaciones y peligros, tantas asechanzas y dificultades en conocer la verdad para defenderse de sí y de los otros, y por

(1) Dante colocó á la puerta de su Infierno la conocida y terrible sentencia :

*Lasciare ogni speranza voi ch' entrate.*

último, tan crueles tormentos en los infiernos, después de vivir con tantos sobresaltos, estar expuestos á tantas envidias, y sufrir tantas contradicciones en tan corto tiempo como dura la vida! ¡Insensato de aquel que apetece el trono! ¡y feliz el que se acomoda á una condición privada y tranquila en que la virtud es menos difícil!

De tal modo le horrorizaron y consternaron estas reflexiones, que vino á sentir parte de la desesperación en que acacaba de ver á tantos desdichados; pero á medida que se alejaba de aquellos abismos de tinieblas, de horror y de despecho, iba poco á poco recobrando el ánimo. Empieza á respirar, y divisa á lo lejos la luz pura y apacible de la feliz mansión de los héroes.

Habitaban en ella todos los reyes que hasta entonces lo habían dignamente sido, y estaban separados de los otros justos, porque así como en el Tártaro padecen los malos príncipes tormentos infinitamente mayores que los otros condenados de una condición privada, así también los buenos gozan en los Campos Elíseos de una bienaventuranza infinitamente mayor que el resto de los justos.

Diríjese Telémaco hacia ellos, los cuales estaban en unos olorosos bosquecillos sentados en verdes céspedes siempre floridos. Mil arroyuelos hacían correr sus aguas cristalinas por aquellos amenos sitios, y mantenían en ellos una agradable frescura; una multitud innumerable de pintados pajarillos hacían resonar sus dulces trinos en todos aquellos bosques. Allí se ven á una las flores de la primavera con los más sazonados frutos del otoño pendientes de los árboles; allí jamás se sienten los calores de la abrasadora canícula, ni los fríos del riguroso aquilón. Ni la Guerra sedienta de sangre, ni la cruel Envidia que muerde con diente venenoso y abriga en su pecho y rodea á sus



Dirigese Telémaco hacia ellos... (Pág. 326).



brazos enroscadas víboras, ni las desconfianzas, el Temor ni los vanos deseos se acercan jamás á aquella feliz morada de la paz; allí no tiene fin el día, ni se conoce el sombrío velo de la noche; una luz pura y apacible se difunde al rededor de los justos y los viste con sus rayos: no una luz semejante á la que alumbrá á los míseros mortales, que más es obscuridad; es aquélla más bien gloria celestial que luz; penetra los cuerpos más densos, con más facilidad que los rayos del sol el más diáfano cristal; no deslumbra, antes por el contrario, fortifica la vista, y trasmite al alma cierta serenidad; de ella sola se alimentan los bienaventurados; de ellos sale, y á ellos vuelve, los penetra y se identifica con ellos como los alimentos con nosotros. La ven, la sienten y la respiran, y hace que en ellos nazca una fuente inagotable de paz y de gloria; y en este piélago de delicias están sumergidos como en el mar los peces. Nada desean, y sin tener nada lo poseen todo, porque con la dulzura de aquella luz queda el corazón satisfecho, y cumplidos todos sus deseos, y la abundancia de los bienes que gozan los hace superiores á cuanto los hambrientos y codiciosos anhelan en el mundo; y tal es el cúmulo de felicidad y contentamiento interior que no los deja para gustar de los placeres exteriores, semejantes á los dioses que, satisfechos de néctar y ambrosía, tendrían por groseros los más exquisitos alimentos que los hombres todos pudieran ofrecerles. De aquellos lugares, en que eternamente habita la paz y la tranquilidad, huyen todos los males; allí no tienen entrada la muerte, la enfermedad, la pobreza, el dolor, el pesar, los remordimientos, los miedos, ni aun las esperanzas (que á veces atormentan tanto como el temor), las discordias, los disgustos ni los enojos.

Más fácil fuera arrancar de sus asientos las altas montañas de la Tracia arraigadas en el centro de la

tierra, y que desde la creación del universo hienden las nubes con sus cimas cubiertas de nieve y hielo; sí, más fácil fuera trastornarlas que alterar lo más mínimo, ni causar la más leve conmoción en el corazón de aquellos justos; sólo les causan compasión las miserias que oprimen á los hombres, pero es ésta una compasión dulce y tranquila que en nada altera su inmutable felicidad. Está pintada en sus rostros una juventud eterna, una felicidad sin fin, y una gloria toda divina, sin que su alegría tenga nada de indecorosa ni indecente; antes por el contrario es apacible, noble, y llena de majestad, y lo que los tiene enajenados, un gozo celestial que procede del gusto de la verdad y de la virtud. Su corazón siente en todos los instantes sin interrupción la misma sorpresa que una madre cuando vuelve á ver al hijo querido que había llorado por muerto, pero esta alegría que en ella es momentánea, en el corazón de los justos es eterna; jamás cesa ni se disminuye, siempre es para ellos nueva; disfrutan el enajenamiento de la embriaguez sin padecer por eso la turbación ni el alucinamiento.

Comunican entre sí acerca de lo que ven y de lo que sienten; desprecian el regalo, las delicias, y las vanas grandezas de su antiguo estado, de que ahora se conduelen; se acuerdan con gusto aquellos tristes, pero cortos años, en que les fué necesario, para llegar á ser buenos, combatir contra sí mismos, y contra el torrente de hombres corrompidos, y admiran el auxilio de los dioses, que los condujeron como por la mano á la virtud por entre tantos obstáculos. Su corazón está siempre anegado en un no sé qué de divino, que á manera de torrente emana de la divinidad, y, uniéndose á ellos, los deifica. Ven y conocen su dicha, y están ciertos de que eternamente la poseerán. Cantan las alabanzas de los dioses, y todos juntos no compo-

nen más que una voz, ni tienen más que una voluntad, un corazón solo; una misma felicidad causa como un flujo y reflujo en sus almas unidas.

En tan divino éxtasis vuelan con más rapidez los siglos que las horas entre los mortales, y sin embargo, mil y mil siglos pasados en nada disminuyen su felicidad siempre nueva, y entera siempre. Reinan todos juntos, no sobre tronos expuestos á la destructora mano del hombre, sino sobre sí mismos, y con un poder inmutable, pues ya no necesitan hacerse temibles con el poder prestado de un pueblo vil y miserable. Ni se ciñen aquellas vanas diademas, bajo cuyos resplandores se ocultan tantos miedos y tristes cuidados, pues los mismos dioses con sus propias manos los han coronado de guirnaldas que no podrán marchitar los siglos.

Telémaco, que había temido hallar á su padre en aquellos hermosos sitios, de tal modo quedó penetrado de la paz y de la felicidad que en ellos se disfruta, que no sólo quisiera encontrarle allí, sino que sentía hallarse en la necesidad de volver al mundo. Aquí sí que se encuentra la verdadera vida, decía, la nuestra es más bien muerte (1). Pero lo que más le sorprendió fué el ver tantos reyes en el Tártaro, y tan pocos en los Campos Elíseos; y de aquí dedujo cuán pocos deben de ser los que tienen la firmeza y valor necesarios para resistir su propio poder, y para desechar la lisonja de tantos como se interesan en excitar sus pasiones. Por eso son tan raros los buenos reyes, y tan malvados la mayor parte, que dejarían los dioses de ser justos, si, después de haber sufrido que por todo el tiempo de su vida abusasen de su poder, no los castigaran después de su muerte.

No hallando Telémaco á su padre entre aquellos

(1) Esta idea se encuentra en Cicerón en el *Sueño de Escipión*.

reyes, hizo por ver si á lo menos descubría á su abuelo Laertes, y mientras que inútilmente le buscaba, se iba acercando á él un venerable anciano lleno de majestad. No era su vejez semejante á la de los hombres agobiados con el peso de los años; sólo se echaba de ver que había muerto viejo. Resplandecía en él á un mismo tiempo todo lo que la ancianidad tiene de grave con lo que la juventud ostenta de festivo, porque aun en los viejos más caducos renacen las gracias en el mismo instante en que entran en los Campos Elíseos. Diríjese con celeridad á Telémaco, mirándole como á quien mucho amaba, pero Telémaco, que no le conocía, le esperaba suspenso y cuidadoso.

Yo te perdono, hijo mío, le dijo el anciano, que no me conozcas. Soy Arcesio, padre de Laertes, que acabé la carrera de mis días antes que Ulises mi nieto partiese para Troya; tú quedaste niño entre los brazos de tu ama, y sin embargo desde entonces concebí acerca de ti grandes esperanzas, que no han salido vanas, pues te veo tan favorecido de los dioses que te sostienen en la empresa de buscar á tu padre en el reino de Plutón. ¡Feliz mil veces, joven venturoso! ¡Los dioses te aman, y te preparan una gloria igual á la de tu padre! ¡y feliz yo también en volverte á ver! Deja de buscar aquí á Ulises; vive aún, y está reservado para restablecer nuestra casa en Ítaca. Aun vive también Laertes, aunque oprimido de la vejez, y espera la vuelta de su hijo, para que le cierre los ojos. Lo mismo sucede á los hombres que á las flores, que se abren por la mañana, y ya por la tarde están marchitas y se desprecian. Con la misma velocidad huyen y se suceden las generaciones que las olas de un rápido río (1): no hay

(1) Nuestro insigne Rioja ha dicho también:

Como los ríos que en velez corrida  
Se llevan á la mar, tal soy llevado  
Al último suspiro de mi vida.

poder que detenga al Tiempo, que todo lo arrastra tras sí, aun lo que parece menos movable. Tú mismo, hijo mío, tú mismo que ahora gozas de una juventud tan fresca y fecunda en placeres, acuérdate de que la lozanía de esa edad no es más que una flor casi tan pronto seca como nacida (1); tú te verás trocado sin sentirlo; las gracias festivas y los dulces contentos que te acompañan, la robustez, la salud y la alegría se desvanecerán como un sueño, y no te quedará de todo más que una triste memoria. Vendrá la desvalida vejez, enemiga de todos los placeres, te arrugará el semblante, encorvará tu cuerpo, debilitará tus miembros; vendrá á secar en tu corazón la fuente de la alegría, á hacer que te disguste lo presente, y que temas lo futuro; vendrá por fin á hacerte insensible á todo, menos al dolor.

Acaso te parecerá que esto está muy lejos, pero, ¡ ay, hijo mío, cómo te engañas ! Corre, vuela, se precipita por llegar y ya llega; lo que con tanta velocidad corre no está lejos de ti; lo presente que huye, sí que se aleja; este mismo momento en que estamos hablando se anonada, y es imposible que vuelva. No cuentes jamás con lo presente, no; fija la consideración en lo futuro para sostenerte en el escabroso sendero de la virtud. Adquiérete por medio de costumbres puras y de amor á la justicia un lugar en la feliz mansión de la paz.

Por fin, ya se te acerca el tiempo de que veas reco-

El mismo Rioja dice en otro pasaje de su inimitable *Epístola moral*:

¿ Qué es nuestra vida más que un breve día  
Do apenas sale el sol, cuando se pierde  
En las tinieblas de la noche fría ?  
¿ Qué es más que el heno, á la mañana verde  
Seco á la tarde ? etc.

(1) *Qui quasi flor egreditur et conteritur*, ha dicho Job hablando del hombre, y pintando su mísera condición.

brar á tu padre su autoridad en Ítaca. Tú has nacido para reinar después de él, mas ¡ay, hijo mío, cuán engañoso es el trono! mirado de lejos, todo es grandeza, esplendor y comodidades, pero de cerca, todo es espinas. Un particular puede sin desdoro tener en la obscuridad una vida tranquila, pero un rey no puede sin degradarse preferir la tranquilidad de una vida ociosa á las penosas funciones del gobierno; un rey es todo de sus vasallos, y nunca de sí mismo; sus más ligeros descuidos producen funestísimas consecuencias, porque causan la desgracia de los pueblos, que suele durar muchos siglos; á su cargo está reprimir la audacia de los malvados, proteger la inocencia, y disipar la calumnia: no le justifica el no hacer mal ninguno, debe hacer en lo posible todos los bienes de que el Estado necesite; ni le basta obrar bien por sí, necesita además impedir todo el mal que los otros harían, si no se los contuviese. Teme pues, hijo mío, teme un estado tan peligroso; ármate de valor contra ti, contra tus pasiones y contra los lisonjeros.

Decíale esto Arcesio con tal vehemencia que parecía estar inflamado de un fuego divino, y al mismo tiempo mostraba en el semblante la compasión de que son dignos los trabajos inseparables del trono. Ocuparle, decía, por complacerse á sí mismo es una monstruosa tiranía, pero por llenar sus obligaciones y gobernar un numeroso pueblo, así como un padre gobierna sus hijos, es una pesada servidumbre que exige un valor y una prudencia heroicos. Mas también es cierto que los que han reinado según los principios de una sincera virtud poseen aquí todo lo que el poder de los dioses puede otorgarles para hacer cumplida su felicidad.

Así se explicaba Arcesio, cuyas palabras se introducían hasta lo íntimo del corazón de Telémaco, y se quedaban en él esculpidas así como un hábil artista

graba en el bronce aquellas indelebles figuras que quiere pasen á la admiración de la más remota posteridad. Como una llama sutil penetraban estas palabras las entrañas de aquel joven, que se sentía con ellas tan conmovido y abrasado, como si cierto divino incendio le derritiera el corazón, y le consumiera hasta lo más recóndito: no podía contenerle ni sufrirle, ni resistir una impresión tan violenta, que al mismo tiempo que causaba una vivísima y deliciosa sensación, estaba mezclada con una especie de dolor capaz de quitar la vida.

Á poco empezó Telémaco á respirar con más libertad, y notó en el rostro de Arcesio una gran semejanza con el de Laertes, y como que quería hacer memoria de haber visto también en Ulises; cuando partió para Troya, cierto aire de aquel carácter. Enternecióse con este recuerdo, y se le cayeron algunas lágrimas mezcladas de alegría. Quiso abrazar á una persona tan amada, y lo intentó muchas veces, pero en vano, porque aquella sombra huía sus abrazos como desaparece un engañoso sueño del que cree gozar de lo que su fantasía le representa, que ya sigue con sedienta boca un agua fugitiva, ya se agitan sus labios por pronunciar lo que la lengua adormecida no puede proferir, y ya se esfuerza á alargar las manos que nada pueden coger. Así Telémaco no pudo satisfacer su tierno afecto. Ve á Arcesio, le oye, le habla, y no puede tocarle. En fin, le preguntó quiénes eran aquellos que con él estaban.

Viendo estás, hijo mío, le respondió el sabio anciano, los hombres que han sido la honra de su siglo, la gloria y la felicidad del género humano; viendo estás el corto número de reyes que han merecido serlo, y que han desempeñado fielmente las funciones de dioses en la tierra. Aquellos otros que ves cerca, pero separados de ellos por una ligera nube, disfrutan de

una gloria mucho menor; es verdad que son néroes, pero la recompensa de su valor y de sus expediciones militares no es comparable con la de los reyes sabios, justos y benéficos.

Mira, pues, á Teseo un poco triste, pesaroso de haber creído con demasiada ligereza á una mujer astuta, y afligido aún porque tan injustamente pidió á Neptuno la muerte cruel de su hijo Hipólito. ¡ Dichoso él si no hubiera sido tan pronto y fácil en irritarse! Mira también á Aquiles apoyado en su lanza á causa de la herida que le hizo en el talón (1) el vil y afeminado Paris, y que le causó la muerte. Si hubiera sido tan sabio, justo y moderado como intrépido, le hubieran concedido los dioses un largo reinado, pero tuvieron compasión de los Ftíotes y Dolopes, en el gobierno de los cuales era natural hubiese sucedido á su padre Peleo; y no quisieron abandonar tantos pueblos al capricho de un hombre fogoso, y más dispuesto á irritarse que el más borrascoso mar. Acortáronle las Parcas el hilo de que pendía su vida, y fué como la flor, que apenas se abre, cuando el corvo arado (2) la arranca de raíz; y el mismo día que la vió nacer, la ve también caer y morir. No quisieron servirse de él los dioses, sino como se sirven de los torrentes y de las tempestades para castigar los pecados de los hombres. Así emplearon á Aquiles en abatir los muros de Troya para vengar el perjurio de Laomedonte, y los injustos amores de Paris. Después de haberle empleado en esto como un instrumento de su venganza, se aplacaron, pero no concedieron á las lágrimas de su madre Tetis que subsistiese más sobre la tierra aquel joven, sólo

(1) Según los antiguos, los muertos conservaban en la tumba hasta los sentimientos de alegría y sufrimiento de la vida anterior.

(2) Es una repetición de lo dicho otro pasaje anterior.

capaz de inquietar á los hombres, y destruir ciudades y reinos.

Pero, ¿no ves aquel otro de feroz semblante? Pues es Ajax, hijo de Telamón y primo de Aquiles, aquel héroe que se adquirió tanta gloria en la guerra y que muerto Aquiles se tuvo por el único digno de poseer sus armas; pero tu padre se le opuso, y los Griegos decidieron en su favor, por lo cual se mató Ajax desesperado, y hele ahí que aun conserva la indignación y el furor pintados en el rostro. No te acerques á él hijo mío, porque creería que le insultas, y es usto compadecerle en su desgracia. ¿No ves el disgusto con que nos mira, y que por no vernos se entra presurosamente en ese sombrío bosquecillo? Repara á este otro lado á Héctor, que hubiera sido invencible, si al mismo tiempo que él no hubiera estado en el mundo el hijo de Tetis. Mas, ¿ves á aquel que por allí atraviesa? Pues es Agamenón, que aun conserva las señales de la perfidia de Clitemnestra. ¡Ay, hijo mío! me horroriza el pensar en las desgracias de esta familia del impío Tántalo. La discordia de los dos hermanos Atreo y Tieste llenó esa casa de horror y de sangre. ¡Ah, cuántos crímenes trae consigo un delito! Vuelve Agamenón triunfante con los Griegos del sitio de Troya; pero no se le deja tiempo para que goce en paz de la gloria que se había adquirido; tal es por lo común la suerte de casi todos los conquistadores. Todos esos hombres que estás viendo han sido terribles en la guerra, pero no amables y virtuosos, y por eso no ocupan más que el segundo lugar en los Campos Elíseos.

Estos que están conmigo, como que han reinado con justicia y amado á sus vasallos, son amigos y escogidos de los dioses, mientras que Aquiles y Agamenón, abandonados á sus particulares resentimientos, siempre respirando guerras y combates, conservan

aun aquí sus disgustos y sus defectos naturales. Al paso que ellos se acuerdan con dolor de la vida que ya no tienen, y que se afligen de no ser más que unas sombras vanas y sin poder alguno; estos reyes justos, purificados por la divina luz que los sustenta, nada tienen que desear para su felicidad; se compadecen de las inquietudes de los míseros mortales, pareciéndoles juegos de niños los más graves negocios que su ambición agita. Sus corazones se sacian en la fuente de la verdad y de la virtud, ya nada tienen que sufrir ni de los otros ni de sí; libres de deseos, de necesidades y de temores, todo se acabó para ellos, menos la alegría que les durará eternamente.

Repara, hijo mío, en Ínaco, aquel antiguo rey que fundó á Argos; mira cuán apacible y majestuosa es su ancianidad; bajo sus pies nacen la flores, y es tan ligero, que cuando anda, más parece que vuela; tiene en la mano una lira de marfil, y en un eterno éxtasis canta las obras admirables de los dioses. De su boca y corazón se exhala una exquisita fragancia, y con la armonía de su lira y de su voz arrebatara á los hombres y á los dioses. Ésta es la recompensa del amor con que gobernó y dictó leyes al pueblo que reunió en el recinto de sus nuevos muros.

Aquel que ves al otro lado entre aquellos mirtos es el egipcio Cécrope, primer rey de Atenas, ciudad consagrada á la sabia diosa, de la cual toma el nombre. Éste fué el que llevando leyes útiles del Egipto (á quien es deudora toda la Grecia de las letras y de sus buenas costumbres) amansó con ellas el feroz natural de los habitantes del Ática, y los unió con los vínculos de la sociedad. Fué justo, humano y compasivo; dejó ricos á los pueblos, y á su familia en una medianía, sin permitir que le sucediesen sus hijos en el mando, porque juzgaba que había otros más dignos.

Conviene también que veas en aquel pequeño valle

á Ericción, que fué el que inventó el uso de la moneda, con el objeto de facilitar el comercio entre las islas de Grecia; pero bien previó los inconvenientes de semejante descubrimiento, y por eso decía á todos aquellos pueblos : Aplicaos á multiplicar entre vosotros las riquezas naturales, que son las verdaderas riquezas ; cultivad la tierra para tener con abundancia trigo, vino, aceite y otros frutos ; tened numerosos rebaños que os mantengan con su leche, y os cubran con su lana, y así os pondréis en estado de no temer jamás la pobreza. Cuantos más hijos tengáis, tanto más ricos seréis ; si les enseñáis á ser laboriosos, porque es inagotable la fecundidad de la tierra, que se aumenta á proporción del número de habitantes que con aplicación la cultivan ; á todos recompensa liberalmente, y sólo es ingrata y avara con los negligentes. Estimad, pues, con predilección las riquezas que satisfacen las verdaderas necesidades, y no la plata acuñada en tanto que no os sea absolutamente necesaria para las guerras inevitables que haya que sostener fuera del Estado, ó para adquirir con ella lo que siendo necesario no le produzca el país ; y aun fuera de desear que se aniquilara aquel ramo de comercio que sólo sirve de mantener el lujo, la vanidad y la molicie.

Yo temo, decía continuamente el sabio Ericción, mucho temo haberos hecho un funesto presente en la invención de la moneda ; preveo que ella excitará la avaricia, la ambición y el fausto ; que mantendrá un sinnúmero de artes perniciosas, que enerven y corrompan las costumbres ; que os hará mirar con despego la amable sencillez, de que procede la tranquilidad y la seguridad de la vida, y que en fin, os hará despreciar la agricultura, que es la base de la vida humana, y el origen de los verdaderos bienes ; pero los dioses me son testigos de la buena intención con que os he manifestado este descubrimiento útil en sí mismo. No

pasó con efecto mucho tiempo sin que echase de ver que el dinero corrompía las gentes, como había previsto, y lleno de dolor y de pesar se retiró á una inculta montaña, donde vivió pobre y apartado de los hombres hasta una extrema vejez, sin querer tomar parte en el gobierno.

Poco después de él apareció en la Grecia el famoso Triptolemo, á quien Ceres había enseñado el arte de cultivar la tierra, y el de cubrirla todos los años de doradas mieses. No porque no fuese bien conocido de los hombres el trigo y el modo de multiplicarlo sembrándolo, pero ignoraban la perfección de su cultivo, y por eso Triptolemo, enviado por Ceres, vino con el arado en la mano á ofrecer los dones de la diosa á todos los pueblos que se animasen á vencer su natural pereza, y entregarse á un trabajo asiduo. Poco tardó Triptolemo en enseñar á los Griegos á hender y fertilizar la tierra abriendo á surcos sus entrañas, y no tardaron mucho los activos é infatigables segadores en derribar al filo de la hoz las rubias espigas que cubrían las campiñas. Hasta los pueblos salvajes y feroces, errantes en los bosques del Epiro y la Etolia, dulcificaron sus costumbres, establecieron leyes, y se sujetaron á ellas, luego que aprendieron á multiplicar tan prodigiosamente las cosechas y á alimentarse con pan.

Hizo Triptolemo (1) que conociesen y apreciaran los Griegos la ventaja de no deber sus riquezas más que al trabajo, y de que cada uno encontrase en su posesión todo lo necesario para hacer la vida cómoda y feliz. Esta abundancia tan sencilla como inocente, les hizo acordarse de los sabios consejos de Ericción, y que mirasen con desprecio el dinero y todas las riquezas artificiales, riquezas que no lo son más que por el ca-

(1) Todo lo que Fenelón dice aquí de Ínaco, Cécrope, Ericción y Triptolomeo es, por lo general, de su propia cosecha.

pricho de los hombres, que los incitan á apetecer peligrosos placeres, y los divierten del trabajo, en donde con amplia libertad se disfrutan y encuentran la pureza de costumbres, y los bienes que así merecen llamarse. Llegaron á conocer que una tierra fértil y bien cultivada es el verdadero tesoro de una familia que tenga la prudencia de vivir frugalmente como sus padres vivieron. ¡Felices los Griegos si constantemente siguieran unas máximas tan propias para hacerlos poderosos, libres, felices, y dignos de serlo por una sólida virtud! ¡Mas, ah! que ya empiezan á admirar las falsas riquezas, van poco á poco abandonando las verdaderas, y degenerando de aquella envidiable simplicidad.

¡Ah, hijo mío! llegará día en que reines; acuérdate pues entonces de inclinar los hombres á la agricultura, honra este arte, alivia á los que á él se dediquen, y no permitas que nadie viva ocioso, ni ocupado en esos oficios que mantienen el lujo y la molicie. Estos dos hombres que fueron tan sabios en el mundo, son aquí favorecidos de los dioses. Notabien, hijo mío, que mucho mayor es su gloria que la de los otros héroes que sólo lo han sido en la guerra, por cuanto es más deleitosa la alegre primavera que el helado invierno, y más brillante la luz del sol que la de la luna.

Mientras que Arcesio discurría de este modo, notó que Telémaco fijaba la vista hacia un lado en que había un bosquecillo de laureles, y un arroyo guarnecido de violetas, de rosas, de lirios, y de otras muchas flores olorosas, cuyos vistosos colores se semejaban á los de Iris cuando desciende á anunciar á alguno la voluntad de los dioses. En aquel hermoso sitio reconoció Telémaco á Sesostris, mil veces más majestuoso que lo estuvo nunca en el trono de Egipto. Salían de sus ojos rayos de apacible luz que deslumbraron sin embargo los de Telémaco. Al verle se hubiera creído

que estaba embriagado de néctar (1) : tan lleno estaba del espíritu divino, y tan arrebatado le tenía, en premio de sus virtudes, sobre todo cuanto puede alcanzar el entendimiento humano.

Dijole Telémaco á Arcesio : Padre mío, allí veo á Sesostris, aquel sabio rey de Egipto, que no hace mucho tiempo conocí yo en su corte.

Él es, respondió Arcesio, y en él ves un ejemplo de la magnificencia con que los dioses recompensan á los buenos reyes; y sabe sin embargo que la gloria que posee es nada en comparación de la que le estaba preparada si su excesiva prosperidad no le hubiera hecho olvidar las reglas de la moderación y de la justicia. El deseo de humillar el orgullo y la insolencia de los Tirios le empeñó en tomar su ciudad, y esta conquista le puso en el ánimo otras; se dejó seducir de la vanagloria de los conquistadores, y subyugó, ó por mejor decir, asoló toda el Asia. Á su vuelta á Egipto halló que su hermano se había apoderado del trono, y alterado con un gobierno injusto las mejores leyes del país; de modo que el único fruto de sus grandes conquistas fué la alteración de su propio reino. Pero lo que le hizo más inexcusable fué el haberse embriagado tanto de su propia gloria, que no dudó hacer uncir á un carro los más poderosos reyes que había vencido (2). Después se reconoció, y se avergonzaba de haber sido tan inhumano. Éste fué el fruto de sus victorias, esto lo que sucede á los conquistadores en perjuicio suyo y de sus Estados cuando quieren usurpar los de sus vecinos; esto lo que le hizo valer menos á un rey por otra parte tan justo y bienhechor, y esto, en fin, lo que disminuye la gloria que los dioses le tenían reservada.

(1) El néctar, como hemos dicho, era la bebida de los dioses. El mortal que lo bebía adquiría la inmortalidad.

(2) Esta tradición no tiene ninguna autenticidad.

¿No ves, lijo mío, á este otro, cuya herida tanto le hermosea? pues es Dioclides, rey de Caria, que se sacrificó por su pueblo en una batalla, porque el oráculo había predicho que en la guerra entre los de Caria y Licia quedaría victoriosa la nación cuyo rey muriese (1).

Aquel que allí ves es un sabio legislador que, habiendo dado á su nación leyes capaces de hacerlos buenos y felices, les hizo jurar que no violarían ninguna de ellas en su ausencia, después de lo cual se salió de su patria, se desterró generosamente de ella, y murió pobre en otro país, porque el suyo quedase por su juramento obligado á guardar perpetuamente tan útiles leyes (2).

El otro que estás mirando es Eunésimo, rey de Pilos, y uno de los ascendientes del sabio Néstor. Con motivo de una peste que devastaba la tierra, y cubría de nuevas sombras las márgenes del Aquerón, imploró á los dioses que aplacasen su cólera, y ofreció pagar con su vida por tantos millares de inocentes. Fué oída su súplica, y los dioses en recompensa le han otorgado aquí un verdadero reino, en cuya comparación no son todos los de la tierra más que sombras y apariencias.

Este anciano que ves coronado de flores es el famoso Belo; reinó en Egipto, y estuvo casado con Anquinoe, hija del dios Nilo, que oculta el origen de sus aguas (3), y enriquece las tierras que inunda. Tuvo dos hijos, Danao, cuya historia sabes, y Egipto que dió su nombre á aquel hermoso reino. Belo, que se tenía por más rico con la abundancia que proporcionó á su pueblo, y

(1) Lo que el autor cuenta fué realizado por Codro, último rey de Atenas; pero como Codro floreció más de un siglo después que Telémaco, Fenelón no podía hablar de él.

(2) Este hecho se refiere al gran legislador Licurgo, pero el autor no lo cita por la razón dicha en la nota anterior.

(3) Las fuentes del Nilo no han sido descubiertas hasta nuestros días.

con el amor que sus vasallos le tenían, que con todos los tributos que hubiera podido imponerles. Estos hombres, hijo mío, que tú tenías por muertos, viven ; y por el contrario, la vida que miserablemente arrastran los hombres en el mundo, sí que es muerte. ¡ Pluguiese á los dioses hacerte tan bueno, que merecieses esta dichosa vida infinita é imperturbable ! Mas ya es tiempo que vuelvas á buscar á tu padre, hazlo prontamente ; pero, antes que le halles, ¡ cuánta sangre verás derramada ! ¡ y qué gloria te está reservada en los campos de la Hesperia ! Ten presentes los consejos del sabio Mentor, si quieres que sea tu nombre célebre entre todas las naciones y por todos los siglos.

Dijo, y al instante condujo á Telémaco hacia la puerta de marfil, para que por ella saliese del tenebroso imperio de Plutón. Despidióse de él Telémaco enternecido, pero sin poderle abrazar, y saliendo de aquellos sombríos lugares, se restituyó con presteza al campo de los aliados después de hallar en el camino á los dos cretenses que le habían acompañado hasta cerca de la caverna, los cuales habían perdido la esperanza de volver á verle (1).

(1) Habia dos puertas en el Infierno, una de cuerno por donde pasaban las sombras y los sueños verdaderos, y otra de marfil por donde pasaban los sueños engañosos y las vanas ilusiones.

## LIBRO XX

Tienen consejo los jefes del ejército sobre si se apoderarían por sorpresa de Venusa, dada en tercería á los Lucanienses; resístelo Telémaco, y prevalece su dictamen. Admiran todos su sabiduría con motivo de dos tráfugas, de los cuales el uno, llamado Acante, habia ofrecido á Adrasto que envenenaría á Telémaco, y el otro, llamado Dióscoro, ofrecia á los aliados la cabeza de Adrasto. Dase después una batalla, y en ella busca ansioso Telémaco á Adrasto, dando la muerte á cuantos encuentra al paso; y Adrasto, que no con menor saña busca á Telémaco, encuentra y mata á Pisistrato, hijo de Néstor. Sobreviene Filoctetes, y al mismo tiempo en que iba á atravesar á Adrasto le hiere á él un lucaniense, y se ve obligado á retirarse. Corre Telémaco á los gritos de los aliados, en quienes Adrasto hacia el mayor estrago. Encuéntranse por fin ambos, se batien, y Telémaco le concede la vida con ciertas condiciones. Levántase Adrasto, intenta sorprender á Telémaco; pero Telémaco vuelve á cogerle, y le quita la vida.

Juntáronse entre tanto los capitanes del ejército á deliberar si se apoderarían de Venusa, ciudad fuerte, usurpada por Adrasto á los Apulienses, sus vecinos, los cuales se habían ahora unido al ejército aliado para reclamar tan injusta usurpación. Adrasto, para aquietarlos, dejó la ciudad en tercería á los Lucanienses; pero tenía sobornada la guarnición y al comandante, de modo que no había en la ciudad más autoridad efectiva que la suya, quedando engañados en el tratado los Apulienses que convinieron en que la guarneciesen las tropas lucanienses.

Un ciudadano de Venusa, llamado Demofante habia ofrecido secretamente á los aliados que les entregaría de noche una de las puertas de la ciudad. Era esta ventaja de tanta consideración como que el principal almacén de guerra y boca le tenía Adrasto en un castiello inmediato á la ciudad, en el cual no podía defenderse

si la ciudad se tomaba. Filoctetes y Néstor fueron de opinión que convenía aprovecharse de tan buena ocasión, y su autoridad se llevó tras sí el voto de los demás jefes, alucinados también con la utilidad que les resultaría de tan fácil adquisición; pero Telémaco hizo, cuando le tocó hablar, los últimos esfuerzos por disuadirlos.

No ignoro, les dijo, que si algún hombre en el mundo merece ser engañado es Adrasto, que tantas veces ha engañado al mundo entero. Bien conozco que en sorprender á Venusa no haríais otra cosa que posesionaros de una ciudad que os pertenece, pues es de los Apulienses, unidos á la liga. Confieso que podríais hacerlo con tanta más apariencia de razón, cuanto que Adrasto, que la ha puesto en depósito, tiene sobornados al comandante y la guarnición para entrar en ella cuando lo juzgue más á propósito; y conozco en fin, como conocen todos, que tomada la ciudad seríais desde mañana dueños del castillo, en que tiene Adrasto almacenados todos los preparativos de guerra, y que de este modo acabaríais en dos días esta tan formidable. Pero, ¿no es mejor morir que vencer por tales medios? ¿es justo rechazar un fraude con otro? ¿habíais de dar lugar á que se dijese que tantos reyes coligados para castigar los engaños del impío Adrasto fueron de tan mala fe como él? Si nos es permitido hacer lo que él hace, ¿dónde está su delito? En nosotros lo fuera castigarle. Pero qué, ¿no tiene toda la Hesperia, sostenida por tantas colonias griegas y tantos héroes vueltos del sitio de Troya, no tiene otras armas contra la perfidia y los perjuros de Adrasto, que el perjurio y la perfidia?

Vosotros habéis jurado por lo más sagrado que se conoce, que dejaríais la ciudad en depósito á los Lucaenses. Decís, y yo lo creo, que Adrasto tiene corrompida la guarnición; sin embargo ella está á sueldo

de los Lucanienses, no ha rehusado obedecerlos, y aunque sólo sea en la apariencia han observado la neutralidad. Adrasto y los suyos no han entrado desde entonces en Venusa; el tratado subsiste, y no se han olvidado los dioses del juramento que les hicisteis. ¿Acaso no se ha de cumplir una palabra sino cuando no se encuentra pretexto plausible para faltar á ella? ¿ó no se ha de cumplir con la religión del juramento sino cuando no se gane nada en quebrantarle? Si el amor á la virtud, y el temor de los dioses no os contiene, conténgaos siquiera el cuidado de vuestra opinión y vuestro interés. Si dais un ejemplo tan pernicioso como el de faltar á vuestra palabra, y violar un juramento por terminar una guerra, ¿á cuántas no daréis lugar por tan impía conducta? ¿quién de vuestros vecinos no se verá reducido á temerlo todo de vosotros y á detestaros? ¿quién aun en las mayores urgencias se atreverá á fiarse de vosotros? ¿qué seguridad habéis de dar cuando tratéis de buena fe, y os interese que así se crea? ¿acaso un solemne tratado? Acostumbrados estáis, dirán, á romperlos. ¿Tal vez un juramento? Nadie ignora que tenéis en poco á los dioses cuando esperáis sacar del perjurio alguna utilidad. Conque no os queda medio. Tan poco seguro será vivir con vosotros en paz como estar en guerra. Todas vuestras ofertas y proposiciones serán siempre recibidas como si en ellas fuese disfrazada ó descubierta la guerra; seréis los enemigos perpetuos de cuantos tengan la desgracia de confinar con vosotros. Todos aquellos negocios, cuyo buen éxito dependa de la buena reputación y de la probidad, serán para vosotros desgraciados, como que no tendréis arbitrio para hacer que se crea nada de lo que ofrezcáis.

Aun hay otro motivo más poderoso, que debe llamar vuestra atención, si es que aun os resta algún sentimiento de probidad, ó conocimiento de vuestros inte-

reses, y es que una conducta tan injusta precisamente ha de dar al traste con vuestra alianza; en vuestro perjurio está el triunfo de Adrasto.

A esta aserción se commovieron todos, y le preguntaron que en qué se fundaba para decir que una acción que aseguraba la victoria á la liga sería la que disolviese ésta.

¿Cómo podréis, les respondió, estar seguros unos de otros si rompéis vosotros mismos el único vínculo de la sociedad y de la confianza, que es la buena fe? Adoptada la máxima de que se pueden violar las reglas de la probidad y de la fidelidad cuando de ello se siga algún interes, ¿quién de entre vosotros mismos se atreverá á fiarse del otro, sabiendo que le puede faltar á la palabra siempre que le sea ventajoso engañarle? ¿á qué términos no os veréis entonces reducidos? ¿y quién no tratará de prevenir con sus artificios los de su vecino? ¿en qué se ha de fundar la alianza de tantas naciones, convenidas en que les es lícito sorprender á su vecino y faltarle á la fe prometida? ¿cuál deberá necesariamente ser vuestra mutua desconfianza, vuestra desunión, y vuestro empeño en arruinaros unos á otros? Ninguna necesidad tendría el enemigo de atacaros, que harto os destruiríais vosotros mismos, y justificaríais su perfidia.

¡Oh reyes sabios y magnánimos! vosotros, que tan larga experiencia tenéis en el mando de tanta multitud de pueblos, no os desdeñéis de oír el dictamen de un joven. Si cayeseis en el más lastimoso extremo á que suele la guerra precipitar á los hombres, aun hay remedio; de allí podrán sacaros vuestra vigilancia y los esfuerzos de vuestra virtud, pues el verdadero valor jamás se deja abatir; pero si por desgracia rompéis una vez la barrera del honor y de la buena fe, ésta es una pérdida irreparable; porque ni podréis restablecer la confianza necesaria al buen éxito de los más impor-

tantes negocios, ni hacer que recobren los hombres los principios de virtud, que en vuestra conducta han aprendido á despreciar. Pero, ¿qué es lo que teméis? ¿por ventura no os sobra valor para vencer sin engañar? ¿ó no os parece suficiente vuestra virtud, unida á las fuerzas de tantos pueblos como os obedecen? Peleemos pues, y si es necesario, muramos antes que vencer por tan indignos medios. Adrasto, el impío Adrasto está en nuestras manos, si nos avergonzamos de imitarle, y miramos con horror su perfidia y su mala fe.

Acabó Telémaco su discurso, y conoció que sus labios habían destilado la dulce persuasión que penetra los corazones, porque notó un profundo silencio, y como que estaban todos pensando no en él, ni en las gracias de su decir, sino en la fuerza de la verdad que animaba su razonamiento. La admiración estaba pintada en los rostros de todos. Por fin, se oyó un apacible murmullo, que poco á poco se fué difundiendo por toda la asamblea; mirábanse unos á otros, y ninguno se atrevía á hablar el primero, esperando que se declarasen los principales jefes, costando á todos no poco trabajo el ocultar su dictamen, hasta que por fin habló el grave Néstor en estos términos:

Digno hijo de Ulises, los dioses te han estimulado á que hables, y Minerva, que tantas veces inspiró á tu padre, ha puesto en tu pecho el generoso consejo que acabas de darnos. Yo no miro tus pocos años, sino á Minerva, de quien es cuanto nos acabas de decir. Tú has abogado por la virtud, ¿y quién duda que sin ella las mayores ventajas son verdaderas pérdidas? Sin ella bien pronto se atrae uno la venganza de los enemigos, la deconfianza de los aliados, el horror de todos los hombres de bien, y la justa cólera de los dioses. Dejemos pues á Venusa en poder de los Lucanienses, y no pensemos sino en vencer á Adrasto con nuestro valor.

Dijo, y le aplaudió toda la asamblea ; mas al tiempo del aplauso todos admirados ponían los ojos en el hijo de Ulises, y creían ver brillar en él la sabiduría de Minerva que le inspiraba.

Suscitóse muy luego otra dificultad, en cuya decisión se adquirió Telémaco no menos gloria. Adrasto, siempre cruel y pérfido, envió al campo de los aliados un tráfuga llamado Acanto, para que emponzoñase á los más ilustres capitanes, y particularmente á Telémaco, que era ya el terror de los Daunios. Éste le acogió cariñosamente, porque donde reina el valor y el candor no se conocen las desconfianzas, y no sólo recibió en su tienda á aquel desdichado, que había visto á Ulises en Sicilia, y le contaba á Telémaco sus aventuras, sino que le mantenía, y procuraba consolarle en la desgracia de que se quejaba de haber sido engañado y tratado indignamente por Adrasto. Mas esto era alimentar y abrigar en el seno una venenosa víbora dispuesta á pagar el beneficio con una mortal picadura.

Sorprendieron las centinelas á otro fugitivo, llamado Arión, que de parte de Acanto iba á informar á Adrasto del estado del campo de los aliados, y asegurarle que el día siguiente envenenaría á los principales reyes y á Telémaco en un banquete que éste les tenía dispuesto.

Cogido que fué, y confesada la traición, sospechóse que estaría de acuerdo con Acanto, su íntimo amigo. Pero éste, profundamente disimulado é intrépido, se defendía con tal arte, que era imposible convencerle, ni descubrir la conjuración.

Muchos de los reyes fueron de dictamen de que en la duda se le debía sacrificar á la seguridad pública. Es necesario, decían, que muera : la vida de un hombre no es nada cuando se trata de asegurar la de tantos reyes. ¿ Qué importa que perezca un inocente

si de ello resulta la conservación de los que representan á los dioses en la tierra ?

¡ Qué máxima tan inhumana ! ¡ qué política tan bárbara ! respondió Telémaco. Pues qué, ¿ tan prodigiosos sois de sangre humana, vosotros á quienes se ha elegido para pastores de los hombres, y que no tenéis sobre ellos otro dominio que el necesario para conservarlos como un pastor conserva su rebaño ? Eso es más bien ser lobos carniceros que pastores, ó cuando más ser pastores sólo para esquilar y degollar el ganado en lugar de guiarle á los pastos (1). Según vosotros, lo mismo es ser acusado que delincuente, y una sospecha merece la muerte. Siendo así, dependerá la inocencia de la envidia y la calumnia, y á proporción que en vosotros se aumente la desconfianza tiránica, será preciso sacrificaros más victimas.

Decía esto Telémaco con una autoridad y una vehemencia que arrastraba tras sí los corazones, y cubría de vergüenza á los autores de tan infame consejo. Y serenándose después un poco les dijo en tono más apacible : Yo por mí no amo tanto la vida que la desee á semejante precio, más quiero que Acanto sea un malvado que serlo yo, y que él por una traición me quite la vida, que contribuir yo á que se le quite la suya en la duda de si será injustamente. Mas oíd vosotros, que siendo reyes, quiero decir, jueces de los pueblos, debéis juzgar á los hombres con justicia, prudencia y moderación : dejadme que examine á Acanto en vuestra presencia.

Con efecto, inmediatamente empezó á preguntarle acerca de su intimidad con Arión ; le estrecha sobre una infinidad de circunstancias ; hace muchas veces como que le va á enviar á Adrasto para que le castigue

(1) Como aconsejasen á Tiberio imponer á las provincias nuevas contribuciones, respondió : « Un buen pastor debe esquilar el rebaño, pero no despellejarlo. »

con la severidad que un tráfuga merece, y todo por descubrir si manifestaba temor de que así se le enviase, pero el semblante y la voz de Acanto permanecieron tranquilos, hasta que por fin, viendo la imposibilidad de arrancarle por estos medios la verdad: Dadme, le dijo Telémaco, vuestro anillo para enviarle á Adrasto. Á esta demanda se sobresaltó Acanto, mudó de color, y se halló embarazado; conociólo Telémaco, que tenía siempre fijos en él los ojos, tomó el anillo, y le dijo: Voy á enviársele á Adrasto con un lucaniense llamado Politropo, á quien vos conocéis, para que finja ir en secreto de vuestra parte. Si por este medio descubrimos que estáis de acuerdo, pereceréis vos sin remedio al rigor de los más crueles tormentos, mas si desde luego lo confesáis, nos contentaremos con enviaros á una isla en donde nada os falte. Logróse con efecto que confesase su delito, y Telémaco obtuvo de los reyes que se le perdonase, y que como se le había ofrecido, se le llevase á una de las islas Équinades, donde vivió en paz.

Poco tiempo después llegó de noche al campo un daunio llamado Dióscoro, de obscuro nacimiento, pero de un espíritu violento y atrevido, á ofrecer á los aliados que degollaría á Adrasto en su propia tienda, y lo hubiera cumplido, porque cualquiera es dueño de la vida ajena, si mira con desprecio la suya. Este hombre no respiraba más que venganza, porque Adrasto le había robado su mujer, hermosa como la misma Venus, y él la amaba con tal extremo que estaba resuelto á matar á Adrasto para recobrarla, ó á morir por emprenderlo. A este fin tenía facilitado el entrar de noche en la tienda del rey, y estaba además de acuerdo con muchos capitanes daunios que favorecían la empresa, pero creía oportuno que los aliados diesen al mismo tiempo un ataque para salvarse más fácilmente con la turbación que causase, y recobrar

su mujer ; por último se contentaba con morir, si después de haber matado al rey no podía recobrarla.

Inmediatamente que Dióscoro explicó á los reyes su designio, se volvieron todos hacia Telémaco como pidiéndole que decidiese, y él lo hizo así :

Los dioses que nos han preservado de traidores, nos prohíben que nos sirvamos de ellos. Aun cuando no tuviésemos toda la virtud necesaria para detestar la traición, sólo nuestro interés bastara para repelerla. En el momento en que la autoricemos con nuestro ejemplo, nos hacemos dignos de que se vuelva contra nosotros, y desde aquel instante, ¿quién de nosotros vivirá seguro? Adrasto podrá muy bien evitar el golpe que le amenaza, y hacer que caiga sobre los reyes aliados. La guerra ya no será guerra ; la sabiduría y la virtud no serán de ningún uso, y no se verán más que perfidias, traiciones y asesinatos. Nosotros mismos experimentaremos las funestas consecuencias, y lo tendremos bien merecido, si autorizamos el mayor de los males. Concluyo, pues, que el traidor se debe enviar á Adrasto. Confieso que éste no lo merece, pero toda la Hesperia y la Grecia toda que nos están observando, merecen que tengamos esta conducta, con la cual nos haremos dignos de su estimación. Además de que por nosotros mismos, y lo que aun es más, por los justos dioses, debemos mirar con este horror la perfidia.

Al instante fué llevado Dióscoro á Adrasto, á quien hizo temblar el peligro en que se había visto, y no se cansaba de admirarse de la generosidad de sus enemigos, porque los malvados apenas comprenden la pura virtud ; admiraba á su pesar lo que acababa de ver, y no se atrevía á alabarlo ; avergonzábale esta noble acción trayéndole á la memoria todos sus engaños y crueldades ; quería disminuir la generosidad de sus enemigos, y se avergonzaba de parecer ingrato,

pues que les debía la vida, pero los hombres corrompidos fácilmente se endurecen, y proceden contra le mismo que sienten. Viendo pues Adrasto que la reputación de los aliados de día en día se aumentaba, creyó hallarse en el caso de hacer contra ellos alguna acción señalada, y como ninguna podía hacer que fuese virtuosa, procuró á lo menos ganar con las armas alguna gran ventaja, y con este fin se aprestó para una batalla.

No bien la aurora abría al sol las puertas del oriente el día destinado para darla, cuando ya el joven Telémaco, previniendo por su cuidado la vigilancia de los más experimentados capitanes, se arrancó de los brazos del dulce sueño, y puso en movimiento á todos los oficiales. Ya brillaba en su cabeza el morrión cubierto de flotantes crines, y ya los resplandores de la coraza deslumbraban á cuantos la miraban. Tenía el escudo, obra de Vulcano, además de su natural hermosura, la que le comunicaba la égida que bajo de él estaba encubierta, y Telémaco, con la lanza en una mano, señalaba con la otra los diferentes puntos que convenía ocupar.

Había derramado Minerva en sus ojos un fuego divino, y en su rostro una severa majestad que desde luego anunciaban la victoria. Camina, y todos los reyes, olvidándose de sus años y de su dignidad, se sienten como impelidos por cierta fuerza superior que les obliga á seguirle ; los débiles celos no tienen entrada en sus pechos, ni hay nada que se resista al que Minerva conduce invisiblemente por la mano. Sus movimientos nada tenían de impetuosos ni precipitados, sino de apacibles, sosegados y tranquilos ; siempre pronto á oír á los demás y aprovecharse de sus advertencias, activo, pródigo, cuidadoso de las más remotas necesidades, todo lo disponía con oportunidad, sin confundirse ni embarazar á los otros ;

excusaba faltas, deshacía equivocaciones, prevenía dificultades, sin exigir de nadie imposibles, é inspiraba á todos libertad y confianza.

Si daba una orden, lo hacía en los términos más precisos y claros, repitiéndola para que mejor la entendiese el que la había de ejecutar, y en los ojos conocía si la habían entendido bien; hacía después que familiarmente le explicasen lo que habían entendido, y el principal objeto de la comisión, y cerciorado de que había sido entendido, y de la capacidad del que llevaba la orden, no le despedía sin hacerle alguna demostración de aprecio y de confianza para animarle; y así se esmeraban todos en desempeñar sus encargos para complacerle, sin temer que les atribuyese el mal éxito de lo que, les encomendaba porque sabían que era indulgente con los defectos que no procedían de malicia.

Enrojezase el horizonte inflamado con los primeros rayos del sol, y reverberaba en el mar la nueva luz del día, cuando toda la playa estaba ya cubierta de hombres, de armas, de caballos y carros, causando un confuso ruido, semejante al de las olas irritadas cuando mueve Neptuno en el fondo de los abismos las crueles borrascas. Así, por el estrepitoso ruido de las armas y la horrorosa prevención de la guerra, empezaba Marte á derramar la rabia en todos los corazones. Cubrían la campaña las levantadas picas como cubren las espigas los fértiles surcos. Íbase levantando una nube de polvo que á poco obscureció la luz, y ocultó hombres, cielo y tierra, y la confusión, el horror, el estrago y la muerte cruel se colocaron al frente.

Apenas se arrojaron los primeros dardos, cuando levantando Telémaco ojos y manos al cielo, hizo esta plegaria:

¡Oh Júpiter, padre de los dioses y de los hombres!

bien veis de nuestra parte la justicia, y que no hemos tenido á menos buscar por todos medios la paz ; sabéis cuán á nuestro pesar peleamos, y que quisiéramos evitar que se derramase la sangre de nuestros semejantes ; sabéis también que no aborrecemos ni aun á nuestro enemigo por más cruel, pérfido y sacrilego que sea : decidid entre él y nosotros. Si conviene que muramos, en tus manos están nuestras vidas, y si hemos de libertar la Hesperia y rendir al tirano, tu poder y la sabiduría de Minerva, tu hija, nos harán victoriosos. Á ti será debida la gloria, á ti, que con fiel balanza decides la suerte de las batallas. Por ti peleamos, y pues eres justo, más enemigo es Adrasto tuyo que nuestro. Si vence vuestra causa, correrá en vuestras aras, antes que termine el día, la sangre de una hecatombe entera.

Dijo ; y empezó á avivar y dirigir sus fogosos caballos hacia donde más estrechaban los enemigos. Encuéntrase desde luego con Periandro, locrense, cubierto de la piel de un león que había vencido viajando por la Cilicia ; iba, como Hércules, armado de una enorme clava, y en la estatura y fuerzas era semejante á los gigantes. Luego que vió á Telémaco, le dijo, despreciando sus pocos años y su hermosura : ¡ Qué bien te está, joven afeminado, disputarnos la gloria de las batallas ! Ve, niño, descende á buscar entre las negras sombras á tu padre. Y al acabar de decirlo enarbola la nudosa y ferrada maza, que más parecía mástil de navío ; todos temen su caída, mas sólo amenaza al hijo de Ulises, que evitando el golpe se lanza sobre Periandro con la rapidez de un águila. Cayó la clava, é hizo añicos la rueda de un carro inmediato al de Telémaco, que entre tanto dispara una flecha á su enemigo, y le atraviesa la garganta ; corre la sangre á borbotones por la herida, y le falta la voz ; sus fogosos caballos, no sintiendo la débil mano que los

guía, corrían, llevando sueltas sobre el cuello las flotantes riendas, y arrastraban á su dueño por todas partes, hasta que cayó en fin del carro, cerrados los ojos á la luz, y pintada ya la pálida muerte en su desfigurado rostro. Compadeciósese Telémaco de él, entregó el cuerpo á los domésticos, y sólo se reservó en señal de su victoria la piel del león y la maza.

Busca después á Adrasto, y al paso precipita en los infiernos un gran número de combatientes, entre ellos á Hileo, de cuyo carro tiraban dos caballos semejantes á los del Sol, criados en las vastas praderías que baña el Aulide; Demoleón, que casi había igualado en Sicilia al famoso Erix en la lucha del cesto; Crantor, que fué amigo de Hércules, y le hospedó cuando pasó por la Hespéria, y mató al infame Baco; Menecrates, que dicen se parecía á Pólux en la lucha; Hipocoón de Salapia, que imitaba la destreza de Cástor en manejar un caballo; el famoso cazador Eurímedes, siempre manchado de la sangre de los osos y jabalíes que mataba en las nevadas cumbres del Apenino, y de quien era fama que fué tan amado de Diana, que por sí misma le enseñó á disparar las flechas; Nicóstrato, vencedor de un gigante que en las rocas del monte Gárgano vomitaba fuego; Eleanto, que debía casarse con la joven Foloe, hija del río Liris, que la tenía prometida al que la libertase de un dragón que se había criado en sus orillas, y que según la predicción de un oráculo debía devorarla dentro de pocos días. Ciego de amor, se expuso aquel joven á perder la vida por quitársela al monstruo, y se la quitó con efecto; pero no gozó el fruto de su victoria, porque mientras Foloe se preparaba para el dulce himeneo, y esperaba con impaciencia á Eleanto, le llegó la noticia de que había seguido el ejército de Adrasto, y de que había cortado cruelmente la parca el hilo de su vida en una batalla, con cuya noticia llenó de gemidos los bos-

ques y los montes cercanos al río; hizo de sus ojos fuentes de lágrimas, se arrancó la rubia cabellera (1), se olvidó de coger las flores con que acostumbraba á tejerse guirnaldas, y acusó al cielo de injusto; y como ni de día ni de noche cesaba de llorar, se condolieron los dioses, sensibles también á los ruegos de su padre, y pusieron fin á su tormento transformándola repentinamente en fuente, que manando en el centro del río, junta sus aguas con las del dios su padre; pero aun conservan cierta amargura, no florece á su lado la hierba, ni se encuentra en sus márgenes más sombra que la del ciprés.

Avisado Adrasto del terror que por todas partes iba Telémaco infundiendo, le busca ansiosamente, no dudando vencer con facilidad á un joven tan tierno; lleva consigo treinta daunios de extraordinaria fuerza y destreza, y de no menos osadía, y les ofrece grandes premios, si durante la batalla quitan de cualquier modo la vida á Telémaco; y no es dudoso que si por desgracia le encontrara en aquel momento, hubiera sido fácil á sus guardias rodear el carro del joven griego, para que más á su salvo pudiese Adrasto acometerle por el frente, y matarle, pero dispuso Minerva que se extraviasen.

Creyó Adrasto que veía y oía á Telémaco en cierto sitio llano que había al pie de un collado, donde se hallaba entonces un tropel de gente peleando. Corre, vuela, llega sediento de sangre; pero en lugar de Telémaco se encuentra con el anciano Néstor, que con mano trémula arroja á la ventura algunos dardos inútiles. Arrebatado Adrasto de furor pretende atravesarle, pero un grupo de Pilenses se arroja á defenderle.

(1) Los Griegos y Romanos consideraban este color como signo de belleza. Entre los dioses Apolo y Venus, y entre los mortales, Menelao, Meleagro, etc., eran representados por los poetas con cabellos rubios.

Crúzanse de una y otra parte tantas flechas, que se ocultó el cielo, y no se veían los hombres; oíanse lastimosos alaridos de los moribundos, y el horrísono estruendo que causaban las armas de los que caían; gime la tierra bajo el peso de tanto cadáver; arroyos de sangre corren por todas partes, mientras Belona y Marte, acompañados de las furias infernales, cuyas horrorosas vestiduras destilan gotas de negra sangre, ceban sus crueles ojos en tan inhumano espectáculo, renuevan incesantemente la rabia en los curazones, y ahuyentan de los dos ejércitos la piedad, la moderación y todo sentimiento de humanidad. Todo era allí estrago, venganza, desesperación, encarnizamiento y furor brutal. Hasta la invencible Palas se estremece al verlo, y retrocede horrorizada.

Avanza Filoctetes á paso lento (1) en socorro de Néstor, llevando las flechas de Hércules en la mano. Y Adrasto, no habiendo podido llegarse al divino anciano, se veñga en los Pilenses matando muchos de ellos, Ya había derribado á Ctesilao, tan ligero en la carrera, que apenas dejaba señal de sus huellas, y se adelantaba en su país á las rápidas onda del Éurotas y del Alfeo; tenía también á sus pies á Eutifrón más bello que Hilas, y no menos infatigable cazador que Hipólito; á Pterelao, que había seguida á Néstor al sitio de Troya, y que por su valor y sus fuerzas se había hecho estimar del mismo Aquiles; á Aristogitón, que habiéndose bañado en las aguas del río Aqueo, recibió secretamente de este dios la virtud de tomar todas las formas que quisiese, y era tan ligero y pronto en sus movimientos, que se escapaba de entre las manos aun á los más fuertes; pero Adrasto de un bote de lanza le dejó inmóvil, y le hizo exhalar el alma envuelta en sangre.

(1) A causa de su antigua herida.

Viendo Néstor que á manos del cruel Adrasto caían sus más bravos capitanes, como caen en el otoño las rubias espigas á los golpes de la cortante guadaña de un infatigable segador, se olvida del peligro á que inútilmente exponía su vejez, se olvida de su prudencia, y sólo cuida de seguir con la vista á su hijo Pisítrato que sostenía por su parte el combate con el mayor ardimiento por alejar de su padre el peligro. Mas era llegado el fatal momento en que Néstor conociese que muchas veces es desgracia tan larga vida.

Tira Pisítrato la lanza á Adrasto con tal violencia, que sin duda le traspasara, si el daunio no evitase el golpe; pero mientras que él se incorpora y recobra la lanza, le atraviesa Adrasto con un dardo por el vientre. Empezáronle al instante á salir las entrañas entre un torrente de sangre; marchítase su tez como se marchita una flor cogida en un prado por una ninfa: perdieron sus ojos su lumbre, y la voz estaba ya casi muerta, cuando Alceo, su ayo, le sostuvo al caer, y no tuvo más tiempo que para conducirle á los brazos de su padre. Quiso hablar en ellos Pisítrato, y darle las últimas muestras de su amor, pero al abrir la boca expiró.

Mientras Filoctetes causaba al rededor de sí los mayores estragos para rechazar los esfuerzos de Adrasto, estrechaba Néstor entre sus brazos el cadáver de su hijo: llenaba el aire de gritos, y le era odiosa la luz. ¡Qué desgracia, decía, ha sido para mí ser padre, y vivir tanto tiempo! ¡Ay de mí! ¡por qué, oh cruel destino, por qué no me quitaste la vida en la caza del jabalí de Calidón, en el viaje de Colcos (1) ó en el primer sitio de Troya (2)! Entonces hubiera

(1) Es decir, cuando la expedición de los Argonautas

(2) Sin duda fué cuando para castigar á Laomedonte por su perjurio, Hércules tomó y saqueó la ciudad de Troya.

muerto con lauro y sin amargura; mas ahora arrastro una dolorosa vejez débil y despreciada; sólo estoy vivo al dolor, y sólo á la tristeza soy sensible. ¡Hijo mío! ¡mi querido Pisístrato! Cuando perdí á tu hermano Antíloco, me quedabas tú para mi consuelo; mas ahora que también tú me faltas, ¿qué será capaz de consolarme? ¡para mí se acabó todo! Ni la esperanza, que es el único consuelo de los afligidos, puede serlo para mí: es un bien á que no puedo aspirar. ¡Antíloco, Pisístrato, hijos míos! hoy me parece que os pierdo á ambos, pues la muerte del uno renueva la profunda herida que me hizo la del otro. ¡Ya no volveré á veros! ¿Quién cerrará mis ojos? ¿quién recogerá mis cenizas? ¡Oh Pisístrato! tú has muerto, imitando á tu hermano, como hombre valeroso: sólo yo soy el que nunca muere.

Al decir esto se atravesara con un dardo si no le contuvieran; arrancáronle el cadáver, y como el desgraciado anciano se desmayase, le condujeron á su tienda, y recobrado un poco, quiso volver á la batalla, pero le detuvieron á su pesar.

Entre tanto se andaban buscando Adrasto y Filoctetes, centelleaban los ojos de ambos como los del león y el leopardo cuando en las campiñas que riega el Caistro se buscan para despedazarse. Las amenazas, el furor marcial, y la cruel venganza brillaban en sus furibundos ojos; doquiera que caían sus dardos, llevaban la muerte consigo, amedrentadas estaban las tropas. Llegó ya el caso de que se viesen, y de que Filoctetes se dispusiese á dispararle una de aquellas terribles flechas, que saliendo de su mano jamás erraron el tiro, ni dejaban esperanza de que se curasen las heridas. Pero Marte, que defendía al cruel é intrépido Adrasto, no permitió que tan pronto pereciese para prolongar por su medio los horrores de la guerra, y multiplicar los destrozos; y además le conservaba la

justicia divina para castigo de los hombres, y para derramar la sangre de los mismos.

En el momento en que Filoctetes iba á acometerle, le hirió á él con una lanza Anfímaco, mancebo lucaniense, más bello que el famoso Nireo, cuya hermosura sólo cedía á la de Aquiles entre todos los griegos que militaron en el sitio de Troya. Apenas se sintió herido Filoctetes, cuando disparó la flecha á Anfímaco, y le atravesó el corazón. Inmediatamente eclipsaron la luz de aquellos hermosos ojos las negras tinieblas de la noche, y se marchitaron los corales de sus labios, más bermejós que las rosas con que al nacer la aurora matiza el horizonte, una horrorosa palidez ocupó sus mejillas, y aquel rostro, antes delicado y hermoso, repentinamente quedó tan desfigurado que hasta el mismo Filoctetes le tuvo compasión; ni había quien no la tuviese al ver á aquel joven revolcándose en su sangre, y arrastrando por el suelo su hermosa cabellera, en nada inferior á la del mismo Apolo.

Vióse Filoctetes precisado á retirarse, porque perdía con la sangre las fuerzas; y hasta su antigua herida, resentida con los esfuerzos del combate, parecía que se iba á renovar y los dolores con ella, pues ni los hijos de Esculapio aun con su ciencia divina pudieron enteramente curarla. Ya iba á caer sobre un montón de ensangrentados cadáveres que al rededor tenía, cuando Arquidamas, el más bravo y diestro de todos los ebalenses que había llevado consigo para fundar á Petilia, le sacó del combate en el momento mismo en que fácilmente le hubiera Adrasto derribado á sus pies. No encontraba ya este príncipe nadie que se atreviera á oponérsele, ni quien retardase su victoria; todo cae á sus golpes, y todos huyen de ellos, semejante á un torrente cuya impetuosidad supera los diques, y se lleva tras sus furiosas olas cosechas, pastores, ganados y lugares.

Oyó Telémaco á lo lejos la algazara de los vencedores ; vió el desorden de los suyos que huían de Adrasto como un rebaño de tímidos ciervos, atraviesa las vastas campiñas, los bosques, los montes, y aun los más rápidos ríos, cuando se ve perseguido de cazadores.

Se conmovió Telémaco al verlo, enciéndose en ira, y dejando aquellos sitios en que con tanto peligro como gloria estuvo largo rato peleando, se apresura, corre, llega á sostener á los suyos, cubierto de la sangre de una multitud de enemigos que fueron víctimas de su valor. Da una voz, y ambos ejércitos la oyen.

Puso en ella Minerva un no sé qué de terrible que la hizo resonar hasta en los montes inmediatos. Jamás dió Mrate en la Tracia voz que tanto se oyese cuando llamaba á las furias infernales, la Guerra y la Muerte. Este grito de Telémaco infundió á los suyos valor y osadía, y espanto y terror en los enemigos. Adrasto mismo se avergüenza al verse turbado : ciertos funestos presagios le hacen estremecer (1), y ya más es despecho que valor lo que le anima. Tres veces le flaquearon trémulas las rodillas, y tres veces retrocedió sin saber lo que hacía : una mortal palidez, un sudor frío le cubre todos los miembros : ronca y trémula la voz no le permite acabar las palabras empezadas : brilla en sus ojos un furor sombrío, y parece se le van á saltar del casco. Veíasele como á Orestes agitado por las furias ; todos sus movimientos eran convulsivos. Entonces fué cuando empezó á creer que había dioses : imaginábase que los veía irritados, y que oía una sorda voz que salía del hondo Averno, y le llamaba al negro Tártaro ; en todo hallaba una mano celeste é invisible que amenazaba su cabeza, y retardaba el golpe para descargarle con más fuerza : estaba en su pecho muerta

(1) Del mismo modo Turno, estando á punto de venir á las manos con Eneas, tiene el presentimiento de su próximo fin.

la esperanza, y su audacia se disipaba como se desvanece la luz del día cuando el sol se sumerge en las olas, y se apoderan de la tierra las sombras de la noche.

El impío Adrasto, por tanto tiempo tolerado en el mundo, demasiado acaso si los hombres no le hubieran necesitado para su castigo, se acercaba por fin al término fatal de su vida. Corre desatinado á su inevitable destino, y lleva consigo el horror, los devoradores remordimientos, la consternación, el furor, la rabia y la desesperación. Apenas ve á Telémaco, cuando se le representa abierto el Averno, y que le iban á arrebatár los torbellinos de llamas que arroja el negro Flegetón. Dió un grito, y se le quedó abierta la boca sin poder pronunciar palabra : semejante á un hombre dormido que entre los temores de un medroso sueño abre la boca, se esfuerza por hablar, y á pesar de sus esfuerzos le falta la voz, y enmudece. Tirale su dardo con mano trémula y precipitada, y Telémaco, con aquel denuedo propio de los amigos de los dioses, se cubre con el escudo, de modo que parecía que la misma Victoria cubriéndole con sus alas le tenía suspendida sobre la cabeza una corona ; en sus ojos estaban representados el valor y la tranquilidad ; hubiérasele tomado por la misma Palas, tan sabio y mesurado estaba en medio de los mayores peligros. Viendo pues Adrasto su dardo rechazado por el escudo, tira inmediatamente de la espada para quitar á Telémaco la ventaja de que le lanzase el suyo. Adviértelo el mancebo, y empuña prontamente la suya, sin hacer uso del dardo.

Cuando los demás combatientes los vieron acometerse de cerca, se quedaron suspensos y silenciosos, mirándolos atentamente, y esperando que en este singular combate se decidiese la suerte de la batalla. Cruzanse repetidas veces las cortadoras espadas, bri-

llantes como los relámpagos de donde salen los rayos, y dan con ellas desaforados, aunque inútiles golpes sobre las bruñidas armaduras. Ya se alejan uno de otro, se acometen de cerca, se bajan y vuelven á levantar, hasta que por fin se aferran. No se estrecha más la hiedra con el duro y nudoso tronco á cuyo pie nace, ni se entrelazan mejor sus ramas, que se estrecharon los dos combatientes. Adrasto no había perdido nada de sus fuerzas; Telémaco aun no tenía todas las suyas; emplea aquél todos los medios para sorprenderle y derribarle; intenta quitarle la espada, la busca, y en el acto le hace perder tierra Telémaco, y da con él en el suelo. Entonces fué cuando este impío, eterno despreciador de los dioses, dió muestras del vil temor que tenía á la muerte; le causa vergüenza pedir la vida, y no puede disimular que la desea; procura en fin mover á compasión á Telémaco, y le dice: Ahora, hijo de Ulises, conozco á los justos dioses, y que me castigan como merezco; sólo en el infortunio se abren los ojos de la razón para ver la verdad; yo lo veo, ella me condena, mas la desventura de un rey debe recordaros á vuestro padre, y enterneceros el corazón.

Telémaco, que le tenía debajo de sí, y levantada ya la espada para degollarle, le respondió al instante: Yo sólo deseo la victoria y la paz de las naciones en cuya ayuda he venido, no el derramamiento de sangre. Vivid, pues, Adrasto, mas vivid para corregiros, restituid todo lo que tenéis usurpado; restableced el sosiego y la justicia en las costas de la gran Hesperia que tenéis manchada con tantas muertes y traiciones: vivid, pero para ser otro; aprended en vuestra caída que los dioses son justos, y los malvados infelices; que éstos se engañan buscando la felicidad en la violencia, en la inhumanidad y en la mentira, y que en fin, sólo en la virtud pura y constante se encuentra la tranqui-

lidad y la dicha : dadnos en rehenes á vuestro hijo Metrodoro con doce de vuestros más principales vasallos.

Al concluir estas palabras dejó Telémaco que se levantara Adrasto, y le alargó la mano, sin recelar de su mala fe, pero éste le correspondió tirándole un dardo muy pequeño, que llevaba oculto, tan aguzado, y con tanta destreza, que atravesara las armas de Telémaco si no fueran divinas, y después se refugió tras de un árbol para evitar el alcance del joven griego, que al ver tal perfidia exclamó : Ya lo veis, Daunios, nuestra es la victoria, ese impío sólo á traición se salva. El que no teme á los dioses, teme la muerte, por el contrario, el que los teme sólo á ellos teme.

Dijo, y avanzó hacia ellos, haciendo señas á los suyos, que estaban del lado allá del árbol, para que estorbasen el paso al pérfido Adrasto, el cual, temiendo que se le cortasen, hizo como que retrocedía para abrirse camino por medio de los Cretenses que se le cerraban, pero cayó de golpe sobre él Telémaco, con la misma velocidad que cae desde el alto Olimpo sobre la cabeza de los criminales el terrible rayo que lanza con su diestra el supremo Jove. Ásele con mano victoriosa y le atierra así como el cruel aquilón abate las tiernas mieses que doran la campiña ; cierra los oídos á las súplicas que aun tiene el impío valor de hacerle con la esperanza de volver á abusar de la bondad de su corazón, le atraviesa con la espada el pecho, y le precipita en las llamas del negro Tártaro, digno castigo de sus maldades.

## LIBRO XXI

Muerto Adrasto, ofrecen los Daunios la mano á los aliados en señal de paz, y les piden permiso para elegirse un rey de su propia nación. Inconsolable Néstor por la muerte de su hijo no asistió al consejo que celebraron los jefes, en el cual fueron muchos de dictamen de que convenia repartir el país de los vencidos, y ceder á Telémaco el territorio de Arpi; pero, lejos de aceptar la oferta, hace ver Telémaco que convenia al interés común de los aliados elegir rey de los Daunios á Polídamas, y dejarles sus tierras. Después persuade á éstos que den la comarca de Arpi á Diómedes. Y hechas ambas cosas, se volvieron todos á sus tierras.

Apenas murió Adrasto, cuando lejos de sentir los Daunios su derrota ni la pérdida de su jefe, se alegraron de verse de él libres, y alargaron la mano á los coligados en señal de paz y de reconciliación. Metrodoro, á quien su padre Adrasto había educado según sus máximas de simulación, de injusticia y de inhumanidad, huyó vilmente, pero un liberto suyo, cómplice en sus infamias y crueldad, á quien había colmado de bienes, y el único á quien se confió en su fuga, le mató por detrás al tiempo que huía, le cortó la cabeza, y la trajo al campo, con la esperanza de que se le recompensaría magníficamente un crimen que ponía fin á la guerra. Horrorizáronse los aliados de tan atroz delito, é hicieron dar muerte al malvado que le cometió. Al ver Telémaco la cabeza de Metrodoro, mancebo de una extraordinaria hermosura, y de un excelente natural, no pudo contener las lágrimas, reflexionando la facilidad con que los deleites y el mal ejemplo vician las mejores disposiciones, y así exclamó : ¡Oh dioses! ¡qué efectos tan perniciosos causa la prosperidad en un príncipe joven! Cuanto más elevados son sus pensamientos, y es mayor su vivacidad,

tanto más se extravía y aparta del recto sendero de la virtud. Acaso me sucediera á mí lo propio si en los infortunios en que nací por merced de los dioses, y en las instrucciones de Mentor, no hubiera aprendido á ser moderado.

Juntos los Daunios pidieron como única condición para la paz que se les permitiese elegirse un rey de su nación, que borrara con sus virtudes el oprobio de que el impío Adrasto había cubierto el trono. Daban gracias á los dioses porque los habían librado de tan cruel tirano, y venían en tropas á besar á Telémaco la mano, empapada en la sangre de aquel monstruo ; su propia derrota la miraban como un triunfo. Así cayó en un instante y para siempre aquella potencia que amenazaba á todas las de la Hesperia, y hacía temblar tantas naciones. Semejante á aquellos terrenos que parecen sólidos é inmuebles, pero que poco á poco se los va socavando, por mucho tiempo es el objeto de la risa la lentitud del trabajo que se emplea en destruir sus cimientos ; todo en la superficie parece unido y entero, y no hace movimiento ; pero se van destruyendo poco á poco todos sus estribos, hasta el momento en que repentinamente flaquea el terreno, se hunde, y deja abierta una sima. Así una política injusta y engañadora, por más prosperidades que con sus violencias se procure, ella misma se abre á sus pies el precipicio. El fraude y la inhumanidad destruyen sin sentir las más sólidas bases de la autoridad legítima. Todos la admiran, todos la temen, tiemblan todos ante ella, hasta el momento en que ya no existe ; se cae por su propio peso, sin que sea posible restablecerla una vez destruidos por sus propias manos los verdaderos apoyos, cuales son la buena fe y la justicia, por cuyos medios se atrae el amor y la confianza.

Juntáronse al día siguiente los jefes del ejército para dar rey á los Daunios. Causaba la mayor satisfacción

ver mezcladas y unidas con tan inesperada amistad las tropas de ambos ejércitos, de modo que sólo parecían uno solo. No pudo el sabio Néstor asistir á este consejo, porque la pesadumbre y la vejez le tenían tan abatido, como abate y marchita la lluvia por la tarde la flor que al nacer la aurora era la hermosura y el adorno de la campiña : sus ojos se habían hecho dos fuentes perennes de lágrimas ; huía de ellos el apacible sueño que suspende los más acerbos dolores, faltábale hasta la esperanza, que es el más dulce apoyo de la vida, todo alimento le era amargo, érale aborrecible la luz, y toda amistad displicente, así como á un enfermo le son desagradables los mejores alimentos ; á las más sólidas razones sólo respondía con gemidos y sollozos, y si los suspendía, era para exclamar : ¡ Oh Pisístrato, Pisístrato ! ¡ hijo mío ! tú me llamas, ya te sigo. ¡ Hijo mío ! ¡ mi querido Pisístrato : por ti me será dulce la muerte ; el único bien que deseo es verte en las riberas de la Estigia. Acababa y enmudecía durante horas enteras, pero sollozando siempre, levantando al cielo las manos, y los ojos bañados en lágrimas.

Mientras que el desgraciado anciano daba así rienda suelta á su dolor, estaban los principes esperando á Telémaco, el cual entendía en hacer á Pisístrato los últimos honores, esparciendo flores y exquisitos perfumes sobre su cadáver, y regándole al mismo tiempo con amargas lágrimas. Amado compañero mío, le decía, jamás olvidaré que te vi en Pilos, te seguí á Esparta, y que te volví á hallar en la grande Hesperia. Yo te debo los infinitos cuidados que de mí tuviste, te amaba, y tú me correspondías ; conocí tu gran valor, con que te hubieras aventajado á muchos que celebra la Grecia. ¡ Ay de mí ! es verdad, él te condujo á una gloriosa muerte, pero también privó al mundo de una virtud que ya en tan pocos años daba muestras de

igualar á la de tu padre. Así es : tu sabiduría y tu elocuencia hubieran sido en edad madura iguales á las de ese anciano que toda la Grecia admira. Poseías ya aquel suave modo de atraer, á que nada se resiste, la sencillez en el relatar, la sabia moderación que es el mejor medio de aplacar á los irritados, y en fin, aquella autoridad que se adquiere con la prudencia y se sostiene por la fuerza de la razón. Cuando hablabas, estaban todos atentos y prevenidos en tu favor, deseando quedar persuadidos ; tus palabras sencillas y sin fausto se insinuaban agradablemente en los corazones como el rocío en la verde hierba. ¡Oh dioses ! ¿ por qué nos habéis privado, y para siempre, de tantos bienes como en Pisístrato poseíamos hasta hace muy pocas horas ? No, ya no existe aquel Pisístrato que yo abracé esta mañana, ni de él nos queda más que una triste memoria. Si á lo menos hubieras cerrado los ojos al inconsolable Néstor, antes que nosotros los tuyos, no viera lo que ve, ni sería el más desgraciado de los padres.

Hecha esta lamentación hizo lavar la sangrienta herida que el cadáver tenía en el costado, y que se le colocase en un lecho de púrpura, en el cual, con la cabeza reclinada, y cubierta con la palidez de la muerte, era semejante á un tierno árbol que, herido por la cortante hacha del duro leñador empieza á desfallecer, se marchita su verdor, llega á no poder sostenerse, y por fin cae ; sus frondosas ramas, que antes ocultaban al cielo, y cubrían con su sombra la tierra, se arrastran ya por el polvo deshojadas y secas, y sólo queda de todo un tronco abatido y despojado de sus gracias. Así Pisístrato, hecho despojo de la muerte, era lentamente conducido por una multitud de tristes y llorosos pilenses á la hoguera fatal, cuyas llamas se elevaban ya al cielo, y redujeron en poco tiempo el cadáver á cenizas, las cuales recogidas en una urna de oro entregó el hijo de

Ulises al afligido Calímaco, maestro que fué de Pisistrato (1). Guardad, le dijo, estas cenizas, preciosas aun que tristes restos de aquel que tanto amasteis : guardádselas á su padre ; pero esperad á dárselas cuando se halle con valor para pedir las, porque lo que aumenta el pesar en un tiempo, le templa y disminuye en otro.

Después fué Telémaco á incorporarse con los reyes aliados, que desde que le vieron guardaron el mayor silencio esperando que hablase ; pero se avergonzó tanto de esta demostración que no pudieron arrancarle palabra ; tan modesto era que á medida que crecían los elogios que públicamente tributaban al gran talento de que acababa de dar tan revelantes pruebas, crecía también su sonrojo, tanto que se hubiera alegrado hallar donde esconderse. Ésta fué la vez primera que se halló embarazado é indeciso ; por fin suplicó como un favor que cesasen ya en sus alabanzas, no porque no me agraden, les dijo, mayormente cuando proceden de quien tan bien sabe juzgar del mérito, sino porque temo apreciarlas más de lo justo ; ellas corrompen á los hombres, y les infunden demasiada satisfacción de sí mismos, haciéndolos además vanos y presuntuosos. El hombre debe merecerlas y huírlas ; las más justas se diferencian poco de las indebidas, y los más viles de todos, esto es, los tiranos, son precisamente los que más elogios han exigido de los aduladores. ¿ Qué satisfacción puede causar el ser como ellos alabado ? Los elogios que deberán serme apreciables, serán los que me hiciereis en mi ausencia, siempre que haya tenido la dicha de merecerlos. Pero si es cierto me tenéis en el concepto que decís, debéis también tenerme por modesto, y creer que temo todo lo que sea capaz de envanecerme ; alejadlo, pues, de mí si me estimáis, y no

(1) Con este son ya dos los maestros ó ayos de Pisistrato que cita Fenelón.

me alabéis como á un hombre que se complace en verse así alabado.

Calló Telémaco, y no volvió á decir palabra á les que continuaron ensalzándole hasta el cielo; pero la indiferencia con que los oía, y el temor de disgustarle les impuso silencio; cesaron con efecto los elogios, pero se aumentó la admiración que tal conducta les inspiraba. Supieron todos las tiernas demostraciones que había hecho con Pisístrato, y el cuidado con que procuró se le tributasen los últimos honores, y estas pruebas de la bondad de su corazón hicieron más impresión en el ejército que todos los prodigios de sabiduría y de valor con que poco antes los había sorprendido. Telémaco es cuerdo y valeroso, se decían en secreto unos á otros, es el favorecido de los dioses, y el verdadero héroe de nuestra edad; es superior á la condición humana, mas todos estos maravillosos atributos no sirven más que de sorprendernos y admirarnos; lo que nos interesa es verle tan humano, bondadoso, tierno y fiel amigo, complaciente, liberal y benéfico; él es la delicia de los que viven en su compañía, ha depuesto su altivez, su indiferencia y su fiereza, y esto, esto es lo que interesa, esto afecta los corazones, nos dispone en su favor, y nos hace sensibles á sus virtudes: esto sí que nos obligaría á dar por él la vida.

Empezóse por fin á tratar de la necesidad de dar rey á los Daunios. La mayor parte de los príncipes opinaron que los dominios de Adrasto debían mirarse como conquistados, y repartirse entre sus conquistadores. Ofrecieronle á Telémaco la fértil comarca de Arpi, que produce dos veces cada año los ricos dones de Ceres, los dulces presentes de Baco, y los frutos siempre verdes de la oliva, consagrada á Minerva. Esta tierra, le decían, debe haceros olvidar la pobre Ítaca y sus cañañas, las horrorosas rocas de Duliquio, y los incultos

bosques de Zacinto. Dejad de buscar á vuestro padre, que sin duda habrá perecido en el promontorio de Cafarea, víctima de la venganza de Nauplio (1), y en satisfacción de Neptuno; ni busquéis á vuestra madre que desde vuestra partida está en poder de sus pretendientes, ni á vuestra patria, cuya situación no está tan favorecida del cielo como la que os ofrecemos.

Oyólo Telémaco con tranquilidad, pero no son más sordas las rocas de Tracia y de Tesalia á las quejas de los amantes desesperados, que él lo fué á las ofertas de aquellos reyes. Yo protesto, les dijo, que nada me mueven las riquezas ni las delicias. ¿Qué se adelanta con poseer un país de mayor extensión, y mandar un número mayor de hombres? hallarse más embarazado y con menos libertad. Demasiadas son las miserias de que está sembrada la vida del hombre más sabio y moderado para quererlas agravar con el gobierno de otros hombres indóciles, inquietos, injustos, engañosos é ingratos. Porque el que quiere tener súbditos sólo para alimentar su amor propio, y sin otro fin que el de hacerse un ídolo de su autoridad, aumentar sus placeres y su fausto, es un impío, un tirano, es el azote del género humano. Por el contrario, el que no trata de gobernar sino por las reglas que conspiran á hacerlos felices, más es su tutor que su soberano, y sólo es suyo el infinito trabajo que es preciso que se tome. Y el que así piensa no es creíble que desee extender los límites de su autoridad, porque el pastor que no devora su ganado para saciarse, que antes bien expone su vida por defenderle, y que vela de noche y de día para conducirlo donde padece mejor, no puede ser, es imposible que desee aumentar el número, ni

(1) Nauplio, padre de Palamedes, deseando vengar la muerte de su hijo, atrajo por medio de falsas señales, la flota de los Griegos á los arrecifes de Cafarea, y se ahogó de desesperación al saber que Ulises se había salvado.

robar el suyo á sus vecinos, porque esto sería aumentar su trabajo. Aunque yo no he gobernado nunca, consiguió Telémaco, sin embargo, por las mismas leyes, y de los sabios que las han compuesto, he aprendido cuán penoso es gobernar las ciudades y los reinos. Yo me contento con mi pequeña y pobre isla de Ítaca, seguro de que sobra para colmarme de gloria si en ella reino con justicia, piedad y valor, y no sin razón temo que siempre será pronto por mucho que tarde. Pluguiese á los dioses que mi padre volviese á tomar las riendas del gobierno de ella, y las tuviese hasta la más extrema vejez, para que yo tuviese harto tiempo de aprender en su conducta cómo se vencen las pasiones propias para saber moderar las de todo un Estado!

Después, alzando más la voz, les dijo : Oíd, príncipes aquí juntos, oíd lo que me parece debo deciros por vuestro propio interés. Si dais á los Daunios un rey justo, los gobernará según las leyes de la justicia, y les enseñará cuán útil es guardar buena fe, y no usurpar nada á sus vecinos, máximas que les ha sido imposible penetrar en tiempo del impío Adrasto. Gobernados por un rey sabio y moderado, nada os darán que recelar, os serán deudores de este mismo buen rey, de la paz y de la prosperidad de que gocen ; lejos de invadiros os bendecirán continuamente, y así el rey como el pueblo se reconocerán por hechura vuestra. Pero si por el contrario repartís entre vosotros su país, oíd las desventuras que os anuncio. Reducido este pueblo á la desesperación, renovará justamente la guerra, y peleará por su libertad ; pelearán por ellos los dioses, enemigos de la tiranía, y una vez que se pongan de su parte, temed que os confundan, temed que vuestras prosperidades se disipen como el humo, que falte el consejo y la sabiduría á vuestros capitanes, el valor á nuestros ejércitos, y la abundancia á vuestras tierras. Os parecerá fácil lo imposible, y vuestras empresas

serán temerarias. Vuestra conducta impondrá silencio á todo hombre de bien que quiera hablaros con verdad, vuestra ruina será infalible cuando menos lo penséis, y entonces se dirá de vosotros : ¿Son éstos por ventura aquellos pueblos florecientes que habían de dar la ley al mundo entero? ¿pues cómo huyen así de sus enemigos? ¿cómo han venido á ser el ludibrio de las naciones que los desprecian? Ésta es sin duda obra de los dioses, y tal es el castigo que merecen los pueblos injustos, soberbios é inhumanos. Considerad además que si emprendéis apropiaros esta conquista, en el mero hecho reuniréis contra vosotros todas las naciones comarcanas, y vuestra alianza, formada contra el usurpador Adrasto para defender la libertad común de la Hesperia, vendrá á ser odiosa; entonces á vosotros mismos será á quienes acusen, y con razón, todos los pueblos cuya tiranía universal queréis usurpar.

Pero supongamos que quedéis victoriosos de los Daunios y de las otras naciones; yo creo que esa misma victoria sería el origen de vuestra destrucción. La razón es que semejante empresa rompería vuestra unión : ¿y cómo podría ser menos no teniendo por base la justicia? ¿quién de entre vosotros podría limitar ó poner término á las pretensiones de los demás? Cada uno querría que su parte fuese proporcionada á su poder, y ninguno tendría sobre los otros la autoridad necesaria para que la distribución se hiciese pacíficamente; y he aquí el origen de una guerra que ni vuestros nietos verían terminada. ¿Cuánto mejor es contenerse dentro de los límites de la justicia que dejarse arrastrar de la ambición por entre tantos peligros, y al través de tantas desgracias inevitables? ¿No es más apreciable una paz inalterable con los dulces é inocentes placeres que la acompañan, la feliz abundancia, la amistad de los vecinos, la gloria que es

inseparable de la justicia, la autoridad que se adquiere cuando por medio de la buena fe se llega á ser el árbitro de todas las naciones extranjeras ; no son todas estas ventajas más de codiciar que la loca vanidad de una injusta conquista? ¡Oh príncipes! ¡oh reyes! ya veis el desinterés que anima mis discursos. Oíd pues á quien os ama tanto, que por vuestro amor é intereses no duda contradeciros y desagradaros, representándoos la verdad.

Mientras Telémaco hablaba con una especie de autoridad hasta entonces nunca vista, y mientras que los príncipes, atónitos de la sabiduría de sus consejos, apenas acertaban á encarecerlos, se extendió por los reales un confuso rumor que llegó hasta el sitio en que se tenía la asamblea. Un extranjero, dijo uno, ha arribado á estas costas con tropa armada; es de gran estatura, y todo en él parece heroico; fácilmente se descubre que ha padecido mucho, y que su gran valor ha superado sus trabajos. Además parece que los pueblos que guardan la costa quisieron rechazarle, recelando viniese á hacer alguna irrupción en el país, pero después de tirar con intrepidez de la espada les declaró que sabría defenderse siempre que á ello le obligasen, pero que él no pedía más que la paz y la hospitalidad. Presentó un ramo de oliva como suplicando, y fué oído; pidió que le condujesen ante los que gobiernan esta costa, y le conducen aquí á que hable á los reyes aliados.

Aun estaba hablando cuando se vió entrar al desconocido con una majestad que sorprendió á toda la asamblea. Fácilmente se le hubiera tenido por el dios Marte cuando congrega en las montañas de la Tracia su tropas sanguinarias (1). Puesto pues en lugar conveniente, dirigió á los príncipes este discurso :

(1) Los habitantes de la Tracia eran célebres por su valor y su ferocidad. Vivían únicamente de la guerra y del pillaje.

Oh, vosotros, pastores de los pueblos, que aquí os habéis reunido sin duda para defender la patria de sus enemigos, ó para hacer que florezcan las más justas leyes, oíd á un desgraciado perseguido de la fortuna. ¡ Plegue á los dioses que jamás se os muestre á vosotros tan adversa! Yo soy Diómedes, rey de Etolia, que de resultas de haber herido á Venus en el sitio de Troya, me veo en todas partes perseguido de su venganza. Neptuno, que nada rehusa á la divina hija del mar, me ha entregado al furor de los vientos y las olas, que muchas veces han estrellado mis naves contra los escollos. La inexorable Venus me ha quitado toda esperanza de volver á ver mi reino, mi familia, y la apacible luz del país que me sirvió de cuna. ¡ Ah! ya no, ya no volveré á ver nunca nada de aquello que más he amado en el mundo. Después de haber padecido tantos naufragios, vengo á buscar en estas riberas desconocidas algún descanso, y un retiro seguro. Si teméis á los dioses, y particularmente á Júpiter, protector de los extranjeros (1), y si sois susceptibles de compasión, no me neguéis en estos vastos países un rincón de tierra estéril, un desierto, un arenal ó cualesquiera rocas escarpadas en que pueda fundar con mis compañeros una ciudad que sea á lo menos una triste imagen de nuestra patria para nosotros perdida. Sólo os pedimos un pedazo de tierra que os sea inútil, y la libertad de gobernarnos por nuestras leyes; y nosotros os ofrecemos vivir con vosotros en paz, y en una estrecha alianza: vuestros enemigos lo serán nuestros, y vuestros intereses también.

Mientras hablaba Diómedes, le estuvo Telémaco mirando atentamente, manifestando en su rostro las diferentes pasiones que le agitaban. Cuando empezó á hablar de sus prolongadas desventuras, dudaba Telé

(1) Júpiter, hospitalario, era protector de los extranjeros, de los fugitivos y de los suplicantes.

maco si aquel hombre tan majestuoso sería su padre ; pero cuando dijo quién era , pareció tan demudado como una hermosa flor acabada de marchitar por el cruel soplo del negro aquilón Después, cuando Diómedes se quejaba de la cruel venganza que de él había tomado una implacable divinidad, se enterneció Telémaco acordándose de que su padre y él habían tenido las mismas desgracias ; empezó á verter lágrimas mezcladas de dolor y alegría, y repentinamente se arrojó en brazos de Diomedes, diciéndole :

Yo soy el hijo de aquel Ulises, que os es tan conocido, y que no os fué inútil cuando tomasteis los famosos caballos de Reso. Los dioses le han tratado tan sin piedad como á vos. Si los oráculos del Erebo no me engañan, todavía vive. ¡Mas ah! ¡que no vive para mí! Por buscarle he abandonado á Ítaca, y ni he conseguido hallarle, ni ahora logro volver á aquélla. Juzgad por mis infortunios cuánto me compadeceré de los vuestros ; esta ventaja tienen los desgraciados que saben compadecerse de las desgracias ajenas. Aunque aquí soy extranjero, gran Diómedes (trátoos así, porque á pesar de las miserias que han afligido á mi patria durante mi infancia, no he tenido una educación tan descuidada que ignore cuán célebre hicisteis vuestro nombre en la guerra), puedo muy bien, oh el más invencible de todos los griegos después de Aquiles, proporcionarnos algún alivio. Estos príncipes que aquí veis son humanos, y están bien persuadidos de que no hay virtud, verdadero valor, ni gloria sólida si falta la humanidad. Sirve además la desgracia de realce á los grandes hombres, y parece como que les falta cierta cosa cuando nunca han tenido en contra á la fortuna ; faltan con efecto en su vida lecciones de resignación y de constancia. La virtud desgraciada excita la compasión de cuantos le tienen algún amor. Dejad, pues, á nuestro cuidado vuestro consuelo, y pues que los dioses os

dirigen á nosotros, éste es un presente que nos hacen, y debemos tenernos por dichosos de que nos escojan para endulzar vuestras penas (1).

Admirado y conmovido Diómedes de la discreción de Telémaco, se estuvo mirándole y oyéndole atentamente ; y luego que acabó de hablar, se abrazaron como si por mucho tiempo hubieran estado unidos con estrechos vínculos de amistad. ¡Oh digno hijo del sabio Ulises ! le dijo, en vos reconozco la apacibilidad de su rostro, la gracia de sus discursos, la fuerza de su elocuencia, la nobleza de sus sentimientos, y la sabiduría de sus dictámenes.

Adelantóse Filoctetes á abrazar también al grande hijo de Tideo, y después que mutuamente se contaron sus tristes aventuras, le dijo : No dudo que tendréis gusto en ver al sabio Néstor ; acaba de perder á Pisistrato, que era el único hijo que le había quedado, de modo que ya la vida que le resta no es más que un camino de lágrimas que llega hasta el sepulcro. Venid pues á consolarle, que un amigo desgraciado es más á propósito que ningún otro para aliviar sus penas. Inmediatamente fueron á la tienda de Néstor, que apenas conoció á Diómedes, tan sumergidos estaban en la tristeza su espíritu y sentidos. Al principio lloró con él Diómedes, á cuya vista se redobló la amargura del desgraciado anciano ; mas muy luego se echó de ver que la presencia de tal amigo, el desahogo que dió á su pecho contándole sus desventuras, y el consuelo que hallaba en oírle á él referir las suyas, iban aplacando algún tanto su dolor.

Mientras ambos se consolaban mutuamente, examinaban los reyes congregados con Telémaco lo que debían determinar. Este les aconsejaba que diesen á Diómedes el país de Arpi, y que eligiesen para rey de

(1) Éste es uno de los más bellos discursos de Telémaco.

los Daunios á uno de su misma nación llamado Polídamas. Era éste un célebre capitán, de quien envidioso Adrasto no había querido jamás servirse, receloso de que no se le atribuyesen los felices sucesos de las expediciones, cuya gloria quería por entero para sí solo. Muchas veces le había representado Polídamas lo mucho que exponía su vida y la salud de todo el Estado en aquella guerra contra tantas naciones reunidas en su daño, y procuraba inclinarle á que tuviese una conducta más justa y moderada con sus vecinos. Pero los que aborrecen la verdad, aborrecen también á los que tienen valor para decirla, sin hacer cuenta de su sinceridad, de su celo ni de su interés. Una prosperidad engañosa hacía insensible el corazón de Adrasto á los más saludables consejos; sin seguirlos se veía diariamente triunfante de sus enemigos. El orgullo, la mala fe y la violencia ponían de su parte la victoria, y las calamidades que tanto tiempo hacía le estaba anunciando Polídamas no llegaban jamás; de aquí el burlarse de una prudencia tímida que siempre estaba previendo inconvenientes. Llegó á serle insoportable semejante consejero, le despojó de sus dignidades, y le abandonó en la mayor soledad y pobreza.

Al principio lo sintió con extremo Polídamas (1); pero después que abrió en su caída los ojos con que se ve la vanidad de las grandes fortunas, aprendió en cabeza propia á ser sabio, tanto que celebraba como la mayor dicha su desgracia; se fué poco á poco acostumbrando al silencio, á vivir parcamente, á alimentarse de la verdad, y á cultivar aquellas virtudes que, pareciendo menos heroicas porque se ejercen en la obscuridad, merecen más aprecio, y son más difíciles que las que de suyo se anuncian con brillo y aparato; en fin se acostumbró á no depender de los hombres. Escogió para

(1) La historia de Polidamas tiene el defecto de parecerse en todo y por todo á la de Filocles, el amigo de Idomeneo.

su retiro un desierto al pie del monte Gárgano, donde le servía de albergue el hueco de un peñasco que formaba semicírculo, y de refrigerio un arroyo que descendía de la montaña, y las frutas de algunos árboles que por allí había. Tenía consigo dos esclavos, en cuya compañía cultivaba un campo pequeño que le recompensaba con usura sus afanes, abasteciéndole de todo, pues no sólo le daba frutas y legumbres con abundancia, sino toda clase de flores olorosas. Allí se lamentaba de la desgracia de los pueblos que se ven arrastrados á una ruina inevitable por la loca ambición de un rey, y allí esperaba de día en día que los dioses, siempre justos, aunque sufridos, precipitasen á Adrasto. Cuanto más se acrecentaba su prosperidad, tanto más próxima le parecía su caída, porque la temeridad de un príncipe favorecida por la fortuna, y su poder encumbrado hasta el último extremo de la autoridad absoluta, son los precursorés de la destrucción de los reyes y de los reinos. Cuando supo la derrota y la muerte de Adrasto, no dió ninguna muestra de alegría, ni de haberlas previsto, ni de verse libre de aquel tirano; antes sentía ver tan expuesta su patria á arrastrar las cadenas de la esclavitud.

Tal era el sujeto que Telémaco propuso, cuyo valor y virtud hacía ya algún tiempo que le eran conocidos, porque, siguiendo los consejos de Mentor, no perdonaba medio de informarse de las buenas ó malas prendas de los que ocupaban los principales empleos, no sólo en las naciones aliadas, sino también en las de los enemigos. Su principal cuidado era descubrir y examinar por todas partes qué hombres había con algún talento extraordinario, ó alguna virtud particular.

Al principio manifestaron los príncipes alguna repugnancia. Ya hemos experimentado, decían, cuán temible debe ser á sus vecinos un rey como el de los Daunios si es inclinado á la guerra y práctico en ella, y

siendo el que nos proponéis un tan experimentado capitán, podemos recelar que nos exponga á grandes peligros. Á esta objeción satisfizo Telémaco diciendo : Es cierto que Polídamas sabe el arte de la guerra, pero es amante de la paz ; dos circunstancias, á la verdad, que son el colmo de lo que se puede desear ; porque el que conozca las desgracias, los peligros, y los obstáculos que la guerra ofrece, es más á propósito para evitarla que otro que carezca de estos conocimientos. Además de que Polídamas sabe apreciar las ventajas de una vida tranquila, como tan acostumbrado á disfrutarlas. Su probidad reprobaba las injustas empresas de Adrasto, y su prudencia prevenía las funestas consecuencias que de ellas habían de seguirse. Creedme, que un príncipe débil, ignorante y sin experiencia debe seros más temible que otro que con conocimiento lo decida todo por sí mismo ; aquél sólo verá por los ojos de un favorito interesado, ó de un ministro lisonjero, inquieto y ambicioso, y está muy expuesto por su ignorancia á empeñarse sin querer en una guerra devastadora. Jamás os podréis fiar de él, porque ni él tendrá seguridad de sí mismo, os faltará á su palabra, y no tardará en reducirlos al extremo de que le arruinéis, ó de veros por él arruinados. ¿ No será pues más seguro, y al mismo tiempo más justo y más digno de vosotros, corresponder generosamente á la confianza de los Daunios dándoles un rey digno de serlo ?

Toda la asamblea quedó persuadida ; púsose en noticia de los Daunios el sujeto que se les proponía para rey, y ellos, luego que oyeron el nombre de Polídamas, exclamaron : Ahora sí que conocemos que los príncipes confederados nos tratan de buena fe, y desean hacer una paz eterna, pues que quieren darnos por rey un nombre tan virtuoso y tan capaz para el gobierno. Si nos hubieran propuesto un vil, afeminado é ignorante, creyéramos que aspiraban á abatirnos y

corromper nuestra forma de gobierno, y hubiéramos conservado, aunque en secreto, el más vivo resentimiento de tan artificiosa conducta; pero en la elección de Polídamas nos dan una prueba del candor (1) que los anima. Sin duda que no esperan de nosotros nada que no sea justo ni decoroso, pues nos otorgan un rey incapaz de condescender en lo más mínimo contra la libertad y la gloria de nuestra nación. Bien podemos protestar á la faz de los justos dioses que antes retrocederán los ríos hacia su origen que nosotros dejemos de amar á tan benéficos reyes. ¡Ojalá que llegue hasta nuestros más remotos descendientes la noticia del beneficio que hoy recibimos, y que de generación en generación se renueve en toda la Hesperia la paz del siglo de oro!

Telémaco les propuso que diesen á Diómedes las campiñas de Arpi, para que en ellas fundase una colonia. Ésta, les dijo, se reconocerá por hechura vuestra á tan poca costa como la de un terreno que os es inútil. Tened presente que todos los hombres deben recíprocamente amarse, que para todos hay sobrada tierra, y que siendo necesario tener algún vecino, vale más que lo sea quien os deba su establecimiento. Sed sensibles á la desgracia de un rey, que ya se ve sin esperanza de volver á su reino. Tened consideración á que unidos Polídamas y Diómedes con los vínculos de la justicia y de la virtud, que son los únicos durables, os mantendrán en una dichosa paz, y os harán temibles á cualquiera de vuestros vecinos que intentara ensanchar con los vuestros sus dominios. Ya veis que os hemos dado un rey capaz de elevar hasta el cielo la gloria de vuestra nación, dad vosotros, pues que os lo pedimos, una tierra que os es inútil, á un rey tan digno, que no hay auxilio que no merezca.

(1) *Candor*, en el lenguaje de Fenelón, quería decir lealtad, pureza de intenciones.

Los Daunios respondieron, que mal podrían rehusar nada á Telémaco, á quien debían un rey como Polídamas. Partieron inmediatamente á buscarle, y traerle del desierto al trono, pero antes cedieron á Diómedes las fértiles llanuras de Arpi, para que en ellas fundase un nuevo reino, de lo cual recibieron los aliados el mayor contento, porque aquella colonia, como griega, añadiría una nueva fuerza á su partido en caso de que los Daunios intentasen renovar las usurpaciones de que Adrasto había dado el mal ejemplo.

Concluída así esta expedición, sólo trataban ya los príncipes de retirarse. Hízolo Telémaco con su tropa después de abrazar tiernamente con las lágrimas en los ojos (1) al valiente Diómedes, al sabio é inconsolable Néstor, y al famoso Filoctetes, digno heredero de las flechas de Hércules.

## LIBRO XXII

Arriba Telémaco a Salento, y le sorprende ver tan bien cultivada la campiña, y tan poca magnificencia en la ciudad. Explicale Mentor la causa; le hace notar los defectos que comunmente impiden que un Estado florezca, y le propone por modelo la conducta y el gobierno de Idomeneo. Descúbrele Telémaco su inclinación á Antiope, y su designio de pedirla por esposa. Apruébalo Mentor; elogian ambos sus buenas cualidades, y le asegura que los dioses se la tienen destinada; pero que por entonces sólo debe pensar en volver á Itaca, y en librar á Penélope de las persecuciones de sus pretendientes.

Impaciente estaba el hijo de Ulises por volver á unirse á Mentor en Salento, y embarcarse con él para Ítaca, donde esperaba que ya hubiese llegado su padre. Al acercarse á la ciudad, le admiró el ver las tie-

(1) Esta sensibilidad excesiva de Telémaco, muy común en los héroes de la antigüedad, está copiada de la de Eneas, que siempre estaba dispuesto á verter lágrimas.

rras de las inmediaciones, que él había dejado casi incultas y desiertas, tan cultivadas como un jardín, y pobladas de diligentes labradores; al instante conoció que aquello era obra de la sabiduría de Mentor. Entrando después en la ciudad, notó lo mucho que se habían disminuído su magnificencia, y el número de hombres empleados en las artes de puro lujo, lo cual le causó no pequeño disgusto, porque era naturalmente inclinado á todo lo que significa grandeza y adorno; pero muy pronto sucedieron á éstos otros sentimientos. Vió á lo lejos que salían á recibirle Idomeneo y Mentor, y á su vista se llenó su corazón de alegría y de ternura; mas á pesar de las victorias que había alcanzado de Adrasto, temía que Mentor no estuviese satisfecho, y para descubrirlo consultaba sus ojos á medida que se iba acercando.

Llegó primero, y le abrazó Idomeneo con el mismo amor que lo hubiera hecho á su hijo; después se arrojó Telémaco al cuello de Mentor, y se le regó con lágrimas de alegría. Serenóse; y este sabio director le dijo: Estoy satisfecho de tu conducta, pues aunque has incurrido en graves defectos (1), has aprendido por ellos á conocerte y desconfiar de ti; y muchas veces se saca más provecho de los yerros que de las buenas acciones; éstas ensoberbecen é inspiran una dañosa presunción, y los defectos hacen al hombre que entre dentro de sí, y se reconozca, y en este conocimiento recobra la prudencia que con los buenos sucesos había perdido. Lo que ahora te resta es dar gracias á los dioses, y huír de las alabanzas de los hombres. Es cierto que has hecho grandes cosas, pero confiesa la verdad, no eres tú quien las ha obrado; y si no dime: ¿no han sido efecto de una virtud extraña que estaba como infundida y oculta en ti? y estos efectos, ¿hu-

(1) Alude á sus disputas con Falanto y su hermano Hippias.

bieran sido tan felices si hubiesen dependido de tus ímpetus, de tus precipitaciones y de tus imprudencias? ¿no sentías que la mano de Minerva te transformaba en otro hombre superior, haciendo por ti lo que parece que tú has hecho? Así es. Minerva refrenó tus pasiones, como Neptuno refrena en las borrascas las olas irritadas.

Mientras que Idomeneo se divertía en preguntar á sus cretenses, vueltos con Telémaco de la guerra, oía éste los sabios consejos de Mentor, y mirando después con admiración por todas partes, le dijo : En todo noto una extrema mudanza, sin atinar con la causa : ¿por desgracia ha sucedido alguna calamidad en Salento durante mi ausencia? ¿qué se ha hecho de aquella magnificencia que por todas partes brillaba antes de mi partida? Ya no se ve oro, plata ni piedras preciosas ; los trajes son sencillos, los edificios se construyen menos vastos y con menos adornos, las artes desfallecen, y la ciudad parece un desierto.

Mentor le respondió sonriéndose : ¿No has hecho reparo en el estado en que se halla la campiña al redor de la ciudad? Sí, respondió Telémaco; por todas partes he visto la agricultura floreciente, y fertilizadas las tierras antes incultas. ¿Y qué es más útil, añadió Mentor, una suntuosa ciudad abundante en oro, plata y mármoles, con una campiña descuidada y estéril, ó una campiña cultivada y fértil con una ciudad modesta y de buenas costumbres? Una gran ciudad, muy poblada de artesanos empleados en relajar las costumbres con las comodidades, rodeada de un reino pobre y mal cultivado, es semejante á un monstruo cuya cabeza es de un enorme tamaño, y con la que no guarda ninguna proporción el resto del cuerpo extenuado y falto de alimento. Desengáñate, Telémaco, la verdadera fuerza y riqueza de un reino consisten en una numerosa población, que abunde de manteni-

mientos. Ahora tiene Idomeneo infinito número de vasallos infatigables, que ocupan toda la extensión de sus dominios, y todos ellos forman una sola ciudad, cuyo centro es éste. Hemos acomodado en el campo los hombres que en él hacían falta, y aquí estaban de sobra. Además nos hemos atraído muchos pueblos extranjeros, que cuanto más se multiplican, tanto más acrecientan por su trabajo los frutos de la tierra, y esta multiplicación tan insensible y pacífica aumenta más su poder y grandeza, que la mejor conquista. Pero no se han trasplantado de la ciudad á la campiña los artesanos sin distinción, no, sino los empleados en aquellas artes superfluas que distraen á los pobres de la agricultura, y corrompen á los ricos precipitándolos en el fausto y la molicie; mas sin perjudicar en esto á las bellas artes, ni á los que tienen ingenio propio para cultivarlas. Y á estas disposiciones debe Idomeneo el ser ahora mucho más poderoso que cuando tú admirabas su magnificencia. Bajo aquel esplendor aparente se ocultaba una debilidad y una miseria que muy pronto le hubieran arruinado; mas ahora es infinitamente mayor el número de vasallos que le obedecen, y mayor también la facilidad de mantenerlos. Estos hombres acostumbrados al trabajo, á la fatiga, y á despreciar la vida por amor de las leyes, están prontos á defender con ella las tierras cultivadas con sus propias manos. Sí, Telémaco, este Estado que te parece haber decaído, llegará muy pronto á ser la admiración de Hesperia.

Ten presente que en el gobierno de las naciones suele haber dos males perniciosísimos, pero que casi nunca se les aplica remedio: una autoridad injusta y excesiva de parte de los reyes, y el lujo corruptor de las costumbres.

Un soberano acostumbrado á no conocer más leyes que su voluntad absoluta, y á no refrenar sus pasiones,

es cierto que todo lo puede; pero también lo es, que este mismo poder arruina con la enormidad de su peso hasta los cimientos de su poderío. En su conducta no hay una regla cierta, ni en su gobierno una máxima constante; y mientras que á porfía se empeñan todos en adularle, se va él empeñando en hacer de un reino bien poblado de buenos y ricos vasallos un desierto de pobres y abatidos esclavos. Y en este estado, ¿quién se atreverá á desengañarle? ¿quién pondrá límites á este torrente? Todo cede á sus ímpetus; huyen los sabios, se ocultan y en secreto gimen. Sólo una repentina y violenta revolución puede restituir á su curso natural una potencia que se echó fuera de él, queriendo inundar todo. ¿Y cuántas veces sucede que aun cuando se trata de sólo moderarla, los mismos medios que para conseguirlo se emplean sirven para destruirla sin esperanza de restablecerla? En una palabra, nada amenaza tan de cerca una funesta caída, como una autoridad ilimitada. Es semejante á un arco muy estirado, que si no se afloja, al fin de improviso salta. ¿Mas quién será el animoso que se atreva á aflojarle? Esta autoridad tan lisonjera á los príncipes tenía también pervertido el corazón de Idomeneo; ni la pérdida de su trono había bastado á desengañarle: ha sido necesario que los dioses nos hayan enviado á enseñarle prácticamente que un poder ilimitado es incompatible con la naturaleza humana; y aun ha sido necesaria cierta especie de milagros para persuadirle.

El otro mal casi incurable es el lujo; así como los atractivos de una excesiva autoridad seducen á los reyes, así el lujo vicia toda una nación. Dicen que el lujo proporciona que se mantengan los pobres á expensas de los ricos, como si no fuese más útil que sin afeminar á los ricos se sustentasen los pobres á expensas de su trabajo dedicándose á la agricultura. Insen

siblemente se acostumbra una nación á tener por necesarias unas cosas que realmente son superfluas, y que todos los días se inventan, de modo que hoy no se puede pasar sin lo que treinta años hace no se conocía ; y este lujo se llama buen gusto, perfección de las artes y cultura de una nación, siendo alabado como una virtud lo que es un vicio que tras sí arrastra otros infinitos, y que contamina desde el rey hasta la más ínfima plebe. Los más inmediatos deudos del rey quieren imitar su magnificencia, los grandes la de los deudos del rey, y los medianos la de los grandes. ¿ Quién es, pues, el que se hace justicia? Los pequeños anhelan parecer medianos, y todos se esfuerzan más de lo que pueden, unos, por fausto, haciendo alarde de sus riquezas, y otros por una mala vergüenza de parecer pobres. Aun los sabios, que condenan este gran desorden, no lo son tanto que se atrevan á ser los primeros en hacerle frente y oponerse con su ejemplo. Arruínase una nación, confúndense las clases, y la pasión de adquirir para ostentar corrompe aun la mayor integridad. Sólo se trata de ser rico donde es infamia la pobreza. Supón un hombre sabio y virtuoso que instruye con sus luces á los demás ; no basta, que se ganen batallas, se salve la patria, y se sacrifique uno por ella : nada es capaz de libertarle del desprecio, si el fausto no exalta su mérito. Aun los que nada tienen quieren desmentir su indigencia gastando como los que tienen ; y por conseguirlo se empeñan, engañan, fingen y no dudan usar de los medios más indignos. Mas, ¿ quién podrá remediar semejante mal? No se necesita nada menos que mudar el gusto y los hábitos de una nación entera, y darle nuevas leyes ; ¿ y quién tomará á su cargo tan ardua empresa, si no lo hace un rey filósofo (1), que sepa avergonzar con su mode-

(1) Con esta expresión, tomada de Platón, el autor se adelanta al siglo XVIII.

ración á los que se complacen en gastar con profusión, y animar á los sabios, que se regocijarán al ver que el príncipe autoriza con su ejemplo su decente frugalidad ?

Con este discurso quedó Telémaco como quien despierta de un profundo sueño ; y tan persuadido de aquellas verdades que se le quedaron grabadas en el corazón, así como en el mármol quedan impresos los caracteres que en él esculpe un sabio artista, dándole con ellos movimiento y vida. Estúvose Telémaco un breve rato sin hablar palabra, repasando lo que acababa de oír, y recorriendo con la vista las mudanzas que en Salento se habían hecho, y después prorrumpió en las siguientes palabras :

Vos habéis hecho de Idomeneo el más sabio de los reyes, tanto que ni él ni su pueblo son conocidos. También confieso que las cosas que aquí habéis hecho son infinitamente más gloriosas que las victorias que nosotros hemos alcanzado ; porque los sucesos de la guerra dependen en gran parte de la casualidad y de la fuerza, y hasta el último soldado tiene parte en la felicidad del éxito. Mas esta obra sólo á vos se os debe, porque solo vos habéis combatido contra las preocupaciones de un rey y de un reino. Los sucesos de la guerra son siempre funestos y odiosos, y aquí todo es obra de una sabiduría celestial, todo es dulce, todo puro, todo amable, y todo prueba una autoridad que es superior á la condición humana. ¿ Por qué los que quieren colocar su nombre en el templo de la fama no emplean sus talentos en hacer bien á sus semejantes ? ¡ Ah ! ¡ qué falso es el concepto que tienen hecho de la gloria si esperan hallarla en la devastación de los pueblos, y en la desolación de los hombres !

Mostró Mentor en el semblante la alegría que le causaba el ver á Telémaco tan desengañado acerca de

la estimación en que se deben tener las victorias y las conquistas, y más cuando en su edad parecía natural que se hubiese desvanecido con la gloria que había alcanzado.

Verdad es, añadió Mentor, que todo lo que aquí ves es bueno y laudable, pero sabe que aun pudieran hacerse cosas mejores. Idomeneo modera sus pasiones, y se dedica á gobernar su reino con justicia; mas no por eso deja de tener muchas faltas, funestas consecuencias de sus antiguas preocupaciones, porque aun cuando los hombres resuelven con energía su reforma, todavía les persigue por mucho tiempo el vicio, cuyo tiránico poder ha debilitado su naturaleza, dejándola casi sin fuerzas para resistir los malos hábitos que antes contrajeron, mil errores y preocupaciones inveterados, y que tienen después difícilísimo remedio. ¡ Dichosos los que jamás se han extraviado del recto camino de la virtud! Á ellos les es más fácil seguirle, y por eso, ¡ oh Telémaco! exigirán los dioses más de ti que de Idomeneo, porque tú desde la infancia conociste la verdad, y nunca las grandes prosperidades que tan halagüeñamente seducen y corrompen.

Idomeneo, continuó Mentor, es cuerdo é ilustrado, pero descende demasiado al detalle de las cosas, faltándole á la meditación de lo grande de los negocios, sin la cual no es posible formar útiles planes. El talento de un rey no consiste en hacerlo todo por sí; sólo el intentarlo fuera una necia soberbia, así como lo sería querer persuadir al mundo que era capaz de conseguirlo. Un rey debe gobernar su nación, eligiendo ministros que le sirvan, y dirigiéndolos: el detenerse en las menudencias sería hacer las funciones que á ellos tocan: debe sí hacer que de todo se le dé cuenta, y saber lo necesario para proceder con discernimiento en las resoluciones. El saber elegir ministros y darles destino análogo á sus talentos son empresas dignas de

la mayor perspicacia, y el gobernar á los que gobiernan es lo que constituye lo sumo, lo más perfecto de un gobierno, pues se necesita observarlos y experimentarlos, contenerlos, corregirlos y animarlos, elevar á unos, y humillar á otros, mudarlos de destino, y tenerlos todos á raya. Querer examinarlo todo por sí es desconfianza, es una pequeñez despreciable, es dejarse arrastrar de la inclinación á las menudencias que consumen el tiempo, é impiden á un rey sabio que se entregue libremente á la meditación de las grandes cosas. Los grandes proyectos exigen un ánimo libre y tranquilo, desembarazado de todo negocio que sea capaz de suspender ó poner límites á una vasta imaginación. Un ingenio que se deja absorber de estos pormenores del gobierno, queda semejante á las heces del vino en que ya no hay fuerza ni delicadeza. Los que así gobiernan están siempre dispuestos á obrar según las circunstancias de lo presente, sin extender sus miras á lo venidero, déjense llevar del único negocio del día; y como que es solo, los absorbe, los ocupa, les hace más impresión que debiera, y les apoca el entendimiento; y no se juzga sanamente de los negocios si no se los tiene todos presentes, se los compara, y se les da el orden y colocación necesarias para que haya entre ellos consecuencia y proporción. El soberano que falta á esta regla en el gobierno de sus Estados, es semejante al músico que se contenta con encontrar ciertos sonos armoniosos, y no se cuida de unirlos y acordarlos para componer con ellos una música suave y afectuosa. Es también semejante á un arquitecto que porque tiene ya preparadas grandes columnas, y cantidad de piedras bien labradas, cree que nada le falta á la perfección de un edificio, por más que no sepa el orden y proporción en que ha de colocarlas; á un arquitecto que, al hacer un salón magnífico, no previese que era necesaria una escalera correspondiente,

y cuando estuviese construyendo el edificio no tuviese presente el patio ni la entrada. Esta obra no sería más que un desordenado conjunto de partes magníficas, que lejos de hacer honor al artífice, eternizaría su oprobio, pues era un testimonio de que su capacidad fué tan limitada que no cupo en ella la idea de un diseño general del edificio entero ; tal es el carácter de los entendimientos limitados y subalternos, y el que nació con él, sólo puede servir obedeciendo. No lo dudes, mi querido Telémaco ; el gobierno de un reino requiere cierta armonía como la música, y ajustadas proporciones como la arquitectura.

Si quieres, aun me serviré de la comparación de las artes para demostrarte que los talentos que se ocupan en el pormenor de las cosas en materia de gobierno no pasan de una medianía. El que en un concierto no canta más que algunos trozos, por muy bien que los cante, no pasa de un cantor ; pero el que conduce el concierto y arregla á un mismo tiempo todas las partes de que consta, es el único, el verdadero maestro. Del mismo modo el que labra columnas, ó levanta el costado de un edificio, no es más que un albañil, pero el que ha trazado todo el edificio, y tiene delineadas en la imaginación sus proporciones, es el único, el que merece el nombre de arquitecto. Así los que trabajan, despachan y manejan más negocios, son precisamente los que menos gobiernan ; no son más que unos obreros subalternos. El verdadero genio, el talento creador que rige el Estado es el que, sin hacer nada, hace que todo se haga, piensa, inventa, prevé lo futuro, tiene presente lo pasado, ordena, proporciona, prepara con anticipación, se esfuerza constantemente por contrarrestar la fortuna, así como el nadador por superar una corriente ; es por último, el que vela de noche y de día por no exponer nada á la casualidad.

¿Crees tú, Telémaco, que un excelente pintor se fatigue desde por la mañana hasta la noche por concluir cuanto antes sus obras? No por cierto: semejante afán, tan servil trabajo extinguiría todo el fuego de su imaginación, sin el cual era imposible que hiciese brillar su ingenio; ha de ser todo efecto de un arrebató, de un capricho, para los cuales no hay reglas: en una palabra, el gusto y la fantasía han de dirigir su mano. ¿Crees tampoco que gaste el tiempo en moler los colores, y preparar los pinceles? menos: ésa es ocupación de sus discípulos. Al maestro le está reservado meditar el cómo con sus pinceladas há de dar nobleza, vida y expresión á las figuras; tiene en la mente los pensamientos y aun los afectos de aquellos héroes que quiere representar, los siglos y las demás circunstancias en que se hallaron, y aun es necesario agregar á esta especie de entusiasmo una prudencia que le contenga para que en todo haya verdad, corrección y proporción. Ahora bien ¿te parece que para constituir un buen rey no se necesitan pensamientos tan sublimes, tanto ingenio y tantos esfuerzos de entendimiento como para un gran pintor? Desengáñate, la más digna, la única ocupación de un rey debe ser el meditar y formar grandes proyectos, y escoger sujetos á propósito para que los desempeñen (1).

Me parece, le respondió Telémaco, haber comprendido bastante bien cuanto me habéis dicho, pero veo, que siguiendo vuestra doctrina, esté un rey muy expuesto á ser engañado, especialmente en los negocios particulares, pues que por sí mismo no los ha de examinar. Tú eres el que te engañas, le replicó Mentor, un conocimiento universal del gobierno se

(1) Esta lección de buen gobierno, que debieran tener presente los que se encuentran al frente de los negocios públicos, es una de las mejores que encierra el *Telémaco*.

opone al engaño. Los que carecen de principios en el manejo de los negocios, y de un juicio delicado para discernir el talento é inclinación de los demás, van siempre como á tientas, y sólo por casualidad aciertan; ni ellos mismos saben lo que buscan, ni para qué; su carácter es la desconfianza, pero con la desgracia de que más bien desconfían de los que los contradicen que de los aduladores que los lisonjean. Por el contrario los que tienen ideas exactas del gobierno y conocimiento de los hombres saben lo que han de buscar de ellos, y los medios de hallarlo; conocen, por lo menos en grande escala, si los sujetos de que se valen son á propósito, y se interesan en que se realicen sus designios. Además de que como no se hallan oprimidos con el enojoso trabajo de examinar parte por parte los negocios menores, están más en disposición de ver de una mirada toda la obra, y observar si se adelanta hacia el fin que se han propuesto. Si son engañados, á lo menos no podrán serlo gravemente en lo esencial. Estos talentos son también superiores á esos ligeros recelos con que se alimentan las almas bajas y de limitados alcances. Saben muy bien que les es imposible evitar algunos engaños, pues que necesitan servirse de hombres, pero también saben que se pierde más en la irresolución á que conduce la desconfianza, que en dejarse levemente engañar: ¡ feliz el que sólo es engañado en las cosas medianas! pues esto no suspende el curso de las grandes, que es lo único de que debe cuidar un gran talento. Castíguese con rigor el engaño descubierto, justo es, pero la prudencia exige que se disimulen algunos engaños, por no exponerse á ser verdaderamente engañado. Un artesano lo ve todo en su taller por sus propios ojos, y lo hace con sus manos; el soberano de un grande Estado no puede hacerlo todo, ni verlo todo, pero por sí solo debe hacer lo que no es posible que ningún

otro haga, y ver nada más que lo que contribuye á decidir con acierto en los negocios más importantes.

Por último, le dijo Mentor, los dioses te aman y te preparan un reinado en que resplandezca la sabiduría. Cuanto aquí ves se ha hecho menos por la gloria de Idomeneo que por tu instrucción ; estos sabios establecimientos que tanto admiras en Salento no son más que una sombra de lo que tú harás algún día en Ítaca, si corresponden tus virtudes á los altos designios que tiene de ti formados el destino. Mas ya es tiempo de que partamos, para lo cual nos tiene preparado Idomeneo un bajel que nos conduzca á nuestra patria.

Inmediatamente descubrió Telémaco á su amigo, aunque con algún empacho, una oculta pasión que le aficionaba á Salento. Acaso vituperaréis, le dijo, la facilidad con que mi inclinación se fija por donde quiera que paso, pero mi corazón me acusaría incesantemente, si os ocultase que amo á Antíope, hija de Idomeneo. No creáis, mi querido Mentor, que es ésta una ciega pasión como aquella de que me curasteis en la isla de Calipso ; conozco muy bien cuán profunda fué la herida que el Amor me hizo, como que aun no puedo pronunciar el nombre de Éucaris sin conmovirme ; ni el tiempo ni la ausencia han bastado á borrarle de la memoria, y aquella funesta experiencia me enseña á desconfiar de mí. Pero yo no siento por Antíope nada que se parezca á aquella pasión ; no es éste un amor desordenado, sino una justa estimación debida á su virtud, una firme persuasión de que sería feliz si viviera en su compañía. Si los dioses disponen que hallemos á mi padre, y me conceden que elija mujer á mi gusto, Antíope será mi esposa. Lo que más admiro en ella es su silencio, su modestia, su retiro, la constancia en el trabajo, la habilidad de sus manos, la aplicación con que gobierna la casa de su padre

desde que murió su madre, el desprecio con que mira los vanos adornos, y el olvido, si no es ignorancia, en que está de su hermosura. Cuando Idomeneo le manda dirigir las danzas de las jóvenes cretenses, con facilidad se la tomaría por la risueña Venus acompañada de las Gracias (1). Si la lleva consigo á caza, brilla tanto su majestad en las selvas, y su habilidad en manejar el arco, como pudiera la misma Diana en medio de sus ninfas ; todo el mundo la admira, y ella es la única que no lo sabe. Cuando entra en los templos á llevar sus ofrendas á los dioses, se diría que es ella la misma divinidad que en ellos se adora ; ¡ con qué temor tan religioso la hemos visto ofrecerles sacrificios, y aplacar su enojo, cuando ha sido necesario expiar alguna culpa, ó conjurar algún funesto presagio ! En fin, ¿ quién al verla con una aguja de oro en la mano, ocupada al mismo tiempo en dirigir las labores de las doncellas que la sirven, no la tendrá por Minerva misma, creyendo que bajo la figura humana ha descendido á inspirar á los hombres el amor á las bellas artes ? Ella las anima, las alienta, y con la dulzura de su voz templa y les hace olvidar el enojo que el trabajo causa. La más acabada pintura no tiene comparación con la delicadeza de sus bordados. ¡ Feliz mil veces el que á ella se vea unido por un dulce himeneo ! Sólo tendrá que temer el perderla ó sobrevivirle.

Los dioses me son testigos, mi amado Mentor, de que estoy pronto á partir ; yo amaré á Antiope mientras me dure la vida, pero sin que este amor retarde ni un momento mi vuelta á Ítaca. Si por mi desgracia llegase otro á poseerla, pasaré el resto de mis días en la más profunda tristeza y aflicción ; no obstante, la dejaré, á pesar de que conozco el poder y los efectos de

(1) Las Gracias, juntamente con las Horas, la Persuasión y otras ninfas, forman el cortejo habitual de Venus.

la ausencia. No pienso descubrirle mi amor, ni á su padre, pues en mis actuales circunstancias sólo á vos debo manifestarle, ínterin recobra Ulises su trono, y obtengo su aprobación. En esto mismo podéis conocer cuán diferente es este amor de aquella ciega pasión que tuve hacia Éucaris.

Así es, le respondió Mentor, noto bien la diferencia. Antiope es amable, sencilla y discreta; sus manos no desdeñan el trabajo, prevé las cosas, y á todo provee; sabe callar, obra sin agitación, porque nunca está ociosa, y cada cosa la hace á su tiempo; el buen orden en que tiene la casa de su padre le da más honor y la hace más apreciable que su extremada hermosura. Aunque de todo cuida, y está á su cargo el corregir á unos, negar lo que piden otros, mostrarse económica con todos, cosas que hacen aborrecibles á casi todas las mujeres, Antiope ha sabido granjearse el amor de toda la familia, que no ve en ella pasión, capricho, ligereza, ni aquel genio descontentadizo que comunmente caracteriza á las demás. Con una mirada la entienden todos, y todos temen desagradarle; sus órdenes son precisas, pero sin exigir imposibles; veprinde con dulzura, y anima reprendiendo. Constituye el apoyo de su padre, que descansa en ella, como un pasajero fatigado del excesivo calor reposa á la sombra sobre la fresca hierba. Tienes razón, Telémaco, Antiope es un tesoro digno de ser buscado por todo el universo. Su espíritu lo mismo que su cuerpo desprecia todo vano atavío; á su imaginación, aunque viva, la modera su cordura, sólo habla por necesidad, y cuando despliega los labios, destila por ellos la dulce persuasión envuelta en las gracias más sencillas (1). Habla, y todos callan por oírla; se avergüenza, y no le falta mucho para callar lo que quiere decir luego que advierte que tan atentamente

(1) Ésta es una frase que se encuentra en muchos retratos de Fenelón.

se la escucha. ¡Pero qué más! si después de tanto tiempo apenas la hemos oído hablar nosotros.

¿Te acuerdas, Telémaco, de aquel día en que llamada por su padre se presentó con los ojos bajos cubierta de un gran velo? ¿Te acuerdas de que sólo habló lo necesario para aplacar el enojo de Idomeneo, que quería hacer castigar rigurosamente á uno de sus esclavos? ¡Con qué prudencia se puso al principio de parte de su enojo, y le aplacó después, hasta que por fin le expuso todas las razones que podían excusar á aquel infeliz? Y sin dar á entender al rey que se había dejado arrebatar de la ira, supo inspirarle sentimientos de justicia y de compasión. Cuandos Tetis acaricia al viejo Nereo (1), no calma con más dulzura las olas irritadas. Así Antíope, sin arrogarse ninguna autoridad, y sin prevalerse de sus gracias, manejará el corazón de su esposo como ahora maneja su lira cuando quiere expresar la más suave armonía. Vuelvo á repetirlo, Telémaco, tu amor por ella es justo y racional; los dioses te la destinan; sólo falta que esperes á recibirla de Ulises. Apruebo el que no le hayas descubierto tu afecto, pues cualquier medio que para significársele tomaras no te libraría de un desprecio, y perderías en su estimación. Antíope no es capaz de comprometerse con nadie, no siendo por dirección de su padre, ni de recibir por esposo á quien no tema á los dioses, y no sea virtuoso. ¿No has reparado, como yo, que desde que has vuelto se presenta aun menos que antes, y que baja más los ojos? Antíope sabe las victorias que has obtenido, no ignora tu nacimiento ni tus aventuras, ni ignora tampoco lo favorecido que eres de los dioses, y esto la hace tan modesta y circunspecta. Volvamos, Telémaco, volvámonos á Ítaca. Ya no me resta más sino que en-

(1) Este dios marino era el padre de Tetis, así como Idomeneo lo era de Antíope.

cuentres á tu padre, y ponerte en estado de que obtengas una mujer digna del siglo de oro. Si, como es hija del rey de Salento, no fuera más que una pobre pastorcilla, tú serías el hombre más dichoso en poseerla.

## LIBRO XXIII

Sintiendo Idomeneo que la partida de sus huéspedes debe verificarse antes de lo que quisiera, pensó en retardarla manifestando á Mentor que le era imposible sin su consejo despachar una multitud de negocios de mucha consideración. Propónele Mentor las reglas que en ello debe observar, é insiste en volver á Telémaco á su patria. Proyecta Idomeneo retenerlos excitando la pasión que Telémaco tenía á su hija. Convidalos á una cacería, y hace que también asista Antiope, la cual hubiera sido despedazada por un jabalí sin el socorro de Telémaco. Siente éste después dejarla, no menos que el pedir licencia al rey su padre para retirarse, pero esforzado por Mentor hace lo uno y lo otro, y se embarca felizmente.

Temía Idomeneo que llegase el momento de que partiesen Telémaco y Mentor, y así pensaba en los medios de retrasar la marcha. Expúsole á éste que le era imposible sin su consejo arreglar una competencia suscitada entre Diófanes, sacerdote de Júpiter Conservador, y Heliodoro, que lo era de Apolo, sobre los presagios que se sacan del vuelo de las aves, y las entrañas de las víctimas.

¿Y por qué, le respondió Mentor, os habéis vos de mezclar en las materias sagradas? Dejad la decisión de ellas á los Etruscos, que saben la tradición de los más antiguos oráculos, y que están inspirados para ser los intérpretes de los dioses. Á vos sólo toca emplear vuestra autoridad, en sofocar estas disputas luego que nacen, pero sin dar muestras de parcialidad ni predilec-

ción, contentándoos con apoyar la decisión cuando se verifique; tened presente que un rey debe someterse á la religión, y nunca darle reglas; la religión emana de los dioses, y es superior á los reyes, los cuales, si se mezclan en los asuntos de ella, en lugar de protegerla la esclavizan (1); porque es tanto su poder, y tan poco el del resto de los hombres, que si toman parte en semejantes cuestiones, están muy expuestos á sufrir en la decisión mil alteraciones, sólo por complacerlos. Dejad, pues, que las decidan con libertad los amigos de los dioses, y limitad vuestra autoridad únicamente á reprimir á los que no se sujeten á su fallo, dictado que sea:

Lamentóse después Idomeneo del embarazo en que le tenía un gran número de procesos particulares, sobre cuya decisión se le instaba.

Decidid, le respondió Mentor, los casos nuevos que ocurran, y en que sea necesario establecer máximas generales de jurisprudencia, ó interpretar las leyes ya establecidas, pero no los asuntos comunes, porque serían tantos los que os vendrían, que os abrumarían. Vos seríais el único juez de todo vuestro reino, y los que debían hacerlo estarían ociosos, y serían inútiles. Además de que no bastaríais vos solo á juzgarlos, os absorberían el tiempo que debíais destinar á la meditación y arreglo de los grandes negocios. Guardaos pues de incurrir en este defecto; someted la decisión de las causas de los particulares á los jueces ordinarios, y reservad para vos solo aquello que no es posible que otro haga, y entonces será cuando ejerzáis las verdaderas funciones de rey.

Me instan también, dijo Idomeneo, para que contribuya á que se celebren ciertos matrimonios. Varios sujetos de un ilustre nacimiento, que me han seguido

(1) En estos consejos hace hablar Fenelón á Mentor como un padre de la Iglesia.

en todas mis expediciones, y que han sacrificado cuantiosos bienes en mi servicio, quisieran, como una especie de recompensa, casarse con ciertas doncellas ricas, y á mí no me costaría el proporcionárselas más que decir una palabra (1).

Yo creo muy bien, le respondió Mentor, que nada más os costaría; pero no os dejaría de costar cara esa sola palabra. ¿Por qué habéis de quitar á los padres la libertad y el consuelo de escoger maridos á sus hijas, y por consiguiente quien los herede? Esto fuera tener á las familias en la más rigurosa esclavitud, y haceros responsable de todas las desgracias domésticas de vuestros ciudadanos. Demasiados sinsabores hay en los matrimonios sin acibararlos más. Si queréis recompensar la fidelidad de los que os han servido, dadles tierras incultas, elevadlos con honores y distinciones proporcionados á su condición y á su mérito; y si esto no basta, dadles algún dinero de lo que hayáis economizado de los fondos destinados á vuestros gastos; pero nunca paguéis vuestras deudas sacrificando las doncellas ricas á pesar de sus padres.

En seguida le propuso Idomeneo otra dificultad. Quéjense, le dijo, los Sibaritas de que les hemos usurpado algunas tierras, y que como montuosas é incultas las hemos dado á los extranjeros que de poco tiempo á esta parte nos hemos atraído. ¿Cederé á sus pretensiones? Si lo hago, daré margen á que crean las demás naciones que para conseguir algo de nosotros basta solicitarlo.

Está bien, le respondió Mentor, que no se les crea á los Sibaritas en su propia causa, pero tampoco es justo creerlos á vos en la vuestra. Pues ¿á quién hemos de creer? replicó Idomeneo. Á ninguno de los dos, prosiguió Mentor y en este caso es necesario

(1) Esto es una crítica de lo hecho en alguna ocasión por Luis XIV.

sujetarse á la decisión de una nación vecina que no sea sospechosa á los interesados ; tal es la de los Si-pontinos ; ningún interés tienen contrario á los vuestros.

¿Y por qué, repuso Idomeneo, me he de sujetar á la decisión de ningún árbitro? ¿acaso no soy yo rey? ¿pues por qué un soberano se ha de someter al juicio de ningún otro cuando se trata de la extensión de sus dominios?

Mentor continuó así su discurso : Pues que vos no queréis ceder, es preciso que creáis que vuestro derecho es incontestable ; por otra parte sostienen los Si-baritas que lo es el suyo, y no quieren ceder tampoco, conque, ¿qué recurso? Elegir un árbitro que ajuste vuestras diferencias, ó remitir la decisión á la suerte de las armas ; no hay otro medio. Ahora bien, si entraseis en una república que no tuviese magistrados ni jueces, y en la que cada familia creyese que le era lícito emplear la violencia para hacerse justicia en las diferencias que con sus vecinos se le suscitasen, ¿no os inspiraría compasión la suerte de tal nación, y os horrorizaría un desorden en que todas la familias necesitasen armarse unas contra otras? ¿pues por qué habéis de creer que miren los dioses con menos horror al mundo entero, que es la república universal, si cada nación, que no es en él más que como una gran familia, cree que impunemente puede valerse de la violencia para hacerse justicia contra las otras naciones vecinas? Si un particular se mantiene en la posesión de una tierra heredada de sus antepasados, no es sino por la autoridad de las leyes, y por la decisión de un magistrado ; y se le castigaría como á sedicioso, si se valiese de la fuerza para conservar lo que debe á la justicia. Pues, ¿cómo les ha de ser permitido á los reyes que empleen desde luego la violencia sin haber apurado todos los medios que dicta la humanidad?

¿Acaso no es más sagrada é inviolable á los reyes la justicia cuando se disputan países enteros, que lo es para las familias respecto de una heredad? Si el que se apropia una pequeña porción de tierra es un sedicioso, un usurpador, ¿qué nombre daremos al que se apodera de provincias enteras? ¿le calificaremos de justo y de héroe? decidlo vos. Por otra parte, si bastan los pequeños negocios de los particulares para que un rey tome insensiblemente partido, se ciegue y se engañe, ¿con cuánta más razón debe temer que le suceda esto cuando se trata de los grandes intereses del Estado? ¿Por qué un soberano se ha de dejar llevar de su opinión en una materia en que debiera desconfiar tanto de sí mismo? ¿por qué no temerá engañarse cuando su error puede producir las más horribles consecuencias? El error de un rey suele causar devastaciones, hambres, muertes, pérdidas y la depravación de costumbres, cuyos lastimosos efectos pasan de siglo en siglo hasta lá más remota posteridad. Un rey siempre rodeado de lisonjeros, ¿por qué no ha de recelar que le adulen en semejantes circunstancias? Conviniéndose pues en la decisión de un árbitro, da una prueba de su equidad, de su buena fe y de su moderación, y hace públicas las sólidas razones en que apoya su derecho. El árbitro es un amable mediador, no un riguroso juez; el elegirle no es someterse ciegamente á sus decisiones, ni pronuncia una sentencia como juez supremo, sino que aconseja, media é interpone sus respetos para que se haga algún sacrificio en obsequio de la paz (1). Mas si á pesar de las diligencias que un rey practica para conservarla, se ve en la necesidad de sufrir, ó hacer la guerra, tiene

(1) La doctrina preconizada por Fenelón tiene hoy muchos partidarios, aunque no todos los que debiera. Recientemente se han resuelto por medio del arbitraje varias cuestiones internacionales

por lo menos á su favor el testimonio de su conciencia, la estimación de sus vecinos, y la justa protección de los dioses. Persuadido Idomeneo de la fuerza de estas razones, consintió en que los Sipontinos fuesen mediadores entre él y los Sibaritas.

Pero viendo que se le frustraban todos los medios de que se valía para retener á sus huéspedes, pensó en otro sin duda más poderoso. Había notado la inclinación de Telémaco á Antíope, y creyó que, excitando esta pasión, lograría retenerle. Á este fin la hizo cantar muchas veces en los festines, y ella lo hizo por no desobedecer á su padre, pero con tanta modestia y tristeza, que se conocía lo mucho que padecía por obedecer. Llegó Idomeneo hasta el extremo de querer que cantase la victoria alcanzada sobre los Daunios y sobre Adrasto, mas ella no pudo resolverse á cantar las alabanzas de Telémaco, se excusó con respeto, y su padre no se atrevió á instarla. La dulzura y melodía de su voz se insinuaban tanto en el corazón de aquel joven, que todo estaba conmovido, y alegre Idomeneo notando su turbación. Telémaco hacía como que no entendía los designios del rey, por más que le costaba disimularlo; pero ya era en él la razón superior á sus sentimientos; no era aquel mismo Telémaco, á quien una tiránica pasión había esclavizado en la isla de Calipso. Mientras cantaba Antíope, guardaba un profundo silencio, y en los intervalos procuraba que recayese la conversación sobre materias indiferentes.

No pudiendo el rey conseguir tampoco por este medio lo que deseaba, emprendió por último una cacería en obsequio de su hija. Lloro Antíope, se excusa de asistir á ella, pero le es preciso ceder al empeño de su padre. Sube en un fogoso caballo semejante á los que Cástor domaba para la guerra, y le maneja con desembarazo; síguela una numerosa comitiva de don-

estas, es medio de las cuales brillaba tanto como Diana en las selvas. La ve el rey, y no se harta de mirarla; con su vista se le olvidan sus pasadas desgracias. La ve también Telémaco, más prendado de su modestia que de su habilidad y de todas sus gracias.

Empezaron los lebreles á levantar la caza, y echaron un jabalí de una corpulencia desmesurada, y tan furioso como el de Calidón; sus largas y erizadas cerdas más parecían dardos; centelleábanle los ojos llenos de sangre y fuego; oíanse desde lejos sus bufidos semejantes al sordo ruido que causan los vientos alterados, cuando los reprime Eolo, y los llama á su caverna para aplacar las tempestades; con los largos y encorvados colmillos, que más eran cortantes hoces, tala los árboles, y destroza cuantos perros se atreven á acercársele; los más osados cazadores que le persiguen no se atreven á herirle ni aun de lejos.

Pero Antíope, ligera como un viento, no duda acometerle de cerca; le espera, le lanza un dardo, y se le deja atravesado en la parte superior. Redóblase con la herida el furor del sañudo jabalí, y se vuelve á buscar á quien se la hizo; le ve el caballo de Antíope, y á pesar de su nobleza se asombra y retrocede; arrójase á él la monstruosa fiera con la misma violencia con que caen sobre las murallas las formidables máquinas inventadas para destruirlas (1). Vacila el caballo, cae, y en su caída echa por tierra á la animosa Antíope, dejándola sin esperanza de evitar el sangriento colmillo con que para vengarse la busca la ofendida fiera. Mas Telémaco, atento al peligro de Antíope, estaba ya desmontado, y más veloz que un relámpago se interpone entre el caballo caído y el jabalí sangriento, que rabioso vuela á la venganza; llega, le esconde

(1) Es decir, los arietes, catapultas, torres movibles, etc.

en un costado casi todo el dardo con que le espera, y cae muerta á sus pies aquella formidable víctima de su valor.

Córtale al instante la cabeza, que mirada de cerca aun espanta y admira á los cazadores ; se la presenta á Antíope, y ella avergonzada consulta con la vista á su padre, el cual después de pasar de la mayor consternación en que le puso el peligro de su hija á la más viva alegría de verla fuera de él, le hizo seña de que la aceptase. Así lo hizo, diciéndole á Telémaco : Yo os quedo reconocida á otro presente más estimable, cual es la vida. Apenas lo dijo, cuando temiendo haberse excedido, bajó los ojos, y Telémaco, viendo su turbación, no se atrevió á decirle más que estas palabras : ¡ Dichoso el hijo de Ulises, pues ha conservado una vida tan preciosa ! ¡ y más dichoso aún, si pudiera pasar en vuestra compañía la suya ! Antíope, sin responderle, se fué presurosamente á incorporarse con sus compañeras, y volvió á subir á caballo.

Desde aquel instante se la hubiera prometido Idomeneo, pero quería inflamar más su pasión dejándole en la incertidumbre, y aun creyó que el deseo de asegurar su casamiento podría retardar su partida, pero los dioses se burlan de la sabiduría de los hombres. Lo mismo que pensaba retendría á Telémaco, fué precisamente lo que le estimuló á partir ; aquella alteración que empezó á sentir en su espíritu, le puso en una justa desconfianza de sí mismo.

Mentor, por otra parte, redobló sus esfuerzos para inspirarle un deseo impaciente de volver á su patria, y al mismo tiempo instó á Idomeneo para que se lo permitiese, á cuyo fin tenía ya dispuesto un bajel, pues como arreglaba todos los momentos de la vida de Telémaco para elevarle al más alto grado de gloria, no le detenía en un paraje más de lo que necesitaba para ejercitar su virtud, ó para que adquiriese experiencia.

Mentor, pues, había cuidado de preparar aquel bajel desde que llegó Telémaco.

Pero Idomeneo, que con sumo disgusto le había visto aprestar, cayó en una tristeza mortal y en un abatimiento que movía á compasión, luego que vió que sus huéspedes, que tanto le habían favorecido, le iban á dejar. Encerrábase en los sitios más oscuros de su palacio, y allí entre gemidos y sollozos desahogaba su corazón ; olvidase de comer, le abandona el sueño, y poco á poco le va su desasosiego consumiendo y extenuando. Semejante á un árbol, cuya robustez ha resistido á la violencia de los huracanes, que la tierra fecunda hace alarde de haber producido, y que siempre respetado del hacha del leñador, empieza á secarse sin saber la causa, porque un oculto gusano le corroe los delicados tubos por donde se ramifica el jugo que le nutre, se marchita, sécanse sus ramos, se desnuda de las hojas que le hermocean, y no presenta más que un tronco vestido de una árida corteza : así pareció Idomeneo abatido de dolor.

Compadecido Telémaco no se atrevía á hablarle, antes temiendo que llegase el día de la partida, buscaba pretextos para dilatarla, y en esta irresolución hubiera permanecido mucho tiempo, si Mentor no le hubiera dicho : No sin gran satisfacción mía te veo tan mudado ; naciste altivo é insensible á todo lo que no interesaba tu comodidad, pero en fin ya eres verdaderamente hombre, pues con la experiencia de tus trabajos empiezas á compadecerte de los ajenos. El que no se compadece, no puede tener un corazón benéfico ni virtud, ni ser á propósito para gobernar ; mas éste es un sentimiento que no se debe llevar tan al extremo que decline en flaqueza. Yo hablaría á Idomeneo pidiéndole permiso para partir, y te ahorraría de buena gana el disgusto que á ti te ha de causar el hacerlo, mas no apruebo que así te dejes dominar de una perniciosa

vergüenza ; por el contrario, te debes acostumbrar á unir el valor y la firmeza á una amistad tierna y afectuosa. Justo es que no se aflija sin necesidad á los hombres, que se tome parte en sus penas cuando no hay medio de evitarlas, y que se desvíe en lo posible el golpe que los amenaza cuando no se puede repararle enteramente. Pues porque á Idomeneo le fuera menos sensible la noticia de nuestra partida, dijo Telémaco, es por lo que yo quisiera que la recibiese de vos más bien que de mí.

Pero Mentor le respondió al instante : Te engañas, mi querido Telémaco. Tú naciste en la opulencia como los hijos de los demás reyes ; todos quieren que se haga á su gusto, y que la naturaleza entera se rinda á su voluntad, pero sin tener valor para oponerse á nadie cara á cara, no porque estimen en nada á los hombres, ni tengan la bondad de sentir el afligirlos, sino porque les incomoda ver á su lado semblantes tristes y descontentos. Nada les importa que padezcan, con tal que no lo vean, ni de ello se les hable, porque aun esto los incomoda ; de modo que para agradarles es preciso decirles siempre que las cosas van bien. Mientras que ellos están engolfados en sus delicias, no quieren ver ni oír nada que interrumpa su contento. Si necesitan reprender, corregir, desengañar á alguno, ó negar lo que pretende un importuno, nunca lo hacen por sí mismos, sino que dan la comisión á otro ; en tal caso antes se dejarían arrancar las gracias más indebidas, y antes darían lugar á que se perdiesen los más importantes negocios, que resolverse á decidir con firmeza contra el dictamen de aquellos con quienes han de tratar todos los días, y esta debilidad es la que estimula á todos á sacar de ella partido ; se los insta, se los importuna, se los oprime, y oprimiéndolos por fin se logra. Al principio se los adula, se los inciensa hasta insinuarse en su corazón, y obtener á su lado empleos

de alguna autoridad, y después se los maneja y se los subyuga. Suelen los príncipes conocerlo, gimen, y quieren sacudir el yugo, pero es ya tarde, y tienen que soportarle por toda la vida. Celosos de su autoridad se empeñan en aparentar ante el mundo que nadie los gobierna; pero el mundo conoce que son gobernados. Ni puede ser otra cosa, porque ellos son semejantes á esos delgados vástagos de la vid, que no pudiendo por sí sostenerse, buscan el arrimo de un árbol robusto en que apoyarse.

No quisiera, Telémaco, dar lugar á que tú cayeses en esta flaqueza, que te haría incapaz para el gobierno; tú mismo, que ahora sientes tanta ternura por Idomeneo que no te atreves á hablarle, no te volverás á acordar de su pena luego que salgas de Salento; no es su aflicción la que te inspira lástima, es su presencia la que te embaraza. Ve, pues, háblale tú mismo, y aprende á ser compasivo y firme á un mismo tiempo; maniéstale el sentimiento que te cuesta dejarle, pero dile con resolución que es preciso que partamos.

No se atrevía Telémaco ni á oponerse á Mentor, ni á ir á ver á Idomeneo; avergonzábase de su temor, y le faltaba valor para desecharle; dudaba, daba dos pasos, y al instante retrocedía á exponer á Mentor alguna nueva razón para dilatarlo; más con una sola mirada le quitaba las palabras de la boca, y hacía que se desvaneciesen todos sus especiosos pretextos. ¿Es éste, decía Mentor sonriéndose, es éste el vencedor de los Daunios, el libertador de la grande Hesperia, el hijo del sabio Ulises, y el que después de sus días debe ser el oráculo de la Grecia? ¿es éste? pues vedle ahí tan cobarde, que no se atreve á decir á Idomeneo que no puede dilatar más la vuelta á su patria para ver á su padre. Pueblos de Ítaca, ¡qué infelicidad será la vuestra si llegáis á tener un rey, que dominado de una pernicioso vergüenza sacrifique á sus flaquezas aun por las

cosas más despreciables, vuestros mayores intereses! En esto puedes conocer la diferencia que hay del valor necesario en la guerra al que es preciso en la expedición de los negocios; tú no temiste las armas de Adrasto, y temes la tristeza de Idomeneo. Esto es puntualmente lo que degrada á muchos príncipes que han hecho las mayores y más heroicas acciones; después de ser héroes en la guerra, se muestran los más ínfimos de los hombres en las acciones comunes en que los demás se portan con firmeza.

Conociendo Telémaco la fuerza de estas verdades, y picado de aquella reprensión, parte con presteza sin dar más oídos á su repugnancia, pero apenas empezó á entrar en donde estaba Idomeneo sentado, bajos los ojos y oprimido de tristeza, cuando ambos empezaron á temerse; no se atrevía Telémaco á mirarle, y ambos se entendían sin hablarse, temiendo el uno que el otro rompiese el silencio, y en este estado rompieron á llorar, hasta que agitado Idomeneo por la acerbidad de su pena exclamó: ¡De qué sirve procurar la virtud, si tan mal recompensa á los que la aprecian! Después de haberme hecho conocer mis defectos, me abandonan mis huéspedes! ¡ay de mí! ¡cómo podré sostenerme sin su apoyo! ¡preciso es que vuelva á incurrir en todos ellos! ¡Nadie vuelva á hablarme de máximas de gobierno! me es imposible, me será forzoso abandonarlo todo, ya estoy cansado de los hombres. Y tú, Telémaco, ¿dónde quieres ir? Tu padre ya no existe, inútilmente le buscas; Itaca está en poder de tus enemigos, perecerás á sus manos si á ella vuelves, y tu madre estará ya casada con alguno de ellos. Quédate pues aquí, yo te daré mi hija, serás mi heredero, me sucederás en el trono, y aun durante mi vida tendrás un poder absoluto; mi confianza será ilimitada, y si á todas estas ventajas eres insensible, á lo menos déjame á Mentor que es

toda mi esperanza ; habla, responde, no endurezcas tu corazón, apiádate del más desgraciado de los hombres. ¡Qué, nada me dices ! ¡ ay de mí ! ¡ ahora sí que conozco cuán contrarios me son los dioses ! ahora se me muestran más cueles que cuando en Creta quité la vida á mi propio hijo.

Legó en fin el caso de que Telémaco le respondiese, aunque con voz trémula : Yo no soy dueño de mí mismo, el destino me llama á mi patria, y Mentor, que tiene todo el saber de los dioses, me ordena en su nombre que vaya. ¿ Qué queréis, pues, que haga ? ¿ Renunciaré para siempre á mis padres y á mi patria, que aun debe serme más cara (1) ? Habiendo nacido para ser rey, no debo acostumbrarme á una vida sedentaria y tranquila, ni á seguir mis inclinaciones. Vuestro reino es más rico y más poderoso que el de mi padre, sin embargo, yo prefiero el que los dioses me destinan al que vos tenéis la bondad de ofrecerme. Yo me tendría por dichoso en que fuese mi esposa Antíope aun sin la esperanza de un reino como el vuestro, pero para merecerlo es necesario que vaya adonde mis obligaciones me llaman, y que sea mi padre el que os la pida. ¿ No me prometisteis restituírme á Ítaca ? ¿ No me uní en virtud de esta promesa con los aliados para pelear contra Adrasto ? Tiempo es ya que piense en reparar mis desgracias domésticas. Los dioses me han entregado á Mentor, para que dirigiéndome me haga digno del destino que me reserva el hado. ¿ Y queréis que yo pierda á Mentor después de haberlo perdido todo ? Ya no tengo bienes ni retiro, padres ni patria segura, sólo me resta un amigo sabio y virtuoso, que es el más precioso don de Júpiter. Juzgad vos si de-

(1) En otro de sus libros, dice Fenelón á este propósito : Amo á mi familia más que á mí mismo ; amo á mi patria más que á mi familia, y amo aun más que á mi patria al género humano.

neré privarme de él, ni consentir que me abandone; antes preferiría la muerte; quitadme la vida, que la vida es nada, pero no me quitéis á Mentor.

Al paso que Telémaco hablaba, iba esforzando la voz, y desapareciendo su timidez; mas Idomeneo ni sabía qué responder, ni se resolvía á aprobar las razones de Telémaco, y no dejándole el conflicto articular palabra, procuraba á lo menos con sus miradas y acciones moverle á compasión. En aquel momento vió llegar á Mentor, el cual le animó con estas notables palabras:

No os aflijáis porque os dejamos, que la sabiduría que preside á los consejos de los dioses presidirá también á los vuestros; agradeced, sí, á Júpiter la dicha de que nos haya enviado á salvar vuestro reino, y restituíros al camino de que os habíais extraviado. Ya por nuestro consejo habéis restaurado á Filocles; no dudéis de su fidelidad, ni temáis que huyan de su pecho el temor de los dioses, el amor á la virtud y á vuestros pueblos, ni la compasión á los infelices. Oíidle, y servíos de él con seguridad y sin recelo. El mayor servicio que de él podréis exigir será que os haga presente con franqueza todos vuestros defectos, y á ello le debéis obligar. La grandeza de alma de un buen rey consiste en buscar verdaderos amigos que le hagan notar sus defectos. Con tal que así lo hagáis, para nada os somos necesarios, y seréis feliz. Pero si la lisonja, que se desliza como una serpiente, vuelve á encontrar el camino de vuestro corazón para hacerros sospechosos los consejos desinteresados, entonces estaréis perdido. No os dejéis rendir por el dolor, esforzaos á seguir la virtud. Á Filocles le he instruído de cuanto debe hacer para aliviarnos, y para no abusar nunca de vuestra confianza; os le han dado los dioses como á mí han dado á Telémaco. Cada uno debe seguir animosamente su destino, inútil es afligirse. Si

en algún tiempo me necesitaseis, después que haya devuelto á Telémaco á su padre y á su patria, ofrezco volver á veros. ¿ En qué podría yo hallar mayor complacencia? Yo no deseo riquezas ni autoridad, sino ayudar á los que buscan la justicia y la virtud. ¿ Podré yo olvidar jamás la confianza y la amistad de que me habéis dado tantas pruebas?

Estas palabras trocaron de improviso á Idomeneo, y sosegaron su espíritu como sosiega Neptuno con su tridente las olas irritadas y las tormentas; sólo le quedaba un sentimiento apacible, sentimiento más de amor que de dolor. Volvieron á renacer en su pecho el esfuerzo, la confianza, la virtud y la esperanza en el favor de los dioses.

Estoy resuelto, le dijo, mi querido Mentor, á perderlo todo antes que la constancia y el valor; pero á lo menos acordaos de Idomeneo cuando estéis en Ítaca, donde vuestra sabiduría os colmará de prosperidades. No os olvidéis de que esta ciudad es obra vuestra, y de que dejáis en ella un rey desgraciado, que sólo en vos espera. Anda, digno hijo de Ulises, ya no me opongo á que partas, ni pienso tampoco oponerme á los dioses, por más que me priven del inestimable tesoro que en vos poseía. Y vos, Mentor, el más grande y más sabio de todos los hombres (si es que no sois una divinidad, que habéis tomado esta forma para instruir á los hombres débiles é ignorantes), andad, conducid al hijo de Ulises, más feliz en poseeros que en ser el vencedor de Adrasto, perdonad que los sollozos no den lugar á las palabras; andad, vivid y sed felices juntos, ya no me queda en el mundo otro consuelo que la memoria de haberos tenido aquí. ¡ Felices días! ¡ días de inestimable valor! ¿ por qué pasasteis tan rápidamente para no volver jamás? No, jamás volverán, ni mis ojos volverán nunca á ver lo que están ahora viendo.

Tuvo Mentor este momento por el más á propósito

para partir ; abrazó á Filocles, eñ cual explicó con sus lágrimas el sentimiento que le ataba la lengua. Quiso Telémaco asir á Mentor de la mano para salir de las de Idomeneo, pero éste se puso en medio de ambos, y les acompañó hasta el puerto : los mira, gime y principia muchas palabras sin poder acabar ninguna.

Entre tanto se oye la confusa gritería de la marina, tesan las jarcias, izan las velas y empieza á soplar el viento favorable. Telémaco y Mentor se despiden del rey, que los estrecha entre sus brazos, y después los sigue con los ojos hasta que el bajel se pierde de vista.

## LIBRO XXIV

Durante la navegación hace Telémaco que Mentor le explique varias dificultades que se le ofrecían acerca del modo de gobernar con acierto, y entre otras la de conocer á los hombres para servirse de los buenos, y no ser engañado de los malos. Al acabarse la conversación, les obligó el mar á dar fondo en una isla donde acababa de llegar Ulises. Le ve Telémaco, y le habla, pero sin conocerle, mas luego que le ve reembarcarse, siente una secreta conmoción sin atinar con la causa, explicasela Mentor, le consuela, le asegura que pronto disfrutará de la compañía de su padre, y prueba su piedad y su paciencia retardando su partida para hacer un sacrificio á Minerva. En fin, deja la diosa la figura de Mentor, permite que Telémaco la conozca, le da las últimas instrucciones, y desaparece ; después de lo cual llega Telémaco á Ítaca, y encuentra á Ulises su padre en casa del fiel Eumeo.

Ya se empiezan á henchir las velas, leván el ancla y la tierra parece que huye. El experto piloto percibe desde lejos los montes de Léucata, cuyas empinadas cimas se esconden entre un torbellino de brumas, y divisa también los montes Acroceraunos que aun alzan al cielo su orgullosa frente, después de haber sido tantas veces humillada por los rayos.

Durante la navegación le dijo Telémaco á Mentor Yo creo haber entendido las máximas de gobierno que me habéis explicado sin embargo de que al principio me parecían un sueño ; pero poco á poco las ha ido desenvolviendo mi entendimiento hasta presentármelas con claridad, así como los objetos parecen á la primera luz de la aurora sombríos y confusos y como si saliesen de un caos, pero luego la luz que se va insensiblemente aumentando los distingue, y les restituye, por decirlo así, su figura y su color natural. Estoy bien persuadido de que el punto principal del gobierno consiste en conocer las diferentes clases de talentos para emplearlos con oportunidad, pero me falta saber los medios de discernirlas.

Observando á los hombres, le respondió Mentor, es como se los conoce, y para observarlos se necesita verlos y tratarlos. Deben los reyes conversar (1) con sus vasallos, estimularlos á que hablen, consultarlos y ponerlos en pequeños empleos, para ver si son dignos y capaces de otros mayores. ¿Cómo aprendiste en Ítaca á entender de caballos? Á fuerza de verlos, de notar sus defectos y perfecciones, de compararlos, y á fuerza de tratar con personas inteligentes. Pues del mismo modo, trata con frecuencia de las buenas y malas cualidades de los hombres con sabios y virtuosos que hayan hecho estudio en conocerlos, y aprenderás insensiblemente á caracterizarlos, y á conocer lo que de ellos debes esperar. ¿Quién te ha enseñado á distinguir los buenos de los malos poetas? La continua lectura y las observaciones de sujetos de buen gusto. ¿Cómo has adquirido los conocimientos que tienes sobre la música? Observando cuidadosamente diferentes composiciones. Pues si no hay otro medio, ¿cómo se podrá gobernar bien á los hombres sin conocerlos? ¿y

(1) Es decir, tener trato y relación seguida con ellos.

cómo se los conocerá sin vivir con ellos ni tratarlos? El verlos en público, en donde sólo se habla de cosas indiferentes y preparadas con estudio, no es tratarlos ni vivir con ellos; para esto es necesario verlos en particular, sacarles de lo íntimo del corazón los desig-nios que en él oculten; es necesario sondearlos para conocer la profundidad de sus talentos, sus máximas, su carácter y su genio. Pero para juzgar con acierto se debe dar principio por el conocimiento de lo que debèn ser, y saber lo que constituye un mérito sólido y verdadero para distinguir á los que realmente le tienen de los que le aparentan.

Continuamente se está hablando de virtud y de mérito, sin tener ideas del mérito ni de la virtud; éstos son unos nombres especiosos, unos términos insignificantes para la mayor parte de los que se honran con tenerlos siempre en la boca. Sin principios sólidos de justicia, de razón y de virtud, no es posible conocer á los que los tienen, ni distinguir, sin un íntimo convencimiento de las máximas que constituyen un sabio y buen gobierno, á los que las siguen de los que con falsas sutilezas se apartan de ellas. En una palabra, así como para medir muchos cuerpos se necesita una medida fija, así para juzgar de los hombres nos son precisos principios constantes que dirijan nuestros juicios. Es también necesario saber cuál es el objeto de la vida humana, y cuál el que debe proponerse un príncipe en el gobierno de sus vasallos. Debe ser, pues, su único y esencial objeto no querer jamás la autoridad y la grandeza para su propio provecho, pues esta ambición sólo serviría para satisfacer un orgullo tiránico. Un rey justo se ha de sacrificar á los infinitos cuidados que van anejos al gobierno para hacer buenos y felices á sus vasallos; y el que carece de aquellos conocimientos y de estas disposiciones, anda toda su vida á tientas, y sólo por casualidad acierta, semejante á una

nave en alta mar que no tiene piloto que la dirija, ni quien observe los astros, ni la preserve de los peligros que en la vecina costa la amenazan. ¿Cómo evitará el naufragio?

Sucede muy á menudo que por no saber los príncipes en qué consiste la verdadera virtud, ignoran lo que deben buscar en los hombres. Es para ellos la virtud tan áspera, y les parece tan austera y libre, que los espanta y los irrita, y de aquí el que sean tan inclinados á la lisonja, ¿y cómo hallarán en ella sinceridad ni virtud? Corren tras una apariencia de gloria, y se hacen indignos de alcanzar la verdadera. Se acostumbran á creer que no hay sólida virtud en los hombres, porque aunque los buenos conocen bien á los malos, éstos ni conocen á los buenos, ni aun creen que los hay en el mundo; y de estos principios nace el que de todos igualmente desconfíen; se ocultan, se encierran, sospechan aun en lo más despreciable, temen y se hacen temibles, huyen de que se los conozca, se hacen disimulados, y no se atreven á presentarse en su natural; pero á pesar de su cuidado, no dejan de ser conocidos, porque la curiosidad maligna de los vasallos todo lo penetra y lo adivina todo, al paso que ellos no saben cómo conocer á ninguno. Los palacios que los rodean se alegran de verlos inaccesibles, y aun ellos mismos los confirman en la opinión de que se degrada la majestad si se familiariza; y esto porque ven por experiencia que el rey, que es inaccesible á los hombres, lo es también á la verdad, y no conociéndola, pueden más á su salvo infamar con injuriosos informes, y alejar del trono á cuantos pudieran desengañar al que le ocupa. Semejantes reyes pasan la vida en una bestial grandeza, siempre temiendo ser engañados, siéndolo siempre y mereciendo serlo. El que sólo trata con pocos, insensiblemente contrae sus defectos y sus preocupaciones, pues aun los buenos

los tienen, y como al mismo tiempo que se priva del trato de los hombres, se priva del único medio de conocerlos, es preciso que para juzgarlos proceda por lo que le digan los noveleros, raza vil y maligna, que se alimenta con ponzoña, vicia las cosas más inocentes, abulta las pequeñas, supone delitos por no dejar de hacer mal, y á la cual sirve de regocijo la desconfianza y la indigna curiosidad de un príncipe débil y desconfiado.

Aprende, pues, mi amado Telémaco, aprende á conocer á los hombres, examinándolos, haciéndolos hablar á unos de otros, experimentándoles poco á poco, pero sin entregarte á ninguno ; aprovéchate de tu experiencia cuando yerres en tus juicios, que no dejará de sucederte, porque es mucha la perfección con que poseen los malos el arte de disimular para sorprender á los buenos. Aprende también por tus equivocaciones á no juzgar con precipitación bien ni mal de ninguno, porque es muy peligroso, y de este modo tus mismos errores serán tu mejor lección. Cuando estés satisfecho de la virtud y del talento de un sujeto, sírvete de él sin recelo, porque los hombres de bien quieren que se honre su rectitud, y más aprecian la confianza que los tesoros ; mas procura no viciarlos dándoles un poder ilimitado, porque uno que sin él hubiera sido toda su vida virtuoso, deja de serlo, corrompido con la excesiva autoridad y riquezas que le ha dado su dueño. El rey, que tiene la dicha de hallar en todos sus Estados dos ó tres verdaderos amigos, de una prudencia y de una bondad constantes, muy pronto sabe por su medio de otros que les son semejantes. Por los buenos, á quienes honra con su confianza, sabe lo que por sí le era imposible saber acerca de los demás hombres.

¿ Pero es cierto, como lo he oído decir muchas veces, preguntó Telémaco, que un rey necesita servirse

de los malos, siempre que tengan algún talento particular?

Verdad es, le respondió Mentor, que muchas veces se ve en la necesidad de servirse de ellos. En una nación en que reina el desorden, se hallan constituidos en autoridad hombres injustos y fraudulentos; tienen empleos importantes, que no es fácil quitarles, y han adquirido la confianza de ciertos poderosos con quienes es preciso contemporizar; lo es también contemporizar con ellos mismos por más indignos que sean, porque es temible el resentimiento de un malvado que se halla en disposición de trastornar el Estado entero. Conviene, pues, servirse de ellos por algún tiempo, mas siempre con la mira de irles poco á poco haciendo inútiles. Pero guárdate de admitirlos nunca á tu verdadera é íntima confianza, porque es fácil que abusen de ella, y que te veas obligado á tu pesar á tolerarlos porque no revelen tus secretos, y este lazo ú opresora cadena es más difícil de romper que las más pesadas de hierro. Empléalos en negociaciones de poca consecuencia. Trátalos bien, y válete de sus mismas pasiones para empeñarlos en que te sean fieles, pues con ellos es el único arbitrio; mas nunca les reveles tus secretas deliberaciones. Ten siempre dispuesto el medio de hacerles obrar según tus fines, pero sin entregarles nunca la llave de tu pecho, ni de tus negocios. Y cuando esté ya tranquilo el Estado, bien ordenado, y regido por hombres de cuya virtud y prudencia estés seguro, verás irse poco á poco haciendo inútiles los pérfidos, de quienes antes tenías necesidad de servirte. Pero no por eso se ha de dejar de tratarlos bien, pues no es lícito ser ingrato ni aun con los malos; pero en este buen trato debe ir envuelta la idea de hacerlos buenos. Débenseles tolerar ciertas flaquezas que se perdonan á la fragilidad humana, pero puesta siempre la mira en ir recobrando, aunque sea poco á poco, la

autoridad de que se habían revestido, para contener los excesos en que abiertamente incurrirían si se les dejase obrar á su arbitrio. Además de que siempre es reprehensible servirse de un malo para hacer lo bueno, y aunque este mal sea muchas veces inevitable, debe sin embargo procurarse extinguirle, aunque sea á fuerza de tiempo y cuidado. Un príncipe sabio, que tenga por objeto la justicia y el buen orden, llegará á no necesitar para nada á esos hombres corrompidos y falsos, y hallará bastantes buenos con la suficiencia necesaria de quienes poder servirse.

Mas no basta encontrar buenos vasallos en una nación, es necesario crear otros. Gran dificultad es ésa, dijo Telémaco. Ninguna, le respondió Mentor. La diligencia que pongas en buscar los sujetos instruídos y virtuosos para elevarlos moverá á los que se hallen con talento y disposición, y todos se esforzarán por merecer. ¡Cuántos yacen en una obscura ociosidad, que alentados con la seguridad del premio serían unos grandes hombres! ¡cuántos hay que la miseria y la imposibilidad de medrar por el camino de la virtud incitan á seguir el del vicio! Siempre que recompenses el mérito y la virtud, no temas que te falten virtudes ni talentos que premiar. Pero ¡cuántos hombres eminentes puede formar un rey haciéndoles subir de grado en grado desde los últimos hasta los primeros empleos! Así ejercitaría sus talentos, tendría pruebas de su capacidad y de la sinceridad de su virtud. Los que ascendieran á las primeras dignidades serían educados á vista del príncipe que los habría observado toda su vida, y que podría juzgar de su mérito, no por sus palabras, sino por una serie continuada de acciones.

Mientras que así instruía Mentor á Telémaco, notaron que un navío feacio había arribado á una pequeña isla, desierta y salvaje, ceñida de espantosas rocas. Al mismo tiempo sobrevino una calma, tal que ni aun se

sentía el dulce soplo de los mansos céfiros ; quedóse el mar tan terso como un espejo, y las inanimadas velas en nada coadyuvaban al esfuerzo de los ya fatigados remeros ; fué, pues, necesario arribar á aquella isla (1), que más era un escollo que tierra habitable, y á la que en otro tiempo de menos calma hubiera sido peligroso acercarse.

No esperaban los Feacios con menos impaciencia el viento que los Salentinos. Adelantóse hacia ellos Telémaco, y preguntó al primero que encontró si había visto á Ulises, rey de Ítaca, en casa del rey Alcinoos.

Aquel á quien por casualidad preguntó no era feacio : era un extranjero desconocido, de aspecto majestuoso, pero triste y abatido, y tan pensativo, que se creyera no haber oído la pregunta, si después de un breve rato no le hubiera respondido : Es cierto que Ulises fué recibido en casa del rey de Feacia como en un asilo donde se teme á Júpiter, y donde se ejerce la hospitalidad ; pero ya no está allí, partió para su patria, si aplacados los dioses permiten al fin que vuelva á saludar sus penates.

Apenas pronunció con tristeza estas palabras, cuando presurosamente se entró en un bosque muy espeso que había en la cima de un collado, desde donde miraba con atención al mar, huyendo de los hombres que se le ponían delante, y mostrando cierta inquietud por continuar su viaje.

Mirábale Telémaco de hito en hito, y cuanto más le miraba, más se conmovía y asombraba. Este desconocido, le dijo á Mentor, me ha respondido como quien oprimido de dolor apenas oye lo que se le dice. ¡ Cuánto compadezco á los infelices desde que yo también lo

(1) No se encuentra en ninguna carta. Algunos la confunden con el puerto de Porkys, de que habla Homero en la Odisea, y que se encuentra en la misma isla de Ítaca.

soy (1)! Al ver á éste, siento que mi corazón toma parte en su pena sin saber por qué; antes me ha recibido con tanta indiferencia, que apenas se ha dignado oírme ó responderme, y no obstante no puedo menos de desear el pronto término de sus males.

Mentor le respondió sonriéndose: En eso conocerás cuánto aprovechan los infortunios; ellos hacen que sean los príncipes moderados y sensibles á los trabajos ajenos. Los que nunca han probado más que el dulce veneno de la prosperidad, se figuran ser dioses; quieren que las montañas se aplanen por complacerlos, tienen en nada á los hombres, y se burlan de la naturaleza entera. Si oyen hablar de miserias y trabajos, no saben de qué se habla; es para ellos un sueño, porque nunca han experimentado la diferencia que hay entre el bien y el mal. Sólo el infortunio puede inspirarles compasión, y trocar su corazón de bronce en corazón humano; entonces es cuando conocen que son hombres, y que deben tener cuenta con los que les son semejantes. Dime, si te compadeces tanto de un desconocido, sin más que porque le ves errante como tú, ¿cuánto más deberás compadecerte del pueblo de Ítaca, si llega tiempo de que le veas padecer, ese pueblo que te habrán confiado los dioses como se confía un rebaño á un pastor, y cuya infelicidad acaso proceda de tu ambición, de tu fausto ó de tu imprudencia? Reflexiónalo bien, y no dudes que cuanto padecen los pueblos es por culpa de sus reyes, que debían poner todos sus conatos en evitar que padeciesen.

Mientras habló Mentor, estuvo Telémaco sumergido en la mayor tristeza y descontento, hasta que por fin le respondió con alguna turbación: Si todo eso es cierto, infelicísima es la condición de rey; él es es-

(1) Esto trae á la memoria las palabras de Dido:

*Non ignara mali miseris succurrere discò.*

clavo de los que parece que le obedecen, y no está tanto para mandarlos, como para servirlos; debe proveer á sus necesidades, y ser el defensor de todos y cada uno; necesita acomodarse á sus flaquezas, corregirlos como padre, y hacerlos cuerdos y felices. La autoridad que al parecer tiene no es suya, ni puede emplearla en su propia gloria, ni para sus comodidades; es toda de las leyes, y á ellas debe obedecer el primero para dar ejemplo á sus vasallos. Hablando con propiedad no es más que el defensor de las leyes, el que incesantemente debe velar por su observancia, es el hombre menos libre y tranquilo de su reino, es un esclavo que sacrifica su reposo y libertad á la libertad y felicidad públicas.

Es verdad, respondió Mentor, que el rey no lo es sino para que cuide de su pueblo como un pastor de su rebaño, ó un padre de su familia. ¿Pero te parece infelicísimo porque tiene que hacer bien á tanto número de personas? El rey corrige con castigos á los malos, anima con recompensas á los buenos, en una palabra, representa á los dioses conduciendo al género humano por el camino de la virtud. ¿Te parece poca gloria el hacer observar las leyes? La de hacerse superior á ellas no merece más que el horror y el desprecio. Si el príncipe es un malvado, será también infeliz, pues no encontrará paz alguna en la satisfacción de sus pasiones y de su soberbia, y si fuere justo, en su misma justificación sentirá el placer más puro y más sólido de todos los placeres, y recibirá de los dioses un galardón eterno.

Agitado Telémaco de una interior displicencia, parecía como que nunca había comprendido estas verdades, aunque estaba de ellas tan persuadido, que las había enseñado, pero un humor negro le sugería contra sus propios sentimientos un espíritu de contradicción y sutileza para impugnarlas. Oponía á las razones

de Mentor la ingratitud de los hombres. ¿Qué, decía, se ha de afanar un rey por merecer el amor de los hombres, de quienes acaso no se verá jamás correspondido, y para hacer bien á unos seres indignos que emplearán estos mismos beneficios en daño de quien se los hizo?

Siempre se debe contar con su ingratitud, le respondió Mentor, pero nunca dejar de hacerles bien, no tanto por ellos, como porque así lo ordenan los dioses. Jamás se pierde el bien que se les hace, porque si los hombres le olvidan, le tienen presente los dioses, y le recompensan. Además de que si la multitud es ingrata, nunca faltarán hombres virtuosos que os amen y sean reconocidos. Hasta la misma multitud inconstante y caprichosa no deja tarde ó temprano de hacer justicia al mérito.

Pero aun hay medio de evitar la ingratitud; no te empeñes únicamente en hacerlos ricos y formidables en la guerra, ni en que abunden en comodidades, porque esto los corrompería y haría más inicuos, y de consiguiente más ingratos; eso sería hacerles un funesto presente, y ofrecerles un dulce veneno. Empéñate sobre todo en rectificar sus costumbres, en inspirarles amor á la justicia y temor á los dioses; inspírales humanidad, fidelidad, moderación y desinterés; haz que se posean de estos sentimientos, y que los aprecien como el conjunto de todos los bienes, y entonces vive seguro de su agradecimiento, porque no es posible que un virtuoso deje de amar á quien le inspiró la virtud. De este modo, facilitándoles á ellos los bienes verdaderos, á ti mismo te beneficias, y no tienes que temer su ingratitud. ¿Qué extraño será que los hombres sean ingratos con unos príncipes que los han familiarizado con la injusticia, con la más desenfrenada ambición, con la inhumanidad, con la altivez y con la mala fe? Un príncipe no debe esperar que hagan sus vasallos

más que lo que de él hayan aprendido. Si por el contrario emplease su ejemplo y su autoridad en hacerlos virtuosos, podría esperar recoger en sus virtudes el premio de sus trabajos; y cuando éste le faltase, en la suya propia y en la amistad de los dioses hallaría el más dulce consuelo de su engaño

Luego que acabó Mentor, se dirigió Telémaco á un anciano que se hallaba entre los Feacios, y le preguntó de dónde venían, adónde iban, y si habían visto á Ulises, y el anciano le respondió : Venimos de Feacia, nuestra tierra, y vamos por mercaderías á Epiro ; Ulises, como ya os lo han dicho, estuvo y salió de ella.

¿ Quién es, continuó Telémaco, ese hombre tan triste, que busca los sitios más solitarios, mientras se hace á la vela vuestra nave? Ése es, respondió el anciano, un extranjero que no conocemos (1) ; dicen que se llama Cleomenes, que es natural de Frigia, y que antes de nacer predijo un oráculo á su madre que sería rey si no permanecía en su patria, y que si permanecía en ella la afligirían los dioses con una peste cruel. Luego que nació, le entregaron sus padres á unos marineros para que le llevasen á Lesbos, donde le criaron de oculto á expensas de su patria que tanto se interesaba en alejarle. Creció, se hizo robusto, agradable y á propósito para todos los ejercicios corporales ; se aplicó también á las ciencias y á las bellas artes, en las que muy pronto sobresalieron su buen gusto y su genio, pero en ningún país se le tolera, porque habiéndose hecho célebre la predicción, es en todos inmediatamente conocido, y temen los reyes que les quite sus diademas. Así es que desde su juventud anda vagando, sin poderse establecer en ninguna parte. Muchas veces se ha alejado á naciones muy distantes de la suya, pero no bien llega á una ciudad, cuando se descubre

(1) Esto está demás, puesto que inmediatamente refiere toda su vida y milagros

su nacimiento, y el destino que le reserva el hado. Por más que quiere ocultarse entre las ocupaciones de una vida obscura, siempre, según dicen, le descubren sus talentos para la guerra, su sabiduría en las letras, ó su prudencia en los más importantes negocios, presentándole la casualidad ocasiones en que tenga necesidad de emplearlos. Su mérito labra su desgracia ; todos le temen, y por él se ve ahuyentado de todas las naciones. Su destino es ser estimado, amado y admirado en todas partes, y arrojado de todas. Ya no es joven, y sin embargo aun no ha hallado en el Asia ni en la Grecia ninguna costa en que hayan querido dejarle vivir con algún descanso. No parece ambicioso, ni busca fortuna ; harta fuera la suya en que el oráculo no le hubiera prometido un trono. Ninguna esperanza tiene de volver á ver su patria, pues consigo llevaría la aflicción y el desconsuelo á todos sus habitantes. Hace poco aprecio de la diadema, sin embargo de que su destino le impele á correr por todo el mundo tras ella, y ella parece huír de él, burlándose así de este desgraciado hasta su vejez. ¡Funesto presente de los dioses, que tan amargos hace los mejores días de su vida, y que tantos trabajos le reserva para una edad en que ya el hombre sólo apetece el descanso ! Dice que va desde aquí á Tracia por si halla algún pueblo salvaje y sin leyes, que pueda reunir, civilizar y gobernar algunos años, para que cumplido así el oráculo no dé más que temer en ninguna parte, y pueda retirarse á una aldea de Caria donde dedicarse, como desea, á la agricultura. Éste es un hombre sabio y moderado que teme á los dioses, conoce á los hombres, y sabe vivir en paz con ellos sin estimarlos. Esto es lo que se dice de ese extranjero, de quien me pedisteis noticia.

Durante esta conversación volvía Telémaco continuamente la vista al mar, que ya empezaba á moverse

con el viento, el cual engrosaba las mansas ondas que venían á herir los peñascos de la isla, dejándolos cubiertos de blanca espuma. Al instante que lo advirtió el anciano, le dijo á Telémaco : Ya llegó la hora, y no es justo hacer á mis compañeros que me esperen. Corre hacia la ribera, se embarca, y no se oye en toda ella más que el confuso murmullo de los marineros impacientes por continuar su viaje.

Aquel desconocido, llamado Cleomenes, había andado por la isla sin sosegar en parte alguna de ella; subía á las rocas, y desde allí contemplaba con una profunda tristeza el inmenso espacio de los mares. No le perdía de vista Telémaco, que atentamente observaba sus pasos, compadecido de la infelicidad de un hombre virtuoso destinado para grandes cosas, y sirviendo entre tanto de juguete á una rigorosa fortuna. Á lo menos, decía entre sí, puede ser que yo vuelva á ver á Ítaca, pero este desgraciado no volverá nunca á ver la Frigia. Así aliviaba Telémaco su pena con el ejemplo de otra mayor. Finalmente, viendo el incógnito su nave á punto, bajó de aquellas escarpadas rocas con tanta presteza y agilidad, como Apolo cuando persiguiendo los ciervos y jabalíes recorría los precipicios en las selvas de Licia. Entra en la nave, la cual, surcando las ondas, se aleja de la tierra.

Al verlo Telémaco, se sobrecoje de tristeza, sin saber la causa; cáensele las lágrimas, y nada le es más dulce que este llanto. Al mismo tiempo ve á los Salentinos tendidos sobre la hierba, y profundamente dormidos de cansancio; el dulce sueño se había apoderado de sus miembros, y Minerva, en medio del día, había derramado en sus ojos las adormideras de la noche. Admirale á Telémaco, este universal letargo en los Salentinos, mientras los Feacios habían estado tan diligentes para aprovecharse del viento favorable, pero aun le llamaba más la atención el navio feacio que iba

ya á ocultarse entre las ondas, que el cuidado de despertar á los Salentinos. Impelido por una oculta fuerza, tenía fijos los ojos en la nave, de la cual ya no alcanzaba á ver más que la blancura de las velas sobre el azul de las aguas, tan enajenado, que ni oía á Mentor que le hablaba, y tan fuera de sí y arrebatado como las Ménades, cuando corriendo con el tirso (1) en la mano hacen resonar sus desatinados alaridos en las márgenes del Hebro, y en los montes de Ródope y de Ismaro.

Vuelto en sí un poco de esta especie de encanto, empezó de nuevo á llorar, y Mentor le dijo : No extraño tu llanto, mi querido Telémaco, porque la causa de él, que á ti te es desconocida, no lo es á Mentor ; tú no sabes que es la naturaleza la que habla por tus ojos, y que es ella la que en tu corazón promueve esa ternura. El incógnito que te ha conmovido tanto es el grande Ulises, y lo que de él te ha contado aquel anciano feacio una ficción inventada para ocultar mejor la vuelta de tu padre á Ítaca, de cuyo puerto se halla ya bien cerca ; por fin vuelve á ver aquellos sitios por tanto tiempo deseados. Tú le has visto sin conocerle, como en otro tiempo se te predijo (2) ; bien pronto volverás á verle, y os conoceréis ambos, pero fuera de Ítaca no podían permitirlo los dioses. No se ha enternecido su corazón menos que el tuyo, pero es demasiado sabio para descubrirse con nadie, y menos en un sitio en que pudiera exponerse á la traición y á los insultos de los crueles amantes de Penélope. Ulises, tu padre, es el más sabio de los hombres, y su pecho un pozo profundo donde oculta sus secretos, donde no es posible ni aun traslucirlos. Ama la verdad, y

(1) El tirso es una lanza pequeña rodeada de pámpanos que la Fábula da por atributo á Baco y á los que formaban su cortejo ordinario.

(2) Se refiere á la predicción que le hizo Calipso.

nunca dice nada que la ofenda, pero tampoco la dice sin necesidad, porque la prudencia cierra como un sello sus labios á toda palabra inútil. ¡ Cuánta fué su conmoción al hablarte ! ¡ qué violencia le costó el no descubrirse ! ¡ y cuánto sufrió al verte ! Esto era lo que le hacía parecer tan triste y abatido.

Extremadamente conmovido Telémaco, no podía contener las lágrimas, ni reprimir los sollozos que le embargaban la voz, hasta que desahogado algún tanto, exclamó por fin : ¡ Ay de mí ! yo conocí muy bien lo extraordinaria é irresistible que era la fuerza que me inclinaba á aquel desconocido, y la sensación que su vista me causaba. Mas, ¿ por qué no me dijisteis quién era, pues le conocisteis ? ¿ por qué le dejasteis partir sin hablarle, y sin mostrar siquiera que le conocíais ? ¿ qué misterio es éste ? ¿ habrá de ser eterna mi desgracia ? ¿ ó han decretado los dioses tratarme como al sediento Tántalo, cuya esperanza lisonjea un agua engañosa, que huye de sus labios cuando más cerca se le pone ? ¡ Oh Ulises, Ulises ! ¡ cómo temo haberos perdido para siempre ! ¡ acaso no te volveré á ver ! ¡ acaso caerás en las asechanzas que contra mí tenían dispuestas los amantes de Penélope ! Si yo le hubiera seguido, tendría á lo menos la gloria de morir con él. ¡ Ay Ulises, Ulises ! cuando ya aplacado Neptuno no te oponga ningún obstáculo (que todo debo temerlo de la fortuna enemiga), me estremece la idea de que podéis llegar á Ítaca con tan funesta suerte como Agamenón á Micenas. Pero, ¿ por qué, amado Mentor mío, me habéis envidiado (1) la dicha de que ahora le estuviese abrazando ? Ya estaría con él en el puerto de Ítaca, y pelearíamos juntos contra nuestros enemigos.

He ahí, le respondió Mentor sonriéndose, lo que son

(1) Esto es un latinismo; quiere decir : *por qué me habéis negado, etc.*

los hombres. Estás enteramente consternado porque has visto á tu padre sin conocerle. ¡ Cuánto hubieras dado ayer por saber que estaba vivo ! Hoy le has visto por tus mismos ojos, y esto que debía llenarte de alegría, te causa la mayor tristeza. Así el inquieto corazón humano (1) tiene en poco lo que más ha deseado luego que lo posee, y se atormenta por poseer lo que aun no tiene.

Para ejercitar tu paciencia es para lo que los dioses te tienen en esta suspensión. Tú tienes por perdido este tiempo, pues sabe que es el más útil de toda tu vida, pues te ejercita en una virtud, que es la más necesaria á los que han de mandar. Para ser dueño de sí y de los demás, se necesita tolerar, porque la impaciencia que parece esfuerzo y vigor, es realmente una flaqueza procedida de la falta de valor para sufrir. El que no espera, ni sufre, es como el que no puede callar un secreto, porque á ambos les falta firmeza para contenerse ; así como al que corre velozmente en un carro, que por no tener fuerza en la mano para refrenar á tiempo los caballos, se desbocan, se precipitan, y le arrastran en su caída. Ésta es la causa de que el hombre impaciente se vea arrastrado á un abismo de miserias por sus indómitos y feroces deseos, y que cuanto mayor sea su poder, le sea tanto más funesta su impaciencia; por nada espera, nada medita, todo lo violenta; desgaja la rama por coger el fruto antes de madurar ; rompe

(1) Esto viene á resolverse en lo que decía san Agustín : *Fecisti nos, Domine, ad te et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* (Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti (es decir, con tu posesión.)

También el insigne Lope de Vega termina una de sus más lindas poesías con este pensamiento :

Pero la vida es corta ;  
 ¡ Viviendo todo falta !  
 ¡ Muriendo, todo sobra !

las puertas por no esperar que se las abran; quiere segar cuando el experimentado labrador siembra, y en una palabra, todo cuanto hace está como hecho de prisa, y sin oportunidad, y no tiene más duración que sus inconstantes deseos. Tales son los proyectos insensatos del que cree poderlo todo, y se abandona á sus impacientes deseos, abusando de su poder. Para enseñarte, pues, á ser sufrido, ejercitan los dioses tanto tu paciencia, que parece se complacen en verte errante, y tenerte siempre incierto. Pónte delante lo que más desees, y al cogerlo, huye como un sueño al despertar, y esto para que aprendas que aun lo que se cree tener seguro, en un instante desaparece. Los más acertados documentos que te dé Ulises no te serán tan útiles como su larga ausencia, y los trabajos que buscándole has sufrido.

Aun no satisfecho Mentor, quiso probar más y más la paciencia de Telémaco. En el mismo momento en que éste iba presuroso á despertar á los marineros para reembarcarse con la mayor brevedad, en aquel mismo le detiene para hacer un gran sacrificio á Minerva, y Telémaco se presta con docilidad á todo lo que Mentor dispone. Erígense dos altares de césped, humea el incienso, y corre la sangre de las víctimas. Telémaco dirige al cielo tiernos suspiros, y reconoce cuánto debe á la poderosa protección de la diosa.

Acabado el sacrificio, siguió á Mentor á un pequeño bosque que se hallaba inmediato, y allí ve que repentinamente toma el rostro de su amigo una nueva forma; deshácense las arrugas de su frente, como desaparecen las sombras al abrir la Aurora con sus dedos rosados las puertas del oriente, dorando el horizonte (1); sus ojos sumidos y severos se trasforman en azules de una amabilidad celestial, animados de una luz

(1) Es una repetición. (Véase las páginas 56, 102 y 352)

divina; desaparece también aquella barba entrécana y desaliñada, y ve el absorto Telémaco un semblante noble y denodado, mezclado de dulzura y gentileza; ve un rostro de mujer, cuya tez es más delicada que la de la más fresca flor, y á cuya blancura de azucena estaba mezclado el carmín de la rosa; ve florecer en él una inmortal juventud con una majestad sencilla y descuidada. De su rubia cabellera se difundía la fragancia de la ambrosía, y no brillaba menos su undoso ropaje que brillan los más vivos colores con que al amanecer dora el sol las sombrías bóvedas del cielo, y las nubes lejanas que sus rayos alcanzan. No tocaba la diosa con los pies en el suelo, discurría velozmente por el aire como un ave le hiende con sus alas, empuñaba con su poderosa diestra una resplandeciente lanza, capaz de hacer temblar á las ciudades y naciones más belicosas, y hubiera temblado hasta el mismo Marte. Era su voz suave y apacible, pero fuerte y penetrante, y sus palabras saetas de fuego que atravesaban el corazón de Telémaco, y le causaban cierto dolor agradable. Encima del yelmo se veía la triste ave de Atenas (1), y brillaba en su pecho la formidable égida. Por estas señas conoció Telémaco á Minerva, y exclamó:

¡ Oh diosa! ¡ sois vos! ¡ vos misma os habéis dignado conducir al hijo de Ulises por amor de su padre!... Quería proseguir, pero le faltó la voz, y en vano se esforzaba en expresar los conceptos que impetuosamente le salían de lo íntimo del corazón, porque la presencia de la diosa le tenía sobrecogido, como al que un pesado sueño oprime tanto, que hasta la respiración parece que le quita, y por más que mueve los labios, no puede articular palabra.

Por fin dijo Minerva: Oyeme, hijo de Ulises, óyeme por la última vez. Á nadie he instruído con tanto cui-

(1) El buho, símbolo de la vigilancia, estaba consagrado á Minerva, y era representado en todas las monedas de Atenas.

dadó como á ti; te he llevado de la mano por entre naufragios, países desconocidos, batallas sangrientas, y por entre todos los peligros que pueden servir de prueba al valor humano; yo te he enseñado con ejemplos prácticos las verdaderas y las falsas máximas de reinar; tus defectos no te han sido menos útiles que tus desgracias, porque, ¿quién podrá sabiamente gobernar sin haber jamás padecido, ni sacado fruto jamás de lo que ha tenido que padecer por los defectos en que ha incurrido?

La fama de tus tristes aventuras, lo mismo que las de tu padre, ocupa mares y tierra. Ve, pues ya eres digno de seguir sus huellas; desde aquí no falta más que una corta y fácil travesía para Ítaca, adonde él llega en este momento: anda, pues, pelea en su compañía, y obedécele como el menor de sus vasallos para dar ejemplo á los demás. Pedirá para ti á Antíope, en cuya compañía vivirás felizmente, porque preferiste á su hermosura su prudencia y su virtud.

Cuando reines, funda tu gloria en renovar el siglo de oro; oye á todos, y cree á muy pocos; guárdate de dar demasiada estimación á tus dictámenes; teme engañarte, pero no que los demás conozcan que te has engañado.

Ama á tus vasallos, y no omitas nada para ser de ellos amado. El terror es preciso cuando el amor falta, pero se debe usar de él con la misma repugnancia con que se usa de los remedios violentos y peligrosos.

Prevé detenidamente las consecuencias de lo que emprendas, prevé los mayores inconvenientes, y sabe que el verdadero valor consiste en ver los peligros, y despreciarlos cuando es necesario. El que no los ve, es porque le falta valor para estar tranquilo á vista de ellos, y el que los ve todos, evita los que puede, y arrostra con serenidad los que ve: éste es el prudente y el magnánimo.

Huye de la molicie, del fausto y de la profusión; sé tú un ejemplo de sencillez, y sean tus acciones y virtudes el ornamento de tu persona y tu palacio; sean también ellas los guardias que te custodien, haz que aprenda en ti el mundo entero en qué consiste el verdadero honor.

No olvides nunca que no reinan los reyes para su propia gloria, sino para bien de sus vasallos; el bien que hacen se propaga hasta los siglos más distantes, y los males que causan se multiplican de generación en generación hasta la más remota posteridad. Un mal reinado suele causar la calamidad de muchos siglos.

Está sobre todo siempre alerta contra tu genio; éste es un enemigo que te acompañará (1) hasta el sepulcro, tendrá parte en tus resoluciones, y te será infiel si le das oídos. Él es la causa de que no se aprovechen las más ventajosas circunstancias; inspira indignaciones y aversiones pueriles en perjuicio de los más considerables intereses; hace que se decidan los negocios más graves por las más fútiles razones; ofusca los talentos, disminuye el valor, y él es el que hace al hombre débil, inconstante, vil é insoportable; desconfía, pues, de tan dañoso enemigo.

Teme á los dioses, Telémaco, y aprecia este temor como el más rico tesoro que puede poseer el hombre; con él adquirirás la sabiduría, la justicia, la paz, la alegría, los placeres puros, la verdadera libertad, la agradable abundancia y la gloria.

Yo te dejo, hijo de Ulises, pero no te dejaré mi sabiduría, con tal que reconozcas que sin ella nada puedes. Tiempo es de que aprendas á andar solo; con este mismo objeto me separé de ti en Egipto y en Salento,

(1) *Genio y figura hasta la sepultura*, dice nuestro refrán castellano.

para que te fueses acostumbrando á privarte de la dulzura de mi compañía, así como se desteta á un niño cuando es ya tiempo de que se sustente con alimentos sólidos (1).

Apenas puso fin la diosa á este discurso, cuando se remontó en el aire, se envolvió en una dorada nube y en ella desapareció. Afligido Telémaco, atónito y fuera de sí, se postró en tierra levantando las manos al cielo; después se vuelve á despertar á sus compañeros, apresura la partida, llega á Ítaca, y reconoce á su padre en casa del fiel Eumeo (2).

(1) Este discurso, como se ve, es un acabado y breve resumen de todas las enseñanzas que Mentor había dado á Telémaco.

(2) Era éste el fiel porquero de Ulises. (*Odisea*, XIV.)





Apenas puso fin la diosa á este discurso... (Pág. 434).



LAS AVENTURAS  
DE ARISTONOO



# LAS AVENTURAS DE ARISTONOO<sup>(1)</sup>

---

Habiendo perdido los bienes de sus antepasados á consecuencia de naufragios y otras desgracias, Sofrónimo (2) se consolaba de todas gracias, á su gran virtud, en su retiro de la isla de Delos. Allí cantaba al son de la lira las maravillas del dios adorado en aquella isla. Cultivaba el trato de las Musas, de quienes era amado ; investigaba curiosamente todos los secretos de la naturaleza, el curso de los astros y de los cielos, el orden de los elementos; la estructura del universo, que medía con su compás, la virtud de las plantas, la conformación de los animales, pero sobre todo se estudiaba á sí mismo y ponía gran empeño en adornar su alma con la virtud. De suerte que la fortuna, pretendiendo abatirle, le había elevado á la verdadera gloria que es la sabiduría.

Mientras vivía feliz sin bienes de fortuna en aquel

(1) Esta relación se encontró en los papeles de Fenelón después de su muerte. Primero se imprimió con las *Fábulas*, pero éste es su verdadero lugar.

(2) Nombre ficticio formado de dos palabras griegas que significan *sabio* y *nombre*

retiro, encontró un día á orillas del mar un anciano venerable que le era desconocido, y que debía ser, sin duda, un anciano venerable que acababa de arribar á la isla. El indicado anciano admiraba las orillas del mar, en el que sabía que, en otro tiempo, había flotado la isla; consideraba aquella costa, en la que se elevaban, por encima de las arenas y las rocas, pequeñas colinas siempre cubiertas de un césped tierno y florido; no se cansaba de mirar las fuentes puras y los rápidos arroyuelos que regaban tan deliciosa campiña; avanzaba hacia los sagrados bosquecillos que rodean el templo del Dios; estaba admirado de contemplar aquella verdura que los aquilones no se atreven á ajar nunca, y admiraba el templo de mármol de Paros más blanco que la nieve, rodeado de elevadas columnas de jaspe. Sofrónimo no contemplaba con menos atención á aquel anciano; caíale sobre el pecho la blanca barba, su arrugado rostro no tenía nada de deforme, estaba aún exento de las injurias de una vejez caduca, sus ojos mostraban una dulce vivacidad, su estatura era alta y majestuosa, pero algo encorvada, y se apoyaba en un bastón de marfil.

¡Oh extranjero! le dijo Sofrónimo, ¿qué buscáis en esta isla que parece seros desconocida? Si es el templo del dios, vedlo allá á lo lejos; yo me ofrezco, á conduciros á él, porque temo á los dioses, y sé lo que Júpiter quiere que se haga para socorrer á los extranjeros.

Acepto, respondió el anciano, el ofrecimiento que me hacéis con tanta bondad; ruego á los dioses que recompensen vuestro amor hacia los extranjeros. Vamos al templo.

Por el camino contó á Sofrónimo el motivo de su viaje. Me llamo, dijo, Aristonoo (1) natural de Clazome-

(1) Aristonoo, nombre ficticio, significa en griego « espíritu excelente ».

ne, ciudad de Jonia, situada en esa costa agradable que avanza dentro del mar y parece ir á unirse con la isla de Quío, afortunada patria de Homero. Nací de padres pobres, aunque nobles. Mi padre, llamado Polístrato (1), que estaba ya cargado de numerosa familia, no quiso criarme y me hizo exponer por uno de sus amigos de Teos. Una anciana de Eritrea que tenía bienes cerca del sitio donde me expusieron (2), me alimentó en su casa con leche de cabras, pero como apenas tenía con que vivir, tan pronto como estuve en edad de servir, me vendió á un mercader de esclavos que me llevó á Licia. Éste, á su vez, me vendió en Pataro á un hombre rico y virtuoso llamado Alcino, el cual cuidó de mi juventud. Le parecí dócil, moderado, sincero, afectuoso y aplicado á todas las cosas honestas en que quiso instruirme; me consagró á las artes favoritas de Apolo; me hizo aprender la música, los ejercicios del cuerpo, y sobre todo el arte de curar las dolencias de los hombres. No tardé en adquirir envidiable reputación en este arte tan necesario, y Apolo, que me inspiraba, me descubrió secretos maravillosos. Alcino que me quería cada vez más y que estaba encantado del éxito de sus cuidados para conmigo, me envió á Polícrates, tirano de Samos (3), que en medio de su increíble felicidad, temía siempre que la fortuna después de haberle lisonjeado tanto tiempo, le hiciese cruelmente

(1) Polístrato quiere decir « numeroso ejército ».

(2) Esta práctica bárbara de exponer los hijos estaba autorizada en muchos pueblos de Grecia, especialmente en Esparta.

(3) En otros manuscritos este episodio se halla reemplazado por el siguiente mucho más breve: « Me envió á Damocles, rey de Lycaonia, que, viviendo en medio de delicias, amaba la vida y temía perderla. Este rey, para retenerme á su lado, me dió grandes riquezas. Algunos años después murió, y su hijo, irritado contra mí por los aduladores, me enseñó á despreciar todo lo que tiene brillo aparente. Sentí al fin vivo deseo de volver á Licia, etc. »

traición. Amaba la vida, que para él se mostraba llena de delicias, temía perderla y quería prevenir hasta la menor apariencia de mal; así, estaba siempre rodeado de los hombres más hábiles en la medicina. Polícrates quedó encantado de que yo quisiese pasar mi vida á su lado; para apegarme más á él, me dió grandes riquezas y me colmó de honores.

Permanecí largo tiempo en Samos, donde no me cansaba de admirar cómo la fortuna parecía complacerse en colmar todos sus deseos; bastaba que emprendiese una guerra para que contase segura la victoria; no tenía más que querer las cosas más difíciles, y éstas se hacían como por sí mismas; sus riquezas inmensas se multiplicaban diariamente; todos sus enemigos estaban á sus pies; su salud, lejos de disminuir, se hacía cada vez más robusta é inalterable; hacía ya cuarenta años que este tirano tranquilo y dichoso tenía la fortuna como encadenada, sin que ella se atreviese nunca á contrariarle en nada, ni á oponerse al más insignificante de sus designios. Una prosperidad tan inaudita entre los hombres, me hacía temer por él; le amaba sinceramente y no pude menos de descubrirle mi temor. Mis palabras hicieron mella en su ánimo, porque aunque estaba sumido en las delicias y enorgullecido de su poderío, no dejaba de mostrarse humano cuando se le hacía acordarse de los dioses y pensar en la inconstancia de la fortuna y de las cosas humanas.

Toleró que yo le dijese la verdad, y agradeció tanto los temores que su fortuna me inspiraba, que al fin resolvió detener el curso de sus prosperidades con una pérdida que preparó él mismo.

Veo bien, me dijo, que no hay hombre que no deba experimentar en su vida alguna desgracia de la fortuna; cuanto más nos mima ésta, más debemos temer algún terrible cataclismo; yo, colmado por ella de bie-

nes durante tantos años, debo esperar males extremados, si no desvío lo que parece amenazarme; quiero pues apresurarme a precaver las traiciones de esta fortuna lisonjera. Diciendo esto, sacó de su dedo un anillo de gran valor que él estimaba mucho, y lo arrojó en mi presencia, desde lo alto de una torre al mar, esperando, por medio de esta pérdida, haber satisfecho la necesidad de sufrir, por lo menos una vez en su vida, los rigores de la fortuna; pero esto era una ceguera causada por su prosperidad; los males que uno escoge y que uno mismo se causa no son males; sólo nos afligen las penas forzosas é imprevistas que los dioses nos imponen. Polícrates no sabía que el verdadero medio de adelantarse á la fortuna era desprenderse por medio de la sabiduría y la moderación de todos los bienes frágiles que la primera proporciona. La fortuna, en cuyas aras quiso sacrificar su anillo, no aceptó su sacrificio, y Polícrates, á pesar suyo, pareció más feliz que nunca.

Un pez se había tragado el anillo; el pez fué cogido, llevado á casa de Polícrates, preparado para su mesa, y el anillo, encontrado por un cocinero en las entrañas del pez, fué devuelto al tirano, que palideció al ver la obstinada insistencia de la fortuna en favorecerle, pero se acercaba el tiempo en que sus prosperidades debían de pronto trocarse en terribles adversidades.

El gran rey de Persia Darío, hijo de Hidaspes, emprendió la guerra contra los griegos; no tardó en subyugar todas las colonias griegas de la costa de Asia y de las islas vecinas del mar Egeo; Samos fué tomada, el tirano vencido, y Orontes, que mandaba en nombre del gran rey, hizo levantar una gran cruz y crucificarle en ella. De esta suerte el hombre que había gozado de tan prodigiosa prosperidad y que no había siquiera podido verse víctima de la desgracia que él mismo

había buscado, pereció de pronto en el más cruel infamante de los suplicios.

Así nada hay que haga temer tanto á los hombres una gran desgracia, como una gran prosperidad. Esta fortuna que se burla tan cruelmente de los hombres más elevados, saca también del polvo á los que eran más desgraciados; había precipitado á Polícrates desde lo alto de la rueda, y me había hecho salir de la más miserable de todas las condiciones para darme grandes bienes. Los persas no me los quitaron; al contrario, hicieron gran estima de mi ciencia de curar á los hombre y de la moderación con que había vivido mientras gozaba del favor del tirano. Los que habían abusado de su confianza y autoridad fueron castigados con diversos suplicios.

Como yo no había hecho nunca daño á nadie, antes al contrario, había hecho todo el bien posible, fui el único á quien los vencedores perdonaron y trataron honrosamente. Todo el mundo se alegró porque gozaba de generales simpatías y había disfrutado de la prosperidad sin envidia, pues nunca di pruebas de dureza, orgullo, avidez ó injusticia.

Viví aún en Samos algunos años con bastante tranquilidad, pero sentí al fin vivo deseo de volver á Licia, donde tan agradablemente había pasado mi infancia.

Al llegar á este país supe que Alcino había muerto después de haber perdido sus bienes y sufrido con mucha constancia las desdichas de la vejez. Fui á derramar flores y lágrimas sobre sus cenizas, puse en su tumba una inscripción honrosa y pregunté qué había sido de sus hijos. Me dijeron que el único que quedaba, llamado Orcíloco, no pudiendo resolverse á vivir pobre en su patria, donde su padre había tenido tanta opulencia, se había embarcado en un buque extranjero para ir á vivir obscuramente en alguna escondida isla

del mar. Añadieron que el tal Orcíloco había naufragado poco tiempo después hacia la isla de Carpacia, y que por lo tanto no quedaba nadie de la familia de mi bienhechor Alcino. Inmediatamente pensé en comprar la casa en que él había vivido, con los fértiles campos que la rodeaban. Mucho me regocijaba el volver á ver los lugares que me traían á la memoria el dulce recuerdo de una edad tan feliz y de un amo tan bueno. Parecíame que estaba aún en la flor de mis primeros años, sirviendo á Alcino.

Apenas hube comprado á sus acreedores los bienes que formaban su patrimonio, me vi obligado á ir á Clazomene. Mi padre Polístrato y mi madre Fidila (1) habían muerto. Tenía varios hermanos que no se llevaban bien; inmediatamente que llegué á Clazomene me presenté á ellos con traje sencillo, como hombre desprovisto de bienes, y les hice ver las señales con que, como sabéis, es costumbre exponer á los niños.

Quedaron admirados de ver aumentado de esta suerte el número de los herederos de Polístrato, que debían repartirse la menguada herencia de éste; es más, quisieron poner en duda mi nacimiento y se negaron á reconocerme ante los jueces. Entonces, para castigar su inhumanidad, declaré que consentía en ser para ellos un extraño, y pedí que en tal concepto fuesen excluidos del derecho á heredarme. Los jueces así lo ordenaron, y entonces mostré las riquezas que había llevado conmigo; híceles saber que yo era el famoso Aristonoo que tantos tesoros había adquirido al lado de Polícrates, tirano de Samos, y que no me había casado nunca.

Mis hermanos se arrepintieron de haberme tratado tan injustamente, y deseosos de poder ser un día mis

(1) Es un nombre ficticio que recuerda el adjetivo griego *phaidolos*, económico.

herederos hicieron, aun que inútilmente, los mayores esfuerzos para congraciarse conmigo.

Su división fué causa de que saliesen á la venta los bienes de nuestro padre ; yo los compré y tuvieron el dolor de ver todo el patrimonio en manos de aquel á quien no habían querido dar la parte más insignificante.

Por esta razón cayeron todos en la mayor pobreza. Pero después que les hice comprender suficientemente su culpa, quise mostrarles mi buen natural ; les perdoné y les hice venir á mi casa, dándoles á cada uno lo suficiente para que ganasen riquezas en el comercio marítimo. Reunílos á todos, y ellos y sus hijos vivieron juntos apaciblemente á mi lado, siendo yo el padre común de aquellas diferentes familias.

Mediante su unión y aplicación al trabajo no tardaron en juntar riquezas considerables. Entre tanto, la vejez ha venido, como veis, á llamar á mi puerta ; ha blanqueado mis cabellos y arrugado mi rostro, y se advierte que no gozaré largo tiempo de tan perfecta prosperidad.

Antes de morir he querido ver aún por última vez esta tierra que me es tan querida, y que me toca más de cerca que mi patria misma, esa Licia donde aprendí á ser bueno y sabio bajo la dirección del virtuoso Alcino.

Al dirigirme á ella por mar, he encontrado á un mercader de las islas Cícladas, que me ha asegurado que aun quedaba en Delos un hijo de Orcíloco, que imitaba la sabiduría y la virtud de su abuelo Alcino. Inmediatamente me he separado del camino de Licia, y me he apresurado á venir á buscar, bajo los auspicios de Apolo, en su isla á ese precioso vástago de la familia á quien todo lo debo. Poco tiempo me resta de vida ; la parca, enemiga de ese dulce reposo que los dioses conceden muy rara vez á los mortales, se apresurará á cortar el hilo de mis días, pero moriré contento, si antes de cerrar mis ojos á la luz veo al nieto de mi amo. De-

cidme ahora, vos que habitáis con él en esta isla ; ¿ le conocéis ? ¿ podéis decirme dónde le encontraré ? Si me lo mostráis, ¡ ojalá os concedan los dioses en recompensa ver sobre vuestras rodillas á los hijos de vuestros hijos hasta la quinta generación, y conserven en vuestra casa la paz y la abundancia como fruto de vuestra virtud !

Mientras Aristonoo hablaba de esta suerte, Sofrónimo derramaba juntamente lágrimas de pesar y alegría. Al fin se echó, sin poder hablar, en brazos del anciano y estrechándole y besándole, pronunció con dificultad estas palabras entrecortadas por los suspiros :

Yo soy, padre mío, ese á quien buscáis ; aquí tenéis á Sofrónimo, nieto de vuestro amigo Alcino ; yo soy, y al oíros, no puedo dudar que los dioses os han enviado para endulzar mis males. El agradecimiento que parecía perdido en la tierra se encuentra en vos solo. Había oído decir en mi infancia que un hombre célebre y rico establecido en Samos había sido criado en casa de mi abuelo, pero como mi padre Orcíloco me dejó, al morir, en la cuna, nunca llegué á saber estas cosas sino de un modo confuso. No me he atrevido á ir á Samos sin saber á qué atenerme, y he preferido vivir en esta isla, consolándome en mis desgracias con el desprecio de las vanas riquezas y el dulce ejercicio de cultivar el trato de las Musas en la sagrada mansión de Apolo. La riqueza, que acostumbra á los hombres á contentarse con poco y á vivir tranquilos, ha sido hasta hoy para mí de tanto valer y estima como todos los bienes.

Al terminar estas palabras, Sofrónimo, viendo que habían llegado al templo, propuso á Aristonoo orar allí y hacer ofrendas. Hicieron al dios un sacrificio de dos ovejas más blancas que la nieve, y de un toro que tenía en la frente, entre los dos cuernos, una media luna ; en seguida cantaron versos en honor del dios que ilu-

mina el universo, regula las estaciones, preside á las ciencias y anima el coro de las nueve musas.

Al salir del templo Sofrónimo y Aristonoo pasaron el resto del día contándose sus aventuras.

Sofrónimo recibió en su casa al anciano con la ternura y el respeto que hubiera tributado á Alcino mismo, si viviera.

Al día siguiente partieron juntos con dirección á Licia. Aristonoo llevó á Sofrónimo á una fértil campiña á orillas del Xanto, en cuyas ondas, Apolo, al volver de caza cubierto de polvo, había tantas veces bañado su cuerpo y lavado sus hermosos cabellos rubios. Hallaron á lo largo de la orilla álamos y sauces, cuyo tierno follaje ocultaba los nidos de infinitas aves que cantaban día y noche. El río, cayendo de una roca con gran estrépito y espuma, rompía sus ondas en un canal lleno del guijarros; toda la llanura estaba cubierta de mieses doradas; las colinas que se elevaban, formando anfiteatro, estaban cargadas de vides y árboles frutales. Toda la naturaleza se ostentaba allí riente y graciosa; el cielo estaba bello y sereno, y la tierra, siempre dispuesta á sacar de su seno nuevas riquezas para recompensar los afanes del labrador.

Avanzando por la citada orilla, Sofrónimo divisó una casa de aspecto sencillo y nada fastuoso, pero de arquitectura agradable y de bien estudiadas proporciones.

No vió en ella mármol, ni oro, ni plata, ni marfil, ni muebles forrados de púrpura; todo era allí por el contrario limpio, agradable y cómodo, sin magnificencia. En medio del patio corría una fuente formando un pequeño canal á través de un tapiz verde. Los jardines no eran vastos; en ellos se veían frutas y plantas útiles para alimentar á los hombres.

A ambos lados del huerto había dos bosquecillos cuyos árboles eran casi tan antiguos como la tierra su

madre, y cuyas ramas espesas proporcionaban una sombra impenetrable al sol.

Entraron en una gran sala, donde gustaron una agradable comida compuesta con los manjares que la naturaleza suministraba en aquellos huertos; en ella no figuraba nada de lo que la delicadeza de los hombres va á buscar tan lejos y á tanta costa en las ciudades. Había allí leche tan dulce como la que Apolo tenía cuidado de ordeñar cuando era pastor en casa del rey Admeto; había también miel más exquisita que la de las abejas de Híbla en Sicilia, ó del Himeto, en el Ática; legumbres del huerto y frutas recién cogidas. De las grandes ánforas caía en las cinceladas copas un vino más delicioso que el néctar.

Durante esta comida frugal, pero agradable y tranquila, Aristonoo no quiso sentarse á la mesa. Primeramente hizo lo que pudo, bajo diversos pretextos para ocultar su modestia; pero al fin, como Sofrónimo le instase declaró que no se resolvería nunca á comer con el nieto de Alcino, á quien tanto tiempo había servido en aquella misma sala.

— He aquí, le decía, el sitio donde aquel sabio anciano tenía costumbre de comer; he ahí dónde se ponía á conversar con sus amigos, dónde jugaba á diversos juegos, dónde se paseaba leyendo á Hesiodo y Homero, y dónde descansaba por la noche.

Al recordar todas estas circunstancias, su corazón se enternecía y corrían las lágrimas de sus ojos.

Después de la comida llevó á Sofrónimo á ver la hermosa pradera donde pacían sus grandes rebaños mugiendo á la orilla del río; luego divisaron los rebaños de corderos que volvían de los ricos pastos; las madres balando y llenas de leche eran seguidas por los juguetones corderillos. Por todas partes se veían obreros atareados, que mostraban amor al trabajo en interés de un amo afable y humano que se

hacía amar de ellos y endulzaba las penas de su esclavitud.

Aristonoo, después de mostrar á Sofrónimo aquella casa, aquellos esclavos, aquellos rebaños y aquellas tierras fertilizadas por un cuidadoso cultivo, le dijo estas palabras :

Estoy encantado de veros en el antiguo patrimonio de vuestros antepasados ; heme ya contento, pues os pongo en posesión del lugar en donde tanto tiempo serví á Alcino. Disfrutad en paz de lo que era suyo ; vivid feliz y preparaos previsoramente con vuestra vigilancia un fin más feliz que el suyo.

Al mismo tiempo le hizo donación de aquellos bienes con todas las formalidades prescriptas por las leyes, y declaró que excluía de su herencia á sus herederos naturales, si éstos se mostraban tan ingratos que ponían dificultades á la donación hecha al nieto de su bienhechor. Pero esto no bastaba á contentar el corazón de Aristonoo. Antes de dar la casa la adornó toda entera con muebles nuevos, sencillos y modestos, pero limpios y agradables ; llenó los graneros con los ricos presentes de Ceres, las bodegas con el vino de Quío, digno de ser servido por la mano de Hebe ó de Ganimedes en la mesa del gran Júpiter ; con exquisito vino de Pramma (en la isla Icaria), con abundante provisión de miel de Himeto y de Hibla y de aceite del Atica, casi tan dulce como la misma miel.

Por último agregó innumerables vellones de una lana fina y blanca como la nieve, rico despojo de las ovejas que pacían en las montañas de Arcadia y en los abundantes pastos de Sicilia. En este estado dió su casa á Sofrónimo y agregó además cincuenta talentos de Eubea, reservando para sus parientes los bienes que poseía en la península de Clazomene, en los alrededores de Esmirna, de Lebedea y de Colofón, que eran de mucho valor.

Hecha la donación, Aristonoo se embarcó de nuevo en su bajel para regresar á la Jonia. Sofrónimo, admirado y enternecido por beneficios tan magníficos, le acompañó hasta el barco con las lágrimas en los ojos, llamándole sin cesar su padre y estrechándole entre sus brazos.

Aristonoo llegó pronto á su casa después de una feliz navegación.

Ninguno de sus parientes se atrevió á quejarse de lo que acababa de dar á Sofrónimo.

He dejado dispuesto, les decía, como mi última voluntad, que todos mis bienes sean vendidos y distribuidos á los pobres de la Jonia si alguno de vosotros se opone en alguna ocasión á la donación que acabo de hacer al nieto de Alcino.

El sabio anciano vivía en paz y gozaba de los bienes que los dioses habían concedido á su virtud. Todos los años, á pesar de su vejez, hacía un viaje á Licia para ver á Sofrónimo y para hacer un sacrificio sobre la tumba de Alcino, que había enriquecido con los más bellos adornos de arquitectura y escultura.

Había ordenado que después de su muerte sus propias cenizas fuesen llevadas á la misma tumba á fin de que descansaran al lado de las de su querido maestro.

Todos los años, por la primavera, Sofrónimo impaciente por ver de nuevo á su bienhechor, tenía sin cesar fijos los ojos en la orilla del mar procurando descubrir el barco de Aristonoo que llegaba siempre en dicha estación. Todos los años tenía el placer de ver llegar á través de las amargas ondas aquel barco que le era tan querido, y la venida del mismo le producía infinitamente más placer que las gracias de la naturaleza renaciendo en la primavera después de los rigores del horrible invierno.

Un año, no veía llegar, como los otros, aquel barco

tan deseado y suspiraba amargamente; en su rostro se veían pintados la tristeza y el temor; ningún manjar le agradaba por exquisito que fuese. Estaba inquieto, alarmado, y sus ojos no se apartaban del puerto; preguntaba á cada instante si no había llegado ningún barco de la Jonia. Al fin llegó uno, pero desgraciadamente sólo venían en él las cenizas de Aristonoo en una urna de plata. Anficles, antiguo amigo del muerto y casi de su misma edad, fiel ejecutor de sus últimas voluntades traía tristemente la indicada urna. Cuando se presentó á Sofrónimo, faltóles á ambos la palabra y sólo se expresaron por medio de sollozos.

Después de besar la urna y regarla con sus lágrimas, Sofrónimo habló de esta suerte : ¡Oh anciano, que habéis labrado la felicidad de mi vida y que ahora me causáis el más cruel de los dolores, ya no os veré más; grato me sería morir para veros y seguiros á los Campos Elíseos donde vuestra sombra goza de la bienaventurada paz que los dioses justos reservan á la virtud. Vos habéis hecho renacer, en nuestros días, la justicia y la piedad en la tierra; habéis mostrado en un siglo de hierro la bondad y la inocencia del siglo de oro. Los dioses, antes de coronaros en la mansión de los justos, os han concedido aquí abajo una vejez feliz, agradable y larga, pero ¡ay de mí! lo que debería durar siempre, no es bastante largo. No experimento ningún placer en gozar de vuestros dones, pues véome reducido á gozarlos sin vos. ¡Oh sombra querida! ¿Cuándo os seguiré? Preciosas cenizas, si podéis sentir aún alguna cosa, sentiréis, sin duda, el placer de veros mezcladas á las de Alcino. Las mías también se mezclarán á las vuestras un día. Entre tanto todo mi consuelo será conservar esos restos de lo que más he amado. ¡Oh Aristonoo! ¡oh Aristonoo! no, no moriréis y viviréis siempre en el

fondo de mi corazón. Antes me olvidaré á mí mismo que olvidar á este hombre tan amable, que me ha amado tanto, que tanto amaba la virtud y á quien todo lo debo.

Después de estas palabras entrecortadas por profundos suspiros, Sofrónimo puso la urna en la tumba de Alcino; inmoló varias víctimas cuya sangre inundó los altares de césped que rodeaban la tumba, derramó abundantes libaciones de vino y de leche, quemó perfumes venidos del fondo del oriente, y se elevó por los aires una odorífera nube. Sofrónimo estableció para todos los años, en la misma estación, juegos fúnebres en honor de Alcino y de Aristonoo. Á ellos acudían de la Caria, feliz y fértil comarca; de las encantadas orillas del Meandro, que juega caprichosamente con sus vueltas y revueltas y que parece abandonar con gran pesar el país que riega; de las siempre verdes orillas del Caistro; de las riberas del Pactolo, que arrastra arenas de oro; de Panfilia, que adornan á porfía Ceres, Pomona y Flora; por último, de las vastas llanuras de la Cilicia, regadas como un jardín, por los torrentes que caen del monte Tauro, siempre cubierto de nieve. Durante esta solemne fiesta los jóvenes y las doncellas, vestidos con largas túnicas de lino más blancas que las azucenas, cantaban himnos en alabanza de Alcino y de Aristonoo, porque no se podía alabar al uno sin alabar al otro, ni separar á dos hombres tan estrechamente unidos aun después de la muerte.

Lo más maravilloso de todo fué que el primer día, mientras que Sofrónimo hacía libaciones de vino y leche, nació en medio de la tumba un mirto de un verdor y aroma exquisitos, y alzó de pronto su copa de espeso follaje para cubrir las dos urnas con sus ramas y su sombra. Todos exclamaron á una que Aristonoo, en recompensa de su virtud, había sido

convertido por los dioses en árbol tan bello. Sofrónimo tomó á su cargo el regarle en persona y honrarle como una divinidad.

Este árbol, lejos de envejecer, se renueva de diez en diez años; y los dioses han querido hacer ver, por medio de esta maravilla, que la virtud que deja tan dulce perfume en la memoria de los hombres, no muere jamás.

FIN.

# LISTA DE LOS NOMBRES PROPIOS

HISTÓRICOS, MITOLÓGICOS Y GEOGRÁFICOS (1)

## A

**Acamas**, piloto fenicio ; engañado por Neptuno, conduce á Telémaco á Salento, creyendo conducirlo á Ítaca. Este nombre significa en griego *infatigable*.

**Acanto**, espía de Adrasto, rey de los Daunios ; descubierto por Telémaco, es salvado por la magnanimidad del joven príncipe.

**Acestes**, hijo del río Criniso y de la ninfa Egesto ; héroe epónimo de la villa de Segesto, era de origen troyano y reinaba en Sicilia. Socorrió á Priamo y dió hospitalidad á Eneas.

**Acratas**, y mejor **Acragas**, montaña de Sicilia, en la costa meridional ; de ella tomó su nombre la ciudad de *Acragas* ó *Agrigento* (hoy *Girgenti*).

**Acroceraunios** (Montes), cadena de montañas en la costa N.O. del Epiro. Su altura los expone á ser con frecuencia heridos del rayo ; de aquí viene su nombre griego.

**Admeto**, rey de Feres en Tesalia y esposo de Alcestes, que consintió en morir para prolongar sus días. Apolo, desterrado del Olimpo guardó los ganados de este rey.

**Adoam**, fenicio, hermano de Narbal, que acogió en su barco á Telémaco y á Mentor, cuando éstos salían de la isla de Calipso, y los condujo á Salento. (V. **Acamas**.)

**Adonis**, cazador amado de Venus. Pasa como el símbolo de la belleza varonil.

**Adrasto**, rey de Argos, suegro de Polínice y aliado del mismo contra su hermano Eteocles.

\* **Adrasto**, rey de los Daunios. Á pesar de su astucia, fué muerto combatiendo con Telémaco.

(1) Los marcados con un asterisco son inventados por el autor, y los que llevan dos asteriscos pertenecen á las *Aventuras de Aristonoo*.

**África**, una de las tres partes del antiguo continente.

**Agamenón**, rey de Micenas y de Argos y jefe supremo de los griegos conjurados contra Troya; era hijo de Plístenes, nieto de Atreo y hermano de Menelao. Pereció á su regreso de Troya, asesinado por su esposa Clitemnestra y por Egisto, amante de ésta.

\* **Alceo**, gobernador ó ayo de Pisistrato, hijo de Néstor.

**Alcides**, otro nombre de Hércules.

\*\* **Alcino**, rico y virtuoso ciudadano de Patara, padre de Orciloco y maestro de Aristonoo.

**Alcinoo**, rey de los Feacios, dió hospitalidad á Ulises y le suministró barco para volver á Ítaca.

**Alcmena**, hija de Electrion, rey de Argos, se casó con Anfitrion, rey de Tirinto, y engañada por Júpiter, dió á luz á Hércules.

**Alfeo**, río del Peloponeso, el cual nace en la Arcadia atraviesa la Élida y desemboca en el golfo Jonio.

**Algido**, montaña y bosque del Lacio, cerca de Túsculo.

**Amatunte** (hoy *Limisso*), ciudad de la isla de Chipre, en la costa meridional; era célebre por el culto que en ella se daba á Venus.

**Amor** (El) ó **Cupido**, enviado por Venus á Calipso; hace arder el barco construído por Mentor.

**Anchinoe**, ninfa, hija del dios Nilo y madre de Egipto y Dánao.

**Anfiarao**, hijo de Oicleo, famoso adivino.

\*\* **Anficles**, amigo de Aristonoo, lleva á Delos sus cenizas.

\* **Anfimaco**, guerrero lucanio.

**Anfitrite**, hija de Nereo ó del Océano y de Doris; casó con Neptuno y era la principal diosa del mar.

**Anquises**, príncipe troyano, hijo de Capis y de Temis, nieto de Assaraco. Inspiró amor á Venus, de la que tuvo á Eneas. Después de la guerra de Troya siguió á su hijo, y murió en Sicilia.

**Antifates**, gigante, rey de los Lestrigones, en Sicilia. Ulises logró burlarle

**Antigone**, hija de Edipo, y de Yocasta; sirvió de guía á su padre ciego y desterrado, y fué condenada á muerte por Creón, por haber dado sepultura á su hermano Polínice.

**Antiloco**, hijo mayor de Néstor y Euridice, fué muerto en el sitio de Troya por Memnón, hijo de la Aurora, cuando acudía en defensa de su anciano padre.

\* **Antiope**, hija de Idomeneo, y amada de Telémaco.

**Apenino**, cadena de altas montañas que atraviesa la Italia en toda su longitud.

**Apolo**, hijo de Júpiter y Latona, dios del día, de las artes, las letras y la medicina; era el más bello de los dioses y presidía los conciertos de las Musas.

**Apullenses**, pueblo de la Italia meridional; habitaba á lo largo del Adriático, desde el río Frontano hasta el cabo Japigio. Se dividían en Mesapienos, Daunios y Pencetas.

**Aqueloo**, río que sale del Pindo, separa la Acarnania de la Etolia, y desemboca en el golfo Jonio. El dios de este río, hijo del Océano y de Tetis, y padre de las Sirenas, tenía, como Proteo, el don de tomar toda clase de formas.

**Aqueronte**, río de los Infiernos. — Un río del Epiro, que corría cerca de Dodona; otro, afluente del Alfeo, en la Élida; y por último un tercer río que corría por los Abruzzos y desembocaba en el mar Tirreno.

**Aquerontia** (hoy *Acerenza*), ciudad de Lucania, en las fronteras de la Pulla. Había cerca de esta ciudad una caverna profunda, de la que hicieron los poetas la entrada de los Infiernos.

**Aquiles**, hijo de Tetis y Peleo, y el más célebre de los héroes griegos que combatieron á Troya.

**Aquitoas**, cantor y tocador de lira fenicio, en el navío de Adoam; el talento de Mentor le inspiró celos.

**Árabes**, pueblo nómada errante en los desiertos situados entre Africa y Asia.

**Arcesio**, padre de Laertes y abuelo de Telémaco, que se ve en los Campos Eliseos.

**Argia**, hija de Adrasto, rey de Argos y esposa de Polinice.

**Argonautas**, héroes griegos que se embarcaron en la nave *Argo* y fueron á Cólquida, mandados por Jasón, para conquistar el vellocino de oro.

**Argos**, capital de la Argólida, en el Peloponeso, fundada por Ínaco.

**Ariadna**, hija de Minos y Pasifae, suministró á Teseo el medio de escaparse del Minotauro. Huyó de Creta con él, y abandonada en la isla de Naxos, fué recogida por Baco que la elevó al rango de diosa.

\* **Arión**, tráfuga daunio, cómplice de Acanto, espía de Adrasto.

\* **Aristodemo**, rey de Creta.

\* **Aristogiton**, guerrero de Pilos, muerto por Adrasto.

\*\* **Aristonoo**, de Clazomene, hijo de Polistrato y Fidila; convertido en esclavo de Alcino, fué libertado por éste.

\* **Arpos ó Arpina**, comarca de la Pulla, en las fronteras occidentales de la Daunia. Este nombre es corrupción de *Argos-Hippium* ó de *Argiripo*, ciudad de la Pulla, que supone la tradición fundada por Diómedes.

\* **Arquidamo**, guerrero ebaliano que salva á Filoctetes de los golpes de Adrasto.

**Asia**, una de las tres partes del mundo antiguo.

\* **Astarbé**, querida de Pigmalión.

**Astrea**, diosa de la justicia, era hija de Júpiter y Temis. En la edad de oro vivía entre los hombres; después, se volvió al cielo.

**Atalanta**, hija de Scheneo, rey de Sciros, y célebre por su agilidad. Deseando permanecer virgen imponía á sus pretendientes la condición de seguirla en la carrera, y de que perecerían si eran vencidos. Hipomene logró triunfar dejando caer ante ella tres manzanas de oro del jardín de las Hespérides.

**Atenas**, capital del Ática y la ciudad más célebre de la Grecia.

**Atica**, comarca de la Grecia central, cuya capital era Atenas; fué civilizada por Cécrope.

**Atis**, pastor de Frigia, hijo del río Sangario, y amado de Cibeles, que le confió el cuidado de su culto.

**Atlas**, hijo de Júpiter y de una oceánida; era hermano de Prometeo y de Epimeteo. Habiendo tomado partido por los Titanes en su guerra contra Júpiter, fué convertido en montaña, ó según otros, condenado á llevar el cielo sobre sus hombros.

**Atreo**, hijo de Pélope y de Hipodamia, rey de Micenas y principalmente conocido por su odio á Tiestes, su hermano, odio que fué causa de todos los males y crímenes de sus descendientes.

**Atridas**, nombre con que se designa ordinariamente á Agamenón y Menelao, hijos de Plístenes y nietos de Atreo.

**Aufido** (hoy *Ofanto*), río de la Italia meridional, en los Abruzzos; nace en el Samnium, atraviesa la Daunia y desemboca en el Adriático.

**Aulona**, montaña y ciudad de la Italia meridional en los Abruzzos; es la ciudad llamada más tarde *Caulon* ó *Cautonia* y que corresponde hoy á la ciudad de *Castelvétère*.

**Aurora**, hija de Titán y de la Tierra, esposa de Titón y madre de Memnón; se representa cubierta con un velo, en un carro dorado, tirado por corceles blancos. Con sus dedos de rosa abre las puertas del Oriente y esparce el rocío sobre la tierra.

**Averno**, lago ó laguna situada á la entrada de los Infiernos. Generalmente se toma por los Infiernos mismos.

**Ajax**, hijo de Telamón, rey de Salamina, el más bravo de los Griegos después de Aquiles; disputó á Ulises las armas de este héroe, y no habiendo podido obtenerlas se dió la muerte.

## B

**Babilonia**, ciudad célebre y antigua del Asia, á orilla del Éufrates. Era capital de la Babilonia.

**Babilonios**, pueblo de la Babilonia, que fué uno de los primeros en cultivar la astronomía.

**Baco**, hijo de Júpiter y Semele; es Dios del vino; conquistó la India y de allí trajo la viña.

**Baleazar**, supuesto hijo de Pigmalión y reconocido como rey después de la muerte de éste. El nombre de Baleazar (en fenicio *Baal-axor*) se encuentra en los fragmentos de Menandro de Éfeso.

**Belerofonte**, hijo de Glauco, rey de Epiro (Corinto) y de Eurimena, hija de Sisifo. Fué vencedor de la Quimera.

**Belo**, rey de Egipto, padre de Dánao y de Egipto. No debe confundirse con Belo de Babilonia, padre de Nino, ni con el Belo de Tiro, padre de Dido.

**Belona**, diosa de la guerra, de origen sabino, fué importada á Roma por Apio Claudio; no debe confundirse con la Belona asiática (*Enyo* ó *Ma*) cuyo templo principal estaba en Comana, en Capadocia.

**Beocia**, comarca de la Grecia central, entre el Ática y la Fócida; tenía por capital ó ciudad principal á Tebas.

**Bética**, parte meridional de España; estaba limitada, al sur por el Mediterráneo y al N. O. por el *Anas* (hoy *Guadiana*). Correspondía á la Andalucía moderna y tomaba su nombre del *Betis* (hoy *Guadalquivir*).

**Betis**. V. **Bética**.

**Bocoris**, supuesto hijo de Sesostri ó Ramsés II Meiamún. (El verdadero hijo se llamaba *Meneptah*). No hay que confundir este personaje con el verdadero Bocoris, (*Bokenranw*) rey de la vigésima cuarta dinastía, mientras que Sesostri pertenecía á la 19.<sup>a</sup>

**Brindis**, ciudad de Italia en la Japigia, puerto de Adriático.

**Buthis**, primer esclavo del egipcio Metofis. Telémaco, se vió obligado á servir á sus órdenes.

## C

**Caco**, gigante, hijo de Vulcano, que habitaba una caverna del monte Aventino y era el terror de las cercanías. Hércules dió fin de él.

**Cafareo**, promontorio de la isla Eubea, al S. E. Á su regreso de Troya, la flota de los Griegos se estrelló en él engañada por el faro que dispuso á este efecto Nauplio, padre de Palamedes.

**Caistro**, río de la Lidia, frecuentado especialmente por los cisnes; desembocaba en el mar Egeo cerca de Efeso.

**Calidón**, villa de Etolia. Eneo, rey de esta comarca, por haber ofendido á Diana, vió su país destrozado por un monstruoso jabalí, al que dió muerte su hijo Meleagro.

\* **Calimaco**, gobernador ó ayo de Pisítrato, hijo de Nestor.

**Calipso**, ninfa ó diosa, hija de Atlas; habitaba según Homero, la isla de Ogia, que según Fenelón estaba próximamente entre la Grecia y Sicilia.

**Campos Eliseos**, jardín delicioso, mansión de los justos después de su muerte.

**Caria**, comarca del Asia menor al S. O.

**Caribdis**, golfo vecino á la Sicilia, cerca de Mesina y en frente de las rocas de Scila. Era muy temido de los navegantes. Según la fábula, Caribdis era una mujer que fué muerta por un rayo y convertida en abismo por haber robado bueyes á Hércules.

**Carón**, hijo del Erebo y de la Noche, y barquero del infierno.

**Carpacia ó Cárpatos**, isla del Mediterráneo, entre Rodas y Creta.

**Cartago**, célebre ciudad de África fundada por Dido.

**Cástor**, uno de los Dióscuros, hijo de Tíndaro y Leda y hermano de Pólux. Sobresalía en domar corceles y guiar carros.

**Cécrope**, egipcio, primer rey de Atenas y civilizador legendario del Atica.

**Centauros**, monstruos fabulosos, mitad hombres y mitad caballos; habitaban la Tesalia, cerca del monte Osa y tuvieron un combate célebre con los Lapitas, pueblo vecino suyo, en ocasión de las bodas de Piritoo con Hipodamia, hija de Adrasto, rey de Argos.

**Cerbero**, perro monstruo, guardián del infierno; tenía tres cabezas y su cuello estaba guarnecido de serpientes venenosas. Orfeo le durmió al son de su lira, y Hércules le encadenó.

**Ceres**, hija de Saturno y de Cibeles y madre de Proserpina; era diosa de los trigos y las mieses, y á veces se tomó por el trigo mismo.

\*\* **Cicladés**, islas del mar Egeo, llamadas así porque forman como un cerco al rededor de Delos.

**Cíclopes**, gigantes, hijos del Cielo y de la Tierra. No tenían más que un ojo en medio de la frente. Habitaban la Sicilia ó Lemnos y trabajaban bajo las órdenes de Vulcano, forjando rayos para Júpiter.

**Cilicia**, comarca del Asia Menor, situada al S. E.

**Circe**, mágica, hija del Sol y de la ninfa Persa. Habitaba la isla de Ea, cerca de la costa de Italia y del Promontorio *Circeo*. Convirtió en cerdos á los compañeros de Ulises, pero este héroe se libró de sus encantos.

**Citera**, ciudad de la isla de Chipre, en la costa occidental. En ella se rendía culto á Venus, y por eso tomó ésta el nombre de *Venus citerca*.

**Citerón**, montaña de Beocia, donde fué expuesto Edipo, hijo de Layo y de Yocasta. Formaba parte de la cadena del Parnaso, y estaba consagrado á Baco, á Apolo y á las nueve musas.

\*\* **Clazomene** (hoy *Vourla*), ciudad de Jonia, en una península entre Esmirna y Teos.

**Cleanto**, guerrero daunio, muerto por Telémaco.

**Cleómenes**, nombre con que se oculta Ulises, para no ser reconocido por su hijo, cuando le encuentra en el momento de volver á Ítaca.

**Clitemnestra**, hija de Tindaro y de Leda y esposa de Agamenón, del que tuvo tres hijas : Ifigenia, Electra y Crisóstomis, y un hijo, Orestes. Seducida por Egisto, mató á su esposo á su regreso de Troya.

**Cocito**, uno de los ríos del Infierno.

**Colcos**, ciudad de Asia, capital de la Cólquida sobre el Ponto Euxino, y célebre por la expedición de los Argonautas.

\*\* **Colofón**, ciudad marítima de Jonia, á orilla del Hæeso, al N. O. de Efeso.

\* **Crántor**, lacedemonio, que luchó en Creta con Telémaco. También se llamaba así un guerrero daunio.

**Creta** (Isla de), isla del Mediterráneo, al S. de las Cíclades, célebre por sus cien ciudades y por su legislador Minos.

**Crotona**, ciudad de Italia meridional, al E. de los Abruzzos, á orillas del mar, cerca del promontorio de *Lac' nium*.

\* **Ctesilas**, guerrero de Pilos, muerto por Adrasto.

**Cupido**, lo mismo que el *Amor*. Véase este nombre.

## CH

**Chio ó Quio**, isla del mar Egeo, al S. de Lesbos, y cerca de la costa del Asia Menor. Era famosa por sus vinos.

**Chipre**, isla del Mediterráneo, al S. de la Cilicia; estaba consagrada á Venus. Sus habitantes eran famosos por su molicie y desenfreno.

## D

**Damasco**, ciudad en la costa de Siria, en la desembocadura del Crisorroas; sus alrededores eran deliciosos.

**Danaides**, hijas de Danao, rey de Egipto; eran cincuenta y se habían casado con los cincuenta hijos de Egipto, su tío; pero por orden de su padre degollaron á sus maridos, á excepción de Hipermnestra, que salvó á su marido Linceo. Las Danaides fueron condenadas en los Infiernos á llenar eternamente un tonel sin fondo.

**Dánao**, egipcio, hijo de Belo y de Anchinoe; fué arrojado de Egipto por su hermano Egipto y fué á establecerse en Argos, de la que se apoderó quitandósela á Gelanor. Es padre de las Danaides.

**\*\* Darío**, hijo de Hidaspes, rey de Persia, hizo la guerra á los Griegos y fué vencido en Maratón.

**Daunios**, habitantes de la Daunia, parte septentrional de la Pulla. Después de la muerte de su rey Adrasto, Telémaco les hizo dar por rey á Polidamas.

**Dédalo**, célebre inventor, arquitecto y escultor. Desterrado de Atenas á consecuencia de un asesinato, se refugió en Creta, donde construyó el laberinto.

**\*\* Delos**, isla del mar Egeo, que Neptuno hizo salir del mar para que Latona pudiese dar a luz á Apolo y Diana. Al principio fué flotante, pero Apolo la inmobilizó.

**\* Demofanto**, habitante de Venosa, propuso á los aliados entregarles la ciudad por traición.

**\* Demoleón**, atleta y guerrero siciliano, muerto por Telémaco.

**Deucalión**, hijo de Minos, rey de Creta, y padre de Idomeneo. No debe confundirse con el célebre Deucalión de Tesalia, hijo de Prometeo.

**Deyanira**, hija de Eneo, rey de Etolia; se casó con Hércules. Causó involuntariamente la muerte de su marido, enviándole la túnica del centauro Neso teñida con la sangre de éste, envenenada por la sangre de la hidra de Lerna. Ella creía por este medio reconquistar el corazón del infiel.

**Diana**, hija de Júpiter y de Latona y hermana de Apolo. Era en la tierra la diosa de la caza, en el cielo la Luna, y en los Infiernos, Hécate.

**Dido**, hija de Belo, rey de Tiro. Huyó de dicha ciudad después del asesinato de Siqueo, su esposo, por su hermano Pigmalión, y fué á fundar á Cartago.

**\* Diocrides**, rey supuesto de Caria, que se sacrificó por su pueblo en una batalla.

**Diófanes**, sacerdote de Júpiter en Salento.

**Diómedes**, rey de Etolia, uno de los héroes griegos en el sitio de Troya. Buscó asilo en la Grande Hesperia. Telémaco le hizo dar los llanos de Arpos para establecerse allí.

**Dólopes**, pueblo de Tesalia; habitaban cerca del Pindo y estaban sometidos á Aquiles.

**Duliquia**, pequeña isla cercana á Ítaca y perteneciente á Ulises.

## E

**Eco**, ninfa que murió de dolor al verse desdeñada por el bello Narciso á quien amaba. Sólo le sobrevivió su voz, que se convirtió en eco.

\*\* **Egeo** (Mar) hoy *Archipiélago*, golfo del Mediterráneo entre Grecia, Tracia, Asia Menor y la isla de Creta.

**Egipto**, comarca, poblada por los *Egipcios* y á la que dió nombre *Egipto*, hijo de Belo y hermano de Dánao.

**Elena**, hija de Júpiter y Leda, se casó con Menelao. Su rapto por Paris ocasionó la guerra de Troya.

**Eliseos** (Campos). V. **Campos Eliseos**.

**Eneas**, héroe troyano, hijo de Anquises y de Venus.

**Enna**, llanura fértil en el centro de Sicilia, regada por el río Himero.

**Eolo**, dios de los vientos, reinaba en las islas *Eolias*, hoy islas de Lípari al N. de Sicilia.

**Epiro** comarca de la Grecia septentrional poblada por los *Epiroras*, en el mar Jónico, entre la Iliria, la Macedonia y la Tesalia.

**Equínades**, islas é islotes del mar jónico en la desembocadura del Aqueloo. Hoy son las islas *Cursolares*.

**Erebo**, mansión de las tinieblas; frecuentemente se toma por el Infierno.

**Eriçtòn**, rey de Atenas que se supone fué el inventor d la moneda.

**Erifla**, hermana de Adrasto, rey de Argos y mujer del adivino Anfiarao, causó la muerte de su marido dejándose arrebatarse por su hermano el secreto del retiro de aqué.

\*\* **Eritrea**, ciudad de Jonia á orillas del mar, en el fondo de la península de Clazomene.

**Erix**, célebre atleta siciliano.

**Esculapio**, hijo de Apolo y de Coronis, dios de la medicina ; era adorado en Epidauro.

**Eteocles**, rey de Tebas, hijo de Edipo y Yocasta y hermano de Polinices.

**Etiopía**, vasta comarca de África, al S. de Egipto.

**Etna**, montaña y volcán de Sicilia, donde tenía sus fraguas Vulcano.

**Etolia**, comarca de Grecia central, á orillas del mar Jónico, entre el Epiro, la Tesalia la Fócida y la Acarnania.

**Etruria**, comarca de la Italia central en la costa del mar Tirreno al N. del Lacio.

**Etruscos**, habitantes de la Etruria ; eran muy versados en la ciencia de la adivinación.

**Eubea**, gran isla en el mar Egeo separada del Ática y de la Beocia por un estrecho brazo de mar llamado Euripo.

**Èucaris**, ninfa de Calipso que fué amada de Telémaco.

\* **Euforiòn**, lidio, muerto por Telémaco.

**Eumeo**, porquero de Ulises.

\* **Eunésimo**, rey de Pilos, antepasado de Néstor.

**Euridice**, esposa de Orfeo ; perseguida por Aristeo fué mordida por una serpiente y murió de la mordedura.  
V. Orfeo.

\* **Eurimaco**, espía de Adrasto, rey de los Daunios.

**Eurotas**, río principal de la Laconia ; sus orillas estaban plantadas de laureles, mirtos y olivos

## F

**Fadael**, hijo mayor de Pigmalión, condenado á muerte por intrigas de Astarbé.

**Falanto**, abandonó la Laconia al frente de los Partenienses y fué á fundar á Tarento.

**Faros**, pequeña isla en la costa de Egipto frente á la ciudad de No; dió su nombre á los fanales ó faros que sirven para guiar á los navegantes.

**Faunos**, genios protectores de las montañas, de los bosques y de los pastos; formaban con las ninfas el cortejo ordinario de Pan, con el que se identificó desde el principio el dios itálico llamado *Faunus*, hijo de *Pico*, y padre de los Latinos.

**Feacios** habitantes de la isla de Feacia ó Coreira, una de las Jónicas; dieron hospitalidad á Ulises.

**Feleo**, dios del Sol, el mismo Apolo.

**Fenicia**, comarca de Asia, á lo largo de la costa oriental del Mediterráneo. Estaba encerrada entre el mar y el Líbano.

**Fénix**, hijo de Amintor, rey de Argos y de Cleóbula; obligado á dejar su patria se refugió en Ptiótide, cerca de Peleo, y se hizo padre nutricio de Aquiles.

\* **Ferécides**, ayo de Hippias, hermano de Falanto.

\*\* **Fidila**, mujer de Polistrato y madre de Aristonoo.

\* **Filocles**, amigo de Idómeneo, que le sacrificó á Protesilao

**Filoctetes**, hijo de Peán, rey de Tesalia, compañero y amigo de Hércules; fundó á Petilia.

**Flegetón**, río de los Infiernos que arrastraba torrentes de llama.

\*\* **Flora**, diosa de las flores y los jardines, y según la fábula, mujer de Céfiro. Era una divinidad sabina, cuyo culto se introdujo en Roma.

**Fócida**, comarca de Grecia central entre la Beolia, la Etolia, la mar Eubea y el golfo de Corinto.

**Foloe**, hija del río Liris.

**Forbas**, pastor de Polibia, rey de Corinto, salvó á Edipo, abandonado en el monte Citerón.

**Frigia**, comarca de Asia Menor, entre la Prepóntide, el Ponto Euxino y el río Halis.

**Furias ó Erinnias**, divinidades infernales, vengadoras de los crímenes. Eran tres : Megera, Alecto y Tesifone

## G

**Gades** (hoy *Cádiz*), ciudad de la Bética, en una pequeña isla, vecina á la costa, en el Océano Atlántico, no lejos de las columnas de Hércules.

**Galeso**, río de la Grande Hesperia, en las Calabrias; desembocaba en el mar cerca de Tarento.

**Ganimedes**, hijo de Tros, y hermano de Ilo y de Asaraco, rey de Troya. Júpiter hizo que su águila le robara para ser el copero de los dioses.

**Gárgano**, montaña al N. de la Pulla ; avanzaba en el Adriático en forma de promontorio.

**Gigantes**, hijos del Cielo y de la Tierra, que se confunden con frecuencia con los Titanes ; hicieron la guerra á los dioses y quisieron escalar el Olimpo, pero Júpiter ayudado por Hércules y Baco los hirió con sus rayos, precipitándolos ya en el Tártaro ya en las profundidades de la tierra.

**Gracias** (Las), divinidades amables de la Grecia que dispensaban á los hombres todos los placeres de la vida. Se cuentan tres generalmente : Aglae, Talía y Eufrosina.

**Grecia**, comarca muy conocida en la antigüedad y que ha conservado el mismo nombre.

## H

\* **Hazael**, sirio amigo de la sabiduría, compra á Mentor como esclavo y lo pone en libertad y rehusa el trono de Creta.

**Hebe**, diosa de la juventud, hija de Júpiter y Juno. Servía de copera á los dioses antes de que Ganimedes ejerciese este empleo. Hércules, convertido en Dios, la recibió por esposa.

**Hebro** (hoy la *Maritza*), río de Tracia, sale de los montes Ródope y desemboca en el mar Egeo.

**Hécate**. V. *Diana*.

**Héctor**, hijo de Príamo y de Hécuba, esposo de Andrómaca, el más ilustre de los defensores de Troya. Fué muerto por Aquiles.

\* **Hegesipo**, oficial de Idomeneo.

**Heleno**, hijo de Príamo y de Hécuba, tenía, como Casandra su hermana, el don de la adivinación. Hecho esclavo de Pirro, éste le cedió á Andrómaca y le nombró su sucesor al trono de Epiro.

\* **Heliodoro**, sacerdote de Apolo en Salento.

**Hércules ó Alcides**, el más célebre de los héroes griegos.

\*\* **Hesiodo**, poeta griego, de Ascrea, en Beocia. Escribió *Los Trabajos y los Días*, la *Teogonía*, el *Escudo de Hércules*, etc.

**Hesperia ó Gran Grecia**, parte meridional de Italia al oeste de Grecia, que había establecido en ella numerosas colonias.

**Hespérides**, ninfas, hijas de Héspero; estaban encargadas de la guarda de las manzanas de oro que Juno había dado á Júpiter el día de sus bodas. Un dragón terrible defendía la entrada del jardín en donde estaban estas manzanas.

\*\* **Hibla** (Monte), montaña de Sicilia al S. E. de Leontium, famosa por su miel.

**Hilas**, compañero de Hércules en la expedición de los Argonautas ; su belleza fué causa de su pérdida, pues lo arrebataron las ninfas de las aguas.

**Himerios**, habitantes de Himera, ciudad de la Sicilia septentrional.

**\*\* Himeto**, montaña del Ática, al S. E., célebre por su exquisita miel.

**Hipólito**, célebre cazador hijo de Teseo y de Hipólita, reina de las Amazonas. Habiendo desdeñado el amor de su madrastra Fedra, fué acusado por ésta de haber querido violentarla, y el ciego Teseo obtuvo de Neptuno la muerte de su hijo.

**Hipomene**, hijo de Macareo y de Mérope, venció en la carrera á Atalanta y se casó con ella.

## I

**Ícaro**, padre de Penélope, mujer de Ulises, y de Erigona. Era hijo de Ebala, rey de Esparta, y hermano de Píndaro.

No debe confundirse con **Ícaro**, hijo de **Dédalo**, que queriendo volar, con unas alas que inventó su padre, cayó al mar dándole su nombre.

**Ida**, montaña de Creta, donde fué educado **Júpiter**; otra montaña, en la Tróade, cubierta de bosques.

**Idalia**, ciudad de la isla de Chipre, donde estaba uno de los santuarios consagrados al culto de Venus.

**Idomeneo**, hijo y sucesor de Deucalión en el trono de Creta, inmoló á su hijo para cumplir un voto imprudente que había hecho á Neptuno. Fué destronado y pasó á fundar á Salento.

\* **Ificles**, el más joven de los hijos de Adrasto.

**Ilión**, lo mismo que *Troya*.

**Ínaco**, hijo del Océano y de Tetis, padre de Io, fundó el reino de Argos y dió su nombre al río Ínaco.

**Iolo**, hija de Eurito, rey de Ecalia, y amada de Hércules.

**Iris**, hija de Taumas y de Electra y mensajera de los dioses.

**Ismaro**, monte de Tracia.

**Italia**, gran península del Mediterráneo, entre el Adriático y el mar Tirreno.

**Ítaca**, pequeña isla en el mar Jónico, al N. E. de Cefalonia; era patria y reino de Ulises.

**Ixión**, rey de Tesalia, se atrevió á hacer el amor á Juno. Júpiter le mató de un rayo y le precipitó en el Tártaro, donde fué condenado eternamente á dar vuelta sobre una rueda.

## J

**Jonia**, nombre dado á varias comarcas habitadas por los Jonos y especialmente la inmediata al litoral del Asia menor entre el Hermo y el Meandro.

**Júpiter**, hijo de Saturno y Rea y el más poderoso de los dioses.

## L

**Lacedemonia ó Esparta**, célebre ciudad de la Grecia en el Peloponeso, capital de la Laconia.

**Laconia**, comarca meridional del Peloponeso, entre la Argólida, la Arcadia, la Mesenia y el mar.

**Laertes**, rey de Ítaca, hijo de Arcesio y esposo de Anticlea; de la que tuvo un hijo, el célebre Ulises.

**Laomedonte**, rey de Troya, hijo de Ilo y padre de Príamo; es célebre por su mala fe.

**Lapitas**, pueblo de Tesalia que habitaba á orillas del Peneo. Son célebres en la fábula por su pelea con los Centauros.

**Latona**, hija del Cielo y de Hebe. Fué amada de Júpiter y de él tuvo á Apolo y Diana.

**Layo**, rey de Tebas, esposo de Yocasta, en la que tuvo á Edipo. Fué muerto por su hijo que no le conocía.

**Lemnos** (hoy *Stalimene*), isla del mar Egeo entre Tenedos, Hiera, Imbros y Samotracia. Estaba consagrada á Vulcano que tenía en ella sus fraguas.

**Lerna**, lago de la Argólida, donde estaba la hidra de siete cabezas que siempre renacían; fué matada por Hércules.

**Lesbos** (hoy *Mitilene*), isla del mar Egeo, en las costas de la Eólida, entre Tenedos y Chio.

**Lestrigones**, gigantes antropófagos; habitaban el E. de Sicilia, territorio de *Leontium*.

**Leúcate** (hoy *Santa Maura*) isla del mar Jónico, muy cercana á la Acarnania. Al sur de ella estaba el cabo llamado *Salto de Leúcate*, cuyo pie estaba erizado de rompientes.

**Leucotoa**, la primera ninfa de Calipso.

**Libano**, doble cadena de montañas que se extendía á lo largo de la costa de Siria, separándola de la Fenicia y prolongándose hasta Palestina. Las faldas estaban cubiertas en otro tiempo de magníficos cedros.

**Licas**, esclavo de Djanira; llevó á Hércules la túnica del centauro Neso, y precipitado por aquél en el mar fué convertido en roca.

**Licia**, provincia meridional del Asia Menor entre Caria, Panfilia y Frigia.

**Licomedes**, rey de Sciros, padre de Deidama y abuelo de Neoptolomeo ó Pirro.

**Lidia**, comarca del Asia Menor entre la Misia, la Frigia, la Caria y el mar Egeo. Formó durante algún tiempo un reino que comprendía todos los países entre el Halis y el mar Egeo.

**Lino**, uno de los más antiguos é ilustres aedas de Grecia. Era hijo de Apolo y de Urania, según unos, y de Liope según otros.

**Liris**, riachuelo del Lacio, que salía del Apenino, recorría el lago Fucino y desembocaba en el Tirreno cerca de Miniurno.

**Locrios ó Locrenses**, pueblo de Italia meridional en los Abruzzos; procedía de una colonia griega establecida en esta comarca, donde fundó la ciudad de Locres.

**Lucanios**, habitantes de Lucania, comarca de la Italia meridional entre la Pulla, los Abruzzos, el mar Tirreno y golfo de Tarento.

## M

**Macaón**, célebre médico hijo de Esculapio.

**Mandurios**, pueblo de la Pulla, en la Mesapia.

**Mar Rojo**, mar situado entre el Egipto y la Arabia.

**Marte**, dios de la guerra, hijo de Júpiter y Juno.

**\*\* Meandro** (hoy *Buink Meinder*), río del Asia Menor. Nació en Frigia y después de un curso muy tortuoso y pintoresco desembocaba en el mar, no lejos de Mileto.

**Menfis**, célebre ciudad de Egipto, en la orilla occidental, cerca de donde el río se divide para formar el *Delta*.

**Ménades**, sobrenombre de las Bacantes, porque en la celebración de sus orgias parecían agitadas por transportes furiosos.

**Menelao**, uno de los dos Atridas, hermano de Agamenón y esposo de Elena; reinaba en Esparta.

**Mentor**, amigo de Ulises, Minerva toma su figura para conducir á Telémaco.

**Mercurio**, hijo de Júpiter y de Maya, dios de la elocuencia y del comercio; era el mensajero de los dioses y el que conducía á los Infiernos las almas de los muertos.

**Merione ó Merión**, cretense; acompañó á Idomeneo al sitio de Troya, conduciéndole en su carro.

**Méroe ó Peribea**, mujer de Polibio, rey de Corinto; y condució á Edipo, recogido por el pastor Euforbas.

**Mesapia ó Iapigia**, comarca de la Italia meridional; formaba parte de la Pulla.

**Metaponto**, ciudad de Italia meridional, en la Lucania, en la costa del golfo de Tarento cerca de la embocadura del Casuento.

**Micenas**, célebre ciudad de la Argólida al N. de Argos; era la residencia de Agamenón.

**Minerva**, hija de Júpiter, diosa de la sabiduría, de la guerra y de las artes.

**Minos**, célebre rey de Creta, era hijo de Júpiter y Europa. Fué el legislador de los Cretenses y fué hecho después de su muerte juez en los Infiernos con Eaco y Radamanto.

**Morfeo**, hijo del Sueño y de la Noche; le representan coronado de adormideras.

**Musas**, divinidades que presidían á las ciencias y á las artes. Eran hijas de Júpiter y de Nemósina. Son nueve: Clio, que presidia á la Historia; Talía, á la Comedia; Melpómene, á la tragedia; Erato, á la elegía; Caliope, á la epopeya; Polimnia, á la Elocuencia y á la poesía lirica; Urania, á la astronomía; Tersicore, al baile, y Euterpe, á la música. Las Musas habitaban, como Apolo, el monte Parnaso, el Pindo y el Helicón.

## N

**Narciso**, joven beocio, hijo del río Cefiso y de la ninfa Liriope; orgulloso de su belleza, desdeñó á la ninfa Eco y se consumió de amor á sí mismo.

**Nauplio**, rey de la isla Eubea, hijo de Neptuno y Amione, tuvo por hijo á Palamedes. Después de la toma de Troya trató de hacer perecer la flota de los Griegos para vengar la muerte de su hijo, y no habiendo podido lograrlo se arrojó al mar.

**Naxos**, isla del mar Egeo y una de las Cíclades, entre Paros y Amorgos. En ella se rendía especial culto á Baco.

**Náyades**, ninfas ó divinidades de los ríos y de las fuentes.

**Nébrodes** ó **Nébridas**, cadena de montañas, que se extendía del O. al E. en la parte septentrional de la isla de Sicilia.

**Nemea**, ciudad de la Argólida, entre Cleones y Flonte; cerca de ella estaba el bosque, llamada de Nemea, en donde Hércules mató al león famoso.

**Némesis**, divinidad que representaba la cólera celeste castigando los crímenes y el orgullo de los hombres, y también la envidia de la prosperidad ajena.

**Neoptolomeo** ó **Pirro**, hijo de Aquiles y Deidamia; se encuentra con Filoctetes en la isla de Lemnos y le determina, con Ulises, á asistir al sitio de Troya.

**Neptuno**, dios del mar, hijo de Saturno y Rea y hermano de Júpiter y Plutón.

**Nereo**, hijo del Océano y la Tierra, se casó con Doris de la que tuvo cincuenta hijas llamadas las *Nereidas*, ó ninfas de los ríos y fuentes.

**Nerito**, montaña en la isla de Ítaca, y ciudad de la Acarnania. Según otros es el nombre antiguo de la isla Leúcade.

**Neso**, centauro, hijo de Ixión y de la Nube, ofreció á Hércules hacer atravesar el Eveno á su mujer Dyanira, pero como intentara robarla, Hércules le atravesó de un flechazo. V. **Dyanira**.

**Néstor**, rey de Pilos, hijo de Neleo y de Cloris; era el más viejo de los héroes que acudieron al sitio de Troya. Fundó á Metaponto en la Magna Grecia, y se ligó contra Idomeneo.

**Nilo**, célebre río de Egipto, y el Dios del mismo río.

**Ninfas**, divinidades subalternas; llenaban la tierra, los mares, los ríos, etc., sirviendo de cortejo á otras divinidades.

**Nireo**, rey de la isla Naxos, el más hermoso de los Griegos, después de Aquiles.

**No**, ciudad del antiguo Egipto; ocupaba el sitio en que fué edificada luego Alejandría.

**Nosófugo** (que *hace huir la enfermedad*), médico del ejército de los reyes aliados contra Adrasto.

**Numidia**, vasta comarca del África septentrional, muy abundante en leones.

## O

**Oasis** (Desierto de). Se da el nombre de *oasis* á ciertos lugares abundantes en agua y verdura en medio de los desiertos. Los hay en Asia y África. Se distingue sobre todo el *gran Oasis* de Tebas, en la orilla izquierda del Nilo, el *pequeño Oasis* al norte del anterior y por último el *Oasis de Amnón* que pertenece más bien á la Libia. No sabemos á punto fijo á cuál se refiere Fenelón.

**Océano**. Para Homero el Océano era un río inmenso que rodeaba la tierra; en *Telémaco* es una denominación vaga aplicada á todos los mares distintos del Mediterráneo.

**Olimpo**, cadena de montañas situada entre la Macedonia y la Tesalia, á lo largo de las costas del golfo Termáico. Júpiter y todos los dioses residían en el Olimpo, y por eso se toma por el cielo mismo.

**Onfalia**, reina de Lidia, que inspiró una viva pasión á Hércules, el cual por darle gusto hilaba á sus pies en medio de sus mujeres.

\*\* **Orciloco**, hijo de Alcino y padre de Sofrónimo.

**Orestes**, hijo de Agamenón y Clitemnestra, vengó en Egisto y su madre el asesinato de su padre.

**Orfeo**, hijo de Oagro, rey de Tracia y de la musa Caliope, cantor y músico célebre. Amó á Euridice y habiéndola perdido bajó á los Infiernos á buscarla, pero no lo consiguió.

\*\*\* **Orontes**, *Orante* ú *Oretes*, gobernador de los Sardos y general de los ejércitos del rey de Persia.

## P

\*\* **Pactolo** (hoy *Sart*), río de Lidia, arrastraba arenas de oro desde que Midas se bañó en él.

**Palas. V. Minerva.**

**Pafos**, ciudad de la isla de Chipre en la costa occidental; era uno de los santuarios del culto de Venus.

**Palemón**, dios marino, hijo de Atamas y de Ino, que Fenelón da como hijo de Anfitrite.

**Pan**, hijo de Júpiter ó de Mercurio, dios de los pastores, de los pastos y de los bosques; le representan con cuernos y pies de cabra. Su culto es originario de Arcadia.

**Pandora**, mujer formada por Vulcano del limo de la tierra, por orden de Júpiter que quería darla por mujer á Prometeo. Los dioses la colmaron de presentes y Júpiter le dió una caja misteriosa que el desconfiado Prometeo no quiso abrir; pero habiéndola abierto su hermano Epimeteo salieron de ella todos los males y se esparcieron por la tierra.

\*\* **Panfilia**, región del Asia Menor, al Sur, entre la Licia y la Cilicia.

**Parcas**, divinidades que presidian al destino de los hombres. Eran tres: Cloto, Laquesis, y Atropos.

**París**, hijo de Priamo y de Hécuba, robó á Elena y fué causa de la guerra de Troya. Mató á Aquiles y pereció bajo las flechas de Filoctetes.

\*\* **Paros**, una de las islas Cícladas, al O. de Naxos; era célebre por sus mármoles blancos muy buscados por los estatuarios.

\*\* **Pataro**, ciudad de Licia, en el mar. Apolo tenía allí un templo.

**Patroclo**, hijo de Menecio rey de los Locrenses, y célebre por la amistad que le profesó Aquiles. Fué muerto por Héctor.

**Peán**, príncipe de Tesalia. padre de Filoctetes.

**Peleo**, hijo de Eaco, esposo de Tetis y padre de Aquiles, era rey de los Píotas y Dólopes.

**Peloponeso**, célebre península que formaba la Grecia meridional. Estaba unido al resto de Grecia por el istmo de Corinto.

**Pelusa**, ciudad del bajo Egipto, no lejos de la desembocadura del brazo más oriental del Nilo.

**Penélope**, hija de Ícaro, y sobrina de Tíndaro; fué fiel esposa de Ulises y madre de Telémaco.

\*\* **Persas**, pueblo célebre del Asia que se confunde á veces con los Medos. Se da el nombre de *guerras médicas* á las que hicieron á los Griegos los reyes de Persia.

**Petilia**, ciudad de los Abruzzos, hacia el E. á alguna distancia del golfo de Crotona. Fué fundada por Filoctetes.

**Peucetas**, pueblos de la Pulla que habitaban entre los Lapigios y los Daunios.

**Pigmalión**, rey de Tiro, hermano de Dido.

**Pilos**, ciudad de Élida, residencia de Néstor antes de su emigración á Metaponto.

**Pisistrato**, hijo de Néstor; fué muerto por Adrasto.

**Plutón**, dios de los Infiernos, hijo de Saturno y Rea, hermano de Júpiter y Neptuno y esposo de Proserpina.

**Podalira**, célebre médico, hijo de Esculapio, acompañó á los Griegos al sitio de Troya.

**Pólux**, uno de los Dióscuros, hijo de Júpiter y Leda. Era inmortal, pero logró de Júpiter compartir su inmortalidad con su hermano Cástor. Era famoso en los combates del cesto.

**Polibio**, rey de Corinto, permitió á su mujer Mérope educar al joven Edipo que le había confiado el pastor Euorbas.

\*\* **Polícrates**, tirano de Samos, fué largo tiempo célebre por su felicidad; pero vencido por los Persas, pereció miserablemente.

\* **Polidamas**, guerrero daunio, odiado de Adrasto, le sucedió en el trono á su muerte.

**Polifemo**, ciclope gigante, hijo de Neptuno y de la ninfa Toosa; habitaba las costas de Sicilia y devoró á varios compañeros de Ulises, que se vengó saltándole su único ojo.

**Polinice**, hijo de Edipo y de Yocasta, y hermano de Eteocles.

\*\* **Polistrato**, ciudadano obscuro de Clazomene, padre de Aristonoo.

\*\* **Pomona**, diosa de los jardines y de la fruta; la representan coronada de racimos y llevando una cesta llena de fruta.

**Priamo**, último rey de Troya, hijo de Laomedonte y esposo de Hécuba; fué muerto por Pirro.

**Proserpina**, hija de Júpiter y de Ceres; casó con Plutón y se hizo reina de los Infiernos.

**Pterelas**, guerrero de Pilos, muerto por Adrasto.

## Q

**Quimera**, monstruo, hijo de Equidna y de Tifón. Habita la Lidia y fué muerta por Belerofonte.

La fábula la representa vomitando llamas con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de dragón.

**Quio**. V. Chio.

## R

**Reso**, rey de Tracia, hijo del rio Strimón y de una musa; acudió al socorro de Troya, pero pereció degollado por Ulises y Diómedes, que habían penetrado por la noche en su campo para robar sus corceles.

**Rodas**, isla del mar Egeo en la costa de Caria.

**Ródope**, montaña de Tracia, al N. O.; forma parte de la cadena del Hemo.

## S

**Salapia**, ciudad de la Pulla (Daunia) cerca de la desembocadura del Aufido.

**Salento**, ciudad de la Gran Hesperia, en la Iapigia, fundada por Idomeneo.

**Samos**, isla del mar Egeo cerca de la costa de Asia Menor entre Efeso y Mileto.

**Sátiros**, espíritus elementales de los bosques y los campos; formaban parte del cortejo de Pan y Baco; los representan velludos, con cuernos, orejas puntiagudas y patas de cabra.

**Saturno**, hijo de Urano y de la Tierra; fué arrojado del cielo por su hijo Júpiter; se refugió en Italia é hizo reinar en ella el siglo de oro.

**Sciros**, isla del mar Egeo, cerca de Eubea, donde fué escondido Aquiles por su madre en casa de Licomedes, y donde nació su hijo Pirro.

**Semele**, hija de Cadmo y de Hermione; fué amada de Júpiter, pero habiendo querido ver á este dios en toda su majestad, pereció consumida por los rayos y relámpagos. Baco, á quien llevaba en su seno, fué salvado por Júpiter.

**Sesostris**, célebre rey de Egipto, según los historiadores griegos, que le han atribuido las hazañas de muchos príncipes egipcios, y que representa en particular á Ramsés II, Meiamón, de la XIX dinastía, rey constructor por excelencia, pero poco conquistador.

**Sibaritas**, habitantes de Síbaris, ciudad de la gran Hesperia, muy famosa por la molicie de sus habitantes.

**Sicilia**, gran isla del Mediterráneo al S. O. de Italia

**Sigeo**, promontorio de la Troade, á la entrada del Helesponto, donde colocaron los griegos la tumba de Aquiles.

**Sileno**, padre nutricio de Baco; era en la mitología griega uno de los tipos del espíritu profético.

**Simois**, río que corría en la llanura de Troya cerca del Escamandro, al que se unía para desembocar en el Helesponto.

**Siqueo**, marido de Dido, asesinado por Pigmalión.

**Sirenas**, personajes míticos, que según la Fábula tenían cuerpo de mujer y cola de pescado; atraían á los viajeros con sus cantos armoniosos y les hacían perecer.

**Siria**, comarca de Asia situada entre el Mediterráneo, la Cilicia, el Eufrates, la Palestina, y la Arabia.

**Sisifo**, hijo de Eolo y de Enareta y hermano de Atamas y de Salmoneo. Es el tipo de la astucia y la perfidia y se encuentra en el Infierno entre los mayores criminales, condenado á subir á lo alto de una montaña un gran peñasco, que apenas se halla en lo alto, vuelve á rodar al fondo.

\* **Sofrónimo**, anciano cretense, y también un hijo de *Orciloco*, de quien se habla en las *Aventuras de Aristonoo*.

**Sol. V. Febo y Apolo.**

## T

**Tántalo**, rey de Lidia, padre de Pélope y de Niobe, célebre por el castigo que sufría en los infiernos por haber querido probar á los dioses haciéndoles comer los miembros de su propio hijo.

**Tarento**, ciudad de la gran Hesperia, en el fondo de Golfo del mismo nombre.

**Tarsis**, comarca lejana, que se supone próxima al estrecho de Gades.

**Tártaro**, la región más profunda de los Infiernos, donde eran castigados los malvados é impíos.

\*\* **Tauro**, cadena de montañas del Asia Menor.

**Tebas**, capital de la Beocia, sobre el Ismeno.

**Tebas**, gran ciudad del Alto Egipto, sobre las dos orillas, del Nilo.

**Telamón**, rey de Salamina, hijo de Eaco, hermano de Peleo y padre de Ajax.

**Telémaco**, hijo de Ulises y de Penélope, y héroe del libro á que sirve de título.

\* **Teófames**, sacerdote de Júpiter.

\*\* **Teos**, ciudad y puerto de Asia menor en la península de Clazomene.

\* **Termosiris**, sacerdote de Apolo.

\* **Termutis**, rey de Egipto, sucesor de Bocoris.

**Tesalia**, comarca de la Grecia septentrional, entre la Macedonia, el Epiro, la Grecia central y el mar Egeo.

**Teseo**, hijo de Egeo, rey de Atenas y uno de los más grandes héroes de Grecia.

**Tesirtes**, el más feo y cobarde de los griegos que fueron al sitio de Troya. Le gustaba burlarse de los jefes del ejército, pero fué vergonzosamente castigado por Ulises.

**Tetis**, la más célebre de las Nereidas, hija de Nereo y de Doris; se casó con Peleo y fué madre de Aquiles.

**Ticio**, gigante, hijo de la Tierra; quiso atentar al honor de Latona, pero Apolo y Diana le asaetearon y fué precipitado en el Tártaro, donde un buitre le roe eternamente las entrañas.

**Tideo**, hijo de Eneo, rey de Calidón y padre de Diómedes.

**Tiestes**, hijo de Pélope y de Hipodamia, nieto de Tántalo hermano de Atreo. V. **Atreo**.

\* **Timócrates**, criado de Idomeneo.

**Tiro**, ciudad de Fenicia, célebre por su situación y por el gusto de sus habitantes hacia la navegación y el comercio.

\* **Tofa**, reina de Tiro, esposa de Pigmalión.

**Tracia**, vasta comarca de Europa al N. de la Macedonia; se extendía hasta el Ponto Euxino, y estaba consagrada á Marte.

**Traquina**, ciudad de Tesalia, cerca del monte Eta.

**Traumafilao**, cirujano del ejército de los aliados.

**Triptelomo**, hijo de Celeo y Metanira; nació en Eleusis, recibió de Ceres el arte de la agricultura y lo enseñó á los hombres. Fundó los misterios de Eleusis.

**Tritones**. — *Tritón*, hijo de Neptuno y Anfitrite, era mitad hombre y mitad pescado; llevaba una concha marina en la que, por orden de Neptuno, soplabá para levantar las olas. La Fábula había multiplicado los Tritones y había hecho de ellos otras tantas divinidades marinas.

**Troya**, ciudad del Asia Menor, capital de la Troade y del reino de Priamo; es célebre por los sitios que tuvo que sufrir.

## U

**Ulises**, hijo de Laertes y padre de Telémaco, uno de los más célebres héroes griegos.

## V

**Venosa**, ciudad de la Pulla en los confines de la Lucania.

**Venus**, diosa de la belleza y del amor, nació de la espuma del mar. Júpiter, para vengarse de su desvío la casó con Vulcano que era el más feo de los dioses. Su culto era altamente licencioso é inmoral. Uno de sus templos más famosos estaba en Citera.

**Vulcano**, dios del fuego; los poetas le representan como esposo de Venus y como forjador de los rayos de Júpiter.

## X

**Xanto ó Escamandro**, rio de la Troade, citado con frecuencia en la *Iliada*. V. Simois.

## Z

**Zacinto** (hoy *Zante*), isla del mar Jonio cercana á la de Cefaloma.





# ÍNDICE

Noticia biográfica de Fenelón. . . . .	v
Juicios acerca del <i>Telémaco</i> :	
Boileau. . . . .	XI
Voltaire. . . . .	XII
Vauvenargues. . . . .	XIII
Marmontel. . . . .	XIII
Laharpe. . . . .	XIV
Villemain. . . . .	XV
H. Rigaul. . . . .	XVI
Sainte-Beuve. . . . .	XVII
Aventuras de Telémaco. . . . .	1
Aventuras de Aristonoo. . . . .	433
Lista de los nombres propios, históricos, mitológicos y geográficos. . . . .	453

